

DAD AU

CIÓN GE

G. ARINTERO

EL DILUVIO

UNIVERSAL.

BS658

G6

C. 1

007768

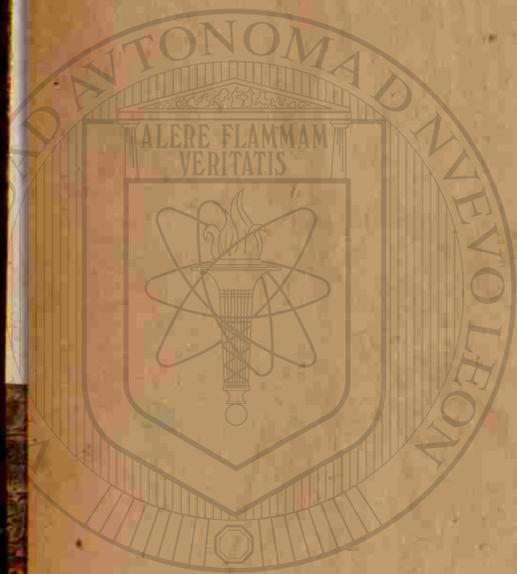


1080020628

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



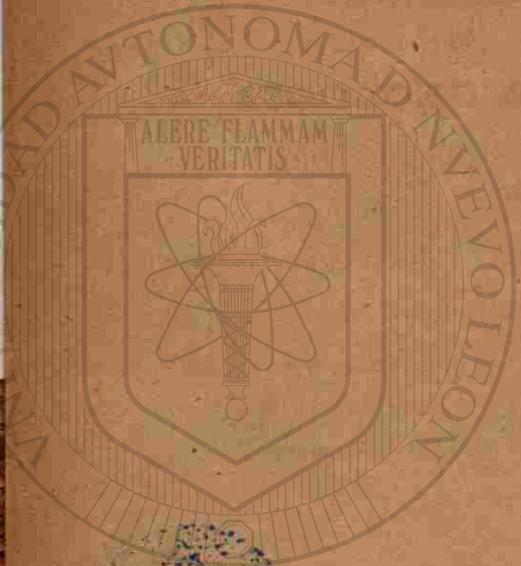
EL DILUVIO UNIVERSAL.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MODERNA  
LIBRERIA RELIGIOSA  
JOSE L. VALLEJO S. e. C.  
SAN JOSE L. REAL Núm. 3.  
APARTADO PO. VAL Núm. 444.  
N. L. O.

25 25 200 //  
G.



# EL DILUVIO UNIVERSAL

DE LA BIBLIA Y DE LA TRADICIÓN

DEMOSTRADO POR

## LA GEOLOGÍA

Y LA PREHISTORIA

POR EL

R. P. FR. JUAN T. GONZÁLEZ-ARINTERO

DE LA ORDEN DE PREDICADORES

Licenciado en Ciencias, Profesor de  
Historia Natural en el Real  
Seminario de Vergara.



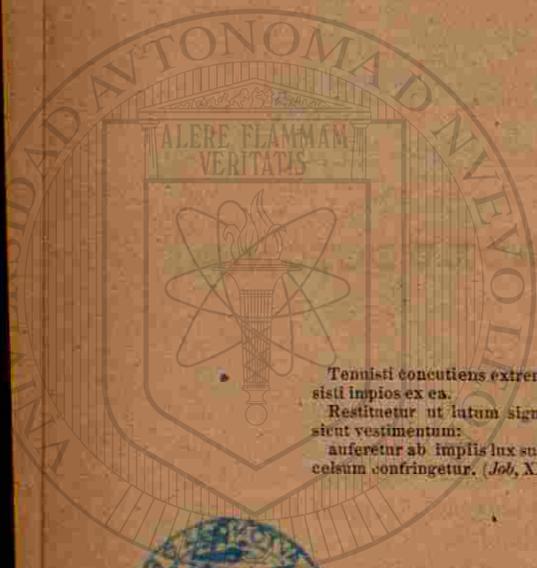
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
Biblioteca Valverde y Torres  
Biblioteca Universitaria  
VERGARA.

Imprenta de EL SANTÍSIMO ROSARIO.  
1891.

44508

85658

66



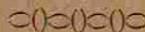
Tenuisti concutiens extrema terrae, et excusisti impios ex ea.  
 Restituetur ut latum signaculum, et stabit sicut vestimentum:  
 auferetur ab impiis lux sua, et brachium excelsum confringetur. (Job, XXXVIII, 13, 14, 15.)



FONDO EMETERIO  
 VALVERDE Y TELLEZ



## INTRODUCCIÓN.



El Diluvio universal es una de las venerandas creencias católicas que más han excitado el odio de los impíos.

Una inundación misteriosa, destinada á borrar la iniquidad de la tierra, un castigo tan atroz, un exterminio espantoso y sin ejemplo es una lección demasiado triste é importuna para que puedan oirla con sosiego los hijos de la perdición. A ningún criminal le gusta oír hablar de castigos, y los que mejor le cuadran son los que más le acongojan. Le inquieta y espanta el solo recuerdo de la pena merecida y quisiera sepultarla para siempre en las sombras del olvido para disfrutar entre tanto de fingida tranquilidad.

007788

Pero el gusano remordedor no perece; mientras más se le molesta más se agita y con mayor furia empieza á roer las entrañas. ¡Cuán ciego y loco es aquel que pretendé volverse sordo á los continuos y rigurosos clamores de la conciencia!

Echa nueva leña en el fuego al intentar apagarlo, y al ver tan defraudados sus perniciosos deseos, se enfurece y rabia y acaba por obstinarse en dar coces contra el aguijón.

El recuerdo del Diluvio hace estremecer á los ímpíos, que ven yaalzada contra ellos aquella mano omnipotente que tan pesada se ha mostrado desde un principio. Y lejos de volver en sí y procurar desarmarla, no hace sino acrecentar el torrente impetuoso de las iras del Creador. Tapan los oídos y los ojos y se esfuerzan en creer que han evadido el peligro; pero el peligro siempre les está presente. Entonces, desesperados, se obstinan en apagar con clamores los clamores inextinguibles de la conciencia, y lo mismo que energúmenos, vociferan y hasta se rien...; pero con risa llena de desesperación, ó á manera de perros rabiosos muerden con furor la piedra que les han lanzado.

Verdaderamente causa maravilla su extremada ceguedad. No hay arma que no pretendan emplear contra la verdad del Diluvio. Lo niegan con descaro, lo cuentan entre las fábulas, y con la ironía satánica, y con la sátira acerba, y con la risa... loca, acostumbran

á burlarse del castigo que les amenaza. Y aún se revisten de las armas de la ciencia, de la historia y hasta de la misma tradición para combatir la tradición más universal y más fiel y la verdad científica é histórica mejor comprobada.

Las propias armas que empuñan se vuelven contra ellos mismos, y con todo no las dejan ni quieren abrir los ojos. Confían en la destreza; están prácticos en la lid, y claman á grandes voces que será suya la victoria. Sus clamores llegan al cielo y han logrado causar pavor en muchos corazones tímidos que no gustan de la lucha. Pero la lucha es necesaria, porque escrito está: *Milicia es la vida del hombre sobre la tierra* (1).

Quien no combate por Dios, será vencido, y lo que es más doloroso, lo será con las mismas armas que le pertenecían de derecho. No debemos, pues, abandonar ninguna, porque todas ellas son nuestras.

Si las manejamos bien, la victoria es de todo segura. Pero si abandonamos una sola de ellas, la dejamos en poder de nuestros fieros adversarios, que se esforzarán en hacerla servir, con violencia, en su causa injusta y odiosa. Sabrán aprovechar la ocasión, y encubriendo la verdad con mil artificios, lograrán engañar á muchos, haciendo creer que la tal arma les pertenece á ellos solos.

(1) Job, VII, 1.

Probarán que es de muy buen temple, harán ver que no hay otra igual y exclamarán frenéticos: ¡Victoria!

¡Ay de nosotros el día en que no acertemos á empuñar una espada, que nuestros enemigos manejan con tanta destreza como injusticia!

Con las armas de la tradición y aun de la historia los hemos vencido y venceremos mil veces en la cuestión del Diluvio, porque son muchos y muy diestros los católicos que las usan. Por eso nuestros adversarios las temen y se declaran, al verlas, en fuga precipitada.

Quiéren combatir en otro terreno con fusiles de mucho alcance que tienen por suyos propios y exclusivos, jactándose locamente de haberlos inventado ellos. Son por cierto muy temibles, y... ¡doloroso es decirlo! muchos de los nuestros huyen al verlos, nunca osan manejarlos y se estremecen ante sus tiros. Otros, más valerosos, ya los manejan con mayor ó menor destreza; pero, yo no sé por qué, los miran siempre con desconfianza; pelean con temor, se baten, mas... ¿por qué no confesarlo? se baten ya en retirada.

Nuestros contrarios blasonan y no cesan de clamar: «Somos invencibles. ¿Quién resiste á nuestras armas?» Y sus pavorosas voces llenan de tristeza y dolor el ánimo de los buenos. ¡Qué ilusiones y qué engaño! ¿Por qué tememos? La verdad está con nosotros y la

verdad siempre triunfa; las armas de la inteligencia sólo hieren al error, y el error habita entre los hijos de las tinieblas.

¡Al combate! que la razón nos asiste y la razón vencerá. ¡Huya de nuestros pechos toda sombra de temor! ¡Congratulémonos siempre con una segura y pronta victoria! Y para mayor confusión del enemigo, peleemos con las armas de que tanto se enorgullece, que con ellas triunfaremos, y él verá con ignominia que no le pertenecían, que se había apropiado lo ajeno y que halló su ruina en el motivo de su orgullo.

De las ciencias naturales nos hemos de servir de una manera muy especial; con ellas nos batiremos en la ofensiva más aún que en la defensiva, y á pesar de nuestras escasas fuerzas, no tememos. Vencidos... no podemos serlo; vencedores sí, y lo esperamos. Toda ciencia es una emanación sincera de la claridad de Dios Omnipotente (1), y esa claridad sólo puede brillar entre los hijos de la luz, bajo cuyas banderas nos gloriamos de militar. Las armas que engañosamente se apropian nuestros adversarios no les pertenecen de derecho, y esas armas sólo aseguran el triunfo puestas en manos de su legítimo poseedor. A ellos de nada les sirven sino de motivos de vanagloria y engaño; á nosotros nos servirán para lograr un triunfo completo. La

(1) *Sapientia*, VII, 25.

justicia de nuestra sagrada causa, la verdad que nos asiste y la luz celestial que ilumina á toda alma creyente, producen en nosotros una confianza sin límites que en nada pueden aminorar, ni la íntima convicción de nuestra propia debilidad ni la falta de experiencia. Sólo en el Señor confiamos, y estamos seguros, segurísimos, de no ver defraudadas nuestras grandes esperanzas.

Empero, á fin de que el triunfo sea más completo, batiremos al enemigo, primeramente en el campo que menos le agrada, en el campo que ya reconoce conquistado por los nuestros, y en seguida le iremos á perseguir en el mismo que tiene por suyo, en aquél donde ha establecido sus tiendas y sus fuertes, donde se considera inexpugnable y vencedor.

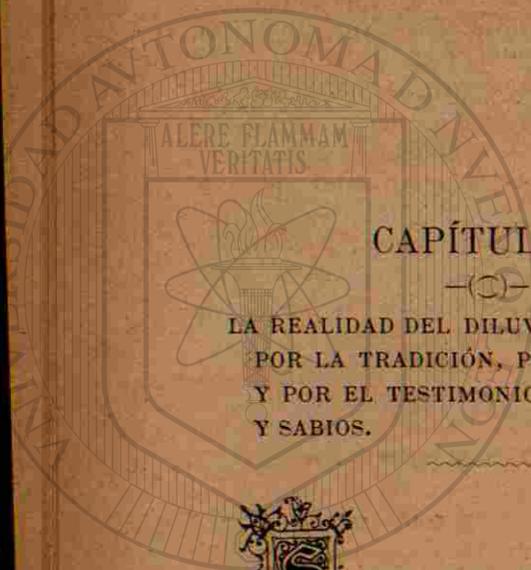
Vamos, pues, á probar la realidad del Diluvio universal, primero por la tradición y por la historia, y después la volveremos á demostrar de una manera más clara todavía por las mismas ciencias naturales, ciencias sagradas, que son la palabra de Dios escrita por su mismo dedo en las tablas de la naturaleza, y ciencias que los impíos intentaron profanar, apropiárselas sacrílegamente y usar de ellas para fines abominables.

Una vez bien comprobada la realidad del Diluvio, investigaremos sus causas y sus principales efectos; lo cual conocido, podremos determinar la medida de su universalidad.

Gran parte del terreno está ya muy trillado; pero otra mayor todavía está aún sin explorar por los nuestros. Muchas teorías se han ideado y ninguna nos satisface enteramente. No tenemos ningún sistema preconcebido; no queremos tampoco preconcebirlo; los mismos hechos y la realidad lo establecerán mejor.

Los infalibles hechos consignados en la Biblia por la mano de los Profetas y los escritos en el gran libro de la Naturaleza por la misma mano de Dios son los que han de decidir; el sistema que establezcan será el sistema verdadero. Quererlo establecer *a priori*, escribir bajo la presión del espíritu de partido, es taparse voluntariamente los ojos, temiendo que les hiera los purísimos rayos de la luz.





## CAPÍTULO I.



LA REALIDAD DEL DILUVIO COMPROBADA  
POR LA TRADICIÓN, POR LA HISTORIA  
Y POR EL TESTIMONIO DE LOS POETAS  
Y SABIOS.



Si hay algo en que esté perfectamente conforme la tradición constante de todos los pueblos, si algún acontecimiento notable se ha transmitido fielmente de boca en boca y se ha grabado de una manera indeleble en la memoria de todos los hombres, cual monumento imperecedero que de continuo nos está dando lecciones de capital trascendencia, ese es la perversidad reinante en la edad de piedra, que sucedió á la venturosa y santa edad

de oro, y la provocación de las iras del Omnipotente que exterminaron á la humanidad con un espantoso diluvio.

La irreparable pérdida de la primitiva felicidad y la asoladora inundación que después vino á purificar toda la tierra, son los dos hechos de que nos hablan todas las gentes y de que todas las edades nos dan claro testimonio.

Por lo que mira al último, que es el que por ahora nos interesa, ya hace tiempo decía el gran Bosuet (1): «La tradición del Diluvio universal se halla por toda la tierra». Y estas notables palabras han recibido en nuestros días la más palmaria confirmación; no hay verdadero sabio que se atreva á desmentirlas; todos se ven forzados á repetir á coro con el célebre orientalista Lenormant (2), que «La tradición del Diluvio es la tradición universal por excelencia entre todas aquellas que se refieren á la historia de la humanidad primitiva».

### § I. TRADICIONES DE LOS PUEBLOS ORIENTALES.

No queremos detenernos por ahora en transcribir las admirables palabras con que describe el Génesis aquella terrible inundación con sus causas y todos sus principales

(1) *Discours sur l'histoire univ.*

(2) *Essai de commentaire de Bérose, p. 275.*

caracteres; bien conocidas son de todo el mundo. El testimonio claro y elocuente de aquel libro sagrado no puede menos de ofrecer todas las garantías de verdadero é irrecusable, aun á los ojos de aquellos que carecen de la dicha de tener fe sobrenatural. El Génesis es la historia más fiel, más verídica y probabilísimamente la más antigua también. No se ha podido descubrir en ella el menor error y por eso ha merecido la veneración de todos los siglos. Por ella sola sabemos todo lo que positivamente sabemos acerca de los primitivos hombres; quien no diere fe á esa historia, se ve precisado necesariamente á negársela á todas las otras. Nos bastaría pues el testimonio del Génesis; sin embargo, lo hallamos confirmado por el de todos los pueblos. Y lo que es más digno de consideración, mientras las tradiciones remontan á una época más antigua, ó mientras, por otras razones particulares, nos merecieren más fe, mayor conformidad ofrecen con el relato de aquel inestimable libro.

Seríamos interminables si fuéramos á referir una á una todas esas tradiciones; nos debemos pues contentar con indicar solamente alguna que otra.

Nada diremos de las conservadas entre los Hebreos y que nos han sido transmitidas por los historiadores de aquel pueblo, especialmente por Josefo y por Philón, pues si bien añaden no pocas circunstancias notables y

probabilísimas, muy dignas de tenerse en cuenta, que deben representar la tradición oral, en el fondo están en un todo calçadas en el mismo relato bíblico.

Pero debemos empezar recordando las de los *Caldeos*, que tanto interés nos ofrecen, por haber sido conservadas en el primer centro de civilización postdiluviana. Dos leyendas bien célebres nos las han conservado: la del sacerdote Beroso, que es muy posterior al Génesis, y la del poema de Izdubar, que es antiquísima, y según algunos, data de los tiempos de Abraham. Empezaremos por la menos antigua, que por lo mismo debe ser la más desfigurada. El Noé de los Caldeos es *Xisuthro*; este es, según ellos, el décimo rey antediluviano, lo mismo que aquél era el décimo patriarca. «En su tiempo, dice Beroso (1), en el precioso pasaje conservado por Alejandro Polihistor, acaeció el gran diluvio, cuya historia se refiere de la manera siguiente en los documentos sagrados: Aparecióse Cronos (Ea) en un sueño y le anunció que el día 15 del mes *Desio todos los hombres* perecerían por un diluvio. Le ordenó, pues, tomar el principio, el medio y el fin de todo aquello que habfa sido consignado por escrito y sepultarlo en la ciudad del Sol, en Sippara.

(1) *Lenormant, Essai de commentaire de Bérosee.* p. 260-261, texto citado por Eusebio.

Después le mandó construir un navío y entrar en él con su familia y sus amigos más caros; disponer allí las provisiones de comida y bebida; hacer entrar los animales, volátiles y cuadrúpedos, y, en fin, prepararlo todo para la navegación. Y cuando Xisuthro preguntó hacia dónde debía dirigirse, le fué respondido: *hacia los dioses*, y que rogara para que los hombres tuvieran una suerte feliz. Obedeció y construyó un navío de cinco estadios de largo y dos de ancho; reunió todo lo que se le había prescrito, y se embarcó con su mujer, sus hijos y sus íntimos amigos. Habiendo sobrevenido el diluvio y decreciendo bien pronto, Xisuthro soltó algunas de las aves. Éstas, no hallando alimento ni donde posarse, volvieron al navío. Algunos días después les dió de nuevo libertad; pero ellas volvieron también con las patas llenas de lodo. En fin, soltadas por tercera vez, ya no volvieron más. Entonces comprendió Xisuthro que la tierra estaba ya descubierta, y haciendo una abertura en el techo del navío, vió que este se había detenido sobre una montaña. Descendió, pues, con su mujer, su hija y su piloto, adoró la tierra, elevó un altar y sacrificó á los dioses; en este momento desapareció con los que le acompañaban... Del navío, que se había, en fin, detenido en Armenia, una parte subsiste aún, en las montañas Gordianas, y los peregrinos llevan el asfalto que, de los restos que quedan, logran

raspar, y se sirven de él contra las influencias de los maleficios».

Si comparamos este relato con el del Génesis, no podremos menos de maravillarnos del gran parecido que ofrece en casi todos los detalles fundamentales; pero á la vez hallaremos en aquél ciertas alteraciones, debidas al trascurso del tiempo y al influjo de la mitología, las cuales, lejos de debilitar la verdad de lo restante, prueba cuán providencial ha sido su conservación tan perfecta.

Omitimos por ahora la maravillosa leyenda de Izdubar, que es, después de la Biblia, el más interesante y completo monumento del Diluvio. Pasemos, pues, á la tradición de los *Arameos*, que nos ha sido conservada por el autor del tratado sobre *la Diosa Siriaca* (1). «La raza actual de los hombres, escribe entre otras cosas Luciano, no es la primera, porque ha habido antes otra cuyos hombres todos perecieron. Nosotros somos de una segunda raza que descende de Deucalión y se ha multiplicado con el trascurso del tiempo. En cuanto á los primeros hombres, se dice de ellos que estaban llenos de orgullo y de insolencia, que cometían muchos crímenes, no guardando sus juramentos, no practicando las leyes de la hospitalidad, no perdonando á los que suplicaban; así fueron castigados con un inmenso desastre. Súbitamente enormes

(1) Luciano, *De Doi Syra*, c. 12-13.

masas de agua brotaron de la tierra y comenzaron á caer lluvias en extraordinaria abundancia; los ríos salieron de sus cauces y la mar franqueó sus barreras; todo quedó cubierto por las aguas y todos los hombres perecieron. Solo Deucalión fué conservado vivo para dar origen á una nueva raza, á causa de su virtud y piedad. He aquí como se salvó. Se metió, junto con sus hijos y mujeres, en un gran cofre que él tenía y allí fueron á refugiarse detrás de él puercos, caballos, leones, serpientes y todos los demás animales terrestres. Los recibió consigo, y todo el tiempo que permanecieron en el cofre inspiró Zeus á estos animales una amistad recíproca que les impidió devorarse unos á otros. De esta manera, encerrados en un solo cofre, flotaron todo el tiempo que las aguas permanecieron en su fuerza. Tal es el relato de los griegos sobre Deucalión. Pero á esto, que lo cuentan igualmente las gentes de Hierápolis, añaden éstas una narración maravillosa: que en su país se abrió una vasta sima, donde fué á reunirse toda el agua del diluvio. Entonces Deucalión elevó un altar y consagró un templo á Hera, cerca de aquella misma sima.»

Los *Armenios* conservan hasta el día de hoy un fidelísimo recuerdo del diluvio. «Sin dar un valor exagerado á su relato, que es conforme con el del Génesis, escribe el señor Bertrand (1), es cierto que la tradición de

(1) *Dictionnaire des relig. ar., Déluge.*

diluvio existía en Armenia mucho antes de la conversión de los habitantes al cristianismo; Josefo y Beroso lo garantizan: la ciudad que, según Josefo, se llamaba *lugar del descenso*, existe aún al pie del monte Ararat. La montaña sobre la cual se cree que se detuvo el arca, se llama en lengua persa *Koh-Nouh*».

Los *Fenicios* conservaron con respeto la tradición del gran cataclismo; en su mitología celebraban la victoria de Pont (la mar) sobre Demarous (la tierra).

Nada diremos de los *Griegos*, que tantas relaciones nos han dejado del Diluvio universal, si bien más ó menos desfiguradas con el recuerdo de otras catástrofes locales. El diluvio de Ogyges y el de Dardano parecen pertenecer á esta última categoría; en donde mejor se distingue al universal es en la leyenda tesálica de Deucalión (1).

Se ha dicho que los *Egipcios* no conservaron una tradición precisa de la gran inundación; no nos debiera extrañar. Debiendo su felicidad á las avenidas del Nilo, para ellos las inundaciones, lejos de ser señal de la cólera divina, son beneficios muy grandes. Sin embargo, es cierto que conservaron vivo el recuerdo de una destrucción de los primitivos hombres que excitaron contra sí la cólera del dios *Rha*. Así consta por una inscrip-

(1) L'Abbé Thomas, *Les Temps primitifs*, t. II, p. 212.

ción mitológica de la tumba de Seti I en Tebas, publicada por E. Naville (1). Por ella consta además que los pocos hombres que se salvaron ofrecieron un sacrificio á los dioses y que éstos prometieron no volver á exterminar el género humano.

El día que terminó por una inundación benéfica que indicaba haberse ya calmado las iras de Rha. Vemos, pues, que, si se exceptúa la especie de castigo, por lo demás guarda este relato no pequeña analogía con el del Génesis. Y el hecho solo de estar unida la inundación con el exterminio de los hombres, nos hace pensar en el diluvio. Conservaron el recuerdo de la destrucción de la humanidad; pero no pudiendo ver en la inundación más que un gran beneficio, alteraron la tradición creyendo que el exterminio se había verificado de otra manera (2).

Sin embargo, por más que se diga y por mucho que se desfigurara entre los Egipcios esta tradición, no se puede dudar que muchos de ellos conservaban con bastante fidelidad el recuerdo de la terrible inundación que destruyó al género humano. «Los Egipcios,

(1) *Transactions of the Society of bibliotical Archaeology*, Junio 1875.

(2) Véase al abate Vigouroux, *La Bible et les découvertes modernes*, t. I, p. 247 y siguientes. Siempre que citemos esta preciosa obra, sin mencionar la edición, nos referimos á la 5.ª; pero cuando debamos citar el *Manuel biblique*, del mismo autor, nos referiremos á la 7.ª

dice Bertrand (1), refieren que en los tiempos en que Osiris se ocupaba en instruir á los hombres de Etiopía, el Nilo vino á desbordarse, al acercarse el solsticio, y que habiéndose derramado por las llanuras, ocasionó un diluvio, que hubiera anegado á todos los hombres si Hércules no hubiese detenido las aguas elevando diques y salvando así una parte del género humano. Este relato evidentemente no hace alusión más que á un diluvio parcial. Pero Mutardi, conforme con Albumassar, cita dos antiguos libros egipcios, en que se leía que el mundo había sido renovado después del diluvio, mientras el sol estaba en el primer grado de *Aries* y *Regulus* en el coluro de los solsticios».

El mismo Platón, en el *Timeo*, nos garantiza lo fielmente que se conservó la tradición del diluvio entre la raza sacerdotal, cuando pone en escena al sabio Solón con un anciano sacerdote de Egipto. Este va mostrando á aquél cómo el diluvio de los griegos es muy posterior y que antes de Deucalión *hubo una inundación más universal que lo invadió todo* (2).

En la *India* el recuerdo del diluvio se conservó bajo muy diferentes formas. Bien conocida es ya de todos en Europa la curiosa

(1) *Dictionnaire des religions*, art. *Déluge*.

(2) Véanse en la *Bible sans la Bible* de Gainet otras varias tradiciones de los Egipcios acerca del Diluvio.

historia del pez, que es un episodio del extenso y antiquísimo poema el *Mahâbhârata*, que según algunos, remonta á cerca de 2.000 años antes de nuestra era. He aquí, pues, el tema de la mencionada historia: Brahma se aparece en forma de pez á *Manou*, gran príncipe, sabio y santísimo, y le anuncia el próximo diluvio; le manda construir un navío, que durante la inundación es llevado por el mismo pez, y se detiene en la cima del Himalaya. Manou vino á ser después el padre de todos los hombres.

No podemos consignar todo el hermoso episodio por ser demasiado extenso; pero debemos transcribir siquiera algunas frases (1):—25.—Cuando el pez fué llevado por Manou al Occéano, le dirigió, sonriendo, este discurso:—27.—Muy pronto, ¡oh bienhadado! todo lo que pertenece de fijo y de móvil á la naturaleza terrestre sufrirá una inmersión general, ¡oh dichosísimo! una disolución completa...—29.—Tú debes construir un navío fuerte, sólido... y en él debes entrar con los siete *Richis* ó sabios, ¡oh gran santo!—31.—Y debes meter en él todas las semillas.—40.—Habiendo sido atado el navío (al cuerno del pez) (2) éste lo llevó con gran velocidad sobre las olas del Occéano.—41.—El soberano de los

(1) Puede verse íntegro en la *Bible sans la Bible* de Gáinet, t. I, p. 199 y siguientes.

(2) En la descripción del pez, que omitimos, se dice que tenía un cuerno en la cabeza.

hombres atravesó así, sobre su navío, la mar, que estaba saltando con sus elevadas olas y mugiendo con sus ondas.—42.—Agitado por los vientos vehementes, el navío bamboleaba sobre las amontonadas olas y vacilaba como una mujer ebria.—43.—Ni la tierra ni las regiones del cielo, ni el espacio que está entre ellos eran ya visibles; todo era agua, el espacio, el cielo, ¡oh príncipe de los hombres!—44.—En medio del mundo, así sumergido, ¡oh príncipe de los *Bharatidianos*, se veían los siete *Richis* y Manou y el pez...—48.—El navío fué luego atado por los *Richis* á la cumbre más alta del *Himarán* (Himalaya)...—49.—Y por eso esa cumbre fué llamada *Naubandhanam* (ligadura del navío), nombre que lleva aún hasta nuestros días...—50.—Entonces el gracioso (pez), con la vista fija, habló de esta suerte á los *Richis*: Yo soy Brahma...—51.—De Manou deben nacer ahora todas las criaturas...—53.—Por mi favor la creación de los seres no volverá á caer en confusión».

Pues si esta narración presenta no pocas analogías con el relato del Génesis, aun las ofrece mayores la que se halla en el libro octavo del *Bhâgavata*; pero creemos inútil reproducirla (1).

Según la tradición babilónica, el dios que advirtió á *Hasisadra* la proximidad del diluvio, es decir *Ea*, es también un dios ictiomor-

(1) Véase á William Jones, *Annales de Phil.* t. II, p. 57.

fo, representado en los monumentos asirios con una figura mitad hombre y mitad pez (1).

Entre los *Persas* el diluvio forma parte de la cosmogonía. Atribuyen á la corrupción de los hombres por Ahrimán la inundación que los exterminó (2).

Los *Chinos* conservan también, bajo diferentes formas, la tradición del gran cataclismo: «Que se abra el tan importante libro (3) el *Chou-King*, que comienza por el capítulo atribuido á Yao y llamado Yao-Tien, capítulo cuya data misma está fijada aproximadamente por los solsticios y los equinoccios, que están allí indicados, y que los cálculos más exactos fijan hacia el año 2300 antes de nuestra era, y se verá á Yao expresarse de esta suerte:—Grandes: se sufre aún mucho por la inundación de las aguas, que cubren las colinas por todas partes, suben sobre las montañas, y parecen ir hasta los cielos. ¿Hay alguno que pueda poner remedio á estos desastres?—...Que se pase ahora al segundo capítulo, intitulado Chun-tien, ó libro inmutable de Chun, y se verá á este patriarca venerado restablecer la astronomía, el culto, la magistratura, la agricultura, la música y las otras artes... Se ve un poco más lejos á Ya, interpelado por este patriarca ó

(1) *Les Temps primitifs*, por el abate Thomas, t. II, p. 212.

(2) Vigouroux, *Manuel biblique*, t. I, p. 545.

(3) Relación del Sr. caballero de Paravey, *Annales de philosoph.*, XV, 380.

emperador Chun, que le dice:— Cuando la gran inundación se elevó hasta los cielos, cuando rodeó las montañas y pasó por encima de los lugares más elevados, los pueblos conmovidos perecieron en las aguas... En todas las partes del mundo yo dirigí el curso de los ríos y los hice correr hacia los cuatro mares».

Los *Chinos* conservan, pues, vivos recuerdos del diluvio y tienen de él una idea muy exacta; dicen que Fo-hi, á quien atribuyen el origen de su civilización, se libró del gran cataclismo con su mujer, sus tres hijos y sus tres hijas (1).

También los *Japoneses* reconocen el diluvio; su Noé es *Peirun*, excelente príncipe, á quien fué revelada la próxima inundación de sus estados, que iba á suceder por causa de los grandes crímenes de sus moradores. Se embarcó junto con su familia y los que quisieron seguirle, y se salvó llegando felizmente á las playas de la China, donde se celebra aún la memoria de su llegada con una fiesta anual, en la que los *Chinos* de las provincias meridionales hacen varios juegos en el agua, gritando: ¡Peirun! ¡Peirun! También los *Japoneses* celebran la memoria de este acontecimiento en la tercera fiesta anual (2).

(1) Vigouroux, *Manuel biblique*, t. I, p. 545-546.

(2) *Annales de philosoph.* t. III, p. 374. Bertrand, *Dictionnaire des relig.*

En *Siam* se conserva del mismo modo la tradición del diluvio: el dios *Phra-Phu-Thi-Chau* pone el arco iris en las nubes, para asegurar á los hombres que no volverá á suceder otra inundación (1).

«Los *Tártaros* que profesan el chamanismo (2) reconocen que cada edad del mundo termina por un diluvio universal. Según su cosmogonía, los primeros hombres, decaídos ya de las prerrogativas celestes y reducidos á una condición miserable sobre la tierra, añadían el crimen á la desdicha. La envidia, los celos se apoderaron de sus corazones. No se veía más que desventurados, ocupados todos en despojarse, en herirse y en destruirse; la tierra fué entregada al pillaje, á los combates, al degüello; todos los vicios y todos los males la infestaron á la vez. La vida humana decrecía á medida que los hombres se iban haciendo más perversos. En fin, se oyó la voz de los *tanqueris* ó espíritus celestes, que de lo alto del cielo anunciaban que bien pronto caería una lluvia abundante mezclada de cuchillas y hierros cortantes... La tempestad estalló, conforme había sido predicha. Llovieron cuchillas durante siete días. Toda la tierra quedó cubierta de sangre, de cadáveres desgarrados, de osamentas despojadas; pero las aguas, cayendo sin cesar del cielo,

(1) *Annales de la propagation*.—*Siam*, t. V, p. 102.

(2) *Bertrand, Dict. des relig.*

arrastraron todas las inmundicias al Océano y purificaron la morada de los hombres. Este fué el término de la primera edad... Tales son, entre otras, las tradiciones de los *Tártaros* y *Mongoles*».

«Los exploradores rusos han señalado la existencia de una narración del diluvio de las islas *Alentianas* que forman el nexo geográfico entre el Asia y la América septentrional, en el lugar que habitan los koloscos. Esta tradición, según refiere el viajero *Henry*, es como sigue: Antiguamente el padre de las tribus indias, que habitaba hacia Levante, fué advertido en sueños de que un diluvio iba á desolar la tierra, y construyó una balsa en la que se salvó con su familia y con todos los animales. Flotó sobre las aguas durante muchos meses; los animales, que entonces hablaban, se quejaban y murmuraban de él; por fin descubrió una tierra y saltó á ella con todas las criaturas y con los animales, los cuales perdieron desde entonces el uso de la palabra en castigo de haber murmurado de su libertador» (1).

## § II. TRADICIONES OCCIDENTALES.

Si pasamos ahora á los pueblos de Occidente, hallaremos que conservaron también muy viva la memoria del diluvio.

(1) *V. Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano*, cuaderno 161, *Diluvio*.

Según la leyenda céltica de los *Cimris del país de Gales*, la catástrofe consistió en una erupción del Llyn-llin, que inundó el país, ahogando á todos los hombres, excepto á Dvvyfan y Dvvyfach, que se salvaron en un barco sin aparejo (1).

En el Edda de los *Escandinavos*, el agua del diluvio es reemplazada por la sangre de Imir, la cual corrió de sus heridas en tal abundancia, que anegó toda la raza de los gigantes, á excepción de Bergelmir, que se salvó en un barco con su mujer y reprodujo la raza destruída (2).

Una leyenda de los *Lituanos* cuenta que Pramzimas, viendo que la tierra estaba desordenada, envió dos gigantes, VVaudú y VVeas, el agua y el viento, para destruirla. Los gigantes, en efecto, llenos de furor, lo perturbaron todo, y sólo algunos hombres se salvaron subiendo á las montañas. Compadecido Pramzimas, que estaba comiendo nueces celestiales, dejó caer en las montañas al-

(1) V. *Diccionario Enciclopédico*, *ibid.*; al abate Thomas, *Les temps primitifs*, t. II, p. 212. Otras leyendas célticas dicen que ciudades florecientes quedaron inundadas por el diluvio, y que un reducido número de hombres y animales se salvaron en las cumbres de las montañas. (Godf. Higgins, *The Celtic Druids*). V. *Encyclopédie du Dix-neuvième Siècle*, 3.<sup>a</sup> edic., t. 7.<sup>o</sup>, *Déluge*.

(2) V. Abate Thomas, *Obra cit.*, p. 213. Según la citada *Encyclo. du Dix-neuvième Siècle*, el Edda refiere que «A las violentas erupciones volcánicas, se añadió el más terrible trastorno de la mar, en el seno de la cual se abismó la tierra, y de donde volvió á salir de nuevo».

gunas cáscaras de nuez, en las que se salvaron algunos hombres, que así pasaron inadvertidos á los gigantes. Pasado esto, aquellos hombres se dispersaron, quedando sólo en el país un matrimonio de avanzada edad, y como este matrimonio se desconsolara por no tener hijos, Pramzimas les envió un arco iris y les mandó que *saltaran sobre el hueso de la tierra*. Lo cual recuerda el oráculo de Deucalión. Saltaron nueve veces y resultaron con eso nueve parejas, que fueron los nueve abuelos de las nueve tribus lituanas» (1).

Los *Lapones* creen que antes del diluvio toda la tierra estaba habitada; pero cuando la mar y los ríos la invadieron é inundaron por completo, perecieron todos los hombres, á excepción de un hermano y una hermana, á quienes tomó Dios en su brazo y los llevó á la montaña Posserare, y de los cuales provienen todas las razas de ahora (2).

No consignaremos aquí los notabilísimos testimonios de muchos historiadores y poetas latinos, porque sus relaciones tienen un carácter completamente oriental.

Una tradición escandinava se refiere también al *arco iris*, pues lo considera como un puente construído por los dioses para unir la tierra con el cielo (3). Otros varios recuerdos

(1) V. *Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano. Diluvio*.

(2) V. *La Bible sans la Bible*, t. I, p. 209.

(3) *Anuales de philos.*, t. IX, p. 129.

hay en Occidente, relativos al diluvio ó al mismo Noé y á sus hijos.

¿De dónde tomaron los Escandinavos, pregunta M. d'Anselme (1), el nombre de *Noatum*, en su lengua ciudad de *Noa*, que dan á la mansión celeste del dios *Niorthr* ó *Nio el justo*? Estas dos variantes, *Nio* y *Noa*, ¿no nos llevan invenciblemente al nombre del patriarca Noé?... Debemos hacer notar que *Niorthr* pasaba por ser el mediador entre los dioses y los hombres, como pudiera decirse de Noé, en quien tuvo lugar la reconciliación de Dios con el género humano. ¿De dónde vienen sino de la misma fuente también las variantes *Nick*, *Niik*, *Nicks*, *Nix*, *Nixen*, *Nichsen*, *Nacken*, del nombre que dan al Dios de las aguas los pueblos del Norte (2)? ¿Y no es verdaderamente notable que una de las variantes, *Nie-Kar*, por la final *Kar*, que significa *reposo* en islandés, dé, en la misma palabra, la reproducción y la traducción del nombre Noé (3)?... ¿Y no es este mismo nombre el que debemos reconocer en el de *Noka*, dado por los daneses á un pretendido Dios de la mar?... ¿Sobre qué modelo pudieron formar los Etruscos el nombre de su *Nannos* ó *Nanos*, cuyos viajes por mar dieron á los Griegos la materia de un largo poema, en

(1) *Monde pañ*, t. 1.

(2) *Act cell*, t. I, p. 233.

(3) *Noé* en hebreo significa *reposo* ó *consuelo*.

que se reproduce por fragmentos toda la historia de Noé?»

Los pueblos occidentales, lo mismo que los orientales, han conservado el recuerdo de los tres hijos de Noé, aunque desfiguraron sus nombres.

«Entre los *Romanos*, escribe el abate Gai-net (1), los tres hijos de Saturno son: Júpiter, Neptuno y Plutón. Los *Atlantes* reconocían por primer rey á Urano, cuyos principales hijos eran: Titán, Océano y Saturno... Los *Escandinavos* dicen que el mundo fué poblado por Bore, que tuvo tres hijos: Odin, Vile y Vè. Los *Germanos* creían que su primer rey fundador había sido Mann, que tuvo tres hijos, padres de los *Igevoles*, de los *Hermionnes* y de los *Isterones*. Los *Druidas* daban por patriarcas de las islas británicas á *Hu-Gardarn*, *Pridain* y *Dyunwald-Molmad*.»

### § III. TRADICIONES DEL NUEVO MUNDO Y DE OTROS DIFERENTES PUEBLOS.

Y si nos fijamos en el Nuevo Mundo y aun en la Oceanía hallaremos innumerables tradiciones referentes al gran cataclismo y muchas de ellas fidelísimas. Sería demasiado prolijo enumerarlas nada más; pero no podemos dispensarnos de consignar siquiera algunas, porque, como dice Maury (2): «Es

(1) *La Bible sans la Bible*, t. 1, p. 232 y 233.

(2) *Encyclopedie nouvelle*, art. *Déluge*.

un hecho digno de consideración, que se encuentran en América tradiciones relativas al diluvio infinitamente más conformes con la Biblia y con la religión caldea, que las de ningún otro pueblo del Antiguo Mundo.

Una versión del *diluvio mejicano*, dada por el Sr. Bertrand (1) dice así: «Antes de la gran inundación, que tuvo lugar 4.008 años después de la creación del mundo, el país de Anahuac estaba habitado por gigantes; todos los que no perecieron fueron transformados en peces, á excepción de siete, que se refugiaron en las cavernas. Cuando las aguas se hubieron retirado, uno de estos gigantes, Xelhua, por sobrenombre el Arquitecto, fué á Cholula, en donde en memoria de la montaña Thaloe que le había servido de refugio á él y á seis de sus hermanos, construyó una colina artificial, en forma de pirámide; hizo fabricar ladrillos en la provincia de Hana-maleo, y para trasladarlos á Cholula, dispuso una fila de hombres que los fueran pasando de mano en mano. Los dioses vieron con indignación este edificio, cuya cima debía llegar á las nubes. Irritados contra la audacia de Xelhua, lanzaron fuego sobre la pirámide; muchos de los obreros perecieron. La obra no se continuó, y más tarde fué consagrada á Quetzalcoalt, dios del aire».

Si aquí vemos perfectamente recordada no

(1) Art. *Tzoquillixque*.

sólo la gran inundación, sino también la construcción de Babel, en la tradición de los *Chiapaneses* hallamos también mencionada la confusión de las lenguas. Según los documentos recogidos por Nuñez de Lorega, el Vvodán de estas gentes era nieto del venerable anciano que se salvó con su familia en una almadía, en la gran inundación en que pereció la mayor parte del género humano. Vvodán contribuyó á la construcción del gran edificio que había de llegar á los cielos; pero la ejecución fué interrumpida y cada familia recibió entonces una lengua diferente (1).

La tradición de los *Michoacanos* ofrece sin comparación mayores analogías con el relato bíblico del diluvio. El Noe de estos pueblos es Tezpi, el cual durante la inundación universal se salvó en un espacioso barco, junto con su mujer, sus hijos, muchos animales y bastantes granos, cuya conservación era más necesaria á los hombres. Cuando el Gran Espíritu, Tezcat-Lipuca, ordenó que se retiraran las aguas, Tezpi dejó salir de su barco un buitre. Como este se alimenta de carne muerta, no volvió á causa del gran número de cadáveres de que estaba llena la tierra, que empezaba á secarse. Tezpi envió otras aves; pero sólo volvió el colibrí, trayendo en su pico un ramo con hojas. Tezpi conoció en-

(1) Gaiet, *Bible sans la Bible*, t. I, p. 214.

tonces que la tierra empezaba á revestirse nuevamente de verdura y salió de su barco cerca de la montaña Colhuacán (1).

Análogas tradiciones hallamos en todas las tribus de América; el diluvio quedó profundamente grabado en la memoria de aquellas apartadas gentes. Puede verse en la notabilísima obra del abate Gaimet, *La Bible sans la Bible*, qué concepto tienen de él los Peruanos, Brasileños, Aztecas, Iroqueses, Canadios, etc. y quedará uno grandemente maravillado con Maury de ver cuan fieles son los recuerdos del gran cataclismo, conservados en el Nuevo Mundo.

Y otro tanto sucede en las islas circunvecinas. ¿Quién no se maravillará de aquel apóstrofe que uno de los insulares de Cuba dirigía á Gabriel de Cabrera? «¿Por qué me riñes, decía, siendo, como somos, hermanos? ¿No descendes tú, lo mismo que yo, de aquel que construyó el gran navío en que se salvó nuestra raza?»

Pero no sólo la tradición oral recuerda tan fielmente el diluvio en América; lo recuerdan también los monumentos y lo celebra el culto con grandes solemnidades. Los mejicanos representan en sus pinturas á su Noé, llamado Coxcox, junto con su mujer Xochiquetzal, sentados en una barea ó en un tronco de ár-

(1) M. L'Abbé Bertrand, art. *Tezpi*.

bol, flotando en medio de las aguas (1). «Muchas naciones indias del Norte y del Noroeste de la América septentrional tienen solemnidades anuales instituidas, ya á título de conmemoración de un gran acontecimiento, como la danza del diluvio, ya á título de propiciación, como la danza religiosa de los búfalos» (2).

Idénticas tradiciones hallamos en la *Oceania*. Los habitantes de las islas *Fidji* dicen que después que su patria fué poblada por el primer hombre y la primera mujer, cayó una lluvia tan abundante que el suelo quedó totalmente sumergido; pero antes que las partes más elevadas quedaran cubiertas por las aguas, aparecieron dos barcos conducidos, el uno por Bokóra, el dios de los carpinteros, y el otro por Rokola, su obrero principal. En ellos se salvaron ocho personas (3).

Inútil creemos ir multiplicando más testi-

(1) Puede verse en el *Manuel biblique* de Vigouroux, t. I, p. 547, la reproducción de una de esas pinturas, hecha en vista de la copia de un manuscrito de Cholula, ejecutada en 1585 por el dominico Fr. Pedro de los Ríos, que, muy poco después de la conquista de los Españoles, recogía con gran diligencia las tradiciones indígenas. A él se debe la conservación de algunos preciosos documentos, cuyos originales se perdieron, como acaeció con el referido manuscrito; pero cuya autenticidad nadie puede poner en duda. V. Gaimet, *La Bible sans la Bible*, t. I, p. 210. Al de Humboldt, *Vues des Cordillères et monuments de l'Amérique* (1810, p. 226-227 y lámina XXXII).

(2) Domenech, t. I, p. 577.

(3) Vigouroux; *Manuel biblique*, t. I, p. 547. W. Smith, *Dictionary of the Bible*, t. II, p. 573.

monios, porque como dice muy bien el abate Gainet (1): «No hay un pueblo, ni un solo rincón de la tierra, que no nos haya ofrecido el suyo, más ó menos claro, en favor del gran acontecimiento.» Verdad es que la raza negra no se ha mostrado hasta el día, en este punto, tan explícita como las otras; pero no podemos decir, como gratuitamente afirman ó conceden, aun muchos autores católicos, que los negros no conservan la tradición del diluvio. Están todavía demasiado mal estudiadas las creencias de esos pueblos para poder deducir nada de razones puramente negativas. Un estudio más detenido puede hallar lo que antes no se había descubierto. Sin embargo, conocemos ya algunas tradiciones bien claras, que acerca del diluvio han conservado los negros. Por de pronto nos contentamos con citar á los *Hotentotes* del Cabo de Buena Esperanza, los cuales llaman *Noh* al primer hombre de su raza, que descendió por una puerta ó por una ventana (pues la palabra que emplean significa las dos cosas), junto con su mujer *Hing-Noh*; en todo lo cual el viajero Kolbe no duda en reconocer á Noé (2) saliendo por la ventana ó

(1) *La Bible sans la Bible*, t. I, p. 227.

(2) Véanse las interesantísimas observaciones hechas por M. d'Anselme sobre Noé, el arca y el diluvio (*Monde païen*, t. I, p. 396). Nos hace ver cómo del nombre de Noé, en hebreo *Noh*, *Nais*, *Noach*, se deriva el de *navé* en más de 20 lenguas; del de la arca, *Tobe*, se deriva en otras tantas el de *bote* ó barquichuelo, y

por la puerta del arca. «Entre los negros se refiere, escribía Cesar Cantú (1), que *Atahentsic* fué arrojada del cielo por su desobediencia; y en el interior de Africa hay un lago que se cree resto del diluvio» (2).

que el mismo nombre de Patriarca ha sido dado muchas veces, bien á héroes ó dioses de la mar, bien á los inventores del vino ó de la agricultura.

(1) *Historia Universal*, t. I, época 1.<sup>a</sup>, cap. III.

(2) Es preciso tener además muy en cuenta la extrema dificultad con que los negros revelan sus creencias religiosas. No basta que no se les oiga mencionar la tradición del diluvio, para deducir de ahí que no la conservan. Con el tiempo descubrirán lo que se han obstinado en ocultar hasta ahora. Por desgracia, escribe el Sr. Quatrefages (*Races humaines*, p. 270), sus supersticiones, sus rarezas y sus representaciones grotescas son precisamente lo que desde un principio y de una manera excesiva llama la atención ó impide á muchos viajeros penetrar más allá y más profundamente en el estudio de las concepciones religiosas que existen entre los salvajes. Se necesita tiempo y mucha perseverancia para lograr confidencias sobre estas cuestiones que tocan en lo que hay más íntimo en el hombre. Sólo después de muchos años de relaciones amistosas, pudo conseguir Moeenhout que un anciano *harepo* le dijera el magnífico canto de la creación del mundo por Taaroa. Para descubrir la mitología de los Mincopios y de los Hotentotes, M. Man pasó once años entre los primeros, y M. Hahn nueve entre los segundos. A estos pueblos se les había calumniado de carecer del conocimiento de la divinidad, y el Sr. Quatrefages hace ver manifiestamente que, á pesar de eso, tienen de Dios ideas tan elevadas, que sus mitologías exceden infinitamente á las de los Griegos y Romanos.

Por lo que hace á nuestro propósito, los Mincopios, ó negritos de Andamán, en medio de su degradación física, tienen perfectas nociones de la creación, del paraíso, del diluvio, de la inmortalidad del alma, de la resurrección de los muertos, etc. Su dios se llama *Paluga*, es inmortal, conoce los más íntimos secretos del

§ IV. UNIVERSALIDAD DE LOS TESTIMONIOS.—SEGURIDAD COMPLETA DEL HE-

CHO.

**E**STA uniformidad, esta universalidad en los recuerdos, añade el abate Gaiuet, no puede explicarse sino por la realidad de la catástrofe, que ha permanecido grabada en la memoria de los pueblos asustados. No

corazón humano, se irrita contra los pecadores y está lleno de piedad para con los desgraciados, y juzga las almas de los difuntos. «Después de haber creado el mundo, Puluga, escribe el abate Hamard, refiriendo las creencias de los Mincopios (*Science Catholique*, Agosto de 1887, p. 586), creó á un hombre, que se llamó Tomo. Le puso en un jardín delicioso y le hizo conocer los árboles frutales; señalándole aquellos de los cuales debía abstenerse... Más tarde, viniendo á ser muy numerosos, los hombres se dispersaron, y esta dispersión llevó consigo la diversidad de las lenguas. Cada grupo recibió de Dios un idioma particular. Pero sus descendientes desearon cada vez más la observancia de las prescripciones de Puluga. En medio de su cólera, el dios envió una gran inundación que embrió toda la tierra, é hizo que perecieran todos los vivientes. Sólo dos hombres y dos mujeres se libraron del desastre, y de ellos provienen los insulares actuales. Todas estas tradiciones, cuya analogía con los datos bíblicos no admite réplica, los Mincopios las transmiten oralmente, porque ignoran la escritura.» Pueden verse con gran provecho *Les Pygmées*, por el Sr. Quatrefages, donde se trata largamente de las creencias de los negritos del Asia y del África.

Por lo dicho se podrá ver muy claro con cuánta ligereza han procedido y proceden las que afirman que la raza negra no conserva la tradición del diluvio.

parecerá, pues, extraño que este hecho sea como el fondo de los libros sagrados, no sólo de la verdadera religión, sino también de las religiones erróneas, y que muchos pueblos en Grecia, en la Siria, en el Nuevo Mundo, hayan hallado en él la razón de muchas fiestas aniversarias. Recuérdese también que los pueblos más civilizados son precisamente los que han conservado los hechos con su fisonomía más completa y natural... Los libros sagrados que remontan á la más alta antigüedad y más respeto merecieron en la serie de las edades, son cabalmente los más explícitos, en lo que se refiere al diluvio.»

Y lo que es más notable todavía, todas las tradiciones respetables coinciden sensiblemente en la fecha de un acontecimiento tan remoto; todas le asignan unos 3.000 años antes de nuestra era.

En vista de tales testimonios tan perennes, tan universales, en confirmación de un hecho, en realidad humillante para nuestra especie, ¿habrá aún hombres sensatos que se atrevan á negarlo? Si los hay ahora, no lo sé...; pero los ha habido hace algún tiempo, porque la osadía puede mucho. Sin embargo, un descubrimiento de incalculable trascendencia vino á cerrar por completo la boca de los impíos, que se estremecen ya al oír el solo nombre de la tradición, cuando se trata del diluvio. Conocían los testimonios de todas las gentes, y no les era posible negarlos;

pero fingían que no eran del todo dignos de fe, á pesar de ser tan universales y perennas. Buscaban con el mayor empeño el más insignificante documento en contra, y si hubieran hallado una sola línea, compuesta por un hombre tan falto de sentido común como ellos, que se hubiera atrevido á oponerse á la tradición general, lo hubieran celebrado como un triunfo el más completo.

Pero la Providencia que vela de una manera especialísima para que se conserve siempre viva entre los hombres una memoria tan provechosa y una tan severa lección, ha hecho que no se pudiera hallar una palabra en contra, en tantos ladrillos como se desentierran en la Asiria. Antes por el contrario, apareció en estos tiempos de incredulidad toda una rica biblioteca, la de Sardanápalo, compuesta de miles de libros de arcilla, reunidos en el palacio de Nínive, 700 años antes de nuestra era, y encerrados allí para que vieran la luz y sirvieran de la más completa confirmación de nuestra fe, hoy que tanta falta hacían.

Son leídos aquellos libros con ansiedad, y los impíos, que pretendían ser los primeros en descubrir allí cosas inauditas, y que tanta confianza mostraban de encontrar nuevas armas con que impugnar la religión, sólo pudieron hallar la más clara condenación de sus errores, sólo acertaron á descubrir á la faz de todo el mundo su propia confusión é ignominia.

#### § V. PRECIOSO DOCUMENTO CUNEIFORME.

Por lo que hace al diluvio, se halló una larguísima y completa descripción, más larga y detallada aún que la del Génesis, y después de ésta, la más fiel y exacta de cuantas se han visto hasta ahora. Esta relación, la más antigua de Caldea, es un episodio de una antiquísima epopeya, cuyo héroe es *Izdubar*, y que ha sido reconstituida en su mayor parte á fuerza de paciencia y de inteligencia por el sabio asiriólogo George Smith. Cree éste que el original remonta por lo menos á 17 siglos antes de la era cristiana (1).

El poema consta de doce cantos, grabados en doce tabletas, llevando cada una un signo del zodiaco. Y es verdaderamente digno de consideración, ver que el relato del diluvio está escrito en la que lleva el signo de

(1) Las razones en que se apoya son: que los ejemplares hallados son copias hechas en el siglo séptimo antes de nuestra era, por orden del rey de Nínive, de un original antiquísimo que existía en Erech, ciudad sabia de Caldea; que se usan en ellos á veces caracteres muy antiguos, reproducidos por los copistas, porque probablemente no entendían la significación; que los ejemplares ofrecen no pocas variantes, y que en ellos se encuentran glosas explicatorias, que existían ya en el texto de Erech; y suponen que este último, á pesar de su antigüedad, es también copia de otro, hecha cuando ya los términos de él se habían vuelto oscuros á fuerza de tiempo.

*Acuario*, constelación que en 2800, data que es próximamente la media entre las asignadas al diluvio en las diferentes versiones de la Biblia, pasaba por el meridiano superior, cuando el *Alpha* del Dragón pasaba por el inferior. Por otra parte el Sr. Piazzi Smith ha hecho ver que en la misma época el meridiano de la gran Pirámide ocupaba el orificio del vaso por donde sale el chorro de agua. Pues bien, antes de que se comprobaran estas particulares coincidencias, ya se sabía que la constelación de *Acuario*, en la tradición de casi todos los pueblos, los Chinos, los Caldeos, los Egipcios, los Griegos, estaba íntimamente ligada, como por una relación de causa á efecto, con la catástrofe del diluvio (1).

El héroe del poema, ya hemos dicho que era Izdubar (2). Reinó éste sobre Babilonia, y luego extendió sus dominios por toda la Mesopotamia. Después de muchas hazañas grandiosas, cayó enfermo, lleno de tristeza, y temió la muerte, el último enemigo del hombre. Pero sabía que un gran personaje, llamado *Hasisadra* (3) salvado del diluvio por

(1) Moigno, *Les Livres Saints*.

(2) G. Smith, Lenormant y Delitzsch creen que este héroe es el Nemrod de la Biblia, pues los dos dominaron sobre cuatro grandes ciudades que parecen ser todas idénticas.

(3) Significa *Sol de vida ó Luz de vida*; el *Xisuthros* de Beroso no es más que una forma corrompida, y adecuada al lenguaje griego, del nombre *Hasisadra*.

los dioses, había obtenido el privilegio de la inmortalidad. Izdubar quiere buscarlo, para saber de él como había obtenido tan gran privilegio, y después de varias peripecias, lo halló cerca de la desembocadura del Éufrates. Al responder *Hasisadra* cómo había conseguido la inmortalidad, cuenta toda la historia del diluvio.

Con gusto la consignaríamos íntegra; mas por hallarse notablemente mutilada, y por ser demasiado extensa, nos vemos precisados á omitir muchos pasajes.

Dice pues la inscripción cuneiforme (*Tableta XI. columna I, línea 8.*): (1) «*Hasisadra* habló á Izdubar (2) en estos términos:—9-Voy

(1) Según G. Smith, *Assyrian Discoveries*, p. 184-193; *Cairo Account of Genesis*, 1876, p. 263 y siguientes; J. Oppert, *Fragments de cosmogonie chaldéenne*, p. 14 y siguientes; Lenormant, *Les Origines de l'histoire* t. I, p. 601-618. Véase á P. Haupt, *Der Keilinschriftliche Sintflutbericht mit dem autographischen Keilschrifttext des babylonischen Sintflutfragments*; C. Wright, *The Babylonian Account of the Deluge*, en el *Nineteenth Century*, Febrero de 1883.—El texto solo ha sido publicado en las *Cuneiform Inscriptions of western Asia*, t. IV. Se han hecho molduras de yeso de las tabletas originales y se han sacado también fotografías. Puede verse además al abate Vigouroux, *La Bible et les découvertes modernes*, t. I, p. 254 y siguientes.

(2) «La palabra que M. Smith leyó provisionalmente *Izdubar* significa al parecer *origen del fuego*. En todo caso *fuego* es el elemento principal del nombre. De ahí la aplicación hecha por los Griegos al sabio antiguo de Babilonia, del título de Zoroastro, de quien se dice que no solo enseñó á los Babilonios la Astronomía y la Astrología, sino que también introdujo el culto del fuego. Los Judíos y los primeros cristianos compararon á este Zoroastro con el Nemrod de la Biblia, y de ahí nacieron las tra-

á revelarte, Izdubar, la historia de mi conservación:-10-y á manifestarte el oráculo de los dioses-11-La ciudad de Surippak, la ciudad que, como tú sabes, está á la orilla del Éufrates-12-ésta era muy antigua cuando los dioses en ella-13-resolvieron hacer un diluvio; los grandes dioses-14-estaban todos allí...-17-El señor de la sabiduría insondeable, el dios Hea, estaba sentado con ellos y-18-reveló sus voluntades á su ministro, el ministro de la ciudad de Kis, declaró lo que tenía en el espíritu y-19-yo escuchaba su voluntad y él me hablaba de esta suerte:-20-«Hijo de Ubaratutu de Surippak,-21-deja la casa, haz un gran navío, llénale...-22-Quieren destruir la semilla de la vida.-23-Haz entrar dentro del navío la semilla de toda vida.-24-El navío que tú construirás,-25-(600) eodos serán la medida de su longitud y-26-(60) la de su anchura y altura.-27-... Lánzalo sobre el abismo»-28-Al oír esto, yo dije á Hea, mi señor:-29-«El navío que me has mandado,-30-si lo hago,-31-... los hijos de la armada y los ancianos (se burlarán de mí)»-32-Hea abrió su boca y habló y me dijo á mí su siervo:-33-«... Tú les dirás:-34-el que se ha desviado de mí...-38-Yo quiero juzgar en lo alto y en lo bajo...-41-entra adentro y cierra la

diciones que relacionaron á Nemrod con el fuego» (Vigouroux *ibid.* p. 256). Véase á Sir Henry Rawlinson en el *Athenaeum*, 7 de Diciembre de 1872, p. 735; y á Hommel, *Proceedings of the Society of Biblical Archeology*, Abril, 1896.

puerta del navío...-42-En medio de él tu grano, tus muebles y tus provisiones,-43-tus riquezas, los criados de tu mujer, tus criadas y tus criados,-44-los animales de los campos, las bestias de los campos, todo aquello que yo reuniré y-45-yo te enviaré y la puerta lo guardara todo.»... COLUMNA II. ...-5-Yo puse su cubierta... Yo lo terminé,-6-Entré adentro el sexto (día)?; lo examiné al exterior, el séptimo (día);-7-dividí su interior el octavo (día);-8-Abrí adentro depósitos para recibir las aguas (?)-9-Me enteré de las fisuras, y puse las cosas que faltaban.-10-Tres saros de betún vertí al exterior;-11-Tres saros de betún sobre el interior.-12-Tres saros de clavos (?) llevando las canastas que contenían los panes.-13-Guardé un saró de panes para que comiesen *iqqu*.-14-dos saros de panes se los repartieron los barqueros.....-17-bebidas, pan y vino-18- como las aguas de un río y-19-como el polvo de la tierra...-21-... el barco fué terminado...-25-Todo lo que poseía, lo reuní, reuní todo lo que poseía de plata;-26-reuní todo lo que poseía de oro,-27-reuní todo lo que poseía de simientes de vida, el todo-28-lo hice introducir en el navío; todos mis criados y criadas,-29-los animales de los campos, las bestias de los campos y los hijos de la armada, todos los hice subir.-30-Samas hizo una inundación y-31-habló diciendo: «Á la tarde yo haré que llueva del cielo abundantemente,-32-entra en el barco

y cierra la puerta». -33- Esta inundación sucedió...-36...-yo estaba con temor.-37- Entré en el barco y cerré mi puerta...-40- *Ragnuséritina-namari* (?) se elevó,-41- del horizonte del cielo, nube negra,-42- Bin (el dios de la tempestad) tronó y-43- Nebo y Saru se desencadenaron;-44- los portadores de los tronos trastornaron las montañas y las llanuras,-45- el poderoso Nergal (dios de la guerra y de la caza) llevó en pos de sí el huracán-46- Adar hizo correr sin reposo los canales (?);-47- los *Anunnaki* trajeron la destrucción;-48- con su poder hicieron temblar la tierra.-49- La inundación de Bin tocaba en el cielo;-50- toda luz fué cambiada en (tinieblas). — COLUMNA III. — ...-2- Los seres vivientes de la superficie de la tierra...-3- El fuerte (diluvio) sobre los hombres alcanzó hasta el cielo.-4- El hermano no vió más á su hermano; ya no se reconocían. En el cielo-5- los dioses temían la tempestad y-6- buscaron un refugio; subieron al cielo de Anu.-7- Los dioses, en cuadrilla, lo mismo que perros, estaban echados.-8- Istar gritaba como una mujer en el parto.-9- La gran diosa grita en alta voz:-10- «El mundo se ha convertido en lodo y-11- en presencia de los dioses he profetizado la desgracia...-14- yo, madre, no crío mis hombres para que-15- como los hijuelos de los peces llenen la mar».-16- Los dioses sobre los *Anunnaki* lloraron con ella.-17- Los dioses sobre sus sillas estaban sentados entre lloros:-18- Sus labios estaban

cerrados...-19- Seis días y siete noches-20 el viento, el diluvio y la tempestad reinaron.-21- El día séptimo á la aurora, la lluvia y la terrible tormenta -22- que habfa destruído, como un temblor de tierra-23- se apaciguó. La mar se quedó tranquila, y el viento y la tempestad cesaron.-24- Yo bogaba con tristeza sobre la mar, porque todas las habitaciones de los hombres estaban reducidas á lodo,-26- lo mismo que cañas, los cadáveres flotaban.-27- Abrí la ventana, y la luz brilló sobre mi rostro.-28- Quedé poseídò de tristeza, me senté y eché á llorar;-29- por mi cara corrían mis lágrimas.-30- Bogaba por los países convertidos en mar.-31- Entonces surgió un continente elevado.-32- Al país de Nizir fué el navío.-33- La montaña de Nizir detuvo el navío y este no pudo pasar más allá...-34- El primero, el segundo día...-36- El quinto, el sexto, la montaña de Nizir, la misma.-37- El séptimo día al amanecer,-38- hice salir una paloma, y la solté. La paloma fué y dió vueltas y no halló lugar de reposo y se volvió.-40- Hice salir una golondrina y la solté. La golondrina fué y dió vueltas y-41- no halló un lugar de reposo y se volvió.-42- Hice salir un cuervo y lo solté.-43- El cuervo fué y vió los cadáveres que estaban sobre el agua y-44- comió, se posó y dió vueltas y no volvió más.-45- Hice salir también los animales hacia los cuatro vientos. Sacrifiqué un sacrificio.-46- Hice fuego sobre el pico de la montaña.

-47-De siete en siete dispuse vasijas *adagur*,  
-48-en el fondo puse cañas, cedros y *riggir*.  
-49-Los dioses sintieron el olor, los dioses  
percibieron el buen olor;-50-los dioses, lo  
mismo que moceas, se reunieron por encima  
del dueño de los sacrificios (Hasisadra).-51-  
Entonces la gran diosa, á su llegada,-52-qui-  
tó los grandes arcos que Anu había hecho  
según el deseo.-53-¡Oh dioses! ¡Por los orna-  
mentos de mi cuello! yo no lo olvidaré.— Co-  
LUMNA IV.-1-¡Estos días, yo los recordaré, no  
los olvidaré jamás.-2-¡Pudieran los dioses  
venir al fuego (de mi sacrificio)!-3-¡Pudiera  
Ilu no venir al fuego!-4-porque él no se ha  
contenido y él ha causado el diluvio-5-y ha  
destinado á mi pueblo para el abismo.-6-En-  
tonces también Ilu, al acercarse,-7-vió el  
navío y se fué de allí, lleno de cólera contra  
los dioses y los espíritus:-8-«¿Cual es el hom-  
bre que ha escapado con vida? ¡Ningún hom-  
bre debe vivir, (librándose) del abismo!»-9-  
Adar abrió la boca y habló y dijo al guerre-  
ro Ilu:-10-«¿Quién, sino Hea, ha hecho cono-  
cer el designio?-11-Porque Hea sabe todas  
las cosas y lo ha anunciado todo.»-12-Hea  
abrió su boca y habló y dijo al guerrero Ilu:  
-13-Tú, príncipe de los dioses, guerrero,-14-  
¿por qué no te has contenido y has hecho el  
diluvio?-15-Al pecador, cárgalo con su peca-  
do; á aquel que ha hecho el mal, cárgalo con  
el mal.-16-Déjate conmover, á fin de que él  
no quede aniquilado; sé misericordioso, á fin

de que...-17-En lugar de hacer tú en adelan-  
te un diluvio, que vengan los leones, y los  
hombres queden disminuidos;...-19-en lugar  
de hacer tú un diluvio, que venga el hambre,  
y el país quede asolado;-20-en lugar de ha-  
cer tú un diluvio, que venga la peste (?) y que  
los hombres sean disminuidos...-23-Y hé aquí  
que su cólera quedó apaciguada, y subió  
Ilu al navío,-24-tomó mi mano y me hizo le-  
vantar.-25-Hizo levantar á mi mujer y la  
condujo á mi lado.-26-Se volvió á nosotros,  
y se colocó entre nosotros y nos bendijo.-27-  
«Hasta ahora Hasisadra ha sido un hombre  
perecedero, y-28-hé aquí que Hasisadra y su  
mujer son elevados á vivir como los dioses, y  
-29-habitará Hasisadra en un lugar retirado  
en la desembocadura de los ríos.»-30-Me to-  
maron, y en lugar retirado en la desemboca-  
dura de los ríos me colocaron.»

Omitimos lo restante, porque ya no se re-  
fiere al diluvio. Hemos transcrito demasiado,  
pero no nos pesa; tal es la importancia de  
esta narración antiquísima, que merece se la  
aprenda toda de memoria. ¡Cuántas maravi-  
llas no se descubren en ella! Por su parte  
material parece coincidir en un todo con la  
de Moisés, mas por la parte moral difiere de  
esta tanto como la noche del día. La notable  
semejanza y la profunda diferencia son dos  
providenciales testimonios; la primera prue-  
ba la veracidad de Moisés como simple his-  
toriador, la segunda hace resaltar á las cla-

ras la misión divina del legislador hebreo. El cantor de Izdubar describe fielmente, en cuanto le es posible, los hechos, y da grandes muestras de veracidad; pero á la vez las da mayores de hombre falible y de hombre engañado, dejándose llevar de la corriente idolátrica. En medio de ciertas verdades, deja escapar horribles desatinos, que no pueden menos de provocar á cualquiera á risa. ¡Qué concepto de sus divinidades! Juzga de ellas como de cualquier hombre, y aun se atreve á compararlas con los *perros* y con las *moscas*!... Apenas sabe hacer resaltar la verdadera causa ocasional del diluvio, los pecados; y á juzgar por su descripción, parece que la principal fueron ciertas rencillas suscitadas entre aquellos pueriles dioses.

Moisés escribe casi al mismo tiempo, y quizá después; y sin embargo, si en lo material se muestra tan verídico, que no deja ni la menor sombra de error, bajo el punto de vista teológico, se muestra verdaderamente divino; habla de Dios, como Dios merece; y no hubiera podido hacerlo así, si no moviera sus labios la misma divinidad.

El poema de Izdubar con sus verdades y con sus mentiras, ha obstruido por completo la boca de los impíos; ha probado hasta la última evidencia, no sólo que el diluvio es un hecho real y maravilloso, sino también que nadie, sino es Moisés, lo ha podido dignamente celebrar.

§ VI. NARRACIÓN DEL GÉNESIS—SU FIDELIDAD COMPROBADA POR TODAS LAS TRADICIONES. — PARALELO ENTRE LA DESCRIPCIÓN BÍBLICA Y LA CUNEIFORME.

COMPROBADA pues la verdad de esta gran tradición bíblica, vamos á reproducirla textualmente (1):

(Genesis, VI 5). «Viendo Jehovah que era mucha malicia de los hombres en la tierra, y que todos los pensamientos de sus corazones estaban dirigidos en todo tiempo al mal,—6—le pesó de haber hecho al hombre sobre la tierra. Y tocado de dolor hasta lo íntimo del corazón,—7—borraré, dijo, de la superficie de la tierra al hombre á quien yo creé, al hombre y á los animales, desde el reptil de la tierra hasta los volátiles del cielo; pues me pesa de haberlos hecho.—8—Mas Noé halló gracia en presencia de Jehovah.—9—Hé aquí las generaciones de Noé: Noé fué un varón justo y

(1) Para que se pueda apreciar mejor el verdadero sentido y comparar la relación de Moisés con la cuneiforme, nos acomodamos, en cuanto nos es posible, al texto hebreo, siguiendo con frecuencia la acertada interpretación del Sr. Vigouroux (*La Bible et les découvertes modernes*, t. I, p. 260 y siguientes). Preferimos la sencillez de una versión literal á otra que desfigure más ó menos la verdad ó el candor de las narraciones antiguas.

perfecto en sus generaciones; anduvo con Elohim; -10- y engendró tres hijos, Sem, Cham, y Japheth. -11- Mas la tierra estaba corrompida delante de Elohim y llena de violencia. -12- Y Elohim miró la tierra, y estaba corrompida, porque toda carne había corrompido sus caminos sobre la tierra. -Y dijo Elohim á Noé: el fin de toda carne ha llegado ya ante mí, porque la tierra está llena de violencia delante de mis ojos; y voy á exterminar la tierra. -14- Haz para tí una arca de madera de *gopher*; harás en ella camarillas (nidos) y la revestirás de betún por adentro y por afuera. -15- Y la has de hacer de esta suerte: trescientos codos serán la longitud del arca, cincuenta codos su anchura y treinta codos su altura. -16- Harás una ventana en el arca y tendrá un codo de altura; la puerta del arca la pondrás á un costado, harás un piso inferior, un segundo y un tercero. -17- Hé aquí que yo haré venir un diluvio de aguas sobre la tierra, para destruir toda carne que tiene en sí el soplo de vida, debajo del cielo; todo lo que hay en la tierra perecerá. -18- Voy pues á establecer una alianza contigo; y entrarás en el arca tú, tus hijos, tu mujer y las mujeres de tus hijos contigo. -19- Y de todo viviente de toda carne, harás que entren en el arca para que vivan contigo, una pareja de cada cual; macho y hembra; -20- de los volátiles según su género, de los jumentos en su género y de todos los reptiles de la tierra se-

gún su género; una pareja de todos ellos entrarán contigo, á fin de que vivan. -21- Tomarás pues toda suerte de alimentos que se puedan comer y los pondrás cerca de tí, para que te sirvan á tí y á ellos de comida. -22- Y Noé hizo según todo aquello que le había ordenado Elohim; del mismo modo.»

«VII. -1- Y Jehovah dijo á Noé: entra en el arca tú y toda tu casa, porque á tí te he visto justo en mi presencia, en esta generación. -2- De todos los animales puros toma siete y siete, machos y hembras; y de los animales que no son puros, dos, el macho y su hembra. -3- De las aves del cielo tomarás también siete y siete, machos y hembras, para que viva su raza sobre toda la superficie de la tierra. -4- Restan aún siete días, y después yo haré llover sobre la tierra, cuarenta días y cuarenta noches, y exterminaré de la superficie de la tierra, á todo subsistente, que yo he hecho. -5- É hizo Noé según todo aquello que le había mandado Jehovah. -6- Seiscientos años tenía Noé, cuando las aguas del diluvio vinieron sobre la tierra. -7- Y entró Noé y sus hijos, su mujer y las mujeres de sus hijos con él en el arca, por causa del diluvio. -8- De los animales puros y de los impuros, de las aves y de todo lo que se arrastra por la tierra. -9- Dos y dos fueron á Noé en el arca, macho y hembra, conforme había mandado Elohim á Noé. -10- Y á los siete días sucedió que las aguas del diluvio vinieron sobre la tierra.

-11-En el año 600 de la vida de Noé, en el mes segundo y el día 17 del mes, se rompieron todas las fuentes del gran abismo, y se abrieron las cataratas del cielo.-12-Y llovió sobre la tierra cuarenta días y cuarenta noches.-13-En este mismo tiempo entró Noé, y Sem, Cham, y Japhethi, sus hijos: y la mujer de Noé y las tres de sus hijos con ellos en el arca;-14-ellos y todas las bestias según su especie; todos los reptiles que se arrastran por la tierra según sus especies, todas las aves según su especie y todo volátil que tiene alas;-15-entraron en pos de Noé en el arca dos, dos (pareja y pareja), de toda carne que tiene en sí espíritu de vida;-16-entraron macho y hembra; de toda carne entraron como le había mandado Elohim, y cerró Jehovah por de fuera.-17-Y se verificó un diluvio, durante cuarenta días sobre la tierra; y crecieron las aguas, y llevaron el arca, y ésta se elevó por encima de la tierra.-18-Y llegaron á ser fuertes las aguas, y crecieron mucho sobre la tierra; mas el arca iba sobre la superficie de las aguas.-19-Y las aguas se hicieron fuertes, en muy alto grado, sobre la tierra, y cubrieron todas las altas montañas que están por debajo del cielo.-20-Quince codos por encima se elevaron las aguas, y cubrieron las montañas.-21-Y espiró toda carne que se mueve sobre la tierra, entre las aves, entre los animales domésticos, entre las bestias y entre todo aquello que se arras-

tra sobre la tierra; y todos los hombres;-22-todo lo que tiene en sus narices respiración de vida, entre todo aquello que vive sobre lo árido, murió.-23-Y fué exterminado todo subsistente de la superficie de la tierra, desde el hombre hasta el animal, hasta el reptil y hasta el ave del cielo; fueron exterminados de la tierra, y solamente permaneció Noé y los que con él estaban en el arca-24-Y las aguas fueron fuertes sobre la tierra ciento cincuenta días.

«VIII.-1-Mas se acordó Elohim de Noé y de todas las bestias y de todos los animales que estaban con él en el arca, é hizo pasara un viento sobre la tierra, y bajaron las aguas.-2-Y se cerraron las fuentes del abismo, y las cataratas del cielo, y cesó la lluvia.-3-Y las aguas empezaron á correrse de por encima de la tierra, disminuyendo, y disminuyeron á los ciento cincuenta días.-4-Y el día 17 del séptimo mes, descansó el arca sobre las montañas del Ararat (1).-5- Mas

(1) Según Beroso, el navio de Xisuthro se detuvo en Armenia. En el texto de Babilonia, de donde Beroso tomó su relación, escribe Lenormant (*Essai de commentaire de Berosus*, página 233), la expresión debía ser la misma (que en el Génesis) porque el nombre más ordinario y más general de la Armenia en las inscripciones cuneiformes es *Urti* ó *Ararti*.—«En las inscripciones de Nínive, añade J. Oppert (*Expédition en Mesopotamie*, t. II, p. 18), es *Urarto*, con un *aleph* inicial, lo cual expresa á la letra el nombre *Ararat*, que significa Armenia en los textos bíblicos.» En efecto, el nombre *Ararat* se halla cuatro veces en el texto hebreo, y San Jerónimo, que estaba bien al corriente de

las aguas iban y decrecían hasta el décimo mes, y el día primero del décimo mes aparecieron las cumbres de las montañas.—6—Y después de cuarenta días, abrió Noé la ventana del arca, que había hecho, y dejó salir al cuervo:—7—el cual salió y estuvo yendo y viniendo (1) hasta que se secaron las aguas sobre la tierra.—8—Envió detrás la paloma, para ver si las aguas habían disminuído sobre la superficie de la tierra.—9—Mas no halló

las tradiciones judías, lo traduce en dos lugares (uno el presente, *Gen.* VIII, 4, y otro, *IV, Reg.* XIX, 37) por Armenia, en los otros dos (*Is.* XXXVII, 38, et *Jer.*, LI, 27) conserva la palabra textual *Ararat*, en su traducción, continúa el Sr. Vigouroux (*La Bible et les découvertes modernes*, t. I, p. 252) muestra además muy bien que el texto sagrado no designa especialmente la montaña sobre la cual se detuvo el arca, sino el país nada más: *sobre las montañas del Ararat*, y no sobre el monte Ararat, en donde la tradición judía y armenia ha fijado el lugar del reposo del arca.

Los Targumistas, Onkelos y Jonathan entienden, lo mismo que Josefo (*Antig. jud.*, I, III, t. I, p. 16) por el Ararat del Génesis los *Montes Gordianos*, que son los designados explícitamente por Beroso como el lugar del detenimiento del navío de Nisuthro. La relación concuerda dice que la nave de Hasisadra se detuvo en la montaña de Nizir; pero ésta es hoy completamente desconocida.

(1) Como la Vulgata dice: *Qui egrediebatur et non revertebatur*, Calvino la acusó de falsa; pero los Setenta y lo mismo los Padres entienden que el cuervo no volvió al arca. Lo que da á entender el texto hebreo es que el animal estuvo revoloteando, yendo y viniendo, quizá á ponerse sobre el arca; pero no que entrase en ella. V. Cornelle A Lápide, *In Genes.* VIII. El poema de Izdubar está más explícito y confirma esta explicación: "El cuervo se fué (dice en la columna III, 43, 44), y los cadáveres, que estaban sobre el agua, vió y comió, se posó, dió vueltas y no volvió."

lugar de reposo para la planta de su pié, y se volvió á él en el arca, porque las aguas estaban sobre la superficie de toda la tierra; y él extendió su mano y la cogió y la hizo entrar con él en el arca;—10—Aguardando otros siete días, envió de nuevo la paloma fuera del arca.—11—Mas ella vino á él por la tarde, y hé aquí que traía en su boca una hoja verde de olivo, y conoció Noé que las aguas habían disminuído sobre la tierra.—12—Con todo aguardó otros siete días, y envió la paloma, pero ésta ya no volvió más á él.—13—Pues bien, el año 601, el día primero del primer mes, se secaron las aguas de por encima de la tierra, y quitó Noé la cubierta del arca y miró, y hé aquí que se secaba la superficie de la tierra.—14—En el segundo mes, el día diez y siete (1) estaba seca la tierra.—15—Y ha-

(1) Según el texto hebreo y el caldeo, el diluvio duró un año completo. Entró Noé en el arca el día 17 del segundo mes del año 600 de su vida y salió precisamente en el mismo día del año 601. Según la Vulgata, salió 10 días después, es decir, el 27, y además el arca descansó sobre los montes de Armenia ó del Ararat, no el 17 del séptimo mes, como dice el original, sino el 27 también. Por eso Cayetano, con otros notables expositores, creen que hay aquí una equivocación en nuestro texto.

De manera que, durante 40 días, llovió copiosamente, siguieron creciendo las aguas, ó por lo menos permanecieron á la misma altura durante otros 110 días; así, pues, durante 150 días las aguas fueron fuertes; pasado ese período de violencia y de corrientes impetuosas, empieza una larga fase de tranquilidad; se detiene el arca, y el nivel del agua va descendiendo lentamente, tardando aún cerca de dos meses y medio en aparecer las cumbres de las montañas. Al cabo de unos tres meses quedó

bló Elohim á Noé, diciendo:-16-Sal del arca tú y tu mujer, y tus hijos y las mujeres de tus hijos contigo;-17-todo viviente que está contigo, de toda carne, de aves, de animales y de todo reptil que se arrastra por la tierra, hazlos salir contigo, para que se multipliquen, y crezcan y se hagan numerosos sobre la tierra.-18-Salió pues Noé y con él sus hijos, su mujer y las mujeres de sus hijos;-19-todo viviente, todo reptil, toda ave, todo sér que se arrastra por la tierra, según sus especies, salieron del arca.-20-Mas Noé edificó un altar á Jehovah, y tomó de todos los animales puros y de todas las aves puras, y los ofreció en holocausto sobre el altar.-21-Y percibió Jehovah el olor, con el cual se calmó y dijo en su corazón: Jamás volveré á maldecir la tierra por causa del hombre; pues los pensamientos del corazón humano están inclinados al mal desde la adolescencia, ya no he de volver á herir á todo viviente como lo he hecho.-22-Ahora todos los días de la tierra, la siembra y la cosecha, el frío y el calor, el verano y el invierno, el día y la noche, se sucederán sin interrupción.»

«IX.-1-Y bendijo Elohim á Noé y á sus hijos, diciéndoles: Fructificad y multiplicaos y llenad la tierra,-2-y que vuestro temor y te-

descubierta la tierra, y acabó de secarse después de un mes y diez y seis días, es decir, el 17 del segundo mes del año 601, en que salió Noé del arca.

rror sea sobre todo viviente de la tierra y sobre las aves del cielo, y sobre todo lo que se arrastra por el suelo y sobre los peces de la mar; en vuestras manos, están entregados...-11-Estableceré mi alianza con vosotros, y de ninguna manera volverá á ser destruída toda carne por las aguas del diluvio, ni habrá más diluvios desoladores de la tierra.-12.-Y dijo Elohim: He aquí la señal de alianza que doy entre mí y vosotros, y para toda ánima viviente que esté con vosotros en todas las generaciones.-13-Mi arco doy en la nube y será señal de alianza entre mí y entre la tierra.»

He aquí, pues, el diluvio tal cual fué, he aquí ya consignados los hechos reales y positivos que podemos deducir de todas las tradiciones expuestas y que sólo en la bíblica pueden hallarse puros y sin mezela de error. Vemos que en el fondo están perfectamente conformes con la opinión constante y universal de todas las gentes, pues todas convienen, como hemos visto, en que hubo una inundación providencial que cubrió la tierra y exterminó á casi todos los hombres. Por lo que mira á los detalles, no era posible que, en medio de la idolatría general, se conservaran en su completa pureza; sin embargo, es digno de maravilla ver que todos ellos han dejado indelebles huellas, ya en unas tradiciones, ya en otras. Dificilmente se hallará uno solo, en todo el relato bíblico, que no se

haya conservado en la memoria de varios pueblos remotos. Pudieron éstos, con el tiempo, y con la reinante superstición, alterar algunos hechos, introducir otros imaginarios y aun ridículos, y añadir circunstancias inverosímiles, que parecen desfigurar por completo la verdad de la tradición y convertirla en una fábula; eso era natural, eso era del todo necesario. Lo maravilloso es que, á pesar de todo, no solamente el hecho fundamental, sino también otros muchísimos, han sido conservados fidelísimamente por todas las tradiciones, y lo que es más todavía, que no se encuentre uno solo que haya sido en todas ellas olvidado ó desfigurado. La causa moral del diluvio, la perversidad de los hombres, está recordada en casi todas. El terrible decreto del Omnipotente lo está en la inmensa mayoría de ellas, que, á pesar del politeísmo, atribuyen casi siempre la inundación á las iras del Dios principal. La salvación de sólo ocho personas, lo recuerdan varios pueblos. El arca apenas se ha olvidado en ninguno. El exterminio de todos los hombres que estaban fuera de ella es una tradición casi universal, lo mismo que la revelación del gran cataclismo y la posterior alianza y promesa divina de no producirse ningún otro en adelante. Que la causa inmediata del diluvio fueron las torrenciales lluvias y la invasión de la mar, y que las aguas cubrieron toda la tierra, si no lo dicen todas

las tradiciones, lo afirma, por lo menos, la mayoría de ellas. Otro tanto debemos decir de la conservación de todas las especies ó géneros de animales terrestres. Pues bien, de la misión del cuervo y la paloma se acuerdan hasta en América. Del sacrificio hecho por Noé hay en casi todas partes memoria. De haberse detenido el arca en los montes de Armenia ó del Ararat hay aún vivos recuerdos. En una palabra, de cuantos hechos refiere Moisés, difícilmente se podrá señalar uno solo que no esté garantizado por la tradición de gentes remotas. Y desde luego, casi todos los que acabamos ahora de referir los garantiza el mismo poema de Izdubar, que tanta fe merece por su antigüedad remotísima.

Preciso es cerrar los ojos á la luz para no ver claramente que la tradición de todos los pueblos nos fuerza, no ya á reconocer el diluvio, sino también á admitirlo tal como nos lo refiere la Biblia. En ésta, no sólo el hecho fundamental, sino también todas las circunstancias, son muy admisibles; dada la voluntad divina de inundar la tierra, todo lo demás es consecuencia bien natural y casi forzosa. Parece que los hechos no hubieran podido realizarse de otra manera.

En las demás tradiciones, por muy imparcialmente que se miren, lo que hallamos de razonable está enteramente conforme con el Génesis, y lo que hallamos en oposición con

éste, está á la vez en contradicción manifiesta con la verdad fundamental que ellas mismas reconocen. Mientras permanecen fieles á lo consignado por Moisés, no vemos nada en qué tacharlas; pero en cuanto de él se separan, ya no hay más que hechos inverosímiles y circunstancias violentas ó ridículas que no se atrevería á admitirlas el más avanzado libre pensador.

Véase sino la misma relación del poema de Izdubar, esa relación la más admirable que nos ha conservado el paganismo; y si nos maravillamos de verla tan conforme con el Génesis en la verdad fundamental y en casi todos los detalles del diluvio, nos maravillaremos aún mucho más viendo en medio de tan notable semejanza en los hechos referidos, y aun en el mismo estilo, una diferencia tan profunda en la subordinación de los sucesos y su verosimilitud, y sobre todo en la elevación de las ideas y pensamientos del autor. Aquí es donde el contraste sube de punto; en la leyenda de Erech vemos desarrollarse los mismos acontecimientos, con el mismo orden, expuestos bajo un plan idéntico, y con un estilo del todo análogo al de Moisés; y sin embargo, mientras en aquella no se ven más que circunstancias repugnantes, dioses en continuas querellas, sujetos á todas las pasiones humanas, llenos de temor, y llorando como niños, *corriendo, asustados, en tropel, y echados como perros, apiñados lo mismo*

*que moscas* alrededor del sacrificio, poseídos de ira desmesurada y llenos de crueldad y hasta reprendidos é improperados, como Ilu, por el mismo Hasisadra el santo; en el relato del Génesis todo es verosímil, todo necesario, todo noble, todo elevado y grandioso. El Dios Omnipotente de Moisés aparece siempre radiante de majestad y de gloria, de bondad sin límites y de sabiduría infinita. En medio de sus justas iras, resplandece y conmueve su entrañable misericordia. Se ve precisado á ejecutar un castigo el más ejemplar; su justicia inquebrantable no puede tolerar tanta iniquidad en la tierra, y al verse precisado á exterminar al impío, junto con la iniquidad, aquel piadosísimo, paternal y divino corazón queda poseído de un dolor íntimo y vehemente viendo que tiene que destruir las criaturas, que su misma bondad había formado. Y ya que era forzoso producir un terrible diluvio para que, á fuerza de tantas aguas, se borrasen todas las inmundicias y maldades de la tierra; ¿con cuánto cariño no avisa á los justos y vela por su seguridad? ¿con cuánta ternura no escucha sus oraciones y cumple sus deseos, y los bendice y los colma de bienes? ¿Y cuántos cuidados no se toma por los mismos seres irracionales, á fin de que por lo menos se conserven las especies que él mismo había creado? Pasada la inundación, y al ver tal exterminio, cual padre misericordioso, que arroja al fuego la vara con que ha castigado

al hijo, manda cesar á la lluvia, cierra las fuentes del abismo y las cataratas del cielo, detiene las aguas y hace que disminuyan muy pronto, y cual si ya se arrepintiera de lo hecho, establece perpetua alianza con los hombres y con todas las criaturas y les promete no volver á producir jamás otro diluvio. ¡Oh Dios Todopoderoso, á cuyas palabras nada hay que resista, y ante cuya Majestad se extremece el Universo! ¡Dios grande y lleno de infinitas bondades, cuyas misericordias brillan siempre, aun en medio de los más grandes rigores de tu incontaminable justicia! ¡Oh Jehová, oh Elohim, tal como te veo resplandecer en el Génesis, te reconozco dentro de mi corazón; ¡Tú eres el Dios de mi alma, que arrobas todas mis potencias!...

Otra diferencia muy notable que pone á la narración de Moisés muy por encima de la cuneiforme, es el carácter verdaderamente tradicional de aquella, comparado con el de novedad que se nota en la otra. Educado el legislador hebreo en medio de lo más selecto de la floreciente civilización de Egipto, no ignoraba ni podía ignorar los términos ni las mismas reglas de la navegación: y llama en efecto, cuando, en otro lugar, conviene (1) á la nave *ónyyot*, á la mar *yam*, á los puertos *af*; pero su profundo respeto á la tradición antigua, le impidió dar á su narración un co-

(1) *Genesis*, XLIX, 13.

lor más ó menos sabio ó moderno y así lo imprimió el más irrefragable sello de autenticidad y fidelidad. Llama al arca simplemente *tébâh*, que significa *cofre*, *arca*, pero de ninguna manera navío; no usa ningún término propio de la navegación ni necesita contar con pilotos.

Todo lo contrario sucede en el poema caldeo; el cantor pinta á Hasisadra como si viviera en una civilización idéntica á la en que vive él mismo. Ciertamente que la palabra *elippu*, en lengua asiria puede significar *cofre* ó *arca*; pero se usa principalmente en la significación de navío; y todos los demás términos son propios de la navegación: Hasisadra construye una grandiosa nave, lanzada ésta al agua, se verifican las pruebas, la confía á un buen piloto y empieza en seguida á navegar por un mar embrabecido y extremadamente agitado que penetra en los continentes y llega á cubrir las montañas.

#### § VII. PERFECTA CONFORMIDAD DE LOS PASAJES ELOHISTAS CON LOS JEHOVISTAS.

Los críticos libre-pensadores, forzados á reconocer en la relación de Moisés una manifiesta y notable superioridad sobre todas las otras que nos han quedado del diluvio, procuran disminuirla cuanto pueden,

ya que no se atreven á negarla claramente, ni mucho menos á desmentir con franqueza el hecho que todas las tradiciones afirman. Dicen, pues, que Moisés ó el que compuso la relación del diluvio, tal como aparece hoy en el Génesis, no hizo más que compilar, purgar algún tanto de los errores del politeísmo, y por fin amalgamar, no con mucho acierto, otras relaciones muy anteriores. Se obstinan en decir que los pasajes en que se designa á Dios con el nombre de *Elohim* pertenecen á una relación primitiva, del todo diferente de aquella en que se le designa bajo el nombre de *Jehovah*. Y lo que es más todavía, no se avergüenzan de sostener que esas dos relaciones están en contradicción, sin que el compilador haya acertado á ponerlas de acuerdo.

Pero no nos dicen de donde pudo sacar unas ideas tan nobles, tan puras, tan elevadas. No podremos afirmar rotundamente que su relato es la tradición primitiva, conservada en la flor de su integridad y pureza por la familia patriarcal, y no una simple expurgación de las tradiciones de Caldea; pero tenemos sobrados fundamentos para sospecharlo (1). Si Moisés no hubiera hecho más

(1) Decimos que el relato del Génesis más parece ser la tradición primitiva, conservada con entera fidelidad por la raza patriarcal, que no una simple recopilación y expurgación de varias relaciones preexistentes, transmitidas por gentes extrañas; sin embargo, es muy probable que al consignar Moisés por escrito la tradición de su pueblo, tuviera presentes algunos antiguos docu-

que purgar las tradiciones de las gentes é insertar solamente lo que hallaba de verdadero, habría evitado con gran diligencia el empleo de los antropomorfismos, de metáforas atrevidas y el dar á Dios diferentes nombres; pues con todo eso podría dar ocasión á que el pueblo cayese en la idolatría, siendo tan inclinado á ella. Nada de esto hizo; preciso es pues reconocer que la relación de Moisés representa á la tradición primitiva, trasmítida á él directamente, so pena de tener que confesar que, si es una simple expurgación de las tradiciones de otros pueblos, esa expurgación no es humana; el hombre no hubiera osado hacerla de esa manera, no está conforme con la prudencia del hombre y revela un influjo superior y providencial. Por otra parte, ¿de dónde le pudieron venir esas ideas tan nobles, esos pensamientos tan elevados, sino de la inspiración divina? Vemos, pues, que el mismo hecho de mostrar Moisés tan poco reparo en llamar á Dios con diferentes nombres y en usar de antropomorfismos, á primera vista peligrosos, lejos de disminuir en lo más mínimo el mérito de su relación, aun dado que fuera una simple recopilación de otras más antiguas, lo realza extraordinariamente, haciéndonos ver con los ojos la influencia de la divinidad.

mentos, traídos por Abraham de Caldea, y de los cuales pudo valerse, guiado siempre de la inspiración divina, para completar lo que faltaba en la tradición oral.

No estamos ahora en el caso de probar la inspiración de los libros sagrados, eso no pertenece á nuestro propósito; innumerables autores la prueban y fácil es recurrir á ellos. Moisés, al describir el diluvio, obraba bajo la influencia de la inspiración divina, y no podía menos de decir en todo verdad. Que haya tenido ó no presentes otros documentos anteriores, nada importa; su relación lleva siempre el sello de la divinidad y es en un todo fiel, legítima y auténtica. Ni debemos preocuparnos de si esos documentos, conservados ya por la escritura ó trasmitidos por la tradición oral, y de los cuales pudo servirse el autor del Génesis al redactar su admirable historia, eran en un todo verdaderos y fieles ó estaban plagados de errores; bástanos saber que la redacción definitiva, expresión de su pensamiento, es auténtica y legítima, y que iluminado por una luz sobrenatural, no pudo dejar se deslizara en ella el menor error. Esta redacción definitiva, tal como nos la ha dejado el historiador, y tal como ha llegado á nuestros días, es la que para nosotros tiene autoridad; pues sabemos que, de una manera ó de otra, ha sido divinamente inspirada.

Aun cuando nos llegaran á probar que es una simple recopilación de tradiciones antiguas y muy diferentes y, si se quiere, contradictorias, jamás podrán señalar en esa recopilación, tal como salió de las manos del es-

critor sagrado, ni errores, ni contradicciones, ni nada que no sea la verdad pura y auténtica.

Sin embargo, los racionalistas, no sólo no tienen escrúpulo en afirmar que el relato bíblico del diluvio es una mezcla confusa de dos tradiciones muy distintas, la *elohista*, que puede reconocerse por el empleo de la palabra *Elohim*, y la *jehovista* por el de la palabra *Jehovah*, sino que sostienen que esas dos tradiciones se contradicen la una á la otra. Si les preguntamos por dónde conocen esas dos primitivas tradiciones, nos responden que sólo por el Génesis; pero que reuniendo los diferentes trozos de cada una, que están en él diseminados, y poniéndolos en su debido lugar, se pueden reconstituir ambas, formando cada cual de por sí un todo seguido y perfecto. Leídas así, añaden, se contradicen manifiestamente; la jehovista dice que la lluvia duró noventa días, *después de los cuales* Noé envió sucesivamente el cuervo y la paloma y salió del arca á los dos meses próximamente de haber entrado, y que se salvaron siete parejas de animales puros y de aves; la elohista afirma que las aguas crecieron durante 150 días, después empezaron á decrecer y que Noé permaneció todo un año en el arca, salvándose en ella una pareja de cada especie de animales.

Pues bien, ahora les volvemos á preguntar: ¿por dónde les consta que esas dos tradicio-

nes se conservan puras é íntegras y que el redactor del Génesis no modificó ni una sola frase, ni una sola palabra de ellas? A esto sí que no han respondido ni podrán jamás responder. Mientras no aduzcan un documento fiel en que conste que esas dos tradiciones fueron insertadas á la letra, nosotros tenemos derecho á suponer que el redactor, al tomarse la libertad de desmembrarlas y combinarlas íntimamente y como mejor le pareció, se la pudo tomar también para modificar todo aquello que conviniera, á fin de que la relación total resultara seguida y mejor ordenada. Si pudieron, pues, ser modificadas, ya no ofrecen la menor autenticidad. ¡Cuántos castillos levantan sobre una base de viento los que se llaman *racionalistas* por... anfrasis!

Peró demos que esas dos tradiciones tuvieran toda la autenticidad del mundo y que se contradijeran manifiestamente, considerándolas cada una de por sí; de ahí sólo resulta que habría errores en los documentos de que se valió Moisés; pero no que éste los hubiera sancionado. Y la razón es manifiesta: leyendo el relato del diluvio, tal como aparece en el Génesis, nadie se atreverá á señalar la más mínima contradicción; todo él forma sentido tan claro y perfecto, que apenas puede dar origen á dudas. Las dos relaciones primitivas, si es que allí existen, fueron intercaladas con tanta habilidad y maestría, que á

pesar de que cada una, tomada aisladamente, se opone á la otra, leídas tal como las dispuso Moisés, hablan ambas un mismo lenguaje, ambas se explican mutuamente y lo que en una de ellas pudiera haber de dudoso ó de inexacto, queda explicado, corregido y completo con lo que dice la otra, viniendo á formar así un todo perfectísimo, en que, en medio de la variedad de elementos, brilla un orden admirable y una sorprendente unidad. Y como esa maravillosa combinación y redacción definitiva, es la única que nos hace fe, por ser ella sola la expresión del pensamiento del autor sagrado, debemos atenernos á su sentido claro y obvio, sin preocuparnos de los documentos preexistentes que pudieron ser inexactos. Si éstos existieron, repetimos, el compilador los desmembró y combinó á su gusto para hacerles decir lo que él quería y no lo que decían ellos, y en lo que él les hace decir sólo hallamos verdad, unidad y orden, sin sombra de contradicción.

Y en efecto, al transcribir la relación del Génesis hemos conservado los nombres de Elohim y Jehovah, que figuran en el texto hebreo, á fin de que cualquiera se pueda fijar en las llamadas relaciones *Elohista* y *Jehovista* (1); léanse detenidamente, y á buen seguro que se notará en ellas una completa uni-

(1) He aquí en este cuadro señalados los lugares que ocupa cada una de ellas:

dad, y se persuadirá el lector de que las contradicciones sólo pueden estar en los ojos de quien las inventa. En el cap. VIII, v. 6, se dice que después de cuarenta días abrió Noé la ventana del arca y envió el cuervo; la palabra *después* se refiere evidentemente á la última fecha que se acaba de señalar en el verso anterior, 5: «el primer día del mes décimo comenzaron á aparecer las cumbres de las montañas. —6— *Y después de cuarenta días abrió Noé la ventana*». El sentido de estos dos versos es bien claro; suponer que el redactor quiso referir la palabra *después*, no á la fecha que acababa de indicar, sino á otra señalada en los versos 12, 16 y 17 del capítulo precedente, separada por una larga serie de acontecimientos, es declarar á todas luces una de dos: ó que estaba loco quien tan mal se sabía explicar, ó que lo están quienes lo interpretan de una manera tan desatinada. Y debemos añadir que el autor del Génesis ha sido acusado de muchas cosas, pero de *locura... jamás*.

RELACION JEROVISTA.

Cap.	VI.	5—8.
»	VII.	1—5.
»	»	10.
»	»	12.
»	»	16—17.
»	»	23.
»	VIII.	6—12.
»	»	20—22.

RELACION ELOQUISTA.

Cap.	VI.	9—22.
»	VII.	6—9.
»	»	11.
»	»	13—16.
»	»	18—22.
»	»	24.
»	VIII.	1—5.
»	»	13—19.
»	IX.	1—17.

Que se tomen del más claro de los escritores del mundo varias series calculadas de diferentes pasajes, arrojándonos la libertad de relacionarlos como nos dé la gana, y no como los relaciona él, y le haremos decir todo lo que nos convenga, sin que él por eso lo hubiera soñado nunca. Y eso mismo, ni más ni menos, es lo que han hecho con Moisés, los llamados libre-pensadores, porque todo lo piensan libremente, sin dejarse coartar por las estrechas leyes que la rigurosa Lógica se ha empeñado en dictar al pensamiento.

Pero es el caso, que no solamente no se halla la menor contradicción en el relato del diluvio, tal como aparece en el Génesis, sino tampoco en las mismas dos relaciones primitivas, tomadas aisladamente, dado que existieran. No hay ninguna razón para suponer que el verso 6 del cap. VIII pertenece á la narración jehovista; antes todo nos hace creer lo contrario. Está íntimamente relacionado con el 5, y completa su sentido; por otra parte este último no guarda relación con el 13, en que se pretende vuelve á comenzar la elohista; por lo tanto, como desde el verso 6 al 12 no se menciona para nada á Jehovah, y como todo el contexto es necesario y llena un vacío inmenso (1), debemos reconocer que

(1) El verso 5 dice que el primer día del décimo mes, aparecieron las cumbres de las montañas; el 13, empieza diciendo:

pertenece á una misma narración. Así pues no puede decirse que la jehovista por sí sola señala unos dos meses de duración al diluvio.

La otra divergencia que señalan entre las dos relaciones es la que se refiere al número de animales salvados en el arca; la elohista menciona una sola pareja de cada especie, la jehovista indica lo mismo con respecto á los animales impuros, mas de los puros y de las aves reconoce siete parejas. En esto, si bien se mira, tampoco se contradicen; porque Noé haya hecho entrar una pareja de cada especie, no se sigue que de algunas especies no hayan entrado siete parejas (1). Pero aun cuando las dos relaciones, aisladas, se contradijeran, en la compilación formada con ellas hay una perfecta conformidad y armonía. Primero se le dice á Noé que deben entrar en el arca una pareja de cada especie; después se le da una explicación más

«Así pues el año 601 de la vida de Noé, el día primero del primer mes, se retiraron las aguas que estaban sobre la tierra, y abriendo Noé la enbierta del arca, vió que se estaba secando la superficie de la tierra». Estas palabras están íntimamente ligadas con los versos precedentes, en que se expone todo lo que aconteció desde que aparecieron las cumbres de los montes, hasta dos meses después, en que quedó la tierra descubierta y empezó á secar.

(1) Y téngase en cuenta que al indicarse en la relación elohista los animales que entraron (VII. 8, 9.) no se dice que hayan entrado una pareja de cada especie, sino por parejas (dos y dos) de macho y hembra, como habla mandado Elohim á Noé, lo cual acaba de disipar toda sombra de contradicción.

detallada y se le añade que esas parejas han de ser siete, con respecto á los animales puros y á las aves. Esta explicación en nada contradice á la primera orden. ¿Cuántas salvedades de esta naturaleza no introducen por vía de nota ó de paréntesis hasta los escritores más afamados? Y la explicación está muy en su lugar: cuando se le mandó á Noé construir el arca, é ir disponiendo todas las cosas, le bastaba tener una idea general y aproximada de todo, pues aún había de tardar mucho en acaecer el diluvio; por eso le dice *Elohim*; tienes que entrar en el arca con tu familia, y con *dos animales* de cada especie, y debes reunir provisiones de víveres. Pero cuando el diluvio estaba ya encima, y se le dió orden de entrar en el arca, entonces, se le debieron exponer todas las cosas detalladamente, y se le pudo muy bien decir que introdujera hasta siete pares de aquellas especies más necesarias y que, por otra parte, las podía tener siempre á mano. «Y dijo Jehovah á Noé: Entra tú y toda tu casa en el arca porque te he hallado justo en mi presencia en esta generación. De todos los animales puros, toma siete y siete, machos y hembras; y de los animales que no son puros, dos, el macho y su hembra. Del mismo modo, de las aves del cielo tomarás siete y siete (1), machos y hembras, para

(1) «No se está de acuerdo, escribe el Sr. Vigouroux, Manuel

que viva su raza sobre toda la superficie de la tierra. Porque, *pasados siete días, yo haré llover...*»

Quien se empeñare en hallar contradicciones entre esta orden y la precedente, las encontrará á millares en todos los escritores; pues no hay ninguno que no introduzca en sus obras ciertas explicaciones ó notas ó salvedades.

Mas con todo eso, no ha parado allí la libertad que los *racionalistas*, es decir, los que no han llegado aún á la categoría de seres *racionales*, se toman siempre de pensar conforme se les antoje; de esas soñadas contradicciones, que pretenden descubrir en el relato bíblico del diluvio, han querido también deducir, que, careciendo de unidad, no podía ser obra de Moisés, sino que se ha ido formando en tiempos muy posteriores al

*biblíque*, t. I, p. 542, sobre el número de animales de cada especie que fueron introducidos en el arca. S. Ambrosio, S. Juan Crisóstomo, Teodoro, S. Jerónimo, *Epist. CXXIII, ad Ageruchiam*, 12, t. XXII, col. 1054, piensan que en ella había siete individuos: puros y dos impuros; otros creen que había siete parejas de animales limpios y dos de inmundos: S. Aug., *De Civ. Dei*, l. LXV, c. 27, t. XLI, col. 473; *Contra Faustum*, l. XII, c. XV, XXXVIII, t. XLII, col. 263, 274. Cf. Piancini, *Cosmogonia naturale en la Civiltà cattolica*, Julio de 1862; p. 318.»

Nosotros tenemos por más probable que entraron siete parejas de los limpios y una sola de los inmundos. Así parece colegirse de las palabras del cap. VII, v. 2 y 3, *del Génesis*, arriba citadas, y mejor aún, si se quiere, de los versos 8 y 9, donde se dice que entraron por parejas de macho y hembra. Si hubieran entrado siete individuos, uno de ellos quedaba sin compañía.

Éxodo, por la intercalación de trozos de diferentes tradiciones, hecha sin orden, ni cohesión. Señala varios pasajes de la relación jehovista paralelos á otros de la elohista, resultando del conjunto, á su modo de entender, una repetición empalagosa, ya que no se atreven á decir, muy á las claras, una contradicción manifiesta. Examinemos el poco fundamento en que se apoya. Por de pronto, que no hay allí oposición, sino mucha conformidad y armonía, lo acabamos de probar; ahora vamos á demostrar que tampoco hay repeticiones inútiles, sino explicaciones muy interesantes.

Según ellos la narración jehovista contenida en los cinco primeros versos del cap. VII, es paralela á la contenida desde el verso 13 al 22, en el cap. VI, propio del escritor elohista. Hé aquí pues el paralelismo principal que señalan; y sin embargo nada más falso que esta manera de ver. En la elohista se intima la orden de construir el arca y de ir preparando las cosas; y esto acaece muchísimo tiempo antes del diluvio. En la jehovista se anuncia ya la inminencia del gran cataclismo y se describe la entrada en el arca. ¿Dónde está pues la repetición? ¿Dónde la *principal repetición empalagosa*?—En las muestras de buena fe que dan nuestros adversarios. Pero han recibido un digno escarmiento, en la leyenda de Izdubar; ésta ha puesto bien de relieve la falsedad de tales afirma-

ciones, y los ha cubierto de confusión é ignominia; pues contiene, lo mismo que el Génesis, esas dos órdenes del todo distintas; sin más diferencia que la de decirse en éste que la última fué intimada siete días antes del diluvio, y en la narración de Ezech se dice que lo fué la víspera. Se hallan también en este último, unos al lado de otros, todos los demás pasajes de las dos relaciones, que se nos presentan como paralelismos de mayor ó menor importancia. Según Moisés, terminado el diluvio, después de haber salido Noé del arca, ofreció un sacrificio á Jehovah; y Jehovah, agradecido, prometió no volver á causar otro diluvio. En los 17 primeros versos del capítulo siguiente, creén hallar una repetición elohista de lo mismo. Pero no hay tal repetición, sino más bien una explicación y un complemento necesario de lo que se acaba de exponer. Elohim bendice á Noé y sus hijos y los colma de privilegios; establece definitivamente con ellos una perpetua alianza, y les da por señal el arco iris. Á esto se reduce todo, y nada de ello se había dicho en la relación jehovista. ¿Dónde está pues esa repetición tan buscada? De la misma manera, refiere el hecho, en sustancia, la leyenda cuneiforme. Hasisadra sale del navío, ofrece sacrificio á los dioses, que le quedan muy agradecidos y muestran gran pesar del diluvio, prometiendo no causar otro; después se dice que *Ilu bendice* á Hasisadra y á su mujer,

les dispensa muchos favores y les concede la inmortalidad.

En esto, como en todo, esta relación sigue casi al pie de la letra el mismo orden que Moisés y expone las mismas cosas; sin embargo, á ella se le puede conceder una unidad que á aquél se le niega. La leyenda de Ezech encierra los pasajes elohistas del Génesis; la construcción del arca, sus dimensiones, el embetunado, las provisiones de víveres y las grandes manifestaciones de la benevolencia divina para con los hombres salvados, etc.; encierra también los jehovistas; el acto de cerrar la puerta del arca, la oblación del sacrificio, etc. Contiene además el episodio de las aves enviadas, que, según muchos, en el Génesis no es elohista ni jehovista, ni se relaciona con nada, y por lo tanto lo consideran como introducido posteriormente.

Es cierto, pues, que existe en la relación que el Génesis trae acerca del diluvio, pasajes donde predomina ya el nombre de Jehovah, ya el de Elohim; aún más, tenemos por muy probable que esa particularidad proviene de dos documentos preexistentes que Moisés debió tener á la vista; sin embargo, preciso es reconocer, si no se quieren cerrar los ojos á la luz, que en su completísima redacción, no sólo no hay contradicciones, sino que brillan admirablemente la unidad, la perfecta conformidad y la armonía. No hay pasajes paralelos, sino explicaciones detalladas y

muy necesarias. Quien lea con reflexión é imparcialidad el Génesis, no podrá menos de quedar persuadido de estas verdades. Moisés pudo y debió tener presentes todos los elementos de su relación. Y esos los hallaba en las tradiciones antiguas traídas de Caldea por el mismo Abraham. Pero escribía bajo la influencia de una luz superior, y así, aun cuando en aquellas, si es que estaban ya consignadas por escrito, hubiera podido hallar algunos errores, los hizo desaparecer con un arte maravilloso. Supo intercalarlas con tal maestría, que ellas mismas dijera la verdad que él deseaba consignar, y cuando no, añadiendo por su cuenta las ilustraciones necesarias, hizo apareciera su recopilación tan completa, tan verdadera, tan una consigo misma. Pudo ser ésta, repetimos, una combinación de diferentes tradiciones antiguas, más ó menos expurgadas; pero si fué así, Moisés no hubiera podido lograr un resultado tan brillante sin una particular asistencia del mismo Dios, porque en esa narración tan superior á todas las otras y que encierra tan sublimes pensamientos y enseñanzas en medio de frases peligrosas á primera vista, vemos resplandecer una prudencia y una sabiduría que están muy por encima de nuestra naturaleza.

Y si ahora tenemos en cuenta la preciosa narración del poema de Izdubar, muy anterior al Génesis, según la mayoría de los asi-

riólogos, ó á lo menos, casi contemporánea, y en la cual existen formando un todo perfecto los mismos hechos y casi con el mismo orden y con los mismos detalles, ¿será posible que haya aún quien se atreva á decir que las diferentes secciones del relato bíblico son pasajes paralelos, sin cohesión, sin unidad é introducidas allí con violencia y de una manera sucesiva? ¿Será posible que se sostenga aún que Moisés no pudo ser el autor ó redactor de todas ellas y que algunas por lo menos son muy posteriores, cuando las estamos viendo en la narración del poema de Izdubar, que es contemporánea ó muy anterior?

La tradición toda confirma pues el diluvio de la manera más clara, y no solamente lo confirma, sino que nos hace ver hasta la evidencia que aquel gran cataclismo no pudo verificarse de otra manera que como lo describe el Génesis. Todos los hechos que este consigna hallan eco en la voz de gentes muy remotas, y todos á una se hallan garantizados por el poema de Erech, por esa narración maravillosa conservada providencialmente en las ruinas de Ninive para cerrar la boca de los impíos y llenarlos para siempre de confusión é ignominia. Pues todo cuanto hay en ella, lo bueno y lo malo, rinde tributo á la de Moisés y atestigua su verdad y divinas excelencias. «Cualquiera que estudie seriamente, dice muy bien Vigouroux (1), estas dos anti-

(1) *La Bible et les découvertes modernes*, t. I, p. 283.

guas relaciones del diluvio, tan semejantes bajo el punto de vista, por decirlo así, material, y bajo el dogmático y teológico tan alejadas la una de la otra, como el cielo de la tierra, no podrá menos de exclamar, poseído de admiración ante las páginas de la Sagrada Escritura: el dedo de Dios está aquí.

Allí está aquel dedo divino, mal que le pese á la impiedad, aquel dedo poderoso que con las aguas del diluvio borró las iniquidades é inmundicias de la tierra y exterminó á todos los hombres perversos. ¡Brame, blasfeme el impío! que siempre tendrá encima de sí aquel dedo vengador.

El diluvio existió verdaderamente, y su memoria hace aún hoy estremecerse á todos los malos y andar cautelosos y seguros á los buenos.

#### § VIII. TESTIMONIOS DE LOS HISTORIADORES, POETAS Y SABIOS DE LA ANTIGÜEDAD.

**A** la tradición unánime de todos los pueblos, que tan evidentemente prueba la realidad del diluvio, pudiéramos añadir el testimonio de los antiguos historiadores, poetas y filósofos. Pero lo creemos innecesario, pues bien sabido es que aquellos escritores fueron intérpretes fieles de las diferentes tradiciones y no hicieron más que consignarlas é ilustrarlas algún tanto. Pueden con todo verse en

la *Bible sans la Bible* del abate Gaiet (1) lo que dicen á este propósito, además de Beroso y Luciano, á quienes hemos ya citado, Alejandro Polyhistor, Abydena, Apolodoro, Plinio, Pomponio Mela, Cedreno, Josefo, Filon, Ammiano Marcelino, Platón, Ovidio, las *Sivilas*, los libros *Parsis*, etc. Y puede verse allí también la descripción de un curioso monumento etrusco y de la medalla de Apamea que tan fielmente recuerdan el diluvio.

Mas nos parece muy á propósito consignar siquiera algunas palabras de Ovidio y de las *Sivilas*. Después de pintarnos aquél (2) á Júpiter irritado por la malicia de los hombres, y especialmente de los gigantes, y resuelto á exterminarlos á fin de que viniera á poblar la tierra una nueva y virtuosa raza, nos lo representa lanzando desde lo alto del cielo torrentes de lluvias impetuosas; al mismo tiempo Neptuno hería con su tridente la tierra; esta se estremece y hace salir de sus profundos antros las aguas. Los ríos salen de sus cauces y se desbordan por las campiñas, arrastrando, confusamente reunidos, los árboles, los rebaños, los hombres, los edificios. El inmenso desbordamiento de la mar cubría las más altas montañas, cuyas cimas se ven por vez primera batidas por las irritadas

(1) T. I. p. 168 y siguientes.

(2) *Metamorph.*, lib. I.

olas. «La tierra no se distinguía ya del Océano; todo era mar, y la mar no tenía playas. El uno busca un asilo en la roca escarpada, el otro se arroja en su esquife y agita el remo donde antes había conducido el arado. Este navega sobre las casas y sobre los techos sumergidos; aquél encuentra peces en la cumbre de los olmos; otro echa el áncora, que se para en la pradera. Las barcas flotan sobre los ribazos en que estaba plantada la viña; la pesada foca descansa sobre los montes donde pacía la cabra lijera. Las Nereidas se maravillan de ver debajo de las ondas los bosques, las ciudades y los palacios. Los delfines habitan las selvas, conmueven los troncos de las encinas y saltan sobre sus ramas. El lobo, despreciando su presa, nada en medio de los corderos; el león furioso y el tigre flotan sobre las aguas; la fuerza del jabali, igual al rayo, no le sirve de provecho; se vuelven inútiles las ágiles patas del ciervo; el ave, errante, busca en vano la tierra para descansar; sus alas fatigadas no pueden ya sostenerla y cae entre las olas... Allí, donde el Parnaso eleva sus dos cimas hasta los astros y las esconde en el seno de las nubes; en aquella doble cumbre, único lugar de la tierra respetado por las aguas, allí se para la débil barca que lleva á Deucalión y á Pyrrha... Cuando el hijo de Saturno vió el mundo convertido en vasto mar, y que de tantos millares de seres que lo poblaban, ya

no había más que un hombre y una mujer; pareja inocente y piadosa; separa las nubes; ordena al Aquilón disiparlas, y muy pronto se muestra la tierra al cielo y el cielo á la tierra... El dios de la mar depone su tridente y restablece la calma en su imperio». ¡Cuán brillante testimonio de la universalidad del diluvio, y de todas sus verdaderas causas!

Pues bien, de entre lo mucho que dicen los libros de las Sivilas, vamos á citar un solo pasaje (1): «En el continente de la negra Frigia, hay una montaña, alta, elevada é inaccesible; se la llama Ararat, porque allí fué donde todos tuvieron que refugiarse. De allí es de donde nacen las fuentes del gran río, el Marsyas. En la cumbre de esta montaña es donde el arca descansó cuando se retiraron las aguas.»

§ IX. TESTIMONIOS DE VARIOS SABIOS MODERNOS, YA RACIONALISTAS YA CRISTIANOS.

**V**EAMOS ahora cómo piensan acerca del diluvio muchos eminentes sabios de nuestros tiempos. Y ante todo vamos á consignar la opinión de tres bien competentes, y que se glorían de su incredulidad, pero que en este punto se vieron obligados á ceder ante la evi-

(1) Lib. I. V. 261. (París, Didot, 1841).

dencia de los hechos. Hé aquí pues el irrefragable testimonio de tres testigos excepcionales: «La idea del diluvio, dice Freret (1), tal como la hemos recogido en los diferentes pueblos, es la tradición de un hecho histórico. No se procura perpetuar la memoria de aquello que no ha sucedido. Estas historias diferentes por la forma, pero semejantes en cuanto al fondo, que presentan un mismo hecho, en todas partes alterado y en todas partes conservado, este consentimiento unánime de los pueblos me parece una prueba de la verdad del hecho.»

«Por qué, pregunta Bailly (2), la efusión del agua es la base de todas las fiestas antiguas? ¿Por qué estas ideas de diluvio, de cataclismo universal? ¿Por qué estas fiestas, que no son otra cosa, sino conmemoraciones? Los Caldeos tienen su historia de Xixuthro, que no es más que la de Noé alterada; los Egipcios decían que Mercurio había grabado los principios de las ciencias sobre columnas que pudieran resistir al diluvio. Los Chinos tienen también su Perrun, mortal amado de los dioses, que se libra, en una barca, de la inundación general. Los Indios cuentan que la mar cubrió é inundó toda la tierra á excepción de una montaña, hacia el norte; una

(1) *Recherches sur les traditions religieuses et philosophiques des Indiens.*

(2) *Lettres sur l'origine des sciences.*

sola mujer con siete hombres se retiran allí; donde se habían igualmente salvado dos animales de cada especie». De esta creencia deduce la realidad de un diluvio universal, que no hubieran podido imaginarlo los hombres sino fuera verdadero, y cuya tradición se ha conservado en todas las gentes.

«Es preciso, añade Boulanger (1), tomar en estas tradiciones de los hombres, un hecho cuya verdad sea universalmente reconocida. ¿Cuál es este hecho? Yo no veo otro, cuyos monumentos sean más generalmente atestiguados, que aquellos que nos han transmitido esta revolución física, que, se dice, haber cambiado en otro tiempo la faz de nuestro globo; y que ha dado lugar á una renovación total de la sociedad humana. En una palabra, el diluvio me parece la verdadera época de la historia de las naciones. La tradición que nos ha conservado este hecho, no solamente es la más antigua de todas, sino que es todavía clara é inteligible; nos presenta un hecho que puede justificarse y confirmarse: 1.º por la universalidad de los testimonios, puesto que la tradición de este hecho se encuentra *en todas las lenguas y en todos los lugares del mundo*: 2.º por el progreso sensible de las naciones, y la perfección sucesiva de todas las artes. El ojo del físico ha hecho reconocer los monumentos auténticos de es-

(1) *Antiquité dévoilée.*

tas antiguas revoluciones; y los ha grabado en todas partes con caracteres indelebles.— Así la revolución que ha sumergido nuestro globo, ó eso que se ha llamado diluvio universal, es un hecho que no puede rehusarse, y que estaríamos forzados á creerlo, aun cuando las tradiciones no nos hubieran conservado su memoria.»

Vemos pues como este libre-pensador, con una franqueza, tan laudable, como poco imitada por sus correligionarios, no sólo reconoce comprobada la realidad del diluvio por la tradición, sino que da un paso mucho más allá, y confiesa con lealtad que las ciencias confirman el mismo hecho.

Un adversario nos ha preparado el camino que pretendemos seguir, mas antes de empezar á recorrerlo, creemos oportuno exponer el testimonio de sabios todavía más competentes, y nada sospechosos de parcialidad.

«Todas las naciones que pueden hablar, escribe el gran Convier (1), nos atestiguan que han sido recientemente renovadas por una gran revolución de la naturaleza.— Un sabio orientalista inglés, M. Bryant (2), ha demostrado por todas las tradiciones de los antiguos pueblos, por sus fábulas religiosas y por sus misterios, que el diluvio es de todos los acontecimientos de la antigüedad.

(1) *Ossem. foss.*

(2) *Annales de phil.* t. III, p. 574.

aquel cuyo recuerdo ha dejado las más profundas huellas. La prueba que le han ofrecido los nombres es singularmente notable. Vamos á referir algunos ejemplos. *Arameni*, país del arca ó de la luna, porque la media luna, colocada horizontalmente, tiene la forma de una barca. *Ararat*, montaña del descendimiento, sobre la cual descendió Noé con su familia. La veneración á esta montaña existe, y remonta á la época del acontecimiento. *Erican*, primera vista. Este es el nombre que dió Noé al altar que levantó al salir del arca. Existe aún hoy una ciudad del mismo nombre, á pesar de las continuas guerras con que ha sido desolado este país. *Go-carena*, ciudad muy antigua, de la cual habla Strabón, y cuyo país era muy fértil en olivos, significa literalmente país del arca. *Thamanim* ó *Shamanim*, al pié del arca, quiere decir la morada de las ocho personas, salvadas del diluvio. *Naehisevan*, que los griegos, conservando el sentido de las palabras, han llamado lugar del descendimiento.

—M. Bryant, en su análisis de la antigua mitología, asegura que estos nombres se han conservado en los autores más antiguos; y los viajeros más modernos los han reconocido, lo mismo que la tradición inmemorial de los Armenios y pueblos cercanos.»

«Diversos pueblos, escribe en otro lugar el mismo eminente naturalista (1), han conser-

(1) *Discours sur les Révolutions du Globe.*

vado un recuerdo más ó menos confuso de esta catástrofe, en que comienza necesariamente la historia de los hombres, tal como nos ha podido ser trasmitada; y lo que es muy digno de consideración es que aquellos pueblos que han guardado menos relaciones entre sí, convienen sin embargo en señalar este acontecimiento casi en el mismo tiempo, es decir de cuatro á cinco mil años antes del presente, (1820). Todos saben en efecto, que los libros de Moisés, según el texto de los Setenta, que es el que más prolonga el intervalo que media entre el diluvio y nosotros, no hacen remontar el diluvio más que á 5340, y según el texto hebreo, cuya cronología es la más corta, á 4168, según el cálculo de Usse-rius, ó á 4393, según el de Freret; pero lo que no se ha hecho notar bastante es que las datas señaladas á esta catástrofe por los Caldeos, los Chinos, los Indios y los Griegos, son, con escasa diferencia, las mismas.»

Y avanzando mucho más, dice en otra parte: «Si alguna cosa ha sido demostrada en geología, es que la superficie de nuestro globo ha sido víctima de una grande y súbita revolución, cuya data no puede remontar á más de cinco ó seis mil años. «Y esa revolución, á que se refiere, es el diluvio. Así se expresa el inmortal fundador de las ciencias geológicas. ¿Cómo podrán tener cara nuestros adversarios, para pretender arrogárselas para sí, y considerarlas como armas á

propósito para combatir la verdad revelada? Y la tienen sin embargo, á pesar de que otros muchos de los primitivos cultivadores de estas ciencias, protestan enérgicamente, y hacen la misma confesión que Cuvier. «No sabemos, decía Buckland (1), cómo plugo al Señor conducir esa masa inconmensurable de aguas, y elevar sus olas sobre la superficie del globo; pero las huellas formidables están delante de nuestros ojos, y todos los elementos parecen haber tomado en ello parte.»

«Que un grande y violento diluvio, añade R. VVagner (2), se haya derramado sobre toda la tierra, y cubierto las más elevadas cumbres del globo, es un hecho que ha dejado señales irrecusables sobre toda la superficie terrestre, y nosotros tenemos pruebas sensibles y suficientes de sus numerosos efectos, aun cuando no hayamos podido preguntar más que á una lijera parte del globo.»

Á estos testimonios tan brillantes, pudiéramos añadir los de otros muchos geólogos eminentes, pero á fin de no ser prolijos, nos contentamos con mencionar á Beudant (3) y á nuestro ilustre Vilanova (4), quienes después de hacer ver que el diluvio, no sólo no se opone lo más mínimo á la geología, sino que antes bien es confirmado por ella, pasan

(1) *Reliquie diluviana.*

(2) *Hist. nat. de l'homme*, II, 27.

(3) *Minéralogie et Géologie.*

(4) *Geología*, (La Creación T. IX, p. 386).

á señalarle por causa inmediata la aparición del Tenare y de los Andes.

Así hablan los hombres sinceros y de verdadera y sólida ciencia; mas quien carece de ésta, ó de toda nobleza y dignidad, puede muy bien explicarse conforme á sus antojos y desmentir hasta las verdades más palpables.

Por eso, viendo cuan mal parados y cuan llenos de confusión habjan salido en el campo de la tradición, quisieron sepultarlo en la sombra de un olvido sempiterno, y no oirlo mencionar jamás. Y á fin de realizar mejor sus perniciosos designios, se han acampado, en la Geología, con mucho aire de arrogancia; y de allí nos dirigen sus ataques y nos pretenden amedrentar, como si la verdad no fuera una en todas partes, y como si otro que ella pudiera alcanzar una cumplida é inmortal victoria.



## CAPÍTULO II.



### LA REALIDAD DEL DILUVIO DEMOSTRADA POR LA GEOLOGÍA.



LA Geología por su parte, lejos de contradecir en lo más mínimo á esa idea que universalmente se tiene del Diluvio, lo viene á confirmar de una manera muy clara. Ella nos muestra, en todos los países conocidos, diferentes depósitos producidos por extraordinarias corrientes *diluviales*, que acaecieron precisamente en la época en que, según las tradiciones sagradas y profanas, debió suceder el gran cataclismo destinado á borrar la iniquidad de la tierra. Nos muestra, digo, no sólo una, sino muchas formaciones, originadas por grandes corrientes de agua; lo que nos resta es saber cuál de ellas fué la producida por el diluvio bíblico y tradicional.



á señalarle por causa inmediata la aparición del Tenare y de los Andes.

Así hablan los hombres sinceros y de verdadera y sólida ciencia; mas quien carece de ésta, ó de toda nobleza y dignidad, puede muy bien explicarse conforme á sus antojos y desmentir hasta las verdades más palpables.

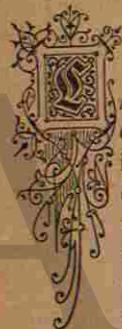
Por eso, viendo cuan mal parados y cuan llenos de confusión habjan salido en el campo de la tradición, quisieron sepultarlo en la sombra de un olvido sempiterno, y no oirlo mencionar jamás. Y á fin de realizar mejor sus perniciosos designios, se han acampado, en la Geología, con mucho aire de arrogancia; y de allí nos dirigen sus ataques y nos pretenden amedrentar, como si la verdad no fuera una en todas partes, y como si otro que ella pudiera alcanzar una cumplida é inmortal victoria.



## CAPÍTULO II.



### LA REALIDAD DEL DILUVIO DEMOSTRADA POR LA GEOLOGÍA.



LA Geología por su parte, lejos de contradecir en lo más mínimo á esa idea que universalmente se tiene del Diluvio, lo viene á confirmar de una manera muy clara. Ella nos muestra, en todos los países conocidos, diferentes depósitos producidos por extraordinarias corrientes *diluviales*, que acaecieron precisamente en la época en que, según las tradiciones sagradas y profanas, debió suceder el gran cataclismo destinado á borrar la iniquidad de la tierra. Nos muestra, digo, no sólo una, sino muchas formaciones, originadas por grandes corrientes de agua; lo que nos resta es saber cuál de ellas fué la producida por el diluvio bíblico y tradicional.



## ARTÍCULO I.

### IDEA DEL PERIODO CUATERNARIO.

**M**AS para esto necesitamos tener una idea, lo más exacta posible, del periodo cuaternario, de las fases que en él ofreció la tierra, de los diferentes depósitos que durante él se formaron y de los agentes que debieron intervenir en la formación.

#### § I. NOCIONES GENERALES.

**E**l periodo cuaternario empieza con la gran exageración de los fenómenos cósmicos y climatéricos, inaugurada, según la mayoría de los geólogos, con el último levantamiento de los Alpes principales y de las grandes cordilleras del Asia, que determinó considerables denudaciones de terreno, y, sobre todo, un notable cambio en las condiciones climatológicas, con especialidad en el continente europeo.

Como este periodo es el último de la tierra y alcanza hasta nuestros días, tiene para nosotros extraordinaria importancia y merece que sus formaciones se estudien independientemente de las terciarias, á pesar de estar tan ligadas con ellas, que forman en realidad

su último grupo, y, en rigor científico, se las debiera llamar postpliocénicas.

En ellas pueden reconocerse *dos fases* bien deslindadas: la primera corresponde á la *edad antigua prehistórica ó protohistórica*, como la designan otros con mayor propiedad, y la segunda viene casi á coincidir por completo con la *edad moderna ó histórica*.

Aquella está caracterizada por un notable y profundo cambio de clima en las zonas templadas, que, imprimiendo una prodigiosa actividad á las precipitaciones atmosféricas, produjo un extraordinario desarrollo de las nieves y los hielos, no sólo en los países septentrionales, sino también en los grandes núcleos de montañas del centro de Europa, y además impetuosas é inauditas corrientes de agua, manifestándose en una escala grandiosa los fenómenos de erosión y los aluviones, que contribuyeron á formar en su mayor parte los terrenos de este periodo. En el litoral, entre tanto, se desarrollaba una abundante fauna de zoófitos, originando inmensos arrecifes. Los volcanes, por otra parte, seguían ostentando su actividad imponente, que logró por fin lanzar á los aires las extensas cadenas de los Andes, á la par que el Tenare, el Vesuvio y el Etna, con lo cual, junto con la desaparición de la reinante humedad atmosférica y el establecimiento de un régimen seco y extremadamente frío, empezó la *segunda fase*.

Esta, que llega hasta nuestros días, abraza un largo período de calma, que siguió al levantamiento de los Andes. El frío desapareció bastante pronto y con él la edad del reno; el globo entró en las mismas condiciones que hoy ofrece á nuestra vista. Las nieves avanzan ó retroceden, según las diversas circunstancias, pero manifestándose siempre en muchísima menor escala que antes; las aguas entran en sus cauces y originan los pequeños aluviones modernos. La formación de las turberas empezó á desarrollarse activamente; los arrecifes se extienden lo mismo que las tobas, y los fenómenos del vulcanismo, aunque muy mitigados, no dejan por eso de seguir manifestándose.

Los *terrenos cuaternarios* se llaman los formados desde la gran exageración de los fenómenos atmosféricos, originada, como hemos dicho, con el levantamiento de los Alpes principales; son el resultado de los diversos agentes que, tanto en el orden físico como en el orgánico, han contribuido, en todo este tiempo, á modificar la tierra, y están, en general, caracterizados por el estado fragmentario y la incoherencia de sus materiales, por la falta de verdadera estratificación, hallándose los depósitos yuxtapuestos, más bien que sobrepuestos, lo cual hace sobre manera oscura su respectiva sucesión.

La naturaleza de los materiales es, en todas partes, la misma: cantos rodados, gui-

jarros, gravas, arenas, lodo, tobas, etc. entre los de origen ácuo; traquitas y principalmente lavas entre los de formación ígnea. Atendiendo á las diferentes causas que los han originado, se dividen en otras tantas *formaciones*, que son: *Glacial*, *Diluvial* y *Aluviales*, *Detrítica*, *Turbosa*, *Tobácea* y *Madrepórica*, y entre las ígneas la *Traquítica* y *Lávica*.

## § II. FORMACIONES CUATERNARIAS.

**F**ORMACIÓN GLACIAL. La gran abundancia de los precipitados atmosféricos y el notable descenso de temperatura con que se inició este período, determinaron un prodigioso desarrollo de las nieves, que llegaron á cubrir gran parte de Europa. Las nieves, consolidadas, formaban enormes y extensísimas masas de hielo, que se conocen con el nombre de *glaciares*, los cuales, amoldándose á las superficies libres, fueron extendiéndose por las riberas y rellenando los valles. A manera de imponentes y caudalosos ríos, iban, con paso lento, dirigiéndose hacia la mar, y arrastrando, con incalculable fuerza, cuanto hallaban en el camino. Sabido es por demás el increíble poder dinámico del agua sólida al dilatarse; interpuesta pues una masa tan enorme entre las rocas, iba arrancando de ellas todas las aspersiones y, á veces, peñascos grandísimos, y dejándolas pu-

limentadas ó estriadas, como podemos observar aún en los pequeños glaciares que existen. Ahora bien; aquellas masas de hielo, avanzando con una velocidad, por lo menos de 71 metros por año (1), que es lo que avanza el actual glaciar de Aar, llevaba consigo incrustados todos los materiales arrancados, trasportándolos á increíbles distancias.

Está pues caracterizada la formación glacial por las superficies pulimentadas y estriadas que presentan las rocas que alojaron á los glaciares; por cantos errantes, estriados también ó pulimentados, y finalmente, por numerosos canchales. Los depósitos de esta formación ofrecen además otra particularidad muy notable, y es que sus materiales se hallan reunidos, los de la misma natura-

(1) Señalamos esa velocidad como un *mínimum*; la verdadera es muy variable de unos glaciares á otros, y aun en un mismo glaciar, según las diferentes estaciones. «Según el Sr. Helland, escribe Arcelin (V. *Les Glaciers à l'époque quaternaire*, en la *Revue des questions scientifiques*, Octubre de 1890), la velocidad de algunos glaciares de Groenlandia, de muy ligera pendiente (8 por 1.000), es de 19 metros por día. Los Sres. Steenstrup y Caré Røder han comprobado allí velocidades de 32 metros por día de 24 horas, en verano, y de 10 á 12 en invierno. En 1845, el glaciar de Vernagt, en el Tirol, anduvo 45 metros en un día. Se podía ir siguiendo con la vista su movimiento. La relación de equilibrio entre la velocidad de su marcha y la fusión, explica cómo su frente descende con frecuencia muy por debajo del límite de las nieves perpétuas.» V. Elisée Reclus, *L'Europe centrale*, página 159; Falsan, *La Période glaciaire*; Forel, *La Croissance des glaciaires*, en *La Nature*, Diciembre de 1887.

leza, y separados los de naturaleza distinta.

En los Alpes, y más aún en el Norte de Europa, particularmente en Escandinavia, países clásicos de esta formación, es sorprendente ver la disposición que afectan los depósitos glaciales; á partir de la roca donde estaba el núcleo del glaciar, los cantos irradian, á manera de abanico, sin confundirse con los materiales de las rocas contiguas y, extendiéndose á distancias del todo increíbles. Baste decir que Dinamarca y parte de Alemania se hallan cubiertas de cantos estriados, pulimentados ó angulosos, que provienen de la cordillera escandinava (1).

La inevitable irregularidad de los precipitados atmosféricos producía grandes oscilaciones en los glaciares, cuya extremidad libre, á veces se contraía notablemente, dando lugar á la formación de los lagos donde se desarrollaban los liquitos, y después se extendía, cubriendo todo el espacio que había quedado abandonado. Así se explican perfectamente, no sólo la existencia de los lignitos interglaciales, sino también la de los diferentes depósitos de acarreo con restos de animales y aun de la industria humana, que alternan con los de formación glacial.

*Formación Diluvial.* En los países llanos

(1) Más adelante haremos ver, sin embargo, que en muchos casos intervinieron prodigiosas corrientes de agua, que llevaron flotando enormes masas de hielo, con los materiales en ellos incrustados.

y valles situados á suficiente distancia de los antiguos glaciares, los depósitos cuaternarios están formados de materiales sueltos, como cantos rodados, gravas, arenas, y cierto lodo ó tierra de alfareros, llamado *lehem* ó *loess*. Estos depósitos, no sólo se hallan en las mesetas y los valles, sino que desde el fondo de estos se van sucediendo á diferentes alturas,

constituyendo terraplenes, cada uno de los cuales está constantemente formado por capas de cantos rodados, arenas ó gravas, recubiertas por una de *loes*. Mientras más elevados están los terraplenes ó terrazas, menos abundantes son los materiales menudos, siendo bastante raras las gravas y más aún las arenas, pero la capa de *loes* nunca falta.

En los valles y terraplenes inferiores, la composición de estos depósitos es constante y uniforme: capas de gravas y cantos rodados, más grandes y abundantes hacia la base, alternando con otras de arena, algún tanto gruesa, cuya estratificación suele ser inclinada ó *acaballada*; luego siguen unas capas de arenas grasas ó cenagosas, depositadas por una agua más tranquila, y después una cubierta arcilloso-calcárea, de color amarillento, que es el *loes*. Además, siempre que los depósitos se hallan al aire libre, existe constantemente una última cubierta de un lodo rojizo, que parece penetrar de una manera irregular por las capas subyacentes.

Tal es la disposición constante de la forma-

ción diluvial ó *Diluvium*. Hállase este en todos los países conocidos (1), rellenando los valles y subiendo á terraplenes y mesetas, á veces de altura muy considerable, alcanzando con frecuencia un espesor de cerca de 40 metros, y en algunos lugares privilegiados, como la China, llega á alcanzar 200 y aun 400.

En los países donde existe además la formación errática, el *diluvium* la recubre, y aun alternan á veces con ella algunos depósitos diluviales. Pero se distinguen muy bien estas dos formaciones: 1.º; por la forma de los materiales, que en la diluvial, en vez de ser angulosos, pulimentados ó estriados, son redondeados ó elipsoidales, y más ó menos ténues; 2.º; porque en este no se hallan distribuidos según la naturaleza de las rocas, sino según el tamaño y densidad. Todo lo cual se comprenderá muy bien teniendo presente el distinto modo de obrar del agua en el estado sólido y en el líquido.

La formación diluvial es sin duda la más importante y notable del período, no sólo por ser la mayor y más extensa, sino también por contener innumerables restos de mamíferos

(1) Lapparent *Traité de Géologie*, p. 1236 y siguientes. Siempre que citemos esta notabilísima y clásica obra, en que se refleja admirablemente el estado actual de la ciencia, nos referimos á la 2.ª edición (1885). Véase también á Vilanova (D. Juan) *Geología*, p. 366; *Diccionario Enciclopédico, Hispano-Americano*, (*Diluvio Geol.*).

y hasta del hombre y de la industria humana. Y como por otra parte es la que más se relaciona con el objeto de nuestro trabajo, creemos oportuno insistir sobre ella.

Los depósitos de la base no pueden ser producto de una sola avenida; son más bien la superposición de diferentes aluviones; la razón de ello es que los grandes cantos rodados, indicio de inundaciones violentas, alternan repetidas veces con capas de arena más ó menos fina, que contienen, intactas, delicadísimas conchas fluviales; lo cual atestigua que se depositaron durante un período de calma. Y eso mismo lo confirman además los abundantes sílex recubiertos de una capa amarillenta, señal de que la luz penetraba normalmente en el lecho donde aquellos se depositaban.

Por otra parte la misma naturaleza de los materiales indica siempre que han sido tomados de las rocas circunvecinas, y esto parece probar que son debidos á aluviones puramente locales, y no á una corriente extraordinaria y general.

Suelen algunos dividir el *diluvium* en tres horizontes, atendiendo á las distintas coloraciones que presenta: el *diluvium gris*, que es el inferior; el *rojo*, que es el superior; y el *loess*, que es intermedio. Sin discutir detenidamente lo infundado de esta división, casi abandonada ya de todos, baste decir que el *gris* no es un diluvio solo, sino muchos y muy

diferentes, y el *rojo* no es más que la oxidación y modificación de la capa exterior, puesta en contacto con la atmósfera.

Otros lo dividen también en tres grupos, según las diferentes alturas á que se hallan los depósitos, teniendo por más antiguos los de las mesetas y terraplenes muy elevados. Pero esto, á más de fundarse en la falsa suposición de que todos los valles fueron escavados y formados durante el período cuaternario, se ve muchas veces contradicho por la experiencia, que nos ofrece frecuentemente depósitos con restos fósiles muy modernos, en alturas considerables (1). Lo cierto es que, bien sea debido á un movimiento sucesivo del suelo, bien á violentas inundaciones, ocasionadas, ya por un deshielo muy rápido, ya por otra causa cualquiera, las grandes corrientes cuaternarias pudieron elevarse á alturas muy superiores á su nivel ordinario, produciendo una mezcla de materiales y de fósiles de muy diferente antigüedad (2).

De todas las capas del *diluvium*, la más curiosa y más digna de un estudio detenido y minucioso, es la que lleva el nombre de *Loess*. Consta ese lodo ó limo arcilloso-calcareo, de partículas muy finas de un silicato hidratado

(1) Y también fósiles muy antiguos al mismo nivel de los valles actuales. V. Chouquet, *Materiaux pour l'hist. primit. de l'homme*, y Ameghino, *Bull. Soc. géol. de France*, IX. p. 242.

(2) V. Lapparent, *Géologie*, p. 1239 y siguientes.

de alúmina, con pequeñitos granos, siempre angulosos, de cuarzo y delicadísimas pajuelas de mica, sin que falten nunca además el carbonato de cal, cuya concentración en algunos puntos, suele formar ciertos nódulos, y una sustancia ferruginosa colorante que da un tinte parduzco amarillento. Es, en una palabra, una mezcla íntima de arena fina y arcilla, caliza y peróxido de hierro hidratado, impregnada además de sales alcalinas. Su estructura es muy homogénea, si bien entraña á veces en su masa pequeños nódulos de pedernal ó caliza. Su consistencia tan escasa, que se deja atacar por cualquier corriente, quedando en forma de terraplenes verticales.

Al paso que los elementos de las gravas, de los cantos rodados y aun de las arenas, varían en cada localidad, guardando íntima relación con las rocas circunvecinas, el loes, en cualquier punto que se le observe, presenta la más notable uniformidad de composición, de estructura y de textura (1). Y estonos obliga á creer que ha sido formado por una causa muy universal. Hállase á veces bastante localizado y concentrado en algunos valles, formando capas ó bancos de mucho espesor, y á veces cubriendo superficies de extensión muy considerable. «La distribución del loes, dice M. de Lapparent (2), es comple-

(1) Lapparent, obra cit. p. 1242.

(2) Obra citada, *ibid.*

tamente independiente de la altura. Se le observa desde el nivel de la mar hasta 1500 metros en Europa, y hasta 3500 en la China. Sobre las mesetas hállase dispuesto en capas uniformes. Entre dos crestas, en país accidentado, rellena el intervalo, ofreciendo una superficie cóncava, y, en general, una de las dos vertientes de una cadena, está más cargada de loes que la otra.»

Véase por estas notables palabras del eminente geólogo, cuán equivocados andan los que afirman rotundamente que el *diluvium* no se ha observado nunca más allá de 400 metros de altura, y cuán erróneas serán las consecuencias que de tan falso principio deducen (1).

El espesor del loes es muy variable; en Europa, de ordinario, no suele llegar á 10 metros, sin embargo, en las cuencas de algunos ríos más principales, alcanza frecuentemente 15, 20 y aun 40 ó más. En la China, país clásico de esta formación, se halla acumulado en cantidades prodigiosas, alcanzando, en

(1) El Sr. Vilanova, con bastante acierto, no precisa hasta qué altura se encuentra el diluvium, pues podrá aún hallarse á mucho mayores de las en que se ha hallado hasta ahora: se contenta por eso con decir (*Geología*, p. 363): El diluvium se encuentra en todas las regiones conocidas del globo desde alturas muy considerables, hasta el fondo de los valles, alcanzando en algunos puntos 100 y más metros de espesor. Pero en la p. 369 añade, que en la meseta de Bolivia se extiende hasta la altura de 4000 metros.

algunos puntos más privilegiados, hasta 400 metros de espesor; siendo verdaderamente notable verlo á veces cortado hasta la base por barrancos de paredes verticales y ofreciendo una homogeneidad completa y sin la menor traza de extratificación.

La parte superior del loes, que se halla en contacto con la atmósfera, ha perdido su caliza, por haber sido disuelta á beneficio del ácido carbónico, é infiltrada en las capas inferiores, donde contribuye á la formación de los nódulos calcáreos; por carecer de caliza, es la verdadera *tierra de alfareros*, y se la conoce además con el nombre de *lehm*; y por el color rojizo que tiene, causado también por la influencia del aire, se la ha llamado *diluvium rojo*, creyéndola equivocadamente distinta de lo restante del loes.

Las capas de este no suelen pasar muy allá del paralelo 57 de latitud, pues tanto en Europa como en el Asia parece que está bordeando las grandes masas de montañas (1).

El loes de las mesetas es muy poco abundante en fósiles, con todo en las Pampas de la

(1) Eso no quita que se haya depositado también en las regiones septentrionales; pero como estas se hallaban cubiertas de espesas capas de hielo, el loes pudo y debió irse mezclando con los productos de este, al verificarse la fusión; y así, íntimamente mezclado, no puede aparecer con sus caracteres exclusivos; por eso, en lugar del loes propiamente dicho, existe allí un légamo diluvial, muy análogo, que lo representa, ocupando el mismo puesto.

Plata encierra numerosos restos de caballos, de mastodontes, de tapires, de desdentados y de monos gigantes. En las terrazas ó terraplenes de menor altura, los únicos fósiles, que encierra son osamentas de mamíferos, principalmente herbívoros, y bastantes conchas, casi todas terrestres, y que al parecer no sufrieron el menor transporte, pues hasta las más delicadas se conservan de ordinario del todo intactas. Son muy abundantes los géneros *Succinea*, *Pupa*, *Helix*, *Arion*, *Limax*, *Clausilia*, *Vitrina*, *Bulimus*, etc. Las formas fluviales ó lacustres son muy raras, por maravilla se encuentra alguna que otra, como las *Lymneas* (1).

La formación aluvial moderna, si bien guarda cierta analogía con las del *diluvium*, se distingue por tener los materiales más incoherentes, y por encerrar principalmente los restos del *Equus*, *Bos*, *Cervus* etc.; como es muy insignificante y no tiene particular importancia, no merece que nos detengamos más en ella.

La *detrítica* está constituida por los materiales que se hallan á la falda de las montañas, debidos á la descomposición física y química de estas.

La *turbosa* la forman grandes depósitos de plantas de organización sencilla, por lo regu-

(1) V. Howorth, *Geol. Mag.* 1882, p. 13 y 343; Vilanova, *Geología*, p. 368; Lapparent, *Traité de Géologie*, p. 1243.

lar, y que han empezado á carbonizarse. Data de hacia fines de la fase antigua y principios de la moderna, y sigue desarrollándose hasta nuestros días. Contiene muy interesantes fósiles y bastantes restos de la industria humana y aun del mismo hombre.

*La tobácea* consta principalmente de tobalizas, formadas por bicarbonato de cal disuelto en el agua, el cual, desprendiendo parte del ácido carbónico, se va depositando en forma de carbonato. Hállase esta formación muy desarrollada en las cavernas, formando estalactitas y estalagmitas, y extendiéndose por el suelo, en grandes capas, que han contribuido mucho á la perfecta conservación de los fósiles allí encerrados. También se encuentra en muchos ríos y, á veces, en el litoral, formando admirables incrustaciones. *La Madreporíca* comprende los extensos arrecifes, bancos, y aun islas, constituidos por los políperos de *Madréporas*, *Oculinas*, *Astreas*, etcétera.

*Las formaciones ígneas* no nos ofrecen particular interés, consisten principalmente en lavas, hallándose también bastantes traquitas.

### §. III. FAUNA CUATERNARIA.

**D**ADA ya una ligera idea de las formaciones cuaternarias, pasemos á hacer lo mismo con la fauna.

*La fauna* de la primera fase de este período, está principalmente caracterizada por los mamíferos. Hay un tránsito bastante insensible de ella á la de nuestros días, siendo idénticos los géneros y, con no poca frecuencia, las especies. La inmensa mayoría de los animales terrestres existen desde el principio del período; sin embargo, durante él, si hemos de dar crédito, á distinguidos geólogos y paleontólogos, han aparecido algunos tipos nuevos; pero esta opinión tiene hoy muchos adversarios.

En una misma localidad la fauna terrestre cuaternaria puede encerrar, junto con especies aún existentes, otras extinguidas y algunas emigradas. Aquellas dominan en la primera fase del período, éstas en la segunda.

Entre las extinguidas debemos contar grandes elefantes, en primer lugar el *Elephas antiquus*, sucesor directo del *E. meridionalis* y después el *E. primigenius*. Además el *Rhinoceros tichorhinus*, *R. Mercki*, *Hippopotamus major*, *Felix spelæus*, *Ursus spelæus*, *Cervus megaceros*, etc.

Á las emigradas pertenecen el *Cervus tarandus*, el *Aurochs*, el *Gulo luscus*, etc. La emigración pudo tener lugar hacia el Norte ó hacia las grandes montañas, ó bien hacia los países tropicales.

Los mamíferos de la primera fase eran, por lo general, de gigantesca talla, excediendo notablemente los más á sus congéneres actuales.

En la fauna del período cuaternario pueden distinguirse con respecto á Europa, cuatro edades: 1.ª, edad del *Elephas antiquus* dominante, á la cual pertenecen el *Rhinoceros Mercki*, el *Hippopotamus major*, etc. 2.ª, edad del Mammüt ó *E. primigenius* y del *Rhinoceros tichorhinus* dominantes, á la que pertenecen también el *Ursus spelæus* y la *Hyæna spelæa* etc.; 3.ª edad del *Reno* dominante; y 4.ª caracterizada por los abundantes animales domesticados.

Lo que acabamos de decir se refiere á Europa, mas no puede aplicarse á otros países. En la América del Norte, apenas existen los grandes carnívoros de nuestras cavernas; los rinocerontes habían ya desaparecido al terminar el período terciario; y en pago el mastodonte, que ya se había extinguido en Europa en el pliocénico, es abundantísimo en América, durante toda la primera fase del período cuaternario, lo mismo que las grandes especies de *Elephas* y *Equus*. También existen gigantescos desdentados de los géneros *Megatherium*, *Megalonyx*, *Mylodon*, etc. Pero donde la tribu de los desdentados predomina es en la América del Sur; allí, á más de los ya referidos géneros, existen otros muchos, como el *Glyptodon*, *Clamydotherium*, *Pachitherium*, etc. Aparte de esto, la notable fauna de la América del Sur contiene: monos cevinos, llamas, caballos, mastodontes, carnívoros, roedores, etc.

En Australia, la fauna de la primera fase, lo mismo que la de nuestros días, no contiene más que marsupiales, si bien todos de gigantesca talla, cosa tan frecuente en aquel tiempo. El cráneo del *Diprotodón* tiene un metro de largo. Lo más curioso es ver cómo, entre aquellos marsupiales, los había que se relacionaban con casi todos los órdenes de mamíferos ordinarios. Entre los carnívoros, el *Thylacoleo carnifex* de la talla de un león; entre los herbívoros, los había tan grandes como el buey y aun como el hipopótamo, y entre los roedores había dos de la talla del tapir.

En Nueva Zelanda, cuya fauna actual no contiene más animales de sangre caliente que aves corredoras de alas rudimentarias, tampoco existían entonces, sino otras aves análogas, pero de un tamaño colosal. Había diez especies de *Dinornis*, una de las cuales, llamada Moa, se cree que existe aún; vivían allí además los notables *Notornis*, *Apterornis*, *Palæopteryx*, etc.

También Madagascar se caracteriza por sus gigantescas aves corredoras; el *Epyornis* tenía por lo menos cuatro metros de altura y sus huevos podían contener unos 9 litros.

La fauna de la primera fase del período estaba pues en todas partes, caracterizada por la extraordinaria talla de casi todos los animales de sangre caliente. Los actuales centros de dispersión se empezaban á seña-

lar desde entonces; entonces como ahora el Antiguo Continente era el país clásico de los carnívoros; la América del Norte, el de los herbívoros; la del Sur, el de los cevinos y desdentados; la Australia, el de los marsupiales; Nueva Zelanda, el de las aves corredoras.

Sin embargo, es cosa verdaderamente notable que los caballos y elefantes hayan desaparecido por completo en América, siendo así que los primeros, al ser importados por los conquistadores, se han multiplicado de una manera prodigiosa, y los segundos, lo mismo que todos los animales del Antiguo Continente, hallan en el Nuevo muchos puntos donde pueden perfectamente prosperar.

Como los fenómenos climatéricos del período cuaternario apenas se pudieron hacer sensibles en la mar, la fauna marina no ha cambiado hasta nuestros tiempos. Lo único que en ella se nota es el avance hacia el Sur ó el retroceso de algunos moluscos.

#### § IV. REFLEXIONES GENERALES SOBRE EL PERIODO CUATERNARIO.

**H**EMOS visto que la primera fase de este período estaba caracterizada en Europa por la gran extensión de los glaciares en los países montañosos, y, fuera de ellos, por la extraordinaria actividad del agua, como

agente de erosión y de aluviones. Ambos fenómenos obedecen á una misma causa: el establecimiento de un régimen extremadamente húmedo. Mas este, suficiente para sustituir los ríos actuales por las grandes corrientes de entonces, de varios kilómetros de anchura, no basta para explicar el gran desarrollo de las nieves, pues aquel régimen húmedo existía ya en el período pliocénico. Se necesitaba otro agente: el frío. El cual no pudo ser general, como lo atestiguan los muchos hipopótamos que habitaban en Europa. Ese frío provino pues especialmente, del gran desarrollo de montañas condensadoras del vapor de agua, y esas montañas fueron principalmente los Alpes, al acabar de formarse, cuando tenían mucho mayor altura y masa que ahora. (1)

Pero tampoco podían bastar las montañas para formar tanta nieve, como lo atestiguan

(1) Los Alpes actuales, escribe el Sr. Arcelin (*Les glaciers à l'époque quaternaire*) no nos dan idea exacta de su elevación primitiva. Según los profesores Heim y Favre, no deben tener hoy ya más que la mitad de su volumen en las primeras edades; la otra mitad les fué quitada por las erosiones. Pero al fin de la época terciaria, sus cumbres, aún intactas, habían alcanzado sus mayores alturas. Así, desde este momento, los fenómenos glaciares tuvieron en los Alpes una intensidad extrema... Del mismo modo que se ha llamado al Pamir el techo del mundo, podría llamarse al macizo de los Alpes el techo de la Europa central. Los precipitados atmosféricos que recibe en sus pendientes, corren por los cuatro puntos cardinales.

las elevadas alturas del Tibet, desnudas, á causa de la sequedad; se necesita además, como hemos dicho, una humedad extraordinaria, la cual en los montes originaba los glaciares y en las llanuras las grandes avenidas. Estas pues, son concomitantes de aquellos, y no consiguientes, como suponen algunos.

Como estos dos agentes, la humedad y el frío, sufrieron no pocas variaciones, otro tanto sucedió con los hielos y corrientes diluviales.

La acción fluvial, bien acentuada ya en la edad del *Elephas antiquus*, debió alcanzar su máximo en la del *Ilhinoceros tiehorhinus* y del *Mammut*. Entonces fué cuando nuestros valles descendieron casi al mismo nivel de ahora; y el frío, aunque no muy intenso, debió ser bastante mayor que cuando permitía al hipopótamo habitar en las riberas del Norte de Francia, pues así lo dan á entender el mammut, cubierto de pelo y crines, y el rinoceronte, que lo estaba de espesa lana.

Pero muy pronto se manifiesta un cambio notable, estableciéndose un clima seco y muy frío; lo cual coincidió, al parecer, con la última extensión glacial. El mammut desaparece, viniendo á predominar el reno, animal que, como todo el mundo sabe, huye de las nieblas y se acomoda muy bien con los frios secos. Con el reno se muestran otros varios animales que buscan hoy los climas del Nor-

te, y los vegetales ofrecen también bastantes especies árticas. Entonces terminan las grandes corrientes de agua y cesa la formación de los depósitos diluviales. El hombre europeo, que antes habitaba con preferencia las riberas, se retira á las cavernas. (1)

Todo viene pues á mostrarnos que la Europa casi entera se hallaba sometida á un régimen seco y extremadamente frío. El suelo se hallaba helado hasta una capa bastante profunda, y sólo la superficie experimentaba las alternativas del hielo y deshielo, con lo cual estallaban los sílex y se formaban esos fragmentos que se observan en el llamado *diluvium rojo*. Ya hemos dicho que esto proviene de una transformación del loes; pues bien, entonces fué cuando esta se verificaba, y con aquellas fusiones superficiales se iba él introduciendo por las grietas del terreno y rellenando las cavernas, donde depositaba á la vez muchos restos que consiguió arrastraba.

Creer algunos sabios, entre ellos Belgrand (2) y Lapparent (3), y con no poco fundamento, que el tránsito del régimen húmedo, al seco y frío de la edad del reno, debió hacerse rápidamente.

La fauna de los mamíferos era entonces la

(1) V. Lapparent, *Géologie*, p. 1275, 1276; Cartailhac, *La France Préhistorique*.

(2) *La Seine, études hydrologiques*.

(3) *Géologie*, p. 1275.

misma que la de las *Steppas* de Siberia; pero cuando más adelante se fué estableciendo un clima suficientemente húmedo, favoreciendo así el desarrollo de los bosques, empezó á introducirse una fauna propia de las selvas. Entonces el lecho mayor de los rios se fué rellenando de turba, en todos los países exentos de violentas avenidas. Con la *edad de la turba* comienza el régimen actual. La temperatura ya no experimentará sino ligeras oscilaciones, los contornos del continente permanecen fijos, si se exceptúan las regiones flamencas, que sufren ciertas alternativas de invasión ó retroceso de la mar, debidas, no á movimientos del suelo, sino más bien á una rotura de los cordones litorales; y en fin, todos los sucesos posteriores ya pertenecen á la Arqueología y á la Historia.

§ V. EL HOMBRE.

HABIENDO dado ya una idea, si bien ligera, lo más exacta que nos ha sido posible, de las formaciones cuaternarias, y hablado en general de la fauna, réstanos hablar en particular de lo que más caracteriza á ésta y de lo que más nos interesa para nuestro propósito, es decir, del hombre.

*El hombre*, el rey de la creación, ha dejado, desde el principio del periodo, señales inequívocas de su existencia. Los más antiguos depósitos cuaternarios nos han ofrecido

ya, no sólo numerosísimos restos de la tosca industria humana primitiva, consistentes en síles tallados, sino también varios huesos fósiles del hombre que datan casi de los albores del periodo.

Esto ya no ofrece la menor duda y está fuera de controversia; el hombre pues tuvo que presenciar los imponentes fenómenos de la primera edad cuaternaria; vió desarrollarse los extensísimos glaciares, y experimentó los efectos de aquellas inundaciones violentas.

Lo que no puede hoy por hoy hacer la ciencia, es señalar el momento preciso de la aparición de nuestra especie, ni aun marcar las diferentes fases de su desarrollo. Nosotros hemos probado ya en otro lugar (1), y casi hasta la evidencia, que dicha aparición acaeció al finalizar el pliocénico, y que nuestra duración está, por consiguiente, ligada con la del periodo cuaternario. Cuantos hechos ha podido ofrecer la ciencia hasta el día, todos concurren á justificar y comprobar esta opinión. Por lo que hace ahora al sucesivo desarrollo, los pocos datos que nos pueden ofrecer la Geología y Antropología se refieren, en su mayoría, á Europa, á donde sabemos que el hombre llegó muy tarde. Por otra parte los escasos restos humanos, verdade-

(1) *El Paraíso terrenal*, en el *Movimiento Católico*, Abril y Mayo de 1890.

ramente auténticos, no son suficientes apenas para demostrar que las razas *dolicocefalas*, ó de cráneo prolongado, precedieron en nuestros países á las *braquicefalas*, ó de cráneo corto y ancho. Lo que principalmente se encuentra son restos de su industria, y en especial sílex tallados, que, á causa de su dureza, se conservan muy bien y abundan en los aluviones y en las cavernas.

Fundados en estos restos, los arqueólogos han establecido, como verdad inconcusa, que en la Europa occidental, al uso de los metales precedió el de la piedra. Y esta misma edad de piedra la subdividen en dos fases: la *paleolítica*, ó de la piedra toscamente labrada que no experimentaba más que una simple talla en astillas, y la *neolítica*, que la caracterizan las llamadas hachas célticas, que el vulgo denomina *pedras del rayo*.

Es evidente que estas divisiones, aunque se les quiera dar mucho valor, no lo tienen más que puramente local, y este no siempre. En el período histórico, y aun en nuestros mismos días, estamos viendo que mientras unos pueblos se hallan tan adelantados, otros se sirven de la piedra pulida, y aun de la toscamente labrada ó de ninguna, como se ha visto en los habitantes de ciertos islotes coralinos de la Polinesia, que en 1810 ignoraban el uso de la piedra (1). Además conocemos

(1) Dana, *Corals and Coral-Islands*.

muchos pueblos que usaron á la vez de esta y del metal, y no faltan otros que, después de una civilización floreciente, volvieron *al uso de la piedra* (1).

Sin embargo, no dudamos que semejante división tiene suficiente importancia en gran parte de la Europa, mas no en toda, pues con respecto á Suecia, por ejemplo, los más célebres antropólogos rechazan la edad de la piedra toscamente labrada (2).

Lo que no parece tan justificado es la subdivisión que suele hacerse de la edad paleolítica en otras tres, conviene á saber: la *chelleana*, *mousteriana* y *magdaleniana* (3), se-

(1) «La división cómoda, escribe Hoernes (*Manuel de Préhistorie*, p. 711, 703, de los tiempos prehistóricos, según los materiales y la forma de instrumentos confeccionados por el hombre, en época paleolítica, neolítica, del bronce y del hierro, es inaplicable en muchos casos é incorrecta en ciertas regiones.»

(2) «En Suecia, hasta el presente, no se ha hallado ningún resto que pueda referirse á la edad paleolítica; se encuentran allí muchos sílex estallados, tallados y no pulidos, de un trabajo más ó menos grosero; pero, como ha dicho el barón Kurek, se hallan siempre mezclados á los sílex pulidos ó finamente retocados. Estas formas, tan diversas en el aspecto y en el trabajo, son contemporáneas y caracterizan la misma época. Las dos edades de piedra, tan distintas en Dinamarca, según el Sr. Worsnae, están confundidas en Suecia en un solo y único período... Y es porque la edad de piedra fué avanzando lentamente y poco á poco hacia el norte; la época de los Kiökenmodings no existe en Suecia.» Cotteau, *Le Préhistorique*, p. 138.

(3) Entre estas dos últimas, suele intercalarse otra, con el nombre de *solutreana*.

gún las diferentes fases de aquel toscó pulimento, fases que se quiere por otra parte hacerlas corresponder con las tres primeras edades de la fauna.

Como los dos primeros de esos pretendidos tipos paleolíticos se encuentran casi siempre mezclados, y como por otra parte la recta razón nos dicta que sólo pueden tener á lo sumo un valor puramente local, jamás podrán servir de base á una división científica.

Por lo que hace á la *edad neolítica*, que se va relacionando insensiblemente con la histórica, ha parecido á ciertos arqueólogos tan perfectamente deslindada de la paleolítica, al menos en la inmensa mayoría de los yacimientos, que se han creído forzados á admitir entre esas dos edades de piedra un completo hiatus. Pero la mayoría de los sabios niega hoy con razón ese hecho y cree que sólo hubo un tránsito bastante repentino, el cual debió verificarse, en opinión de M. de Lapparent y de otros graves autores, á causa de que al finalizar los tiempos paleolíticos, la Europa fué invadida por una población nueva, del tipo asiático, venida del Oriente con su civilización propia y dada ya á los trabajos agrícolas. La nueva civilización debería fundirse con la precedente, borrándola casi en todas partes por razón de su superioridad. Pero hay varios puntos donde la antigüedad se mantuvo por más largo tiempo. Así, en la confluencia del Eure y del Sena, se han

hallado señales de una estación de la raza de Cro-Magnón, que parece haberse refugiado en esta región más desheredada.» (1)

Con la piedra pulimentada se van asociando insensiblemente los instrumentos de bronce, y lo que mejor caracteriza á esta edad es que con los restos del hombre ó de su industria no se hallan sino los de animales domésticos.

Poquísimo es pues lo que nos puede decir la ciencia con respecto al desarrollo de nuestra especie; y como la mayoría de los datos que ofrece se refieren sólo á Europa, nos expondríamos á gravísimos errores si quisiéramos aplicar á todo el globo lo poco que sabemos de nuestro continente.

Lo que podemos decir es que la primera extensión de los hielos escandinavos es anterior á la civilización paleolítica del suelo alemán, puesto que los yacimientos paleolíticos de Weimar y de Gera se encuentran recubiertos por el loes sobre los cantos erráticos primitivos.

Al hombre de la primera edad de piedra sucede en Europa el de los *kiokenmodingos* ó paraderos, donde se encuentran reunidos muchos y diferentes utensilios cortantes, objetos de cerámica, etc.; siguen el de los *palafitos* ó poblaciones lacustres y el de los *dól-*

(1) *Traité de Géologie*, p. 1233. V. Quatrefages y Hamy. *Crania ethnica*.

menes y demás monumentos megalíticos, enlazándose insensiblemente la segunda edad de piedra con los primeros monumentos de cobre y bronce, que son más tarde sustituidos por los de hierro. (1)

Todo nos viene á mostrar que nuestro continente ha sido repetidas veces invadido por nuevas razas venidas del Oriente, con una civilización más avanzada, y por las cuales, más tarde ó más temprano, llegaban á ser absorbidas las razas antiguas. El uso de la piedra siguió en muchos puntos de Europa hasta una época no muy remota, y aún no eran de seguro conocidos en ella los metales, cuando con tanto esplendor brillaba la civilización de las primeras dinastías egipcias. (2)

El hombre pues en nuestro continente empezó por un mísero estado de barbarie (3) y

(1) Nos contentamos, en este párrafo, con bosquejar muy y la ligera las trascendentales cuestiones de la Prehistoria, reservándonos para el cap. III el tratarlas á fondo y muy por extenso.

(2) V. Lapparant, *Géologie*, p. 1235.

(3) Decimos *barbarie* y no podemos decir *salvajismo*, como suelen decir, con bien poco fundamento, casi todos los arqueólogos; pues como escribe muy bien el abate Hamard (en *La Science Catholique*, Octubre de 1888, p. 708): «Hubo entre nosotros una edad de piedra; pero lo que es dudoso es que esa edad de piedra entrañe forzosamente un estado de salvajismo absoluto. La ausencia de los metales no es incompatible con cierto grado de civilización. La etnografía nos ofrece más de un ejemplo de una asociación de esa natura-

se fué poco á poco civilizando con las nuevas luces que le iban viniendo del Oriente. Suponer que todos los demás pueblos, especialmente los del Asia y Egipto, pasaron por las

loza. Nos muestra entre ciertos pueblos, cuya industria es de las más rudimentarias, ideas morales y religiosas relativamente elevadas. Ningún pueblo es quizá más notable, bajo este punto de vista, que los Mineopios, esos salvajes habitantes de las islas Andamán. Nada más rudimentario que su industria, la cual se reduce, afirma el Sr. Quatrefages, al uso exclusivo de la madera, de las conchas recogidas en las playas y de la piedra estallada al fuego. Infinitamente más bárbaros, bajo este punto de vista, de lo que se hallaban los habitantes de nuestras regiones en la época euaternaria, no saben ni tallar la piedra ni encender el fuego una vez apagado. Y con todo eso tienen una religión, unos principios de moralidad y unos conocimientos tradicionales, que los elevan muy por encima de la mayor parte de las poblaciones salvajes ó simplemente bárbaras... Otro tanto puede decirse de los negritos de la península de Malaca. También estos saben juntar con una industria de las más groseras, conocimientos tales, que impiden se pueda confundir su estado con el verdadero salvajismo. Si esto sucede con esas poblaciones halladas, al parecer, en el ínfimo grado de la escala social, con más justa razón nos será licito creer que la barbarie de nuestros predecesores de la época euaternaria no era ni tan profunda ni tan abyecta como suelen representársela. Su industria era en efecto muy superior á la de los Mineopios. Por lo menos sabían trabajar la piedra, y la trabajaban con tal habilidad, que cuesta ahora mucho hacerlo tan bien como ellos, aun con la ayuda de nuestro instrumentos de metal... Es preciso concluir de ahí que el hombre de aquella época era moral y socialmente superior... Se podrá decir que el hombre primitivo (de nuestras regiones) era bárbaro; pero no se podrá, sin faltar á la verdad, calificarlo de salvaje.

El mismo Cartailhac, en *La France Préhistorique*, reconoce y confiesa muchas veces que los hombres euaternarios eran muy superiores á los salvajes de ahora.

mismas fases, sería una hipótesis la más aventurada y ridícula (1). Lo que sabemos es

(1) «No se puede juzgar del estado del hombre verdaderamente primitivo, dice con razón el mencionado abate Hamard (*Leg. cit.*, p. 719), por el del hombre cuaternario de nuestras regiones. No hay duda que la humanidad proviene del Asia. Si se quiere pues juzgar de su estado social, de su naturaleza y de su industria en los tiempos que siguieron inmediatamente á su aparición, allí es donde debe irse á estudiarla. Pues bien, una sola vez, que nosotros sepamos, se ha comprobado en el suelo asiático la superposición, claramente marcada, de diferentes industrias; y esto fué en Hisarlik, en el presunto solar de la antigua Troya. El Sr. Schlieman, autor de estas célebres escavaciones, profundizó hasta la roca natural, á través de un montón de detritus, que no tenían nada menos que 16 metros de espesor. Encontró sobrepuestas, según dice, las ruinas de siete ciudades, ó de siete civilizaciones diferentes. Ahora pues, tan lejos se estaba de haber habido progreso de la base hasta la cumbre, que sucedió todo lo contrario, al menos á partir de la segunda capa. La cerámica, hasta entonces soberbia, se va haciendo cada vez más grosera, y los útiles de piedra, diseminados en todos los niveles, aumentan en número, á medida que se va subiendo. En ningún lugar, sin embargo, aparece la piedra sola. En todas las capas está asociada con el metal, y principalmente con el bronce. Este descubrimiento, sobre el cual los evolucionistas atentan cerrar los ojos, es con todo eso de los más significativos. Por sí sólo nos da una idea más verdadera de la marcha general de la civilización que todos los otros que se han hecho en nuestro Occidente, no sólo porque nos muestra más industrias sobrepuestas, sino también porque, estando más cerca de la cuna de la humanidad, penetra más lejos en el pasado y nos trae á la memoria las costumbres de un pueblo que, esta vez, nos es bien lícito considerarlo como primitivo, á causa de su proximidad al lugar que vió aparecer nuestra especie.»

Puede también verse sobre esta interesante cuestión al Marqués de Nadaillac, *Les premiers hommes*, t. I, C. VII, donde se

que de allí nos fué viniendo la civilización, y lo que podemos prudentemente suponer es que esta debía estar allí mucho más desarrollada de lo que ordinariamente se piensa.

Hasta aquí nos conduce esa ciencia llamada Prehistoria. ¿Y qué nos dicen ahora la Historia verdadera y las tradiciones más auténticas y antiguas? ¿Qué nos dicen sino que en la Asiria y en Egipto (1), en la India y en la China, hubo siempre verdaderos núcleos de una civilización muy avanzada? ¿Aun cuando hayan podido existir allí algunas tribus más ó menos bárbaras ó salvajes, no por eso dejaba de haber muchos centros de ilustración, donde brillaban hombres eminentes por su rara sabiduría.

La gran pirámide de Egipto, que raya en antigüedad con los tiempos diluviales, con los admirables datos científicos que atesora, revela un saber igual ó superior al de nuestro siglo. Las colosales construcciones de Balbek, cuyas piedras de granito tallado miden hasta 62 pies de largo por 20 de ancho y 15 de alto, y son quizá anteriores al diluvio, desa-

da extensa noticia de los trabajos del Dr. Schlieman, por los cuales se verá muy claro cuánto más adelantada estaba la civilización del Asia que la de Europa, y que si aquí hubo progreso, allí más bien se notó degeneración y decadencia. Véanse además la *Revue des questions scientifiques*, Julio de 1890, páginas 310 y 311; *Matériaux pour servir à l'histoire naturelle et primitive de l'homme*, 1874, p. 33, etc.

(1) V. Chabas, *Etudes sur l'antiquité historique*.

fian y confunden á los sabios de nuestros tiempos. (1)

(1) Las ciencias y las artes antediluvianas estaban comparablemente más avanzadas de lo que se imaginan los partidarios del progreso continuo; el mundo primitivo estaba en posesión del hierro y del bronce; sabía trabajar, en muy grande escala, estas materias primas; se habían edificado ciudades, grandes ciudades, etc., apelaremos á un testimonio positivo, irrecusable, contemporáneo de las maravillas de la industria y de la mecánica de este tiempo de gigantes. Al pie de las ruinas de Balbek, tan célebre por sus monumentos de arquitectura, que remontan precisamente á la edad de Noé, hemos podido, dice un viajero ilustre, M. de Lamartine (*Yoyage en Orient*, edición en 12, 1839, tomo II, p. 21 y siguientes), medir las piedras ciclópeas que forman el pedestal del monumento. Este pedestal tiene 30 pies próximamente por encima de la planicie de Balbek; está formado de piedras, cuya dimensión es en tal grado prodigiosa, que si no fuera atestiguada por viajeros dignos de fe, la imaginación de los hombres de nuestros días quedaría oprimida bajo el peso de lo inverosímil; la imaginación de los mismos árabes, testigos cotidianos de estas maravillas, no las atribuye al poder del hombre, sino al de los genios ó poderes sobrenaturales. Cuando se considera que estas moles de granito tallado tienen hasta 156 pies de largo por 15 ó 16 de ancho, y un espesor desconocido, y que esas masas enormes están elevadas unas sobre otras á 20 ó 30 pies del suelo, que han sido extraídas de canteras muy lejanas, llevadas allí y levantadas á tal altura para formar el pavimento de templos, retrocede uno ante tal manifestación de las fuerzas humanas: la ciencia de nuestros días no tiene modo de explicarlo, y no debe uno maravillarse de que pueda entonces recurrirse á lo sobrenatural. Estas maravillas no son evidentemente de la data de los templos; eran un misterio para los antiguos, lo mismo que para nosotros; son de una época desconocida, antediluviana quizá; han sostenido probablemente muchos templos, consagrados á sucesivos y diversos cultos. A simple vista se reconocen cinco ó seis generaciones de monumentos pertenecientes á épocas diversas, en la colina de las ruinas de Balbek. Se cree que estas piedras gigantes fueran

En la Biblia, monumento de los monumentos, como no pueden menos de reconocerla los impíos, aun cuando la consideren como una historia puramente humana, en ella sola es donde se hallan descifrados todos los enigmas de la humanidad. Ella nos muestra á la raza de Caín, errante en un principio, entregada de lleno á la agricultura y á la industria, é inventando las bellas artes; á un Tubalcain, *artífice en toda suerte de obras de bronce y de hierro* (1), y eso en una época muy anterior al diluvio. En ella vemos á la línea patriarcal, conservando más ó menos fielmente las tradiciones divinas y primitivas, y nada ignorante de los progresos materiales que iban realizando otras razas.

La misma arca de Noé es un testimonio elocuente del saber que el Patriarca transmitió á su posteridad. Y la construcción gigan-

*removidas, ya por esas razas de hombres que todas las primitivas historias llaman gigantes, ya por los hombres antediluvianos. Se asegura que, no lejos de allí, en el valle del Anti-Libanos, se desentran osamentas humanas de una grandeza inmensa... ¿Quién nos dice que aquella inteligencia más joven no había podido inventar procedimientos mecánicos más perfectos, para remover como un grano de polvo esas masas que una armada de cien mil hombres no comovería ahora? Sea de eso lo que fuere, algunas de las piedras de Balbek, que tienen hasta 62 pies de largo y 20 de ancho por 15 de espesor, son las masas más prodigiosas que la humanidad ha removido. Las mayores piedras de las Pirámides no pasan de 18 pies de largo. Véase Moigno, *Les Splendeurs de la foi*, t. III, p. 1148 y sig., y *Les Livres saints*, p. 468 y siguientes.*

(1) Génesis, IV, 21, 22.

tesca de Babel nos muestra bien claro la prodigiosa ciencia y el ingenio de aquellos hombres inmediatos al diluvio.

Pero muchísimas de aquellas primitivas razas, nómadas por instinto aún más que por necesidad al hallarse alejadas de los núcleos de civilización, teniendo que luchar cada día con mil suertes de enemigos, viéndose expuestas á las eventualidades de un clima molesto y variable, muy diferente del de los centros de dispersión, abandonadas á sus propias fuerzas y sujetas á buscar cada día el alimento necesario, bien pronto fueron perdiendo toda traza de la ilustración primitiva. Las necesidades diarias y perentorias absorbían todos sus momentos, y no hallando ninguno libre para dedicarse á la contemplación de la verdad, quedaron sumergidas en la más ignominiosa barbarie. Faltos por otra parte de las materias primas para fabricar instrumentos de metal, pues los minerales ni existían en todas las regiones ni todos sabían el secreto de explotarlos, viéronse precisados á valerse exclusivamente de la piedra (1) para la confección de sus más necesarios utensilios.

Mentira parece que hombres, por lo demás de ciencia nada vulgar, se atrevan á discu-

(1) Pueden verse, sobre este punto, algunas curiosas y oportunas reflexiones del P. C. Lasalde, en la *Revista Calasiana*, Abril de 1890, p. 346 y siguientes.

rrir de otra manera, cuando en medio de la refinada civilización de nuestro siglo, hemos visto repetirse no pocas veces este fenómeno. ¿Cuántos marinos, arrojados por las olas á un islote del Océano, no han quedado reducidos, en menos de 20 años, á un estado de barbarie igual ó inferior al de las tribus más degradadas? ¿Cuántos no se han hallado que, faltos de materia necesaria, no han llegado siquiera á fabricar instrumentos de piedra? ¿A cuántos no hemos visto errando entre tribus salvajes y excediéndolas en salvajismo á la vuelta de pocos años? (1)

(1) «Preciso es reconocer, dice á este propósito Zimmermann (*Origen del hombre. Las razas humanas*, cap. XV), que las colonias europeas degeneran con singular rapidez en las demás partes del mundo, y que volverían á ser salvajes, si no recibiesen continuos refuerzos de la madre patria, ó si no conservasen, al menos, relaciones con ella. El aislamiento completo conduce bien pronto á la degeneración: en la Nueva-Zelanda se han encontrado hombres que no se diferenciaban de los indígenas, sino por tener el cutis más claro, y habiéndose reconocido que eran criminales, fugitivos hacia 29 ó 30 años, observóse que sólo recordaban algunas palabras de su idioma y que habían olvidado casi su nombre, siendo de notar, que en vez de introducir la civilización entre los pueblos incultos, acabaron por convertirse en verdaderos salvajes. Hace muy poco tiempo encontráronse en las islas Fidji algunos marineros salvados de un naufragio, y se vió que se asemejaban á los demás salvajes por el traje, las costumbres, el idioma y hasta por sus movimientos; habían aprendido á comer carne humana y les gustaba tanto como á sus maestros... Esa marcha gradual, que conduce á la inmoralidad más abyecta, dando lugar á que las ideas se confundan poco á poco, tiene algo de horrible; los campesinos holandeses de los alrededores del Cabo de Buena Esperanza

Pues bien, ¿qué otra cosa pudiera acaecer á muchísimas familias al verse del todo aisladas y errando por Europa, tan lejos de los florecientes centros de civilización del Asia?

Sin embargo, de cuando en cuando iban viniendo del Oriente nuevas familias, con industrias más avanzadas, y, provistas de mejores armas, no les era difícil avasallar á los primitivos habitantes de nuestras tierras é imponerles nuevos usos y acostumarlos á una vida menos brutal. Pero si en la mayoría de los casos, con cada invasión, venían nuevas luces, y los invadidos salían por fin ganando, rarísimas veces los invasores podían conservar por largo tiempo íntegras las señales de su superioridad, antes á veces venían á descender al mismo nivel de los indígenas, y en todo caso acababan por confundirse unos con otros, progresando los invadidos y decayendo los invasores.

za consideran á los Cafres y sus demás vecinos negros, más bien como animales que como hombres, y matar á uno de ellos no les causa el menor remordimiento de conciencia, pareciéndoles que son seres dañinos, los cuales conviene destruir. Los boers organizan batidas contra los negros, cosa que les divierte mucho, pues se les figura que se trata de una caza al lobo.»

## ARTÍCULO II.

DEMUÉSTRASE QUE EXISTEN FORMACIONES DEBIDAS EXCLUSIVAMENTE AL DILUVIO BÍBLICO, Y QUE, SIN RECURRIR Á ÉSTE, SON DEL TODO INEXPLICABLES.

**E**XPUESTO á grandes rasgos, todo cuanto la Geología y la Prehistoria nos enseñan referente á nuestro objeto, podemos desde luego dar ya por confirmado por la ciencia el diluvio bíblico.

La ciencia en efecto nos muestra, en todos los países del globo, como hemos visto, no ya uno, sino muchos y muy diferentes *diluvios*; sólo nos resta saber cual de ellos es el verdadero, cual reviste las condiciones del cataclismo extraordinario, ordenado por la Justicia divina para borrar la iniquidad de la tierra. Buscamos un diluvio que responda fielmente á lo que nos dicen la Escritura y la tradición; un diluvio, cuyos desastrosos efectos se hayan hecho sentir en todo el Orbe, que haya exterminado el linaje humano, casi por completo, que se haya verificado en el espacio de un solo año, que haya acaecido durante la edad de piedra, como nos enseña la tradición, en la época de los gigan-

tes, como nos dicen la tradición y la biblia; un diluvio, en fin, universal, acaecido hace unos 5000 años, como nos lo enseñan las tradiciones y la Historia.

Y si ese diluvio existe, si la ciencia nos descubre sus señales indelebles, la Biblia y la tradición quedarán perfectamente vindicadas, y cubiertas de confusión é ignominia las bocas de la impiedad.

§ I. LA FORMACIÓN DEL DILUVIUM GRIS, NO PUEDE SER EFECTO DEL DILUVIO EN SU CONJUNTO UNIVERSAL.

Pues bien, en el llamado, en Geología, *Diluvium* propiamente dicho, por creerlo en un principio, falsamente, efecto del gran cataclismo; en las numerosas capas que constituyen la formación conocida hasta ahora con el nombre de *Diluvium gris*, en vano buscaremos las señales de esa prodigiosa y universal inundación, de que tratamos. Los materiales de esa formación no son efecto de una sola avenida, como hemos visto en su debido lugar, sino de muchas y muy diferentes, acaecidas en épocas muy distantes unas de otras. Los gruesos cantos rodados y los voluminosos guijarros, indicio de corrientes muy violentas, alternan repetidas veces con lechos de arena fina, conteniendo, intactas delicadísimas conchas, las cuales nos atesti-

guan largos periodos de calma. Por otra parte las faunas sepultadas en las distintas capas de cantos rodados, pertenecen á épocas muy diferentes. No podemos, pues, reconocer, en el *Diluvium gris* el efecto de una sola inundación. Y si á esto se añade que sus capas no son contemporáneas en los distintos países, y que además, en cada una de ellas, no observamos otros materiales que los tomados de las rocas circunvecinas, se verá claro que en su formación debieron intervenir agentes puramente locales, y que al menos en su conjunto, no son en ninguna manera debidas á una inundación única y universal (1). Lo mismo se confirma por la ausencia de una capa superior de lodo y bastante espesa por cierto, que tenía que ser el efecto necesario de una inundación tan prodigiosa y tan larga, y que terminó por un prolongado período de tranquilidad.

§ II. FASES DEL DILUVIO BÍBLICO.

EN el *Diluvio bíblico* debemos distinguir dos fases bien marcadas (2). Empezó por acaecidas é inundaciones sumamente violentas, cuyos efectos son, aunque en mucho mayor escala, análogos á los de las demás inundaciones cuaternarias, que revisten un ca-

(1) Lapparent, *Géologie*, p. 1238, 1239.

(2) Véase lo dicho en el cap. 1.º párrafo VI.

rácter puramente local. Pero cuando las agitadas olas de aquel inmenso é imponente océano, que cubría los continentes, empezaron á calmarse, comienza una fase del todo distinta; acabaron de depositarse los materiales pesados, y no conteniendo ya aquellas turbias aguas en su seno otra cosa más que una mezcla confusa y perfecta de cuantos materiales ténues habían arrancado en toda la tierra, junto con algunas delicadas conchas y otros objetos ligeros, empezaron á depositarlos tranquilamente, formando una capa homogénea de lodo, que cubría los montes, las mesetas y los valles (1), y que debía ser tanto más espesa, cuanto fuera más profundo el lugar donde se formaba.

En efecto; las torrenciosas lluvias con que se inició, y las horriboras avenidas del *gran abisno* no pudieron menos de producir desastrosas denudaciones de los terrenos, arrancando y arrastrando, con un ímpetu increíble, materiales muy crecidos, que, á causa de su gran densidad, debieron ir enseguida al fondo y depositarse en los inmediatos valles. Esta fase ofrece pues gran analogía con todos los demás diluvios, y, como ellos, tuvo por

(1) Esto lo reconoce aún el eminente geólogo, anónimo, consultado por el Sr. Jaugéy (V. *La Semana Católica*, Diciembre de 1887); si bien se empeña luego en decir que no existe esa capa de lodo, y en negar, por consiguiente, al diluvio toda suerte de efectos físicos permanentes: estos dos errores extraños y capitales muy pronto quedarán reñtados cual merecen.

efecto la formación de grandes depósitos de guijarros, cantos rodados y gravas, materiales tomados todos de los inmediatos montes. Mas su segunda fase no puede parecerse á la última de los primitivos *diluvios locales*. Estos, pasado el período de violencia, fueron depositando tranquilos una pequeña capa de arenas ó gravas menudas, únicos materiales que al fin llevaba el agua en su seno, pero que guarda, como es claro, relación con las rocas inmediatas. Él, por el contrario, pasada la primera fase de corrientes impetuosas, cuando las aguas, inundados ya los valles, é incorporadas con las que venían de la mar, iban poco á poco creciendo é invadiendo las alturas, se parecía, no á un torrente más ó menos rápido, sino á un océano borrascoso y fieramente embravecido. Llegan por fin las aguas á cubrir la cumbre de las montañas, y entonces forman ya un mar verdadero, pero extrañamente agitado. Sus efectos serán, pues, parecidos no á los de los grandes aluviones, sino á los que produce la mar en los momentos de su mayor paroxismo. Arrancará toda suerte de materiales, especialmente los de menor consistencia; pero los productos más densos, tendiendo constantemente á bajar, al ser arrancados de una montaña, iban descendiendo hacia el valle inmediato, y no se concibe que pudiera salvar los montes vecinos, sobre todo si se tiene en cuenta que en la mar, aun cuando se halle muy agitada, no ex-

perimentan las aguas ese rápido y violento movimiento de traslación que se nota en los torrentes, y aun cuando se mueva con rapidez la superficie, en el fondo se observa una notable tranquilidad.

Durante este periodo de transición todos los materiales pesados debieron acumularse también en los valles contiguos á las montañas de donde partieron. Los menos densos, por el contrario, permanecieron en el seno de las aguas, cuya continua y prolongada agitación los obligó á mezclarse íntimamente los unos con los otros. De suerte que aquel inmenso mar, que cubría la tierra, semejava un río desbordado y extremadamente turbio, saturado de productos cenagosos, que, á causa de hallarse en idénticas proporciones, le dan un mismo y constante color. Pero llegó un momento en que las aguas se tranquilizaron, y entonces empieza la última fase, la más característica del diluvio bíblico. Mientras el nivel de aquel prodigioso mar iba descendiendo paulatina y tranquilamente, toda aquella enorme cantidad de lodo que en sí encerraban las aguas, se fué poco á poco depositando y cubriendo de una capa uniforme toda la tierra. Pero las montañas no tardaron en quedar descubiertas, y entretanto en los valles y aun en las explanadas iba ganando en espesor aquella capa de lodo, que á la vez penetraba por las fisuras del terreno y por las cavernas. Estas empezaron á rellenarse

con mayor intensidad, cuando, al llegar á ellas el nivel del agua, se vieron durante algún tiempo azotadas por el oleaje.

Así pues las montañas quedaron cubiertas con una capa de aquel lodo: las mesetas, las explanadas y sobre todo las cavernas, con bastante más, y los valles por fin inundados con una cantidad prodigiosa. Mas el de las pendientes, debió ir poco á poco descendiendo, parte por sí mismo, al hallarse aún en un estado pastoso y semilíquido, y parte arrastrado más tarde por las lluvias, viniendo por fin á juntarse con el de los terraplenes y valles.

§ III. DEBEN EXISTIR FORMACIONES CARACTERÍSTICAS DEL DILUVIO UNIVERSAL.—EL LOES FUÉ DEPOSITADO DURANTE LA SEGUNDA FASE.—DADO EL DILUVIO, ES PRECISO SEÑALARLE, POR EFECTO, UNA FORMACIÓN DEL TODO IDÉNTICA AL LOES.

TALES condiciones y algunas otras, que más adelante haremos notar, debió reunir el diluvio bíblico.

¿Qué formación cuaternaria las reúne? Desde luego debemos prescindir de todas aquellas que no son efecto de grandes avenidas de agua, es decir, de todas las que no sean diluviales ó aluviales. En éstas sola-

mente debemos buscar los indicios del portentoso cataclismo. Ahora bien, las pertenecientes al *Dilucium gris*, por más que se les haya considerado en un principio como el verdadero efecto de aquella inundación misteriosa, ya hemos probado hasta la evidencia que no lo pueden ser consideradas en su totalidad, puesto que fueron originadas por muchos y muy diferentes diluvios. Y si bien es verdad que en algunos de ellos notamos cierta analogía con la primera fase del bíblico, es lo cierto que la segunda fase de éste, la más importante y característica, no aparece ni por asomo, en semejantes formaciones. Ahora pues, en los depósitos aluviales, tampoco podremos hallar la menor señal del verdadero diluvio; esos depósitos se han ido acrecentando hasta nuestros días, son idénticos á los que vemos formarse á nuestra vista, son posteriores á la época en que debió verificarse el gran cataclismo, y ofrecen, con respecto á él, una analogía aun mucho más remota que las formaciones diluviales. ¿Qué nos resta pues? ¿Acaso aquella inundación asombrosa, la mayor que registra la historia, no ha dejado la menor señal en la tierra? Así lo han supuesto algunos (1); pero nosotros rechazamos enérgicamente semejante suposi-

(1) Entre ellos el abate Moigno (*Splendeurs de la foi*, título III; y el Sr. Jaugey, en *La Science Catholique*, Diciembre de 1887.

ción, que, aparte de hallarse en oposición manifiesta con la conducta ordinaria de la Providencia divina, contradice abiertamente al verdadero fin del diluvio, que fué, á la vez que castigo, el más ejemplar escarmiento, cuya memoria debía permanecer indeleble hasta la consumación de los siglos.

El diluvio ha tenido que dejar señales del todo inequívocas, señales tan prodigiosas y tan notables como él mismo. Investigarlas y reconocerlas es el deber ineludible del naturalista que acostumbra á leer las extensas páginas arrolladas en torno de nuestro planeta y escritas por el mismo dedo divino. ¿Cuál de esas misteriosas páginas se halla encabezada con estas sobresalientes palabras: *Diluvio Universal*? Deben hallarse al fin del volumen, y ya hemos examinado casi todas las que allí hay. Una tan sólo nos resta; se halla formada de *loes*, de una cantidad prodigiosa de aquel *limo de la tierra*, de que en un principio *había sido formado el hombre*.

La miro, la contemplo; y ¡oh misterio prodigioso! en ella acierto á leer: *muerte, desolación, exterminio*. La humanidad ha sido envuelta y absorbida por ese lodo de que había sido formada, por esa inmensa y extraña capa de *loes* que cubre toda la tierra, y cuyo epígrafe, escrito en caracteres bien salientes y legibles, dice: *Diluvio Universal, asombroso y desolador* (1).

(1) «Restituetur ut lutum signaculum, et stabit sicut resti-

Sin embargo, á pesar de ser estas palabras clarísimas, á nuestro modo de ver, no habían sido hasta ahora distintamente leídas; y si bien algunos han acertado casi á adivinarlas, las han expuesto con tales dudas y con tan particulares equivocaciones, que su interpretación no ha merecido ninguna fé. Para que nuestra lectura no corra la misma suerte, creemos oportuno dar razón y cuenta de ella, apesar de ser tan natural, tan clara y tan sencilla, que creemos imposible se la pueda desechar ó poner en duda.

En efecto, la extensa capa de ese limo ó légamo arcilloso, llamado *loes*, responde, de la manera más perfecta y admirable, á todas las condiciones que se deben asignar á la se-

mentum. Job, XXXVIII, 14. Estas notables palabras, en cuya inteligencia tan desacordes están los expositores, nos han dado á nosotros mucho que pensar. Precelidas como se hallan de ese célebre y sublime rasgo: *Tenuisti continentem extrema terrae et excussisti impios ex ea*, nos parecen alusivas al gran cataclismo, cuyo sello, ó cuyas señales y huellas, podemos ver ese lodo admirable, que subsiste, recubriendo la tierra, á manera de vestido. Las luces de la ciencia, de que tanto se glorian los impíos, son precisamente las que nos llevan á reconocer esas huellas de la vengadora mano del Eterno; el orgullo de la impiedad queda abalido y su ominoso poder en un punto quebrantado: *Auferetur ab impiis lux sua, et brachium excelsum confringetur*. He aquí la razón del lema que hemos tomado y que traducimos de esta manera: *Tomaste la tierra por sus polos, estremeciéndola, y sacudiste de ella á los impíos. La señal será restablecida (y aparecerá), como lodo, y subsistirá como un vestido (ó capa). Será quitada á los impíos su luz, y su brazo alto será quebrantado.*

gunda fase, á la fase más propia y característica del diluvio. El loes se encuentra en todos los países del globo (1); se encuentra en las montañas y en las elevadas mesetas, se encuentra en más abundancia en las explanadas ó terraplenes, se encuentra acumulado en cantidades fabulosas, en las cavernas y en los valles. El loes reviste el más marcado carácter de universalidad, pues se halla en todas partes, y en todas ofrece una maravillosa constancia en la composición, independiente por completo de los terrenos inmediatos; atestiguándonos que la causa que lo ha

(1) Decimos en todos los países, porque si bien es verdad que más allá del paralelo 57 no se le suele hallar con sus propiedades características, eso proviene de haberse mezclado con los variados productos de los glaciares, que ocupaban todas las regiones del Norte. Por eso, como haremos ver mas adelante, existen allí formaciones, el *till*, etc., que le sustituyen y representan, conteniendo todos sus elementos, y hallándose distribuidas de la misma manera que él. Pero de todos modos, para nuestro propósito basta que el loes exista en toda la tierra, hasta latitudes de unos 57°, porque de este hecho se deducen rigurosamente las consecuencias á que conduce nuestro sistema.

Sin embargo, bien podemos afirmar que en todos los países existe, ó el loes puro, ó sino un légamo *diluvial* muy análogo, aunque no tan homogéneo, y producido por las mismas causas, si bien acompañadas de otras de un orden distinto. No habría ningún inconveniente en comprender bajo el nombre de *loes* todo ese lodo notable que en todas partes forma la última capa del *diluvium*. Por eso, el Sr. Cartallhae, con sobrada razón, se expresa de esta manera (*La France Pré-historique*, p. 42): «Las capas de légamo, á veces muy espesas, lo recubren todo. En este loes... etc.»

formado ha sido una en toda la tierra. El loes, por fin, nos dice que ha sido efecto de una inundación única, y extraordinariamente prodigiosa, pues no se halla más que en una sola capa, es decir, recubriendo el *diluvium gris*; y, apesar de su increíble espesor, ofrece en todas partes una homogeneidad completa, sin la menor señal de estratificación, que debiera necesariamente mostrar, si fuera efecto de inundaciones sucesivas; sin el más insignificante depósito extraño, que no podría faltar si él hubiera sido formado en distintas épocas.

Ofreciendo pues los más evidentes caracteres de universalidad, obedeciendo en todas partes á una misma causa, y habiendo sido formado todo al mismo tiempo, es preciso cerrar los ojos á la luz para no ver en él el efecto de la segunda fase de una inundación universal y prodigiosa, que no puede ser otra que el *Diluvio bíblico*.

Da las las condiciones de este, tales cuales aparecen en la Escritura y la tradición, es preciso á toda costa atribuirle por efecto una formación del todo idéntica á la del *loes*. Dada la época que con más probabilidades se asigna al gran cataclismo, esa formación debe aparecer precisamente en donde el loes se halle. ¿Dónde está pues esa formación? En vano se la buscará en todas las capas terrestres, que la Geología nos dice á grandes y acordes voces, que ese depósito es particular

y único, que en toda la historia del globo no se registra otro análogo, y que, por lo raro y por lo abundante, obedece á una causa única, extraordinaria y grandiosa.

Dado el diluvio es á todas luces preciso atribuirle por efecto el loes; pero vamos á demostrar además que, dado el loes es también del todo forzoso reconocerle por causa al Diluvio.

§ IV. DIFERENTES HIPÓTESIS ACERCA DEL ORIGEN DEL LOES.—TODAS SON INADMISIBLES. — DADO EL LOES, ES FORZOSO RECONOCER LA REALIDAD DEL DILUVIO BÍBLICO.

**E**L loes, esa formación reciente y tan particular, tan única y tan abundante, aún no tiene para el geólogo una causa conocida. Se han emitido muchas hipótesis, pero todas, sin excepción, á cuál más infundada é inadmisibile. Á cualquiera ha sido muy fácil echar por tierra las contrarias, pero á nadie ha sido posible establecer lo propio con tal firmeza, que no le derribara un soplo. Ninguno ha podido dar cuenta hasta el día, ni de la *universalidad del loes*, ni de su maravillosa *constancia de composición* en todos los lugares, con *perfecta independencia de la naturaleza del terreno*, ni de su *prodigiosa acumulación*, ni menos de esa notoria *homoge-*

neidad en tan extensas capas, ni aun perturbada siquiera por el más ligero depósito extraño, ó por la más mínima señal de estratificación.

Y es porque la ciencia pura no puede darse cuenta de lo que está por encima de su esfera; quiere buscar una causa ordinaria, del todo natural y más ó menos frecuente, para un efecto extraordinario, *maravilloso* y único, sin ejemplo.

Richtshofen, cuya hipótesis, á falta de otra mejor, ha tenido bastante acogida, asigna para el loes un origen *eoliano*. Cree que proviene de grandes nubes de ligerísimo polvo, que, arrastrado por el viento, ha ido á depositarse en diferentes puntos.—Muy bien; pero si esto es así, debieron producirse formaciones semejantes en muchos y muy distintos períodos geológicos. Y el loes aparece sólo una vez, es formación que no tiene ejemplo. ¿Será quizás porque la producción de tanto polvo, como era necesario, exige mucha sequedad que no se hallarían en otros períodos?—Es cierto que en ningún otro período ha habido tanta sequedad como se requiere para el caso; mas el loes acertó á formarse precisamente en una época, cuyo más notorio y general distintivo fué su *extraordinaria humedad*. Por otra parte ese polvo siempre tendría que guardar bastante analogía con los terrenos circunvecinos, y no conservaría esa perfecta constancia en la composición.

Esta hipótesis, en una palabra, que podía ser más ó menos aceptable para explicar cierta acumulación, en algunos puntos, del loes ya formado, es del todo inadmisibile para darnos cuenta del primitivo origen de esa formación tan extraña y tan marcada con caracteres de universalidad. Si hoy mismo, después de hallarse ya acumulado en todas partes y en tal abundancia, las nubes de polvo que, á *espensas de él*, se forman, en medio del más violento huracán, apenas son capaces de producir un depósito apreciable, ¿cómo nos atreveríamos á reconocer que esas capas enormes, que en algunos puntos alcanzan 400 metros de espesor, ha debido su primitivo origen al viento? ¿Dónde pudo hallar éste tanto polvo idéntico en la composición y sin mezcla de ningún elemento extraño? Pero admitamos todos esos absurdos. Entonces el tiempo empleado en tantas y tan fabulosas acumulaciones ha debido ser excesivamente largo. Pues bien, la capa de loes muestra haber sido formada toda de una vez; no se nota en ella la menor señal de estratificación, no se halla jamás intercalada por ningún depósito diferente, encierra una fauna escasa, y toda contemporánea. Estos hechos evidentes y reconocidos por todo el mundo ¿son por ventura compatibles con las prolongadas y sucesivas fases, por que, en semejante hipótesis, tuvo necesariamente que atravesar dicha formación? Además Richtshofen cree que el polvo era detenido por la yer-

ba de las estepas vecinas á los lagos desecados, de donde principalmente debía ser arrancado; y sin embargo la fauna fósil del loes es incompatible con el clima que exigen dichas estepas, y el sepultamiento sucesivo de la vegetación no se puede concordar con la ausencia comprobada de toda porción considerable de materia orgánica en el loes (1). Despreciamos aun todas estas gravísimas dificultades; pero todavía se nos ocurre preguntar, ¿por qué semejante formación no se encuentra acumulada con preferencia en las decantadas estepas, sino en la proximidad inmediata de los ríos y las montañas, es decir, en los puntos donde alcanzan mayor intensidad los fenómenos aluviales? Y á esta pregunta jamás se le podría dar otra respuesta satisfactoria, sino la siguiente: porque la causa verdadera del loes fué una inundación extraordinaria. Y si preguntamos, ¿qué clase de vientos han sido capaces de acumular en tal abundancia el loes de las cavernas, qué se nos responderá?

Otros autores suponen con Lyell y Geikie, que el loes ha sido producido por los glaciares y trasportado y distribuido por la acción de las aguas fluviales y lacustres; pero como semejante hipótesis tropieza con más dificultades aún que la precedente, por eso no logra tener hoy tantos partidarios. Pues por una

(1) Lapparent. *Géologie*, p. 1244

parte, jamás se ha visto que los glaciares de nuestros días dieran origen á semejantes productos, y por otra, la acción fluvial y lacustre debe excluirse á toda costa, desde el momento en que sabemos que el loes no contiene, puede decirse, más que fósiles terrestres (1). Además la perfecta constancia en la composición es absolutamente inexplicable, pues los productos glaciares guardan íntima relación con la naturaleza local del terreno; menos se podrá explicar aún la gran abundancia y, en medio de ella, la completa homogeneidad, obedeciendo á una causa que tenía que obrar tan paulatinamente y con tan notables intermitencias (2). Si á esto se añade que no tendría ninguna razón de ser el loes de las mesetas, de ciertas montañas y terraplenes, donde no ha intervenido jamás la acción gracial, á donde ninguna corriente ordinaria lo pudo arrastrar en una época tan reciente en que los valles estaban ya casi perfectamente escavados; si se añade que esa formación es

(1) V. Lapparent. *ibid.*, p. 1243; Howorth, *Geol. Mag.* 1882, p. 13 y 343. Este hecho ha sido comprobado en Europa, por Braun, Gümbel, Belt, etc.; en China, por el célebre abate David, y en los Estados-Unidos, por otros muchos geólogos.

(2) El mismo Lyell, *Manuel de Géologie*, t. I, cap. X, hablando del loes de la cuenca del Rin, se ve precisado á reconocer que: «Es homogéneo en tal grado, que no muestra la menor señal de estratificación, lo cual es debido sin duda alguna á que sus elementos provienen de un origen común, y fueron acumulados por una acción uniforme.» Otro tanto debe decirse del loes de toda la tierra.

contemporánea en toda la tierra, y que se ha producido de una vez y en muy poco tiempo, si se añaden tantas y tantas otras dificultades como semejante hipótesis ofrece; ¿quién habrá que se atreva á mencionarla, cuanto menos á defenderla?

M. de Lapparent, desechando, como es natural, tan infundadas hipótesis, ha creído establecer otra (1): pero desgraciadamente lo ha hecho con un acierto nada digno de su talento. Cree que el loes proviene de las finas partículas que las pequeñas corrientes de agua arrastran de las laderas. Verdaderamente no acabo de maravillarme de ver hablar así á tan notable geólogo. Después de rechazar, y con muy buenas razones, las hipótesis precedentes, establece él una más inadmisibile todavía; él, que tan cumplidamente sabe hacer resaltar la *perfecta constancia en la composición* de ese depósito, y su maravillosa *homogeneidad*, en el increíble espesor que en algunos puntos ofrecen sus vastas capas (2). ¿Cómo se atreverá á concordar estos hechos tan grandiosos con un origen tan raquíptico? Desde luego que esas finas partículas, arrastradas de las laderas, deben guardar íntima analogía con los materiales de éstas: el lodo que así pudiera formarse debía revestir un carácter completamente local;

(1) *Obra citada*, p. 1245 y 1246.

(2) *Id.*, *ibid.* p. 1242, 1244, etc. Véase al mismo Richthofen. *Geol. Mag.*, 1882, p. 293.

pero el loes, él mismo lo reconoce, lo repite, y se esfuerza en inculcarlo, el loes en todas partes *es el mismo*, en todas ofrece *idéntica composición*, en todas muestra ser *por completo independiente de la naturaleza del terreno*. Por otra parte, el tiempo que exigía una causa tan liviana para producir un efecto tan notable, debió ser largo sobre manera, y el loes, según hemos ya probado, y según más tarde acabaremos de demostrar, se formó todo de una vez. ¿Y cómo es posible que con esas innumerables lluvias ligeras y tan prolongadas, no haya alternado ni siquiera una sola más violenta, que dejara intercalados depósitos de cantos y gravas, precisamente en una época notable por sus frecuentes y crecidas inundaciones? ¿cómo podrá compaginar esa tan notable *homogeneidad* de la formación con tantas, tan variadas y sucesivas superposiciones de capas?

Pero supongamos por unos momentos que es cierta la hipótesis del Sr. Lapparent; entonces es preciso reconocer á toda costa que, durante la época del diluvium gris, como en otras precedentes y como en la misma actual, han podido y debido acumularse otros muchos depósitos del todo idénticos al loes, pues la acción de las lluvias, en esos tiempos, era tan favorable y quizá más para producirlos; y sin embargo, el loes es una formación única y sin ejemplo. Su causa ha sido pues excepcional y extraordinaria.

Mas no son estas las únicas dificultades, que semejante hipótesis ofrece; otras hay, si se quiere, más considerables todavía; el loes de las mesetas, y más aún el de las altas montañas, no puede en ella encontrar ninguna razón de existencia. El Sr. Lapparent lo reconoce, y no hallando otra salida, no se desdén de admitir, para este caso particular, la teoría *coliana*, después que él mismo la había tan sabiamente combatido, y debiendo ver que todas las razones que militan contra la hipótesis de Richthofen la atacan aquí de lleno. ¿Y cómo nos explica el loes de tantas y tantas cavernas, en muchas de las cuales no han podido en ninguna manera introducirlo las lluvias *ordinarias*, ni menos aún el viento? ¿Qué diremos ahora de las numerosas conchas terrestres, muchas de ellas delicadísimas, y que se hallan del todo intactas, en medio de esa formación? ¿Es admisible que un arroyuelo, que se desliza de altas montañas, haya podido arrastrarlas, respetando su delicadeza?

Tales son las principales, y, mejor diremos, las únicas hipótesis serias, que acerca del loes nos ofrece la Geología. Vemos pues claramente que todas son inadmisibles: las razones con que las hemos impugnado no pueden ser más claras y manifiestas; y aun cuando todas las referidas razones no tuvieran ningún valor, nos bastara ver lo indecisos que se muestran los geólogos y las graves dudas que

abrigan con respecto al origen de esa formación anómala, para persuadirnos de que el loes no tiene aún causa en la ciencia.

De cuantas hipótesis se han emitido hasta el día, ninguna puede darnos razón, ni de la prodigiosa abundancia del loes; ni menos de su homogeneidad y perfecta constancia en la composición, ni aun de la fauna que encierra: ninguna puede explicarnos por qué esa formación es contemporánea en todos los países, y en todos única y sin ejemplo.

Verdad es que la *coliana*, y aun la del señor Lapparent, pueden darnos muy bien cuenta de ciertas acumulaciones del loes; pero esto, suponiéndolo ya formado, que de su verdadero origen, ninguno nos puede decir nada. El que se hallaba depositado en las laderas, pudo y debió descender, en gran cantidad, en un principio, cuando aún se encontraba en un estado pastoso, y también más adelante siguió y sigue ahora descendiendo, arrastrado por las lluvias, y bajando á incorporarse con el que se encuentra en los valles.

Pero los depósitos que así se forman, aunque por la naturaleza del material no sea fácil distinguirlos de los primitivos, siempre serán, en realidad, depósitos trasladados. Por eso en el punto de unión del loes de las laderas con el de los valles se suelen notar ciertas capas sobrepuestas, intercaladas á veces con otros ligeros materiales de acarreo (1).

(1) V. Lapparent, *Geologie*, p. 1243.

Ese loes está removido, se fué allí acumulando en distintas épocas, y por eso muestra señales de estratificación y mezcla de productos extraños. Pero el que permanece en su primitivo lugar, el loes verdadero, como carece por completo de lo uno y de lo otro, y en toda su extensión aparece como una masa perfectamente homogénea, da bien claramente á entender que ha sido formado todo de una vez y en el propio lugar que ocupa, pues en otro caso, se parecería al removido, que bajó de las montañas. De manera que éste, lejos de servir de prueba de la tesis que sostiene Lapparent, es la completa confirmación de la muestra, haciéndonos ver con los ojos, que si el loes que permanece *in situ* hubiera sido depositado en épocas sucesivas, mostraría, al menos en muchas ocasiones, estratificación y materiales extraños.

De todos modos; aun cuando esa hipósis, en algunos casos, pueda darnos cuenta de ciertas acumulaciones extraordinarias, que parecen haber sido formadas en el mismo lugar que ocupan, y sin embargo quizá en gran parte, provengan de las abundantes capas depositadas en las laderas, y que en un principio, cuando estaban aún semilíquidas, descendieron suavemente por sí mismas ó á impulsos de la más ligera lluvia, y encontrándose con el de los valles, como éste se hallaba también en el mismo estado pastoso, y como ambos tenían una composición del todo idéntica,

puieron incorporarse íntimamente, conservando después una homogeneidad absoluta. Esta explicación, bien natural y aceptable por cierto, con respecto á grandes y extrañas acumulaciones de loes, lo supone ya formado, y no nos dice nada acerca de su verdadero origen. Digo mal, supone que todo el loes ha sido como lo fué en realidad, depositado de una vez y en prodigiosa abundancia, en los montes y los valles, por una causa, que no puede ser otra, que una extraordinaria inundación. Porque, si el que descendió, lo hizo en épocas sucesivas, y en pequenísimas cantidades cada vez, muy pronto encontraría ya el de los valles del todo consolidado, y entonces, no pudiendo este obedecer á las leyes de la hidrostática, aquél tuvo que sobreponerse, y arrastrar á veces materiales extraños, dando origen á esa estratificación ó intercalación de depósitos de acarreo, que se nota en el loes arrastrado y acumulado en épocas posteriores.

Todo esto, repetimos, lo supone ya formado de una vez, y por un agente único, que lo produjo, en toda la tierra; de otra suerte no podemos explicar ni la homogeneidad perfecta del loes que aparece no removido, ni aun siquiera la constancia en la composición, que se nota aun en el que evidentemente ha sido arrastrado de las montañas en épocas posteriores. ¿De dónde le vino sino á una vertiente de naturaleza calcárea, por ejemplo, sin mezcla ninguna de otras rocas, esa prodigiosa

abundancia de lodo arcilloso, que tan abiertamente repugna á la naturaleza del terreno? ¿De dónde le vino ese lodo del todo idéntico con el que se halla en otros montes de naturaleza distinta, del todo idéntico con el que se halla en todas las mesetas, en todas las terrazas, en todas las cavernas, en todos los valles y en todas partes formando la misma capa geológica, en todas coronando al *diluvium gris*? ¿De dónde sino de una inundación universal, acaecida al terminar las formaciones diluviales?

También puede perfectamente admitirse la teoría *coliana* para explicar algunas acumulaciones de loes; pero eso, suponiéndolo ya, de la misma manera, formado todo de una vez, por un solo agente extraordinario y general; porque respecto á su verdadero origen, ya hemos visto que es de todo punto inadmisibile, y que no nos puede dar cuenta, ni de la *abundancia* ni de la *homogeneidad*, ni de la *constancia en la composición*, ni aun siquiera de la fauna, ni de ningún otro de los verdaderos y reconocidos caracteres del loes (1).

(1) Otra de las notables y comprobadas particularidades de esto, que no tienen hasta ahora explicación, es que, en general, una de las dos vertientes de una cordillera está más cargada de loes que la otra. Lapparent, *Geologie*, p. 1242.

En nuestra teoría se explica facilísimamente. Al retirarse las aguas y volver hacia el mar, no podían dejar tanto lodo en las vertientes de las cuales se iban separando, que en aquellas contra las cuales chocaban.

El loes, como formación única, excepcional y sin ejemplo, reclama una causa única y extraordinaria; como que afecta con preferencia las inmediaciones de las montañas, los valles y las cuencas de los grandes ríos, es decir los parajes donde los fenómenos aluviales alcanzan mayor escala, esa causa ha debido ser un diluvio ó inundación; como se nota en todos los países, ese diluvio ha sido general; y como existe á la vez sobre elevadas montañas y mesetas, lo mismo que en las cavernas, los valles y las terrazas, es forzoso reconocer que ese diluvio ha inundado *toda la tierra*, desde luego hasta la altura en que sus efectos se notan. Siendo pues éstos, como son, únicos y del todo contemporáneos en todo el orbe, *uno solo ha sido ese extraordinario, prodigioso y universal diluvio*, que ha llevado por todo nuestro globo la desolación, la muerte y el exterminio.

Dado el loes, es preciso pues reconocer un diluvio universal, enteramente análogo al que nos describe la Biblia. La extraña capa de lodo, que se llama loes, esa capa tan extensa y á la vez tan rara, tan única y sin ejemplo, de la cual la Geología no nos sabe dar razón, es la inmensa losa sepulcral, que cubre al mundo que nos ha precedido. En ella vemos escrito, con caracteres jeroglíficos, pero bien descifrables por cierto, este singular epitafio.  
DILUVIO UNIVERSAL.

§ V. EXAMÍNANSE LOS EFECTOS DE LA PRIMERA FASE DEL DILUVIO.

HEMOS hecho ver hasta la evidencia que, dado el diluvio, es preciso admitir el loes; y hemos demostrado también, de una manera aún más clara, que dado el loes es preciso reconocer el diluvio. Pero como estas proposiciones ambas son en realidad nuevas, no nos extrañaríamos de que muchos, por ese solo motivo, se obstinaran en rechazarlas; tanto pueden en algunos ánimos las viejas preocupaciones y la ojeriza contra toda novedad al mal ó buena!

Por eso creemos oportuno instar sobre ellas y confirmarlas de una manera aún más evidente, si cabe.

Dado el diluvio, tal como nos lo describe la Biblia, hemos probado que era forzoso reconocer entre sus efectos una formación del todo idéntica al loes. Pero el diluvio empezó, como todas las grandes corrientes ó inundaciones, por una fase violenta; el loes es efecto de la prolongada y final fase de calma. ¿Qué depósitos ha dejado aquella? A esta pregunta es ya bien fácil responder: La última capa del llamado *diluvium grís*. Esta, por sí sola, no nos podía dar á conocer al diluvio bíblico, pues apareciendo, y debiendo aparecer, con caracteres locales, como hemos hecho cons-

tar á su tiempo, no es suficiente para conducirnos á admitir la existencia de un agente universal. Pero unida al loes, que es la capa que inmediatamente le sigue y en todas partes la corona, á esa capa, efecto de la segunda y característica fase del diluvio misterioso, entonces ella misma se inunda de clarísima luz, que nos hace ver perfectamente los prodigiosos efectos del gran cataclismo.

El diluvio, como una inundación y como inundación asombrosa, debió empezar, como todas las demás, por una fase violenta. ¿Existen los efectos de esa fase? Y, dado que existan, ¿se encuentran tan íntimamente ligados con los de la última, es decir, con el loes, que podamos con seguridad afirmar que todos ellos provinieron de una misma inundación? ¿Se hallan en algún punto intercalados por depósitos extraños, que nos permitan sospechar que debió haber intermediado otro agente, y que por lo tanto aquellos tuvieron que formarse en épocas algo distintas?

Examinemos las formaciones diluviales, y ellas nos responderán á todas estas preguntas de la manera más satisfactoria. Ya hemos visto cómo los depósitos del *diluvium* están formados, en cada localidad, de más ó menos capas de gujarros, cantos rodados y gravas, indicio de inundaciones violentas, alternando, con lechos de arena, que contiene intactas delicadísimas conchas, lo cual nos indica largos periodos de calma. Semejantes

depósitos han provenido, por consiguiente, de muchas y muy separadas inundaciones, pues hasta la fauna que encierran pertenece á épocas muy distintas. Todos esos materiales guardan íntima relación con la naturaleza del terreno y con las rocas circunvecinas, lo que nos dice que en su acumulación han intervenido agentes locales, sin ofrecer ningún carácter de universalidad. Así sucede que no haya tantas capas en un valle como en otro, y que entre las que hay, no pueda hacerse constar contemporaneidad ó paralalismo. Pero existe una capa superior, que nunca falta, una capa que se encuentra en todos los valles, en todas las mesetas, en todas las cavernas, en todas las terrazas, y en fin, en donde quiera que ha podido observarse la formación diluvial; una capa que, si bien, á primera vista, ofrece también caracteres puramente locales, pues los materiales que la forman están en relación con la naturaleza del terreno, tiene, bien mirado, un no sé qué de universalidad, porque en todas partes se la encuentra y en todas es contemporánea, en todas encierra fósiles de la misma época, y en todas se halla *inmediatamente coronada por el loes*, por esa otra capa tan rara, tan extensa y tan curiosa, que es la única que en todos los lugares se muestra con perfectos y exclusivos caracteres de universalidad. De manera que, al paso que las otras diferentes capas del *diluvium gris*, formadas por suce-

sivas inundaciones locales, están coronadas por un pequeño lecho de arena, depuesta por la tranquila corriente de un río en un largo periodo de calma, la superior lo está *por el loes*. La inundación que la depositó, ofrece desde luego un carácter muy particular; no terminó por una prolongada y tranquila corriente ordinaria, que depositara poquito á poco arenas sembradas de delicadísimas conchas intactas, sino que á la fase de corrientes violentas, capaces de depositar grandes guijarros y gravas de carácter local, sucedió una fase de *inundación general*, pero, más pacífica y calmada, que depositó, primero, los materiales más densos que el agua tenía en suspensión, es decir, algunas gravas más menudas y bastantes arenas grasas ó limosas, y luego una inmensa cantidad de lodo homogéneo, que cubrió toda la tierra, hasta alturas de 1500 metros por lo menos, que ningún diluvio precedente había podido alcanzar. Pasada la inundación, no siguió la amplia y pacífica corriente de los magestuosos ríos cuaternarios, que debía depositar arenas y conchas, sino que aquellos se secaron casi por completo; al imponente cauce primitivo de varios kilómetros de ancho, sucedió de repente un insignificante arroyuelo; pues á la primitiva humedad tan característica de la primera fase del período cuaternario, siguió inmediatamente la extremada sequedad y el frío de la época del Rengífero.

§. VI. EL DILUVIO UNIVERSAL ES LA CLAVE DEL PERÍODO CUATERNARIO; ESTE ES UN ENIGMA INDESCRIFTABLE, SI NO SE ADMITE LA REALIDAD DE AQUEL ACONTECIMIENTO GRANDIOSO.

VEMOS pues claramente que, si la última capa de guijarros y gravas de las formaciones diluviales, no es suficiente por sí misma para conducirnos al diluvio bíblico, considerada en su verdadero conjunto, es decir, con todos los materiales que inmediatamente le siguen, y son por necesidad efecto de la misma inundación, nos da una idea, la más perfecta y acabada, de lo que fué aquella extraña purificación del mundo por las aguas. Pero no nos basta considerar en general la gran armonía de aquel acontecimiento prodigioso, con la naturaleza de los últimos depósitos diluviales, de tal manera que la existencia de aquel reclame necesariamente la presencia de estos, y esta presencia no pueda explicarse sin reconocer la realidad de aquel. Creemos muy conveniente fijarnos aún en los ínfimos detalles, para que se vea claro que hasta ellos se extiende esa maravillosa armonía y recíproca necesidad y correspondencia.

Esta ha sido precisamente la que en nues-

tro ánimo ha producido el más íntimo convencimiento. Há mucho tiempo ya que estábamos muy persuadidos de las proposiciones que hemos sentado, y aún teníamos escritas gran parte de las razones expuestas; sin embargo, cierto temor nos obligaba á permanecer en silencio. Pero al ver á cada paso tantos enigmas inexplicables para el geólogo y el prehistoriador, y que en nuestra teoría se desvanecen todos por sí mismos; al ver la incertidumbre y divergencia de opiniones que reina con respecto al período cuaternario, á este período tan corto, y con el cual estamos tan familiarizados, pues se ha desarrollado á vista de la humanidad, y lo debiéramos conocer mejor que ningún otro, y sin embargo, es el peor conocido hasta ahora (1); creemos que este período propio del hombre, del ser libre y creado á imagen de Dios, ofrece muy especiales manifestaciones de la Providencia, y por eso el geólogo, atendiendo solamente á las leyes ordinarias, ha sabido reconstituir la perdida historia de las primitivas y larguísimas edades del globo, que tantas dificultades ofrecía; pero no acierta á darse cuenta de fenómenos por decirlo así, contemporáneos, por la sencilla razón de que en estos entran en juego nuevas leyes, referentes al Rey de la

(1) «No hay época menos conocida de los sabios que la cuaternaria, decía Nadaillac (*Les premiers hommes*, t. II, c. X), ni estudio tan árduo como el de sus acontecimientos.»

Creación. Y los sabios de nuestros tiempos, unos por refinada malicia y otros por seguir la costumbre y sin darse apenas cuenta, se complacen en investigar las leyes de esa naturaleza, que les parece obrar ciega y necesariamente, sin querer fijarse en el Sabio y Poderoso Ordenador, que pone en movimiento y dirige una máquina tan maravillosa y complicada, y la hace obrar siempre en conformidad con los sublimes planes de su libre y soberana voluntad. Al aparecer el hombre, esa obra admirable y maestra del Supremo Hacedor, la naturaleza quedó con él coronada, y su marcha, antes monótona, se modifica notablemente, obedeciendo á los elevados destinos de ese ser privilegiado, hácia el cual, desde un principio, venía toda ordenada. Por eso el geólogo, acostumbrado á verla obrar antes de una manera siempre la misma, como si un impulso ciego y necesario la moviera, porque así convenía á los seres privados de libertad, que antes la poblaban; al entrar en juego un ser libre, y observar los movimientos inesperados que á lo mejor se manifiestan, no advirtiendo el cambio de rumbo que tal entrada produjo, se desorienta y maravilla de los extraños y sorprendentes fenómenos que á su vista misma aparecen.

Si pensara y reconociera que antes se dirigía y ordenaba toda al hombre, y ahora, con el hombre al frente, se dirige y ordena hacia Dios; desaparecería su encanto, y hallaría en

un momento la clave de tantos enigmas, como en la época cuaternaria halla.

Fundados en estas reflexiones nos damos ahora cuenta de tantas incertidumbres y de tanta confusión como reina con respecto á un período tan corto, á un período contemporáneo, y que no debiera ofrecer la menor dificultad al geólogo, que con tanta perfección ha llegado á estudiar otros tan largos y tan remotos. Y es, porque el principal acontecimiento del cuaternario, el notable é imponente fenómeno, que con su grandeza lo llena y le imprime á todo un sello particular; ese es de alguna manera extraño á las leyes ordinarias, y obedece casi exclusivamente á los destinos propios del hombre, que antes no existía.

Pero si semejante fenómeno se llega á reconocer con perfección, en su causa y en su prodigiosa trascendencia, una extraordinaria luz brillará sobre todo el período cuaternario, y se disiparán las dudas, y se desharán los enigmas. Por lo poco que, por la gracia de Dios, creemos haber logrado alcanzar á ver, hemos conocido por experiencia esa notable y trascendental verdad, que acabamos de establecer. ¡Cuántas dudas no se han desvanecido á nuestra vista, con esa idea, si bien exacta, por necesidad muy incompleta, que respecto del maravilloso diluvio nos hemos acertado á formar! Desde que por primera vez la concebimos, dedicados por vocación y

por deber á los delicados y trascendentales problemas de la Geología y Prehistoria, que tanto se relacionan con nuestras venerandas creencias, brillaba en nuestros estudios una nueva luz, y á su claro esplendor las dificultades se iban disipando una á una.

ALERE VERIT  
Sin ella, la cuestión más ordinaria nos parece irresoluble; con ella, aun en los problemas más complicados, parece que la solución se ofrece por sí misma y de la manera más natural. No es esto decir que todas las dificultades desaparezcan por completo; mas creemos que eso proviene de lo mucho que nos falta para conocer con entera perfección el diluvio, ese incomparable y elevado monumento, que tantas y tan compendiosas lecciones enseña á la humanidad.

Pues bien, esa extraordinaria luz, que vimos desde el momento en que tan feliz idea se apoderó de nosotros, ha sido la que acabó de producirnos la convicción profunda de que estábamos en lo cierto.

Por eso creemos oportuno indicar alguna que otra de las muchas dificultades geológicas, antropológicas y prehistóricas que, á la luz de semejante idea del diluvio, se resuelven perfectamente, y que sin ella, permanecerán para siempre irresolubles.

§ VII. EN NUESTRA TEORÍA SE DÁ PERFECTAMENTE RAZÓN DE TODAS LAS PARTICULARIDADES, QUE EN LAS FORMACIONES DILUVIALES SE NOTAN, Y QUE NO PUEDEN EXPLICARSE EN NINGUNA OTRA TEORÍA.

NADA debemos por ahora añadir con respecto á los hechos más capitales, como son la formación del loes con sus extraños caracteres, que tan cumplida y natural explicación han hallado en nuestro sistema, y que no pueden explicarse en ninguno otro. Tampoco queremos detenernos en las particularidades notables que ofrece la última capa de cantos rodados y gravas, como son el estar coronada por el loes, en lugar de estarlo, como las demás, por arena y conchas delicadas; pues ya hemos visto que este hecho no puede concebirse sino admitiendo que tanto ella como aquél no son más que dos fases de una misma formación, como lo confirma, por otra parte, la propia fauna que encierran.

Mas debemos reflexionar que en el diluvio bíblico, entre la primera fase de corrientes impetuosas, cuyos efectos debieron ser análogos á los de los primitivos alaviones, y la última, iniciada con la definitiva tranquili-

dad y paulatino descenso de las aguas, cuyo efecto ha sido el loes, medió cierto *periodo de transición*, que ya hemos hecho constar, y en el que, cubiertas las montañas y azotadas por las embravecidas olas (*aque ibant et revertebantur*), debió formarse un depósito, análogo al que produce la mar agitada. ¿Cuál es pues ese depósito? Si nuestra teoría no puede dar cuenta de él, sin duda alguna recibe un golpe mortal; pero si ella lo muestra tal como conviene, y ninguna otra puede explicarlo, entonces seguramente que quedará confirmada de la manera más palmaria y manifiesta.—Ahora bien, ese depósito existe, y tan perfecto y adecuado, que no acertaríamos á desearlo mejor. Al hablar en general de la formación diluvial, lo dejamos indicado. Pero queremos ahora transcribir la ligera descripción que de él hace el Sr. Lapparent (1): «Por encima (de las capas de cantos rodados y gravas) viene una *arena gruesa ó aluvión de ribera*, depósito limoso, de color gris, evidentemente formado en aguas más tranquilas y el todo está coronado por un lodo calcáreo, es decir, por el *loes*.»

Es de advertir que esa capa es bastante espesa, sobre todo cuando los depósitos no están á muy elevada altura, y que es también única y sin ejemplo en todas las formaciones

(1) *Traité de Géologie*, p. 1237. V. Lyell, *Manuel de Géologie*, t. I, cap. X.

cuaternarias. Lo bien que cuadra con nuestro sistema, está demasiado á la vista, para que tengamos que añadir ni una sola palabra más; cómo pueden explicarse en cualquiera otra teoría, sus particularidades y su singularidad, es inútil preguntarlo; la explicación es de todo punto imposible, y así, en lugar de ella, nos encontraremos con un *perfecto silencio*.

Las elevadas alturas de 1500 metros en Europa, y de 3500 en la China, en que el loes se encuentra, no hallan tampoco razón de ser en ninguna otra teoría. En la nuestra, son consecuencia lógica y la más natural: un diluvio universal, que, en expresión de la Biblia, *subió quince codos sobre las montañas más altas* (lo cual debe entenderse á la letra, por lo menos con respecto á ciertos países del Asia, es decir, al horizonte visible de Noé) pudo muy bien dejar sus depósitos de lodo en esas y aun en mayores alturas, aunque en muchos de ellos no se encuentre, por haberlo arrastrado la lluvia.

Las grandes cantidades de él, que existen acumuladas en las cavernas, muchas de las cuales se hallan también muy notablemente elevadas sobre el fondo de los valles, y en donde no pudo ser introducido, sino á merced de una inundación extraordinaria que cubriera los montes; es otro hecho, cuya explicación en vano se buscará en cualquier otra teoría, puesto que esa capa de loes es

también única y del todo idéntica con la que se encuentra afuera (1).

Por lo que mira ahora á su prodigiosa acumulación en ciertos parajes de Europa y sobre todo de la China, donde alcanza en varios puntos hasta 400 metros de espesor, sin que por eso manifieste en ninguna parte de tan gruesa capa, ni la menor señal de estratificación, ni nada que perturbe su homogeneidad absoluta (2); preciso es reconocer que un efecto tan grandioso e imponente, sólo en un diluvio universal y espantoso puede hallar una causa verdaderamente digna. Todas las otras que pudieran invocarse, obran desde luego de una manera muy lenta; siglos y miles de siglos necesitarían seguramente para producir un efecto tan notable. Y entre tanto, ¿cuántos agentes diversos vendrían á intercalar sus depósitos? ¿Y cuán distintos serían los materiales que esa misma causa acumularía cada siglo! Y por fin, ¿cuán prodigiosa multitud de muy diferentes seres orgánicos irían quedando sepultados en depósitos, cuya formación se verificaba á espensas de tanto tiempo! Y el loes es todo único, idéntico, homogéneo, sin nada de materia orgánica que merezca la atención, y sin que ningún otro producto distinto haya tenido lugar de intercalarse en esa abundantísima formación, ve-

(1) V. Dupont, *Estudio sobre las cavernas belgas*.

(2) V. Lapparent, *obra citada*, p. 1242.

rificada toda simultáneamente. La causa ha sido, pues, única, grandiosa, repentina, como el efecto la exige tan á las claras. ¿Y qué causa ha podido ser esa? Si tan manifiestamente hemos hecho ver la insuficiencia de las aducidas por la Geología, aun para explicar los más lijeros depósitos de loes, ¿qué podremos decir de ellas con respecto á esas acumulaciones sin medida? ¡Cuán cierto es que sólo un diluvio universal y maravilloso puede explicar tales y tan inconcebibles efectos!

Un espantoso diluvio, que en Europa alcanzó por lo menos más de 1500 metros de altura, pudo y debió dejarla toda cubierta de una espesa y homogénea capa de lodo. Esta, en los valles, debió adquirir un espesor sin comparación más grande que en los montes y laderas, y en algunos puntos muy hondos no nos debe extrañar que desde un principio alcanzara 20 metros. Ahora bien, el loes de las laderas, cuando se hallaba aún en un estado pastoso y semifluido, iría suavemente deslizándose, por sí mismo, mientras estaba cubierto por las aguas, y más todavía al ir descendiendo el nivel, cuando se veía agitado por las olas; también después lo debió seguir haciendo hasta que quedó del todo seco y consolidado. Y más adelante, á impulso de la más ligera lluvia, debió ser arrastrado poco á poco, sin que tengamos que admitir por eso que una corriente insignificante lo pudie-

ra escabar hasta el fondo y arrastrar á la vez otros materiales más densos. Y dado que esto fuera así, dichos materiales, tropezando siempre con más loes, y no hallando por entonces un perfecto plano inclinado, no podían llegar hasta los valles, á donde sólo llegaba el loes puro. De manera que mientras este permanecía aún semilíquido en las grandes hondonadas, iba recibiendo nuevo y cuantioso tributo del que había sido depositado en los montes y laderas, y viniendo á formar un todo perfectamente homogéneo. Cuando las aguas del diluvio descendieron al nivel de los valles, la Europa semejaba un inmenso archipiélago, formado sólo de montañas; y aquel turbio mar, que en todos sentidos la cruzaba, iba, con su oleaje pacífico, saturándose de lodo y depositándolo después en las bajas y espaciosas riberas. Entre tanto de los montes se deslizaban insignificantes arroyuelos, que iban abriéndose paso por entre el loes, y descubriendo el primitivo cauce de las aguas, cubierto de guijarros, hasta llegar al del más vecino río, donde seguían su obra de escavación, dejando al descubierto el antiguo y firme suelo, lleno de cantos y gravas, llevando consigo todo el loes que encontraban á su paso y viniendo á quedar lo demás cortado verticalmente hasta la base, en forma de dos prolongados muros, que, más tarde, bien consolidados, mantenían aprisionada y sujeta la corriente de las

aguas, que quisieran á veces salirse de madre.

Todo ese loes arrastrado por los ríos de las montañas, llegaba puro hasta las bajas y extensas riberas, cubiertas aún por las aguas diluviales; y allí contribuía á aumentar el espesor de los depósitos ya formados, sin que por eso alterara en lo más mínimo su perfecta homogeneidad; porque los demás materiales que hubieran podido ser arrastrados á la vez, como más densos, debieron ir quedando por el camino, depositados en lo más hondo del cauce, sobre los guijarros y gravas, y no podían mantenerse en el seno de las aguas al atravesar grandes llanuras. Pues aun hoy día vemos que el Nilo, en sus inundaciones, deja, por la misma razón, todo el delta cubierto de un lodo purísimo, sin mezcla de ninguna otra sustancia (1).

Si pues desde un principio debió ya acumularse una inmensa cantidad de loes en los valles y mucho más aún en las bajas riberas, y si después, mientras permaneció semifluido, siguió aún acrecentándose y formando un todo homogéneo con aquel que venía de los montes y parajes más elevados, no nos debe extrañar el ordinario espesor de quince metros que adquiere en las riberas más características de Europa, ni aun el de 40 ó 50, que en algunos lugares más privilegiados alcanza.

(1) V. Lapparent; *Traité de Géologie*, p. 232, 233, 234.

Pero tan luego como el loes de los valles quedó perfectamente consolidado, no pudiendo formar ya un todo homogéneo con el que, merced á las lluvias ó á otra cualquiera causa, fuera descendiendo de los montes, debía ir quedando más ó menos recubierto por este, formándose nuevas capas, algún tanto inclinadas y ofreciendo algunas señales de estratificación. Y cuando las laderas empezaban á quedar, en varios parajes, desnudas del loes, podían ya ser arrastrados con este otros muchos materiales, que vendrían á intercalarse en los nuevos depósitos que se iban formando en el punto de unión con los valles.

Y esto, que tan claramente nos lo dice la teoría, lo confirma la experiencia de una manera aún más clara (1).

Vemos pues cuán perfectamente se explica en nuestro sistema la gran acumulación del loes en diferentes parajes de Europa, y la disposición particular que ofrece, en muchos puntos de unión de los valles y laderas. Nuestra explicación no puede ser más natural y sencilla, es la consecuencia lógica y necesaria, que pudiéramos deducir *á priori* de la grande y extraordinaria causa, que hemos asignado al loes. Y como esa causa es la verdadera, sus consecuencias deben ser forzosamente conformes en un todo con lo que nos muestra la realidad. Por eso, en cualquier

(1) V. Lapparent, *obra cit.* p. 1245.

otra teoría, el loes, con sus tan particulares y maravillosos caracteres, será siempre un confuso laberinto.

Si tan fácilmente se explica la gran acumulación del loes en diferentes localidades de Europa, de esa misma manera se puede y debe explicar la verdaderamente prodigiosa que adquiere en algunas de la China. Hemos dicho que en este país se encuentran los depósitos del légamo, á una altura de 3500 metros, mientras en nuestro continente sólo alcanzan 1500. Las aguas del diluvio debieron pues elevarse allí muchísimo más sin comparación; los efectos, aunque en sustancia los mismos, deben manifestarse en una escala verdaderamente grandiosa. Y esta sola reflexión nos bastaría para dar cumplida cuenta del notable espesor del loes en las bajas llanuras de la China.

Pero si á lo dicho se añaden las colosales masas de montañas que en el centro del Asia fueron recubiertas y batidas por las aguas del diluvio, podremos hallar, por una parte, sobrados motivos para persuadirnos de que los elementos del loes fueron allí arrancados en mucho mayor abundancia, y por consiguiente de aquel inmenso mar diluvial pudo estar mucho más turbio y cargado de lodo en la China que en Europa; y por otra, que, como la mayor parte del loes de aquellas inmensas montañas debía, según hemos probado antes, descender desde un principio á formar un todo

homogéneo con el que estaba en los valles y llanuras, en estos parajes tuvo que acumularse en cantidades fabulosas. Teniendo ahora además en cuenta el prolongadísimo curso de aquellos ríos gigantes, y que todo el loes depositado en sus cauces, lo mismo que en el de los riachuelos y arroyos tributarios, debió descender en muy poco tiempo á depositarse en las bajas y llanas riberas, cuando aún estaban recubiertas por las aguas, no nos puede ni nos debe extrañar el prodigioso espesor que aquel loes homogéneo adquiere en tantas y tantas llanuras de la China.

El efecto es verdaderamente inconcebible, á primera vista, y nos deja abatidos y abismados con su imponente grandeza; y por eso, sólo una causa tan grandiosa é imponente como él, sólo un diluvio universal y asombroso nos puede dar una razón satisfactoria de fenómeno tan extraño.

Ahora bien, las demás teorías, si tal nombre merecen, que tan insuficientes é inadmisibles han parecido para explicar los hechos más sencillos y ordinarios, ¿cuáles nos parecerán en presencia de este, bajo todos los puntos de vista, maravilloso, inconcebible y estupendo?

No nos cansaremos de decir, que si algunas de ellas, como la del Sr. Lapparent y la eoliana, pueden tener acaso aplicación al explicar ciertas acumulaciones peculiares del loes; esto es á condición de que se le suponga

ya formado y con todos sus notabilísimos caracteres; pero no nos pueden decir nada absolutamente con respecto al origen de una formación tan extraña y prodigiosa.

§. VIII. SÓLO EN NUESTRA TEORÍA SE PUEDE DAR CUENTA DE LA FAUNA DEL LOES.

**S**i nuestra teoría puede dar cuenta, de una manera tan natural y sencilla, de todas las particularidades maravillosas y extraordinarias que en el loes se manifiestan, otro tanto puede hacer con las de menor importancia; pues siendo como es, verdadera, hasta los ínfimos detalles encuentran en ella perfectamente cabida.

Hemos visto que el loes no contiene apenas más fósiles que conchas terrestres y algunos restos de pequeños mamíferos propios de las montañas. Pues bien; todo esto se explica muy sencillamente. Las conchas fluviales y lacustres debieron ser arrastradas y depositadas durante las primeras fases de violencia. Y como vivían por otra parte en los sitios precisamente más bajos, entre las gravas y arenas, cuya densidad alcanzaban, con ellas sin duda alguna se debieron ir depositando á lo largo de los cauces, en otros lugares más bajos todavía. Y si algunas fueron arrastradas fuera de los cauces de los ríos y arroyuelos, tuvie-

ron que descender al fondo antes que las aguas se tranquilizaran por completo y empezaran á formarse los depósitos de loes.

Otro tanto debemos decir de los restos de grandes mamíferos que pudiera haber en los valles y hondonadas. Por lo que hace á los cadáveres que quedaron flotando (1), la mayoría de ellos debieron más tarde ser arrastrados hasta la mar, otros quedarían seguramente sepultados entre aquel lodo sin consistencia, donde, por no estar suficientemente protegidos, no tardarían en descomponerse

(1) No podrían ser muchos, pues casi todos debieron ser llevados hasta la mar en las primeras fases de corrientes impetuosas y antes de que empezara, en nuestro continente, la gran invasión de las aguas del abismo, causado por el agente que mostraremos más tarde. Y los grandes animales que excepcionalmente quedaran flotando, pudieron resistir bastante á la descomposición, para que, al ir ya decreciendo las aguas se hallaran aún en condición de poder ser arrastrados hasta la mar.

Verdad es que al invadir éste la tierra firme, pudo volver muchos de aquellos cadáveres, pero también es cierto, que al encontrarse con las grandes corrientes terrestres, debieron ser detenidos y acumulados con otros muchos materiales que durante aquel choque se depositaron. Y no es probable que se internaran en los continentes, porque, como haremos ver á su tiempo, después del terrible encuentro de las invasoras aguas marinas con las de los impetuosos ríos desbordados, si bien en realidad predominaron aquéllas, como más abundantes, y la mar fué dominando sobre la tierra, no por eso dejaba de haber, en la superficie del líquido, una corriente en sentido contrario; pero las aguas terrestres, tan abundantes entonces; dondequiera que se encontraran con aquella nueva mar que venía á detenerlas, como partían de grandes alturas, se lanza-

casi por completo; y los huesos más sólidos, que pudieron resistir á la descomposición, tuvieron tiempo para irse engolfando más y más, en virtud de su mayor peso específico, y descender hasta el fondo. No nos debe extrañar pues que sean tan pocos los restos de grandes mamíferos existentes en medio del loes: era muy natural que descendieran muy luego hasta la base los huesos pesados, y los ligeros, sujetos á todas las influencias, debieron descomponerse por completo; pues vemos que, en las mismas cavernas, sólo se conservan bien, debajo de las capas de estalagmita.

ban por encima, y continuaban impetuosas su curso, como hacen hoy mismo los grandes ríos al penetrar en el Océano. Así pues, los cadáveres que estuvieran flotando en la superficie, lejos de volver á la tierra, eran, no sólo detenidos, sino forzados á penetrar más y más en la mar. Por otra parte, al terminar el diluvio, desde el momento en que empezaron á descender las aguas, hubo una sola y prolongada corriente de la tierra hacia el Océano, que debió arrastrar muchísimos de los productos que, con el mencionado choque, se debieron acumular.

Todo esto queda plenamente confirmado, con lo que muy luego diremos acerca del mammut y de otros grandes animales cuyos restos forman inmensos depósitos y hasta grandes islas en el Océano Glacial, á lo largo de las costas de Siberia, y en otros muchos parajes del globo, donde han podido conservarse hasta nuestros días. Sin embargo muchos de los grandes herbívoros de los valles pudieron y aun debieron quedar sepultados bajo el loes, á lo largo de las grandes riberas; y en efecto se les halla en mayor ó menor abundancia, sobre todo en los puntos donde el lógamo diluvial quedó completamente congelado, y los ha podido preservar hasta hoy de la destructora acción de los elementos, como acaece en la misma Siberia.

Véase el párrafo XI de este artículo.

Por lo que hace á las conchas terrestres y restos de pequeños herbívoros de las selvas, como objetos más ligeros, pudieron flotar por mayor tiempo en el agua, y venir á quedar sepultados entre el loes, en el cual no se podían sumergir fácilmente, sobre todo en el de las montañas y terrazas, que se debió secar y consolidar muy pronto. Y si por otra parte se tiene en cuenta que los mencionados restos yacían de ordinario á bastante elevación, veremos que, el ser arrastrados é ir descendiendo por las laderas abajo, debieron hacerlo, de una manera muy lenta, y antes de llegar á internarse entre las gravas, ya se había formado una capa bastante espesa de loes, en el cual quedaron depositados (1).

No nos debe extrañar pues, en vista de lo que precede, que los escasos fósiles de la mencionada capa pertenezcan exclusivamente, puede decirse, á conchas terrestres y pequeños mamíferos de las selvas, pues son los

(1) Los pequeños herbívoros de las selvas, no quedaron inundados hasta que las aguas terrestres, incorporadas con las de la mar, empezaron á cubrir las montañas. Sus cadáveres no pudieron pues ser arrastrados, como los de los grandes mamíferos de los valles, que habían sido sorprendidos en las primeras é impetuosas corrientes. Quedaron sobrenadando, y, como pequeños, se descompusieron bien pronto, viniendo á quedar sus restos casi en los mismos parajes primitivos. Y si bien los huesos delicados, al quedar expuestas á las influencias de la atmósfera, se fueron, en su mayoría, descomponiendo, algunos más fuertes pudieron resistir hasta nuestros días, y los dientes, desde luego, se conservan en su integridad casi perfecta.

que con más facilidad podían flotar en el agua, y, por otra parte, casi los únicos que se hallaban al aire libre en las montañas, y que podían, al ir descendiendo lentamente, encontrarse con bastante cantidad de loes depositado, en el cual introducidos, no pudieron sumergirse, por tener una densidad muy escasa.

Que las conchas terrestres del loes flotar por algún tiempo y después se depositaran tranquilamente, serenadas ya las aguas, y que no hayan andado arrastrando por el suelo, llevadas de la corriente; lo prueba la notable integridad que suelen conservar hasta las más delicadas.

Por otra parte, la misma existencia *excepcional* de alguna que otra concha fluvial y lacustre, tales como las *Lymnæas*, halla perfecta explicación en nuestra teoría, y aun es consecuencia forzosa de ella; al paso que es un hecho del todo inexplicable en la del señor Lapparent y en la *eoliana*, de la misma manera que es inconciliable con la de Lyell, esa notable y ordinaria ausencia de dichas conchas. Y ninguna de estas tres teorías puede darnos razón de por qué no contiene el loes otros mamíferos que algunos pequeños herbívoros de las selvas; pues habiéndose formado, según ellas, lentamente los depósitos, pudieron y debieron intercalarse con huesos de animales mayores, que son, precisamente, los que más abundaban en los valles,

donde aquellos se acumularon con preferencia, y no podrían sumergirse por encontrar un suelo bien consolidado ya.

Nuestra teoría da pues también cuenta, y de una manera muy natural, de la fauna encerrada en el loes, con la cual las otras están en oposición manifiesta.

§ IX. EL LOES FUÉ PRODUCIDO TODO DE UNA VEZ AL TERMINAR LA EDAD DEL *E. PRIMIGENIUS* Y EMPEZAR LA DEL RENO.—LOS CAMBIOS NOTABILÍSIMOS, QUE ENTONCES SE EXPERIMENTAN, NOS CONDUCE POR NECESIDAD Á RECONOCER EL DILUVIO.

SEGUN el Sr. Lapparent, la inmensa mayoría del loes data de la fase caracterizada por el *Elephas primigenius*, y al empezar el régimen seco y frío de la edad del reno, estaba ya todo formado. Nosotros hemos probado en varios lugares, y de la manera más evidente, que todo él fué depositado al mismo tiempo. Si semejante formación se hubiera verificado de una manera paulatina y sucesiva, era imposible, teniendo en cuenta la gran humedad entonces reinante y los violentos y frecuentes aluviones, que no se le hubieran intercalado algunas capas de estos; era imposible que presentara esa notable homogeneidad, esa falta de extratificación y de ma-

teriales extraños, esa absoluta identidad de composición. El loes se ha formado todo de una vez y de una manera muy repentina; sus depósitos son en todas partes sincrónicos. Es evidentemente formación diluvial, pues afecta con preferencia los lugares más característicos de esta suerte de formaciónes, y descansando siempre sobre la última capa del *diluvium*, nada más natural que suponer que la inundación extraordinaria que produjo el loes empezara produciendo aquella capa, según dejamos ya demostrado. De donde, por consecuencia ineludible, deducimos, que el loes es la última de todas las formaciones diluviales, y que todo él pertenece, por lo tanto, á la última fase de la edad del *Elephas primigenius*. Así pues, acabado de depositarse el loes, la tierra experimentó un notabilísimo cambio de clima; al régimen bastante templado y húmedo de los tiempos cuaternarios, sucedió el extremadamente frío y seco de la edad del reno; á las antiguas razas europeas sucedieron otras bastante superiores, venidas del Asia; y á la primitiva y grosera industria, sucede de repente otra, sin comparación más avanzada, sin relación con la precedente (1), y

(1) La raza de Canstadt es completamente sustituida por la de Cro-Magnón, y á los groseros y mal tallados instrumentos, hechos exclusivamente de piedra, suceden los maravillosos utensilios de hueso y de marfil, con todas las obras de arte que tanto ennoblecen la época Magdaleniana. Pero más adelante se tratará á fondo la cuestión.

que prepara á la introducción ya vecina de la neolítica y de los metales; y finalmente, á los feroces y ya extinguidos animales que antes moraban en las cavernas, suceden sólo los emigrados y los actuales compañeros del hombre.

Ese notable y repentino cambio, en el clima, en la fauna, en las razas humanas y en la industria, verificado entre la edad del *E. primigenius*, y la del *reno*, es debido solamente al grande y extraordinario cataclismo, que pudo en aquellos momentos originar las espesas capas del loes. Tantos extraños y simultáneos fenómenos, que son la desesperación del geólogo y del prehistoriador, no podrán hallar jamás una explicación satisfactoria, sino en aquel diluvio universal y portentoso, que acaeció entonces precisamente.

Eso es tan manifiesto y liere tanto á la vista, que el mismo Sr. Lapparent, á pesar de la mezquina causa de los *pequeños arroyuelos*, que pretendió asignar al loes, viendo cuán repentina y en todas partes sincrónica debió ser esta formación, y maravillado sin duda alguna de tantos y tan notabilísimos cambios como le acompañan, en un momento de arrebató y en un golpe de su nobilísimo ingenio, viene, sin querer, á trasformar por completo su teoría, elevándola á tal altura, y revistiéndola de caracteres tan grandiosos, que apenas si se la puede distinguir en nada de la nues-

tra. Hé aquí sus inspiradas palabras (1): «Il n'est pas impossible qu' á ce moment et avant l'établissement du froid sec, la fonte des glaces sur une large échelle ait coïncidé avec un redoublement des pluies, produisant un ruissellement UNIVERSEL ET DES INONDATIONS GÉNÉRALES.»

Aquí tenemos pues, aunque algún tanto paliado, un verdadero *diluvio universal*, único agente capaz de formar el loes, y de producir tantas y tantas mudanzas como con esa formación experimenta toda la tierra. Lo que nos extraña mucho es que emplee aún ahí la palabra *ruissellement*, característica de su liviana teoría, para expresar tan grandes y y violentas corrientes como quiere dar á entender.

Vemos pues claramente que todo el loes se ha formado al mismo tiempo; precisamente entre la edad del mammut y la del reno, en aquellos momentos solemnes, en que un fenómeno extraordinario y el más prodigioso que presencié este período, obraba en toda la tierra tantos y tan radicales cambios como hemos visto, y como más adelante acabaremos de detallar (2).

(1) *Géologie*, p. 1247.

(2) En este punto está bastante conforme con nosotros H. Le Bon (V. *El Hombre fósil*, 1.<sup>a</sup> p., cap. IV y VI; 2.<sup>a</sup> p. párrafo VII y IX) quien sostiene que el *diluvium rojo* ó la *arcilla*, es posterior al período glacial y anterior á la edad del reno, que proviene de una vasta inundación marina, tumultuosa; que ese es el

Si el loes, considerado en sí mismo, reclama necesariamente un diluvio universal; considerado con todas las notabilísimas circunstancias que acompañan su formación, ya no sólo lo reclama, sino que arranca violentamente a los mismos partidarios de otras teorías, confesiones tan significativas y tan inesperadas, como la que hemos transcrito.

El diluvio universal, acaecido inmediatamente antes de la edad del reno, es la clave del período cuaternario; con él todo se explica, de una manera la más natural y lógica; sin él, todo es un caos el más tenebroso y confuso.

Pudiera quizá objetárenos que unas veces, casualmente en el mismo loes, y otras, en la última capa del diluvium, la cual, según nuestro sistema, es efecto de la misma inundación universal, se encuentran fósiles, que parecen propios de la edad anterior, es decir, de la del *Elephas antiquus*. Pero ya hemos indicado, y en eso están perfectamente conformes los más notables geólogos, que los fósiles de esas dos edades no se excluyen mutuamente; al *E. antiquus* predominante, se le asocian su antecesor, el *E. meridionalis*, y su sucesor, el

el último depósito que la mar, agitada tal vez por los hielos y las aguas dulces, ha dejado sobre grandes espacios de nuestros continentes; y que es debido a la última y gran inundación, cuyo recuerdo nos ha sido transmitido á través de las edades, y con la cual se produjeron una serie de lagunas en los documentos paleo-arqueológicos.

*E. primigenius*. Del mismo modo, dentro de la edad de este último, como predominante, se le asoció el *E. antiquus*, con otros muchos animales que predominaban cuando éste. Nada prueba pues el que se hallen en las formaciones del diluvio bíblico, algunos restos de seres que aún vivían y hasta prosperaban en muchos puntos, por más que hubiera ya pasado la edad de su predominio y reinado.

Por otra parte, debe tenerse muy en cuenta el hecho tan frecuente en el período cuaternario, de que fósiles de muy diferentes edades se hallan acumulados en un mismo depósito, por haber sido muchos de ellos removidos, sin que sea fácil reconocer, en la mayoría de los casos, el verdadero y natural yacimiento (1). Pues bien, las impetuosas corrientes diluviales, ¿cuántos terrenos y formaciones anteriores no debieron remover, y cuántos fósiles heterogéneos no tuvieron que acumular?

Y con todo, la inmensa mayoría de éstos no pueden ser más característicos de la edad del *E. primigenius*, y aun de la última fase de esta edad. Pero cuando así no fuera, nos bastara ver siempre estas formaciones, coronando á todas las otras diluviales, para poder, con entera seguridad, decir y reconocer, sin el menor género de duda, que han sido las últimas en realidad, y en consecuencia, que per-

(1) V. Lapparent, obra cit. p. 1240, 1241; Cartailhac, *La France Préhistorique*, p. 85.

tenecen al fin de la edad del *E. primigenius*. Siendo esto así, como evidentemente lo es, podremos darnos ya perfectamente cuenta de muchos hechos, acaecidos después del diluvio, y que de otra manera no pudieran hallar explicación alguna.

Pasado el gran cataclismo, la mucha cantidad de agua infiltrada, hizo que los ríos continuaran por algún tiempo, siendo tan grandes ó mayores aún que antes; así arrastraron todo el loes de sus cauces, y dejaron al descubierto las capas de arenas y gravas. Pero el Señor promete no causar ya más diluvios; y era forzoso que la verdad de su promesa se hiciera bien visible á los hombres. Una sequedad increíble sucede de repente al anterior y prolongado régimen extremadamente húmedo. Un cambio tan notable y casi instantáneo, no halla muy fácil explicación en las leyes ordinarias de la naturaleza, pero la halla facilísima en la voluntad divina, que supo cumplir su promesa, poniendo en juego las causas que más le agradaran, y que debieron principalmente ser las notables modificaciones en el relieve del globo, ocasionadas con los grandes cataclismos que precedieron y acompañaron al diluvio.

Lo cierto es, que, como nos enseña la Geología, á la formación del loes, sucedió repentinamente una sequedad extrema. Entonces apenas había, sino alguna que otra lluvia ligerísima, que permitía siempre la formación

del arco-iris, fenómeno que antes, en medio de las torrenciales lluvias rarisimas veces, ó quizá nunca, se habría podido observar (1).

Así pues, tan pronto como se agotó el agua infiltrada con el diluvio, el gran cauce de los

(1) Por aquí se verá la ligereza y mala fe con que proceden los impíos, siempre que tratan de poner en ridiculo las enseñanzas de la Biblia. ¿De cuántas burlas no ha sido objeto el arco-iris puesto sobre las nubes como señal de alianza entre Dios y los hombres? Y sin embargo es muy posible y muy probable, según acabamos de hacer ver, que antes del diluvio, ó nunca se había podido formar aquel meteoro, ó se formaba tan raras veces y de una manera tan confusa, que apenas se habrían podido fijar los hombres en él. Pero, aun dado caso que en los tiempos antediluvianos fuera tan frecuente como ahora, pudo el Señor escoger, como signo convencional, un fenómeno de la naturaleza, para que significara algo, cuando antes no significaba nada. Los Padres y exegetas antiguos están muy desacordes en la cuestión de si el arco-iris existía ó no antes del diluvio. Hay pues completa libertad en esta materia y cualquiera puede seguir la opinión que más le agrade.

Los impíos que no se desdían de acusar á los católicos de creer, como un dogma de fe, que el arco-iris no existía antes del diluvio, no hacen más que delirar y descubrir á todo el mundo la malicia y la ignorancia de que se hallan poseídos.

Lo que nosotros tenemos por más probable en la cuestión, es precisamente lo que opinaba ya, á principios del siglo XIV, el ilustre dominico Herveo Natal; conviene á saber, que el arco puesto en las nubes, es mucho más frecuente ahora que antes, y que por lo mismo, esta frecuencia es un signo muy adecuado de que ya no acaecerán más diluvios. «De facile patet, scribita dieho escolástico (*Quodlibet* 1. quest. ult.) quia illud enjus continuata frequentia usque in finem, est signum diluvii nunquam futuri, potest præcedere diluvium, dummodo non præcesserit isto modo, scilicet cum continuata frequentia... Sed iris, isto modo non fuit ante diluvium; quia ante diluvium non fuit continuata frequentia ejus... propter aëris contrariam dispositionem.»

rios cuaternarios, de una anchura con frecuencia de varios kilómetros, quedó seco en un instante, mostrando á descubierto aquella extensa y horizontal superficie de gravas, por entre las cuales serpenteaba silencioso un insignificante arroyuelo, único resto que pudo quedar del inmenso caudal de aguas, que tan extrepitosa é imponentemente circulaban por allí antes.

Así, cuando más tardé reapareció un régimen suficientemente húmedo para el fácil desarrollo de la vegetación, aquél gran cauce de

Pueden verse sobre esta materia las acertadísimas reflexiones del eminente purpurado dominico, P. Fr. Zeferino González, en la preciosa é interesantísima obra, *La Biblia y la Ciencia* (T. II, p. 534-542), que acaba de dar á luz, y que ha llegado á nuestras manos cuando se hallaba ya bastante adelantada la impresión de este trabajo, terminado desde hacia no poco tiempo.

Mucho nos hubiéramos alegrado de haber tenido presentes las opiniones de una autoridad tan respetable, y que tanto honra á su hábito y á su patria, con esa nueva y trascendental publicación, que ha venido á llenar un gran vacío en nuestra literatura apologética. Pero, á pesar de tratar las cuestiones bajo un punto de vista muy diferente, vemos, con no pequeña satisfacción, que, en la mayoría de los casos, venimos á coincidir en el fondo con lo que piensa el ilustre sabio, y aun en los puntos en que nos hallamos algún tanto en desacuerdo, no podemos menos de admirar las elevadas miras del célebre cardenal. Su obra, como principalmente apologética, debe dirigirse de una manera especial á hacer desaparecer toda sombra de contradicción entre la Ciencia y la Biblia. Y para quitar á los impíos todo pretexto de infundadas y groseras calumnias, conviene mostrar mucha generosidad con aquella, y tener en consideración, no sólo los datos seguros, y las doctrinas bien demostradas, sino también ciertas opiniones, que, por estar muy

los ríos primitivos sirvió de depósito á la turba, que se fué allí acumulando, encima de las gravas.

Esa desecación repentina de las grandes corrientes, y el haber quedado sus lechos enteramente limpios del loes, y dejando las gravas á descubierto, que tan fácil explicación hallan en nuestro sistema, son, casi podemos decirlo, un misterio para los geólogos.

en boga, no por eso pasan de la categoría de meras hipótesis, más ó menos fundadas, más ó menos gratuitas. Por lo que hace á la Biblia, era prudente atenerse á lo esencial, y prescindir de las cuestiones en que los Padres y exegetas se hallan en desacuerdo, y sobre las cuales la Iglesia aun no ha decidido.

Pero nuestro trabajo, como es propiamente científico, debe tender á desenmascarar muchas que se llaman exigencias de la ciencia, y en realidad son en esta errores, y en la exegesis heresias ó poco menos. Hemos querido por eso atar muy corto á lo que suele pasar por ciencia, y en la mayoría de los casos es simplemente ignorancia ó petulancia. Si tratamos con profundo respeto los datos científicos seguros ó más ó menos dignos de tenerse en cuenta, perseguimos sin cuartel á los que pasan por tales, y son en realidad, inciertos, desfigurados ó falsos. No apreciaremos el valor de una opinión, por el número de sus partidarios, que las pobres suelen ser las que tienen más adeptos, por la sencilla razón de que *Stultorum infinitus est numerus*. Sólo quereinos fijarnos en la mayor ó menor seguridad de su fundamento. Rompemos por lo tanto con muchas opiniones corrientes, pero que carecen de toda sólida base: en pago abrazaremos no pocas más ó menos nuevas, probando que son seguras. Siendo tantas y tan capitales las exageraciones que están en boga, y en las cuales debemos rebajar mucho, muchísimo, para llegar á lo verdadero, nos encontraremos sin duda con poderosos adversarios, pero, procurando que la verdad esté siempre en nuestro favor, no tememos.

Con la sequedad empezó también un frío extraordinario; «Todo concurre, dice muy bien á este propósito el Sr. Lapparent (1), á mostrarnos nuestras regiones, desde los Pirineos hasta la mar del Norte, como sometidas á un régimen de frío seco y riguroso. El suelo estaba entonces helado en la profundidad; solamente la superficie estaba sujeta á las alternativas del hielo y deshielo, que hacen estallar los sílex y trasforman el loes amarillento en loes moreno, produciendo las apariencias del *dilucium rojo* y haciendo penetrar en las cavernas, por las hendiduras del terreno, el lodo rojizo que provenía de aquellas fusiones superficiales.»

§. X. CAVERNAS GUARIDAS.—LA MAYORÍA DE LOS ANIMALES SEPULTADOS EN ELLAS SON VÍCTIMAS DEL DILUVIO.—LA FAUNA DEL LOES PRUEBA QUE ÉSTE SE FORMÓ TODO DE UNA VEZ, MEDIANTE LA INUNDACIÓN UNIVERSAL.

DE esas profundas modificaciones del loes y de la gran abundancia de él, que, mediante las susodichas causas penetró ya enrojecido en las cavernas, podemos también deducir que aquel extremado frío sobrevino cuando el lógamo se acababa de formar, y

(1) *Traité de Géologie*, p. 1276.

aun cubría de una capa uniforme y muy considerable las montañas y laderas. De otra suerte no podríamos explicar la gran cantidad que, con el hielo y deshielo se introdujo en las concavidades de la tierra, y acabó de rellenar las cavernas. Todo nos hace suponer que existía aún en todas partes y en gran abundancia, y así se explican los muchos sílex extallados, que en diferentes puntos se encuentran internados en su masa; pues esparcidos por la superficie mediante las heleras, fueron después penetrando y estallando con las alternativas del hielo y deshielo. Y al ser, mediante estas causas, introducido el lógamo en las cavernas, llevó consigo arrastrando los mencionados sílex, y muchos fragmentos de piedras, con otros varios objetos que á su paso encontraba, y especialmente gran número de huesos de mamíferos, en su mayoría víctimas del diluvio. Estos, recubiertos después por una capa de estalágmata, han podido conservarse perfectamente, y los podemos hallar en tal abundancia, que nos asombra.

Y esa misma abundancia de huesos en las cavernas, aun en las capas introducidas mediante las causas que venimos examinando, nos hace ver con los ojos cuán prodigioso número de animales debieron perecer inundados cerca de la entrada de aquellos tenebrosos antros; pues de otra suerte no hubieran podido ser arrastrados sus restos é introducidos en tal número.

Y si ahora examinamos el interior de las cuevas, no podremos menos de maravillarnos y quedar atónitos viendo tantas y tan innumerables víctimas del diluvio, como se hallan sepultadas en aquellos grandes panteones, construidos por la misma naturaleza. Decimos víctimas del diluvio, y aun cuando no todos opinen del mismo modo, si hemos de ser consiguientes con nosotros mismos, no podemos expresarnos de otra manera.

Así como en el loes del exterior predominan los restos de pequeños herbívoros de las selvas, en el que se ha ido acumulando en el interior de los antros y muy especialmente en el que se depositó allí desde un principio, cuando fueron inundados por las aguas diluviales, no sólo predominan, los de los carnívoros, sino que existen en maravillosa abundancia. En algunas de las muchas cavernas que hemos tenido el gusto de explorar en estas Provincias, y especialmente en la de Aitzquirri (1), no se puede dar un golpe de aza-

(1) Esta notable caverna está cerca de la carretera que va desde Oñate al santuario de Aranzazu. La hemos visitado repetidas veces, y en una excursión hecha el 27 de Mayo del año pasado (1890) por los alumnos de este Colegio, pudimos estudiarla detenidamente durante casi todo el día. Según las medidas tomadas con el Hipsómetro, la caverna está á unos 340 metros de altura sobre la plaza de Oñate, y por lo tanto, á unos 580 sobre el nivel de la mar. La entrada mira al S.O. y toda la cueva cruza oblicuamente el curiosísimo túnel por donde atraviesa el pequeño río Aranzazu. Es muy llana y regular; el depósito de lègamo adquiere bastante potencia; y la capa de esta-

dón, sin que salgan varios huesos. ¿Qué causa ha sido suficiente para acumularlos en tal número? Cierto, que como muchos de esos antros venían siendo, desde muy antiguo, refugio de las fieras; allí debieron morir muchísimas y acumularse sus restos. Mas no basta esa reflexión para darnos cuenta ni del prodigioso número, ni de la integridad y perfecta conservación en que se hallan. Muchísimas son las cuevas, que en nuestros días han servido de guarida á tantas fieras; pero los restos, que de ellas se encuentran, no suelen ser numerosos; casi, y sin casi, abundan más los mutilados de las víctimas que allí mismo devoraron. Por otra parte esos huesos, esparcidos por la superficie, se han ido calcinando y descomponiendo, á pesar de ser muy recientes, y no ofrecen ni la integridad, ni la

lagmita tiene á veces un espesor muy considerable. La longitud de la caverna es de 180 metros, la anchura, por término medio, 6; nunca suele bajar de 4 y en algunos puntos adquiere unos 10. La altura de la bóveda es variable; á los 120 metros de la entrada, va descendiendo progresivamente; echándose uno á la larga, puede aún pasarse adelante, y luego se encuentran varias cámaras espaciosas, con depósitos más modernos de un cieno oscuro, que no está protegido de estalagmitas. Aquí no pudimos hallar sino algunos molares y pequeños huesos sueltos, casi todos metatarsianos.

Las principales escavaciones que practicamos fueron tres; la primera á 65 metros de la entrada, la segunda á 85, la tercera á 120. Los huesos hallados en esta última no eran tan numerosos como los de la anterior, pero estaban en mejor estado; los de la segunda fueron muchísimos; sin embargo, como el terreno se hallaba ya algo removido, pues habían cavado por

buena conservación, ni mucho menos el número incalculable que admiramos en los antediluvianos. Además, entre éstos, son escasísimos los mutilados de herbívoros que sirvieron de pasto á las fieras. Y si á lo dicho se añade lo frecuente que es hallar en las capas nunca removidas, huesos muy delicados, del todo intactos, y aun esqueletos enteros, en un maravilloso estado de conservación, y lo que es más, que entre los de las fieras, se encuentran algunas veces los de pequeños herbívoros,

allí los paisanos, en busca de pretendidos tesoros, los más de los fósiles estaban rotos. En la primera escavación apenas hallamos nada, pues no acabamos de descubrir más que una espesa capa de tierra blanca, formada por la descomposición de las concreciones calcáreas que fueron cayendo de la bóveda. Casi todos los restos hallados, pertenecían al *Ursus spelaeus*; prescindiendo de los huesos rotos, que eran numerosísimos, logramos extraer íntegros, 12 cúbicos, 12 radios, 10 tibias, 5 peronés, 4 húmeros, un solo fémur, pues todos los demás salieron algo incompletos, 4 omóplatos, (un poco mutilados), 3 atlas, 2 axis y otras muchas vértebras de todas las regiones, 4 sacros regularmente conservados, 3 mandíbulas superiores y 14 inferiores, en bastante buen estado. Los colmillos, los molares, los huesos metatarsianos y las costillas fueron muchísimos, pero éstas últimas estaban algún tanto rotas.

Los restos de herbívoros son muy escasos, con todo se recogieron algunos de ciervo. Del hombre ó de su industria no pudimos encontrar la menor huella.

Lástima que esta caverna, una de las más interesantes de la Península, haya estado por mucho tiempo expuesta á la azada imprudente de muchos curiosos, que no hicieron más que trastornar completamente los mejores yacimientos y romper numerosos cráneos, de los cuales será muy difícil hallar ya ninguno íntegro.

con una integridad sorprendente, sin que aquellas terribles garras se hubieran atrevido á hacer presa en ellos; quien este y otros muchos fenómenos curiosísimos atentamente considere, no podrá menos de persuadirse de que la inmensa mayoría de los animales encerrados en el loes de las cavernas, fueron allí sorprendidos por una inundación prodigiosa, y enterrados entre aquellas espesas capas de lodo (1).

(1) En este punto está perfectamente de acuerdo con nosotros el Sr. Figuiet (V. *El Mundo antes de la creación del hombre*, traducción castellana, de Verneill, p. 165 y siguientes), quien, hablando de la caverna de Kirkdale, en Yorkshire, donde se encuentran, junto con numerosos restos de hienas, los de muchos grandes herbívoros, contradice la opinión de Buckland, quien creía que la caverna había sido habitada por aquellos carnívoros, los cuales habían introducido allí los otros animales, incluso los rinocerontes y elefantes, para devorarlos tranquilamente. Dice pues con gran razón: «En primer lugar, difícil es que muchas hienas hayan habitado simultáneamente el mismo antro; si se unen para atacar una presa, jamás estos animales permanecen juntos, pues los carnívoros no tienen la costumbre de reunirse; si el gran número de osamentas procediera de una serie de generaciones sucesivas, los restos encontrados á mayor profundidad deberían distinguirse de los más modernos; pero se observa, por el contrario, que todos están igualmente conservados, y en vista de esto, parécenos lo más lógico admitir las mismas hipótesis que para las demás cavernas de osamentas, y suponer que esos animales, perseguidos por la inundación, se refugiaron en la gruta, cayeron en los precipicios, y sumergidos entre las olas, han permanecido sepultados en el cieno que arrastraron las aguas. Las osamentas se han encontrado por lo regular en las profundidades más lejanas de la caverna, donde no es posible llegar sino con el auxilio de lar-

Y en efecto, admitido ese diluvio universal y tan portentoso, debemos reconocer que, así como muchísimos grandes herbívoros, propios de los valles y llanuras, fueron sorprendidos por las primeras y terribles inundaciones; las fieras y los pequeños herbívoros de los bosques, al ver ya cubiertos los valles y que las aguas iban creciendo rápidamente, empezaron á buscar un refugio seguro; éstos en la espesura de los elevados montes, y aquéllas en las altas cavernas, que les solían servir de guarida. Allí escondidos, esperaban

gas escalas, y de donde, por consiguiente, no pudieron salir esos animales. No parece, pues, probable, que habitasen allí, y es tanto más presumible que se precipitaron en el abismo, cuanto que las tibias de casi todos los grandes animales se han encontrado rotas; por lo que hace á los elefantes, se le resiste á uno creer que vivos ó muertos hayan podido ser arrastrados allí por las hienas. Que la entrada de las grutas haya podido ser guarida de esos animales, lo admitimos sin vacilar... Lo que rechazamos es que todas las osamentas, la mayor parte de las cuales pertenecen á carnívoros, hayan sido arrastradas allí por dichos animales. Sólo de la caverna de Gallenreuth se han extraído más de mil esqueletos completos, de los que ochocientos eran de la gran especie del *Ursus spelaeus*, ochenta de la pequeña, y los demás de hienas, de lobos y de leones. Ante estos hechos es preciso que renunciemos á suponer que los lobos ó los osos hayan sido arrastrados á las cavernas por sus semejantes ó por las hienas... De la gruta de Erpöng (Wurtemberg), se estuvieron sacando durante dos días tantas osamentas, que no bastaron dos carros para conducir las, aun cuando no se llevaron sino los restos mejor conservados... Cualquiera que haya visto el incendio de una de esas inmensas praderas de la América del Norte, habrá observado que todos los animales, sin distinción de especies, osos, lo-

tranquilamente que pasaran las lluvias, incapaces de prever su peligro y aquel desenlace funesto. Y en el mismo lugar, que buscaron como refugio, encontraron el suplicio. Sólo el hombre, dotado de razón, pudo reconocer desde luego lo inseguro de aquellos abrigos; si alguno tuvo la suerte, por cierto poco envidiable, de evadir las primeras y violentísimas, á la vez que imprevistas inundaciones de los ríos, junto á los cuales solía en aquel entonces tener su ordinaria morada; ya no se satisfizo de la espesura de los bosques, ni de la oscuridad de las cavernas; trepaba anheloso á las más elevadas crestas de las montañas, é inseguro aún de su suerte, contemplaba con terror las furiosas y crecientes olas. Allí reunidos y apiñados los pocos que debieron salvarse de las primeras y súbitas avenidas, fueron padeciendo un prolongado y terrible martirio; cada nueva ola les traspasaba el corazón, y en medio de la

los, zorros, gamos, ciervos, conejos y búfalos, huyen por miles, en revuelta confusión, dominados sólo por el sentimiento del peligro común, para refugiarse en los barrancos, en los desfiladeros de las montañas, en las quebraderas de las rocas ó en las grutas. El que haya visto esto, repetimos, comprenderá fácilmente que una inmensa inundación puede haber sido la causa de que en un momento dado fueran á esconderse en una caverna miles de animales, que perecieron luego sepultados entre el cieno y el fango. Mucho tiempo después, las aguas del cielo, penetrando á través de las rocas, tapizarían las cavernas de estalactitas, cubriendo el cieno de una sustancia calcárea.

desesperación y la rabia, maldecían mil veces su fatal suerte, y envidiaban á los que en un instante quedaron sepultados en el abismo.

Entre tanto las agitadas ondas lanzaban ya de cuando en cuando torrentes de agua turbia por la boca de las cavernas, donde resonaban con fragor y llenaban de espanto las fieras, que, hacia unos momentos, se creían tan seguras. Entonces éstas, enfurecidas, empezaban á bramar de la manera más horrible, y sus imponentes bramidos, resonando en el hueco de las rocas, iban á confundirse con el aun más imponente ruido de las aguas, ó con el estrépitoso y retumbante trueno, que estremecía á toda la tierra. Aquellos feroces y terribles carniceros conocen y experimentan por primera vez el temor, pero un temor digno de su furia y carnicerías. Unos quedan anegados en un instante; otros, lanzados por las aguas, vienen á estrellarse contra la dura roca; otros luchando, desesperados con la muerte, á la cual con inconcebible furor y con espantosos bramidos, parece que pretendían infundirle temor, logran salir fuera de aquellos antros, y cuando respiran, viendo ya el aire, y se tienen por vencedores, se quedan desfallecidos y sin fuerzas para luchar más con el embravecido elemento, se dejan sumergir, y perecen, viniendo á quedar sepultados entre los peñascos que guarnecen la entrada de sus mismas guaridas.

Supuesto el diluvio, apenas podemos dudar de que las cosas pasaran de esta manera. La inmensa mayoría de los hombres y de los grandes herbívoros, debieron ser arrastrados por las primeras, terribles é inesperadas inundaciones que cubrieron todos los valles; los herbívoros de las selvas fueron más tarde anegados, en medio de la espesura donde se habían guarecido; las fieras, la mayor parte de ellas adentro, y otras muchas á la entrada misma de sus propias cavernas; y por fin los hombres que quisieron salvarse en las montañas no ocupadas por los glaciares, allí mismo vinieron á ser anegados, y sus cadáveres, flotando en la superficie del líquido, serían en gran parte arrastrados hasta la mar y vendrían á ser pasto de los peces, y algunos sepultados y, bien pronto, descompuestos entre el loes, que no podía prometerles una duración muy larga.

Pues bien, dados los hechos, tales como nos los muestra la realidad, las cosas debieron pasar á su vez de la misma manera, y sólo pueden reconocer por causa aquel prodigioso diluvio. La notable escasez de restos de los grandes mamíferos en medio del loes, no puede explicarse, sino por haber sido casi todos arrastrados en los primeros momentos, y haberse depositado por fin entre las gravas; la relativa abundancia de herbívoros de las selvas, nos hace ver que éstos fueron inundados bastante más tarde en sus propios es-

condrijos, y como ligeros, pudieron muy bien ser contenidos dentro del loes, y aun arrastrados más tarde junto con él; y el no hallarse apenas restos del hombre, á pesar de que, como venimos diciendo, algunos de ellos pudieron perecer en lo alto de las montañas, halla facilísima explicación en el hecho de que debieron quedar flotando en la superficie y muchos llevados así á la mar, y los que quedaron sepultados en el loes de los montes y laderas, al ser éste después arrastrado por las aguas, no los pudo llevar consigo, como bastante pesados, y quedando al descubierto, no tardaron en reducirse del todo á polvo.

Y las no pocas excepciones que hay, son por cierto bien á propósito para confirmar la regla.

Mas la carencia, que podemos llamar absoluta, de restos humanos, depositados *naturalmente* en el loes no removido del interior de las cavernas (1), al paso que los de los carniceros existen en tan prodigiosa abundancia, nos hace ver claramente que el hombre no pudo contentarse con tan inseguro re-

(1) En efecto, escribe el Sr. Cartailhac (*La France Préhistorique*, p. 53 y 54), las huellas del hombre son rarísimas en las capas osíferas, y los vestigios, que se han podido recoger, fueron allí probablemente arrastrados por las aguas... Las dos pequeñas puntas de sílex de la gruta de Gondonans que se hallan en el museo de Lyon, si provienen realmente de las capas con restos de osos, podrán ser puntas de flecha, que quedaron en la carne de uno de estos animales muerto de sus heridas.

fugio, mientras aquéllos, incapaces de prever el peligro, quedaron allí en un instante inundados por las aguas.

Un diluvio universal, repetimos, todo lo explica de la manera más natural y sencilla; sin un diluvio universal, todo el período cuaternario es un caos tenebroso.

Ese número incalculable de huesos, en admirable estado de conservación, que debajo de las estalagmitas, de esas inmensas é imponentes losas sepulcrales, se encierra en las cavernas, en esos incomparables panteones, adornados de bellísimas y caprichosas columnatas de un arte tan particular, que sólo la naturaleza ha sabido fabricarlas; es un testimonio elocuente é imperecedero, dado por las mismas víctimas, que á grandes voces pregonan las iras del Omnipotente, y el extraordinario y prodigioso cataclismo, que experimentó la tierra, para que quedaran borradas las fatales manchas del pecado. Esos huesos hablan á los hombres un lenguaje misterioso, y de continuo les repiten: *Discite justiciam moniti, et non temnere Deos* (1).

Peró el geólogo, que por malicia quiere echar al olvido las iras del Señor, ó que simplemente por inadvertencia no se acuerda de ellas bastante; no sabe entender el lenguaje de esos huesos, no puede darse razón de la causa extraordinaria, que allí los dejó acumulados, y no acaba de maravillarse de

(1) *Eneida*, l. VI, v. 620.

tanto número de ellos, de su perfecta conservación y de la extraña integridad que presentan.

Cualquiera que haya visto las explicaciones que de estos hechos suelen darse, por muy despreocupado que esté, no podrá menos de notar enseguida que todas son inadmisibles ó insuficientes (1). La más racional, y á la vez la más común, es suponer que fueron allí introducidos por repetidas inundaciones. Pero en todas ellas debieron ir acompañados del loes que los contiene, y el loes, queda ya bien demostrado, que fué el efecto de una sola inundación; si lo fuere de diferentes, no tuviera esa notoria constancia de composición, que en las mismas cavernas ostenta, no encerrara en todos sus niveles, una misma y del todo idéntica fauna. Por otra parte, ¿qué inundaciones eran aquellas, que tenían la virtud particular de no arrastrar más que loes y huesos? Pues aunque la tierra estuviera del todo cubierta de éstos, no hubieran podido ser arrastrados en mayor abundancia.

Esa explicación podrá tener alguna razón de ser en las capas inferiores, de guijarros y gravas, donde los fósiles son mucho más escasos; pero repugna evidentemente á la del

(1) Homalius d'Halloy defendió la chocante teoría de la *eyaculación* de los depósitos de arcilla. Según él, la mayor parte de las cavernas son arrugas terminadas en *bolsas* ó grandes filones rellenos de arcillas *eyaculadas* del seno de la tierra.

loes no removido; y si á las del removido puede tener alguna aplicación, eso es á condición de que se le suponga ya formado y cargado de huesos dentro ó cerca de la boca de las mismas cavernas, según dejamos explicado á su tiempo.

§. XI. PBUÉBASE UNA DISCONTINUIDAD EN LAS FAUNAS Y EN LAS FLORAS, CAUSADA POR EL DILUVIO.

A todo lo dicho, se nos replicará con la siguiente objeción: Si las cosas fueran tales como se viene diciendo, si un diluvio universal y espantoso hubiera inundado toda la tierra, en la época en que fué depositado el loes; entonces se notaría necesariamente un *hiatus* considerable entre la fauna y la flora de la edad del reno, y entre las de la edad anterior; y semejante hiatus no se halla; lo que se nota es una *perfecta continuidad* en la fauna y en la flora de todo el período cuaternario.

Esta objeción, que á fuerza de repetirse ha adquirido carta de naturaleza, y ha logrado que se la considere como verdad inconcusa, hasta el punto de que un eminente geólogo, consultado sobre el asunto por el señor Jaugey, Director de la *Science Catholique* (1), la reprodujo íntegra, con una grave-

(1) Véase esta revista (Diciembre de 1887).

dad y un aplomo, que nos pasma; es con todo eso una bonita ficción, pero ficción nada más.

¿Qué le ha pasado á aquella lucida fauna de la edad del *Elephas primigenius* dominante, en que junto con él vivían y prosperaban en gran abundancia, el *Rhinoceros tichorhinus*, el *Ursus spelaeus*, la *Hyaena spelaea*, el *Felix spelaeus*? ¿Dónde están, no sólo estos animales, sino otros muchos bastante característicos de la misma edad, y los no pocos, que predominando en la edad precedente, continuaron, en menor número, asociándose á los de ésta? ¿Qué les ha pasado, pues vemos que no viven ya en el día? Sus restos yacen sepultados debajo del loes, ó intercalados en él; y á esta formación extraña, lo podemos afirmar, no ha sobrevivido probablemente ninguno de aquellos animales tipos. El *Ursus spelaeus*, la *Hyaena spelaea* y el *Felix spelaeus* se encerraron una vez, en número casi infinito, adentro de las cavernas, para nunca más volver á salir; allí están acumulados los restos de todos, y ni uno solo alcanzó á respirar los fríos aires de la edad del reno. Los rinocerontes abundaban en Europa en la edad del *Elephas primigenius*; pero ni éste (1), ni

(1) No es del todo cierto, aunque sí bastante probable, que se extinguieran absolutamente todos los numerosos mamuts; pero consta positivamente que desaparecieron la inmensa mayoría de ellos. Los yacimientos de algunos de sus restos, que parecen ser posteriores al diluvio, están en realidad removidos y no ofrecen la menor seguridad. Lo único que

ninguno de aquellos alcanzan á la edad inmediata; sus restos están depositados en los grandes aluviones debajo del loes; horroroso—

parece probar la persistencia de algún mammut, durante la edad del reno, son sus grabados, hechos por los trogloditas; éstos debieron al parecer haber conocido el original; pero no sabemos si lo tenían presente en Europa ó si lo habían visto antes en el Asia. No hay pues ninguna razón sólida para sostener que algunos individuos del *E. primigenius* persistieran en nuestro continente hasta entrada la edad del reno; y las hay muy poderosas para suponer que se extinguieron todos. Por de pronto sabemos de cierto que desaparecieron en su inmensa mayoría; y eso basta á nuestro propósito. Pero aun cuando los grabados del mammut, hechos por los trogloditas, sean tan fieles, no estamos obligados á creer que estén tomados directamente del original. Pueden muy bien ser copias de otros más antiguos y anteriores al diluvio; y así no hay ningún inconveniente en suponer que perecieron absolutamente todos los individuos de la especie mencionada.

El Sr. Cartailhac (*La France Préhistorique*, p. 73), escribe á este propósito: «El artista de las riberas del Vezere y del Aveyrón era pues contemporáneo de los últimos elefantes de nuestro país. Pero la excesiva rareza de osamentas de este paquidermo en la tierra roja de las cavernas y de la superficie del suelo de los valles permite preguntar si el hombre, en algún larguísimo viaje, no había podido encontrar estas grandes bestias, más al este ó más al norte.» Esto tiene sus probabilidades, que se confirman con los grabados de focas halladas dentro de los continentes, ó en costas que no debía frecuentar el animal; pero tiene probabilidades tan grandes ó mayores la opinión de que los grabados del mammut, hechos en la edad del reno, son copias de otros preexistentes; ahora se dibuja también á ese elefante, y no por eso se podrá deducir, en los siglos venideros, que fué contemporáneo nuestro. Lo que parece cierto es que el animal se hallaba ya extinguido en nuestro continente, pues sus restos son escasísimos y muestran provenir de depósitos más antiguos. El mismo Sr. Cartailhac

sas avenidas los arrastraron y sepultaron allí; y el loes los recubre como paño mortuario (1). Y por lo que hace al mammut, se halla en el *dilucium* de Siberia acumulado en tan prodigiosa abundancia, que desde tiempo inmemorial se vienen explotando aquellos ricos y extraños depósitos, llamados minas de marfil.

No podemos menos de insistir sobre este hecho notabilísimo, que por sí solo bastaría para probar la realidad del diluvio (2).

Ya el célebre Pallas había dicho: «No hay en toda la Rusia asiática, desde el Don hasta el extremo del promontorio de los Tchutchis, un solo río, sobre todo de los que atraviesan las llanuras, en cuyas orillas ó lechos no se encuentren huesos de elefante ó de otros animales extraños al clima.»

viene á reconocer implícitamente en otro lugar (p. 56) la completa desaparición del mammut en Europa. «La fauna, escribe, había perdido las especies que no pueden vivir sin el calor y la humedad, y había visto llegar, ó simplemente multiplicarse, aquellas que se acomodaban al frío y á la sequedad del clima nuevo.» Pues bien, como haremos ver muy pronto, el mammut exigía un clima benigno y húmedo, según lo atestigua el de Siberia, en los tiempos en que el animal prosperaba allí tanto.

(1) «Restituetur ut lutum signaculum, et stabit sicut vestimentum.» Job, XXXVIII, 14.

(2) Y en efecto, según tenemos noticia, M. Howort, miembro del Parlamento británico, ha publicado recientemente una obra intitulada *El Mammut y el Diluvio*, en la que prueba la verdad de este gran acontecimiento, por la extinción de aquel animal.

La abundancia en que se hallan los del mammut, es sobremanera prodigiosa; y lo más raro es que no sólo van siendo más abundantes según se avanza hacia el norte, sino que donde se encuentran los más ricos depósitos es precisamente en las islas vecinas del Océano Glacial.

»Todos los años, en la época del deshielo, escribe el Sr. Figuier (1), los inmensos ríos que descienden hacia el mar glacial, por el norte de la Siberia, dejan en descubierta, en los terrenos por donde han cruzado las corrientes, muchos huesos, y cuanto más se avanza hacia el norte de Rusia, más numerosos y extensos aparecen los yacimientos de elefantes fósiles.»

Por lo que hace á las islas, hé aquí lo que dice el redactor del *Viaje de Billing*, sobre una de las que están situadas frente á las playas comprendidas entre la desembocadura del Lena y la del Indigirska: «Toda la isla, excepto tres ó cuatro pequeñas montañas de roca, es una mezcla de arena y de hielo, y cuando éste se derrite, arrastrando consigo una parte de las orillas, se encuentran huesos de mammut en abundancia, de tal modo, que bien puede decirse que *la isla está formada de los huesos de este animal extraor-*

(1) V. *El Mundo antes de la creación del hombre.*—*Origen del hombre*; por los Sres. Figuier y Zimmerman, traducción española de Verneuil (Barcelona 1870), t. I, p. 150.

*dinario, así como también de cuernos y cráneos de búfalos ó de rinocerontes.»*

Esto confirma bien á las claras lo que dejábamos dicho de que los grandes mamíferos de los valles y riberas fueron arrastrados hacia la mar en la primera fase del diluvio, y algunos al fin, al ir decreciendo las aguas. En nuestros países no se les puede hallar, porque han sido ya destrozados ó descompuestos; pero donde una eterna capa de hielo los ha protegido, como sucede en Siberia y en el Océano Glacial, podemos hallarlos en tan prodigioso número. Y no sólo huesos aislados, sino esqueletos completos, y lo que es más, cadáveres íntegros é incorruptos. Lo cual no nos debe extrañar, pues si el hielo llegó á sorprender alguno antes de que empezara la corrupción, ésta ya no pudo desarrollarse, porque desde entonces acá, jamás volvió á pasar de 0.º la temperatura de aquellos países. Así no debe maravillarnos mucho que las carnes de algunos mammutos estuvieran en tan buen estado, que pudieran ser comidas de los perros.

Y si en nuestras regiones no pudieron conservarse tan perfectamente los restos de aquel animal, no por eso han desaparecido por completo. En los parajes donde las últimas capas del diluvium son bastante espesas y los han protegido bien, se han podido hallar numerosos huesos y aun esqueletos íntegros. Sin embargo, es preciso reconocer que

en los países occidentales el mammut debía abundar mucho menos que en el Asia. He aquí con todo eso lo que dice el mencionado Sr. Figuier de los restos hallados en Europa (1): «En ciertos puntos se encuentran acumulados en grandes masas; en 1700, un soldado wurtembergés observó que en un terreno cerca de Cannstadt había varios huesos de forma extraña, y habiéndose dado cuenta al duque Everardo Luis, ordenó éste que se practicaran algunas escavaciones, las cuales dieron por resultado encontrar un verdadero cementerio de elefantes, pues se recogieron hasta sesenta colmillos, sin contar otros muchos restos sin valor... En 1816, al hacer ciertas escavaciones, se descubrieron en el primer día veinticuatro colmillos y al siguiente trece más.» Después de citar otros muchos descubrimientos de huesos de mammut y de recordar las falsas ideas á que han dado origen, pues se los ha tenido por propios de gigantes, añade: «En 1796, en el valle de Unstrutt, se desenterró un esqueleto entero... En el Norte y en el centro de Europa, en la Escandinavia, en Irlanda, en Alemania, en Polonia, en Rusia, en Grecia, en España, en Italia, en Africa, en Asia y en el Nuevo Mundo, se han hallado colmillos, dientes, molares y huesos de mammut, siendo lo más particular que esos restos existen sobre

(1) V. *Obra citada*, t. I, p. 156 y siguientes.

todo en gran número en las partes septentrionales de Europa y en las regiones glaciales de la Siberia, donde seguramente no podrían habitar los elefantes de nuestros días... La nueva Siberia y la isla de Lachou están formadas en su mayor parte por una aglomeración de arena, de hielo y de dientes de elefante, y cada vez que estalla una tempestad, arroja la mar á la playa numerosos colmillos de mammut. Los habitantes de la Siberia hacen un gran comercio con este marfil fósil, pues todos los años, durante el estío, numerosas barcas de pescadores se dirigen hacia las *Islas de Osamentas*, y durante el invierno se ven inmensas caravanas marchar por el mismo camino en trineos tirados por perros. Es de advertir que todos los expedicionarios vuelven cargados de colmillos de mammut, cada uno de los cuales pesa de 150 á 400 libras... Las islas de osamentas del norte de la Rusia se explotan desde hace quinientos años para la importación del marfil en la China, y desde hace un siglo, solamente, para la que se hace en Europa. Sin embargo *no se ha observado que disminuya nunca el rendimiento de esas minas extrañas.*

Después de exponer estos y otros muchos hechos curiosos, el Sr. Figuier no halla otro modo de explicar tantos restos de mammut, sino diciendo (1): «De creer es que esos ani-

(1) *Lugar citado*, p. 161.

males perecieron súbitamente;... si suponemos que uno de ellos cayó por casualidad entre los hielos, fácil es explicarse que su cuerpo, sepultado bajo aquellos, haya podido mantenerse intacto durante miles de años.» Y más adelante (1) atribuye las causas de tales exterminios á *breces, pero terribles inmersiones de los continentes*, seguidas de un *enfriamiento repentino*, viniendo á reinar una temperatura glacial en los países centrales y septentrionales de Europa.

Más acertadamente aún explicaban el hecho los rusos viejos de la Siberia, los cuales, según la relación de Isbrant Ides, que viajaba á fines del siglo diecisiete, creían que: «Los mammutos no son sino elefantes, aun cuando los colmillos que se encuentran tengan la forma más encorvada y se hallen más unidos en la mandíbula. Añaden que *antes del diluvio, era el país muy cálido y que había muchos elefantes, los cuales flotaron sobre las aguas hasta que éstas se retiraron, quedando entonces sepultados en el limo y el cieno.* El clima había llegado á ser muy frío después de aquella gran catástrofe, y el limo se heló, así como también los cuerpos de los elefantes, los cuales se conservan sobre la tierra incorruptos, hasta que el deshielo los deja en descubierta.»

Y en efecto, la rápida destrucción de ese

(1) *Ibid.* p. 176 y 177.

número casi infinito de grandes herbívoros, es inconcebible y de todo punto inexplicable, sin recurrir al diluvio. Sólo éste pudo exterminarlos y dejarlos recubiertos y protegidos de una espesa capa de lodo. Sobreviniendo luego un frío espantoso, pudieron muy bien conservarse, dentro del hielo, los restos íntegros y aun los mismos cadáveres incorruptos. Por otra parte los depósitos donde se hallan, son precisamente los formados por aquella universal y maravillosa inundación. Todos esos restos están sepultados bajo ese lodo ó légnano negrozco, que recubre al diluvium de los países septentrionales y que representa al loes de las demás regiones del globo.

¿Cómo, sino por la acción del diluvio, pudieron depositarse allí, junto con el mammut, otras numerosas especies las más variadas y las menos acostumbradas á vivir reunidas? Ninguna inundación más ó menos ordinaria, por muy terrible y espantosa que fuera, sería capaz de producir tales exterminios; ninguna podría dejar aquellos restos enormes, tan bien protegidos y recubiertos de lodo; ninguna hubiera podido dejarlos en las notables alturas donde se encuentran á veces, y á las cuales la acción fluvial no pudo extenderse nunca. Todos ellos se encuentran en las mismas capas, y no pudieron menos de ser depositados al mismo tiempo; todos se hallan en admirable estado de conservación, y esto es incomprendible, sino se reconoce que inmediata-

mente después del exterminio, sucedió un frío intensísimo, que los preservó de la acción destructora de los elementos (1).

(1) Creen algunos que el clima de Siberia, era cuando vivían los mamnuts, casi tan extremado como ahora. Esto es inadmisibile; aun cuando aquellos elefantes hubieran podido soportar los rigores del frío, lo cual es muy improbable, su vida era del todo incompatible con la notoria esterilidad y falta casi absoluta de alimentos, que allí hay en nuestra época.

El Sr. Arcelin (V. *Les Glaciers à l'époque quaternaire*, página 395, en la *Revue des Questions scientifiques*, Octubre de 1890) ha hecho ver muy bien que: «No se ha observado ninguna traza de glaciares en las playas del Océano Glacial. Las llanuras boreales de Siberia pudieron pues gozar de un clima relativamente templado, mientras que tantas otras regiones de Europa y de Asia estaban cubiertas de glaciares... Al enfriamiento polar fué debido sin duda alguna el cambio de clima que transformó la Siberia en una región helada, desolada y estéril.»

Ese cambio, que debió hacerse repentinamente, como lo atestiguan los muchos cadáveres conservados incorruptos, no puede explicarse, sino relacionándolo con un extraordinario cataclismo; y éste no pudo ser otro que la maravillosa inundación que anegó los animales y los dejó en un punto cubiertos de espesas capas de lodo.

El Sr. Lapparent dice á su vez (V. *Géologie*, p. 127): «Se ha llegado ya á la certeza de que en la época en que se multiplicaban en Siberia los mamnuts y rinocerontes, el clima del país, atestado por los restos de vegetales y de conchas terrestres, era dulce y húmedo. De esta suerte la Siberia septentrional formaba una estepa ó un bosque inmenso, abundantemente provisto de la vegetación que convenia á los paquidermos en cuestión... La invasión del frío debió ser muy súbito; porque no sólo cuesta trabajo explicar de otra manera la innumerable cantidad de restos de mammut encerrados en las playas septentrionales de la Siberia y más aun en las islas que las circundan, sino que conviene no olvidar el encuentro, realizado más de una vez, de cadáveres enteros de ese animal, cu-



turberas, y á veces en la turba misma. Cerca de Curragh hay esqueletos de Ciervo gigante, amontonados en un reducido espacio, como si allí se hubieran reunido rebaños enteros, y es singular que todos los individuos aparezcan en la misma actitud, es decir con la cabeza alta, el cuello tendido, y los astas tocando con el lomo, como si al hundirse en el terreno pantanoso, hubieran hecho un esfuerzo para aspirar el aire el mayor tiempo posible.

Otros muchísimos animales y precisamente de los tipos más notables y característicos de la edad del *E. primigenius*, desaparecieron también de repente y por completo con la formación del loes. Y este fenómeno, no exclusivo del Antiguo Continente, se repite, y quizá en mayor escala, en toda la América, se repite en Australia, en Nueva-Zelanda, en Madagascar, y en una palabra, en todo el Universo (1).

Aquellos tipos gigantes y admirables, que llamamos cuaternarios, desaparecieron casi todos al empezar la edad del reno. Antes eran abundantísimos, pero sus últimos representantes, están en número prodigioso, recubiertos por el légamo diluvial. Y si bien es verdad que en casos excepcionales parecen hallarse restos de algunos de aquellos en de-

(1) Pueden verse más adelante (cap. 5.º art. 2.º §. II) muchos ejemplos de animales extinguidos con el diluvio.

pósitos posteriores, todo nos induce á creer que semejantes fósiles no se hallan *in situ*, y que los depósitos en cuestión se han formado á espensas de los antiguos; y nada prueba un hueso aislado, en un yacimiento, por otra parte, muy sospechoso.

¿Y habrá aún verdaderos sabios que se atrevan á invocar la continuidad de la fauna cuaternaria...?

Con el reno, en lugar de las colosales fieras y gigantes herbívoros de la edad anterior, aparece en nuestros países, una fauna propia de las latitudes boreales; y la flora, sumamente empobrecida, apenas ofrece más que diferentes especies árticas (1).

Vemos pues ya claramente que entre la edad del *E. primigenius* y la del reno, separadas por la formación del loes, se ha producido una verdadera y notable discontinuidad en las faunas y en las floras. Y esa discontinuidad, que tanto se procura encubrir, porque no se sabe explicar, sólo se puede entender á la luz del diluvio, del cual, por otra parte, es consecuencia forzosa.

(1) Lapparent, *Traité de Géologie*, p. 1275, 1276; Reimach, *Description du musée de Saint-Germain*, p. 35; Cartailhac, *La France Préhistorique*, p. 53 y 63.

§ XII. SE DEMUESTRA QUE AL MISMO TIEMPO HUBO UNA GRANDE Y TRANSI-

TORIA INVASIÓN DE LA MAR.

**H**EMOS dicho, en conformidad con el texto de la Biblia, que la extraordinaria inundación universal, de que tratamos, provino, no solamente de las torrenciales y espantosas lluvias, sino también de la invasión del gran abismo de la mar. Y esta asección, además de no oponerse en nada á la ciencia, es consecuencia forzosa de innumerables hechos, mostrados por la Geología.

Nos contentaremos por ahora con citar alguno que otro, al acaso, para nuestra.

— Si la mar ha invadido la tierra, nos dirá enseguida alguno, deben hallarse en muchas montañas depósitos de conchas marinas, propias de aquella edad; y este es un hecho que, á buen seguro, lo negarán los geólogos.

— Si dentro de las islas ó de los continentes, replicamos ahora nosotros, se hallan depósitos de conchas marinas, y si éstos se notan á una altura bastante considerable, y pertenecen á la época del diluvio, y si, lo que es más aún, el hecho se repite en muchos y diferentes países, debemos á toda costa reconocer y admitir una prodigiosa y extraña invasión de la mar.

Pues bien, existen los depósitos de esta naturaleza, y en mayor número del que pudiera bastar á nuestros deseos.

La formación llamada *boulder-clay* (1) esa

(1) En las latitudes medias, el diluvium afecta con preferencia los valles y las corrientes de agua actuales, pero á medida que uno se va acercando al círculo polar ártico, las formaciones cuaternarias se van haciendo más continuas y acaban por constituir un verdadero terreno, llamado *alluvium septentrional*, terreno *evrótico del norte* y también *drift* ó *till*. Esta última palabra, con que le designan los geólogos escoceses, es la más corriente en la ciencia. El *till* es una arcilla tenaz, sin estratificación: contiene diferentes piedras diseminadas con desorden, sin que nada revele la acción de la gravedad. Cuando dichas piedras son muy abundantes, entonces los depósitos se designan ordinariamente con el nombre de *boulder-clay*.

La distribución del *till* es muy análoga á la del loes, al cual sustituye y representa en realidad. Alcanza su máximo de espesor en las hondonadas y valles; en las laderas va formando terraplenes; en las esplanadas, su superficie suele ser algún tanto ondulada, y á veces forma ciertas crestas redondeadas y paralelas á la dirección del valle principal. En las montañas se nota que se acumula con preferencia en una de las dos vertientes. Muchas de las piedras que contiene guardan relación con la naturaleza del terreno. Algunas son estriadas y pulimentadas, otras son angulosas; pero todas ellas están más ó menos desgastadas por el rozamiento. Las rocas sobre las cuales descansa el *till*, se encuentran á la vez estriadas y pulidas, coincidiendo, por regla general, la dirección de las estrias con la de los valles principales, con independencia de la pendiente del suelo. Vemos, pues, que en la formación y distribución del *drift* ó *till* tuvieron que intervenir, por una parte, inmensos glaciares, y por otra, inundaciones más ó menos violentas, que depositaran aquella arcilla casi homogénea é intercalaran los cantos rodados, tomados de las rocas vecinas. Es pues simplemente una mezcla confusa de

mezcla confusa de materiales heterogéneos, tan mal explicada hasta el día, nos ofrece abundantes ejemplos. Suele contener, sobre todo hacia la base, cordones de cantos rodados

depósitos diluviales y glaciales. Todos los elementos del loes existen allí en realidad, pero no puede éste aparecer con sus propios caracteres, por cuanto lleva intercalados y mezclados consigo los productos de las grandes heleras.

El loes, en efecto, debió depositarse en los países septentrionales, de la misma manera que se depositó en todos los demás lugares del globo; pero allí se encontró con inmensas capas de hielo, las cuales, al fundirse lentamente, fueron dejando libres numerosos materiales; quedó pues mezclado con estos, más no por eso dejó de distribuirse exactamente del mismo modo que en las otras latitudes.

Por otra parte, la formación del *till* corresponde al deshielo definitivo de los glaciares, el cual coincide con la prodigiosa inundación del diluvio universal, que dió fin á la edad antigua é inauguró la del Renó; por consiguiente, el loes y los productos glaciales encerrados en el *till*, se depositaron á la vez. Y como además en éste, y sobre todo en el verdadero *boulder-clay*, se revela clarísimamente la acción de grandes corrientes de agua, y con frecuencia, de aguas marinas, es preciso reconocer en él, á toda costa, la universal inundación, en que intervino una extraña invasión de la mar.

Verdad es que el *drift* no parece revestir los caracteres de universalidad que se notan en el loes, mas esto proviene de que su composición tiene que resentirse algún tanto de la propia de las regiones vecinas. Pero, á pesar de eso, existe, más ó menos modificado, en todos los países septentrionales; y en América ocupa superficies tan considerables, que se evalúan en 20 millones de kilómetros cuadrados, conteniendo además numerosas conchas marinas, lo mismo que en Europa. (Lapparent, *Géologie*, p. 1253 y 1257.) Es digno de particular mención el hecho notable que aun hoy día se observa en aquel continente, y es el hallarse á veces grandes capas de hielo recubiertas por gravas y légamos, que contienen restos de elefan-

dos y gravas, y algunos lechos de arena. Con no poca frecuencia, se hallan con estos depósitos, sobrepuestos ó intercalados, otros que contienen conchas marinas. Bien mirado el *boulder-clay*, todo nos induce á creer que proviene de una mezcla de formaciones glaciales con diluviales ó marinas, ó con las dos á la vez, como acaece en muchos casos. En éstos, dadas las condiciones de los depósitos y de la fauna que encierran, no podemos menos de ver el efecto de la grandiosa lucha, entre las portentosas corrientes originadas en los primeros momentos del diluvio por las torrenciales lluvias, y entre las embravecidas aguas de la mar, que les salen al encuentro, y se obstinan en detenerlas y hacerlas retroceder para invadir toda la tierra. ¿Qué significan esos cordones de depósitos diluviales, recubiertos de formaciones marinas, y en alturas á veces muy notables, á las cuales no pudo tocar la mar, sin invadir por lo menos gran parte de los continentes y las islas? (1) Mientras luchaban las aguas terres-

es. Cuando dicho hielo venga á fundirse, quedarán los materiales que encierra, mezclados con los que ahora lleva sobrepuestos. Así podemos darnos cuenta del modo como se verificó, al menos en muchos casos, la mezcla de los productos diluviales y glaciales que se notan en el *till*. (V. Lapparent, *ibid.*, p. 1259 y siguientes; Geikie, *The great ice age*; Arcelin, *Les Glaciers à l'époque quaternaire*.)

(1) El mismo Lyell, *Manuel de Géologie*, t. I, cap. XI y XII, para explicar estos hechos se ve precisado á recurrir á una extraña inmersión de los continentes y las islas, verificada en una época muy reciente.

tres con las de la mar, que les salieron al paso, chocando los materiales arrastrados por unas con los de las otras, se debieron depositar confusamente mezclados, pero hallaremos siempre en la base los propios de la corriente que invadió primero el terreno.

Mas tan luego como acabaron de predominar las corrientes marinas, como su fuerza quedó notablemente contrarrestada y como á cada paso seguía contrarrestándose por las terrestres, el conjunto de aquellas aguas no formaba ya una corriente propiamente dicha, sino más bien un brazo de mar en extremada agitación. Siendo esto así, y estando las aguas incorporadas unas con otras, era difícil que pudieran continuar arrastrando productos marinos, de un peso considerable. Por eso no deberíamos esperar muchos depósitos de conchas pelágicas muy adentro de los continentes ó en las elevadas montañas (1). Sólo tenemos derecho á buscarlos como casos excepcionales, y sin embargo, iremos viendo muy pronto que la realidad nos ofrece aquí muchísimas de esas excepciones que contribuyen á confirmar la regla general.

En Inglaterra, muchos valles que desembocan en la mar están recubiertos de *boulder-clay*, con fragmentos de conchas marinas, á veces á una altura de más de 40 metros sobre el nivel de la mar (2). En Escocia

(1) Así lo reconoce también Lyell, *Ibid.*, cap. 1.  
(2) Ramsay, *Physical Geology*, 1878, p. 391.

se hallan conchas marinas *in situ* á más de 150 metros de altura, y lo que es más notable, en varios puntos se las puede observar hasta la de 360, en medio de las gravas de la formación mencionada (1). «En Moel Tryfan,

(1) *Idem, ibid.*, p. 413.

«En Escocia el till alterna con formaciones fluviales, subaéreas ó lacustres, intercaladas en medio del terreno errático... Los depósitos marinos intercalados en éste, son la prueba incontestable de que la Escocia sufrió una submersión.» Adrien Arcelin, *Les Glaciers á l'époque quaternaire*, en la *Revue des Questions scientifiques*, Octubre de 1890, p. 390.

Creo este sabio geólogo que enseñada se retiraron los glaciares y la mar, pero que más adelante volvieron á invadir aquel país. «Las antiguas playas, añade, formadas de tierra de ladrillos (joes ó lehm) mezclada de conchas árticas, elevadas actualmente á una centena de piés por encima de la mar, nos ofrecen la prueba de que esta recrudescencia de los fenómenos glaciales fué acompañada de una submersión parcial, menos considerable que la anterior. Enseguida los glaciares entraron definitivamente en su fase de retirada. A este periodo final pertenecen las piedras erráticas.»

Nosotros estamos muy persuadidos de que hubo allí una sola inmersión, y de que esa recrudescencia de los glaciares es sólo aparente. Los primeros depósitos marinos, que se hallan á alturas muy considerables, corresponden á la primera fase del diluvio, cuando la mar invadió impetuosamente las tierras y dejó sus productos mezclados con los fluviales y glaciales. Pasado el periodo de violencia, las aguas fueron depositando los productos más tenues, que llevaban en suspensión. El Sr. Arcelin da á entender que los depósitos así formados son bastante considerables, y que, aparte de tener un carácter aluvial, encierran muchos restos de mamíferos. Pero durante la larga fase de relativa tranquilidad de aquella prodigiosa y universal inundación que exterminó *toda carne*, los efectos producidos no podían ser otros que los que precisamente nos muestra la realidad: formaciones de aspecto diluvial, mezcladas con restos de los nume-

cerca de Caernarvon, escribe el Sr. Lapparent (1), un depósito conchífero, situado á 375 metros de altura, y formado de arenas,

rosos mamíferos anegados. Al terminar el diluvio y decrecer las aguas, las prodigiosas masas de hielo flotante que, como veremos á su tiempo, fueron arrastradas de los países del Norte y llevadas hacia el S-E, pudieron llegar á Escocia, viniendo del N-E, trayendo consigo conchas y aun plantas árticas, junto con varios productos glaciales, originarios del norte de Escandinavia. Y en efecto, en la segunda invasión de los hielos, es cuando se notan estos productos, de otra suerte inexplicables, que no habían aparecido en la primera, á pesar de ser sin comparación más grandiosa. Entonces aparecen á la vez conchas y plantas árticas, que no habían podido llegar en los primeros y terribles momentos de la invasión de la mar.

Todas estas apreciaciones quedan plenamente confirmadas con lo que el mismo sabio nos dice más adelante (p. 392): «Los trabajos del Sr. Deely (*The Pleistocene Succession of the Trent Basin*, en el *Quarterly Journal of the Geol. Soc. of London*, tomo XLII, p. 435), nos hacen conocer la sucesión de las formaciones glaciales en el centro de Inglaterra, alrededor de Derby, en la cuenca del Trent. El glaciar inferior está allí representado por un primer errático (boulder-clay) que proviene de la cadena pennina. Durante el glaciar medio, la corriente de hielos, en que el Sr. Deely cree reconocer el gran glaciar escandinavo, viene del nordeste, y cesa de transportar los materiales de la cadena pennina. Las arenas marinas de Wolverhampton, con *Astarte arctica* y con *Cyprina islandica*, indican que la submersión ya señalada á propósito de la Escocia y del país de Gales, se extendió hasta aquella localidad... Las gravas con conchas marinas árticas de Bridlington y de Dimlington (Yorkshire), reposan sobre el *great chalky boulder-clay*, lo mismo que las arenas contorneadas y las gravas marinas del corte de Cromer, muestran que aquí, como en otras partes, la mar invadió sus playas.» — «Las capas contorneadas del drift, escribe en otro lugar (p. 389), se explican por la acción de los hielos flotantes ó icebergs.»

(1) *Géologie*, p. 1261.

con falsas estratificaciones, recubiertas por un *boulder-clay*, contiene: *Cordium edule*, *Astarte borealis*, *Saxicava rugosa*, *Littorina littorea*, *Murex erinaceus*, *Trophon antiquum*, etc.» (1).

En la misma época el nivel de las aguas de la mar se elevaba á más de 60 metros en Escania y á más de 180 en la Suecia central, dejando, como señal de tal invasión, gravas marinas con conchas árticas (2).

Sabido es que el *diluvium* de los países del

(1) El Sr. Arceñin (*lug. cit.*, p. 391), más explícito y terminante, se expresa de esta manera: «En el país de Gales y en el Lake District las cosas pasaron de la misma manera (que en Escocia é Irlanda). El errático, que representa los productos del fondo de un glaciar terrestre, está cubierto de depósitos marinos que se hallan hoy á más de 400 metros de altura sobre la mar, como por ejemplo en Moel Tryfan (427 metros). Sobre estos depósitos marinos reposa un segundo boulder-clay; después hubo un período interglacial, seguido de una nueva y última extensión de los hielos, que no alcanzó los límites de la primera.» Esos últimos hielos son precisamente los flotantes que vinieron allí de los países del norte, lo mismo que á las demás partes de las Islas Británicas; pues en todas ellas las fases glaciales guardan paralelismo y perfecta analogía, como el mismo sabio confiesa.

V. Geikie, *Tye Great Ice Age*; Ramsay, *Quart. Journ. Geol. Soc.*, 1870; Lyell, *L'Antiquité de l'homme*, p. 293.

(2) V. Törnbohm, *Grunddragen of Sveriges Geologi*. — «El terreno errático de Escandinavia, escribe el ilustre Arceñin (*lug. cit.*, p. 393, 394), comprende primero un boulder-clay inferior con depósitos de agua dulce intercalados... Se encuentran, en las partes bajas del país, depósitos de arcilla glacial, que encierran conchas árticas, atestiguando una submersión que, según los geólogos noruegos y suecos, debió alcanzar de 300 á 360 metros. Esta submersión fué seguida de un período de levantamiento, durante el cual acaeció la retirada de los glacia-

Norte de Europa es muy escaso en restos orgánicos; sin embargo, á pesar de la increíble altura que en algunos puntos alcanza, contiene conchas marinas; y en la cuenca del Vístula, que es mucho más rica en especies, se encuentran estas: *Ostrea edulis*, *Cardium edule*, *Astarte borealis*, *Tellina solidula*, *Corbula gibba*, *Cyprina islandica*, *Buccinum reticulatum*, etc.; es decir, formas actuales del Báltico y del mar del Norte, con otras más claramente árticas (1).

En Francia se nota á la vez una elevación de la mar, que, si bien mirada aisladamente, no parece muy considerable, nos dice mucho al ver que ha sido contemporánea de las otras, y que es inmediatamente anterior á la formación del loes, que fué la última del diluvio (2).

Debemos advertir que estos se fundieron durante el diluvio, con la invasión de la mar; retiradas después las aguas, las tierras fueron quedando al descubierto, y por otra parte, libres ya de los glaciares; sin que entonces hubiera habido allí, al parecer, levantamiento ninguno.

(1) V. Berendt, en Credner, *Traité de Géologie*, p. 628.

Lyell, que, como hemos dicho, defiende que hubo una gran inmersión de los continentes, entre otras muchas cosas notables, dice (*Manuel de Géologie*, t. I, cap. XI): «En la Rusia de Europa, los Sres. Murchison y de Verneuil han comprobado que el país llano que se extiende entre San Petersburgo y Archangel en una longitud de 900 kilómetros, se compone de capas horizontales, llenas de conchas semejantes á las que habitan actualmente en el mar Ártico.»

(2) V. Lapparent, *Géologie*, p. 1268; Barrois, *Ann. S. G. N.*, IX. 1882; Arcelin, *lug. cit.*, p. 336, 387.

En las regiones mediterráneas se ve, de una manera más evidente, esa extraña é incomprendible elevación de la mar, puesto que se notan, y á veces á una altura prodigiosa, muchas conchas propias de los mares septentrionales. Cerca de Palermo hay bastantes depósitos, si bien no muy elevados, que contienen más de 500 especies marinas!... 27 de las cuales pertenecen al Atlántico, y algunas de ellas á los mares del Norte, como, por ejemplo, *Buccinum groenlandicum*, *Trichotropis borealis*, *Panopæa norvegica*, *Cyprina islandica*, etc. (1).

Al nordeste de Sicilia se han hallado numerosos restos marinos á más de 416 metros de altura!... (2)

«En Calabria, el Sr. Sigüenza describió, bajo el nombre de horizonte sahariano, un depósito que alcanza, junto á Reggio, 830 metros de altura, y comprende, entre 300 moluscos, 9 especies septentrionales. Por encima viene otro depósito marino, en que faltan los tipos del norte, y en cambio contiene algunas especies pertenecientes á mares más cálidos que el Mediterráneo actual.» (3) No vemos aquí un reflujó, ó mejor dicho, una segunda invasión de los mares del mediodía, que excedió á la primera, producida por los

(1) Monterosato, en Suess, *Antlitts der Erde*, p. 432.

(2) V. Boll, *com. geol.*, 1882, p. 308.

(3) Lapparent, *Traité de Géologie*, p. 1269.

del Norte, cuando *aque ibant et revertentur?*

En Tarento y en la isla de Cos se hallan también depósitos cuaternarios con conchas mediterráneas; y en la de Rodas ofrecen además la particularidad notable de contener no pocas especies árticas (1).

Semejantes hechos se repiten en África (2), en América (3) y en todos los países explora-

(1) *Id. ibid.* Pueden verse otros muchos ejemplos relativos á Europa, en el citado é interesantísimo trabajo del Sr. Arce- lin, *Les Glaciers à l'époque quaternaire*, en el cual termina diciendo: «Una parte de los continentes descendió á muchas cen- tenas de metros por debajo del nivel de la mar. Hubo enseguida un gran cambio de clima. En este momento, las capas de hielo continuas habían desaparecido. En Europa y en América ya no habrá ya más glaciares, á no ser en los altos valles de los macizos de montañas. La mar había entrado dentro de sus lí- mites.»

(2) V. Arce lin, *lug. cit.* p. 393.

(3) Por lo que hace á la América del Sur, véase el Sr. Vi- lanova (D. Juan) *Geología*, p. 369, en *La Creación*, t. IX; en cuanto á la del Norte, al Sr. Lapparent, *Traité de Géologie*, p. 1267, y al Sr. Arce lin, *lug. cit.* p. 397 y siguientes) quien afirma, entre otras muchas cosas, que: «Los viajeros han ha- llado en Alaska, hacia el Kotzebue Sound, un banco de hielo fósil, debajo de una capa de arcilla de unos cuarenta piés, en la que se encerraban gran número de huesos de mammut, de caballo, de buey, etc... El banco de hielo se eleva muchas centenas de metros por encima de la mar. Está más alto que todos los terrenos vecinos, y es mas antiguo que los mamnuts y caballos fósiles.» Esto prueba que aquel hielo ni pudo ac- abar de fundirse, ni ser arrancado durante el diluvio; y que al finalizar éste quedó recubierto y protegido de aquella espesa capa de légamo diluvial, que encierra tantos restos de mamí- feros anegados. Y esta capa, tan potente, tan rica en fósiles, y

dos del globo. Y en todas partes esos depósi- tos son contemporáneos, en todas están inme- diatamente recubiertos por el loes ó légamo diluvial, en todas se han producido durante la primera fase y el período, que hemos llama- do de transición, del diluvio bíblico. Esas ex- trañas formaciones reclaman pues á grandes voces el diluvio como causa, del mismo modo que éste las reclama necesariamente á ellas como efecto (1). Y si no, ¿cómo nos las expli- can los geólogos? Emitiendo innumerables hi- pótesis, que serán enseguida rechazadas,

tan elevada como se halla, bastaría por sí sola para hacernos ver con los ojos los prodigiosos efectos del diluvio universal. «Hay en la costa oriental de los Estados Unidos, prosigue el Sr. Arce lin, señales de submersión, que datan de la época glacial. Así se designa bajo el nombre de arcilla de Filadelfia, una formación marina que parece ser contemporánea de la ma- yor extensión de los glaciares. Remontando hacia el norte, las formaciones marinas actualmente elevadas adquieren más importancia. En Nueva-Inglaterra, las playas elevadas están á 20 piés solamente por encima de la mar. Pero en el golfo de S. Lorenzo alcanzan 500 piés, y en las regiones árticas hay arcillas con *Ledas* que remontan á mil piés de altura.»

Véase además: *United States Geolog. Survey Third Annual Report*, 1881, 1882; Boule, *Revue d'Anthropologie*, 1888; Geikie, *The Great Ice Age*; Lyell, *Manuel de Géologie*.

(1) El *Diccionario Enciclopédico, Hispano Americano* empie- za el artículo *Diluvio*, (*Geol.*), por estas palabras: «La presen- cia de conchas y otros restos de animales marinos en el suelo de los continentes, á grandísima distancia de las costas, y aun en lo alto de las montañas... las grandes formaciones dilu- viales de la época cuaternaria, prueban que la tierra ha sido teatro de grandes inundaciones, que modificaron profundamen- te la disposición de su suelo, produjeron la destrucción de los seres vivientes á la sazón en la tierra.»

para ser sustituidas por otras más inadmisibles todavía. Ninguna de ellas satisface á todos, y aun dudamos mucho que alguno quede completamente satisfecho de la suya propia. Tantas son las dificultades, las contradicciones, y es tan grande la oscuridad, que, en medio de todo, reina, que todos andan vacilando, sin saber á qué atenerse, ni qué partido abrazar.

Sin embargo la idea que más domina, es la oscilación de las costas; idea fácil y, á primera vista, hermosa, pero al fin, idea falsa.

Es verdaderamente particular que á todas las costas les diera la gana de oscilar al mismo tiempo; precisamente un poquito antes de que el loes se depositara. Y lo que es más curioso todavía, mientras una de ellas osciló, sin motivo ninguno, se supone, 300 ó 400 metros; otra muy vecina, y que no podía menos de participar de todos los movimientos y casi en el mismo grado, se obstinó en no oscilar nada, ó en oscilar sólo unos cuantos metros, que no merecen la pena. Y con semejantes oscilaciones, se admite una inconsecuencia la más particular que he visto en mi vida; y es que quedaron cubiertas montañas de 400 y aun 800 metros de altura, no sólo en las costas sino también del todo adentro de la tierra firme, sin que por eso á los valles y llanuras vecinas se les quiera reconocer inundados por las aguas de la mar. Y eso aun en países que no ofrecen la menor señal de fenómenos

orogénicos durante todo el período cuaternario.

Pues bien, no digamos nada de las numerosas conchas árticas depositadas no sólo en las costas del Mediterráneo sino también en las islas, en una época en que podían vivir en Europa rinocerontes y elefantes.

En fin, esas oscilaciones, que duran, por lo menos, algunos siglos, tuvieron la ocurrencia particular de dejar depósitos pelágicos en alguno que otro punto solamente, y no en todos los lugares que se reconocen por inundados á la vez.

Sólo el diluvio, repetimos, nos puede explicar tantos hechos; una inundación rápida y transitoria de las aguas de la mar, que tuvieron que luchar con las portentosas avenidas de los ríos, nos da razón de las conchas marinas del *boulder-clay*, y de por qué en otros puntos son excepcionales los depósitos pelágicos. Esa sola nos da cuenta de las formas árticas y ecuatoriales, depositadas, casi á la vez, en la cuenca mediterránea (1).

(1) Otro hecho contemporáneo del *Till* y *Boulder-clay* y que no puede explicarse, sino por una rápida y pasajera invasión de la mar es: «La formación de lo que los suecos llaman *Oss* y en plural *Ossar*, y los daneses *Havtokkar*, que son colinas de arena y grava con cantos erráticos redondeados, dirigidas por regla general en Escania de noroeste á sudeste, las cuales suelen cubrir en varios puntos las marismas ó almajares turbosos, cuyo nivel es inferior al del mar. Estas colinas, sobre cuyo origen se ha discutido mucho, las cree Nilsson resultado de oscilaciones rápidas y transitorias, pero muy frecuentes, de

§. XIII. SE RESPONDE Á LAS OBJECIONES

**P** PRIMERA *Objeción.* A todo esto nos replicarán algunos diciendo: Si la mar ha inundado la tierra, los peces de agua dulce tuvieron que perecer en medio de una tan salada.

Nosotros pudiéramos dar esta sencilla respuesta: Hallándose, como se hallan dentro de los continentes y en elevadas montañas, no pocos depósitos de conchas marinas, éstas vinieron necesariamente arrastradas por las aguas de la mar; las cuales, por lo tanto, cubrieron la tierra, por lo menos hasta la al-

las costas, si bien otros autores, igualmente respetables, *les atribuyen á grandes corrientes cuaternarias, opinión que, en mi sentir, después de examinada aquella comarca, tiene más fundamento que la anterior.*» (Vilanova, *Geología*, p. 331. V. *La Creación*, t. IX).

Esas grandes corrientes cuaternarias, que acumularon tantas conchas marinas, precisamente en la época del Diluvio, no son debidas á otra cosa, sino á la extraordinaria y maravillosa invasión de la mar. Las oscilaciones rápidas y transitorias de Nilsson, como que no obedecen á ninguna ley, y, mejor dicho, como que se oponen á todas las leyes conocidas, mal nos podrán dar cuenta de esos depósitos, que por otra parte reclaman la acción de grandes corrientes.

Los *Oesar* se extienden á veces casi sin interrupción, por un espacio de 200 ó 300 kilómetros, y en países poco accidentados, atraviesan á la vez los valles y las colinas. El Sr. Lapparent se inclina también á creer que provienen de grandes corrientes, que removieron los productos glaciales (*Geologie*, p. 1263).

tura en que los depósitos se notan. Y como partimos de un *hecho evidente*, probamos la *posibilidad*; pero la réplica que se nos hace, parte de una mera *posibilidad*, y no prueba nada acerca del *hecho*.

Mas preferimos responder directamente. Aunque las aguas de la mar inundaran toda la tierra, no por eso los peces de agua dulce tuvieron que perecer. En efecto: con semejante invasión de la mar, no quedó, ni pudo quedar toda el agua de la tierra tan extremadamente salada que llevara la muerte á tantas pobres creaturas. Durante 40 días hubo las más torrenciales y espantosas lluvias, que formaron avenidas extraordinarias é impetuosas; las cuales, si pudieron ser detenidas por las aún más abundantes, que partían de la mar, eso se verificaba sólo en el fondo; en la superficie triunfaban las terrestres, mucho más impetuosas, por partir de gran altura. Estas debieron formar pues, sobre aquella mar invasora, larguísimas é intensas corrientes de agua dulce, mucho más considerables que las de 80 kilómetros que forman en la actualidad algunos ríos, al penetrar en el Océano. El fenómeno continuó en mayor ó menor escala, hasta que las montañas quedaron cubiertas; esto sucedió quizá ya muy cerca de los 150 días después de haber principiado el diluvio. De manera que entonces una inmensa capa de agua dulce cubría toda aquella extraña mar. Y á esa capa de agua

debió irse incorporando toda la demás que se formó durante el diluvio, pues al ser detenida y obligada, por la de la mar, á retroceder, se fué elevando y quedó sobrenadando. Tan increíble cantidad de agua de lluvia, sobrepuesta á la de la mar, y muchísimo menos densa que ella, no pudo perder su dulzura en poco tiempo. Se fué mezclando poquito á poco; y cuando á los 150 días, después de haber comenzado el diluvio, empezó á descender el nivel, las capas superiores, ocupadas por las aguas menos densas, no tenían aún ni podían tener (1) una salobridad tan considerable, que causara la muerte á los peces. Antes de dos meses y medio comienzan á aparecer las montañas, y con ellas nuevas corrientes de agua dulce, que se extienden por la superficie.

Los peces hallaron pues durante todo el di-

(1) Téngase, muy en cuenta además que los inmensos glaciares que cubrían gran parte de Europa, no pudieron fundirse en poco tiempo. Enormes masas de hielo debieron permanecer flotando sobre las olas, y proporcionando gran cantidad de agua dulce hasta pasados los 150 días, en que empezó á descender el nivel. Para persuadirnos del mucho tiempo que exigía la fusión de los glaciares, baste recordar que algunos de ellos tenían, según M. Alph. Favre, (*V. Carte du phénomène erratique*) un espesor de más de 1000 metros, y otros muchos lo tenían de 800 y más.

V. Falsan et Chantre, *Monographie des anciens glaciers et du terrain erratique de la partie moyenne du bassin du Rhône*; Arceñin *Les Glaciers á l'époque quaternaire*; Lapparent, *Géologie*, p. 1254.

vio, un agua bastante saludable. Pero admitamos lo inadmisibile, que perecieran absolutamente todos los peces de agua dulce, sin quedar ni siquiera dos de cada especie; por ventura estamos por eso obligados á admitir que de tantos huevos como pone cada hembra, no se conservara ninguno fecundado? Y admitamos también esto, que aún podemos resolver la dificultad teniendo en cuenta la respetable opinión de muchos expositores, que, creyendo en un diluvio universal, piensan sin embargo que no por eso todas las montañas quedaron completamente inundadas. Á su tiempo discutiremos esta opinión; por ahora nos contentaremos con indicar que está muy conforme con la Geología, la cual nos muestra los depósitos de loes, sólo hasta la altura de 1500 metros en Europa y de 3500 en la China. Si quedaron algunas montañas más ó menos descubiertas, en sus arroyos pudieron salvarse muy bien los peces de agua dulce.

2.ª *Objeción.* El Doctor abate Lambert afirma rotundamente (1) que es contrario á todas leyes de la hidrostática que la tierra fuera inundada universalmente, de manera que toda ella hubiera desaparecido debajo de las aguas.

Como nosotros no hemos afirmado una universalidad de esa naturaleza, y sólo he-

(1) *Le Déluge mosaïque*, 1.ª edic., p. 114.

mos dicho que la inundación alcanzó más de 1500 metros en Europa, y más de 3.500 en el Asia, pudiéramos dejar sin respuesta esa atrevida objeción. Pero preferimos refutarla en la misma forma que se presenta. El abate Moigno ha hecho ver muy bien (1) que la afirmación del Dr. Lambert es enteramente gratuita y no sufre un exámen serio; un elipsoide de revolución, y aun de tres ejes desiguales, puede guardar perfectamente el equilibrio, aun cuando esté recubierto de una masa líquida, y aun cuando todo él se halle en ese estado. Lo han guardado todos los planetas antes de su consolidación; pudo pues subsistir durante la inundación del diluvio, aun cuando hubieran quedado cubiertas absolutamente todas las montañas. «He redactado, añade, tratados completos de mecánica, y he leído todo cuanto se ha escrito sobre estas cuestiones, y no he hallado en ninguna parte esa afirmación tan arbitraria y tan decisiva. Para más seguridad he querido consultar á uno de los maestros de esta rama de la ciencia, al sabio colaborador de Sir VWilliam Thomson, en su gran tratado de *Filosofía natural*, y el Sr. Tait me respondió, con fecha de 18 de Abril de 1869: «Nada impide que la tierra hubiera guardado su condición de equilibrio con una capa de agua de 8, 16 ó de 30 kilómetros, que recubriera toda su super-

(1) *Les Livres saints*, p. 431 y 437.

ficie.» Y añade: «La depresión súbita de una extensión bien considerable del continente, produciría un lago capaz de sepultar las cumbres de las más altas montañas, sin que pudieran faltar por eso *las condiciones esenciales del equilibrio hidrostático.*»

3.<sup>a</sup> *Objeción.* «La Geología actual, sostiene el ilustrado abate Jaugéy, director de *La Science Catholique* (1), tiende á probar que no ha habido una inundación universal ni aun parcial, análoga al diluvio mosaico, producida según las leyes naturales. Siendo el diluvio un fenómeno extra-natural, la Geología no lo conoce ni favorece ninguna opinión.»

En confirmación de una tésis tan particular, pues no sabemos qué otro epíteto darle, aduce el Sr. Jaugéy la opinión de un *eminente geólogo*, cuyo nombre se abstiene de indicarnos, y el cual tuvo á bien enviarle una nota, en la que dice (2): «Si el agua hubiera cubierto hasta las más altas montañas (8500 metros en el Himalaya), al retirarse, no sólo hubiera dejado recubiertas de lodo todas las llanuras sin excepción, sino que, obligada á retirarse con extrema rapidez, puesto que la permanencia en el arca fué de corta duración, debía en primer lugar haber arrastrado todos los depósitos movedizos anteriores de los valles, y además dejar cubierto el fondo de

(1) Véase el número del 15 de Diciembre de 1887 de la mencionada revista.

(2) *Ibid.*, p. 67 y 68.

estos de gravas y lodos de la misma edad. Pues bien, no solamente no fué así, no solamente llanuras yuxtapuestas están unas provistas y otras desprovistas de lodo, sino que en *todos* los flancos de los valles vemos escalonarse arenas, gravas y lodos *de diversas edades*, en general tanto más antiguos, cuanto se hallan á mayor altura, y tales que ninguno de ellos (por lo menos los depósitos limosos), hubiera podido subsistir en presencia de una inundación que abrazase toda la tierra... En un valle no se encuentra jamás otra cosa, sino depósitos que vienen de las partes superiores de la misma cuenca... Lo que la Paleontología y la Historia Natural enseñan, es la perfecta *continuidad* del mundo vegetal y animal entre el fin de los tiempos terciarios y la época actual.»

No se muestra el *eminente* geólogo menos adversario de un diluvio parcial: «Los fenómenos de distribución del lodo y de las gravas, añade en otra respuesta (1), son los mismos, no sólo en Europa, sino también en toda la América del Norte, en toda el África del Norte y en todo aquello que no es conocido del Asia... No conozco ningún país que esté en discordancia con los otros, relativamente al modo de distribución de los depósitos superficiales. Sólo en la Siberia es donde la extinción del mammut parece haber sido abso-

(1) *Ibid.*, p. 68 y 69.

lutamente brusca, puesto que los últimos individuos de esta especie han sido á veces conservados con su carne en el lodo siberiano... En todo caso hubo allí una extinción, pero no una renovación subsecuente de la fauna así desaparecida.»

Firmemente persuadido el Sr. Jaugéy de la *indiscutible exactitud de esas afirmaciones*, se ve precisado á reconocer «ó que el diluvio mosaico (que necesariamente debió cubrir, por lo menos una parte notable de los continentes) no existió, ó que no se produjo según las leyes naturales, como las otras inundaciones estudiadas por los geólogos.» Lo primero es herético; es forzoso en consecuencia decidirse por lo segundo. Así, pues, no se desdeña de sentar las siguientes frases, que unos han recibido con sonrisa y otros con indignación: «Sucede con el diluvio, escribe (1), lo que con *todos los otros milagros del orden físico*, narrados en los libros santos, tales como el paraíso terrenal, el estado de los animales sometidos al hombre inocente, el paso del mar Rojo, el detenerse el sol por orden de Josué, la estrella de los magos, etc.; ninguno de ellos, que nosotros sepamos, ha dejado señales científicamente comprobadas en el mundo material.» A todo esto y á otras cosas muy curiosas fué conducido el ilustre señor

(1) *Ibid.*, p. 70. Véanse también los números de Enero, Febrero y Abril de 1888.

Jaugey en virtud de la firme fe que tenía en su *eminente geólogo*. Mas este será todo lo eminente que se quiera, pero no sabemos que sea infalible, ni mucho menos. Y á juzgar por la muestra, tenemos derecho á decir que debe ser uno de los sabios que en menor grado han recibido el dón de la infalibilidad. Sus observaciones distan mucho de la exactitud debida, y algunas son manifiestamente falsas. El abate Hamard, geólogo de reconocido mérito, hacia la siguiente réplica (1): «Confieso que yo no sería, de ningún modo, tan afirmativo. Me parece que en todos los países hasta ahora explorados, se han hallado, por encima de las grandes formaciones terrestres, aluviones, que evidentemente son debidos á inundaciones inmensas. Los antiguos geólogos lo han comprendido tan bien, que calificaron á estos terrenos de *diluviales*. No constituyen, es verdad, una capa continua; no se les halla, sino por manchones de desigual extensión; *pero un diluvio, por muy universal que se le suponga, no hubiera obrado de otra manera*. No es necesario estudiar muy á fondo el régimen de los ríos y de los torrentes, para saber que sus aguas no depositan, sino en diferentes parajes, es decir, donde se detiene su curso, los materiales que llevan en suspensión.» (2)

(1) En la misma *Science Catholique*, Febrero de 1888, páginas 170 y 171.

(2) De una manera análoga se expresaba el mismo Lyell.

Nosotros añadiremos por nuestra parte, con la inmensa mayoría de los geólogos, por no decir con todos ellos, que las formaciones diluviales se encuentran en todos los países conocidos, en los valles, en los terraplenes ó terrazas de las laderas, en las mesetas y á veces hasta en montes muy elevados. Las que fueron originadas por el diluvio bíblico debieron guardar cierta analogía con todas las demás, debidas á las grandes corrientes cuaternarias, y acumularse con preferencia en los mismos parajes. Y así las hallamos, en realidad, coronando á todas las otras, según hemos probado á su tiempo. Verdad es que la prodigiosa inundación universal debió cubrir de una capa de lodo todas las llanuras *sin excepción*, pero también lo es que las cubrió realmente, y no sólo las llanuras, sino también las montañas, y por eso lo hallamos en todas partes, á no ser en aquellos puntos en que no pudo resistir á las lluvias ó corrientes, que lo fueron arrastrando poco á poco, como siguen arrastrando ahora mismo el que aún permanece en su natural yacimiento. El mismo hecho de encontrarse aun hoy el lodo en tanta abundancia en los valles, en las terrazas, en las cavernas, en las mesetas y en

cuando, refiriéndose al diluvio bíblico, y con un ánimo bastante hostil, escribía (*Manuel de Géologie*, t. 1, cap. 1): «Puede suponerse que una inundación pasajera dejara acá y allá en pos de sí algunos montecillos aislados de lodo, de arena, de guijarros, confusamente mezclados con conchas.»

las altas esplanadas, es decir, en todos los parajes de donde no pudo ser fácilmente arrastrado, prueba que se depositó del mismo modo en todas partes. Mas no por eso tenemos derecho á buscarlo, por ejemplo, en las laderas, de donde debió irse deslizando hacia los valles á impulso de la más ligera lluvia.

No es cierto, ni lo admiten ya en el día los más notables geólogos (1), que los depósitos diluviales son tanto más antiguos cuanto á mayor altura se encuentran; el loes, que es el último de todos, es precisamente el que se encuentra á mayor elevación (2).

Pues bien ¿qué corriente fué aquella, que, al finalizar la edad del *E. primigenius*, pudo depositar una espesa capa de loes, hasta en alturas de 1500 metros en Europa y de 3500 en el Asia? Entonces los valles estaban ya escavados hasta la misma profundidad que tienen ahora (3). Una inundación que pudiera cubrir

(1) V. Lapparent, *Géologie*, p. 1239 y 1240; Chouquet, *Météoriques pour l'hist. primit. de l'homme*; Ameghino, *Bull. Soc. géol. de France*, 3, t. X, p. 242.

(2) «Mientras mayor va siendo la elevación, más raras se van haciendo las arenas y las gravas... Pero el loes no falta nunca, y corona las alturas de una capa uniforme... La distribución del loes es completamente independiente de la altura. Se le observa desde el nivel de la mar hasta 1500 metros en Europa y hasta 3500 en la China... Lapparent, *ibid.*, p. 1238 y 1242. En algunos puntos de América, por ejemplo en Bolivia, parece alcanzar hasta la altura de 4000 metros, según el Sr. Vilanova, *Geología*; p. 369.

(3) V. Lapparent. *Traité de Géologie*, p. 1275.

las montañas, por lo menos hasta las mencionadas alturas, no pudo ser otra que el diluvio universal. «Un origen exclusivamente fluvial, escribe á este propósito un sabio apologista (1), no parece dar cuenta suficiente de la inmensa extensión del diluvium sobre todos los puntos del globo, ni menos de la altura á que se eleva en el flanco de las montañas. Los ríos cuaternarios, por muy anchos y muy impetuosos que se les suponga, no pudieron producir tales efectos, ni llegar á semejantes niveles. Si hubieran tenido esta potencia, no serían ya ríos; serían vastos mares sumergiendo los continentes.»

Por lo que hace al hecho de hallarse intactos los depósitos más antiguos, debiendo haber sido removidos por las aguas del diluvio universal, que se retiraron con extrema rapidez, debemos decir que ambas afirmaciones son bien inexactas. Los depósitos diluviales se hallan con gran frecuencia removidos, encerrando, confusamente mezclados, fósiles de épocas muy distintas. En esto convienen los geólogos (2); y de ahí precisamente la gran dificultad de reconocer los terrenos cuaternarios, pues rarísimas veces se les encuentra del todo intactos. Ese removimiento de materiales antiguos y esa mezcla de fósiles hete-

(1) El abate Thomas, *Les Temps primitifs et les origines religieuses*, t. II, p. 221.

(2) Lapparent, *obra*, cit. p. 1232, 1240, 1241.

rogéneos, no lo dudamos, provienen, por lo menos en gran parte, del diluvio; pero no de la segunda fase, que, según se colige del relato bíblico, y según dejamos probado, fué relativamente calmada y tranquila, y duró muchos meses, en los cuales las aguas se fueron retirando con *extrema lentitud* (1) y no pudieron depositar más que loes homogéneo; provienen de la primera y violenta fase de corrientes impetuosas, análogas, aunque en mucho mayor escala, á las primitivas cuaternarias. Si pues estas, á pesar de haber sido también muy impetuosas, respetaron á casi todos los depósitos movedizos anteriores, ¿por qué se ha de pretender que el diluvio no respetara á ninguno de ellos, y que los trastornara á todos sin excepción? Debe tenerse muy en cuenta, que los efectos dinámicos del agua no dependen tanto de su abundancia, cuanto de la rapidez de la corriente; y ésta, en la inundación universal, vino á ser muy insignificante, desde el momento en que la mar hubo invadido la tierra firme.

Por lo que hace al loes, que es en el que, según el eminente geólogo, menos pudo subsistir en presencia de semejante inundación, mal podría ser arrastrado, siendo así que aún estaba por formar, puesto que, según de-

(1) V. alabate Thomas, *Obra citada*, p. 221; y á Cornello A Lapide, in *Genes*. VIII donde úice: «*Valde enim lente decrevissent aquas, patet ex eo quod post quietem arcae mense septimo, decimo tandem mense apparuerint cacumina montium.*»

jamos demostrado, todo él se depositó al finalizar el diluvio. Si nuestro adversario lo reconoce, y afirma expresamente que la inundación universal *debió dejar las llanuras cubiertas de todo*, ¿cómo se atreve á decir en seguida que *por lo menos el lodo, no pudo subsistir en presencia de ella?* ¡Vaya una lógica bonita!

Nos dice también, con tono magistral, que jamás se ensuentran en un valle otros depósitos (excepto los glaciales), que los que provienen de las alturas de la misma cuenca; pero la Geología no dice eso, lo que enseña claramente, y lo que sin cesar repiten á coro todos los geólogos (1), excepto nuestro eminente adversario, es que el loes es *completamente independiente de la naturaleza del terreno*, que en todos los puntos del globo conserva una maravillosa constancia en la composición, sin relacionarse nada con la de las rocas vecinas. Se nos tachará de dureza para con un sabio, pero la verdad siempre es austera; y el anónimo eminente que, con afirmaciones tan categóricas como atrevidas é insostenibles, en una materia de suyo delicada y peligrosísima, ha hecho vacilar á mu-

(1) «Al paso que los elementos de las gravas varían según la naturaleza de los terrenos de las vertientes inmediatas, el loes, en cualquier punto de la zona templada que se le observe, ofrece la más notable uniformidad de composición, de textura y de estructura.» Lapparent, *obra citada*, p. 1242. V. Richthofen, *Geol. Mag.* 1882, p. 293.

chos y ha levantado una negra polvareda, bien merece que se le canten algunas verdades claras, para que otra vez piense mejor lo que diga y no cometa ligerezas tan perniciosas.

Estamos, sin embargo, bastante conformes con él en lo que dice de que «no conoce ningún país que esté en discordancia con los otros, relativamente al modo de distribución de los depósitos superficiales»; y más aún en la consecuencia rigurosa que de ahí se deduce, conviene á saber, que no puede comprobarse la existencia de un diluvio *parcial*.— Pero se comprueba muy bien la de uno *universal*, que lo cubrió todo, sin más excepción que, á lo sumo, algunas elevadas montañas; y este es el diluvio que buscamos, y el único que nos enseña la Biblia.

Por lo que mira á la *perfecta continuidad* de las faunas y las floras, ya hemos hecho constar á su tiempo (1) que desaparecieron muchísimos é interesantes tipos; más adelante (2) volveremos á tratar detenidamente la cuestión, y se verá claro que esa ponderada continuidad, tan lejos se halla de ser *perfecta*, que apenas si merece el nombre de *muy imperfecta*. Por ahora nos contentaremos con recordar las conocidas y profundas diferencias entre la fauna y la flora de la edad del

(1) V. §. XI de este artículo.

(2) V. Cap. 5.º, art. 2.º, §. II.

*reno*, que eran completamente hiperbóreas, y las de la edad del *E. primigenius*, que casi pudieran llamarse tropicales. Pero dado que la continuidad fuera mucho más perfecta de lo que es realmente, bastaba con reconocer aquí y allí alguna que otra elevada montaña, más ó menos libre de la universal ó general inundación, para que toda sombra de dificultad quedase completamente desvanecida (1). En esa hipótesis, que discutiremos más adelante, y que desde luego está muy conforme con la Geología, la cual nos muestra los efectos del diluvio hasta alturas considerables, pero limitadas, se da perfectamente razón de por qué los animales y aun las plantas que poblaron la Europa inmediatamente después del diluvio, eran, al menos en su inmensa mayoría, de los que ahora viven en las regiones polares ó en las altas montañas; pues habiendo quedado estas preservadas del cataclismo, los seres que en ellas moraban, pudieron luego descender libremente á las llanuras, que nadie les podía disputar. Si bien es preciso tener además muy en cuenta el notable cambio del clima, con que se inauguró la edad del reno; á pesar de que este clima no llegaría quizá á ser tan frío y riguroso, como pudiera suponerse, no teniendo presente el hecho de la preservación de las montañas.

(1) V. al abate Hamard, *La Science Catholique*, Febrero de 1888, p. 172; y al abate Thomas, *Les Temps primitifs*, t. II, p. 220.

En cuanto á las curiosas consecuencias del Sr. Jaugéy, por más que hayan hallado algún eco (1), y que no sean del todo nuevas, pues el abate Moigno las había ya deducido (2), con una simple sonrisa reciben cumplida contestación. ¡Con que una inundación, la más espantosa que se ha visto, no dejó la menor señal por donde pueda reconocerla la ciencia, que ha logrado comprobar otras, relativamente insignificantes y mucho más antiguas! Será porque la Providencia velaba de una manera especial para que los hombres se olvidaran pronto de tan espantoso cataclismo, producido *para castigo y para escarmiento*. Muchas precauciones debieron sin duda tomarse á fin de que las embravecidas olas no levantaran ni un granito de polvo, y no arrastraran absolutamente nada, purificando la tierra de todas sus inmundicias, sin contaminarse ellas lo más mínimo, permaneciendo puras y cristalinas, para no dejar después ni el menor depósito ni la más insignificante huella, no fuera que algún pícaro geólogo llegara á reconocer que por allí había pasado el dedo de Dios. Pero es el caso, que, ahogando á todos los hombres y á innumerables animales, yo no sé que pudo hacerse de sus restos, para que no pudieran ser recono-

(1) Por ejemplo, en Mgr. Lamy. V. *Science Catholique*, Abril, de 1889, p. 313 y siguientes.

(2) *Les Splendeurs de la fol.*, t. III, p. 1133 y siguientes.

eidos. Quizá estarían preparados numerosos y enormes monstruos marinos para que, como á Jonás, fueran devorando los cadáveres enteros, yendo probablemente á arrojarlos después á... los espacios imaginarios. Y ¡buenos monstruos debían ser para tragarse rinocerontes y elefantes! Aunque es posible que no se atrevieran con éstos, y que por eso los hallemos acumulados en tan prodigiosa abundancia en el *diluvium* de Siberia. Tampoco debieron atreverse con las fieras, cuyos restos, en número incalculable, tuvieron que ser escondidos en los tenebrosos y casi inaccesibles antros, donde los geólogos han tenido la osadía de penetrar y descubrir tales secretos.

No podemos discutir seriamente, repetimos, una hipótesis, que, si algún calificativo merece, es el de pueril y ningún otro. Si alguien desca verla refutada, puede leer en la misma *Science Catholique* (1), las observa-

(1) Números de Enero, Febrero y Abril de 1898. Allí se puede ver una animada discusión, y como el Sr. Jougéy se empieza á batir en retirada. «Lejos de procurar destruir los vestigios de sus obras que él ha hecho *in manu forti* (dice el Sr. Chapron), Dios parece haber procurado muchas veces conservar los testimonios materiales.» ¿Qué se podrá responder prudentemente á argumentos tan sólidos como los tomados de las doce piedras que Josué mandó tomar del Jordán para levantar con ellas un monumento en testimonio, del maná y de la vara de Aarón, conservados en el arca; de la mujer de Loth, convertida en estatua de sal; de las ruinas de la torre de Babel, conservadas en el *Birs-Nimrud*; etc. etc.?

ciones de los abates, Robert, Hamard y Chapron, que el ilustrado Sr. Jaughey no tuvo inconveniente en consignar, y por lo cual no podemos menos de alabarle grandemente (1).

§. XIV. DIFERENTES OPINIONES ANÁLÓGICAS Á LA NUESTRA, Y QUE CONTRIBUYEN EN GRAN MANERA Á COMPROBARLA.

EXPUESTO ya y confirmado nuestro sistema, y refutados explícita ó implícitamente los contrarios, queremos terminar recordando á la ligera las muchas hipótesis que han guardado cierta analogía con nuestra tesis, y que concurren por lo menos á revestirla de vehementes probabilidades extrínsecas.

Tan luego como empezó á formarse la Geología, muchos y de los más eminentes sabios creyeron ver en las formaciones cuaternarias que indudablemente provienen de extraordinarias y portentosas inundaciones, los efectos del gran cataclismo que exterminó á la humanidad y asoló toda la tierra. De ahí los nombres de *diluvium* y de *depósitos diluviales* con que semejantes formaciones son aun hoy conocidas en la ciencia.

(1) Puede verse también otra relación en *Les Temps primitifs*, t. II, p. 218 y siguientes.

Bien sabidos son los nombres de los ilustres geólogos que, á la vez que fundaron la ciencia, quisieron rendir tributo á la revelación; hemos mencionado algunos, y tendremos aún ocasión de ir citando á otros varios.

Pero esa hipótesis, así enunciada, se hizo insostenible, desde el momento en que se demostró que el llamado *diluvium gris* era efecto de muchas y muy diferentes avenidas, acaecidas durante todo un larguísimo período. Entonces las opiniones empezaron á diverger: quien pretendió hacer al gran cataclismo completamente independiente de la Geología y sostener, con el abate Moigno (1), y como el Sr. Jaughey (2) ahora, que una inundación tan extraordinaria, no dejó la menor señal por donde pueda reconocerse; quien se esforzó, como el geólogo abate Lambert, (3) en identificar el diluvio bíblico, que fué único, universal, y duró sólo un año, con la prolongada serie de inundaciones parciales, que duran toda una época geológica.

No podían hallar mucho eco opiniones tan absurdas: los hombres más eminentes que se han consagrado á concordar la Biblia y la ciencia, permanecieron prudentemente indecisos sobre cual fué el verdadero efecto del di-

(1) V. *Splendeurs de la foi*, t. III, p. 1133 y sig. *Les Livres saints*, p. 455 y siguientes.

(2) V. *La Science Catholique*, Diciembre de 1887, Enero, Febrero y Abril de 1888.

(3) *Le Déluge mosaïque*.

ludio universal, pero no dudaron que pudiera y debiera reconocerse entre algunas de las formaciones diluviales y erráticas. Huyendo de aseveraciones prematuras, consideraron solamente la cuestión en general, haciendo ver que algunos de los depósitos cuaternarios pudieron muy bien ser producidos por el diluvio. Con tan laudable reserva, no podían menos de acertar. Entre los sabios que siguieron este camino, podemos citar á nuestros ilustres geólogos, los Sres. Vilanova (1), Landerer (2) y Almera (3), lo mismo que al eminente apologista abate Vigouroux, quien afirma expresamente que (4) «el diluvio mosaico debió ser una de las inundaciones que (en el período cuaternario) contribuyeron á modificar la superficie de la tierra... La Geología no podrá negar la posibilidad del diluvio, antes por el contrario nos ofrece testimonios en su favor» (5).

Otros, dando un paso más allá, quisieron señalar expresamente algunos de los efectos del gran cataclismo. Lograron acertar en

(1) *Geología*, p. 386.

(2) *Explicación del cuadro sinóptico de los tiempos primitivos*, p. 369, en el t. II de los *Anales de la Sociedad Española de Hist. Natur.*

(3) *Geología y Revelación*, p. 464, donde inserta las palabras del Sr. Landerer.

(4) *Manuel bíblico*, t. I, p. 559.

(5) De una manera muy análoga se acaba de expresar el Emo. Cardenal González, *La Biblia y la Ciencia*, t. II, p. 585.

parte, y en parte se equivocaron. El cardenal Wiseman (1) y el abate Gainet pretendieron ver en las piedras erráticas los efectos de la invasión de la mar, que contribuyó á formar el diluvio; y efectivamente, muchas de esas piedras, como probaremos muy luego, no tienen otra explicación; pero hay otras muchas en cuya distribución sólo intervino la acción de los glaciares. El abate Gainet, sobre todo, señala al diluvio otros numerosos efectos, que no le pertenecen de seguro, y son notablemente más antiguos (2).

El abate Thomas (3) va, si se quiere, más acertado; parece indicar primero, aunque siempre de una manera indecisa y confusa, que no todas las formaciones diluviales son efecto del diluvio bíblico, y que solamente le pertenecen las últimas, junto con la capa de lodo. Si así se hubiera expresado siempre, estaría en lo verdadero. Mas enseguida em-

(1) *Discursos sobre las relaciones entre la ciencia y la religión revelada*.

(2) V. *Accord de la Bible et de la Géologie*, c. II.—*Une hypothese*. En realidad el Sr. Gainet viene á atribuir al diluvio bíblico todas las formaciones diluviales y gran parte de las erráticas; distingue tres períodos en la gran inundación: el primero, caracterizado por la invasión de los mares del Norte, que llevan muchos témpanos de hielo, con grandes pedazos de roca; el segundo, por la tranquilidad de las aguas que cubrieron la tierra, y durante el cual se fueron depositando por orden de densidad, y en todas partes, los materiales del diluvio; y el tercero, por la retirada de las aguas, que trastornan los materiales depositados y los arrastran á los valles.

(3) *Les Temps primitifs*, t. II, p. 221 y 222.

pieza á atribuir al gran cataclismo efectos muy extraños, que nada tienen que ver con él. Sin embargo, termina diciendo, con mucha prudencia, que falta examinar si aquellos fenómenos se produjeron sincrónica ó sucesivamente, si fueron producidos por una ó por más catástrofes.

El notable geólogo, abate Hamard, procedió aún con mucho más tino, afirmando simplemente, al impugnar la opinión del señor Jaugéy (1), que en las formaciones diluviales se pueden reconocer los efectos del diluvio bíblico, y más aún, al examinar el libro del Sr. Howorth (2), cuando confiesa que se sintió muchas veces inclinado á pensar, con este autor, que al finalizar los tiempos cuaternarios se debió experimentar una inmensa inundación en todo el Universo.

Y el mencionado Sr. Howorth, al menos á juzgar por las escasas noticias que acerca de su notable trabajo, *El Mammút y el Diluvio*, poseemos, parece ser el que más se acercó á la verdad. «Pasa revista por las diversas partes del mundo, escribe el abate Hamard (3), y pretende comprobar en todas, y en épocas que cree idénticas, las trazas de fenómenos inexplicables fuera de su teoría. En Francia nos muestra acá y allá, especialmente en

(1) V. La *Science Catholique*, Febrero de 1888.

(2) En la misma *Science Catholique*, Noviembre de 1888.

(3) *Ibid.*, p. 764 y 765.

la planicie de Santenay, montones de osamentas pertenecientes á animales los menos habituados á vivir juntos, y desafia á los geólogos á que expliquen semejante aglomeración de otra manera, que por una invasión súbita de las aguas. Invoca además la laguna que, según los jefes de la escuela prehistórica, separó la época paleolítica de la neolítica, los tiempos cuaternarios de los actuales... Insiste, como es natural, sobre el hecho, aún no explicado, de la extinción, probablemente súbita, de los innumerables elefantes, que poblaban en otros tiempos la Siberia, y que alimentan hoy el comercio del marfil fósil. Para él no hay duda que todos estos elefantes fueron sorprendidos por una inmensa inundación. Pasando á la isla de Malta, atribuye á la misma causa la aglomeración, por lo menos chocante, de animales terrestres y marinos, cuyos restos se ven confusamente mezclados en las cavidades de las rocas. Las dos Américas dan lugar á una observación análoga. Allí también la época cuaternaria tiene su fauna especial, más numerosa aún que la de Europa, y cuya desaparición, no puede casi explicarse, por confesión del mismo Darwin, sino por *alguna gran catástrofe*. Lo mismo se nota en Australia y en Nueva-Zelanda; donde vemos un extraño amontonamiento de animales los más diferentes, sepultados de una manera confusa, á profundidades que alcanzan á veces 150 ó 200 piés. Sólo

una inmensa inundación pudo producir tales efectos. La conclusión del Sr. Howorth es, que el diluvio, afirmado por la tradición, lo es aún más por la ciencia contemporánea.»

Como se ve por ahí, los argumentos del sabio Sr. Howorth están tomados de la Paleontología y de la Arqueología; en otro trabajo piensa completar su tesis bajo el punto de vista estratigráfico. Ojalá lo hubiera hecho á la vez, y habría probablemente evitado un gravísimo error, que, según los pocos datos que tenemos á la vista, es casi el único que ha cometido; pero que contribuye á debilitar en gran manera sus fundados argumentos.

El diluvio no acaeció, ni se concibe que pudiera acaecer, entre los tiempos cuaternarios y los actuales (1), separados, no por cataclismos ó inundaciones, sino por una modificación paulatina y gradual del clima, que hizo sucediera, al régimen *extremadamente seco y frío* de la edad del reno, otro más templado y húmedo, de que gozamos ahora (2). La universal inundación se verificó al terminar la edad del *E. primigenius*; entonces se

(1) Los tiempos cuaternarios, tal como suelen entenderse ordinariamente, terminan con la edad del reno; la época actual empieza con la introducción de las industrias neolíticas.

(2) «Bajo el punto de vista geológico, me apresuro á decir, escribe el Sr. Cartailhac, que ningún accidente brusco puede ser invocado para explicar esta separación (de los tiempos paleolíticos y los neolíticos). Lo que comprobamos es la llegada de un periodo de notable tranquilidad.» *La France Préhistorique*, p. 122.

depositó el loes, que *recubre* todos los animales que el Sr. Howorth, con sobrada razón, reconoce como anegados por el diluvio. La extremada sequedad de la edad del reno, es incompatible con inundaciones considerables, y el frío riguroso y característico no pudo permitir vivieran entonces rinocerontes y elefantes, que vinieran después á ser exterminados en tan prodigioso número.

En vano se invoca, por otra parte, esa laguna que se ha pretendido reconocer entre la edad paleolítica y la neolítica, pues, como veremos á su tiempo, está ya demostrado que esas dos edades se funden una con otra, habiéndose verificado el tránsito de una manera rápida, sí, pero de todos modos bastante gradual. Por más que el Sr. Howorth desecha en absoluto toda división de los tiempos paleolíticos, nosotros probaremos, en su debido lugar, que dentro de ellos es donde precisamente se nota una perfecta interrupción en la industria humana, con la cual empieza la época de la Magdalena, correspondiente á la edad del reno. Entonces hubo también una completa extinción de la única raza más antigua, la de Canstadt, que es reemplazada por otras nuevas; las cuales, lejos de desaparecer en la edad neolítica, permanecen hasta nuestros días.

Y nada importa que á veces los yacimientos paleolíticos primitivos estén separados de los neolíticos, por una capa considerable de

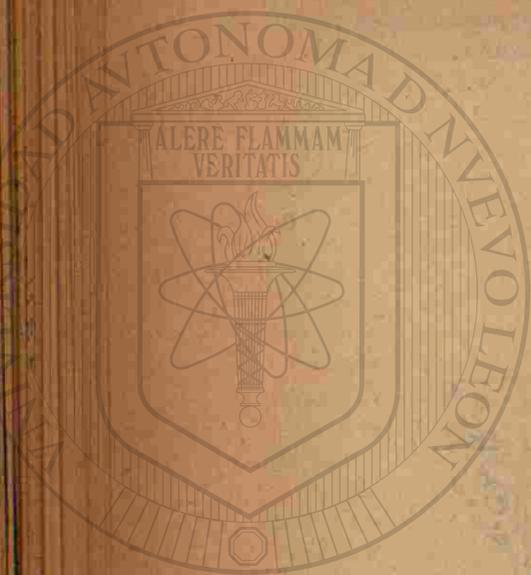
sedimentos, en que no se ve la menor huella del hombre; esto lo que prueba es que, después del diluvio, nuestros países no acabaron de quedar suficientemente poblados, hasta que se verificó la invasión de las razas neolíticas. Los depósitos estériles suelen corresponder á la edad del reno, es decir, á los tiempos que sucedieron inmediatamente al diluvio (1). Por otra parte, al reconocer el gran cataclismo, en una época tan reciente, y casi del todo histórica, no podrá el Sr. Hovvorth dar razón de la antigüedad de las razas humanas actuales que aparecen ya del todo formadas, y poseyendo muy diversos idiomas, en la misma edad neolítica.

Pero corregido ese yerro, gravísimo y trascendental, los argumentos del sabio inglés adquieren gran fuerza, y muchos de ellos, al menos, serán del todo insolubles. Su teoría corrobora enérgicamente á la nuestra. La cual queda además firmemente confirmada con el parecer de tantos otros eminentes sabios, que creen que, en las formaciones diluviales, se pueden reconocer los efectos del di-

(1) Por lo que mira á la capa de depósitos estériles posteriores á la edad del reno, que se notan en algunas cavernas, debemos decir que corresponden á la época en que los hijos de los trogloditas empezaron á abandonar aquellas moradas; pues desde entonces quedaron la mayor parte de ellas por largo tiempo vacías. «La industria de los más antiguos yacimientos neolíticos no se halla, por decirlo así, presentada en las cavernas.» Cartailhac, *loc. cit.*, p. 123.

luvio bíblico; pues si algunas de ellas revisiten los caracteres que á este corresponden, no hay duda que lo son precisamente las que nosotros hemos designado.





### CAPÍTULO III.

∞∞

LA REALIDAD DEL DILUVIO DEMOSTRADA  
POR LA ANTROPOLOGÍA Y LA PREHIS-  
TORIA.

#### ARTÍCULO I

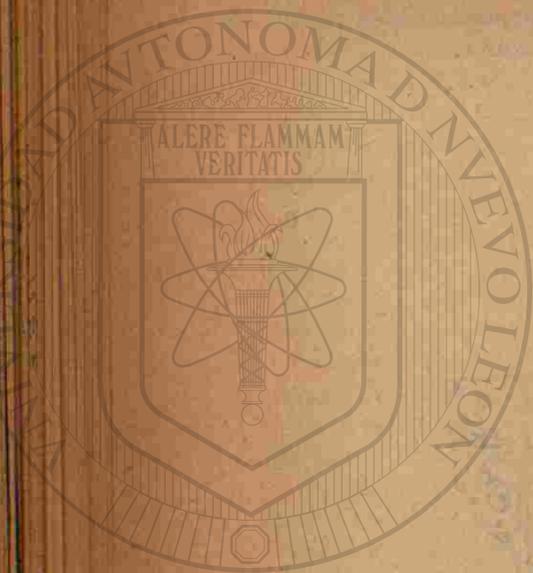
*Al empezar la edad del Reno hubo una completa interrupción y una perfecta sustitución en la industria humana, por lo menos en Europa.*

§. I. ESTADO ACTUAL DE LAS SOBREDICHAS  
CIENCIAS.



EMOS expuesto alguna que otra de las muchas dificultades geológicas, que en la teoría de un diluvio universal, entendido como nosotros lo entendemos, se resuelven perfectamente, y que no pueden resolverse en ninguna otra.

Ahora pasamos á dificultades de otro orden, queremos penetrar en el escabroso



### CAPÍTULO III.

∞∞

LA REALIDAD DEL DILUVIO DEMOSTRADA  
POR LA ANTROPOLOGÍA Y LA PREHIS-  
TORIA.

#### ARTÍCULO I

*Al empezar la edad del Reno hubo una completa interrupción y una perfecta sustitución en la industria humana, por lo menos en Europa.*

§. I. ESTADO ACTUAL DE LAS SOBREDICHAS  
CIENCIAS.



EMOS expuesto alguna que otra de las muchas dificultades geológicas, que en la teoría de un diluvio universal, entendido como nosotros lo entendemos, se resuelven perfectamente, y que no pueden resolverse en ninguna otra.

Ahora pasamos á dificultades de otro orden, queremos penetrar en el escabroso

terreno de la Antropología y de la Prehistoria. Aquí se nos ofrecen desde luego miles de cuestiones delicadísimas y trascendentales, cuya solución se hace, hoy por hoy, tanto más difícil, cuanto que las ciencias antropológicas están aún por formar, y apenas poseen un dato seguro. Los hechos son muy escasos y demasiado controvertidos, para que nos puedan servir de base firme; quisiéramos examinarlos á la luz del diluvio universal, para que se viera claro cuán conformes están las demostraciones verdaderas de la ciencia, con las verdades reveladas; pero... la ciencia en este punto aún no ha demostrado nada. Los antropólogos disputan, escriben, celebran ruidosos congresos, mas hasta el día, semejantes á los antiguos sofistas, saben defender con la misma facilidad el *pro* y el *contra* de cualquiera cuestión, sin hallarse jamás conformes en una sola. Poco importa que eleven hasta las nubes su ciencia, porque una ciencia que aun carece de todo principio seguro y base firme, por más trascendental que sea, es simplemente un nombre vano y retumbante, una columna... de humo, que la derriba y desvanece un soplo.

A diferencia de la Geología, que es ya una ciencia formada, y que, á pesar de no hallarse, con respecto al período cuaternario, muy adelantada todavía, presenta, con todo eso, acerca de él, muchos datos segurísimos y hechos incontrovertibles, que nos pueden ser-

vir de base, y en los cuales nos hemos apoyado para hacer ver su absoluta conformidad con las verdades reveladas; la Antropología y la Prehistoria están por formar, y no nos ofrecen aún nada de positivo. No hay en ellas un hecho, que no tenga sus adversarios, ni una afirmación, que no tenga numerosos contradictores.

Las diferentes sucesiones de la industria humana, las fases de la edad de piedra, establecidas por Mortillet, hoy tienen ya más enemigos que amigos. Pues bien, por lo que hace á las razas prehistóricas, nadie se puede atrever á asegurar con certeza, cuáles fueron las primeras, ni con qué orden se sucedieron, aun siquiera con respecto al centro de Europa. Un cráneo, más ó menos mal conservado, con caracteres difíciles de interpretar, y hallado en yacimientos tan dudosos, que se han tenido no pocas veces por terciarios, siendo en realidad depositados en la edad reciente; he ahí el fundamento en que estriba el orden y sucesión de las razas (1).

(1) El Sr. Cartailhac, cuyo testimonio no puede ser sospechoso, en su reciente obra, *La France Préhistorique*, en el capítulo intitulado *Osamentas humanas en los aluviones*, se expresa de esta manera: «Debemos aún añadir que, en la mayoría de los casos, es difícil tener una confianza absoluta en la edad de esos restos. Las causas de removimiento de las capas que las contienen, son numerosas, y además, con frecuencia, las observaciones carecen de precisión ó de autoridad.» Y más adelante, al finalizar su trabajo, termina diciendo (p. 328): «La

§. II. LAS CIENCIAS PREHISTÓRICAS NECESITAN FUNDARSE EN DATOS GEOLÓGICOS SEGUROS.—BASE DE NUESTRO SISTEMA.

SIN embargo, fijándonos sólo en los hechos menos dudosos y más comunmente admitidos y tomando como base las seguras enseñanzas de la Geología, vamos á ensayar la manera de estudiarlos á la luz del diluvio, para hacer resaltar la verdad de los que pueden ser verdaderos y la falsedad de los falsos; ya que no podemos ensayar una verdadera concordancia, pues nos falta uno de los términos.

«La Geología nos enseña, decía el ilustre Hebert (1) en el Congreso antropológico de

mayor parte de estas piezas, á la verdad, no están datadas, y no hallarian, sin duda, gracia ante un jurado de geólogos, habituados como están á un gran rigor, y á no contentarse con probabilidades superficiales. Admitiendo un veredicto favorable, se debe preguntar si una serie tan restricta de cráneos incompletos y de mandíbulas podrá aclarar seriamente el complicado problema del origen y de la historia de las razas humanas fósiles.

«En la paleontología humana, añade enseguida, apropiándose las célebres y sabias palabras del profesor Serres, el error nos amenaza por tantos lados, que no se acertará á tener suficiente precaución en las inducciones que se deducen de la consideración de los restos óseos.»

(1) V. Cotteau *Le Préhistorique*, p. 112 y 113.

Bruselas, que por encima de los terrenos cuaternarios inferiores (1) existe una laguna, un *hiatus* considerable, que debe necesariamente corresponder á una laguna de la misma naturaleza en los hechos arqueológicos. Diga lo que quiera el Sr. Fraas, los animales, cuyos restos se hallan en las capas inferiores, no son los mismos, que aquellos que caracterizan los depósitos superiores.»

Estas palabras fueron oídas, con muchas muestras de aprobación y complacencia por el Congreso; y el Sr. Cotteau, resumiéndolas escribe (2): «Solamente después del depósito de arcilla roja, con sílex quebrados, es cuando vienen los yacimientos superiores del señor Mortillet, y, probablemente, la mayor parte de las capas formadas en las cavernas. Mientras se depositaban las arcillas rojas, el hombre no podía vivir en Europa, que, en gran parte, estaba sumergida» (3).

¿Podían hablar estas dos grandes eminencias, de una manera más clara de la extraordinaria y prodigiosa inundación que produjo al *loes*, cuya capa superior, metamorfoseada, son esas *arcillas rojas*?

(1) Entiende por terrenos cuaternarios inferiores, los formados antes de la edad del reno; el *hiatus* se refiere al momento en que se acabó de formar la arcilla roja (*loes*), como puede verse por el contexto del discurso.

(2) *Obra citada, ibid.*

(3) V. Hebert, en el *Bull. Soc. Géol.*, 22 de Octubre de 1877, p. 742.

Nosotros estamos pues perfectamente conformes con tan sabia apreciación; al depositarse el loes, ya no podía haber hombres en Europa, pues habían perecido ahogados. Este es un hecho segurísimo, adquirido por la ciencia, y en el cual creemos que no tardarán en convenir la inmensa mayoría de los sabios; un hecho, que teníamos ya probado hasta la evidencia, y que con la respetable opinión de Hebert y de Cotteau, que muestra bien á las claras seguirla, y aún, podíamos añadir, de la mayoría del Congreso, que la oyó con señales de aprobación, acaba de quedar del todo confirmado.

Fundados pues en él, vamos á determinar, lo mejor que nos sea posible, cuáles sean las razas y las industrias antediluvianas y postdiluvianas en Europa. Serán antediluvianas todas aquellas cuyos restos se hallan en el loes ó depósitos más antiguos, si consta que no han sido introducidos allí por mano del hombre, y que los yacimientos se hallan intactos y nada removidos. Y serán postdiluvianas, las que han dejado señales de su existencia en formaciones posteriores al loes, ó bien en este mismo, pero depositadas artificialmente. Todas las otras serán más ó menos dudosas, y no podremos determinar, con entera seguridad, la época á que pertenecieron.

§. III. LAS POBLACIONES NEOLÍTICAS SON POSTERIORES AL DILUVIO, PERO NO SON LAS PRIMERAS POSTDILUVIANAS EN EUROPA.

PUES bien, á juzgar sólo por la industria y por las razas, lo que á primera vista se le podría ocurrir á uno es, que la interceptación causada por el diluvio se halla entre la edad paleolítica y la neolítica. «Todo el mundo reconoce, dice á este propósito el señor Quatrefages (1), que las poblaciones neolíticas han venido de lejos, y han traído consigo industrias hasta entonces desconocidas... y un nuevo estado social.» «Cierta número de tribus, añade en otro lugar (2), siguió el curso del sol y llegó á Europa. Aun hoy mismo, las osamentas de animales y las semillas que hallamos en las ciudades lacustres ó en los dólmenes, atestiguan el origen extranjero de los hombres neolíticos, y nos dan noticia acerca de una de las grandes etapas en que se habían detenido aquellos de nuestros padres, que trajeron consigo, hasta los últimos límites occidentales del continente, los primeros elementos de toda civiliza-

(1) *Introduction à l'étude des Races Humaines*, p. 117.

(2) *Ib.* p. 140.

ción, la cultura del suelo y los animales domésticos.»

Es un hecho universalmente reconocido, que las razas neolíticas han venido del Oriente, trayendo consigo una civilización relativamente avanzada. Y según el Sr. Belgrán quiso hacer ver ante el mencionado Congreso de Bruselas, «una revolución meteorológica ha causado la transición de la época cuaternaria á la de la piedra pulimentada (1).»

Las razas neolíticas son pues del todo posteriores al diluvio, y sus aventajadas industrias nos atestiguan la gran civilización que, muy pronto después del cataclismo, se debió desarrollar dentro del Asia. Allí en las grandes llanuras del Sennaar, gozaban los hombres de un clima bien diferente del característico de la edad del renacimiento, que nuestro continente experimentaba entretanto. Allí crecían y prosperaban, hasta construir el gran monumento comenzado por la soberbia y terminado por la confusión. Sin poder entenderse ni permanecer por más tiempo reunidos en Babel, emigraron en diferentes sentidos; pero los que se dirigieron hacia el N. O. al hallarse con el fríasimo clima, que á la sazón reinaba aún en Europa, no se atrevieron á pasar adelante, y se quedaron cerca del

(1) V. Cotteau, *Le Préhistorique*, p. 111.

Cáucaso, estableciéndose en la Armenia y en otros países circunvecinos.

Entretanto, lejos del centro de la civilización y de la ciencia, fueron olvidando muchos de los preciosos conocimientos que habían adquirido en la infancia; pero siempre conservaron no pocas reliquias de su antigua y floreciente industria, sobre todo en aquellas cosas que más se relacionaban con sus necesidades diarias. Al irse allí multiplicando, debieron irse á la vez rehaciendo de su decadencia, mientras que en la Europa se iba dulcificando el clima y sucediendo un régimen mucho más templado y suficientemente húmedo.

Entonces, hallando ya abiertas las puertas de este nuevo mundo, el instinto de la emigración, que les dominaba, les hizo irse lanzando, unos en pos de otros, en busca de nuevas y hospitalarias tierras, en que pudieran dilatarse, para consagrarse de lleno á su vida esencialmente pastoril, y algún tanto agrícola.

Pero al ir penetrando en Europa, se hallaron con otras varias razas inferiores, que les habían precedido durante la edad del renacimiento, y que sólo poseían ciertas industrias rudimentarias. No les fué difícil, en virtud de su propia superioridad, y de sus perfectísimas armas, y aun quizá de su mayor número, avasallar y absorber á aquellos antiguos habitantes de las cavernas. Sin embargo, muchos de éstos conservaron por largo tiempo

su independencia y su género de vida, á causa de su aislamiento y de vivir en parajes que los invasores no envidiaban; más la inmensa mayoría quedaron absorbidos por éstos ó emigraron hacia el Norte en prosecución del reno, su caza favorita.

Así se verificó bastante repentinamente, el notabilísimo cambio de las razas inferiores por otras superiores y de la edad paleolítica por la neolítica.

Los hombres de esta última edad, aunque estaban muy lejos de la vida floreciente de los países de donde se habían dispersado, traían empero consigo los elementos de una duradera y sólida civilización: *la cultura del suelo, y los animales domésticos*, como dice muy bien Quatrefages. Así quedaron abstraídos á los azares de la caza, y tuvieron asegurado el sustento diario.

Además sabían fabricar preciosas armas de piedra, ya que las metálicas, por no hallarse en todas partes los materiales, ó por no saber todos la manera de explotarlos, habían quedado entre ellos, desde hacía mucho tiempo, en desuso y casi en olvido. Sin embargo, bien pronto, ya fuera por el roce con otros pueblos venidos del Oriente, bien porque algunos de ellos conservaran quizá ciertas nociones de metalurgia, empiezan á usar, junto con la piedra, ciertos instrumentos, de cobre primero, luego de bronce y mucho más tarde de hierro.

Hemos dicho que los hombres neolíticos, al llegar á Europa, la encontraron ya más ó menos poblada por otras razas inferiores; eran éstas las de los antiguos trogloditas de la *edad del reno* y las que más tarde empezaron á acumular esos depósitos formados de productos de la caza y de la pesca, con varios restos de cocina, y que se conocen con el nombre de *kiokenmodingos* ó paraderos.

De manera que las razas neolíticas, si bien acabaron por ocupar toda la Europa, no fueron en realidad las primeras en poblarla después del diluvio. Durante aquel frío intensísimo de la *edad del reno*, había ya en nuestros continentes algunas tribus, si bien no muy numerosas, que se guarecían en las cavernas, y por esa razón se llaman *trogloditas*, y que no conocían más que la piedra tallada, pero no la pulimentada; estas fueron pues las primeras que habitaron en nuestros países después del gran cataclismo.

Determinar á punto fijo las razas á que pertenecían y las industrias que cultivaban, deslindándolas perfectamente de las antediluvianas, parece tarea casi imposible, con los escasos progresos que en este punto ha hecho la ciencia.

§ IV. LAS CUATRO FASES DE LA EDAD PALEOLÍTICA, ESTABLECIDAS POR EL SR. MORTILLET, CARECEN DE FUNDAMENTO, Y SÓLO EXISTEN DOS BIEN DESLINDADAS, LA «ACHEULIANA» Y LA «MAGDALENIANA».

Los sabios no quieren ver hasta el día más que una larga y continua sucesión de razas invasoras, verificada durante el largo período prehistórico, razas, que en algunos casos, lograron exterminar ó expulsar á algunas de las que les habían precedido; pero que de ordinario continuaron viviendo reunidas, ó unas al lado de otras. En cuanto á las industrias, tampoco ven más que un sucesivo perfeccionamiento, si bien este se verificó rápidamente de la edad paleolítica á la neolítica, por lo cual admiten algunos entre esas dos edades un *hiatus* considerable, mientras otros explican el hecho por una invasión de razas muy poderosas y adelantadas, que en poco tiempo absorbieron á las antiguas.

Nosotros estamos del todo conformes con esta última opinión (1), pero creemos á la vez

(1) Que no hay verdadero *hiatus* entre la edad paleolítica y la neolítica, y que esta división tiene, á lo sumo, un valor puramente local, lo prueban bien las siguientes palabras del Sr. Quatrefages (*Races humaines*, p. 214 y 215): "Se expondría

que entre los hombres antediluvianos y postdiluvianos, lo mismo que entre sus respectivas industrias, se puede hallar una separación bastante marcada, por más que no la quieran ver los sabios, que, con no sabemos qué prisma, han examinado hasta el día la materia.

Creemos, y tenemos para eso bien sólidos

uno á cometer graves errores, admitiendo, sin otras pruebas, que dos poblaciones son ó no contemporáneas, tan sólo porque se parecen ó difieren en la manera de tallar la piedra, ó en el conocimiento de los diversos metales. He dicho ya cómo las artes de la piedra pulida debieron necesariamente ser muy anteriores á la llegada de las poblaciones neolíticas á Europa. Es evidente que estas trajeron á nuestros países industrias ya antiguas en el centro de donde habían salido; del mismo modo que nosotros hemos enseñado á las poblaciones salvajes las que nosotros poseíamos desde hace siglos. Seguramente que muchas tribus de nuestros cazadores de renos, que no conocían más que la piedra tallada, fueron contemporáneas de los hombres que pulían ya sus hachas, criaban ganados y sembraban trigo. Cuando se trata de la antigüedad relativa ó del sincronismo, no se puede por consiguiente concluir de Europa al Asia, partiendo de datos exclusivamente arqueológicos... La intervención de un pueblo iniciador ha hecho con frecuencia que razas enteras franquearan algunas de las diferentes etapas establecidas por los arqueólogos en los tiempos prehistóricos. En nuestros días, á consecuencia de sus relaciones con los Europeos, los Americanos pasaron bruscamente de las edades de piedra ó de cobre, á la de hierro; los Polinesios no conocieron ni el cobre ni el bronce. Hechos análogos sucedieron en el pasado. Dinamarca no conoció la edad de cobre. Los Fineses de Finlandia pasaron, sin intermedio del cobre, al hierro y al acero.— Véase á este propósito á Al. Bertrand, *Archéologie celtique et gauloise*; Chabas, *Etudes sur l'antiquité historique*.

fundamentos, que la *edad paleolítica* sólo presenta dos fases bien marcadas, y no cuatro, como con tanto aplomo establece Mortillet; porque las tres primeras, es decir, las que llama de *Saint-Acheul*, de *Moustiers* y de *Solutré* no se diferencian más que en un ligero perfeccionamiento en los sílex (1) y esto no basta para establecer edades, pues diferentes tribus y aun diferentes individuos pudieron simultáneamente tallar la piedra con distinta perfección. Por otra parte los sílex que se consideran como tipos de las tres finidas edades, se encuentran con frecuencia mezclados en un mismo yacimiento (2). Ade-

(1) Lapparent (*Géologie*, p. 1235) las describe así: "La más antigua sería aquella en que dominan los instrumentos triangulares ó amigdaloides, tallados en astillas por ambas caras y por retoques sucesivos. El tipo existe en Chelles cerca de París y en Saint-Acheul... De ahí los nombres de *chelleano* ó *acheulano*. En seguida vendrían los instrumentos tallados por una sola cara, y formados con frecuencia por largas astillas à manera de *raspadores*. Es el tipo de la gruta de Moustier ó *mousteriano* de Mortillet... Quizá la fase de la Magdalena esté separada de la precedente por una etapa intermedia, en que los sílex, mejor tallados que en Moustier, no están acompañados de utensilios de hueso. Esa sería la industria de Solutré, ó el tipo *solutreano*."

(2) M. D'Acy, que posee una colección *chelleana* más considerable aún que la del Museo de *Saint-Germain*, protesta contra la unidad, que establecía Mortillet, de instrumentos en aquella época. "Me creo en derecho de afirmar, escribe (*Bull. Société anthropologique*, 1887. p. 163 y 222), que el útil *chelleano* está muy lejos de ser uno; que hay por el contrario en Chelles y en St-Acheul una gran variedad de útiles ó de armas... Afir- mo, escribe en otro lugar, hablando de este último yacimiento,

más los de *Saint-Acheul* debieran hallarse siempre acompañados de los restos del *Elephas antiquus*, sin embargo, eso acaece sólo en casos excepcionales, y en cambio existen en gran abundancia en medio de las gravas en que domina el *E. primigenius* (1).

Por estas y otras muchas razones, y muy particularmente por notarse aquí muy bien la manía de Mortillet, quien se empeña siempre en generalizar hasta los hechos más ais-

que todos los tipos se encuentran en todos los niveles, desde las capas que reposan sobre la creta, hasta la base del todo... La superposición de un tipo á otro no existe, y los sílex de la forma de *Moustier* son tan abundantes en las capas inferiores como en las superiores... Mi colección encierra 385 ejemplares del tipo *acheulano* y 230 del de *Moustier*, lo cual es ya una buena prueba de que este último no es tan raro como se supone... Véase la interesante obra, *Antiquités Nationales, Description Raisonnée du musée de Saint-Germain.—Époque des alluvions et des cavernes*, por S. Reinach, donde este ilustre sabio añade: "Tanto en Saint-Acheul, como en Chelles, hay instrumentos de tipos diferentes, que corresponden á diversas necesidades... Y en otro lugar (p. 94 y 95) se expresa de esta manera: "Cuando se afirma, como verdades de experiencia: 1.º que los sílex del tipo *mousteriano* están sobrepuestos á los del *chelleano* en todos los yacimientos no removidos; 2.º que los útiles de los mismos tipos se encuentran siempre en los mismos niveles geológicos y en compañía de la misma fauna; semejantes proposiciones, ya contestables para la Galia, resultan enteramente inadmisibles, cuando se trata de extenderlas á lo restante de Europa ó del mundo... La variedad de industrias cuaternarias es, sin duda alguna, incontestable; lo que no se ha probado es su superposición ó sucesión cronológica constante."

Casi de la misma manera se expresa el Sr. Cartailhac, *La France Préhistorique*, p. 50-51.

(1) V. Lapparent, obra cit. *ibid.*

lados, si conviene á sus propósitos, de ordinario hostiles á la religión; sus infundadas divisiones han sido y son tantas veces desmentidas é impugnadas por los sabios de mayor competencia (1).

(1) Estas divisiones de Mortillet se van desacreditando más y más, de día en día; puede verse sobre este particular al abate Hamard, (en *La Science Catholique*, Mayo de 1887 y Noviembre de 1888) aunque no estamos conformes con todas las apreciaciones de este sabio geólogo.

En el último de los lugares mencionados (p. 762), escribe: «No estaba lejos (Mortillet) de extender á todo nuestro continente esa sucesión de los instrumentos de piedra; cuando las más de las veces los tipos en cuestión se encuentran no sólo confundidos ó intimamente mezclados, sino sobrepuestos en orden inverso del que exige la teoría. Ann hace poco que aplicaba esta clasificación á Argelia, que, sin embargo, por confesión de M. Cartailhac, no ha ofrecido nada que se le parezca.»

Por lo que mira á Italia, los más célebres paleontólogos del país, y al frente de ellos Pigorini director del Museo prehistórico de Roma, protestan contra semejante división, y dicen que en todas partes han hallado confusamente mezclados los tipos que Mortillet señala como sucesivos.

V. *Rendiconti della R. Accademia dei Lincei*, sesión del 16 de Enero de 1887.

M. de Mortillet, que siente la necesidad de salvar sus teorías, próximas á oscurecerse, ha negado sencillamente esos descubrimientos. Pero como éstos no por eso dejaron de presentarse con toda la brutalidad del hecho, se esforzó por conseguir el silencio de los autores: «Eliminad esta parte (los objetos incómodos) escribía á uno de aquellos, y tendréis una bella página en la historia de la paleontología.» Estas palabras halagueñas recuerdan las de Satanás: *Haec omnia tibi dabo*. Pero, como el tentador del Evangelio, M. de Mortillet sólo miraba por sus propios intereses. El indócil adversario ha mantenido sus opiniones, con gran desesperación del jefe de la escuela prehistórica. Y no es solamente allende los Alpes, donde

Lo que sabemos de positivos es que los sílex del tipo llamado *Saint-Acheul* existen en gran abundancia entre las gravas en que domina el *E. primigenius*, y como éstas fueron, en su mayoría, depositadas durante el diluvio ó inmediatamente antes, según dejamos demostrado; debemos reconocer que hasta el gran cataclismo duró la edad *Acheuliana*. Las otras dos fingidas edades, que corresponden también á la época del *E. primigenius*, no pueden hallar cabida, y quedan por sí mismas desechadas (1).

los hechos rehusan prestarse á las exigencias de la teoría. Yo he señalado un número considerable de descubrimientos hechos en nuestro propio país, que van manifestamente en contra de ella.» (Hamard, en *La Science Catholique*, Mayo de 1887.)

Las palabras de Mortillet á su buen amigo italiano, no necesitan comentarios; revelan muy bien el carácter del autor y la fe que merecen todas sus afirmaciones. Cualquier hecho que cuadre con sus astutos designios, por muy aislado que sea, nos lo presenta siempre como general; los hechos contrarios, aunque sean muchos y muy repetidos y auténticos, siempre los tiene por falsos. Muchos ejemplos pudiéramos citar; pero las palabras arriba subrayadas nos dispensan de aducir más pruebas. Pueden con todo verse algunos en el núm. de Octubre de 1888 de la revista mencionada.

(1) Debemos con todo advertir que hay algunos yacimientos, considerados como *solutreanos* y aun *montervianos*, y que sin embargo pertenecen sin duda alguna á la época de la Magdalena, y aun son quizá posteriores á ella; las restantes coinciden en un todo con los *chelleanos*. La misma estación de Solutré, considerada como tipo, es sumamente dudosa. El Sr. Cartailhac (*La France Préhistorique*, p. 57 y 58) lo reconoce y confiesa ingenuamente. «No sería imposible, escribió en primer

Por lo que hace á la cuarta edad ó de la *Magdalena*, ya hay bastante mejores fundamentos para separarla por completo. El mismo Mortillet lo reconoce muy bien, pues la contrapone á las otras tres reunidas. Divide toda la edad paleolítica en dos grandes secciones: A) *instrumentos de piedra*; B) *instrumentos piedra y hueso*. La primera la subdivide en tres fases, la segunda no puede

lugar, que esta estación fuera, como las de las grutas de Menton, más ó menos sincrónica de la de la Magdalena... Esa industria, que varia del Dordogne, á la cuenca del Saone, y á los bordes del Mediterráneo; está señalada en Italia, en Bélgica y en Inglaterra. Sus yacimientos son raros hasta el presente y *mal caracterizados*. Y más adelante, después de haber examinado con gran detención el yacimiento de Solutré, concluye diciendo (p. 93 y 97): «Entre estas tumbas hay algunas de la edad de la piedra pulida, bien caracterizadas, una por un vaso estérreo de tierra, adornado de cuatro asas, mamelonadas, y provistas de un agujero de suspensión, las otras por fragmentos de cerámica de aspecto neolítico. Una sepultura de la cumbre del otero, pertenece á los tiempos históricos; otra ha ofrecido el esqueleto de una joven con un collar de vidrio y una sortija de bronce, con cruz y letras grabadas; otros muchos cuerpos estaban en el mismo caso. En fin, el Sr. Arcelin recogió un fragmento de inscripción funeraria romana y ladrillos con reborde en los muros de una pequeña cavidad. Este autor reivindica para la edad del reno todos los casos de superposición exacta de tumbas y de hogares. El Sr. abate Ducrost atribuye á esta época los esqueletos que *el mismo* halló en esta situación; pero abandona á la edad de la piedra pulida, á los Galo-Romanos quizá, la mayor parte de los que exhumaron los Sres. Ferry y Arcelin... El Sr. Arcelin no sostiene ya la antigüedad de las tumbas con losas; el Sr. Ducrost abandona igualmente aún la tumba cerrada, que contiene, junto con el cuerpo humano, huesos de reno y cuchillos de sílex. Debieron recogerse estas

subdividirse y forma un todo perfecto y único; la época *Magdaléniana*, que por estar tan bien deslindada, es reconocida como tal, por casi todos los sabios.

Hé aquí el resumen que hace el Sr. Cotteau (1) de la exposición del Sr. Mortillet ante el Congreso de Bruselas: «La segunda subdivisión, es decir, la de *instrumentos* de sílex y de hueso, no comprende más que una época sola, la *época de la Magdalena*, durante la cual se manifiesta un gran progreso en la industria. Se trabajan aún los sílex, pero el hueso ha llegado á ser la materia principal, y sirve para fabricar los instrumentos más variados, y con frecuencia los más delicados. Se le esculpe cuidadosamente, y á esta época de la Magdalena es á la que pertenecen esos bastones de mando, esos

piezas durante la escavación de la fosa, y colocarse en el cajón con alguna preocupación supersticiosa, tanto más cuanto que se había puesto el cuerpo en un espeso lecho de cenizas, evidentemente tomadas de algún hogar vecino... En resumen, este cementerio de Solutré comprende sepulturas de épocas muy diversas; unas son merovingias, romanas, neolíticas. La edad de las otras *no puede determinarse*. Es muy posible que acá y allá haya esqueletos de los cazadores de renos, pero no tenemos un medio para reconocerlos con seguridad y distinguirlos. Nos falta el criterio estratigráfico y arqueológico, y no podemos recibir ninguna ayuda de la craniología.»

En la misma obra del Sr. Cartailhae, pueden verse otros varios ejemplos de yacimientos muy dudosos y complicados, y que se han tenido sin embargo por simplemente solutreanos ó mousterianos.

(1) *Le Préhistorique*, p. 110.

mangos de puñales, todos esos objetos de marfil, tan sencilla y tan maravillosamente grabados, recogidos en las cavernas del Périgord.»

El Sr. Lapparent la describe diciendo (1): «La última fase está caracterizada por una mucho mayor finura en el trabajo de los sílex, y por hallarse asociados los útiles de piedra con instrumentos de hueso ó de marfil adornados á veces de cinceladuras. El tipo existe en las cavernas de la Magdalena (Périgord) y de allí el nombre de *Magdalena*... Esta fase corresponde á la *edad del reno* (*Cercus tarandus*), asociado con el antilope saiga, la zorra argentada, la marmota, la rupicabra, el rebezo, y aun con el mammut en vía de desaparición (2). Á esta época corresponden las grutas y abrigo célebres de Eyzies, de Laugerie-Basse, de Bruniquel en la cuenca del Dordogne, y otros muchos de la región tolosana, del Arriège, de Saboya y de Bélgica. Allí se encuentran astas de reno esculpidas, lo mismo que pedazos de marfil, en que están figurados el reno y el mammut, provisto de crines.»

(1) *Géologie*, p. 1235.

(2) Ya hemos visto cuán problemática es la persistencia de algunos mammut, durante la edad del reno.

§. V. Á LA ÉPOCA DE LA MAGDALENA PRECEDE UNA COMPLETA INTERRUPCIÓN EN LA INDUSTRIA HUMANA.

Los perfeccionamientos de la industria en esta edad son notabilísimos, como acabamos de ver; á los sílex tallados de una manera tan rudimentaria, y á los poquísimos y malos instrumentos, que se pudieron fabricar con aquellas piedras, durante las dos largas edades del *E. antiquus* y del *E. primigenius*, suceden tantos, tan variados, tan originales, tan perfectos y tan artísticamente fabricados instrumentos de hueso y de marfil. Los sílex se tallan con una perfección que compite á veces con la de la época neolítica (1), y las bellas artes surgen del seno

(1) «La piedra, y casi únicamente el sílex, escribe el señor Cartailhac (*La France Préhistorique*, p. 58) se transforma en una serie de útiles, obras de una sorprendente sagacidad. Las láminas largas y delgadas, hábilmente arrancadas de los núcleos, y después retocadas por el choque ó la presión, se convierten en raspadores, sierras, buriles, bruñidores, y permitirán llevar á su apogeo la industria del hueso... Se conservan millares de objetos de esta materia; los adornos ingeniosos y á veces elegantes, perlas y pendientes... Las puntas ó armaduras de flecha, de base puntiaguda, en bisel ó hendida, los arpones aplanados ó redondeados, provistos de barbas por uno ó por los dos lados, con base cónica ó con agujero, fabricados princi-

de las cavernas con un esplendor increíble, cual no pudieron alcanzar en épocas posteriores (1), entre otras civilizaciones muy avanzadas.—Los grabados del mammut y del reno, hechos por los trogoditas, dejan pasmados á los sabios, por la perfección y limpieza de las líneas; baste decir que un artista moderno, si bien principiante, quiso dibu-

palmente con asta de ciervo, y tantos otros objetos, tales como espátulas, bruñidores, bastones perforados... Las agujas hechas de huesos de pájaros, aguzadas, pulidas y finas como las nuestras, son numerosas y muestran cuál debía ser la importancia del traje y de su ornamentación... Las conchas traídas del Océano ó del Mediterráneo, los fósiles originarios de regiones extranjeras, los sílex traídos de yacimientos lejanos atestiguan relaciones comerciales ó la habilidad que tenían estos pueblos de hacer largos viajes.»

(1) Según el Sr. Reinach, (*Description du musée de St. Germain*, p. 168 y 169) el carácter más curioso del arte de los trogloditas es el aislamiento en la serie de los tiempos. No se ve en nuestros países una tradición más antigua de la cual derive, y en la época de la piedra pulimentada, que siguió á la edad del reno, las artes del dibujo estaban casi enteramente olvidadas en la Europa central. *Proles sine matre creata, mater sine prole defuncta*; así llama, con profunda verdad, dicho sabio al arte de los moradores de las cavernas.

«La edad del reno, escribe el Sr. Cartailhac (*Aug. ch.*, p. 61) es el período artístico por excelencia de todos los tiempos prehistóricos. En otros el gusto de adornarse y las artes decorativas estarán en relación con el desarrollo natural y considerable de la agricultura y de la industria, de la verdadera y sólida riqueza; aquí sucede una cosa muy distinta, es una eflorescencia inesperada, sin precedente. Por vez primera el hombre dibuja, graba, esculpe, representa los seres vivientes que le rodean, con una estética maravillosa, y no olvida su propia imagen. Este es un acontecimiento en la historia de la humanidad.»

jar el cadáver de un mammut, que se halló íntegro y perfectamente conservado entre los hielos de la Siberia, pero su dibujo resultó notablemente inferior á los que hallamos en las cavernas, hechos por los hombres de la edad del reno (1).

¿De dónde vino la sorprendente civilización de esa edad, tan superior á las que le precedieron y tan sin ninguna relación con ellas? ¿De dónde vino, cuando precisamente acababa de depositar el loes, mediante un cataclismo extraordinario y una prodigiosa inundación, y cuando nuestros países se hallaban sometidos á un clima rigurosísimo, cual jamás han experimentado? ¿Se concibe que los pocos hombres que hubieran podido sobrevivir en Europa á aquella universal catástrofe, acertaran, en medio de las peores condiciones, á hacer repentinamente unos progresos tan notables, cuando sus antepasados, más favorecidos de la fortuna, apenas habían adelantado nada? Ésto sería el mayor absurdo.—La civilización de la edad del reno se introdujo en medio de condiciones las más fatales, y no podía ser un verdadero progreso, sino más bien una degeneración y un decaimiento; por otra parte, no guarda la menor relación con la que le precedió en Europa; es pues un simple resto de otra civilización avanzadísima, que anteriormente al di-

(1) V. Joly, *L'Homme avant les métaux*, p. 266.

lujio había existido por necesidad en el Asia, de donde toda luz nos venía.

Los trogloditas de la edad *del reno* son hombres venidos del Asia muy poco después del gran cataclismo que exterminó á casi toda la humanidad; son descendientes inmediatos de Cam, los cuales, ansiosos de buscar y recorrer tierras nuevas, se lanzaron á Europa, desafiando el frío y los rigores de aquel clima, y se extendieron por todo el continente en busca de su caza predilecta.

Vinieron cuando hacía aún muy poco tiempo que el loes se había depositado, y vinieron necesariamente en corto número, pues los pocos hombres que se salvaron del diluvio, no se habían multiplicado todavía de una manera considerable. Viviendo del todo aislados y esparcidos por el vasto continente, para que nadie les disputara la caza, tuvieron que decaer muchísimo de su primitiva cultura, como sucede siempre en semejantes casos; pero no tanto que olvidaran enteramente las artes y otros conocimientos útiles y prácticos que habían aprendido en el Asia. Sujetos por otra parte, á causa de los rigores del clima, á morar en las cavernas, supieron sacar buen partido de todos los materiales que allí tenían á la mano. Hallaban innumerables huesos de diferentes animales y preciosos colmillos de los grandes herbívoros, depositados entre el lodo de su habitación por las aguas del diluvio; y conociendo perfectamente las ventajas

que podían ofrecerles los instrumentos fabricados con aquellas excelentes materias, se dedicaron desde luego al arte de tallar los huesos y el marfil. Y salieron tan aventajados artistas, que muy pronto supieron hacer toda suerte de utensilios, con una delicadeza y una perfección que asombra.

«Los huesos, dice Quatrefages(1), las astas de ciervo ó reno, reemplazan poco á poco y casi enteramente á la piedra dura en la fabricación de los útiles y de las armas. El sílex no es ya más que un instrumento que sirve para dar la forma, ya de robustos arpones, provistos de puntas reservadas y encorvadas hacia atrás, ya de agujas casi tan finas como las nuestras y perforadas mediante un punzón agudo. Entre las manos de nuestros trogloditas, ese mismo sílex se convierte en un cincel, con el cual esculpen los mangos de puñal, hechos de marfil de mammut, ó en buril que les sirve para grabar, sobre el hueso y sobre la piedra, la imagen admirablemente fiel de los animales que les rodean... En suma, los trogloditas de que hablamos, han debido tener las mayores relaciones con los verdaderos *Pieles rojas*. Como estos últimos, estaban agrupados en tribus y obedecían á jefes, de los cuales se han hallado los bastones de mando, muy semejantes á los de los Indios de las riberas del Mackenzie. Pero los

(1) *Introduction à l'étude des races humaines*, p. 70.

instintos artísticos de que han dado tantas muestras, obligan á darles un lugar aparte, *bien por encima de todas las poblaciones detenidas en el estado social de cazadores.*»

Pues bien, esos instintos y esas obras de arte, que bien pueden llamarse maestras, ¿qué son, sino clarísimas señales de la floreciente civilización primitiva de esas razas? Conviene todos los arqueólogos en que, hasta haber adquirido bastantes conocimientos de perspectiva, y hasta haberse ejercitado suficientemente, no podría ningún artista de nuestra época hacer grabados comparables con los numerosos que nos han dejado los trogloditas. ¿Pudieron pues carecer estos siquiera de las más fundamentales nociones del arte? (1) ¿Y esas nociones, de dónde les vinieron?

(1) Creen muchos arqueólogos que las tres cuartas partes y media de los hombres actuales serían incapaces de reproducir, antes de haberse ejercitado por largo tiempo, los dibujos verdaderamente admirables del mammut y del reno, hallados en las cavernas del Dordogne, y que por lo tanto los trogloditas tenían maestros de dibujo. «Esta población del reno, decía Mortillet, ponía el arte antes de la industria; eran hombres eminentemente artistas. En sus grabados y esculturas primitivas, se nota un sentimiento tan verdadero de las formas y de los movimientos, que es casi siempre posible determinar al animal representado y darse una cuenta de la intención del artista. Hay allí mucha sencillez; es la infancia del arte, pero es incontestablemente el arte, y el arte bien real; hay una gran diferencia de aquello á esos bosquejos que hacen nuestros niños y, sobre todo, á las ridículas caricaturas producidas por los falsarios.» (Mortillet, *Materiaux*, t. III.)

«Su industria (la del troglodita), escribe el Sr. Hamard (en

¿Les era posible inventarlas en medio de aquel penoso género de vida?

Toda aquella civilización, tan nueva, tan repentina y tan aventajada, nos obliga á reconocer una raza que acababa de venir de un gran centro de ilustración. Y la habilidad que muestran al empezar á tallar el hueso y el marfil, de los cuales saben hacer, con increí-

*La Science Catholique*, Octubre de 1888, p. 709), se extendía aún más allá. En caso de necesidad, se hacía artista y artista de talento. Nos ha dejado en diversas localidades, especialmente en las grutas del Perigord, pruebas manifiestas de su habilidad como grabador y como escultor. Supo representar con gran exactitud la mayor parte de los animales que le rodeaban. Algunos de estos retratos denotan un talento de imitación, del que se enorgullecería un artista de nuestros días.

Puede verse en la interesante obra del Sr. Reinach, *Description du musée de Saint-Germain*, p. 168 y siguientes, un estudio minucioso y delicado del arte de los trogloditas. Un extracto muy completo de esa obra, hecho por el abate *Le Hir*, se hallará en la *Revue des Questions scientifiques*, Julio de 1890, página 203 y siguientes.

El Sr. Cartailhac (*La France Préhistorique*), entre otras muchas cosas notables, dice lo que sigue (p. 67): «Es casi siempre posible determinar el animal representado. Todos los detalles característicos de la especie, de la edad, del sexo están admirablemente reproducidos. Revelan un profundo espíritu de observación, un sentimiento exquisito de la naturaleza. Muchos de estos dibujos son superiores á las ilustraciones de algunos de nuestros libros de historia natural, y es preciso confesar que más de la mitad de las copias que se han hecho de esas obras para publicarlas, son inferiores á las originales. Este hecho es el mayor elogio de los artistas primitivos.» Véase en todo ese capítulo intitulado: *Premières manifestations artistiques de nos ancêtres*, una larga descripción, con no pocas reproducciones de los admirables trabajos de los trogloditas.

bledelicadeza, toda suerte de instrumentos los más variados, nos obligan á reconocer los notables conocimientos que traían los primeros hombres que, después del diluvio, vinieron á poblar nuestras tierras.

Hemos dicho que eran hijos de Cam, y nos mueve á creerlo así el instinto de emigración, que siempre han manifestado éstos. No po-

Aunque habíamos tenido el gusto de ver y examinar detenidamente muchas de las mejores muestras del arte de las cavernas de la nación vecina, deseábamos con ansia estudiar algunas de las cuevas de nuestra patria.

Muy cerca de esta villa hay una, que, desde la primera vez que la vimos, llamó mucho nuestra atención; nos persuadimos de que debía pertenecer á la época del reno. Pero los muchos depósitos recientes, que la rellenan, han hecho hasta ahora casi inútiles todas nuestras exploraciones. Sólo hemos podido hallar, relativo á nuestro objeto, un fragmento de hueso plano, lleno de rayas paralelas, practicadas intencionalmente; y ese á cerca de dos metros de profundidad.

Con mejor suerte hemos visitado, hace ocho días, la célebre caverna de Altamira, que está inmediata á Santillana (provincia de Santander). Aunque en nuestra excursión hubo muchas peripecias, pues una terrible lluvia, que nos cogió desprovistos en el camino, dejó nuestros blancos hábitos hechos una perdición, nunca podremos olvidar las gratas emociones, que junto con nuestros caros hermanos, los ilustrados PP. Fray José Aguilar y Fr. Ednardo Martínez, experimentamos al contemplar las maravillas y primores de los trogloditas de España.

La caverna tiene una pequeña entrada hacia el norte (cerrada ahora con puerta de hierro), en seguida se muestra espaciosa, y se divide en dos galerías. La de la derecha es muy larga y accidentada, y pertenece casi en su totalidad á la época del *Ursus spelaeus*. La de la izquierda es muy corta y regular, y pertenece á la *edad* del reno. Como es muy seca,

dían permanecer reunidos en ningún punto, toda la tierra les parecía pequeña para sus ambiciones, y no hubo en ella un rincón á donde no llegara algún camita muy luego. Ese instinto, convertido en naturaleza, tan claramente atestiguado por las tradiciones y por la Biblia, nos hace increíble que todos los descendientes del mencionado patriarca, hubieran tenido paciencia para permanecer reunidos con los de Sem hasta la época de la dispersión del Sennaar. Así pues, cuando aquellos pocos hombres salvados en el Arca, se establecieron por cierto tiempo en la Armenia, y se multiplicaron algún tanto, es pro-

formó un excelente abrigo; y como la bóveda es plana y sin ninguna estalactita, pudieron nuestros trogloditas dejar en ella fidelísimamente grabados, y de tamaño casi natural, los animales prehistóricos, que les rodeaban. Esos monumentos imperecederos de la inspiración pasmosa de los primeros artistas de España, son una verdadera gloria nacional; y creemos que ningún otro pueblo de Europa, puede ofrecer tan perfectos y acabados modelos del arte de aquella primitiva época. No es posible contemplarlos sin quedar uno absorto en la admiración más profunda. ¡Lástima que manos profanas hayan intentado retocarlos, eclipsando su incomparable valor!

Los trogloditas de Santillana vivían á la vez de la caza y de la pesca: en los numerosos restos de cocina, abundan más las conchas de diferentes moluscos de las playas vecinas, que distan cerca de dos leguas, que los huesos de reno y otros animales contemporáneos. Entre esos restos se hallan algunos instrumentos de pedernal, de cuareita y aun de hueso. No hallamos nada de cerámica. Esta notable estación renne el arte de los cazadores del reno, con la vida de los kiokenmodingos. Es el lazo de unión entre dos edades que pudieran parecer del todo distintas.

bable que al irse después extendiendo por la Media (1), y mucho antes de encontrarse con el campo de la tierra del Semaar, alguno que otro atrevido y aventurero camita, se separara de sus compañeros y marchara en busca de nuevas tierras, en que poder vivir á sus anchuras. Y los que así se fueron separando, movidos de aquel instinto nómada y errante que los dominaba, siguiendo un rumbo del todo opuesto al de los que preferían permanecer reunidos, vinieron á internarse en Europa, sin dejarse arredrar por lo duro del clima, y esperando quizá hallar algún país más benigno, que la Armenia de donde habían partido. Esa suerte de emigraciones debieron irse repitiendo durante la edad del reno; y así se explican las diferentes tribus que en aquel tiempo vinieron á poblar la Europa. La identidad sustancial de la industria, prueba la unidad del punto de partida, así como lo más ó menos adelantada que venía, nos hace ver que la emigración se verificó su-

(1) Más adelante haremos ver la trayectoria que siguieron los hombres al salir del Arca. Se dirigieron primeramente hacia la Bukaria, que se convirtió en centro, de donde irradian después por familias más ó menos numerosas; y al cabo de unos trescientos años, el núcleo principal se trasladó en masa hacia el Oeste, y vino á establecerse en el Semaar. No es posible saber cuánto tiempo permanecerían en la Armenia, después de terminado el diluvio; quizá haya sido bastante considerable, para que, desde que partieron de allí, dirigidos al oriente, hubieran podido ya empezar á desmembrarse algunas familias, originándose así las primeras disposiciones.

cesivamente. Por otra parte ciertas diferencias de raza, que se notan entre los trogloditas, prueban que con los descendientes de Cam debieron venir alguno que otro más aventurero hijo de Sem ó Jafet.

Que la inmensa mayoría de los moradores de las cavernas pertenezcan á la raza de Cam, nos lo acaban de confirmar las apreciaciones del Sr. Quatrefages, que reconoce, tanto en el género de vida, como en los caracteres anatómicos de nuestros trogloditas, una gran analogía, que obliga á reconocer una comunidad de origen, con las actuales *Pieles rojas*. Y estos, según la opinión más corriente, por lo menos entre los autores ortodoxos, deben ser reputados por camitas.

Cuando á fuerza de repetirse las emigraciones y de irse multiplicando en la misma Europa, no hallaron aquellos hombres de la edad del reno, suficiente número de cavernas, para morada y para sepultura, empezaron, á medida que en los diferentes países iba cesando la dureza del clima, á establecerse en los kiokenmodingos, con lo cual la civilización progresó notablemente. Pero donde mejor se conoce el alto grado de cultura, que pudieron alcanzar los trogloditas con las nuevas luces que les fueron viniendo del Oriente, es en los dólmenes, gigantescas construcciones, que levantaron (1) en sustitución de las

(1) Mucho se disputó en el Congreso de Bruselas sobre el

cavernas. Los monumentos megalíticos nos pasman por su extraordinaria grandeza; aquellos enormes peñascos, colocados verticalmente, y que llevan encima otros horizontales y casi tan grandes, revelan, en los hijos de los troglodistas, un ingenio que desafía al de nuestros mejores mecánicos (1).

*origen de los pueblos que establecieron los dólmenes. Los señores Worsaae y Desor creen que los hombres de los dólmenes provienen del Mediodía; pero el general Faidherbe y Cartailhae, con más fundamento, los hacen partir del Norte; pues los dólmenes del Mediodía encierran ya muchos objetos de metal; al paso que los del Norte y centro de Europa, sólo los contienen de piedra pulida. También se disputó mucho sobre si aquellos hombres pertenecían á una sola raza ó á varias. Faidherbe pensaba que todos ellos incluso los del Africa, pertenecían á una sola, dolicocefala y de gran talla (1m 74 por término medio), y esa era la raza blonda de las orillas del Báltico. Worsaae, con más razón en este punto, cree que los dólmenes, forma natural del sepulcro, son obra de muchos pueblos y de muchas edades, y que se hallan aún dólmenes bastante modernos en la India.» V. Cotteau, *Le Préhistorique*, p. 417 y 118.*

Hoy está ya fuera de duda la verdad de esta segunda opinión, puesto que, en esos notables sepulcros, se han hallado muy diferentes tipos humanos. Lo que no se sabe es cuál fué la raza que empezó á elevar tan grandiosos monumentos; pero, por lo que hace á nuestro propósito, consta ya positivamente, que los hijos de los trogloditas llegaron á construirlos. Si fueron ellos los inventores de los dólmenes ó si aprendieron á elevarlos, en sus relaciones con las razas neolíticas venidas del Asia, es cuestión que está aún por resolver, si bien, hoy por hoy, lo último parece lo más probable. V. Quatrefages *Races humaines*, p. 110 y 111.

(1) Quien se maravilla de esta afirmación, oiga lo que dice el Sr. Cartailhae, avanzado trasformista, en *La France Préhistorique*, p. 27: «Las facultades del espíritu humano no parecen

Vemos pues que entre la edad paleolítica y la neolítica no existe una separación tan grande como pudiera suponerse; pues si bien la industria avanza de una manera, en general, bastante repentina, eso fué debido á la invasión de una raza mucho más numerosa y adelantada. Pero no por eso los hombres paleolíticos dejan de existir, ni sus industrias terminan á la vez en todas partes. Es cierto que muchos de ellos, al terminar el régimen frío, y empezar á emigrar el reno hacia las regiones septentrionales, marcharon en pos de aquel animal codiciado; pero también es cierto que la inmensa mayoría, ó se quedaron en sus mismas habitaciones antiguas, recibiendo gustosos toda la nueva civilización que acababa de llegar (pues sabían que todas las luces les venían del Oriente, de su antiguo país natal, y no podían menos de amarlas y codiciarlas), ó se incorporaron íntimamente con las razas neolíticas, abrazando, no solamente su civilización, sino también su género de vida (1).

Por otra parte, está ya demostrado y reco-

participar del progreso. Es imposible probar que un hijo de los talladores de sílex sería incapaz de instruirse y desarrollarse tan bien como nuestros niños. ¿Quién se atreverá á afirmar que el arte será algún día más grande que en los tiempos de Fidias y de Praxiteles?»

(1) Eso no quita que semejante fusión haya sido precedida de luchas sangrientas, y que algunas tribus aisladas se resistieran obstinadamente á recibir la nueva civilización.

nocido por la mayoría de los arqueólogos que algunos de los hombres paleolíticos conocieron la cerámica. Esta arte no es pues exclusiva de la edad posterior. Y si nos fijamos en el continuo perfeccionamiento de las armas de los trogloditas, veremos que, si se exceptúa el pulimento, que al cabo es cosa de poca importancia (1), por lo demás, algunas ya son comparables con las neolíticas. Si á esto se añade que durante la época de los kioken-módigos se empezó á resolver el gran problema de la domesticación de los animales, no podremos menos de reconocer unidas por grados insensibles la edad de la piedra tallada con la de la piedra pulimentada, por más que á primera vista parezcan del todo distintas.

La mayor y más marcada división de la industria humana, no debe establecerse ahí, como se ha venido haciendo hasta ahora,

(1) En la misma edad neolítica, donde se mostraba la verdadera habilidad en la fabricación de los sílex, era precisamente en tallarlos adecuadamente y con extraña delicadeza. El pulimento se hacía después con facilidad. Cerca de Spiennes se ha hallado un vastísimo taller de sílex neolíticos, donde se cree que se fabricaron millones de ellos para ser vendidos. Y de allí provienen la mayoría de las hachas halladas en Flandes y en los Ardennes. Pues bien, á pesar de la extraordinaria abundancia en que se encuentran, en los campos de Spiennes, sílex de toda especie, casi todos están simplemente tallados, y los pulidos son muy raros. "Las hachas eran expandidas en el comercio, sin estar pulimentadas, el comprador se encargaba de la operación larga, pero fácil, del pulimento."

Cotteau, *Le Préhistorique*, p. 97 y siguientes.

sino precisamente en la inauguración de la época de la *Magdalena*. Esta no tiene ya ninguna relación con la precedente; empieza con un gran cataclismo universal, que la separa por completo de ella; empieza en medio de los rigores de un clima nada á propósito para progresar, y que nos hace creer más bien en un decaimiento; y empieza, sin embargo, con un esplendor que eclipsa enteramente á la época anterior. A simples sílex groseros y muy mal tallados, suceden sílex admirables, que sirven para fabricar los sin comparación más admirables y variadísimos instrumentos de hueso y de marfil, antes desconocidos; suceden las bellas artes en un estado tan perfecto, que producen obras capaces de dejar llenos de sorpresa á nuestros sabios; sucede luego la cerámica, suceden por fin los animales domésticos.

Ese cambio tan repentino y tan notable, esa completa sustitución de una industria rudimentaria, por otra incomparablemente superior, acaecida en Europa inmediatamente después del diluvio, supone por necesidad otra idéntica sustitución de las razas antiguas, que quedaron sepultadas en las aguas, por otra raza, venida de lejanos países, donde pudo preservarse de aquella terrible y universal inundación, y donde había alcanzado una civilización muy floreciente, en comparación de la cual, era pura sombra la que se había conocido en Europa.

## ARTÍCULO II.

AL EMPEZAR LA EDAD DEL RENO HUBO TAMBIÉN UNA COMPLETA INTERRUPCIÓN Y PERFECTA SUSTITUCIÓN EN LAS RAZAS HUMANAS DE EUROPA.

ESA raza nueva, venida del Oriente á inaugurar en nuestros países la época de la Magdalena, esa raza, la primera que se estableció en Europa después del diluvio, y que supo desafiar valerosamente los fríos de la edad del reno, esa es la que deseamos ahora reconocer y caracterizar. Y ahora es precisamente cuando debemos abordar la resolución del problema más difícil, porque si con tantas dificultades tropezamos al pretender deslindar las industrias antediluvianas de las postdiluvianas, á causa de la extraña confusión que entre los sabios reina, á pesar de que la arqueología está ya algún tanto adelantada y puede prestar no pocos servicios á las nacientes ciencias prehistóricas, ¿con cuántas tropezaremos, al querer deslindar las razas, cuando la Antropología apenas se halla en embrión, y apenas puede darnos la menor luz, puesto que hasta el día no hay dos antropólogos conformes en nada, ni afirma-

ción importante que no tenga cien negaciones en contra?

Si pues ni los mayores sabios se entienden, si es tan incalculable la variedad de opiniones que en esta materia reina, lícito nos será á nosotros emitir, con entera libertad, nuestro parecer, que tendrá tantas probabilidades, como cualquier otro, para ser el verdadero y legítimo. Y podrá ser que llegue á tener más que ninguno, porque si la cuestión, mirada bajo el punto de vista puramente antropológico, no ha podido ser resuelta, quizá lo sea mirada bajo otro punto de vista más elevado.

Y eso es lo que pretendemos hacer nosotros. Hemos demostrado, con razones geológicas ineludibles, la existencia de un diluvio universal y horroroso, que no pudo dejar de exterminar por lo menos á la inmensa mayoría de los hombres; y acabamos de demostrar que á semejante cataclismo corresponde una completa sustitución de la industria humana en Europa. Con estos datos segurísimos, mil veces más seguros que cuantos cualquier antropólogo pudiera alegarnos en contra, tenemos legítimo derecho á exigir otra completa sustitución de las razas en nuestro continente, al empezar la *edad del reno*.

Las industrias de esta edad no tienen la menor relación con las precedentes, son industrias del todo desconocidas y extranjeras; otro tanto debe suceder á las razas.

§ I. EXAMEN DE LAS PRIMITIVAS RAZAS HUMANAS.—LA ANTROPOLOGÍA Á LA LUZ DEL DILUVIO UNIVERSAL.

Las razas que con entera seguridad hallemos desde los albores de la edad del reno, deben reputarse, sin el menor género de duda, por las primeras que después del diluvio han venido de tierras extrañas á poblar las nuestras. Y las que, dentro de la mencionada edad, no han dejado ya ninguna señal legítima de su existencia, tenemos derecho á reconocerlas por razas antediluvianas.

Pues bien, entre éstas, sólo podemos hallar, hoy por hoy, la de *Canstadt*: «A juzgar por lo que sabemos, dice el Sr. Quatrefages (1), la más antigua raza cuaternaria es la de *Canstadt*, cuyos caracteres se hallan excepcionalmente exagerados en el hombre de *Neanderthal*. Las osamentas que la representan se han hallado, entre nosotros, en los más antiguos aluviones del Sena; en Italia, en los terrenos postpliocénicos, más inferiores, cerca de *Arezzo*, etc. Tiene por contemporáneos los mamíferos extinguidos de los primeros tiempos cuaternarios, y se relaciona por consiguiente con la edad del oso de *Lartet*. Esta

(1) *Races humaines*, p. 65.

raza, muy robusta y de una talla un poco por encima de la media (1<sup>m</sup>,68; 1<sup>m</sup>,73), era dolicocefala (índice 72,75). Parece haber llevado una vida errante, poco más ó menos, como la de los Australianos de nuestros días. Las industrias eran de las más rudimentarias. Tallaba la piedra, arrancándole grandes astillas, para hacer instrumentos que presentaban habitualmente una forma amigaloide, más ó menos alargada ó redondeada. Estos son los que se han designado bajo el nombre de *hachas de Saint-Acheul* ó *hachas acheulianas*, cuyo tipo se ha hallado en una porción de puntos. Los arqueólogos piensan que esta arma ó este útil no tenía mango, y se manejaba con la mano directamente. El hombre de *Canstadt* arreglaba también á veces, por el mismo procedimiento, groseros *raspadores*, que servían probablemente para raspar la madera y quizá las pieles.»

He aquí pues la única raza conocida, verdaderamente antediluviana; ningún resto suyo se encuentra después de la formación del loes; pero hasta allí se encuentran no pocos; y la industria se reduce á groseros y mal trabajados sílex. Su *vida errante* y degradada nos recuerda, sin querer, al más degenerado tipo de la maldecida raza de *Cain*.

Todos los demás hombres que suceden en seguida, habitan en las cavernas, y pertenecen esencialmente á la edad del reno. Verdaderamente es que en casos *excepcionales* parecen haber

dejado algún resto en depósitos más antiguos (1); pero, puesto que las razas son post-diluvianas, debemos reconocer *á priori*, y más tarde probaremos directamente, que semejantes depósitos están removidos ó son muy dudosos, ó bien que aquellos restos fueron introducidos artificialmente.

Después de la raza de Canstadt se cree viene la de Cro-Magnón. «Ésta, dice Quatrefages (2), merece que nos detengamos un instante. Como la precedente, era dolicocefala (índice 70,05; 75,53); pero bajo su cráneo prolongado había una cara ancha y corta. La talla excedía mucho á la media (1,<sup>m</sup> 78) y se elevaba en el hombre hasta 1,<sup>m</sup> 85, y en la mujer hasta 1,<sup>m</sup> 66. La armazón ósea era muy robusta, las impresiones musculares muy pronunciadas. En los fémures, en particular, la *línea áspera* sobresalta tanto, que se la ha comparado con una columna, y mejor con una pilastra.—La raza de Cro-Magnón habitaba las cavernas. Las armas, los útiles... que allí dejó dan un elevado testimonio en favor de la inteligencia y del espíritu de progreso que animaba á estos trogloditas.»

(1) Muy pronto haremos ver que en esos casos *varios* los restos humanos son muy problemáticos y los depósitos más todavía; pues si bien á algunos les han parecido anteriores á la edad del reno, á los ojos de la mayoría de los sabios pasan ya ó por contemporáneos, ó por posteriores á esa edad.

(2) *Races humaines*, p. 67.

Si pues los hombres de Cro-Magnón habitaban las cavernas, si su industria es enteramente Magdaleniana, nos vemos precisados á reconocer que su existencia en Europa está del todo ligada con la *edad del reno*. Con los fríos que acompañaron esta edad, empezaron los hombres á buscar abrigo en los antrós de la tierra, según hemos dicho á su tiempo, con el Sr. Lapparent (1), y con la habitación de las cavernas, y con la misma *edad del reno*, comienza la época Magdaleniana. Los hombres de Cro-Magnón fueron pues los que introdujeron en Europa esa industria nueva y aventajada, que tanto acredita lo elevado de su inteligencia; pertenecen por lo tanto á una raza asiática que tuvo la gloria de ser la primera en poblar nuestro Continente después del diluvio.

No eran conocidos antes de este, como tampoco eran conocidas sus industrias; y nada importa que debajo del loes se encuentre algún rarísimo hueso, que con más ó menos probabilidad se pueda atribuir á esta raza. Los trogloditas enterraban á sus muertos, como se ven precisados á reconocer los arqueólogos (2), y al encontrar ahora aquellos

(1) *Géologie*, p. 1275. V. Reinach, *Description du Musée de Saint-Germain*, p. 35; Cartailhac, *La France Préhistorique*.

(2) A pesar de que Mortillet se empeñó en decir lo contrario, sin más fundamento que el deseo de denigrar á los primitivos moradores de Europa (V. *Le Préhistorique*, 1883, p. 480), su mismo discípulo y amigo, el Sr. Cartailhac, le da un so-

antiguísimos sepulcros, practicados en las mismas cavernas ó en los aluviones, hay sabios que se obstinan en creer que los huesos humanos así hallados son contemporáneos de los depósitos en que fueron introducidos. Para creer en esa contemporaneidad, era preciso probar que los terrenos están del todo intactos, que jamás ha intervenido en ellos la mano del hombre, y que, después de haberse depositado, jamás han sido removidos ó arrastrados por las aguas. Y esa prueba es tan difícil en los terrenos cuaternarios, á causa de la naturaleza particular de los materiales, que sólo, en rarísimos casos, podemos conocer con certeza que los depósitos se hallan intactos en su primitivo y natural yacimiento.

Añádase á todo esto ahora, que en la época de la Magdalena había grandes artistas que tallaban primorosamente el marfil y los huesos, que hallaban sepultados en las cavernas. ¿Cuántas veces registrarían pues la tierra y removerían el terreno para encontrar aquellos materiales preciosos? Por esa razón

lemne mentis, intitulado uno de los más interesantes capítulos de su notable obra, *La France Préhistorique*, páginas 91-221, de la manera siguiente: *Le culte des morts dans les cavernes et les stations quaternaires*, donde se prueba hasta la evidencia que los cadáveres eran sepultados con gran respeto. No menos terminante se muestra el Sr. Reitach, *Description du mus. de St.-Germain*, p. 260; la teoría de Mortillet no le merece otro epíteto que el de gratuito.

creemos que son tan raras en nuestros países las defensas fósiles de los grandes herbívoros, al paso que los molares y otros huesos suyos se hallan en mucha mayor abundancia; porque los trogloditas nos han llevado la delantera, y supieron explotar los ricos depósitos de marfil. Acostumbrados pues á remover tantas veces la tierra, no pudieron menos de dejar en ella encerrados algunos restos de su industria, y aun sus mismos cadáveres debieron también ser sepultados en las fosas ya practicadas para extraer el marfil. Nada más gratuito que, por hallar cualquier resto humano en un depósito antiguo, de integridad muy sospechosa, y en compañía de huesos de cualquier animal, pretender hacerlo todo contemporáneo. Se ha hallado el esqueleto de un hombre, al parecer de la raza de Cro-Magnón, con un collar formado de colmillos del oso de las cavernas, y ciertos antropólogos afirman con un tono tan magistral y con una intrepidez que pasma, que aquel hombre es contemporáneo del *Ursus spelæus*. ¡Pobre de aquel que al entrar en la cueva de Aitzquirri, por ejemplo, recoja y lleve consigo algunos de los numerosos colmillos que allí se encuentran, que si le ven con ellos esos antropólogos de penetrante mirada, lo declararán, mal que le pese, por antediluviano, y por tal tendrá que resignarse á pasar!

Casi contemporánea de la raza de Cro-Magnón, parece ser, según Quatrefages, la

de la *Truchere*. Poco se conoce de ella, pues no se ha hallado más que un solo cráneo; sin embargo, es bien distinta de la anterior, y es francamente braquicéfala.

Después de las dos mencionadas llegó á nosotros la raza de *Grenelle*, descubierta en los alrededores de París. «Se desarrolló (1) durante la edad del reno. Era también braquicéfala, pero menos que la de la *Truchere* (índice 83,33). Su talla era casi exactamente la media de las razas actuales (1<sup>m</sup> 62). Viviendo á la orilla del río, cuyas gravas nos han conservado sus osamentas, no han podido permanecer en su sitio ni armas ni útiles, y es por consiguiente difícil apreciar su estado social. Sin embargo, los objetos recogidos permiten reconocer que si permaneció inferior á los hombres de Cro-Magnón, supo elevarse por encima de los de Canstadt...

Muy difícil nos parece que se pueda dar razón de por qué esta raza permaneció inferior á la de *Cro-Magnón*, siendo posterior á ella, y además braquicéfala; sino reconociendo que

(1) Quatrefages, obra citada, p. 72. El autor dice antes que esta raza se empieza á mostrar desde el fin de la edad del mammut, y eso no lo prueba, ni era fácil probarlo, siendo los terrenos, como son, remoridos; pero aun cuando fuera cierto, nada importa, pues, como hemos dicho en otro lugar, se cree que aquel animal no se acabó de extinguir por completo, hasta haberse avanzado ya la edad del reno. Puede, por lo tanto, muy bien empezarse á mostrar esta raza, entre restos de mammut, sin embargo de haber entrado en Europa mucho después del diluvio.

las dos debieron salir próximamente al mismo tiempo del centro de civilización del Asia; pero al paso que la de *Grenelle*, más vagabunda y moradora de las riberas, se fué deteniendo en muchas partes y á la vez olvidando las luces que traía, la de *Cro-Magnón* vino directamente, y estableciéndose en seguida en ciertas cavernas y llevando una vida más sedentaria, pudo bien pronto empezar á rehacerse, y á dar claras muestras, á pesar de ser dolicocefalo, de los preciosos conocimientos que había traído, y que aún no se habían podido borrar de la memoria.

«Las dos razas de Furfooz (1) descubiertas por M. Dupont en el valle del Lesse, cerca de Dinant, están mejor conocidas. Una de ellas era sub-braquicéfala (índice 81, 39), la otra mesaticéfala (índice 79, 81) y puede ser que se deba reunir las si se hallan nuevos cráneos. Ambas eran casi de la talla de nuestros Lapones (1<sup>m</sup>, 5'), sin dejar de ser por eso menos robustas. Estas dos razas vivían en las cavernas, donde se han hallado acumulados sus utensilios y sus armas de caza. Reunían los cadáveres de los muertos bajo cualquier abrigo, que servía de sepultura común, y depositaban junto á ellos ofrendas. Los trogloditas belgas parece que debieron tener costumbres pacíficas. Vivían de los productos de su caza. Los sílex empleados principal-

(1) Quatrefages, obra citada, p. 72 y 73.

mente para trabajar el hueso y las astas de reno, no eran productos del suelo que habitaban; les venían sobre todo de la Champagne. Era general entre ellos el gusto de adornarse; é iban á buscar hasta Grignón, cerca de Versailles, las conchas fósiles que les servían de ornamento. Estas hábitos suponen, como es claro, ó viajes bastante largos, ó una especie de comercio. Como los hombres de Cro-Magnón, empleaban el polvo de hierro oligisto para pintarse.»

Los hombres de Furfooz son los últimos que vinieron á Europa, entre todas las razas propiamente paleolíticas; cuando llegaron, ya hacía muchísimo tiempo que había desaparecido enteramente el mammut, pero aún duraba la edad del reno, puesto que entre los restos de cocina se encuentran varios huesos de aquel animal, junto con los de otros muchos que emigraron á la vez que él. Está ya demostrado que los trogloditas belgas conocieron la alfarería; así pues, ellos fueron los que empezaron á dar la mano y abrir el camino á la civilización neolítica.

«Por sus caracteres osteológicos (1), los hombres de Furfooz se distinguen limpiamente de los de la piedra pulimentada, que habitaron como ellos los alrededores de Namur, y que debieron ser sus contemporáneos. Que se comparen, por ejemplo, las dos cabezas

(1) Quatrefages, obra citada, p. 75 y 76.

del *Trou du Frontal* con las que M. Arnould recogió en la gruta de Sclafigneaux, y se notarán bien las diferencias. Sin entrar en más detalles, basta decir que las primeras son prógnatas, y que una de ellas aun exagera este carácter, mientras que las segundas son notablemente ortognatas... Así pues, en la época geológica que precedió á la nuestra habitaron la Europa occidental muchas razas humanas perfectamente distintas. Estas razas no aparecieron entre nosotros simultáneamente.

«Las épocas, en que aparecieron por primera vez, se van escalonando en el tiempo; y están separadas unas de otras por largos intervalos... Por otra parte estas razas no se reemplazan, las más antiguas continúan durando al lado de las que fueron viniendo después.»

Por estos pasajes, que venimos citando, del ilustre antropólogo, en los cuales se halla resumida toda su doctrina, que es considerada como la última palabra que hasta el día ha dicho la ciencia, podemos ya ver claramente, que, en medio de la confusión que reina en la Antropología, con respecto al orden y sucesión de las razas, la teoría del diluvio universal, acaecido antes de empezar la edad del reno, puede derramar sobre la cuestión una claridad extraordinaria. Admitida ella, ya se percibe distintamente una marcada discontinuidad en las razas, correspon-

diente á otra más marcada en las industrias, y acaecida en la época del diluvio. Entoncez hubo una interceptación completa y única en la historia; la primitiva y degradada raza de Canstadt no coexistió jamás con la inmediata de Cro-Magnón, como tampoco coexistieron sus tan diferentes industrias. Aquella se extinguió por completo, antes de empezar la *edad del reno*, la última empezó dentro de esa edad, dando ya claras muestras de su elevada inteligencia (1), y continuó du-

(1) La raza de Cro-Magnón, escribe el Sr. Cartailhac, *La France Préhistorique*, p. 329, es muy diferente de la que acabamos de señalar (la de Canstadt). Por encima de los arcos superciliares, moderadamente salientes, la ancha frente sube en una dirección un poco oblicua, y su curba, cuyo alargamiento es enteramente excepcional, indica una notable amplitud de los lóbulos frontales del cerebro. Los parietales, considerablemente alargados, se dilatan también muchísimo hacia atrás, y contribuyen á dar al cráneo, y por lo tanto al cerebro, una gran capacidad. La cara está muy caracterizada por su anchura exuberante, por sus órbitas rectangulares y prodigiosamente agrandadas; sus pómulos desarrollados, su nariz saliente, larga y anillada, coronan un maxilar echado hacia adelante, pero que tiene los alvéolos y los dientes dirigidos en sentido vertical... Los diversos caracteres de las gentes de Cro-Magnón se encuentran en igual grado en la mayor parte de los esqueletos de los cazadores de renos del Dordogne, de los Pirineos, de Mentón...; viniendo á atestiguar su parentesco... La raza de Cro-Magnón está pues bien determinada; puede seguirla más allá de la época cuaternaria; está muy extendida en la época neolítica, y se relaciona positivamente con poblaciones antiguas y actuales de nuestro suelo y de nuestra vecindad, y sobre todo de la región mediterránea occidental..

Y después de hacernos ver cómo esta raza se fué mezclando

rando hasta... nuestros días, como muy luego veremos. Todas las demás razas que después fueron llegando, ya no se reemplazan, sino que coexisten unas al lado de otras; y el mismo fenómeno se repite al llegar las neolíticas, sólo que entoncez las anteriores acabaron por abrazar gustosas la nueva y aventajada civilización, á la cual ellas mismas habían abierto el camino y le habían dado la mano.

Todas estas afirmaciones, bien conformes por cierto con los datos positivos de la ciencia, las hallamos además confirmadas por el siguiente y notable párrafo del mismo Quatrefages (1). «En Europa desde la aurora de los tiempos geológicos modernos, han venido razas nuevas á juntarse y mezclarse con los hombres fósiles contemporáneos de los animales perdidos ó emigrados. La fusión debió ser sin duda precedida, casi en todas partes, de luchas encarnizadas... Pero, por lo de-

con otras varias y posteriores á ella, termina diciendo, que durante la edad neolítica, "se ve sin embargo á la raza de Cro-Magnón predominar en el Mediodía y en el Oeste; á la de Furfooz, en el Nordeste... Pero á la de Canstadt no puede ya consagrar ni una sola palabra, porque esa raza había desaparecido por completo, y ni pura ni mezclada la podemos encontrar. Y eso que en un principio se había hallado bastante extendida (V. p. 328). ¿Por qué no ha quedado ningún resto de ella, encontrándose tantos de todas las otras? ¿Por qué no la podemos seguir, no sólo más allá de los tiempos cuaternarios, sino tampoco al finalizar estos mismos tiempos?"

(1) *Obra citada*, p. 112 y 113.

más, se realizó tan bien, que, solamente en las grutas artificiales del Marne, M. de Baye ha recogido esqueletos pertenecientes á individuos de todas las razas fósiles, EXCEPTO LA DE CANSTADT. Sin embargo un elemento étnico, nuevo y dominante, se muestra al lado de ellas. El hombre neolítico ocupa ancho lugar en el osario del *Petit-Morin*. Después de haber sin duda combatido y vencido las tribus cuaternarias, las incorporó consigo; y los tipos humanos, reunidos de esta suerte, se cruzaron en todos sentidos. Muchos de los numerosos cráneos que hay en la colección del sabio que los ha descubierto, acusan claramente ese antiguo mestizaje, y permiten reconocer lo que eran casi en su mismo principio, las poblaciones de la era actual.»

Es verdaderamente digno de consideración que en las grutas del Marne se hallan reunidas todas las razas de Europa, excepto la de Canstadt, excepto aquella que, no sólo fué la primitiva, sino la única que la pobló hasta terminada la edad del *E. primigenius*. ¿Es posible que se cierre tanto los ojos á la luz, para no verla sumergida en las ondas del diluvio? Todas las demás razas no solamente permanecieron hasta la época neolítica, sino que aun en nuestros mismos días las podemos observar, más ó menos puras ó más ó menos mezcladas. La de Canstadt es la única que no permanece, pues sí en casos muy excepcionales se observa alguno que otro rarísimo

tipo que se le parezca algún tanto, esos tipos son manifiestamente *aberrantes*, y no nos dicen nada de un verdadero parentesco.

Después de las razas ya descritas, vienen las de los *kiokenmodingos*. Son estos grandes depósitos, formados de conchas de diferentes moluscos, de huesos, de carbón y de otros muchos restos de cocina, entre los cuales figuran diferentes productos de la industria y aun varios huesos del mismo hombre. Estas razas vivían principalmente de los productos de la pesca, si bien mezclaban con ellos los de la caza.

Empiezan á manifestarse en Dinamarca, cuando aún no había terminado la *edad del reno*, y por sus industrias y géneros de vida, vienen á establecer el lazo de unión entre las civilizaciones paleolíticas y las neolíticas.

«Las razas de los *kiokenmodingos*, dice Quatrefages (1), relacionan de una manera sorprendente la época geológica anterior con la nuestra... M. Cartailhac ha mostrado que la industria característica de los *kiokenmodingos* se halla en una porción de puntos de Europa, y que no desaparece, sino de una manera progresiva, á consecuencia de la introducción de las artes neolíticas. Así pues se ve conducido á admitir con M. Morlot que un período especial de una duración indeterminada se ha intercalado probablemente en-

(1) *Obra citada*, p. 113 y 114.

tre los tiempos cuaternarios y los de la *pie-*  
*dra pulimentada*... Los hechos comprobados  
en Mugem por M. Cartailhac atestiguan que  
esa época remonta, por lo menos, hasta el fin  
de los tiempos cuaternarios (de la edad del  
reno) y aun quizá un poco más allá. Por otra  
parte se funde, por decirlo así, con la época  
neolítica. Abraza pues todo un período, que  
corresponde á ese *hiatus*, cuya existencia ad-  
miten aún ciertos arqueólogos. Ahora bien,  
durante ese período, vemos mostrarse en Eu-  
ropa razas distintas de las cuaternarias. Es  
un anillo además, añadido á la cadena de las  
poblaciones. Aparte de esto, estas razas, por  
sus industrias rudimentarias, prolongan has-  
ta la época geológica actual los tiempos pa-  
leolíticos, que se creía terminaban con la épo-  
ca precedente. Por estos diversos títulos, el  
período de que se trata me parece merecer  
que se le considere como una *edad* distinta,  
que yo llamaré *la edad del perro*, á fin de re-  
cordar el momento en que llegó á Europa este  
primer animal doméstico, convertido en nues-  
tro fiel compañero. — Apenas hay necesidad  
de decir que el Sr. de Paula ha encontrado  
en las sepulturas neolíticas de Portugal los  
dos tipos, más ó menos puros, más ó menos  
mezclados, de los kiokenmodingos de Mu-  
gem. Eso era fácil preverlo. Pero debo aña-  
dir que los caracteres de los cráneos extraí-  
dos de ese osario, concuerdan plenamente con  
los caracteres exteriores de uno de los tipos

bascos, cuya presencia la he señalado ya en  
varios puntos entre Cambo y Bayona, y que  
Lartet llamaba los *Bascos de cabeza de lie-*  
*bre*.»

Los hombres de los kiokenmodingos de Di-  
namarca apenas han dejado ningún resto  
por donde se pueda reconocer la raza á que  
pertenecían. Los de Portugal, por el contra-  
rio, dejaron muchos esqueletos, por los cua-  
les sabemos que pertenecían á dos razas dis-  
tintas, pero que vivían juntas en una misma  
tribu. Los braquicéfalos parecen relaciona-  
dos con los de la sepultura de Orroui, y los  
dolicocefalos, más numerosos, forman una  
raza nueva, la de *Mugem*, que por sus fémur-  
res, en forma de pilastras, se relaciona con  
la de *Cro-Magnón*, de la cual difiere en la  
talla más pequeña y la cara prolongada.

§ II. ENTRE LA EDAD PALEOLÍTICA Y LA  
NEOLÍTICA NO HAY VERDADERO *HIA-*  
*TUS*; PERO SENOTA UNO COMPLETÍSIMO  
AL EMPEZAR LA ÉPOCA DE LA MAGDA-  
LENA.

**E**STAMOS ya pues al fin de la edad paleolíti-  
ca, y en seguida vemos aparecer nuevas  
razas que saben pulimentar la piedra. La  
transición no se verifica aquí de una manera  
tan brusca, como habían creído muchos has-  
ta ahora; las razas antiguas persisten al lado  
de las nuevas que van viniendo. Y si bien fue-

ron modificando rápidamente sus industrias y sustituyéndolas por las neolíticas, no lo hicieron de una manera instantánea. Aún más, la misma primitiva raza de Cro-Magnón persiste, en algunos puntos, aislada, y conservando por largo tiempo, en toda su pureza, sus costumbres propias y su género de vida, no obstante la nueva civilización que por todas partes la rodea.

No hay pues aquí un verdadero *hiatus*, ni mucho menos; no hay sustitución de razas, ni aun siquiera de industrias; aquellas persisten todas en medio de las invasoras, y las industrias se van modificando de una manera que podemos llamar *rápida*, pero no *instantánea*. «No parece que haya habido, dice Lapparent (1), una interrupción absoluta entre la edad paleolítica y la neolítica. En la caverna de Duruthy, cerca de Peirehoarde, los Sres. Chaplain y Luis Lartet han hallado en superposición directa dos capas que contenían esqueletos humanos del mismo tipo, pero asociados abajo á útiles paleolíticos (2), en

(1) *Traité de Géologie*, p. 1276.

(2) Entre estos se encontraron 55 dientes de oso, perforados y la mayoría esculpidos ó grabados; entre los neolíticos figuran sílex notabilísimos por la finura y delicadeza del trabajo, que los hace superiores á las más bellas piezas escandinavas. El Sr. Chaplain, al dar cuenta de sus descubrimientos ante el Congreso de Stockholmo, insistió sobre la ausencia completa de *hiatus* entre las dos edades, y sobre la persistencia, en la misma localidad, de un tipo humano, que no ofrece la menor variación desde la edad del reno hasta la neolítica. V. Cotteau, *Le Préhistorique*, p. 151.

tanto que la capa de arriba no encerraba más que los de piedra pulimentada. Es más probable que, al fin de los tiempos paleolíticos, la Europa haya sido invadida por una población nueva, del tipo asiático, venida del Oriente con su civilización propia y acostumbrada ya á los trabajos agrícolas. La nueva civilización se debió fundir con la precedente, borrándola casi en todas partes, por razón de su superioridad. Pero hay puntos en que esta se mantuvo por más largo tiempo. Así en la confluencia del Eure con el Sena, se han hallado las trazas de una estación de la raza de Cro-Magnón, que parece haberse refugiado en esta región más desheredada, y en la cual la cultura fué más lenta en tomar posesión.»

En el mismo Congreso de Bruselas, en que Mortillet quiso probar esa laguna, entre los tiempos paleolíticos y los neolíticos, fué ya enérgicamente combatido por eminentes sabios. El abate Burgeois, y con él M. Franéks, le hacen ver que las vasijas de barro y los objetos de adorno, hallados por el Sr. Dupont en las grutas de la edad del reno, prueban que los trogloditas de Bélgica estaban mucho más adelantados que los del mediodía de la Francia.

El Dr. Broca toma la palabra y prueba que las escavaciones practicadas en la *caverna del hombre muerto* revelan la existencia de una población intermedia, que tiene las costumbres de los trogloditas, y habita como

ellos las cavernas, y sin embargo ya está haciendo uso de la piedra pulida y vive en medio de los animales domésticos. La *caverna del hombre muerto* es una verdadera gruta sepulcral, que presenta todos los caracteres de las que existen en la época de la piedra tallada.

El Sr. Cazalis abunda en esta misma opinión y añade que ya hacía tiempo que había descrito la *gruta sepulcral de Saint-Jean d'Alcas*, la cual es de la piedra pulimentada y hasta contiene objetos de metal, y que otra gruta del departamento de Gard, en medio de objetos de la edad de la piedra pulimentada, ha ofrecido una flecha de hueso, que recuerda los arpones de la *Magdalena*. «Nuestra convicción, decía el Sr. Cazalis, es que el pueblo de los dólmenes se unió con los antiguos habitantes del suelo en que se hallaba, y terminó por absorverlos. No nos parece pues que exista en realidad esa laguna señalada por el Sr. Mottillet entre la edad de la piedra tallada y la de la piedra pulida.» (1)

(1) Ante el Congreso de Stockholmo examinó el mismo Sr. Cazalis la cuestión bajo el punto de vista de la Antropología, de la Geología, de la Paleontología y de la Industria, y demostró que, si había, entre las dos edades, paleolítica y neolítica, verdaderas diferencias, éstas no tienen nada de absoluto, y no hay una separación perfecta. El cambio se produjo, á su modo de ver, lentamente, y se siguió sin interrupción hasta nuestros días. «Durante aquellos tiempos, decía, varias razas de hombres vivían yuxtapuestas en nuestros climas, y en algunas de ellas pudo elaborarse en parte la edad neolítica. El

Después de los hombres de los kiokenmódingos, aparecen los de la piedra tallada. Pero estos no pertenecían tampoco á una misma raza, ni vinieron todos á la vez; aún más, no alcanzaban el mismo grado de cultura. Una larga serie de invasiones, análogas á las precedentes, fué introduciendo en nuestros países la civilización asiática; todos los invasores poseían ciertos caracteres comunes, en cuanto al género de vida; todos sabían construir dólmenes y tallar la piedra; pero, aparte de ofrecer grandes diferencias de raza, los primeros que vinieron aún no habían acabado de resolver el gran problema de la domesticación de los animales.

clima, viniendo á ser poquito á poco más dulce en nuestras regiones, atrajo sucesivamente hacia ellas nuevas razas de hombres, que trajeron nuevos elementos en las artes y en la industria, imprimiéndoles un impulso capaz de modificar su dirección, á veces de una manera completa.» Véase á Cotteau, *Le Préhistorique*, p. 111, 113, 114 y 148.

Los descubrimientos del Sr. Piette, hechos en la gruta de Mas-d'Azil (Ariege), acaban de poner en evidencia la falta de todo hiatus entre la edad paleolítica y la neolítica. Existe allí una zona intermedia entre la magdaleniense y la de la piedra tallada, en que falta el reno, pero se encuentran sílex y huesos trabajados según los tipos magdalenianos, y no hallándose aún la piedra pulida, se ve, con todo eso, aparecer la cerámica. Allí mismo se encuentran también muchas curiosas pinturas hechas por los trogloditas. V. *Revue des Questions scientifiques*, Julio de 1890, p. 308.

Pues bien, bajo el punto de vista geológico, el mismo Cartilhac se ve precisado á reconocer y contar (La France Préhistorique, p. 122) que ningún accidente brusco separa los tiempos paleolíticos de los neolíticos.

«En Alemania, en Polonia, en los *long-barrows* de Inglaterra, los constructores de dólmenes son generalmente dolicocefalos; pero son braquicefalos en el Lozere. Los hombres de Sclaigneaux, en Bélgica, se relacionan también con este último tipo, el cual, por lo demás, se presenta muchas veces juxtapuesto al primero, en proporciones, variables. He podido comprobar que dos razas muy distintas habían contribuido á formar el osario del célebre dolmen de Borreby, en Dinamarca. La una de ellas, que muy malamente se la ha querido á veces relacionar con la de Neanderthal, estaba caracterizada por su cabeza francamente braquicefala... No se puede ya suponer que los hombres de la piedra pulimentada hayan colonizado la Europa de una sola vez. Las diferencias étnicas, que los distinguen, están demasiado en oposición con esta hipótesis. Sus invasiones debieron ser múltiples, y más ó menos separadas en el tiempo... En Dinamarca, los primeros constructores de los dólmenes no tenían sino muy pocos animales domésticos... Por el contrario, desde que el bronce se muestra, aun en cantidades insignificantes, como en Kallundborg, se encuentran asociadas á las construcciones megalíticas, osamentas de buey, de carnero, de cabra, etc. De estos hechos creo que es permitido concluir que las primeras tribus llegadas á Dinamarca con la piedra pulida, ignoraban el arte de criar ga-

ñados ó no lo practicaban aún. Sabemos que sucedió de muy diferente manera en lo restante de Europa. Ese contraste, á propósito de una industria tan importante, podría indicar dos emigraciones distintas, una de las cuales habría dejado la madre patria antes que el arte de la domesticación hubiera adquirido todo su desarrollo, y habría, por consiguiente, precedido á las otras... Á las inmigraciones que introducen en nuestros países la piedra pulida y los animales domésticos, suceden aquellas que hicieron conocer los metales, el cobre primero, al menos en ciertas localidades; después el bronce, y por fin el hierro... Desde que el bronce se muestra en los *round-barrows*, los braquicefalos se mezclan con los dolicocefalos de los *long-barrows*, se multiplican rápidamente y acaban por ocupar ellos solos las sepulturas (1).»

Vemos pues ya claramente, que el gran *hiatus* que resalta á primera vista, entre las edades antiguas y modernas, no se halla al empezar la época neolítica, como asegura Mortillet, sino al terminar la del *E. primigenius* y comenzar la del reno, como lo probó, ante el Congreso de Bruselas, el Sr. Hebert, y como parece reconocerlo el mismo Cotteau. Entonces hubo una interrupción completa en las razas, en las industrias, en la fauna.

(1) Quatrefages. *Races humaines*, p. 115, 117, 118, 119, 120.

«MIENTRAS SE DEPOSITABA EL LOES, EL HOMBRE NO PODÍA VIVIR EN EUROPA, QUE ESTABA EN GRAN PARTE SUMERGIDA (1).» ¿Y cómo había de vivir, si había sido totalmente exterminado por las aguas de aquella portentosa inundación?

«La Geología nos enseña que por encima de los terrenos cuaternarios inferiores, existe una laguna, un *hiatus* considerable, que debe necesariamente corresponder á una laguna de la misma naturaleza en los hechos arqueológicos.»

Estas notabilísimas palabras del Sr. Hebert que hemos tomado por base de nuestra disertación arqueológica, y que tanto nos han animado á hacerla, no podemos menos de recordarlas con placer, al acabar de confirmarlas de la manera más patente. No es posible, en efecto, en materias tan escabrosas y tan poco deslindadas, demostrar más cumplidamente la gran verdad que en ellas se encierra.

Al ver la extraña confusión que reina entre los arqueólogos, y más aún entre los antropólogos, hemos querido, siguiendo el consejo del Sr. Hebert (2), fundarnos en las sólidas enseñanzas de la Geología, para ver si nos era posible desenmarañar la verdad. Entre

(1) V. Cotteau, *Le Préhistorique*.

(2) Y del Sr. Gaudry y otros muchos sabios, en el último congreso antropológico de París.

la edad del *E. primigenius* dominante, y la del *reno*, separadas por la formación de las arcillas rojas ó loes, las ciencias geológicas nos muestran evidentemente una gran laguna, según dejamos probado: otra análoga debe corresponder en los hechos arqueológicos. Seguros, *á priori* de esa verdad, no nos fué difícil verla también *á posteriori* de la manera más clara.

La época Magdaleniana empieza con la edad del *reno*; lo reconocen los más eminentes arqueólogos. Pues bien, la industria de esa época, no tiene nada que ver con la de la anterior; la excede increíblemente y no se le parece en nada. Es una industria nueva y del todo desconocida en Europa; una industria que tiene todos los caracteres de haber sido importada, por razas que llegaban á la sazón de países donde había florecido mucho la cultura. Pero esa industria no va sustituyendo poco á poco la precedente, no va mezclándose con ella y absorbiéndola, como sucederá al empezar la neolítica. Cuando ella empieza, ya la anterior estaba completamente extinguida. De los numerosos y groseros sílex Acheulianos, que se hallan en la edad del *E. primigenius*, ni uno solo vuelve á manifestarse en la *edad del reno*.

En esta, es cierto que se hallan sílex tallados; pero ¿cuán diferente habilidad manifiestan las finísimas y delicadas puntas de flecha, que aquí hallamos, los curiosos buriles

y cinceles, para labrar y grabar el hueso y el marfil, y los agudos punzones para perforar agujas tan finas como las nuestras! Y ¡qué diremos de tantos, tan variados y preciosos instrumentos, como se fabrican en esta época! ¡Qué diremos de aquellos terribles arpones, hechos de asta de ciervo, de tantas inestimables armas fabricadas de hueso, y de tan maravillosas obras de arte realizadas en marfil!...

Compárese ahora esta edad, que empieza, por otra parte, de repente, y en condiciones fatales para todo verdadero progreso; que empieza en medio de un frío insoportable, y de la consiguiente escasez y penuria, todo muy á propósito para hacer degenerar á la raza de industria más floreciente, pero nada conforme para realizar el menor adelanto; compáresele con la larga edad anterior, en que había cierta prosperidad y abundancia y dulzura de clima; ¡y qué contraste! ¡Dios mío! Entonces solamente se lograron fabricar algunos muy toscos sílex que debían manejarse directamente con la mano, y que sólo servían para poquísimos objetos. Rudeza, monotonía; hé ahí los caracteres de aquella mezquina y rudimentaria industria, si es que este nombre merece.

¡La Arqueología nos muestra pues una laguna inmensa entre la edad del *E. primigenius* y la del *reno*, correspondiente á la análoga, que había enseñado la Geología!...

Las ciencias antropológicas nos deben mostrar por lo tanto otra laguna idéntica, y á pesar de hallarse tan poco adelantadas, ya la muestran en realidad.

La floreciente industria Magdaleniana ha sido toda importada durante la edad del reno, por una ó más razas, venidas de países lejanos y cultos, y que al llegar, á causa del extraordinario frío, se acostumbraron á vivir en las cavernas. ¿Cuales eran esas razas? Aquella industria es esencialmente troglodita; en la obscuridad de los antros brotaron las artes en Europa. ¿Cuales son pues esas razas moradoras de las cavernas y cuyos restos se hallan en compañía de las industrias Magdalenianas?

La primera de todas, y podemos decir la típica, es la de Cro-Magnón; raza dolicecéfala, pero raza esencialmente troglodita, y cuyas obras de arte, cuyas armas y variados instrumentos, que nos ha dejado, *dan un claro testimonio de su elevada inteligencia y del espíritu de progreso* (1) que supo introducir en Europa. Vivía en la edad del reno, y no pudo vivir antes, porque al depositarse el лёс, no había hombres en Europa, que estaba toda inundada, como nos lo enseña la Geología: si hubiera vivido, desapareciera enteramente, como desapareció la anterior y numerosa raza de Canstadt. Era esencial-

(1) Quatrefages, *Races humaines*, p. 63.

mente moradora de las cavernas, no vivió pues antes de la edad del reno, cuando estas aún no eran habitadas (1). Su industria es del todo posterior á la de la mencionada raza de Canstadt; jamás se encuentran mezcladas, ni aun siquiera yuxtapuestas; tampoco pudieron vivir pues simultáneamente las dos razas; la de Canstadt fué totalmente extinguida con la prodigiosa inundación, que dió fin á la edad del *E. primigenius*; la de Cro-Magnón tuvo necesariamente que empezar en la edad posterior, en la cual ya no se muestra ni el menor resto de la otra raza.

Si se admite que la raza de Cro-Magnón entró en Europa antes de la edad del reno, es preciso mostrarnos cual fué su primitiva industria, y eso ni se ha hecho ni se podrá hacer jamás, pues no ha dejado otra industria que la Magdaleniense, de la cual es, por todos, reconocida como madre y fundadora. Pues bien, la época de la Magdalena está íntimamente ligada con la edad del reno; con ella empieza, y podemos decirlo también, con ella acaba. *La Magdaleniense es la edad del reno*, como en pocas palabras dice admirablemente Lapparent (2), y como lo reconocen quizá todos los arqueólogos.

Los trogloditas de Cro-Magnón vinieron pues á Europa cuando empieza á mostrarse

(1) V. Lapparent, *Géologie*, p. 1275; Reinach, *Description du Musée de Saint-Germain (Cavernes)*.

(2) *Géologie*, p. 1235.

aquella industria, que ellos introdujeron cuando las cavernas empiezan á servir de morada ordinaria, cuando el reno era el animal dominante, cuando, en una palabra, se hallaba completamente extinguida la única raza anterior, la desventurada raza de Canstadt (1).

La Antropología nos muestra pues, de la manera más clara, una gran laguna, entre esta última raza y la de Cro-Magnón, correspondiendo á la idéntica que muestra la Arqueología entre la época Magdaleniense y la precedente, y correspondiendo también á la que ya antes había mostrado la Geología, entre la edad del *E. primigenius* y la del *reno*. Y esas tres tan notables y tan manifiestas lagunas, que no pueden menos de saltar á la vista á cualquiera, coinciden precisamente con el extraordinario cataclismo y la

(1) En la misma *Antropología* de Topinard (versión castellana del Dr. Gener, V. *La Creación* t. I, p. CXXXIII) después de reconocerse que la raza de Neanderthal ó de Canstadt quedó completamente extinguida, se añade: «Los restos paleontológicos de la época siguiente, ó *edad del renífero* en la Europa occidental, han sido también estudiados por los autores de la *Crania ethnica*, que los distinguen con el nombre de raza de *Cro-Magnón*... Si los comparamos con los restos de la raza de Canstadt, parecen modernos... Y un poco antes (página CXXXI) se decía: «Entonces vino la *edad del renífero*, Aparecieron luego, especialmente en el Perigord y en los Pirineos, una civilización relativa y algunos síntomas de gusto artístico: el hombre era sedentario, y por lo mismo nada tenía de las razas mogolas, como lo prueban sus caracteres físicos.»

prodigiosa inundación, que formó la singular capa de loes (1).

¡Cuán admirables son, oh Jehovah, tus testimonios!... ¡Todas las Ciencias á una publican la verdad de tu infalible palabra!...

Esas tres lagunas tan particulares y tan únicas en la historia del período cuaternario, bastaran por sí solas, aun cuando no hubiera otra prueba, á demostrar la realidad del diluvio. No se pueden explicar sin él; lo reclaman necesariamente, como él las reclama también á ellas.

Y no se vuelva á decir que el hombre de Cro-Magnón, se halla alguna rara vez en depósitos que parecen anteriores á la edad del reno; porque no hallándose su industria, tampoco él se puede hallar. Si se encontrara algún resto auténtico de aquella raza en formaciones más antiguas, deberíamos pensar en un sepulcro, y no en otra cosa, porque los

(1) Véase sino lo que sobre este particular escribía hace ya tiempo un autor nada sospechoso: «La invasión por las aguas de la mayor parte de las cavernas y la retirada de nuestra raza... han dejado una serie de lagunas en los documentos paleoarqueológicos... hasta después de la retirada de las aguas, las cavernas no pudieron habitarse de nuevo... Aquí empieza verdaderamente el tiempo del reno, animal tan multiplicado entonces por Europa, que la invadía hasta los Pirineos... la hiena y el oso de las cavernas no existían en la Europa central; una gran fauna se extingue y el hombre aparece (reaparece) sobre la tierra.» (Le Hon. *El hombre fósil*, 1.<sup>a</sup> p. cap. IV). A la mencionada invasión de las aguas atribuye el mismo autor, según hemos visto en otro lugar, la formación del diluvio rojo ó de la arcilla.

trogloditas enterraban á sus muertos (1). Y si aquel no fué introducido posteriormente por el mismo hombre, lo debió ser por las aguas ó por otra causa cualquiera, y nadie nos podrá jamás probar que un verdadero hombre de Cro-Magnón se halla *in situ* en un depósito anterior al loes, no removido y del todo intacto. Y ténganse además muy en cuenta las muchas escavaciones que los trogloditas hacían para buscar el marfil (2).

(1) Véase sobre esto á Cartailhac, *La France Préhistorique* especialmente en el cap. VI, intitulado: *Le culte des morts dans les cavernes et les stations quaternaires*. En el cap. VIII p. 142 añade: «Las osamentas humanas se hallan amontonadas en gran número de cavernas ó de grutas. Se encuentran á veces sobrepuestas, por casualidad, á capas llenas de restos de animales ó de objetos de épocas anteriores; asociadas también á otras huellas de ocupaciones contemporáneas ó más recientes. En ciertas regiones se escavaron para los muertos, subterráneos mejor aislados... La sepultura en las grutas naturales es evidentemente la más antigua; pero los verdaderos orígenes de las criptas artificiales y megalíticas son aún desconocidos. Las grutas sepulcrales son numerosas en el Mediodía y en el Este de Francia.»

(2) Dado el caso, enteramente improbable de que se llegara á encontrar un verdadero hombre de Cro-Magnón, en un yacimiento anterior al loes, y que no se pudiera dudar de la autenticidad, eso nos probaría solamente que antes del diluvio, además de la raza de Canstadt, vinieron algunos individuos aislados de la misma raza que se logró salvar del gran cataclismo, pero aquellos perecieron completamente, y más tarde aparecieron otros análogos, que vivían en las cavernas. Los primeros debían ser de aquellos que se juntaron con los hijos de los hombres y siguieron sus perversas costumbres; por eso en Europa, los debemos buscar, dado que existieran, cerca de los grandes ríos, donde vivían los hombres de Canstadt. Y

Mas por lo que hace á la raza de Canstadt, es ya evidente su completa extinción antes de la edad del reno; ni pura ni mezclada reaparece en adelante, ni aun se puede hallar el más insignificante resto de su tosca industria. Y si bien es cierto que algunos han pretendido relacionar esta raza con una hallada en el cé-

precisamente allí es donde se han hallado esos restos humanos, al parecer de la raza de Cro-Magnón, que pueden infundirnos alguna duda acerca de la época en que fueron depositados. Y lo chocante es que los escasos restos de industria que allí se hallan, guardan más analogía con la primitiva, *Acheuliana*, que con la Magdaleniana, que es la propia de la edad del reno y de los verdaderos hombres de Cro-Magnón. De todos modos, en cuantos casos se han podido citar hasta ahora, lo natural y lo probable es que nos encontramos con una sepultura perteneciente á esta raza, y practicada en un depósito antiguo, que contiene restos de la de Canstadt.

Debemos añadir además que en todos esos casos en que los yacimientos parecen ser algo dudosos, ofreciendo apariencias de ser más antiguos, son también muy dudosos los restos. Hasta el presente no se ha hallado, á no ser en sepulturas manifiestas y reconocidas, ningún hombre, indudablemente de la raza de Cro-Magnón, en depósitos que no sean de la edad del reno ó posteriores. Los demás restos, que algunos antropólogos, con tono magistral, atribuyen á veces á esa raza, son tan problemáticos á los ojos de la mayoría de los sabios, como los mismos depósitos, donde se hallan, cuya edad, no puede determinarse, por estar completamente removidos, y que mientras unos geólogos los tienen por muy antiguos, otros los creen postcuaternarios.—V. Hoernes, *Manuel de Paléontologie*, p. 707.

Los últimos adelantos de la ciencia van desvaneciendo con rapidez todas las dudas; la tendencia actual de los sabios es á reconocer y confesar que la raza de Cro-Magnón no apareció en Europa hasta entrada la edad del reno. Véase la reciente é interesante obra del célebre Cartailhac, citada ya varias veces, *La France Préhistorique*.

lebre dólmen de Borreby, eso ha sido *muy contra toda razón*, como dice Quatrefages (1), pues esta última *se caracteriza por su cabeza francamente braquicéfala*.

A los trogloditas de Cro-Magnón suceden más tarde los de Bélgica, que conocen la cerámica y dan un gran paso en la industria; y entre unos y otros aparecen las menos conocidas razas de la Truchère y de Grenelle. Vienen por fin los hombres de los kiokenmódigos, que han logrado ya domesticar animales, y luego aparecen otros, que usan de la piedra pulimentada, que resuelven por completo el problema de la domesticación y construyen dólmenes, grandiosa sustitución de las cavernas.

Entre tanto las razas antiguas permanecen al lado de las invasoras y van adoptando sus más florecientes industrias.

Aquí no hay pues ningún *hiatus*, ninguna verdadera sustitución de razas; sino puramente una yuxtaposición, ó una mezcla, ó, á veces, una absorción. Las invasiones de nuevas tribus, cada vez más adelantadas, que partían del gran centro de civilización del Asia, se suceden á manera de olas que van partiendo del Océano, pero no se destruyen las unas á las otras. Desde la raza de Cro-Magnón hasta la de Furfooz, y desde ésta á las que introducen la piedra tallada y á las

(1) *Races humaines*, p. 117.

que más tarde usaran el bronce y el hierro, ni una sola ha dejado de existir hasta nuestros días, más ó menos pura, más ó menos mezclada. Sólo la infeliz y degradada raza de Canstadt se ha extinguido completamente, para no volver á aparecer en Europa.

Lo que pasó á las razas, pasó también á sus industrias; no hay en ellas ningún *hiatus*; no hay en ellas sustitución repentina y completa. Sólo hay un perfeccionamiento sucesivo y por grados más insensibles de lo que á primera vista se pudiera suponer. Desde la época de la Magdalena, las razas de Europa se hallaban animadas de un verdadero espíritu de progreso. Podrían resistir á veces á las invasiones, pero no á las nuevas luces que del Asia les venían. Fueron perfeccionando sus armas, perfeccionando sus artes, perfeccionando sus industrias; ya conocían más ó menos la domesticación de los animales, cuando vinieron las tribus neolíticas; y apenas aprendieron de ellas otra cosa de nuevo más que el pulimento de las piedras. Esta nueva industria la abrazan con ardor las razas antiguas, pero no todas á la vez, ni del mismo modo, ni de una manera repentina. Mientras unas se mezclan íntimamente y quedan confundidas con la nueva civilización, otras permanecen por largo tiempo aisladas, conservando sus costumbres troglodíticas, pero adoptando con todo eso el uso de la piedra tallada y todos los demás, que juzgaban ventajosos; y entre-

tanto algunas tribus de la raza de Cro-Magnón, bien fuera por un fundado temor á las invasoras, bien por su extraordinario aislamiento, conservaban, en plena edad neolítica, no sólo sus costumbres y género de vida, en la más completa pureza, sino también sus antiguas artes é industrias. ¿Dónde está pues en éstas ese gran *hiatus*, esa laguna?

Desde la edad de la Magdalena, hasta la del bronce y hierro, y hasta dentro de la misma histórica, sólo hallamos un sucesivo y graduado perfeccionamiento en las armas, en los utensilios, en las viviendas; un continuo progreso en la civilización Europea.

Las razas se multiplican y las industrias se perfeccionan; pero ninguna de aquellas se extingue, ni éstas se reemplazan de repente y de una sola vez.

Cuando las cavernas ya no son bastantes para contener á los trogloditas, ó cuando éstos no hallan suficiente caza, saben acomodarse á la vida de los kiokenmodingos (1) ó de los dólmenes. Aún no sabemos si estos géneros de viviendas han sido importados, ó si han intervenido en inventarlos las mismas razas antiguas.

(1) "Todo nos indica (escribe el Sr. Cartailhac, hablando de los kiokenmodingos de Mugem en *La France Préhistorique*, p. 128) la sustitución de los cazadores por los pescadores... Y añade (p. 130): «La antropología nos enseña que la raza de los kiokenmodingos portugueses no es más que una variedad de nuestra antigua raza de la edad del reno, llamada de Cro-Magnón.»

En los kiokenmodingos y los dólmenes hallamos una mezcla extraña y confusa de diferentes tribus. ¿Cuál fué la verdadera autora de ellos?

El dólmen es una atrevida y gigantesca construcción, realizada en *sustitución de las cavernas*, como opinan comunemente los arqueólogos; ¿No pudieron pues ser sus autores los mismos trogloditas, sobre todo favorecidos con las luces que les acababa de enviar el Oriente? Por de pronto sabemos que ellos, por sí solos, elevaron muchos dólmenes, y esto nos basta para hacernos reconocer su elevada inteligencia natural (1).

§ III. TODAS LAS RAZAS EUROPEAS POSTERIORES Á LA FORMACIÓN DEL LOES, PERSEVERAN HASTA NUESTROS DÍAS, Y LA ÚNICA ANTERIOR ESTÁ COMPLETAMENTE EXTINGUIDA.

No hubo pues más que una sola y completa interrupción en las razas y en las industrias de Europa, y esa se halla antes de empezar la época de la Magdalena. Desde entonces acá, lo que hallamos es una continuidad absoluta. De cuantas razas se fueron introduciendo después é invadiendo nuestros países, no hay una sola cuyos descendientes

(1) V. Quatrefages. *Races humaines*, p. 111; Cartailhac, *La France Préhistorique*.

no perseveren hasta el día; lo hemos afirmado, y ahora vamos á dar la prueba, con la autoridad más respetable en Antropología.

«La raza de Cro-Magnón, dice el celeberrimo Quatrefages (1) ha dejado también en el tiempo y en el espacio *numerosas* señales de su antigua existencia. Me limito á recordar *algunos* hechos. En Francia se la halla, en los tiempos neolíticos, en muchas localidades, ya en estado de pureza, como en las capas superiores de la gruta Duruthy, ya más ó menos cruzada con los hombres de la piedra pulida, como en la *caverna del hombre muerto* y en las grutas del *Petit-Morin*.—En España, acaba de mostrar el Sr. Verneau, que vivía en la misma época cerca de Oviedo, en la provincia de Segovia y en Andalucía. El Sr. Góngora la ha hallado también en las sepulturas de la edad de bronce, en la provincia de Granada.—En el norte de África están señalados con sus caracteres los constructores de los dólmenes de Roknia... El Sr. Hamy señala hechos análogos en los kabilas de nuestros días. En fin, el Sr. Verneau, poniendo fuera de duda la exactitud de un relacionamiento, hecho antes por Hamy, ha mostrado que los verdaderos Guanchos podrían ser considerados, si no como los descendientes directos, al menos como los sobrinos segundos de los trogloditas del Vezere, y que se re-

(1) *Races humaines*, p. 107 y siguientes.

lacionan íntimamente con esta raza, de la cual han conservado todos los caracteres osteológicos, y aun cierto parecido en las costumbres.—Por lo que mira á las razas mesaticéfalas y más ó menos braquicéfalas de las cuencas de París y del Lesse, se han reconocido sus evidentes huellas en muchas poblaciones bastante alejadas de los lugares en que fueron descubiertos sus restos fósiles. El tipo mesaticéfalo de Bélgica ha sido hallado en las sepulturas neolíticas de Baillargues (Herauld) y de Lombrives (Ariege). El tipo subbraquicéfalo fué descubierto, en condiciones análogas, cerca de Verdún, en Meudón, en los Hautes-Bornes, etc. Ambos están reunidos en las sepulturas neolíticas del Marne, reaparecen en tumbas más recientes, y tienen muchos representantes en las poblaciones belgas actuales. Este es un hecho en el cual han estado unánimemente de acuerdo los miembros del Congreso de Bruselas, y que yo he podido comprobar, quizá mejor, examinando las mujeres que se hallan en el mercado de Anvers.—La raza de Grenelle atravesó, lo mismo que las precedentes, todos los tiempos que nos separan de la época cuaternaria. La colección de cráneos parisienses, reunida en el Museo, atestigua que aquella ha permanecido en su puesto, sobre todo entre las mujeres de la clase obrera. Esta raza se relaciona además, por numerosos caracteres, con un grupo de poblaciones que el señor

Hamy y yo hemos llamado *Laponoides*, y que se sabe están agrupadas ó diseminadas en el tiempo y en el espacio, desde la Laponia hasta nuestros Alpes del Delfinado.—En fin, la misma raza de la Truchere, de la cual no se conoce más que un cráneo fósil, está representada en el osario neolítico del señor Baye por una cabeza tan limpiamente caracterizada como la misma pieza típica... A medida que el clima, la fauna, la flora cambiaban en su alrededor, el hombre cuaternario modificaba, conforme á la necesidad, su régimen, sus hábitos y su género de vida. Se mezclaba con las tribus neolíticas, como en el Petit-Morin y en el Hombre Muerto, ó bien les tomaba sus industrias, como en la gruta Duruthy, y construía él mismo también dólmenes, como en el alto Lozere.»

Vemos pues que, si se exceptúa la raza de Canstadt, todas las demás paleolíticas han contado con numerosos representantes hasta nuestros mismos días. Y es cosa bien digna de consideración que la que primero apareció después del diluvio sea precisamente una de las que, al parecer, se han conservado mejor. «La raza de Cro-Magnón, dice el ilustre Coll y Astrell (1), que en el orden cronológico sigue inmediata á la de Canstadt, y que el racionalismo se empeña en darle una antigüedad superior al período errático ó glacial,

(1) *La Ciencia Médico-Escolástica*, núm. 6.

cuenta igualmente con representantes numerosos en Francia, en Bélgica, en Holanda, en España, en Tunez, en Argel, en Marruecos, y no ya sólo los procedentes de sepulturas neolíticas que figuran en los Museos..., si que también numerosísimos descubiertos en sepulcros modernos: en términos que según Verneau (1), era muy común en París en el siglo V de nuestra era cristiana.— En las provincias bascas y en los Pirineos, el tipo de Cro-Magnón ha existido hasta nuestros días. Los huesos recogidos por Broca y Velasco en Zarauz, aunque en opinión de Hamy puedan remontarse á la época de la Vezere, son en realidad muy posteriores á la dominación romana.»

○ Otro tanto debe decirse de casi todos los otros numerosos cráneos del mismo tipo, hallados en España, pues si se exceptúa el de la caverna de Baza, descrito por Góngora (2), todos los otros se cree ya que pertenecen á una época muy moderna.

Todas las razas perseveran, repetimos, y sólo la de Canstadt es la que no persevera. Esta se halla completamente extinguida; ni un solo resto suyo ha podido hallarse en toda la época magdaleniana, y otro tanto sucede en la neolítica. Hallamos numerosísimos per-

(1) *Revue d'Anthropologie*, 1886, p. 11, y *Cranes modernes du type de Cro-Magnon*, en el *Bull. Soc. Anthropol.* 2.ª série, tom. XI, 1876.

(2) *Antigüedades prehistóricas de Andalucía*, p. 114.

tenecientes á esta última, de tantas suertes de hombres, como durante ella y la precedente habían penetrado en Europa: sólo los primitivos moradores han sido por completo borrados de la faz de la tierra. ¿Qué le ha pasado á aquella raza degradada, y que antes de la edad del reno era tan numerosa? Hubo una inundación universal, y quedó de repente exterminada (1). *Cuando se depositaba el loes, ya no había hombres en Europa, que estaba casi toda recubierta por las aguas* (2).

(1) El Sr. Cartailhae, al terminar el cap. V de su obra, *La France Préhistorique*, intitulado *Ossements humains dans les alluvions*, dice estas singulares palabras, que no sabemos como caracterizarlas: «Estos muertos no nos enseñan nada acerca de los vivos, y sería apelar demasiado á la imaginación el inquietarse por las causas que los han llevado á en medio de los depósitos donde los encontramos, semejantes, en general, á los producidos por las inundaciones.» Debemos añadir, y el mismo autor lo reconoce, que todos los restos humanos hallados en yacimientos intactos y evidentemente anteriores á la edad del reno, pertenecen á la raza de Canstadt. Esta aparece pues extinguida por una gran inundación. ¡Qué lección tan grande y tan compendiosa nos da! ¡Cuánto nos dicen estos muertos acerca de aquellos vivos que se hicieron dignos de un castigo tan terrible! Por lo demás, estábamos muy persuadidos de que preocuparse con las causas de los fenómenos é investigarlas era el nobilísimo oficio del filósofo, que sabe raciocinar ó usar bien de la razón; por lo visto, para el Sr. Cartailhae, raciocinar es imaginar; no es extraño, pues los *raciocinios* de nuestros *racionalistas*, las más de las veces son verdaderos *delirios*. ¡Hasta qué punto pueden obcecarse aun las más claras inteligencias de los llamados justamente *libre-pensadores*, por no querer obedecer á las leyes del pensamiento y haber sacudido el yugo de la lógica!

(2) Cottean, *Le Préhistorique*, p. 112.

La Geología nos muestra esa inundación universal y la consiguiente interrupción en las faunas; la Arqueología, una completa laguna en las industrias; y, por fin, la Antropología, el exterminio de una raza numerosa, que fué más tarde sustituida por otras más privilegiadas. ¡Cuántos testimonios en favor del diluvio bíblico!

### ARTÍCULO III.

EL DILUVIO UNIVERSAL DERRAMA COPIOSA LUZ SOBRE LA ANTROPOLOGÍA Y LA PREHISTORIA.—SE ACABA DE COMPROBAR, HASTA LA EVIDENCIA, LA COMPLETA EXTINCIÓN DE LA RAZA DE CONSTADT.

**E**sa inexplicable ausencia de la raza de Constadt y de toda traza de su industria, durante las épocas magdaleniana y neolítica, ha pasado casi enteramente inadvertida hasta ahora, porque nadie se ha fijado en la incalculable trascendencia de este hecho notabilísimo, ó porque no era fácil deslindarlo en medio de la confusión que reina en las ciencias antropológicas. Pero mirada la cuestión á la luz del diluvio universal, cuya existencia, anterior á la edad del reno, dejamos de-

mostrada, por razones geológicas las más evidentes, desaparece la confusión, las tinieblas se desvanecen y la claridad todo lo inunda. Y es porque el diluvio universal es el gran monumento, que, á manera de faro colosal, se eleva en medio del período cuaternario para esclarecerlo todo y recordar á la humanidad las verdades que más le interesaran y enseñarle los caminos de la vida. Si ese faro queda cubierto de la espesa niebla de la ignorancia, del olvido ó de la duda, todo el período cuaternario queda á oscuras y la humanidad rodeada de confusión. Que desaparezean aquellas nieblas, y entonces todo se verá claro, cual la luz del medio día.

Habíamos probado ya cómo esa teoría del diluvio universal, tal cual la dejamos expuesta, derrama copiosísima claridad sobre las más delicadas cuestiones geológicas de este período; y ahora acabamos de ver cómo las ciencias prehistóricas quedan también mediante ella maravillosamente iluminadas. Las dudas se desvanecen, la confusión se disipa, los hechos se ven ya claros y deslindados, y la verdad, por fin, campea. Hablamos confiadamente y resueltos, porque la experiencia misma nos está dictando las palabras. Cuando empezábamos á dedicarnos á las mencionadas ciencias, nos parecía imposible que de ellas pudiéramos sacar en limpio ni aun siquiera una sola verdad. Tal es la incertidumbre, la vacilación, la duda, la ignorancia, que entre

los prehistoriadores se muestra, que esas ciencias no parecen otra cosa que un tejido incoherente de opiniones contradictorias. Lo que uno niega, otro lo afirma; lo que uno reconoce como el mayor absurdo, otro lo asienta como verdad inconcusa. Es la mayor de las casualidades que dos sabios acierten á ver de la misma manera un solo hecho, porque no hay afirmación que no tenga cien negaciones en contra. Basta abrir las actas de cualquiera de los Congresos prehistóricos, para ver á cada paso á todos sus miembros en completa divergencia.

Por eso al querer hallar en la Arqueología y la Antropología hechos segurísimos é incontrovertibles para confrontarlos y ver su absoluta conformidad con nuestra teoría del diluvio, de la misma manera que habíamos confrontado los del orden geológico, nos hallamos atados completamente, pues faltaban aquí esos hechos, faltaba el primer término de la comparación. Y no nos costó poco trabajo deslindar algunos, en que van conviniendo los principales sabios, y que por otras razones nos han parecido seguros y ciertos, llamados á ser en breve casi universalmente admitidos. Los hemos tomado, en su mayoría, del eminente Quatrefages, quien ha sabido establecer cierto orden relativo, en medio de la confusión reinante, y muchas de cuyas opiniones comienzan á imponerse al espíritu de nuestros sabios. Otros los hemos tomado de

la opinión que logró dominar en los Congresos.

Todos esos hechos son pocos, pero muy fundamentales y seguros, pues no podrán ya ser combatidos con ninguna razón sólida.

Y todos ellos nos conducen al diluvio universal, porque fuera de él no tienen explicación.

No nos preocuparemos pues ahora de ciertas opiniones aisladas, que contra un partidario, cuentan con mil adversarios; combatir las, sería perder el tiempo.

Todo lo que la ciencia afirma ya de una manera tan clara, que la mayoría de los sabios más competentes lo admite sin el menor género de duda; todo lo que, en una palabra, tiene demostrado, ó esté próxima á demostrarlo, halla en nuestra teoría la más fácil explicación, y no puede explicarse fuera de ella.

Por eso desde el momento en que la hemos concebido, se nos desvanecieron todas las mayores dificultades que se hallan en la Prehistoria. Lo que antes nos parecía un enigma, se nos presentó después como la cosa más natural; y hasta nos maravillamos de no haber caído antes en la cuenta de una verdad tan sencilla. Y al ver ahora la vacilación, la duda y la infinita variedad de opiniones que reina entre los arqueólogos y antropólogos, al recordar las interminables disputas que agitaron todos los Congresos, nos parece

imposible que hombres de tan reconocido saber puedan errar de una manera tan lastimosa. Y es, porque si no se admite nuestra teoría, los hechos que con insistencia nos están mostrando los nuevos descubrimientos, parecerán á cualquiera paradójicos, y, á pesar de su evidencia, todos rehusarán admitirlos. Pero la realidad se impone, los hechos fuerzan por fin á que se les reconozca, y entonces he ahí una infinita variedad de teorías, que se empeñarán en explicarlos, cada cual de la manera más gratuita y más violenta. Sólo la teoría verdadera nos puede dar razón de todo, á ella nada se le opone, lo que pareciera dificultad, es cosa natural y sencilla, es una consecuencia lógica y necesaria. Y nosotros hemos probado que la nuestra es la única verdadera: las razones geológicas, que hemos aducido, no pueden ser más terminantes y claras. Por eso admitida ella, todo es orden y armonía, reina la luz y se desvanecen la confusión y las dudas. Hallada la clave, desaparece el enigma. Admitida una inundación universal, antes de la época del reno, como la misma capa de loes nos fuerza á admitirla, vienen por consecuencia forzosa la interrupción de las faunas, la interrupción de las industrias, la interrupción de las razas. Entonces se ve ya claro, y se distingue perfectamente el orden que reina en la aparición y sucesión de las nuevas tribus y sus industrias; entonces tiene razón de ser el relativo esplen-

dor con que empieza la época de la Magdalena, cuya industria no guarda la menor relación con la precedente y la excede de una manera prodigiosa; entonces se ve todo cómo debe ser y es, y nada causa maravilla. Se ve claramente la primera aparición del hombre de Cro-Magnón dentro de la edad del reno; y se acaba uno de persuadir de la completa extinción de la raza de Canstadt, verificada al depositarse el loes.

Esto último, nuestra teoría lo sostiene como consecuencia forzosa, y otro tanto hacen las mismas ciencias geológicas; pero la Prehistoria, aunque lo dice también de una manera bien clara, no merece tanta fe, y algunos se empeñan en no entenderla. Por eso nosotros hemos querido tomar por base á la Geología, que nos ofrece gran seguridad, y sólo á la luz de ella es como nos atrevimos á establecer, como ciertos y científicamente comprobados, algunos hechos prehistóricos. Y uno de los principales es sin duda alguna la completa desaparición de la raza de Canstadt. Claro está que admitido el diluvio, en la época en que lo admitimos, tuvo que desaparecer; también es claro que la Geología nos enseña la prodigiosa inundación, que precedió á la edad del reno, y que mientras, mediante aquella, se iba depositando el loes, no podía haber ya hombres en Europa, y por consiguiente, que la raza de Canstadt, que es anterior á aquella formación, quedó toda sepultada debajo

de las aguas. Pero queremos ahora hacer resaltar la irresistible fuerza con que comprueban la misma verdad otras razones tomadas de la Prehistoria.

Hemos hecho ver hasta la evidencia que cuantas razas aparecieron en Europa desde la época Magdaleniana, todas perseveran hasta nuestros días, y más numerosas de lo que se pudiera pensar.

Pero la única que había aparecido antes es también la única que falta. En vano buscaremos durante la mencionada época el menor vestigio de la raza de Canstadt ó de su grosera industria; en vano lo buscaremos durante la neolítica. Entonces, cuando todas las demás razas se hallaban aún numerosas, en su completa pureza, solamente la anterior, que había campeado sola por toda la Europa, es la que no reaparece ni pura ni mezclada. Ni un sólo resto, verdaderamente auténtico, se nos podrá mostrar de ella. Pues si alguno se le ha atribuído, ha sido con tan poco fundamento, que apenas hay un sabio competente que se atreva á reconocerlo por legítimo. Es cierto que el mismo Quatrefages pretendió reconocer en uno de los cráneos de Castenedolo el tipo de Canstadt, *suavizado en sus caracteres*, y como á aquel, se empeñó en mirarlo como terciario, con tal fundamento quiso hacer remontar á más allá del periodo cuaternario el origen de la raza de Canstadt. Sin embargo, el Sr. Coll y Astrell, afirmaba con

todo eso, que á pesar de no tener del mencionado cráneo más conocimiento que el sugerido por dos fotograbados, le parecían tan suavizados en él los caracteres neanderthalianos, que, lejos de equipararlo á los restos de Canstadt, ni á ningún otro de los varios tipos fósiles, lo hubiera comparado con millares de cráneos históricos que existen en todos los museos, y siendo muy condescendientes, con los más bellos ejemplares del tipo ariopelago (1). Y resultó que tenía razón el Sr. Astrell, y que Quatrefages se había equivocado de medio á medio. Se acaba de fallar definitivamente la cuestión del hombre de Castenedolo, y resulta que, lejos de ser terciario, es de una época muy reciente. Aquel yacimiento es una simple sepultura bastante moderna (2).

No hallándose pues ningún resto de la raza de Canstadt, en la edad magdaleniana, ni en la neolítica, mal podrá aparecer en épocas posteriores; pero aun cuando apareciera, no por eso deja de quedar demostrado que se había extinguido por completo en Europa.

Mas es el caso que no reaparece, y los mismos que opinan lo contrario nos dan armas para sostener esta verdad. Quatrefages, que es de los más amigos de esa raza, dice que se

(1) *La Ciencia Médica-Escolástica*, núm. 6.

(2) Véase, en el *Bollettino di paleontologia italiana*, la relación de los Sres. sabios Sergi é Issel, comisionados por el gobierno italiano para estudiar la cuestión *in situ*. Véase también la *Revue des questions scientifiques*, Julio de 1890, p. 307.

ha mostrado después en Europa al estado errático. ¡Vaya una manera de mostrarse! Como otros Melchisedech, sin genealogía, sin padre ni madre ni parentesco. Cualquier tipo aberrante, que no hallan con quien relacionarlo, lo comparan con la raza de Canstadt, y, á fuerza de buscar analogías, ven visiones como las de Castenedolo. ¿Cuál es el lazo de unión, que liga esos tipos del todo aislados, aberrantes, y hallados al estado errático, con aquella raza antiquísima? «Cosa admirable exclama el mismo Quatrefages (1), ¡los que han presentado mejor esos caracteres han desempeñado un papel muy importante en la historia patria! Basta citar á Bruce, el héroe escocés, y á Kai-Likké, el gentil-hombre danés, cuyo nombre se conserva en diversos cantos populares.» De manera que los hombres más eminentes de Europa son los que más se parecen á aquella raza, la más degradada, cuya industria era tan grosera y tan rudimentaria, que no merece el nombre de tal. ¡Vaya con la analogía que saben hallar nuestros antropólogos!—Y ¿qué había de suceder? El parecido se funda, no en los caracteres esenciales de aquella raza, sino en los teratológicos, que presentaba el cráneo de Neanderthal, y estos, dada la misma causa, pueden aparecer en los tipos más diferentes. Aquel cráneo, con sus caracteres anormales,

(1) *Races humaines*, p. 106.

y que han sido considerados como simianos, presentaba una extraordinaria capacidad; por lo que creen muchos, y con sobrada razón, que debió pertenecer á un individuo, el más inteligente de su raza, y por eso algunos, que actualmente presentan ciertos caracteres neanderthalianos, son, por regla general, hombres de una inteligencia muy superior á la ordinaria.

¿Qué parentesco pueden suponer pues esos rarísimos tipos, del todo aislados, excepcionales y teratológicos, que son los únicos que han podido hallarse en Europa? Pues bien, fuera de ella sucede otro tanto; á pesar de la convicción que muestra acerca de la persistencia de esa raza, el Sr. Quatrefages añade al pasaje ya referido (1): «Con todo ha sido forzoso ir hasta la Australia, para hallar, en una tribu de Adelaida, una pequeña aglomeración humana, que se relacione con este tipo por sus caracteres craniológicos.» ¿Y qué relaciones son esas? Él no lo dice (2); será por estar muy firme en la verdad... De todos modos, bien sabemos el valor que pueden tener ciertas semejanzas forzadas, que resultan con frecuencia entre los tipos más opuestos, según el sistema craniométrico que se

(1) *Races humaines*, p. 106.

(2) No hace más que presentar simplemente dos grabados de un cráneo de Australiano, cuyas analogías con la raza de Canstadt, más que forzadas, parecen puramente imaginarias.

haya seguido (1). No basta cualquier relación más o menos aparente para establecer lazos de parentesco; es preciso que todos los caracteres esenciales de la raza perseveren casi íntegros. Y eso no acaece en el presente caso. Es cuanto se le puede ocurrir á un antropólogo, relacionar á algunas grandes emi-

(1) Para que se vea el escaso valor que tienen las afirmaciones categóricas de nuestros más renombrados antropólogos, vamos á transcribir algunas de las curiosas reflexiones que el sabio Sr. Coll y Astrell hacía en *La Ciencia Médico-Escolástica*, núm. 7: "Haeckel conviene en que son las formas craneanas tan variadas, aun dentro de una misma raza, que en alguna, en la mediterránea, por ejemplo, toman los caracteres más exagerados y opuestos. (*Histoire de la création*, versión de Letourneau, 3.ª edic., p. 595-597). Y desde Haeckel hasta Broca, á quien parece deficiente la dicotomía de Retzius, y desde Broca hasta Quatrefages, que protesta de las tablas de Broca y de Pruner-Bey, háñese multiplicado tan extraordinariamente los procedimientos craneométricos, y tan vigorosa ha sido la argumentación de los Mantegazza, Soemmering, d'Arbentón, Ihering, Welker y Virchow, en defensa de la superioridad de sus respectivos propios métodos, que es difícilísimo retener hoy en la memoria todas las operaciones, índices y ángulos ingeniosamente discurridos para determinar los caracteres peculiares á cada una de las razas ya antiguas ya modernas. Lo que sí no podemos olvidar es que merced á las arbitrarias clasificaciones inventadas, hombres de indiscutible ciencia, como Broca y Pruner-Bey, han debido colocar, so pena de sustraerse á la lógica inflexible de sus propios sistemas, el Tudesco del Sud al lado del Annamita, el Bretón junto al Calmuco, el Belga y el Holandés inmediatos al Tagalog, el Parisien cerca del Malayo, el Bohemio contiguo al Papúa y el Italiano unido al Mahori de Nueva-Zelandia... De los descubrimientos paleontológicos hechos en diferentes territorios de América por el coronel Jones, por Abbot, Putnam, Carr, Boyd-Dawkins, Whitney, Lewis y Hayes, despréndese igualmente que la braquicefalia y la do-

nencias actuales de Europa con una pequeñísima tribu perdida en el Océano y con una raza ínfima, que no ha vuelto á dejar la menor señal de su existencia desde los tiempos paleolíticos más remotos.

Peró sea lo que fuere en otros países, en

liceocefalia háñese visto en todos tiempos mezcladas, sin constituir nunca, por sí solas, base firme de especificación. Igales opuestos caracteres hemos tenido ocasión de comprobar no há mucho en la última Exposición de Filipinas celebrada en Madrid... Dos cabezas nos llamaron extraordinariamente la atención: ambas habían pertenecido á dos tulisanes, Sunga y Zancat, célebres uno y otro por sus inclinaciones bestiales y por los grandes crímenes cometidos, cuyas cabezas se distinguían por una capacidad tan grande que rarisimas veces la alcanzan en las tablas métricas los hombres más doctos de Europa, muy superiores á Bischoff, á Agassiz, á Liebig, á Dupuytren y á Broca. En cambio, entre los ejemplares vivientes que vinieron á la Exposición vimos á los dos simpáticos y malogrados Carolinos Pe-aripis y Dolores Nessern, que acusando una dolicocefalia exagerada, pues el índice cefálico de ambos no excedía de 70, eran considerados como los más inteligentes de la colonia; al paso que un visaya llamado Talandong, extraordinariamente braquicefalo, de un índice tan excepcional que alcanzó el número 98, no dió muestras más que de una rudimental cultura. Esos datos revelan con toda claridad cuán deleznable son todas las teorías inventadas hasta el día para deslindar el campo etnológico protohistórico ó actual con esas fronteras morfológicas que separan la braquicefalia y la dolicocefalia, el prognatismo, el enrigatismo y el ortognatismo, la leptorrinia, la mesorrinia y la platirrinia. Persuadido de cuán imaginarias son esas fronteras, un antropólogo, nada sospechoso á nuestros adversarios, Kollmann, en el Congreso celebrado en 1880 por la Sociedad antropológica de Alemania, llamó muy partiularmente la atención de sus compañeros acerca de lo defectuoso y lo expuesto que es el método de determinar el carácter étnico de un pueblo por la mensuración craneana. Las obser-

Europa, forzoso es reconocerlo, la raza de Canstadt quedó enteramente extinguida, y esa extinción supone un hecho maravilloso, y esto nos basta.

Las variaciones de Kollmann, no sólo no fueron rechazadas, sino que encontraron gran eco en la mayoría de los congregados. Según Lebon, entre los hijos de París mismo se observan tipos tan extraordinariamente diversos en la forma y volumen del cráneo, que el peso del cerebro acusa diferencias de 900 á 1.700 gramos. La dolicocefalia, que es entre las particularidades craneanas la que se considera como más próxima á la peculiar de las especies simanas, es señalada por varios etnólogos como característica de pueblos históricos muy civilizados... En cuanto al prognatismo, bastará decir que el mismo Pruner Bey reconoce que el Negro, el Hotentote, el Australiano, no nacen con particularidad, en términos que trasladados antes de la época de la pubertad á otros países, el prognatismo no se desarrolla. Y por si esto fuera poco, conviene añadir que el adelanto ó retardo de las sinostosis de las suturas craneanas influyen grandemente en las formas definitivas de la cabeza.»

Véase sobre lo aquí expuesto á Pruner Bey, *Mémoire sur les nègres*, en las *Mémoires de la Société d'anthropologie*, t. I, p. 327; Lortet, *Revue Anthropologique*, 1885, p. 323; Ubaghs, *L'Age et l'homme préhistoriques*, etc; Baudouin, *Notice sur un cimetière franc découvert à Augy*, en las *Mémoires de la Société académique de l'Oise*, 1868; Letourneau, *Bulletin de la Société d'Anthropologie*, 3.ª serie, t. II, p. 380; Topinard, *Étude sur Pierre Camper*, en la *Revue d'Anthropologie*, t. II, 1884. Véase además la graciosa rechifla que el libre-pensador Joly hace de las afirmaciones retumbantes de los antropólogos, *Craniologie ethnique; Revue scientifique*, t. V, 339; y las notables confesiones de Virchow (N. Bertrand, *Archéologie celtique et gauloise*), y de Cartailhac y Gas, *Le Bon* (V. *La Controverse*, 17 de Diciembre de 1881, 1.ª de Febrero de 1882), el último de los cuales escribe: «Si la Antropología actual persiste en la vía donde se ha ido á atollar, es decir, en sus investigaciones de craniología comparada, bien pronto perderá todo crédito.»

Sin embargo no será aventurado admitir que pudo mezclarse alguna sangre de aquella maldecida raza con la de los pocos hombres que se salvaron del diluvio, y eso basta para poder explicar por atavismo la reaparición de algunos de sus caracteres, si es que llegan á ser auténticos, en cualquier parte del mundo. Y cuidado que no somos los primeros en recurrir á un atavismo tan remoto, pues los casos que se citan en Europa, sólo, mediante aquel, es como se pretende explicarlos (1).

No pudiéndose pues explicar esa desaparición repentina y completa, ó por de pronto, casi completa, de una raza bastante extendida por Europa, sin un cataclismo extraordinario, nos vemos forzados á recurrir al diluvio, que acaeció precisamente al mismo tiempo.

Los hombres que en el Asia se salvaron, al irse multiplicando, empezaron luego á emigrar, y algunas familias penetraron en nuestro Continente, no obstante los fríos de la edad del reno. Estos hombres atrevidos, debieron pertenecer á la familia de Cam, y trajeron á Europa no pocos restos de la antigua civilización del Oriente. Fueron luego viniendo otras familias, de ordinario cada vez más adelantadas; pero todos aquellos hombres, ton amigos de emigrar, debían hallarse des-

(1) Véase, entre otros, al mismo Quatrefages, *Races humaines*.

de hacía bastante tiempo separados del centro de ilustración, y por eso tuvieron que olvidar necesariamente gran parte de las industrias que allí se cultivaron. Sólo las referentes á las necesidades diarias, ó bien aquellas, cuyas materias primas se hallan siempre á la mano, pudieron conservarse en su integridad casi completa; de las demás quedaría, á lo sumo, un confuso recuerdo.

Entre tanto los miembros de la raza patriarcal, fieles á las tradiciones antiguas, y con ellos la inmensa mayoría de los descendientes de Sem y Jafet, junto con algunos de Cam, permanecían reunidos, formando un gran centro de ilustración, que conservaba religiosamente los muchos conocimientos de ciencias y artes que se habían salvado en el arca, y á la vez los iba enriqueciendo con otros nuevos y numerosos, que aquella sociedad nutrida y regenerada podía muy bien ir adquiriendo. Por otra parte, como el clima de la Armenia debió ser algún tanto duro, determinaron bien pronto abandonar las montañas y dirigirse hacia el S-E. Cuando ya se habían multiplicada bastante, y extendido por casi todos aquellos países; cuando ya se habían repetido muchísimas veces las emigraciones de algunas familias de la raza de Jafet y de la mayoría de los descendientes de Cam, la raza patriarcal, junto con todas aquellas que le permanecían fieles, entre las cuales estaba casi toda la descendencia de

Sem, dirigió sus pasos hacia la Asiria, y se estableció en las fertilísimas llanuras del Sennaar. Allí, en medio de la prosperidad y la abundancia, se multiplicaron prodigiosamente, progresaron en las artes y las ciencias, y llegaron á una civilización avanzadísima. Pero con la felicidad y con la ciencia se llenaron sus corazones de loca vanidad y pretendieron elevar aquella gigantesca torre, el mayor monumento de la soberbia humana y el eterno padrón de su ignominia.

Llenos de confusión, partieron en desorden, cada cual por su camino, y muchos de los hijos de Jafet se dirigieron hacia Europa. Pero aún debían aquí durar los fríos de la edad del reno, y no dejándoles avanzar, les forzaron á establecerse en la Iberia. Allí se multiplicaron y extendieron, y cuando se inauguró un clima dulce y benigno, vieron abiertas las puertas de Europa, y se lanzaron por los remotos países á donde iba el sol todos los días á descansar de su carrera. Pero como iban muchos, pudieron llevar numerosos restos de la floreciente civilización de Babilonia, (1) y

(1) "Más de dos mil años antes de nuestra era, escribe el abate Thomas (*Les Temps primitifs*, t. II, p. 63 y sig.) mientras que los trogloditas europeos, dispersos por el continente: sin lazos políticos, vivían de la caza y de la pesca, la Mesopotamia, por ejemplo, nutría una población muy densa, constituida en cuerpo de sociedad, ejercitada en la cultura del suelo, hábil en el arte de edificar; testigos esas construcciones gigantescas, cuyas ruinas, recientemente descubiertas, son para





## CAPÍTULO IV.



### CAUSAS FÍSICAS DEL DILUVIO.



§ I. EL AGUA Y EL FUEGO, COMO AGENTES DE LA NATURALEZA Y COMO INSTRUMENTOS DE LA DIVINA VENGANZA.



CABAMOS de confirmar, de la manera más evidente, la realidad de ese gran diluvio universal que nos describe la Biblia. En vano la impiedad protesta, en vano trabaja sin descanso por echar en olvido las iras del Omnipotente, cuyo recuerdo tanto la acongoja, que la mano vengadora de Elohim aparecerá siempre alzada sobre los hijos de la perdición. Los elementos pregonan á grandes voces su cólera, y están siempre dispuestos á ejecutar

sus venganzas. El agua y el fuego, de cuyo concierto armonioso resultó la hermosura del Orbe, no toleran que nadie venga á mancharla. Del agua salió la vida (1), y al ver á la vida contaminada, el agua la quiso borrar de toda la faz de la tierra, y formó el portentoso diluvio, monumento perenne, que atestigua el furor del agua (2). Del fuego salió la materia pura y hermosa, y al verla tan mancillada, se está ya preparando para consumir la maldad y hasta el último rastro de ella, y purificar el orbe, volviéndole á su primitivo esplendor, á su pureza sin manci-lla (3).

Este mundo terminará mediante la acción del calor; la naturaleza será toda destruída, y los elementos disociados por la virtud del

(1) La vida animal apareció en el seno de las aguas, los primeros animales eran esencialmente marinos, como nos lo demuestra la Paleontología y nos lo atestigua la Biblia (*Genesis*, I, 20, 21); por lo que hace á la vida vegetal, si empezó en la tierra, fué después que esta se hallaba ya suficientemente preparada por el agua, y es más probable que los primeros organismos vegetales aparecieran dentro de esta mucho antes de que la tierra se hallara en condiciones de poder germinar. (V. Almería, *Cosmogonía y Geología*, p. 485.)

(2) "Terra de aqua et per aquam consistens Dei verbo: per quæ, ille tunc mundus aqua inundatus perit." (S. Pedro, *Epist.* II, cap. III, v. 5 et 6.)

(3) "Cœli autem qui nunc sunt, et terra, eodem verbo repositi sunt, igni reservati in diem iudicii, et perditionis impiorum hominum... Cœli magno impetu transierunt, elementa vero calore solventur, terra autem et quæ in ipsa sunt opera, exurentur." (Id. *Ibid.*, v. 7 et 10.)

fuego: he aquí las últimas palabras de la termodinámica (1).

Las épocas geológicas terminaron por una inundación extraordinaria, que produjo una notable interrupción en las faunas, un cambio radical en el clima, una inmensa laguna en la industria humana y un casi completo exterminio de la humanidad; he aquí como termina hoy la Geología, para dejar la palabra á la tradición y á la Historia (2).

Y la tradición universal y la historia de todos los pueblos empiezan recordándonos que después de la edad de oro, vino la edad de piedra, en la cual los hombres, pervertidos y olvidados de Dios, fueron exterminados por

(1) Puede verse sobre este punto á Tyndall, *La Chaleur mode du mouvement*; á Saint-Robert, *Le Mouvement (Revue scientifique)*, 17 de Julio de 1875; á Balfour Stewart, en un folleto sobre la conservación de la energía (cap. V, p. 18). M. Folie, en un discurso pronunciado el 3 de Diciembre de 1873, se expresaba de esta manera: «Hay más transformación de trabajo en calor, que de este en aquel, de suerte que la cantidad de calor aumenta considerablemente á expensas de la cantidad de trabajo; por otra parte, el calor tiende á equilibrarse, á distribuirse de una manera, cada vez más uniforme, en el espacio, y la disgregación de los cuerpos á aumentarse. De ahí se sigue que el universo se acerca fatalmente de día en día, en virtud de las leyes naturales, á un estado de equilibrio, en el cual las distancias entre las moléculas de los cuerpos habrán llegado á su extremo límite, con lo que se volverá imposible toda nueva transformación. Entonces, según una expresión memorable, los elementos serán disueltos por el fuego. Tal es pues el término fatal del mundo; salido del caos, volverá otra vez al caos.»

(2) V. Cotteau, *Le Préhistorique*, p. 112, 113; Le Hon, *El Hombre fósil*, 1.ª p. cap. IV.

un prodigioso diluvio, sin que se salvara más que una sola familia humana, que halló gracia delante del Señor, y vino después á poblar toda la tierra.

¡Que brame y se extremezca la impiedad! ¡Que mienta descarada y niegue las iras del Omnipotente que le amenazan!... Que su boca infame que dará cerrada y confundida ante el clamor constante de toda la naturaleza, que á grandes voces las pregona y repite sin cesar: *Discite justitiam moniti, et non temere Dixos* (1).

El diluvio universal, producido para exterminar á los antiguos hombres perversos, es un hecho cierto, que hace estremecer á todos los que se quieren olvidar de Dios y no guardan sus leyes santas. Un hecho enseñado por el Génesis, por esa historia la más fiel, la más antigua y la más fundamental; confirmado por la tradición unánime de todos los pueblos, consignado en todas las primitivas historias, reconocido y comprobado en la Antropología, y por fin, demostrado evidentemente por la Geología y puesto de relieve por las ciencias arqueológicas.

¿Y habrá aún corazones tan osados, bocas tan infames, inteligencias tan groseras y viles, que se atrevan á poner en duda y mucho menos á desechar y contradecir tales testimonios? A quien eso hiciere, sólo por el ma-

(1) *Enéida*, l. VI, v. 620.

yor sarcasmo se le podría apellidar *ser racional*.

§ II. EL DILUVIO FUÉ PRODUCIDO POR UNA TERRIBLE INVASIÓN DE LA MAR ACOMPAÑADA DE LAS MÁS TORRENCIALES LLUVIAS.—ESTOS FENÓMENOS PUDIERON SER EFECTO DE UNA GRANDIOSA MANIFESTACIÓN VOLCÁNICA.

LA realidad del diluvio queda pues demostrada de la manera más evidente, con todo género de pruebas. Sólo nos resta ahora determinar sus causas, si es que fueron naturales.

Esta parte, á decir verdad, nos preocupa bien poco; lo que nos importa es saber que el hecho es cierto y aprender en esa terrible lección; determinar la causa, es cuestión muy accesoria. Fué producido para castigo y para escarmiento; debemos pues reconocerlo y tenerlo siempre delante de los ojos, para temer al Señor y no provocar sus iras; pero no tenemos ningún deber de investigar los medios puestos en ejecución para realizar aquel cataclismo estupendo.

Comprobada y demostrada, por otra parte, científicamente su realidad, por las indelebles señales que ha dejado, tampoco la misma ciencia puede tener derecho á preguntarnos su causa: pudo ser la que le agradara al

Señor, que se resolvió á realizarlo, y fué la que le plugo escoger entre las muchas que podían servir al efecto, ¿Y quién se atreverá á penetrar en los secretos del Todopoderoso y á escudriñar los arcanos de la Providencia?

Pero las mismas palabras que se ha dignado revelarnos en el Génesis nos dan á entender que intervinieron agentes naturales, al decir que se rompieron las fuentes del gran abismo y que se abrieron las cataratas del cielo. Y estas causas nos es dado investigarlas y ver si pudieron bastar por sí solas. Si bastaron, podremos afirmar que el diluvio fué un hecho natural en cuanto á su ejecución, aunque milagroso en su principio, en cuanto el Señor lo dispuso como medio extraordinario para borrar la iniquidad de la tierra. Si no bastaron, tendremos que reconocerlo como milagroso, aun en la misma realización, si bien pueden considerarse como naturales los efectos producidos (1).

Una vez que nos consta que Dios se determinó á realizar el gran cataclismo, y que experimentalmente sabemos que se realizó, si las causas naturales, puestas en juego, no eran suficientes, los mismos hechos nos fuerzan á recurrir al milagro.

Pero el milagro asusta á los impíos, los espanta y les hace huir atollondrados; si bien,

(1) Sobre la cuestión del milagro en el diluvio, puede verse con provecho al Cardenal González, *La Biblia y la Ciencia*, t. II, p. 594 y sig. y p. 632.

después de haber huído, se empiezan á reír... como necios. Y lo son verdaderamente; pues no saben entender que el Soberano Autor de todo lo creado puede salir, cuando le agrada, del orden natural, que como regla ordinaria, libremente ha establecido. Y esa misma salida, en cuanto prevista en los planes de la Providencia, es de alguna manera muy natural en sí misma, si bien nosotros, porque no acertamos á explicarla, la llamamos *milagrosa*.

Si pues los mismos hechos reales nos forzaran á recurrir á una causa extraordinaria y fuera del orden común, tendríamos, no sólo derecho, sino también deber de admitir y reconocer un milagro.

Veamos ahora si las causas naturales indicadas en el Génesis bastaron á producir el diluvio, tal como allí se describe y como la realidad nos lo muestra.

Por aquel *romperse todas las fuentes del gran abismo* (1), entendemos, como vienen á entender quizá la mayoría de los Expositores, una invasión de los mares sobre la tierra; y por *abrirse las cataratas del cielo*, entendemos la formación de lluvias torrenciales y espantosas (2). En seguida empezó á

(1) La palabra *thehóm*, empleada en el texto hebreo, puede muy bien entenderse de la mar, y mejor aún de la mar que de la atmósfera. V. Vigouroux, *Manuel biblique*, t. I, p. 565.

(2) «Duplex fuit causa diluvii, una supera, pluvia erumpens ex cataractis coeli; altera infera, eruptio et inundatio

llover copiosamente, durante cuarenta días, y las aguas se multiplicaron y lo inundaron todo con vehemencia, hasta llegar á cubrir las altas montañas. Se cerraron por fin las fuentes del abismo y las cataratas del cielo, y fueron impedidas las lluvias. Las aguas de la tierra retrocedieron después, yendo y viniendo, y á los ciento cincuenta días comenzaron á disminuir (1).

¿Cuál fué la causa de esa extraordinaria invasión de los mares y de esas prodigiosas lluvias? En el orden natural no se podrá seguramente señalar otra, sino una portentosísima manifestación volcánica.

La aparición de un volcán en el seno de la mar, originando una isla tan insignificante como la Julia ó la Sibirina, ha producido terribles agitaciones en las aguas, que lo quieren inundar todo, y que, trasformándose de

abyssi... Ex hac ergo abyssu erumpentes aquae largissima, instar fluminum, imo marium, terram operuerunt: ipsa quoque maria littora sua egrassa, terram operuerunt... unde per abyssum hic maria quoque intelliguntur; abyssus enim est vorago aquarum. tam quae terra quam quae mari continentur. Cornelio A Lapide, *In Genes.* VII.

“Nec nisi irrisionis gratia quisquam sibi fingere posset, escribe el Sr. Caminero (en su *Manuale Isagogicum in Sacra Biblia*, p. 632), stupendam hanc inundationem sola pluvia quadraginta dierum, maxima licet, accidisse: contrarium Moyses narrat, dum asserit ruptos esse omnes fontes abyssi magna (ita in Bibliis appellatur mare, ergo sermo est de inundatione marina) et apertas cataractas caeli.”

(1) *Genes.* VII, 17-18, 19; VIII, 2, 3.

repente y en gran abundancia en vapor, se elevan á la atmósfera, y ocasionan lluvias las más espantosas.

§. III. AL PRODUCIRSE EL DILUVIO, APARECIÓ EL SISTEMA DE CORDILLERAS DE LOS ANDES ETC.—ESTA APARICIÓN FUÉ SUFICIENTE PARA CAUSAR EL GRAN CATACLISMO.

**P**ERO una inundación tan grande como el diluvio, exige una manifestación volcánica de grandeza proporcionada. Y si esta acaeció en realidad, nos puede y debe dar cuenta de ella la Geología. ¿Es posible comprobar una exageración extraordinaria de los fenómenos del vulcanismo, acaecida precisamente en la época que hemos asignado al diluvio? No sólo es posible comprobarla, sino que la hallamos consignada con precisión maravillosa. El diluvio acaeció (como dejamos consignado), entre la edad del *E. primigenius* y la del *reno*; después de las formaciones erráticas, y de la mayor parte de la llamada *diluvium gris*; él mismo formó la última capa de este, y enseguida todo el loes, formó también muchos extraños depósitos de conchas marinas que se creen de ordinario debidos á inadmisibles oscilaciones de las costas; y después de él se formaron tobas en las cavernas y en algunos otros parajes, se depositaron los alu-

viones modernos, y se fué acumulando la turba.

Ahora pues, el 21, y último de los grandes sistemas de levantamientos, el cual comprende los ANDES, el *Tenare*, el *Vesuvio* y el *Etna*... está asignado por los geólogos (1), con una precisión mayor de la que acertaríamos á desear, exactísimamente en el punto en que el diluvio acaeció.

Esta coincidencia tan particular, y en realidad imprevista, como tantas otras que hemos hallado, es de lo que más nos persuade de la verdad de nuestro sistema; creemos haber dado con la clave, cuando todos los enigmas se descifran por sí solos.

Pues bien, ese último y grandioso sistema de levantamientos, nos parece ser una causa muy proporcionada con toda la magnitud del gran cataclismo (2). Si tan asombrosos efectos produce la aparición de una pequeña isla volcánica, ¿cuáles se producirían al surgir

(1) Véase la *Geología* del Sr. Villanova (*Cuadro sinóptico de la clasificación de los terrenos*).

(2) «¿Cómo se podrá admitir, escribía Mareel de Serres (*La Cosmogonía de Moisés*, t. I. cap. II) que el levantamiento de la dilatada cordillera de los Andes que atraviesa desde el Mediodía al Norte la casi totalidad del Nuevo Continente, ha permanecido sin acción alguna sobre el nivel del gran Océano, sobre cual se ha elevado?»

«Este levantamiento pudo haber producido el último y más terrible de los cataclismos que han trastornado la faz del globo. El surgimiento de la cordillera de los Andes parece al menos haber sido contemporáneo del diluvio si hemos de juzgar por los depósitos que descansan en su base.»

del seno de los mares la inmensa cadena de los Andes y tantas otras como al mismo tiempo se lanzaron á lo alto? Una prodigiosa cantidad de agua se trasformaría en vapor, ocasionando lluvias las más espantosas que se han visto, figurando así abiertas las cataratas del cielo. Por otra parte al *romperse* el gran abismo, y aparecer en su seno una masa sólida tan extensa como los Andes, los dos Océanos se lanzarían con violencia hacia los continentes; las aguas del Atlántico, siguiendo quizá la gran corriente del Golfo, vendrían á manera de caudaloso y desbordado río á invadir las costas septentrionales de Europa, y penetrando en ella por el N. O. acabarían por inundarla toda, llevando consigo prodigiosas masas de hielo flotante, junto con los enormes peñascos que en ellas habría incrustrados; los cuales vendrían á parar á distancias incalculables. Después de invadida toda la Europa, las aguas penetrarían en el Asia, donde irían á chocar con las portentosas corrientes enviadas por el Pacífico. Este, nunca peor que entonces mereció el nombre que lleva; se hallaba furioso hasta el paroxismo. Los Andes habían aparecido en su propio seno, y él bramaba con indomable furor por recobrar mucha más tierra de la que se le había quitado. Sus aguas, en cantidad fabulosa, se dirigen al Asia, la invaden por completo, y aún no quedaban contentas; querían penetrar en Europa, pero antes les

salieron al encuentro las del Atlántico, que ya habían cubierto á esta, y luchan terriblemente, y lo inundan todo con vehemencia. Las mismas copiosas aguas fluviales intervienen en la lucha, y juntas todas se elevan, en el centro del Asia, á una altura de más de 3500 metros, quedando cubiertas todas las montañas del horizonte visible de Noé. *¡Porro arca ferebatur super aquas!... (1)*

Al empezar la lucha, las aguas retroceden, y en medio de aquella terrible agitación, *iban y volcían (2)* Predominan por fin las del Pacífico, como mucho mas irritadas y copiosas; y se lanzan sobre los países meridionales de Europa, donde dejan, en testimonio de su triunfo, extraños depósitos de conchas tropicales (3).

Vemos pues que la sola emersión de los Andes basta casi para explicar la portentosa inundación del diluvio. Pero si á esto se añade que una manifestación volcánica tan maravillosa, debió ser precedida y acompañada de muchas oscilaciones y terribles repercusiones en el fondo de todos los mares; y que este debió irse elevando notablemente, antes que el fuego, aprisionado en las entrañas del globo, lograra desahogarse, lanzando á la atmósfera los infinitos materiales que compo-

(1) *Genes.* VII, 38.

(2) *Ibid.* VIII, 3.

(3) V. Lapparent, *Géologie*, p. 1269.

nen aquella bastísima cordillera; entonces no podemos dejar de ver en la aparición de esta, una causa bien suficiente para el diluvio.

Añádase ahora que semejante erupción fué acompañada de otras muchas, sobre todo en la cuenca mediterránea, las cuales contribuyeron poderosamente á acrecentar los desastrosos efectos de la principal.

Entre tanto, una lluvia la más terrible y espantosa asolaría los continentes y las islas, hasta que sus aguas, incorporadas con las de los mares, llegaron á cubrir las montañas.

Pero una vez que el fuego central logró desahogarse cumplidamente, se apaciguó su furor, viendo ya los exterminios producidos por el agua, y borrada la maldad de la superficie de la tierra. Entonces el fondo de los mares empezó á abandonar aquel estado violento y á descender poco á poco á su primitiva posición.

Al mismo tiempo las aguas, una vez que habían inundado ya todo el orbe, y se habían agitado con furor, al ver su misión perfectamente cumplida, á los 150 días de haber comenzado el diluvio, empezaron á descender paulatina y tranquilamente, y se volvieron á ocupar los anchos senos que se les iban abriendo en la mar.

Probable es que las muchas que partían de las elevadas alturas del Antiguo Continente, pudieran abalanzarse sobre el Nuevo, produ-

ciendo en él una segunda invasión, sin perjuicio de la que se debió allí, como en todas partes, producir durante el gran cataclismo.

Terminada la venganza, se cerraron las fuentes del abismo y las cataratas del cielo, y quedó impedida la lluvia.

§. IV. SE DETERMINA LA MANERA CÓMO EL ANTIGUO CONTINENTE FUÉ INVADIDO POR LA MAR.—Y SE INVESTIGAN LOS EFECTOS Y LAS HUELLAS DE TAL INVASIÓN.

**S**i el diluvio hubiera sido efecto de la invasión de los Andes, la Geología debiera mostrarnos, en la misma manera de ser de la inundación diluviana, algo que guardara relación directa con aquella causa grandiosa, y que nos condujera á reconocerla; debiera, en una palabra, hacernos ver que el gran centro de donde partían las invasiones de la mar, está en aquella gran masa de montañas, que acababa de aparecer.—Así nos argüirá probablemente alguno. ¿Qué nos dice pues la Geología? Nos dice desde luego, que en los mismos momentos del diluvio, aparecieron, no sólo los Andes, sino otras montañas pertenecientes al mismo sistema de levantamientos. Nos dice, por otra parte, que semejantes apariciones no se pudieron realizar, sin que dejaran á la vez de producirse las

más espantosas lluvias. Y por fin nos muestra, según hemos ya probado de la manera más clara, los prodigiosos efectos de esas torrenciales lluvias, y las terribles invasiones de la mar, acaecidas entonces. Nos muestra pues, en una palabra, esas invasiones de la mar, y esas lluvias maravillosas, como contemporáneas de una imponente y terrible manifestación volcánica, que no sólo pudo, sino que debió necesariamente producir las. ¿Qué más nos pudiera decir?

No es ahora nuestro ánimo volver á repetir lo ya dicho; dejamos probado hasta la evidencia que los grandes depósitos de conchas marinas, que se hallan á veces á 400 y aun á 800 metros de altura, y que son del todo contemporáneos de la formación del loes, no deben su origen más que á una extraordinaria invasión de la mar (1) Pretenderlos explicar todos por las oscilaciones de las costas, son pretensiones gratuitas, inadmisibles, y... ¿por qué no decirlo? ridículas á todas luces. ¿Quién se atreverá á defender en serio, que las numerosas conchas, esencialmente árticas, depositadas á más de 500 metros de altura en la cuenca del Mediterráneo, y en una época en que las aguas de este mar eran aún más calientes que ahora, son debidas á oscilaciones de las costas!.. Por otra parte, las alturas á que esos depósitos se encuentran, son sumamente distintas en localidades inmediatas;

(1) Cap. 2.º art. 2.º §. XII.

mientras en unas alcanzan 400 metros ó más, en otras alcanzan sólo 200, 150, 40, ó nada más que 7, ó 15; los mismos partidarios de esas fingidas oscilaciones, no pueden disimular la extraña anomalía que en ellas observan. «Es raro, dice el Sr. Lapparent (1), con la franqueza que le caracteriza, que las trazas de los antiguos niveles marinos se correspondan de una localidad á otra, y es imposible hacerlas entrar en una fórmula general.»

¿Qué oscilaciones son esas, que no obedecen á ley ninguna? La invasión de la mar, no puede ser más evidente; la hemos demostrado ya, y no queremos instar sobre ella (2).

(1) *Géologie*, p. 1268. Los ejemplos que allí cita, y que le arrancan esta solemne confesión son demasiado notables, y merecen consignarse: «Las playas levantadas, escribe, abundan en Escandinavia. Las más conocidas son las de Uddevalla, en Suecia, cuyas conchas tienen un carácter marcadamente ártico. La altura de esos depósitos, en la Suecia meridional, varía de 30 á 60 metros; alcanza en el Oeste de 120 á 150 y en la costa noroeste de Noruega no pasa quizá de 100. Estas huellas de los antiguos niveles marinos se observan hasta 200 metros de altura cerca de Cristiania, hasta 150, solamente, en los alrededores de Bergen, y de nuevo á 200 metros cerca de Trondheim.»

(2) Sin embargo, no estará de más recordar cómo prueba el Dr. Molloy y con él el Sr. Almera (*Geología y Revelación*) esta invasión de la mar. Entre otras muchas cosas notables, hacen constar (p. 171) que: «Fragmentos de rocas muy lejanas, aprisionadas por el hielo flotante, han podido ser transportados á la cumbre de nuestras más elevadas montañas actuales, y fundiéndose luego el hielo, nada obsta que se hayan quedado

Sólo procuraremos hacer ver que partía de los Andes, que entonces mismo se formaban.

Pero antes creemos oportuno transcribir estas nobles palabras, que hace tiempo escribió nuestro célebre geólogo; el Sr. Vilanova, (1) cuya piedad raya con su renombrada ciencia: «En lo que no cabe duda es, en que tanto aquel (el Génesis) como ésta (la ciencia) reconocen la existencia del Diluvio, estando igualmente acordes, en el carácter de semejante inundación, y hasta en las causas que la determinaron, pues si Moisés dice que se rompieron todas las fuentes y depósitos de los grandes abismos de los mares y que se abrieron las cataratas del cielo,... la ciencia

depositados á lo largo de sus laderas y aun en sus más elevadas crestas.

La presencia de conchas marinas pertenecientes principalmente á especies que actualmente no viven más que en los mares árticos, viene á confirmar esta hipótesis. Se las encuentra, en efecto, íntimamente asociadas á cantos erráticos, no solamente en los valles, en los que podría suponerse que ha tenido acaso acceso el mar en tiempos de inundaciones extraordinarias, sino también en elevadas montañas á una altura de 500, 600 y 1.300 pies sobre el nivel del mar. Ninguna dificultad hay en explicar este fenómeno, si suponemos que la comarca ha sido sumergida durante algún tiempo, y que el drift (Agassiz, *Études sur les glaciers*; Tyndall, *Glaciers of the Alps*; *Heat as a mode of Motion*, por el mismo autor; Lyell, *Principes de Géologie*, t. I, cap. XVI; *Elementos de Geología*, cap. XI y XII; Vogt, *Lerbuch der Geologie*, t. II, p. 8-49) glaciér en que se encuentran enterradas las conchas, ha sido depositado por los bancos de hielo, en el lecho del Océano. Si rehusamos esta hipótesis, la dificultad es completamente insoluble.»

(1) *Geología*, p. 386, en *La Creación*, t. IX.

admite que, con bastante probabilidad, la causa del Diluvio fué la aparición en el centro de los mares, de un sistema de montañas, el de los Andes... lo cual necesariamente habia de determinar, no sólo la salida de los depósitos y grandes fuentes del abismo de los mares, sino también lluvias espantosas.»

Firmemente, persuadidos de que la gran invasión de la mar provino de la simultánea emersión de la mencionada cordillera, creemos poder determinar las señales del principal trayecto que debieron recorrer las aguas. Las del Atlántico parece siguieron casi la gran corriente del Golfo, y penetraron en Europa por el N. O. llevando consigo numerosas é imponentes masas de hielo, junto con enormes peñascos que en ellas venían incrustados. En los países del Norte es donde mejor se nota una extraordinaria y violenta invasión de la mar, dirigida hacia el S. E.

«Peñascos arrancados de las rocas de Finlandia, dice el Sr. Lapparent (1) fueron trasportados sin perder la vivacidad de sus aristas, hasta Moscou, á 600 kilómetros del lugar de origen; otros llegaron hasta Polonia. Varios encontrados en Memel, provienen del lago Onega, á 1000 kilómetros de distancia. En general, las piedras erráticas de Rusia, provienen exclusivamente de Finlandia; las de Polonia ofrecen una mezcla de gujarros finlandeses y escandinavos; las de la Alema-

(1) *Traité de Géologie*, p. 1263, 1264.

nia del Norte, vienen de Escandinavia y de los bordes del Báltico. Hacia el Este, el terreno errático se eleva á 400 metros de altura, mientras que al Oeste se abaja progresivamente hacia el nivel de la mar. En Lusace se han observado á 407 metros de altura, gujarrales de origen escandinavo. Y en la Suiza sajona, se les había observado ya á la de 370.»

Todo ello nos da claramente á entender que hubo una gran invasión de la mar, dirigida hacia el S. E. y por eso aquí se remontan las formaciones erráticas á una altura tan considerable. De otra suerte, es imposible explicar semejantes formaciones. Se ha creído universalmente, hasta hace poco tiempo; que los numerosos y enormes peñascos del terreno errático (1) no habían podido ser trasporta-

(1) El cardenal Wiseman, en sus *Discursos sobre las relaciones entre la ciencia y la religión revelada*, había tomado de ahí ya una prueba geológica para confirmar la realidad del Diluvio. El abate Vigouroux se equivoca lastimosamente al decir (*Manuel biblique*, t. I. p. 549), que se debe renunciar á esa prueba, porque aquellos peñascos fueron trasportados por hielos flotantes, por eso deben explicarse, no por el Diluvio, sino por los glaciares. Debe tener en cuenta que no es lo mismo glaciador que hielo flotante; la gran corriente de agua que llevaba flotando estos hielos, é iba dirigida hacia el S. E. no pudo ser otra que la extraña invasión de la mar, que produjo el diluvio, y dejó, en todo el continente, numerosos depósitos de conchas marinas, aun en alturas muy considerables.

No pudiendo las rocas erráticas haber sido arrastradas tan lejos de su origen, sino por una acción poderosa, es natural, escribía Marcel de Serrés (*La Cosmogonía de Moisés*, t. I. ca-

dos y diseminados por tan vastas superficies, sino por los *ice-bergs* arrancados de los glaciares escandinavos y finlandeses, y que fueron flotando en una mar que ocupaba gran parte de la Europa Septentrional. Esta opinión, bien razonable por cierto, y que se acerca mucho á la verdad, ha sido últimamente desechada, para sustituirla por otra del todo inadmisibile. No conciben algunos geólogos cómo esa mar que pudo lanzar los peñascos erráticos á una altura de más de 400 metros en Lusace, no inundó toda la Bélgica, y aun la Inglaterra y la mayor parte de Francia. Así pues, recurren á una inmensa capa glaciár. «La cual, (1) continuada desde Inglaterra hasta Rusia, representaría la unión y el desarrollo de todos los glaciares de Escocia, de Escandinavia y de Finlandia. Mientras que los dos últimos grupos, después de haber rellenado el Báltico, derramaban sus productos sobre la Alemania del norte, los glaciares escandinavos se debieron reunir con los de Escocia, rellenando el mar del Norte.»

Esto sí que es suponer mucho, y que con todo no sirve de nada. ¡Dos mares tan gran-

pítulo II) referirlas al mayor de los cataclismos; al que mencionan las tradiciones de todos los pueblos... Las rocas erráticas, más aún que los demás depósitos diluviales, prueban que las aguas abundantes y violentas han ejercido en otro tiempo su acción sobre los parajes más elevados de la superficie del globo.»

(1) Lapparent, *Géologie*, p. 1265.

des rellenos de hielo, en una época en que el elefante vivía aún en parajes muy vecinos!... Esto es cuanto se puede suponer; y sin embargo no es suficiente. Sabemos que los glaciares pueden arrastrar peñascos y llevarlos á grandes distancias; pero á condición de que vayan descendiendo, ó por lo menos, que no suban, pero no sabemos que los pudieran arrastrar por encima de la superficie del Báltico, llevarlos después á incalculables distancias, y por fin dejarlos á una altura de más de 400 metros. Y si se tiene en cuenta que muchísimos de esos peñascos son enormes; y algunos de dimensiones verdaderamente fabulosas, como la *gran piedra* de arenisca de Belgrand, en Pomerania, que mide 840 metros cúbicos, es imposible que no se vea á las claras la insuficiencia de tan gratuita suposición. Por otra parte sabemos que los glaciares van esparciendo sus productos con uniformidad en todos sentidos, si bien van disminuyendo, especialmente los muy pesados, á medida que se alejan del punto de irradiación. Pero ese gran glaciár, como puramente imaginario, tuvo que ser del todo distinto; acertó á llevar sus materiales con preferencia hacia el Este, es decir, hacia el punto más distante, y allí pudo elevarlos á grandísimas alturas, cuando cerca del centro apenas los elevó á muy pequeñas. Y lo más curioso es que mientras aquella colossal masa de hielo debía cubrir la gran planicie de Alemania, se

fué formando allí tranquilamente el diluvium, el cual, las más de las veces, aparece estratificado y todo.

Es preciso pues volver á recurrir á la acción de la mar; la mar ha dejado señales las más evidentes de su invasión por todo el continente europeo, y las ha dejado más numerosas en los países septentrionales. A la vez que fueron arrastrados muchos de los materiales erráticos, se depositaron en gran abundancia conchas marinas, especialmente en la cuenca del Vístula, donde hallamos numerosas especies propias del Báltico ó del mar del Norte, junto con otras esencialmente árticas. ¿Qué significa esa multitud de depósitos marinos acumulados dentro de nuestro continente? ¿Qué pueden significar, hallándose con frecuencia en montes muy elevados, sino que la mar invadió aquellas alturas, dejando, en consecuencia, inundada toda la Europa? Este es un hecho *positivo* y del todo cierto, contra el cual no se podrá jamás aducir ningún testimonio fundado, y en presencia del cual se desvanece toda la fuerza de cualquier argumento *negativo*. Se dice que no se observan señales de inmersión en Inglaterra, Bélgica y Francia; de ahí no se sigue que la invasión no haya existido; bastaba que fuera rápida y transitoria, para que dejara escasísimas señales, y por lo tanto difíciles de encontrar. Pero, con todo, se las ha hallado, y no poco numerosas, por lo menos en los va-

lles que desembocan en la mar. Y por de pronto, en las Islas Británicas, ya hemos probado que los depósitos de conchas marinas alcanzan á veces la altura de 150, 360 y aun de 375 metros. ¿Y podrá aún decirse que en los países mencionados no se encuentra ninguna señal de inmersión?... (1)

(1) El renombrado geólogo Sr. Hebert sostiene que los últimos depósitos diluviales de Francia son debidos á una inmersión, y que cuando los peñascos escandinavos venían á depositarse en las costas de Alemania y Bélgica, la *Europa no era otra cosa más que un archipiélago*. V. *Bullet. Soc. géolog.*, 22 de Octubre de 1877, p. 742.

De una manera análoga se expresa también, según hemos visto, (p. 183) Le Hon, en *El Hombre fósil*.

El Sr. Adrien Arcein, en su interesante trabajo *Les glaciers á l'époque quaternaire*, publicado en la *Revue des questions scientifiques*, Octubre de 1890, dice (p. 389): "Se han comprobado igualmente en los aluviones de los ríos del Norte de Francia, zonas irregularmente contorneadas, que derogan las leyes de la sedimentación normal y parecen debidas á la acción mecánica de los hielos flotantes."

Por lo que hace á las Islas Británicas, el mismo Sr. Arcein cita numerosísimos ejemplos de depósitos marinos, algunos de los cuales se hallan en alturas superiores á 400 metros. (V. *loc. cit.*, p. 387-393). En muchos de esos depósitos reconoce la acción de los hielos flotantes, y en casi todos ellos es forzoso recurrir á la portentosa invasión de la mar. Y después de citar otros muchos análogos, referentes á Escandinavia, Rusia, Alemania, etc., termina diciendo, si bien con respecto á esta última (p. 395): «El depósito arcilloso, conocido de los geólogos con el nombre de *lehm* (*loes*) recubre el todo. En Alemania, como en Rusia, estas formaciones se elevan hasta más de 500 metros de altura y se abajan al oeste al nivel de la mar.» La contemporaneidad del diluvio bíblico no puede ser más patente; en casi todos los ejemplos de depósitos marinos

Digase en hora buena, que las señales son relativamente escasas; en eso estamos conformes, porque es la pura verdad. Pero esto lo que prueba es que la inmersión fué muy transitoria, que los mares no pudieron allí establecerse de una manera fija, porque entonces lo debían haber dejado marcado todo con sus huellas; prueba, en una palabra, que la inmersión fué repentina y pasajera (1), mas al fin, en medio de todo, lo que prueba es que hubo inmersión, ó mejor dicho invasión.

Los mares no se han establecido pues de un modo permanente en Europa, pero la invadieron con rapidez y violencia, penetrando por el N. O. y arrancando de los glaciares allí establecidos, prodigiosas masas de hielo, cuyos materiales erráticos, á veces enormes, se fueron á depositar con preferencia hacia el Este, á una distancia inmensa de los lugares de origen. Así se explican tantos depósi-

se nota la presencia de ese raro lodo arenoso, característico de la gran inundación.

Pueden verse otros muchos ejemplos en Geikie, *The Great Ice Age; Prehistoric Europe*; en Boule, *Essai de paléontol. strat. de l'hom.* (en la *Revue d'Anthropologie*, 1888); en Penck, *Die Geschiebeformation Norddeutschlands*; en Falsan, *La Période glaciaire*; etc.

(1) Según hemos dicho ya en otro lugar, el mismo Lyell reconoce (*Manuel de Géologie*, t. I, cap. I), que: "Una inundación pasajera puede suponerse que dejara acá y allá, en pos de sí, algunos montecillos aislados de lodo, de arena, de guijarros, confusamente mezclados con conchas."

tos de conchas marinas, propias de los mares del Norte, y algunas esencialmente árticas, como entonces se acumularon en muchísimos y variados puntos del Continente, y hasta en elevados montes y aun en las islas del Mediterráneo. Así se explican perfectamente tantas piedras erráticas, algunas de un peso incalculable, como se hallan en Rusia, en Polonia, en Alemania, originarias de Finlandia ó de Escandinavia, y que recorrieron ese trayecto asombroso sin perder la vivacidad de sus aristas y sin que les hayan servido de obstáculo ni las hondonadas, ni los montes, y ni siquiera el mar Báltico (1). Así se explica que semejantes materiales existan en parajes donde claramente parece notarse que no se han establecido glaciares, donde las formaciones diluviales se sucedían tranquilamente. Así se explica que después de haber recorrido tan largos caminos, tan hondos valles y tan extensas llanuras, hayan podido, á veces, ir á depositarse en montañas elevadas. Así se explica, en fin, que semejantes productos hayan ido á intercalarse entre las últimas capas del *diluvium*, que sean contemporáneos de ellas (2), lo mismo que de las

(1) En este punto está muy conforme con nosotros el célebre Lyell, quien defiende con mucho acierto, que todos estos hechos son debidos, tanto en Europa como en América, á la invasión de los hielos flotantes. V. *Manuel de Géologie*, t. I, capítulos XI y XII.

(2) El Sr. Lapparent (*Traité de Géologie*, p. 1270) y el señor

conchas marinas, que allí fueron arrastradas.

Todo se explica en esta suposición, porque esta suposición es la verdadera.

Pero mientras el Atlántico estaba invadiendo la Europa, el Pacífico empezaba á lanzarse con más violencia aún sobre la China.

En el centro del Asia llegan á encontrarse las corrientes de los dos mares, y traban una terrible lucha. Las aguas se agitaban con vehemencia, y unidas á las de la lluvia y á las formadas por el deshielo de los glaciares, se multiplicaron asombrosamente y alcanzaron allí una extraordinaria altura.

Vilanova, (*Geología*, p. 364) reconocen expresamente que la última invasión de los hielos acaeció precisamente hacia fines de la edad diluvial y principios de la del reno. Pero esta invasión fué producida, según dejamos probado, no por una inconcebible extensión de los glaciares del Norte, sino por la invasión de la mar que trajo flotando inmensas masas de hielo de las regiones septentrionales: por eso entre sus depósitos aparecen con frecuencia numerosas conchas árticas, cosa que no se observa en los de los glaciares antiguos; por eso aparecen entonces las grandes masas erráticas, originarias de los países del Norte, que también faltaban antes, pues los materiales arrastrados por glaciares exclusivamente, eran mucho más diminutos y además no podían salvar tantas distancias; por eso en fin, los verdaderos glaciares, amoldados á las rocas, hicieron sentirse allí principalmente sus efectos, dejándolas estriadas y pulimentadas, al paso que los últimos hielos, como que venían flotando, no hicieron apenas más que depositar los puñascos que traían incrustados. Estas tan profundas y tan reconocidas diferencias en los efectos de unos y otros hielos, obligan forzosamente á reconocer la verdadera causa de la invasión de los últimos.

Por eso en aquellos países se encuentran los depósitos del diluvio, en elevaciones de más de 3.500 metros, al paso que en Europa sólo se encuentran en las de unos 1.500.

Las aguas del Pacífico prevalecieron por fin y vinieron luego á lanzarse sobre Europa. Así se puede dar razón de algunos depósitos de conchas tropicales, que se encuentran á veces inmediatamente encima de los de las árticas. Cualquier otra explicación es evidentemente absurda.

§. V. SE HACE VER QUE HAY BASTANTES AGUAS PARA PRODUCIR UN DILUVIO UNIVERSAL, TAL COMO NOS LO MUESTRA LA GEOLOGÍA.—DESAPARICIÓN DE LA ATLÁNTIDA.

SE nos dirá ahora que nuestra teoría es inadmisibile, que todas las aguas existentes no son bastante para cubrir toda la tierra, y que, por lo mismo, la aparición de los Andes y demás montañas del mismo sistema, no pudo producir el diluvio universal.

A esto respondemos que el diluvio universal ha acaecido, según dejamos ya demostrado; que el sistema de los Andes apareció al mismo tiempo; y semejante aparición no pudo menos de producir espantosas lluvias y horribles invasiones de la mar; y que estas lluvias y estas invasiones sucedieron real-

mente, mientras el diluvio se verificaba, según hemos probado también.

Nosotros argüimos del *hecho* á la *potencia*, y nuestra conclusión es legítima. Hemos visto cómo antes de empezar la época del reno, hubo una grandiosa manifestación volcánica, que hizo surgieran del seno de la mar cordilleras inmensas, con lo cual no pudieron menos de producirse, en toda la tierra, terribles inundaciones; hemos demostrado que estas se produjeron realmente, entonces mismo, y en todos los países del globo á la vez, alcanzando las aguas una altura de más de 1500 metros, en Europa, y de más de 3500 en el Asia. Digámos pues que la aparición de los Andes no fué suficiente para producir el diluvio, que nosotros replicaremos mil veces; la Geología nos muestra que lo ha producido en realidad; luego pudo producirlo.

Se nos replicará quizá:—Podría producir una inundación parcial, pero no una universal.—Pues bien, ya hemos demostrado, que la singular inundación que de dejó depositado el loes, se experimentó á la vez en toda la tierra, y que alcanzó 1500 metros por lo menos, en Europa, y 3500 en la China.

Y si ahora se nos pregunta. ¿Dónde había agua suficiente para cubrir toda la tierra hasta las altas montañas? Nos contentaremos con decir que la Geología no nos ha mostrado que todos los montes sin excepción quedaran cubiertos hasta su cima, sino sola-

mente que las aguas recubrieron todo el globo y alcanzaron las alturas que acabamos de indicar. Y para eso bastaba y sobraba la invasión de los mares, junto con las torrenciales lluvias y el deshielo de la mayor parte de los inmensos glaciares, que tan numerosos eran entonces (1).

Pero aun cuando el agua no fuera suficiente, ningún católico tiene derecho á negar, como con tanta ligereza niegan algunos, esa *real* invasión de la mar, verificada por la aparición de los Andes. Si con cinco panes pudo el Señor hartar á 5000 hombres, mejor podría, con el agua del Océano, saciar á toda la tierra. Y no hay por qué empeñarse tanto en excluir del Diluvio toda suerte de milagros, una vez que sabemos que el Omnipotente intervino allí con una Providencia muy especial.

Mas con todo creemos que las solas aguas de la mar eran suficientes para producir el diluvio, tal como nos lo muestra la Geología. Sabiendo que la tierra firme es muchísimo menor que la superficie ocupada por los Océa-

(1) Cubrían de una capa casi uniforme todos los países septentrionales, y además ocupaban las grandes montañas del centro de Europa. El espesor de aquellos hielos era tan extraordinario, que en algunos puntos llegaba á tener 1600 metros, siendo muy frecuente que tuviera 800 ó 900. V. Alph. Favre, *Carte du phénomène erratique*, Falsan et Chantre, *Monographie des anciens glaciers du terrain erratique de la partie moyenne du bassin du Rhône*; y Lapparent, *Géologie*, p. 1253 y siguientes.

nos, y que la profundidad de estos alcanza varios kilómetros, bastaba con que se elevara algún tanto su fondo, y con la impulsión comunicada á las aguas, mediante la aparición de las grandes cordilleras, que además de esto desalojaban un incalculable volumen de aquellas, para que se formara una inmensa corriente, que fuera á inundar las tierras firmes; y pudiera adquirir en algunos puntos, la altura de unos 3500 metros, que es la máxima que se ha podido comprobar, con seguridad.

Y si se tienen en cuenta los grandes núcleos de montañas, que, por una parte, ocupaban un espacio muy considerable y suplían por muchísima agua, y por otra, resistieron á la corriente, obligando á elevarse mucho el nivel, no nos deben extrañar nada esas alturas de 1500 y de 3500 metros, á que se han podido hallar los depósitos diluviales.

Que el fondo del Océano se haya elevado notablemente, es una verdad palpable. Al empezar aquella prodigiosa manifestación volcánica, antes de que el fuego hubiera podido desahogar su furia, lanzando á los aires los infinitos materiales que componen las inmensas cordilleras, que entonces aparecieron; debió necesariamente hacer sentir sus horribles conmociones y sus efectos expansivos, sobre todo el fondo de la mar. El cual no pudo dejar aquel estado de tirantez y elevación, y volver á su posición normal, hasta pasado el cataclismo, y agotado el furor del

fuego. Mas no creemos que haya debido adoptar exactamente la misma posición que antes; las grandes oscilaciones que debió experimentar, nos hacen creer que se produjeron en él elevaciones y hondonadas, y que muchas tierras debieron quedar para siempre sumergidas. Si se tiene en cuenta, en efecto, la gran cantidad de agua desalojada con la aparición de tan enormes cordilleras, y se recuerda á la vez que con el diluvio se fundieron definitivamente la inmensa mayoría de los glaciares, y que desapareció por completo aquella extraordinaria humedad, que originaba las grandiosas corrientes cuaternarias; tendremos sobrado fundamento para suponer, que, después del gran acontecimiento, se elevó el nivel de los mares de una manera algo considerable, ó bien, que una buena porción de tierra firme quedó sumergida, ofreciendo á la mar *vastos espacios*, donde se encerrara el exceso de sus aguas.

Lo primero es inadmisibile; no se puede comprobar semejante diferencia del nivel de los mares; antes todo nos hace creer, que sólo pudo variar en playas muy limitadas, pero que en general permaneció fijo. Debemos pues recurrir á lo segundo. De esto, por de pronto, tenemos un buen ejemplo, en el antiguo continente; á las elevaciones y emersiones que entonces se produjeron en él, correspondió una depresión, que originó al mar Egeo. Pues bien, á las prodigiosas emersiones de Améri-

ca, debió corresponder una inmersión proporcionada. Y esa no pudo ser otra que la de la *Atlántida*. La *Atlántida* ya no es un mito; la fábula se transforma en una realidad histórica. Tiene ya muchísimas razones en su favor, y nosotros acabamos de aducir otra nueva. Así es que autores muy graves y competentes, ó reconocen á la *Atlántida* como un hecho, ó por lo menos le conceden las más vehementes probabilidades (1).

(1) De entre los muchos autores que pudiéramos citar en favor de la *Atlántida*, nos contentaremos con algunos solamente. El Sr. Lapparent (*Géologie*, p. 1230) dice: «Entre los cambios geográficos admisibles, nos parece conveniente dar cabida á los que han podido cumplirse en el Atlántico norte. El Sr. Suess ha hecho resaltar muy bien (*Antlitz der Erde*, 1884), como en las épocas oligocénica y miocénica, una cadena de islas, sino un continente, unía las Antillas con la Europa meridional. Como por otra parte no se conoce ningún depósito pliocénico, ni en el litoral oriental de los Estados-Unidos, ni en las costas occidentales de la Gran Bretaña, se puede pensar que algunos restos, por lo menos, de esa *Atlántida* debían existir aún al principio de la época cuaternaria. Su desaparición no pudo menos de producir un trastorno bien marcado, en las condiciones meteorológicas de Europa.» Pues bien, dentro del período cuaternario, no hubo más trastornos que el notabilísimo producido entre la edad del *E. primigenius* y la de reno.

El célebre antropólogo, Hamy decía hace ya bastante tiempo, en una lección dada en la Sorbona: «La existencia de comunicación terrestre en una época remota, entre el antiguo y el nuevo mundo, ha sido muchas veces afirmada en la antigüedad, y se ha creído por mucho tiempo en un vasto continente, la *Atlántida*, hoy sumergido... La existencia de una *Atlántida* terciaria nos es revelada por los más recientes trabajos de los paleontólogos y geólogos franceses; por la identidad específica

Y lo más curioso es que, los que en tal concepto la tienen, admiten su desaparición precisamente en la época en que acaeció el Diluvio (1). Esta coincidencia es muy notable.

de cierto número de individuos de las flores y las faunas de los dos continentes, americanos y europeos, conchas, insectos, vertebrados; por la presencia en España de grandes depósitos lacustres, que no pueden explicarse sino por la existencia de inmensos ríos, que derramarán, en estas vastas cuencas, sus aguas durante un tiempo muy considerable; y estos ríos suponen á su vez vastos continentes, que no pueden ser otros que el continente atlántico, entre España, Irlanda, y los Estados-Unidos.

(1) El abate Robert, conviene con nosotros en relacionar expresamente el Diluvio con la desaparición de la *Atlántida*. «El continente á que me refiero (escribe en *La Science Catholique*, Enero de 1888, p. 109) y cuyo hundimiento es admitido por gran número de sabios formales, es la *Atlántida*. (V. doctor Hamy, *Précis de paléontologie humaine*, (1870) p. 70-73; Klee, *Le Déluge, considérations géologiques et historiques*, Paris, 1853; Lyell, *L'Ancienneté de l'homme*, 2.<sup>a</sup> ed. trad. Chaper, p. 480-485; Jean d'Estienne, *L'Humanité primitive*, en la *Revue des Questions scient.* Octubre de 1882; Marquis de Nadaillac, *L'Atlantide et les oscillations de l'écorce terrestre*, en el *Correspondant* 10 de Nov. de 1882; Donnelly, *Atlantis: the antediluvian world*, 1884; L'abbé Motais, *Plato's Atlantis* en la *Dublin Review*, Jul. 1886; Federico de Botella, *La Atlántida*, 1854; L'abbé Hamard, *La question de l'Atlantide*, en el *Cosmos*, 9 de Julio de 1887, etcétera...) Por cierto, que cuando se lee la relación del cataclismo de Sonda, (V. *Le tremblement de terre de la Sonda*, en la *Exploration*, 9 de Nov. de 1883) acaecido en Agosto de 1883; cuando se ve un territorio de 20 leguas cuadradas abismarse con sus 15.000 habitantes, una cadena de montañas, que media 28 leguas, engolfarse igualmente bajo las aguas, y luego aparecer otra cadena de catorce montañas; cuando se ve la mar enfurecida, haciendo sentir sus efectos destructores á más de 200 leguas, y que llega á 100.000 el número de víctimas hu-

Con la existencia de la Atlántida, se explica de una manera muy natural, el modo como se verificó la invasión de la mar en Europa, penetrando por el N. O. la corriente principal; y con la desaparición posterior, hallamos una depresión bien capaz para encerrar gran parte de las aguas que inundaron todas las tierras.

§ VI. NO OBSTANTE HABER SIDO PRODUCIDO POR AGENTES NATURALES, EL DILUVIO DEBE SER TENIDO POR FENÓMENO MÁS Ó MENOS SOBRENATURAL.

AL buscar en una poderosa energía de la Naturaleza la causa inmediata del gran cataclismo, estamos muy lejos de considerarlo como absolutamente natural en toda su manifestación. Eso quede para el racionalista, que abandonando la luz de la razón, no acierta á ver nada más allá de la esfera de los sentidos. Este podrá maravillarse, y aun reírse (1), de que pensemos que un fenómeno natural, como la universal inundación que la Geología nos muestra, no sólo realizada verdaderamente, sino que también relacionada además con una prodigiosa manifestación

manas, se pueda no formar una idea, bien débil es verdad, de lo que debió ser el hundimiento de la Atlántida.

(1) «Quasi per risum stultus operatur scelus.. Prov. X, 23.—  
«Risum reputavi errorem.. Eccle. II, 2.

volcánica, muy capaz de producirla, debía acaecer precisamente cuando la malicia de los hombres había llegado á su extremo y exigía un castigo tan ejemplar. Semejante coincidencia le parecerá demasiado rara, y no dudara afirmar que los fenómenos naturales se producen necesariamente, y que el diluvio se tenía que realizar del mismo modo y al mismo tiempo, aun cuando todos los hombres de entonces hubieran sido los más justos.

Pero quien no es *racionalista*, sino *racional* en toda la acepción de la palabra, penetra mucho más allá, y ve que la naturaleza no obra tan ciega y necesariamente como suelen imaginarse los que, por no saber usar más que á medias de la *razón*, no se atreven á llamarse *racionales*. Ve que todos los fenómenos del Universo no se suceden al acaso, sino de un modo ordenado y maravilloso; ve que todos están previstos, todos sapientísima y libremente coordinados y dispuestos por aquella Sabiduría Infinita y Todopoderosa que se llama *Providencia*, y *atingit a fine usque ad finem fortiter, et disponit omnia suaviter* (2).

La misma tradición universal nos atestigua, según dejamos probado, que el diluvio acaeció cuando los hombres se hallaban pervertidos hasta el extremo; que fué un castigo

(1) *Sapientia*, VIII, 1.

el más ejemplar, dispuesto por la Providencia. Y al mostrarnos ahora la Geología que fué producido por una portentosa manifestación volcánica, podemos ver, con sólo las luces de la razón, que si este gran fenómeno natural acertó á realizarse cuando convenía, eso no debió ser al acaso y necesariamente, sino porque así estaba ordenado por Aqué que dispuso todas las cosas *en número, peso y medida* (1).

Si antes de ser creado el hombre, la marcha del mundo material era algún tanto monótona, después que entró allí en escena un ser libre, hacia el cual los demás se ordenan, esa marcha se modifica de una manera notable. Los fríos del período glacial, sucediendo al delicioso clima terciario, que son la desesperación del geólogo, hallan explicación facilísima en presencia de la caída del primer hombre y de la consiguiente maldición que el Eterno fulmina contra la tierra (2).

Y la extrema sequedad característica de la edad del *Reno*, sucediendo á la extraordinaria humedad de la época del *Mammut*, se comprende muy bien en presencia del universal cataclismo producido para borrar la iniquidad del género humano.

Los fenómenos naturales pueden aparecer

(1) *Ibid.*, XI, 21.

(2) V. *El Paraíso Terrenal en el Movimiento Católico*, Abril y Mayo de 1890.

cómo y cuando convienen en un todo, cual previstos y ordenados que están por Aqué que todo lo sabe y lo puede; en este caso son puramente naturales, pero demuestran rigurosamente que hay Providencia. Y pueden aparecer cómo y cuando las grandes exigencias del Rey de la Creación los reclama, y fuera del tiempo ó del modo que la marcha acompasada y monótona del mundo irracional los exigía. Y estos parecen también puramente naturales, y no lo son en realidad; porque se hallan modificadas algunas de sus condiciones por Aqué que dió leyes al Universo y se reservó la libertad y el poder de dispensarlas. Tales fenómenos son la desesperación de los sabios de este mundo, que no aciertan á darse cuenta de ellos, á pesar de verlos delante de los ojos. Y entre estos fenómenos parece figurar el *maravilloso* diluvio, cuya época natural pudo ó debió ser acelerada ó retardada, y su intensidad ó su extensión modificada en gran manera. Por eso los geólogos, á pesar de tener á la vista los prodigiosos efectos y aun las portentosas causas inmediatas de la gran inundación, no aciertan á explicarla ni aun á darse cuenta de ella, pues si ven su realidad, no pueden dejar de advertir y admirar su anomalía.

Pero quien tiene la razón esclarecida con la luz de la fe, sabe y comprende que ese gran diluvio, de alguna manera natural, y de alguna manera anómalo, revela una mani-

festación extraordinaria del Poder y Providencia de Aquél que, «tactus dolore cordis intrinsecus, delebo, inquit, hominem, quem creavi, á facie terre, ab homine usque ad animantia... Ecce ego adducam aquas diluvii super terram, ut interficiam omnem carnem.» (1)

Que el Todopoderoso acostumbra á poner en juego los agentes naturales, modificando á veces su tiempo ó su intensidad y condiciones, si la malicia ó bondad de los hombres así lo requieren, no lo pondrá seguramente en duda quien sepa cómo fueron destruidas las cinco ciudades malditas que estaban situadas en el valle de Siddim. En ello intervinieron sin duda considerables manifestaciones volcánicas, que en un grado más remiso se han ido dejando sentir en aquella región hasta nuestros mismos días (2); sin embargo, el Señor parece modificar la extensión y el tiempo del cataclismo, en atención á Lot, que le suplica no sea destruida la ciudad de Segor. «Ecce etiam in hoc, le dice (3) suscepi preces tuas, ut non subvertam urbem pro qua locutus es. Festina et salvare ibi: quia non poteró facere quidquam donec ingrediaris iluc.»

(1) Genes. VI, 6, 7, 17.

(2) V. Lartet, *Comptes rendus de l'Académie des sciences* t. LXII, p. 799.

(3) Genes. XIX, 21, 22.



## CAPÍTULO V.



### UNIVERSALIDAD DEL DILUVIO.



DEMOSTRADA ya, hasta la última evidencia, la realidad del diluvio, é investigadas sus causas, nos resta examinar ahora las cuestiones referentes á su universalidad. Cuestiones por cierto bien intrincadas y que, á fuerza de debatirse y ventilarse, acabaron por quedar en mayor confusión que nunca.

Las opiniones antiguas no satisfacen á las exigencias modernas, y estas van siendo tantas y tan caprichosas, que no es posible llenarlas, sin renunciar por completo á los fue-

festación extraordinaria del Poder y Providencia de Aquél que, «tactus dolore cordis intrinsecus, delebo, inquit, hominem, quem creavi, á facie terre, ab homine usque ad animantia... Ecce ego adducam aquas diluvii super terram, ut interficiam omnem carnem.» (1)

Que el Todopoderoso acostumbra á poner en juego los agentes naturales, modificando á veces su tiempo ó su intensidad y condiciones, si la malicia ó bondad de los hombres así lo requieren, no lo pondrá seguramente en duda quien sepa cómo fueron destruidas las cinco ciudades malditas que estaban situadas en el valle de Siddim. En ello intervinieron sin duda considerables manifestaciones volcánicas, que en un grado más remiso se han ido dejando sentir en aquella región hasta nuestros mismos días (2); sin embargo, el Señor parece modificar la extensión y el tiempo del cataclismo, en atención á Lot, que le suplica no sea destruida la ciudad de Segor. «Ecce etiam in hoc, le dice (3) suscepi preces tuas, ut non subvertam urbem pro qua locutus es. Festina et salvare ibi: quia non potero facere quidquam donec ingrediaris iluc.»

(1) Genes. VI, 6, 7, 17.

(2) V. Lartet, *Comptes rendus de l'Académie des sciences* t. LXII, p. 799.

(3) Genes. XIX, 21, 22.



## CAPÍTULO V.



### UNIVERSALIDAD DEL DILUVIO.



DEMOSTRADA ya, hasta la última evidencia, la realidad del diluvio, é investigadas sus causas, nos resta examinar ahora las cuestiones referentes á su universalidad. Cuestiones por cierto bien intrincadas y que, á fuerza de debatirse y ventilarse, acabaron por quedar en mayor confusión que nunca.

Las opiniones antiguas no satisfacen á las exigencias modernas, y estas van siendo tantas y tan caprichosas, que no es posible llenarlas, sin renunciar por completo á los fue-

ros de la verdad; y ni aun así podían quedar todas complacidas.

Varias son las hipótesis que se disputan el terreno y pretenden dominar, dentro de la ciencia ortodoxa; pero todas ellas pueden reducirse á tres principales:

1.<sup>a</sup> *Hipótesis de la universalidad absoluta del diluvio.* Afirman los que esta siguen, que las aguas inundaron completamente toda la tierra, hasta el punto de cubrir las más elevadas montañas, sin exceptuar ninguna. Reconocen pues una *universalidad geográfica perfecta*, entienden literalmente toda la descripción bíblica, y sostienen que no se salvaron más hombres ni más animales terrestres, que los contenidos en el arca.

2.<sup>a</sup> *Hipótesis de la universalidad restringida á toda la tierra habitada por el hombre.* Creen sus numerosos partidarios, que las palabras del Génesis no se deben entender del todo á la letra, y que Moisés sólo quiso decir que todos los hombres, sin más excepción que las ocho personas encerradas en el arca, fueron exterminados por las aguas del diluvio; pero no que éstas hayan cubierto absolutamente toda la tierra. Suponen que mayor ó menor parte de la que estaba aún sin habitar por el hombre, quedó libre de la inundación, y en consecuencia, que diferentes animales terrestres se pudieron allí salvar; admiten pues solamente la *Universalidad etnográfica*, pero no la *geográfica*.

3.<sup>a</sup> *Hipótesis de la no universalidad en cuanto á la misma tierra habitada por el hombre.* Creen, los que esta siguen, que existen aún razas humanas, que no provienen de Noé; *niegan pues hasta la universalidad etnográfica.*

Como se ve, dentro de estas dos últimas hipótesis pueden haber muchas diferencias. Unos admiten mayor ó menor espacio de tierra, libre de la inundación, y más ó menos especies de animales preservadas; otros cohartan ó extienden á su placer el número de hombres antediluvianos, que dicen perseveran aún.

En todas ellas notamos muchas razones *á priori*, que prueban muy poco en la materia, donde deben decidirlo todo los hechos reales y positivos. De estos se aducen muy pocos, y esos inciertos ó muy confusos, y mal determinados, cuando no son hipotéticos ó falsos completamente.

Así es que no podemos estar del todo conformes con ninguna de las referidas hipótesis, por más que algunas, á primera vista, nos han complacido bastante. Porque al buscar en ellas hechos seguros é incontrovertibles, las vimos carecer de todo fundamento sólido.

ARTÍCULO I.  
INTERPRETACIÓN DE LOS HECHOS.

**P**OR eso nosotros nos hemos decidido desde un principio á exponer, lo más fielmente que nos fuera posible, todo cuanto de positivo y real se encuentra en la Biblia, en la tradición, en la historia y en las ciencias, con respecto á la gran cuestión, que ahora nos preocupa, y esperábamos que, mediante todos esos datos, quedara resuelta por sí sola. Los hechos escritos en la Biblia por mano de los Profetas inspirados de lo alto, y los escritos, en el fondo del corazón humano y en las extensas páginas de la naturaleza, por el dedo mismo de Dios, esos son los que por sí solos deben decir en cuestión tan trascendental y tan complicada.

§. I. LOS HECHOS CONFIRMAN LA UNIVERSALIDAD ETNOGRÁFICA ABSOLUTA Y LA GEOGRÁFICA RESTRINGIDA.

**S**i no hubiera más datos que los consignados en la narración bíblica, la hipótesis de la universalidad geográfica, se nos impondría casi forzosamente (1). Parece im-

(1) Decimos, casi forzosamente y no forzosamente, porque,

posible que tanto el Génesis como los demás libros de la Escritura, que nos hablan del gran cataclismo, se pudieran expresar de una manera más terminante.

Por otra parte la maravillosa y casi perfecta conformidad que reina entre los expositores antiguos, en entender aquellos pasajes al pie de la letra, nos fuerza á mirar la mencionada hipótesis, con suma veneración, ya que no haya motivos suficientes para considerarla como verdad dogmática.

Muchas y muy sólidas razones debemos tener, según las sanas leyes de Hermenéutica, para que, en todo ó en parte, nos atrevamos á desecharla. No bastan las decantadas exigencias de la ciencia, que son á veces tan caprichosas y tan infundadas, como todas las opiniones prematuras; es preciso hallar verdaderas decisiones definitivas, auténticas, inapelables; en una palabra, verdades científicas rigurosamente demostradas, y que sean en realidad incompatibles con aquella venerable opinión, para que tengamos derecho á separarnos de ella; y esto solamente en aquellos puntos en que la veamos en oposición con alguna verdad legítimamente reconocida. Pues si estamos siempre obligados á admitir el sentido literal, mientras no ofrez-

como veremos muy luego, es preciso tener en cuenta además, que los libros sagrados se expresan también en otros lugares de una manera absoluta, y sin embargo, todos los intérpretes convienen en entender las palabras en un sentido limitado.

ca algún absurdo, ¿cuánto más lo estaremos en el presente caso, en que tantas y tan respetables autoridades lo confirman?

Por lo tanto, si los demás hechos de la tradición, de la historia y de la ciencia, no se oponen evidentemente á aquella interpretación, estaremos precisados á seguirla en un todo; mas si se oponen, y son en realidad auténticos y del todo ciertos, nos podremos ya libremente separar, si bien sólo en aquellos puntos en que reina la oposición.

Investiguemos pues tranquilamente estos hechos, porque la razón humana es muy libre para indagar en todas partes la verdad, y para abrazarla siempre que esté bien reconocida, sin preocuparse lo más mínimo de si contradice ó no contradice á otra (1), porque semejante contradicción sería tan sólo aparente ó imaginaria, que una verdad jamás puede contradecir á otra verdad, y entre todas ellas reina la más sorprendente armonía (2). De lo que debemos preocuparnos es

(1) V. Cardenal González, *La Biblia y la Ciencia*. Prólogo, p. XXIV; Vigouroux, *Manuel Biblique*, t. I, p. 78. «Nec sane ipsa (Ecclesia) vetat ne hujusmodi disciplinae in suo quaeque ambitu propriis utantur principiis et propria methodo.» Conc. Vatic. *Con. de Fide*, C. IV.

(2) «Etsi enim fides sit supra rationem, nulla tamen vera dissensio nullumque dissidium inter ipsas inveniri unquam potest, cum ambae ab uno eodemque inmutabilis aeternaeque veritatis fonte, Deo O. M. oriantur.» Pio IX, *Encíclica* del 9 de Noviembre de 1846.

de saber si todo eso que nos parece verdad, lo es tan realmente como á uno se le figura.

Fijémonos primeramente en la tradición. En ella podemos descubrir varios hechos in-contrastables, que parecen confirmar la primera hipótesis, y que evidentemente condenan la 3.<sup>a</sup>. Aparte de la realidad del diluvio, que todas las tradiciones confirman de la manera más clara, vemos confirmadas también irrefragablemente por ellas: la causa moral del gran cataclismo, la perversidad de los hombres; las causas físicas mediata é inmediata, conviene á saber, la mano vengadora de la divinidad, que quiere purificar la tierra de todas las inmundicias, y las espantosas lluvias junto con la invasión de la mar, que son los medios de que se valió para ejecutar la venganza. Y por fin resulta comprobada perfectamente la universalidad etnográfica de la prodigiosa inundación, y casi, casi, hasta la misma geográfica.

En efecto, de cuantas tradiciones se pueden aducir como auténticas y dignas de fe, no sólo en la verdad fundamental, sino también en sus principales detalles, no hay una sola que desmienta ninguno de los hechos que acabamos de consignar; antes casi todas ellas los afirman con insistencia y con energía. Semejante conformidad en tantos detalles de un acontecimiento antiquísimo, existiendo entre las gentes más apartadas y que menos relaciones han conservado entre sí, es de to-

do punto inexplicable, inconcebible, si no se reconoce la realidad de todo eso en que convienen.

El Génesis lo dice claramente, sin ambigüedades ni reticencias; lo repite y amplifica para que no quede la menor sombra de duda; las tradiciones fieles hablan todas el mismo lenguaje, sin que los siglos ni las generaciones hayan podido desfigurarlo; y siendo acordes tantos y tan variados como antiquísimos testigos, ¿podremos no dar fe á los hechos que con tanta conformidad é insistencia deponen todos á la vez?

Cierto que algunas muy desfiguradas tradiciones parecen prescindir de algunos de ellos; pero en esas es fácil ver miles de circunstancias del todo inverosímiles y absurdas; las cuales separadas, parece que aquellos hechos entran por sí mismos en el cuadro de la relación. Y aun cuando así no fuera, una tradición evidentemente infiel, errónea en la inmensa mayoría de los detalles y que ha mezclado y confundido con la memoria de la gran catástrofe universal, el recuerdo de otras varias locales, no se puede aducir como argumento, ni siquiera negativo, en contra de los hechos muy verosímiles y racionales que publican á una voz todas las relaciones íntegras, auténticas y bajo todos conceptos dignas de fe.

Siempre resultará cierto que el diluvio lo causó la Divinidad irritada con la malicia de

los primitivos hombres; y que las aguas de la atmósfera y de la mar se lanzaron sobre la tierra, á fin de purificarla y regenerarla; que de toda la especie humana sólo se salvaron algunos individuos que habian agradado al Cielo, y esos por un medio providencial, á fin de que de ellos naciera una nueva raza más justa.

Todos los hombres, que ahora viven, provienen de aquellos que, en medio de la universal inundación, se salvaron en una gran arca ó navío, que después de flotar sobre las ondas de aquel inmenso mar que cubría la tierra, vino á detenerse en una elevada montaña. Todos nos dicen que son hijos de los justos protegidos por el Cielo y salvados providencialmente del gran cataclismo. No hay uno solo que no nos dé claro testimonio de su regeneración y de la nobleza del segundo nacimiento. Si pues todos nos atestiguan que tienen por padre á un Noé, querido de Dios, ¿con qué derecho podremos negarles esa gloria tan señalada? ¿Nos atreveremos á insultarlos groseramente, llamándolos hijos de aquellas primeras razas proscritas, degradadas y maldecidas?

El diluvio fué universal, por lo menos en cuanto á toda la tierra poblada por la especie humana; pues todos los hombres, que existen hoy, se acuerdan de él, y saben que uno de sus progenitores se salvó maravillosamente en medio de tantas aguas. ¿Cómo po-

drían recordar el gran cataclismo, cómo podrían tenerlo grabado tan profunda y tan indeleblemente en la memoria, si no hubieran experimentado sus prodigiosos efectos, y si no hubieran sido, de alguna manera, sus víctimas? El diluvio se produjo para castigo y para escarmiento: los hombres que no perecieron en él, recibieron la más terrible y la más imponente y memorable lección, que se ha dado á la humanidad. Todos lo presenciaron pues, y experimentaron sus prodigiosos efectos; todos nos atestiguan que fué universal, por lo menos en cuanto á la tierra habitada.

Siendo tan claros y tan increíbles los hechos unánimemente consignados por la Biblia y por todas las tradiciones fieles y auténticas, nos vemos forzosamente precisados á admitirlos, á menos que la ciencia nos presente otros todavía más claros y más positivos en contra. No basta que nos ofrezca alguno que otro, más ó menos incierto ó inseguro, en que los mismos sabios no convengan, ó si lo admiten unánimemente, lo hacen con cierto temor, y esperando que se dilucide más tarde; es preciso que la ciencia haya dicho definitivamente su última palabra, y haya logrado imponer silencio en todos los ánimos, dejándolos plenamente convencidos. Hechos científicos que reúnan semejantes condiciones, preciso es reconocer, que son muy escasos; y sin embargo son los únicos

que pueden tener valor, en presencia de otros tan positivos y ciertos como los que acabamos de consignar. ¿Existe pues en realidad alguno que los contradiga manifiestamente? En vano lo buscaremos. Cuantos se han podido aducir, lejos de ofrecer la más mínima oposición, los confirman y garantizan, y hacen resaltar admirablemente la absoluta verdad de todos los hechos bíblicos, tradicionales é históricos, que hemos reseñado, como ciertos y del todo seguros.

Hemos visto cómo la prodigiosa inundación, que la Geología nos muestra hasta la evidencia, como acaecida antes de la edad del reno, ocupó toda la tierra á la vez, dejándola cubierta de lodo, hasta una altura, por lo menos, de 1500 metros en Europa y de 3500 en el Asia. El diluvio fué pues universal, aun geográficamente, puesto que recubrió todo el globo, si bien esa universalidad no aparece completa y absoluta, puesto que no se han hallado señales de que todas las montañas, sin excepción, fueran inundadas hasta su cima. Hé aquí el primer hecho geológico, que consignamos, y, en consecuencia, la primera cuestión resuelta: *la universalidad geográfica, al parecer, restringida, del diluvio.*

Otro hecho es la interrupción notabilísima de la industria humana en Europa, y su completa sustitución por otra nada parecida y sin comparación más avanzada, cual es la de la época de la Magdalena, que coincide en un

todo con la edad del reno. Dejamos en su lugar comprobado, hasta la última evidencia, ese cambio tan notable y tan radical en las industrias, que coincide precisamente con la gran inundación, y que no puede menos de ser efecto de ella. Semejante cambio supone otro análogo en nuestras razas. Y en efecto, la Antropología naciente se apresura á ofrecernos su testimonio, y á rendir tributo á la Biblia, diciéndonos ya, de una manera la más clara y terminante, una verdad irrecusable y de capital trascendencia, una verdad, quizá la primera que ha logrado establecer firmemente, y que es la más brillante confirmación de la universalidad etnográfica del diluvio.

La raza de Canstadt, la única que existió en Europa antes de la edad del reno, según dejamos probado, se hallaba por completo extinguida cuando apareció la de Cro-Magnón. Esta, á la cual pertenece la avanzada y progresiva industria de la Magdalena, y que tan lucidas muestras nos ha dejado de su inspiración artística, en los maravillosos grabados que supo ejecutar en placas de marfil ó de asta de ciervo, y en todos los numerosos, variados y, á la vez, preciosísimos objetos, que fabricó de las mismas materias; esa raza, que es la admiración del arqueólogo, es incomparablemente superior á la degradada y miserable de Canstadt. Esta no ha dejado la menor señal de existencia, en toda la época de la Magdalena, ni en todo lo restante de la

edad paleolítica, ni mucho menos en la neolítica; no nos ha dejado siquiera un hueso, ni un mal tallado sílex, que nos atestigüe su grosera y menos que rudimentaria industria. Desapareció por completo, y sólo en nuestra edad ha podido hallarse alguno que otro tipo aislado, rarísimo y *aberrante*, que se le parezca de una manera remota. Ha sido forzoso salir de los continentes, para poder encontrar sepultado en el Pacífico, en una pequeña tribu de Adelaida, un insignificante grupo humano, que guarda una ligera y mal fundada analogía con aquella desdichada raza, proscribida en toda la tierra.

Entre tanto la de Cro-Magnón, la de Grenelle y todas las demás que han penetrado en Europa después de entrada la edad del reno, permanecieron puras, y relativamente numerosas hasta la época de la piedra pulimentada; permanecieron en adelante más ó menos puras, más ó menos fundidas con las razas nuevas, y permanecen de esa manera hasta nuestros días.

Hemos visto y comprobado cómo, si se prescinde de la de Canstadt, todas las demás que han venido á Europa, nos es fácil hallarlas aun hoy en abundancia, y reconocerlas, no pocas veces, en su completa pureza, y más frecuentemente mezcladas unas con otras.

La de Canstadt es la única que no reaparece ni pura ni mezclada; y si se cita algún caso rarísimo y excepcional, aparte de estar

aún muy mal comprobado, sólo nos probará á lo sumo un atavismo remoto, del cual conocemos muchos ejemplos (1). La raza de Canstadt se ha extinguido enteramente; se ha extinguido en toda la tierra aquella raza vil é ignominiosa, que era la única que poblabá nuestro continente, hasta terminada la edad del *Elephas primigenius*. Su extinción era completa al empezar la edad del reno, y coincide con el gran cataclismo, con la universal inundación que entonces experimentó el orbe. Esto es un hecho científico y ya muy bien comprobado. ¿Qué consecuencia se sigue de ahí? Se sigue, por de pronto, que entonces perecieron repentinamente todos los hombres de Europa, y que aquella raza quedó exterminada á la vez en toda la tierra. Ahora bien, la inundación universal, que le hizo perecer á ella, no es nada probable que no exterminara también á las otras; todas, por ley natural, debieron correr una misma suerte; todos los hombres perecieron, cuando pereció la raza de Canstadt.

Se nos pedirán de ello pruebas directas, pero la Antropología está aún en este punto muda; cuando hable, seguros estamos de lo que dirá. Por de pronto nada dice en contra, y los hechos firmísimos de la Biblia y de la tradición campear.

La universalidad etnográfica del diluvio queda por lo tanto plenamente confirmada.

(1) V. Quatrefages, *Races humaines*, p. 156 y siguientes.

Tenemos, pues, que las aguas de aquella gran inundación recubrieron toda la tierra, si se exceptúan, á lo sumo, algunas montañas muy elevadas, y que, como los hombres no podían habitar en éstas, ni tampoco en su proximidad, por estar recubiertas de glaciares, tuvieron que perecer todos sin excepción (1), como nos consta positivamente que pereció la raza de Canstadt; tenemos, en una palabra, la universalidad geográfica restringida y la etnográfica perfecta.

En Europa, tanto la Geología, como las llamadas ciencias prehistóricas, nos fuerzan ya á reconocer esta verdad. En los demás países del globo, la Geología reconoce el mismo hecho; la Prehistoria apenas si existe allí

(1) Los hombres cuaternarios primitivos, es decir, anteriores á la edad del reno, vivían por lo común, cerca de los grandes ríos, y rarisimas veces en algunas cavernas inmediatas á los hondos valles y riberas; pero nunca en las montañas elevadas, porque el frío de los glaciares no lo permitía. Hallando cerca de los grandes ríos un clima muy benigno y toda clase de alimentos, en relativa abundancia, no podían salir de allí para irse á establecer donde el clima era en extremo riguroso, y donde todos los alimentos escaseaban. Por eso quedaron sorprendidos por las primeras inundaciones, y si algunos subieron á las montañas inmediatas, como estas no eran muy considerables, luego fueron invadidas y cubiertas por las aguas. Posible es sin embargo, que ciertos hombres hayan podido acertar á subir por las grandes cadenas de montañas que no fueron en un todo recubiertas; pero perseguidos por las impetuosas lluvias, ateridos con el intenso frío de los glaciares y, por fin, estenuados por el hambre, no tardarían en perecer, cumpliéndose lo que dice Ovidio (*Metamorph.* l. I.): "El hambre lenta y cruel devoró á los que habían sido despreciados por las ondas.."

en embrión y, por lo tanto, aún no puede decir nada de una manera positiva; pero fácil nos es suponer lo que podrá decir de fijo más adelante, una vez que otra ciencia más competente ha emitido su último fallo. «Cuando se depositaba la arcilla roja (loes) no había hombres en Europa, que estaba toda inundada.» Y otro tanto debió acaecer en todos los países del mundo, pues en todos semejante formación se verificó por lo menos con la misma intensidad que en nuestro continente, siendo de notar que en el Asia adquiere una potencia incomparablemente superior. Debemos decir pues, que, *al depositarse el loes, lo cual acaeció entre la edad del E. primigenius y la del reno, no había hombres en toda la tierra, pues toda ella estaba cubierta por las aguas.*

Este es un hecho geológico incontrastable. Las ciencias prehistóricas están, como hemos dicho, muy poco adelantadas todavía, pero aun cuando se hallaran en su apogeo, si bien estamos muy persuadidos de que confirmarían esta verdad á su modo, no podrían expresarse de una manera tan explícita y categórica. En el Asia, por ejemplo, una vez que sabemos que se salvó una raza, conservando su muy floreciente industria, en vano buscaremos la completa interrupción y sustitución de todas las industrias y de todas las razas. Pero podremos hallar y hallaremos sin duda con el tiempo, la extinción perfecta de algu-

nas de ellas. Otro tanto podemos decir de los demás países, de los cuales no sabemos quienes fueron sus moradores antediluvianos; pudieron ser de la misma raza que Noé, y poseer muy semejante cultura; y entonces acaecerá un fenómeno muy análogo al que debe acaecer en el Asia.

De todos modos, tenemos que la Geología demuestra la universalidad etnográfica del diluvio; y las ciencias prehistóricas la demuestran también, por lo menos con relación á Europa; por lo que hace á los demás países, si no la han acabado todavía de demostrar, nos inducen poderosamente á creerla y reconocerla, en virtud de una bien fundada analogía. (1)

¡Cuán equivocados están, pues, los que niegan esa universalidad, apoyándose tan sólo en las llamadas exigencias de la ciencia! Y la ciencia nada dice en contra, antes la Geolo-

(1) Si la Antropología no nos puede decir apenas nada con respecto á los otros países, porque aún no se ha descubierto en ellos quizá ningún resto fósil del hombre, auténticamente primitivo; en pago, la Arqueología nos lleva á aplicarles las mismas conclusiones que rigurosamente deducimos para Europa; pues se han hallado en muchos puntos del Asia, y en algunos del Africa y de América, bastantes sílex del tipo Acheuliano, propio, entre nosotros, de la raza de Canstadt; y siempre han aparecido en depósitos anteriores á la formación del loes, ó á lo sumo dentro de este; pero nunca en los que son posteriores. Con esta formación desaparecieron pues en todas partes las razas que cultivaban la industria Acheuliana. V. Quatrefages, *Races humaines*, p. 77 y sig.

gía la demuestra rigurosamente, y la Prehistoria la confirma de una manera poderosísima.

§ II. LOS HECHOS SON INCOMPATIBLES  
CON LA UNIVERSALIDAD GEOGRÁFICA  
ABSOLUTA.

Por lo que hace á la universalidad geográfica, debemos examinar la cuestión detenidamente. Hemos dicho que la Geología la demostraba, pero no como absoluta, pues no nos puede probar que hayan sido recubiertas todas las montañas. Ahora debemos añadir que puede demostrar además que esa universalidad debe entenderse de una manera restricta; puesto que puede probarse rigurosamente que varios puntos de la tierra no fueron de seguro inundados por las aguas.

Es un hecho que todos los animales de la época actual son, en todos los países, los continuadores de los que vivían al principio de la era cuaternaria, sin más diferencia que haber emigrado algunos tipos hacia el medio día y haber quedado otros extinguidos completamente. Las grandes diferencias que existen ahora entre las faunas de unos y otros continentes y de unas y otras islas, existían casi tan profundamente marcadas desde el principio del período cuaternario. Entonces, como ahora, el antiguo mun-

do era el país clásico de los carnívoros; la América del Norte, el de los herbívoros; la del Sur, el de los desdentados; Australia, el de los marsupiales; Nueva Zelanda, el de las aves corredoras, y en fin, Madagascar, el de estos últimos y los lemúridos. Las faunas actuales de todos los países están íntimamente relacionadas con sus faunas cuaternarias, como que descienden directamente de ellas (1).

Estos hechos son inexplicables, si se admite que todos los animales no encerrados en el arca perecieron, pues aparte de las gravísimas dificultades que ofrece la conducción de todas las innumerables especies á donde estaba Noé, el poderlas encerrar en un espacio relativamente pequeño y el mantenerlas durante un año, no se puede explicar la manera cómo volvieron todas directamente á su punto de partida. Y no hay que invocar, en este punto, milagros; la Biblia ni los menciona ni nos hace suponerlos siquiera. Sólo nos dice que Noé sacó del arca los animales encerrados en ella, y que de todos los que eran limpios, ofreció sacrificio á Dios. Nada más se nos dice, y lo que podemos y debemos suponer es que los domésticos quedarían en poder de su dueño y los otros marcharían cada

(1) V. Vilanova, *Geología y Paleontología*, p. 580; Lapparent, *Traité de Géologie*, p. 1234; H. Miller, *The testimony of the rocks*, p. 332 y siguientes.

uno por donde más le agradó. Y no podemos imaginarnos que se dirigieran directamente á establecerse en un término fijó: debieron andar errando por una parte y por otra en busca de su respectivo alimento, y á la vez se fueron multiplicando y extendiendo por toda la tierra firme, sin poder pasar más allá, á no ser algunas aves, que podrían llegar hasta las islas vecinas. Conducir todos los animales á su primitiva morada y embarcarlos unos á América y otros á las más remotas islas de Oceanía, es un milagro demasiado grande para que, si hubiera entrado en los planes del Altísimo, lo dejara la Biblia pasar en silencio. Y que no quedara ninguno de aquellos rezagado en tan largo camino, es otro milagro tan grande ó mayor (1). Y sin embargo, como ha hecho notar muy á propósito Cuvier, cuando los Españoles penetraron por primera vez en la América del Sur, no hallaron allí ni una sola especie de cuadrúpedos idénticos á los de Europa, Asia ó África: todos los numerosos desdentados, los titís, los marsupiales, el jaguar, el tapir, eran animales de que ellos no tenían la menor idea.

Se nos replicará po. ventura, que entrando en los planes de Dios que todas las especies se salvaran en el arca, debió entrar en ellos también que volvieran á sus respectivos paí-

(1) Véase sobre esto al Cardenal González, *La Biblia y la Ciencia*, t. II, p. 629.

ses, de la misma manera que habían venido, pues esto importaba mucho para su conservación. Sin embargo, no basta invocar esos planes, es preciso mostrarlos positivamente. Todos los animales podían hallar, en diferentes puntos del Mundo Antiguo, todas las condiciones que exigiera su particular existencia; podían cómodamente ir á vivir allí, y así se proveía muy bien á su perfecta conservación.

Pero ni aun esto entraba en los planes del Eterno; lo prueban claramente los muchos tipos específicos y aun genéricos extinguidos con el diluvio. Se extinguieron numerosísimas especies con aquella prodigiosa y universal inundación; luego Dios no proveyó á la conservación de todas ellas, por lo menos en los países en que semejante extinción se nota; luego no hay ninguna razón para suponer que, las que en ellos se conservaron, tuvieran que ir milagrosamente al arca, y volver de ella después de la misma manera.

La extinción es un hecho indubitable, y las consecuencias deducidas son forzosas. En casi todo el Antiguo Continente existía antes del diluvio, en prodigiosa abundancia, el oso de las cavernas; después no quedó ni un solo individuo. Con él perecieron, en Europa, el *Felis spelæus*, la *Hyæna spelæa*, los rinocerontes, elefantes y los últimos hipopótamos; pereció probablemente el mismo caballo, abundantísimo en la edad del *E. primigenius*

y que al parecer no volvió á vivir en nuestros países hasta que fué introducido, después de la época neolítica, por los hombres que fueron viniendo del Asia (1); desapareció por fin, el *Cercus megaceros*, con otros varios animales que no es fácil acabarlos de enumerar.

En América había varias especies de gigantes caballos, y todos ellos se extinguieron con el diluvio; se extinguieron los mastodontes, que aun permanecían allí numerosos; se extinguieron todos los elefantes; se extinguieron gigantes desdentados, como el *Megatherium*, *Megalonyx*, *Mytodon*, *Glyptodon*, *Chlamydotherium*, *Pachitherium*; etc.

En Australia perecieron numerosos marsupiales de una talla prodigiosa, y entre ellos el *Nototherium*, el *Diprotodon*, cuyo cráneo tenía un metro de largo, el *Thylacoleo*, del tamaño de un león, algunos herbívoros de la talla del buey y del hipopótamo, etc. En Nueva Zelanda se extinguieron entonces muchas aves corredoras y de un tamaño colosal; los *Palaeopteryx*, *Apterornis*, *Notornis*, numerosas especies del *Dinornis*, etc. En fin, para no prolongar demasiado esta lista de animales extinguidos con el diluvio, sólo añadiremos que en Madagascar pereció entonces también el mismo *Dinornis* y además el

(1) Así lo dió á entender el célebre director del museo de Bruselas, M. Dupont, en el Congreso de Stockolmo.

*Epyornis* que tenía más de cuatro metros de altura, y cuyos huevos podían contener unos 9 litros. (1)

Vemos, pues, en una palabra, que perecieron casi todos aquellos gigantes animales que tanto caracterizaban el periodo cuaternario, aquellos, cuya mole prodigiosa no les permitía vivir en elevadas alturas ni aun siquiera subir accidentalmente á ellas.

¿Qué debemos deducir de todo esto?—Que es evidente que Dios no veló por la conservación de todas las especies de animales, puesto que muchísimas, y de las más notables bajo todos conceptos, perecieron. Este es un hecho evidente, irrecusable, que nos fuerza á interpretar de una manera restricta las palabras, *toda carne*, y *todos los animales*, que se encuentran en el Génesis. Por otra parte, este las repite con demasiada insistencia, y nos da bien claramente á entender que se salvaron toda suerte de cuadrúpedos, limpios é inmundos, y de aves y de reptiles. Para Noé, como para Moisés, se salvaron seguramente toda clase de animales: en este punto la relación no puede estar más clara y explícita. He aquí pues otro hecho indisputable y confirmado además por todas las tradiciones fieles

(1) V. Lapparent, *Géologie*, p. 1234; Vilanova, *Geología y Paleontología*, p. 579 y 580; Hoernes, *Manuel de Paléontologie*, p. 711 y siguientes; Figuier, *El Mundo antes de la creación del hombre*, p. 154 y siguientes; Cartailhac, *La France Préhistorique*, p. 55, 56; Claus, *Eléments de Zoologie*, p. 214 y sig.

y auténticas. ¿Cómo conciliaremos la Geología con la Biblia? Esta afirma y sostiene que se salvaron todas las especies de animales; aquella nos muestra muchísimas extinguidas, al menos fuera del Asia. Y sabemos que ambas dicen la verdad. La concordancia no puede ser otra que esta: en la narración de Moisés, como en toda narración histórica, hay perfecta veracidad, si se esponen fielmente los hechos, tal como á la vista de los espectadores pasaron, y cual aparecen á los mismos ojos del historiador. Si Noé reunió toda suerte de animales, por él conocidos, ya tenía derecho á referir á sus descendientes que todos ellos se habían salvado en el arca. La tradición conservó fielmente esta verdad intachable, y como tal la debió consignar por escrito Moisés, y como tal la consignaron á su vez todos los escritores paganos, que, con datos bien auténticos, refirieron el mismo hecho.

Cualquier persona extraña que hubiera presenciado el diluvio, y hubiera visto reunir en el arca todos los animales de que pudiera tener la menor noticia, al referir después el suceso, diría seguramente, sin la menor restricción, que se habían salvado todas las especies. Si estas palabras son verdaderas en la boca de este testigo, y en la de todos aquellos que de buena fe las siguieran refiriendo, ¿por qué no lo han de ser en la boca de Noé y de todos sus descendientes y en la misma

pluma de Moisés, sobre todo si á este le constaba que todas las especies, que él conocía, se habían salvado de aquella manera?

En una palabra, en la narración histórica, basta la verdad relativa; esta se conserva evidentemente en el relato del diluvio, si fueron encerrados en el arca todos los animales de que tanto Noé como Moisés pudieron tener alguna noticia. La Geología, que exige una verdad absoluta, puede decirnos muy bien, sin contradecir en nada al historiador sagrado, que muchísimas especies desconocidas por él, perecieron durante el diluvio, en países muy remotos.

Esta concordancia es natural y bien lógica y sencilla; cualquier otra será forzada, gratuita é inadmisibile.

Si pues en la narración de Moisés no hay más que verdad relativa; si es cierto que perecieron muchísimos de los animales desconocidos para él y para Noé, estamos obligados á reconocer que todos los tipos exóticos, que ahora viven, se salvaron fuera del arca, pues no hay razón para suponer que algunos fueran á ella, y otros, de los más interesantes, quedaran para ser exterminados por las aguas. Si la narración, decimos, se refiere á los animales extraños, debe referirse á *todos* ellos, puesto que emplea ella misma repetidas veces esa palabra, *todos*, que no admite ninguna excepción.

Los animales desconocidos de Noé y de

Moisés, se salvaron evidentemente fuera del arca; el diluvio no recubrió pues toda la tierra absolutamente.

Esto mismo lo acaba de demostrar, por otras razones, la Geología. Ella nos ha hecho ver que los depósitos formados por el verdadero diluvio bíblico alcanzan á muy diferentes y variadas alturas sobre el nivel del mar, en unos y en otros países. En Europa creemos que raras veces suelen pasar de la de mil metros, y la máxima, en que se les ha podido reconocer, es de 1500. En el Asia alcanzan de ordinario alturas mucho mayores, y se les ha podido hallar á la de 3500.

Posible y probable es que en algunos puntos no explorados exista el diluvio á mayor altura todavía; pero debemos reconocer como un hecho que, en los parajes bien explorados y conocidos, semejantes depósitos no pasan de cierto nivel arriba. Si aquella gran inundación ha dejado tan claras señales de su existencia en los valles y en las laderas de las montañas, y no las ha dejado en la parte superior de algunas elevadísimas, es indicio seguro de que estas no acabaron de quedar sumergidas. No basta decir que allí los depósitos debieron ser insignificantes y pudieron ser arrastrados por las aguas; esto tiene razón de ser en las pendientes, más no en las esplanadas y cavernas, en las cuales, una vez formados los depósitos, se tienen que conservar de una manera indefinida. Por otra

parte, el hecho de haberse conservado perfectamente en otras montañas más elevadas, prueba que en aquellas, en que no los hallamos de cierto nivel para arriba, es porque allí no se formaron en realidad. La Geología nos muestra pues de una manera positiva, que muchas elevadas montañas no fueron inundadas completamente, y que á partir de ciertas alturas (variables de unos países á otros, y de unas á otras localidades, dentro de un mismo país) quedaron preservadas de los asoladores efectos del cataclismo general. Allí pudieron salvarse pues muchísimos animales; sobre todo de aquellos que acostumbran á vivir en los montes ó que saben trepar por ellos con suficiente facilidad, y realmente se salvaron, según acabamos de ver. Así vemos también que los extinguidos son casi todos corpulentos, que acostumbraban á vivir en los valles y llanuras, si bien otros son esencialmente moradores de las cavernas, y hallaron en sus propias guaridas el lugar del suplicio, habiéndose retirado á ellas, como á refugio seguro.

Cuando el Génesis nos dice que *toda la tierra quedó inundada*, no debe entenderse esto en un sentido absoluto, á no ser con respecto á la tierra conocida ó, mejor dicho, vista por Noé; lo mismo que cuando se nos dice que *todas las especies de animales* fueron encerradas en el arca, no se puede entender sino con referencia á solos los animales conocidos.

Otra prueba de todo esto la hallamos en el hecho consignado por los geólogos de que existe una *perfecta* continuidad en las faunas y en las floras; la cual es del todo inexplicable, si toda la tierra absolutamente hubiera quedado inundada, y si no se hubieran conservado más animales que el reducido número de individuos que señala Moisés. Cierto que aquellas palabras de los geólogos son demasiado absolutas, y que la continuidad no es *perfecta*, por más que digan; pues nosotros acabamos de hacer ver que perecieron entonces muchísimos tipos de los más notables y curiosos, y en otro lugar hemos consignado el cambio radical y la profunda modificación que experimentaron la fauna y la flora europeas al empezar la edad del reno; pero aun cuando dicha continuidad sea, por lo menos en nuestros países, muy imperfecta, es sin embargo, en general, bastante notable para que el hecho sea cierto en el fondo y para que no halle explicación, si se admite que la tierra quedó completamente inundada. ¡Cuánto tiempo necesitaba pasar para que una sola pareja, ó á lo sumo siete, de animales de cada especie, salvados en el arca, llegaran á extenderse por todas partes, y poblar el Asia y la Europa! Y sin embargo, inmediatamente después del gran cataclismo, vemos el reno y otros muchos animales que viven ahora en los climas fríos, establecerse, en número prodigioso, por todo nuestro con-

tinente. Hechos análogos los encontramos en todos los países bien explorados; la explicación, en vano la buscaremos en los autores que llevan una opinión contraria á la nuestra.

EL DILUVIO FUÉ *pues* UNIVERSAL; ETNOGRÁFICAMENTE, CON UNIVERSALIDAD ABSOLUTA; GEOGRÁFICAMENTE, CON UNIVERSALIDAD INCOMPLETA Ó RESTRICTA; he aquí la conclusión definitiva, á que nos han llevado los hechos, y la que, por lo mismo, no dudamos sentar y sostener como verdadera.

Hemos dicho que no teníamos ningún sistema preconcebido, que no queríamos preconcebirlo, que dejábamos á los hechos que lo establecieran por sí solos. Vemos ya logrados nuestros vehementes deseos; vemos ya el sistema firme y sólidamente establecido, y ahora sólo nos resta defenderlo contra toda suerte de adversarios.

### § III. ADVERSARIOS DE NUESTRO SISTEMA.

Estos podemos reducirlos ahora á cuatro grupos: 1.º Los partidarios de la *universalidad geográfica absoluta*, los cuales, haciendo muy poco caso de las justas reclamaciones de la ciencia, se obstinan en seguir entendiendo la relación bíblica en un sentido rigurosamente literal.

2.º Los que *niegan* hasta la misma uni-

versalidad etnográfica, y siguiendo un camino diametralmente opuesto á los anteriores, han abandonado, no sólo el sentido literal, sino también la interpretación más natural, más razonable y obvia de la Escritura, y se han separado del consentimiento unánime de los Padres y expositores, para atender hasta á las reclamaciones más injustas, que se han podido hacer en nombre de la ciencia.

3.º Los que, *admitiendo la universalidad etnográfica, niegan rotundamente la geográfica*; y entre estos hay muchas diferencias, pues unos creen que sólo una pequeñísima porción de la tierra estaba entonces poblada por el hombre, y que esa sola experimentó los efectos del diluvio; otros admiten que la inundación fué más ó menos general, pero reconociendo siempre inmensos territorios completamente preservados de las aguas; otros, por fin, suponen que todo quedó inundado, á excepción de las cumbres de algunas elevadas montañas; y estos coinciden en realidad con nosotros, pues reconocen verdadera universalidad geográfica, limitada; si en algo difieren, es en una cuestión de nombre nada más.

4.º Los *heterodoxos*, que, no dando fe á nuestros libros sagrados, se esfuerzan en *negar obstinadamente la realidad del diluvio*, ó bien cualquiera de sus circunstancias fundamentales y que más interesan á la verdad revelada.

## ARTICULO II.

### REFUTACIÓN DE LAS OPINIONES CONTRARIAS.

**A**HORA debemos ante todo hacer ver muy á las claras las grandes ventajas de nuestro sistema, para que mejor resalten los inconvenientes de los otros.

#### §. I. VENTAJAS DE NUESTRO SISTEMA.

**E**N él queda la verdad revelada perfectamente á cubierto de todos los ataques de la impiedad (1). En vano se pretenderá desmentir la gran catástrofe, en nombre de la ciencia ó de cualquier otra disciplina humana; porque éstas, lejos de contradecir el hecho, en lo más mínimo, lo confirman y demuestran enérgicamente, cada una á su manera; y todas lo vienen á reconocer tal como lo hemos expuesto nosotros. Lo que ellas dicen es precisamente lo que nosotros dijimos; ellas nos han llevado, como de la mano, á nuestra última conclusión; ellas la estable-

(1) V. Cardenal González, *La Biblia y la Ciencia*, t. II página 643 y sig.

cieron firmísimamente; y nosotros nada hemos hablado por nuestra cuenta.

Así pues, todas las objeciones presentadas por los racionalistas contra el diluvio, entendido en el sentido literal del Génesis, quedan por sí mismas desvanecidas, ó lo que es más aún, se vuelven contra aquellos mismos, que, con tanta arrogancia, han osado presentarlas.

Admitido este sistema, podemos briosamente batirnos, no ya en la defensiva, sino también en la ofensiva; podemos obligar á que lo acepten, incondicionalmente, aun todos aquellos que no reconocen más luces que las de la pura razón. Las armas con que pretendían combatirnos, ya no sirven más que para nuestra defensa; ellos se quedan con las manos atadas y expuestos de continuo á nuestros duros ataques. En nombre de la razón, decían nos iban á hablar, y en nombre de la razón les hablamos; porque la razón no dice otra cosa, sino lo que nosotros decimos; por la razón no quiere servir, sino es en la justísima causa que defendemos.

Por otra parte, este sistema de la universalidad restringida, lejos de violentar, en lo más mínimo, el sentido del Génesis, parecerá ser la expresión clara y manifiesta del pensamiento del historiador sagrado si se tiene en cuenta su manera ordinaria de hablar. «El estudio comparado de los diversos pasajes de la Biblia, en particular del Pentateuco,

dice muy bien á este propósito el célebre abate Vigouroux (1), muestra bien que en este sentido restricto es en el que se debe entender su lenguaje. Hablando del hambre que hubo en tiempo de Jacob, Moisés nos dice que reinó en *todo el universo* (2). Estas palabras no deben ciertamente entenderse de las cinco partes del mundo, sino de los pueblos conocidos entonces de los Hebreos (3). Nuestro Señor se servía también de semejante manera de hablar, cuando decía, que la reina de Sabá había venido de los *últimos confines de la tierra* para visitar á Salomón (4), y S. Lucas hacía lo mismo en su descripción de la fiesta de Pentecostés, en que nos muestra reunidos en Jerusalem, hombres *de toda nación que está debajo del cielo* (5). Ningún exegeta, como se ha hecho notar, ha pensado jamás que era preciso entender estas palabras en su sentido riguroso, y suponer que había en

(1) *Manuel Biblique*, t. I, p. 554.

(2) *In universo-orbe fames prevaluit... Crescebat quotidie fames in omni terra... Omnes provinciae veniebant in Aegyptum ut emerent escas.*, *Genes.*, XLI, 54, 56, 57.

(3) «Lo mismo sucede en el Deuteronomio (II, 25) cuando Dios dice á Moisés: *Hodie incipiam mittere terrorem atque formidinem tuam in populos, qui habitant sub omni caelo.* De una manera análoga debe también explicarse aquel lugar del libro de los Reyes, en que se escribe: *Universa terra desiderabat vultum Salomonis.*» (III *Reg.*, X, 24).

(4) *Matt.*, XII, 42.

(5) *Act.*, II, 5. Véase también (*Act.*, X, 12): *Omnia quadrupedia.*

la capital de Judéa Nuevo-Zelandeses y Chinos.»

Pues bien: ¿En cuántos otros pasajes de la Escritura no hallamos esa misma manera hiperbólica de hablar, sobre todo cuando se trata de intimar las venganzas divinas? *Toda la tierra* queda en reposo y en silencio con la caída del tirano de Babilonia (1). Babilonia ó Jerusalén son á veces el *universo* á los ojos de un Profeta.

«Ya destruiré completamente *toda cuanto existe sobre la superficie de la tierra*» dice Sofonías (2), refiriéndose solamente á la Palestina ó á la Siria. «He mirado la tierra y estaba vacía, aniquilada, exclama Jeremías, aludiendo á Jerusalem (3). Ví á los montes, y se conmovían; y todos los collados se estremecieron. Miré, y ya no había ni un solo hombre: *toda ave* del cielo desapareció... *Toda la tierra* quedará desierta... Llorará la tierra y se entristecerán los cielos... *Todas las ciudades* quedaron abandonadas y no habita en ellas ningún hombre». Y el Profeta que esto anuncia, se llama á sí mismo, en otro

(1) *Isai. XIV. 7, 9, 25.* «Conquevit et siluit omnis terra... Omnes principes terra surrexerunt de sillis suis, omnes principes nationum... Hoc consilium, quod cogitavi super omnem terram, et hæc est manus extenta super universas gentes.»

(2) «Congregans congregabo omnia a facie terra, dicit Dominus: congregans hominem et pecus, congregans volatilia cæli et pisces maris: et ruina impiorum erunt: et disperdam hominem a facie terra.» (1, 2, 3.)

(3) *IV. 23, 24, 25, 27, 28, 29.*

lugar (1), *Virum rixæ, virum discordiæ* IN UNIVERSA TERRA. En los Actos de los Apóstoles, nos dice también S. Lucas, que Agabo anunció una gran hambre que había de acaecer en *todo el orbe* (2). En el libro de Esther se nos dice (3): «Rex vero Assuerus, *omnem terram, et cunctas maris insulas* fecit tributarias.»

Inútil es ir multiplicando pasajes análogos; innumerables veces se entiende en la Biblia por *toda la tierra*, los países conocidos, y con frecuencia un simple reino, una sola ciudad, un pequeño tetritorio.

Esa manera de hablar tan hiperbólicamente, no sólo es muy común entre los Hebreos, sino también en todos los pueblos orientales. Los Egipcios designaban al alto y al bajo Egipto con el nombre de la *tierra entera*. Hasta los mismos Griegos se expresaron á veces de ese modo; Demóstenes (*De corona*) entiende sólo á la Grecia por las palabras: *toda la tierra habitada*.

Por eso los mismos Padres nos han enseñado á reconocer el lenguaje hipérbólico de muchísimos pasajes de la Escritura, y á entenderlos, no á la letra; sino en un sentido muy limitado. S. Agustín escribe estas notables pa-

(1) Cap. XV. 10.

(2) «Agabus significabat per Spiritum famem magnam futuram in universo orbe terrarum, que facta est sub Claudio.» XI. 28.

(3) Cap. X. 1.

labras(1): «Scripturæ mos est ita loqui de parte tamquam de toto;» y añade aún el Sto. doctor: «El cuerpo de las Sagradas Letras está lleno de locuciones de este género, las cuales, á primera vista, presentan numerosas dificultades, que se resuelven después con facilidad, aplicándoles ese principio.»

Y eso acaece al pie de la letra en la narración del diluvio; la misma Biblia nos conduce pues á entender este pasaje en un sentido más ó menos limitado.

Por otra parte, es regla la más general en hermenéutica, que no se entiendan literalmente las palabras de los libros sagrados, siempre que de hacerlo así se haya de seguir manifiestamente un absurdo (2). Pues bien, eso es lo que en realidad acaece en el caso de que tratamos. Si tomando las palabras tal como suenan, decimos que todas las especies de animales se salvaron dentro del arca, aparte de otros absurdos menos patentes, incurrimos en uno tan grave y tan manifiesto, que á primera vista salta á los ojos; puesto

(1) *Epist. ad Paulin.* CXLIX.

(2) «El culto supersticioso de la letra, escribe muy acertadamente un partidario de la universalidad absoluta, el abate Thomas (*Les Temps primitifs*, t. II, p. 225) en presencia de los hechos innegables que la condenan, no puede menos de conmor, con la autoridad de la Biblia, las mismas bases de la fe cristiana, en los espíritus preocupados del interés científico. Que no se hable aquí de concesión; un homenaje tributado á la verdad, cualquiera que esta sea, no podrá llamarse una concesión, en el sentido desfavorable de la palabra.»

que la Geología nos demuestra de la manera más palpable, que con el diluvio se extinguieron numerosísimos tipos zoológicos.

Así pues, es preciso reconocer á toda costa, con el abate Vigouroux (1), que: «Los términos empleados por el Génesis, en el relato del diluvio, se aplican solamente á la tierra conocida entonces de Noé y de los Hebreos, á las montañas que ellos habían visto, á los animales con que estaban familiarizados, ó de los cuales, al menos, habían oído hablar. Por consiguiente, nada nos obliga á admitir que las más altas cumbres de Himalaya, los volcanes de la América central y meridional, y las montañas del interior del África, hayan sido cubiertas por las aguas, siendo todo desconocido de los antiguos. «Cuando leemos que todas las altas montañas debajo del cielo, fueron cubiertas por las aguas, no estamos, dice M. Reusch, más precisados á tomar, en un sentido rigurosamente literal, estas palabras, que tantas otras expresiones análogas que leemos en la Biblia. Poniendo esas palabras en boca de Noé, debemos entender por aquellas montañas *las que él pudo ver con sus ojos*». Para Noé, todas las montañas que él conocía, habían sido inundadas por el diluvio.»

Nada extraño pues que este sistema tan razonable, tan conforme con el contexto gene-

(1) *Manuel biblique*, t. I, p. 555.

ral de la Escritura, tan en armonía con las ciencias y tan á propósito para dejar la verdad de la narración del fudo á cubierto de los duros ataques de la impiedad, haya sido abrazado decidamente y con entusiasmo, por muchos teólogos eminentes y sabios católicos. Entre ellos figuran: el renombrado abate Vigouroux, Marcel de Serres, Pianciani, (1) Nicolai, Sorignet, Bellynek, Schoupe, Glair, Reichs, etc. (2). A los cuales debemos añadir otros, bien esclarecidos por cierto, que han llegado hasta defender la no universalidad del diluvio; pues aunque en esto se hayan equivocado lastimosamente, han procedido con muchas muestras de prudencia y sabidu-

(1) *Cosmogonia naturale*, (Civiltà cattolica, Setiembre y Octubre de 1862).

(2) Entre estos pudiéramos contar al Emo. Cardenal González, que en su obra *La Biblia y la Ciencia*, la acaba de defender con muy buenos argumentos, y dice expresamente, entre otras cosas (t. II, p. 65): "No queremos ocultar nuestras preferencias en favor de la teoría de la universalidad restringida." Si bien, su imparcialidad, ó mejor dicho, su excesiva generosidad, ó su condescendencia, hizo que tratara con demasiada consideración la hipótesis del Sr. Motais, á la que concede sus probabilidades bajo el punto de vista científico; aunque añade (p. 683) que "considerado el problema con relación al texto bíblico y á la tradición eclesiástica, la primera teoría de la universalidad restringida se presenta como más probable."—Por nuestra parte, creemos tener probado casi hasta la evidencia, en este trabajo, que las probabilidades científicas de la hipótesis de la no universalidad, se fundan sólo en datos inseguros, hipotéticos, desfigurados ó completamente erróneos.

ria, al reclamar una moderada restricción (1).

La universalidad restringida, podemos añadir con Vigouroux (2), es admitida generalmente por todos los que se ocupan, en nuestros días, en concordar la Biblia con las ciencias naturales.

Lejos de oponerse lo más mínimo al texto sagrado, está perfectamente conforme con él, como se ve por todas las razones expuestas, y además, porque es una regla, comanmente recibida en hermenéutica, que para determinar el verdadero sentido de un pasaje, es preciso colocarse en la época en que fué escrito y entenderlo como lo entendía el Autor y aquellos á quienes él se dirigía (3). Cuando

(1) Véase al abate Motais, *Le Deluge biblique*.

(2) *Manuel*, p. 552.

(3) «Omnis Scriptura, intelligenda est ex mente auctoris vel scriptoris.—Omnis Scriptura, vel locus etiam Scripturae interpretari debet ex mente eorum quos scriptor proxime vel maxime intendit. (Reithmayr, *Lehrbuch der biblischen Hermeneutik*, p. 139, 140. Véanse sobre este particular las consideraciones del Cardenal González (*Obra cit.*, p. 593 y sig.) quien añade (p. 645): "Es lo cierto que esta opinión (de la universalidad restringida) es la seguida hoy por los teólogos y exegetas más autorizados y competentes en la materia, los cuales no pueden dejar de reconocer que es la que se halla más en armonía con los descubrimientos realizados en las ciencias físicas y naturales; y á la vez con las exigencias y condiciones de una exégesis de amplio y elevado criterio; de una exégesis bíblica que marcha y se desenvuelve con la vista fija, de un lado en la ciencia humana, de otro lado en la palabra divina, aproximando y armonizando estos dos grandes elementos de verdad en la forma que, con su palabra y con su ejemplo, lo verificaron S. Agustín y Sto. Tomás.»

escribía Moisés, sólo una pequeña parte de la tierra era conocida de él y de los Hebreos, y no podía entenderse por *toda la tierra*, lo que entendemos hoy día, después de haber descubierto nuevos Mundos. Conforme se han ido perfeccionando la Geografía y la Zoología, se ha querido atribuir á los países y á los animales nuevamente hallados, lo que Moisés había dicho solamente de los conocidos en su tiempo; y ahora se pretende dar á las palabras de la Biblia el sentido que tienen hoy, y no el que tenían hace 33 siglos, que es el verdadero.

Expuestas algunas de las grandes ventajas del sistema de la universalidad restringida, pasemos ahora á examinar y refutar brevemente todas las opiniones contrarias á la nuestra. Desde luego que, con lo dicho, todas ellas quedan sobradamente refutadas; pero conviene hacer algunas reflexiones sobre cada una en particular, y responder á las objeciones que puedan hacernos sus respectivos partidarios.

§. H. LA HIPÓTESIS DE LA UNIVERSALIDAD GEOGRÁFICA ABSOLUTA, ES COMPLETAMENTE INADMISIBLE.

**P**UES bien, empezando por el sistema de la *universalidad absoluta*, debemos decir francamente que en el estado actual de la ciencia, es de todo punto insostenible. No

sólo se halla expuesta á toda suerte de ataque de parte de los enemigos declarados de la religión, sino que tiene que recibir otros, mucho más duros todavía, de parte de los más sinceros amantes de la verdad. Dejemos á un lado las innumerables imposibilidades físicas con que tropieza. Toda el agua del globo reunida, es muy poca en comparación de la que se necesita en esa hipótesis, para recubrir toda la tierra de una capa de cerca de 9000 metros próximamente de espesor. Se evalúa la superficie total de nuestro planeta en más de 510 millones de kilómetros cuadrados; el cálculo da, pues, para el volumen de las aguas del diluvio, en números redondos, 4600 millones de kilómetros cúbicos, salvas las deducciones del relieve; ¿Dónde se puede hallar esa cantidad tan fabulosa, siendo así que el volumen total del agua de los mares está evaluado en nada más que unos 1900 millones de kilómetros cúbicos? Nada digamos tampoco de las grandes dificultades con que debió tropezar Noé para reunir tantísimos animales, en un espacio proporcionalmente tan pequeño, como el arca; cuando se creía que el número de aquellos apenas llegaba á 1000 (1), se les hacía caer con más ó menos dificultad; ahora que debemos suponer que las especies terrestres podían pasar

(1) Cornelio A. Lapide, *In Genes*. VI, sólo admite unas 175 especies de animales terrestres, y 150 de aves.

de medio millón (1), ¿dónde se podrá enerrar más de un millón de individuos? y cómo se les mantendrá durante un año? ¿cómo podrán ocho personas nada más cuidar bastante de ellos? Nada diremos tampoco de la manera de conducirlos desde su propio país al arca y de esta otra vez á las más apartadas tierras, separadas por mares inmensos ó por otras barreras infranqueables; ni de las muchísimas precauciones que debieron tomarse, á fin de que no perecieran numerosas especies muy delicadas, en cuanto al alimento ó en cuanto al género de vida; ni de ninguna

(1) Según Sir John Lubbock, los animales descritos hasta el año de 1831, eran 70.000, pero ahora no bajan ya de 320.000, y apesar de eso, aun están por describir quizá más de la mitad de los que existen. Creo pues que el número total de especies vivientes pasa de 700.000 (*Fifty years of science*, 1882, p. 15, 35). Nosotros creemos que aun se queda muy corto; Lessón admitía 6253 especies de aves, y el año 1876 el Sr. Boncard comprendía en su *Catalogus avium hucusque descriptorum*, 11.031; de entonces acá fué aumentando bastante el número de las conocidas y descritas. Los Coleópteros catalogados van creciendo de una manera pasmosa; no bajan ya de unos 200.000.

Sin embargo el Sr. Moigno (*Les Livres saints*, p. 474 y siguientes), empeñado en hacer caber todos los animales en el arca, extendiendo, cuanto puede, las dimensiones de esta, y comprimiendo á aquellos más de lo que permite la Higiene; habla en tono de triunfo diciendo, que podían caber 15.561 especies de animales grandes y pequeños, y 16.000 especies de insectos. Aun cuando esto fuera cierto, teniendo presente que debían entrar 7 parejas ó por lo menos siete individuos de cada especie de aves, y como éstas pasan de 11.000, vemos que apenas podrían caber en el arca sólo las aves conocidas. De los cuidados que exigían tantos huéspedes, debe hacerse caso omiso.

otra de tantas dificultades del orden físico, con que se debe contar en ese sistema. Porque sus partidarios tienen un recurso muy cómodo, invocando, en cada una de ellas, á la divina Omnipotencia. Mientras las dificultades no salgan del orden físico, nos responden, todas se pueden remediar muy bien por milagros más ó menos numerosos. Sin embargo, pudiéramos replicarles, el *posse* no debe negarse, lo que se puede y se debe negar es el hecho. Recurrir á la divina Omnipotencia para explicar un fenómeno, y prescindir de las causas seguidas, es mostrar que se le desconoce por completo; es una manera de discurrir demasiado pueril, para que esté conforme con las sabias leyes de la hermenéutica. Esta nos enseña que no se deben multiplicar sin necesidad los milagros, que sólo se debe recurrir á ellos cuando el mismo texto los reclama explícitamente, ó bien, cuando sin admitirlos, no se le pueda explicar de ninguna manera; pero jamás se les debe invocar para que sirvan de único apoyo á una hipótesis, por otra parte arbitraria y desprovista de todo sólido fundamento. «Ahora pues, dice toda una escuela de exegetas modernos (1), estos milagros tan asombrosos, que así se deben llamar, tan absolutamente inauditos, tanto por su grandeza, como por su extensión y por su multiplicidad, estos

(1) Motais *Le Déluge Biblique*, p. 44.

milagros no están indicados en ningún lugar del relato mosaico. Si aparecen en la exegesis universalista, es para defender lo que al cabo no es más que una simple hipótesis; la universalidad geográfica (absoluta) del diluvio, hipótesis, añaden, que ni la aprueba la ciencia, ni la requiere tampoco el texto.»

¿En nombre de quién se invocan esos milagros tan estupendos? ¿Cómo se les multiplica tanto, sin ninguna necesidad, cómo se abusa de ellos tan temerariamente, exponiendo así las verdades sobrenaturales á la burla de los impíos? (1) Una vez que mediante una fácil inundación restringida se pudo asegurar la divina Justicia del completo exterminio de los perversos hombres, ¿qué necesidad había de multiplicar tantos prodigios, sólo para acabar con tan crecido número de animales, al cabo todos inocentes? Los que estaban en medio de los hombres, bueno que perecieran con ellos, para evitar la innecesaria intervención de milagros; pero que se les haga intervenir en tal magnitud y número, sin más fin que exterminar inocentes, eso sí que no está conforme con la divina Bondad.

Mas en fin, queremos prescindir de todas las imposibilidades del orden puramente físico, ya que se pretende eludirlas con recurrir incondicionalmente al orden sobrenatural.

(1) V. Cardenal González, *La Biblia y la Ciencia*, t. II, p. 593 y sig.

Pero es el caso que ocurren también imposibilidades metafísicas; el mismo principio de contradicción queda muy mal parado, admitiendo el sistema de la universalidad absoluta; porque entonces es preciso reconocer que todas las especies sin excepción vinieron al arca ó por lo menos que todas se salvaron del gran cataclismo (1). Sin embargo, hemos visto que la Paleontología nos demuestra hasta la última evidencia que no fué así, sino que muchísimos tipos específicos y aun genéricos (2) se extinguieron á consecuencia del diluvio. Es preciso por lo tanto concordar ese hecho real y positivo de la extinción con el ideal de la perfecta conservación, y no sabemos que se pueda hacer esa concordancia, ni siquiera con el tan cómodo recurso á lo milagroso; pues ni por milagro se puede hacer que una cosa sea y no sea al mismo tiempo.

Insistimos sobre esa notoria desaparición de tantas especies, y en ella hacemos nuestro principal punto de apoyo; porque, á pesar de no haber sido invocada hasta ahora, al menos que nosotros sepamos, contra el sistema

(1) Creen varios expositores, y entre ellos Cornelio A. Lapide, *La Genes*, VI, que no necesitaban entrar en el arca los animales cuyas especies se podían salvar de otra manera, por ejemplo, en los huevos, ó bien reproduciéndose por generación espontánea, según la opinión que antes reinaba.

(2) Decía Philon que «la divina clemencia deseaba por lo menos la conservación de los géneros, en el caso en que desaparecieran algunas especies.»

de la universalidad absoluta; preciso es reconocer que es un argumento ineludible y decisivo. Nos revela una manifiesta imposibilidad metafísica, ante la cual es forzoso ceder inmediatamente.

Pero debemos añadir que no existe esa sola; hay otras varias, sino tan claras y notorias, no menos verdaderas, de las cuales nos contentaremos por ahora con indicar una nada más.

Nos dice ese sistema (continuamos llamándola así por cierto respeto) que hasta las más elevadas montañas quedaron recubiertas en la gran inundación. La Geología prueba hasta la evidencia que no sucedió tal cosa, que muchos parajes elevadísimos quedaron libres y sin ser inundados. Puesta la causa necesaria, se sigue el efecto: así en todos los lugares invadidos por las aguas del diluvio, se formaron mayores ó menores depósitos diluviales, que no son difíciles de reconocer aun hoy, y nos dan claro testimonio del espantoso cataclismo. Pues bien, esos efectos necesarios de la inundación, los hallamos en todas las montañas de la tierra, hasta alturas muy variables de unos parajes á otros; mas á partir de cierto nivel para arriba, en vano se buscarán, en algunos grandes montes, los depósitos mencionados; que no hallaremos ni la más remota señal de ellos. El efecto necesario no existe ni por asomo; luego tampoco la causa existió. Concuermen también

este hecho real con la afirmación de aquel sistema ya derruido. (1)

### §. III. SE RESPONDE Á LAS OBJECIONES.

SIENDO pues este sistema evidentemente falso, pudiéramos dispensarnos de responder á sus argumentos; mas creemos decoroso el sepultarlo con honor.

(1) El eminente purpurado dominico, P. Fr. Zeferino González, se expresa de esta manera en su última y preciosa obra, *La Biblia y la Ciencia*, t. II, p. 633: «La teoría de la universalidad absoluta no renne grandes elementos de probabilidad en su favor, y es justamente rechazada hoy por los sabios, los teólogos y los exegetas católicos más autorizados, toda vez que no se halla en armonía, ni con los principios y máximas de la exégesis bíblica que enseñaron y practicaron los Padres de la Iglesia, y principalmente San Agustín y Sto. Tomás, ni mucho menos con los descubrimientos y progresos realizados posteriormente en las ciencias físicas y naturales. Por nuestra parte, abrigamos la convicción de que, si el gran obispo de Hipona y el Doctor de Aquino vivieran hoy, no serian partidarios de la teoría universalista: uno y otro enseñaron con la palabra y con el ejemplo que al investigar el sentido de la Sagrada Escritura, y para fijar el alcance de sus palabras, es conveniente y necesario no perder de vista la enseñanza de las ciencias naturales y filosóficas. Abandonar hoy opiniones profesadas por los antiguos doctores eclesiásticos, opiniones que ellos rechazarían también hoy, no implica irreverencia ni menosprecio hacia los mismos.» Y más adelante (p. 682) termina su trabajo diciendo: «La teoría de la universalidad absoluta ó geográfica del Diluvio, si bien fué generalmente admitida en pasados tiempos, como lo fué la sentencia del movimiento del sol alrededor de la tierra, tiene hoy escasos partidarios, y esos no de los más autorizados y competentes en el terreno de la exégesis y en el de la ciencia. La lucha real está hoy establecida entre la teoría de la universalidad restringida... y la teoría de la no universalidad antropológica.»

1.<sup>er</sup> *Argumento*. Separarse de la universalidad absoluta es, no sólo separarse del sentido literal y obvio del relato del Génesis, sino también romper con la unánime interpretación de los Padres y expositores.

A esto decimos que, al restringir algún tanto las palabras textuales de la Escritura, nos vemos autorizados por la Escritura misma. Sabemos en efecto lo muy frecuente que es en ella dar el nombre de *toda la tierra*, á sólo un país reducido, y entender por *todos los animales*, solamente los que viven en un pequeño territorio. En el Antiguo Testamento, sobre todo, es muy frecuente esa manera de hablar; hemos citado algunos ejemplos bien notables, y ahora sólo queremos indicar uno tomado del Nuevo; «Salió un edicto de Cesar Augusto, dice el Evangelio de San Lucas, (1) para que se empadronase el ORBE UNIVERSO.» Las palabras no pueden ser más terminantes, y sin embargo sabemos que se refieren nada más que al Imperio Romano. El testimonio de la Historia nos basta para hacer tan notable restricción. Pues bien, el testimonio de la ciencia es todavía más respetable; podemos pues, fundados en él, hacer una restricción, más ligera por cierto, en el relato del diluvio. Los Padres y los exegetas nos autorizan, y nosotros podemos usar de nuestro derecho. Y si á

(1) Cap. II, 1.

esto añadimos que, de la interpretación literal, se siguen muchos reconocidos absurdos, entonces cumpliremos con un sagrado deber, al interpretar el mencionado pasaje de una manera más racional.

Si ahora se nos replica que las restricciones deben ser las menores posibles y las puramente necesarias, nosotros respondemos que estamos muy conformes con esa advertencia; y por eso admitimos hasta la *universalidad geográfica*, si bien un poquito limitada; pues esto solo exigen las ciencias, y no debemos exigir más. Los que la niegan rotundamente y los que ni aun siquiera reconocen la universalidad etnográfica, son los que están obligados á dar razón de su conducta.

A ellos únicamente es á quienes se les puede imputar, á la vez, el haber roto con la interpretación unánime de los Padres y Expositores; pues estos convienen en reconocer el completo exterminio de los hombres y la casi perfecta inundación de todo el globo; mas no están todos conformes en admitir la absoluta universalidad geográfica, ni, por lo mismo, en las consecuencias rigurosas que se siguen de ella. Son muchos los que han exceptuado de la inundación el monte en que infundadamente creían que estaba aún el Paraíso terrenal. Esta opinión la siguió Cayetano, quien, con otros varios doctores, piensa que se deben exceptuar también las cumbres de algu-

nas elevadas montañas (1), y eso es precisamente lo que nosotros decimos. Ahora bien, exceptuados algunos parajes de la tierra, quedan, por el mismo hecho, preservados del exterminio todos los animales que allí se fueron á guarecer. En esto además están explícitos varios doctores y entre ellos S. Agustín

(1) Algunos antiguos escritores eclesiásticos sostuvieron que el diluvio no había sido universal en cuanto á la tierra. Cf. *Quaestiones et responsiones ad orthodoxos*, q. XXXIV, inter Opera S. Justini, t. VI, col. 1282. S. Efrén, S. Juan Crisóstomo y otros creyeron que el diluvio no se había extendido al Paraíso. Beda no se pronuncia en esta cuestión. In *Gen.* V-VIII, t. XCI, col. 226. En la respuesta á la Congregación del Índice, que le consultaba acerca de los opúsculos de Vossio, en que se defendía la no universalidad, decía el sabio Mabillon: «Sane quod attinet ad Scripturam haec non incongrue sensu Vossiano explicari potest. Nam omnes montes et omnis caro commode referri possunt ad terram tunc habitatam: siquidem, ut scribit Vossius in *Epistola ad Colvium*, p. 387, vocabulum *omnis* aliquando ad subjectum particulare in libris sacris restringitur. Favet huic responsioni, praeter alios Augustinus in *Epistola ad Paulinum* (al. 59, núm. 149): *Scriptura mos est, inquit, ita loqui de parte tanquam de toto*. Praeterea Cajetanus (in *Gen.*) et nonnulli alii doctores catholici quaedam cacumina montium supereminentium a Noemi diuvio exceperunt. Imo addit Cajetanus ex communi sententia interpretum, exemptum fuisse ab aquis diluvii montem, in quo est paradisus terrestris, ubi diluvii tempore erat Enoch adhuc vivens. Non ergo praemissa Scripturae loca ita rigide accipienda sunt ut nihil exceptum fuerit a diluvio universali. Sola proinde controversia erit circa plus et minus. Jam vero Ecclesia nihil unquam haec de re discrete definit. *Votum de quibusdam J. Vossii opusculis; Ouvrages posthumes de D. Jean Mabillon*, 1724, t. II, p. 62.

En otro lugar de la misma respuesta, Mabillon hace constar que esa opinión no es contraria ni á la fe ni á las costumbres. Véase al Sr. Vigouroux, *Manuel Bib.*, p. 551-552.

(1), pues creen que no se deben entender á la letra aquellas palabras que dicen, que todos los animales terrestres entraron en el arca.

Lícito nos será también á nosotros restringir un poquito la universalidad geográfica, con tal de que semejante restricción no sea mayor de lo que exige la ciencia. Del mismo modo, fundándonos en los terminantes documentos de la Zoología, podremos limitar, cuanto sea necesario, el número de animales encerrados en el arca, ya que los Padres y Expositores nos dieron ejemplo de ello.

2.º *Argumento.* Los opúsculos de Vossio, en que se restringía el diluvio á sólo la tierra habitada, fueron condenados por la Congregación del Índice en 1686; no es lícito pues restringir la universalidad geográfica.

La cuestión de Vossio, replicamos, está muy agitada en nuestros días, y son muchos los escritores (2) que piensan que nunca fueron

(1) *De Civ. Dei*, l. XV, c. XXVII, 4, t. XLI, col. 475. Cornelio A. Lápide, que, como los antiguos, admitía la generación espontánea, dice (in *Gen.* VI, 19): «In arcam non sunt inducta animalia quae ex putrefactione, uti mures, vermes, apes, scorpiones... nascuntur.»

(2) Entre ellos figura el abate Thomas (*Les Temps primitifs*, p. 230), á pesar de mostrarse partidario de la universalidad absoluta. Vigouroux se expresa de esta manera: «La Congregación del Índice siguió el dictamen de Mabillon. «Rouae dam moratur, refert Massuet, ad congregationem Indicis inter consultores vocatus, sententiam pronuntiare suffragiumque promere jussus de quibusdam libris Vossianis de diluvio non universali, tanta cum eruditione et modestia protulit, ut mirati Car-

condenadas las doctrinas de aquel sabio protestante, y que la Sagrada Congregación siguió los consejos de Mabillon. Sin embargo, el P. Tournemine hace constar en el *Journal de Trévoux*, que, á pesar de los grandes esfuerzos del eminente benedictino, no se pudo evitar que los opúsculos de Vosio fueran puestos en el índice. Aunque reconocemos esta opinión como mucho más fundada, estamos con todo muy persuadidos de que, de semejante condenación, nada se puede seguir en contra de nuestro sistema. La prueba es que nunca han sido censurados los muchos autores católicos que lo defendieron. Deja más á un acérrimo partidario de la universalidad absoluta, al abate Moigno, que responda por nosotros: «No se puede sin embargo concluir de este decreto (de condenación), escribe, (1) que el fondo de la opinión de Vosio, defendido por Mabillon, sobre la no-universalidad absoluta del diluvio, haya sido formalmente censurado; porque, en sus opúsculos, Vosio defendía otras tesis, entre las cuales se en-

diciales, secundum eum sententiam dixerunt. *Annales ordinis S. Benedicti*; t. V, 1743. *Præfatio Renati Mossuet*, n.º XXIV, p. 18.—Cf. Glaire, *Les livres saints corrigés*, 1.ª edic. t. I, p. 277-278; Darras, *Histoire de l'Eglise*, t. I, p. 288-289.—M. Bonnetty, en los *Annales de Philosophie chrétienne*, Julio 1838, analizó el opúsculo de Vosio y citó algunos extractos de las cartas de Mabillon, p. 49-52.—*Manuel Bib.*, p. 552-553.

(1) Las palabras aquí consignadas, son en realidad de Glaire (*Les livres saints corrigés*, t. I, p. 365); pero Moigno las transcribe, aprobándolas, en *Les livres saints*, p. 448.

cuentran proposiciones más ó menos dignas de censura, y la manera con que sostiene su sentimiento es, indudablemente, muy á propósito para ser vituperada. Así, por ejemplo, no se contenta con presentar su opinión como más verosímil, sino que da al sentimiento generalmente recibido, calificaciones que pueden considerarse como injuriosas, puesto que lo acusa de ser un absurdo, una falta de razón, que da una idea errónea de la grandeza divina. Vosio, en fin, restringía demasiadamente su diluvio; pretendía que, en tiempo de Noé, no había más países habitados que la Siria y la Mesopotamia, y que, por consiguiente, las aguas del diluvio no habfan alcanzado más que una cortísima parte del globo; esto no hubiera sido seguramente el diluvio universal, atestiguado por la tradición y por la historia.» (1)

(2) En los números de Febrero y Marzo de 1889, publicó *La Science Catholique* una larga y completa disertación del señor Magenot, profesor de Sagrada Escritura en el Seminario de Nancy, sobre la cuestión de Vosio. Se hace ver muy claramente que la doctrina del célebre protestante fué en realidad censurada; mas con todo el Sr. Magenot termina diciendo: «Creemos que el índice la censuró explícitamente, no, sin duda alguna, en sí misma y en absoluto, sino en las obras de Vosio y tal como fué expuesta por él... Sostenida por católicos, cuya ortodoxia no pueda ser sospechosa, apoyada con mejores pruebas, expurgada de algunos accesorios falsos ó inexactos, la hipótesis del diluvio restringido á la tierra habitada en tiempo de Noé, es legítima, y la conciencia de los que la sostienen no puede inquietarse con motivo de la condenación de Vosio. Ya en el siglo pasado el jesuita Alfonso Nicolai, que

Aun cuando se hubiera condenado formalmente esa opinión de un diluvio del todo parcial y muy limitado, nada puede seguirse contra un sistema, como el nuestro, en que se defiende la verdadera universalidad geográfica, si bien no del todo absoluta; pues excluimos de la inundación, con muchos doctores católicos, las cumbres de algunas montañas elevadas.

«En resumen, continúa el abate Moigno, (1) la Iglesia no ha definido jamás como dogma de fe, que el diluvio mosaico haya sumergido absolutamente todas las partes del globo, aun aquellas que no estaban habitadas, de suerte que en el caso en que no se viera otro medio de resolver las dificultades (porque, añade el abate Glaire, las hay realmente, y las respuestas que se les oponen no son quizá bastante perentorias) se podría legítimamente recurrir al sentimiento contrario, que da soluciones incontestables.»

Si pues este sistema de la universalidad restringida no tiene nada en contra de la fe

no la ignoraba, no temía afirmar que las más altas montañas no habían quedado cubiertas por las aguas del diluvio. (*Dissertazioni e lezioni di sacra Scriptura, Genesi, t. IV, p. 149 y 152.*) La autoridad eclesiástica no ha intervenido más en las discusiones que esta opinión ha provocado en nuestros días; y pensamos, con el más competente y más declarado de sus adversarios contemporáneos, Mgr. Lamy, profesor en Lovaina, que esa opinión es libre, y que el apologista cristiano puede invocarla y servirse de ella, como él mismo lo ha hecho en su *Introduction aux Livres saints*. T. II, p. 48.

(1) *Obra citada*, p. 449; y ahora habla ya por su cuenta.

católica, se le puede y se le debe seguir decididamente, una vez que hemos probado lo muy razonable que es, y lo bien que resuelve todas las dificultades, al paso que el de la universalidad absoluta es ya del todo incompatible con la ciencia de nuestros días. Los mismos, que últimamente lo defendieron, nos ofrecen sobradas razones para desecharlo. No se atreven á romper con él, pero no pueden menos de reconocerlo desprovisto de todo fundamento sólido. Las palabras del señor Moigno, en buen castellano, quieren decir que el autor se da por vencido. (1) Más explícito se muestra aún el abate Thomás; no sabe soltar las dificultades, sino recurriendo al sistema que defendemos; y luego, invocando la Omnipotencia divina, parece decidirse sin más ni más por la universalidad absoluta.

(1) La manera con que pretende evadir las dificultades es tan particular, cuanto indigna de su ciencia. Después de afirmar, sin ningún fundamento y contra toda razón, que todas las grandes montañas son posteriores al diluvio... como ni aun así hallaba aguas bastantes en la tierra, recurre á las aguas celestes, á las *aguas superiores de la atmósfera etérea*... Y no se le ocurre que, en ese caso, durante el diluvio debió haber una presión atmosférica incalculable, que haría perecer á todos los vivientes. Milagro por milagro, más le valía recurrir á una creación de nuevas aguas.

Peró no se contenta con eso; como su hipótesis no está nada conforme con las enseñanzas de la Geología, quiere hacer al diluvio del todo independiente de ésta, y se atreve á sostener con una serenidad que pasma, que una inundación tan violenta y tan prodigiosa, como la que él reconoce, no dejó señales bastante claras, para que pueda reconocerlas la ciencia.

§ IV. LA HIPÓTESIS QUE NIEGA LA UNIVERSALIDAD ETNOGRÁFICA ES PELIGROSÍSIMA, Y SE HALLA EN MANIFIESTA OPOSICIÓN CON LA CIENCIA.

**P**ASEMOS ahora á la hipótesis que, siguiendo un camino del todo opuesto, niega hasta la misma universalidad etnográfica.

Entre sus partidarios figuran: Omalius d'Halloy (1), Schœbel (2), Lenormant, D'Estienne, los abates Motais (3), Robert (4), etc. y varios doctores católicos alemanes y entre ellos Scholz (5).

Opinan estos señores, que fuera del arca de Noé se salvaron muchos hombres, que existen aun hoy varias razas antediluvianas, entre las cuales algunos hacen figurar la mogólica y la negra. El abate Motais, sobre todo, ha defendido esta opinión con gran energía y mucho acopio de doctrina; su obra sobre el diluvio es bien conocida de todos por la gran polvareda que ha levantado en la apologetica.

(1) *Discours à la classe des sciences à l'Académie de Belgique* (1936.)

(2) *De l'Universalité du déluge* (Paris, 1856); *Annales de philosophie chrétienne* (Diciembre, 1876, p. 422).

(3) *Le Déluge Biblique*.

(4) *La Non-Universalité du Déluge*, (1887)

(5) *Die Keilschrift-Urkunden und die Génesis*, 1871, p. 71.

Sin atrevernos á condenar públicamente esta hipótesis como herética, porque eso no nos compete á nosotros, y la Iglesia hasta el día no ha pronunciado el *anathema* contra sus numerosos partidarios (1); no podemos con todo eso dejar de decir que es en extremo aventurada y peligrosa. «Hemos visto, dice muy bien á este propósito el abate Vigouroux (2), que, según el Génesis, Dios hizo perecer á todos los descendientes de Adán, de los cuales se nos da allí la genealogía, porque todos ellos habían corrompido sus caminos, y San Pedro dice expresamente en sus dos Epístolas, que fué ocho el número de personas salvadas del diluvio. La tradición unánime de los Padres y la enseñanza universal de los teólogos interpreta estas palabras de S. Pedro en el sentido de que ocho personas solamente, es decir, Noé, su mujer, sus tres hijos, con sus mujeres, quedaron preservadas de las aguas del diluvio. No se aduce ninguna razón suficiente para separarse de la interpretación

(1) „Sin embargo el Índice, escribe el Sr. Mangenot, (*Science Catholique*, Marzo de 1890, p. 289) por un decreto del 15 de Abril de 1848, reprobó la obra de Frederik Klee, *Le Déluge, considérations géologiques et historiques sur les derniers cataclysmes du globe*. Verosimilmente no es por las apreciaciones científicas del sabio geólogo acerca de los últimos fenómenos geológicos, producidos por un cambio del eje del mundo, sino quizá, por lo menos parcialmente, por su hipótesis de que, además de Noé y su familia, se salvaron muchos hombres del diluvio.»

(2) *Manuel biblique*, t. I, p. 553 y 557.

constante recibida hasta ahora en la Iglesia.»

Tanto las palabras del Génesis, como las del Príncipe de los Apóstoles, son demasiado terminantes, para que, aun cuando no existiera esa perfecta unanimidad en la interpretación, no pudiéramos abandonar el sentido literal, sin aducir hechos firmemente establecidos, y que á todas luces lo hicieran inadmisibles. En el Génesis se repite con insistencia el exterminio total de los hombres, y la causa verdaderamente digna de tan ejemplar castigo, conviene á saber, la extremada perversidad de todos ellos. Todos ellos estaban pervertidos, excepto Noé y su familia; con tanta maldad había quedado contaminada toda la tierra, y era forzoso purgarla de todas las inmundicias, sin que quedara rastro de ellas, para regenerar por completo á la humanidad. «Viendo Dios que era mucha la malicia de los hombres en la tierra, y que todos los pensamientos del corazón estaban dirigidos en todo tiempo al mal, le pesó de haber hecho al hombre sobre la tierra. Y poseído de dolor hasta lo íntimo del corazón, dijo, borraré de la superficie de la tierra al hombre á quien yo creé... Mas Noé halló gracia en presencia del Señor... Y viendo Dios que la tierra estaba corrompida, pues toda carne había corrompido sus caminos sobre la tierra, dijo á Noé: El fin de toda carne ha llegado ya ante mí: la tierra se ha llenado por completo de iniquidad en presencia de ellos y yo los extermina-

ré con la tierra.» (1). ¿Quién no ve en estas palabras una resolución manifiesta de destruir á toda la humanidad? Toda carne había prevaricado, y era preciso destruirla toda, aunque fuera necesario desolar á la vez la tierra, para que así quedase limpia y pura. Tan resuelto se muestra el Altísimo á destruir á todos los hombres, que á trueque de que no quedara ninguno expone á que corran el mismo riesgo, todos los inocentes animales. Aquellos era necesario que perecieran todos absolutamente; éstos, en tanto debieron perecer, en cuanto vivían cerca de donde estaban los hombres, y debían ser testigos de la gran catástrofe y experimentar sus desastrosos efectos, ya que habían presenciado la malicia humana y quedado contaminados con ella.

Y como si las palabras citadas fueran poco terminantes, después de describir el diluvio, y de decir que todos los hombres habían perecido, se nos añade: (2) «Remansit autem solus Noë, et qui cum eo erant in arca.»

Y cual si todo esto fuera poco, los libros sagrados nos repiten, en muchísimos lugares, el mismo lenguaje (3); el Apóstol S. Pe-

(1) *Genes.* VI, 5, 6, 7, 8, 12, 13.

(2) *Gen.* VII, 23.

(3) *Sapientia*, X, 3, 4. «Ab hac ut recessit injustus in ira sua, per iram homicidii fraternali deperit. Propter quem, cum aqua deleret terram, sanavit iterum sapientia, per contemptibile lignum justum gubernans.» El Evangelio está á su vez

dro nos dice (1): «Los que habían sido incrédulos en otro tiempo, cuan lo confiaban en la paciencia de Dios en los días de Noé, mientras se fabricaba el arca, en la que pocos, es decir, ocho personas, fueron salvadas por el agua»; y en otro lugar (2) se expresan de esta manera: «Y no perdonó Dios al mundo antiguo, sino que conservó al octavo Noé predicador de la justicia, trayendo un diluvio sobre el mundo de los impíos.»

Convinien lo toda la tradición en interpretar estos pasajes en el sentido de que solamente quedaron ocho personas preservadas del gran cataclismo, es sobremanera temerario desechar esta verdad considerada aun hoy por muchos, al menos como de fé divina. (3)

bien terminante; S. Lucas (XVII. 23, 27) escribe: *Et sicut factum est in diebus Noë, ita erit in diebus Filii hominis. Edebant et bibebant; uxores ducebant, et dabantur ad nuptias, usque in diem, qua intravit Noë in arcam: et venit diluvium et perdidit omnes.*

(1) I *Epis.* III, 20.

(2) II *Epis.* II, 5.

(3) Así la reconoce el Sr. Moigno, *Les Livres Saints*, p. 455. Y el V. Beda nos enseña que ha habido herejes, según los canones, Noé y su familia no habían sido las únicas personas preservadas del diluvio: «*Quod autem dicit (Scriptura): Omnem carnem consumptam, hæreticos præcavet, existimantes alios diluvium evasisse, ut de Mathusala dictum est. In Pentat., Genesis, VIII, 1, XCI, col. 223.*

Varios teólogos eminentes de nuestra Orden, y uno de la de S. Agustín nos han respondido sin titubear que la universalidad etnográfica del diluvio es indudablemente de fé. Y si bien al-

Nosotros, por nuestra parte, la consideramos, no ya como de *fé divina ó teológica*, por hallarse tan manifestamente contenida en el sentido literal de las Santas Escrituras; sino también como de *fé católica*, pues si no ha sido aún definida solemnemente, como tal, há sido propuesta por el magisterio ordinario y universal de la Iglesia, el cual equivale á una definición explícita. Véase, sino lo que dice el Concilio Vaticano *Const. DEI FILIUS, c. III*: «*Porro si le divina et catholica ea omnia credenda sunt, quæ in verbo Dei scripto, vel tradito continentur, et ab Ecclesia, sive solemnè iudicio, sive ordinario et universali*

gunos de ellos han puesto ciertos reparos sobre la conveniencia ó inconveniencia de invocar la fé en una cuestión que tan agitados tiene ahora los ánimos, otros, más resueltos y firmes, convinieron con nosotros en considerar esos reparos casi como sutiles miras humanas, y en que nunca es tan oportuna la defensa de un dogma, como cuando se le ve atacado con la mayor energía y buena fé por personas las más competentes y de indisputable ortodoxia. Entonces, cuando la verdad dogmática está en el más grande peligro, cuando las conciencias de muchos titubean, es cuando de todo punto es necesaria una defensa enérgica y vigorosa. No basta ver que se callan otros muchos apologistas; alguno ha de ser el primero en salir á la defensa. No basta que la Iglesia no haya fulminado el más terminante anatema; este viene siempre como última resolución. Es preciso que antes se dé el alerta por los ardientes celadores de las verdades reveladas. Hé aquí por qué nos hemos movido á defender, con todas las veras de nuestra alma, como verdad de fé, lo que con firmísima persuasión reconocemos y creemos, como tal; y lo defenderemos con tanto más ardor; cuanto más competents, son los sabios que lo niegan ó ponen en duda.

*magisterio, tamquam divinitus revelata credenda proponuntur.»*

Ahora bien, no hay duda que el consentimiento unánime de los Padres, de los Doctores ó de los Concilios constituye este *ordinario y universal magisterio*; luego es preciso reconocer que esa verdad, de que venimos tratando, es rigurosamente de fe católica.

La misma Constitución *Dei Filius* (c. II.) nos enseña: «In rebus fidei et morum ad aedificationem doctrinae christianae pertinentium... nemini licere... contra unanimem consensum Patrum ipsam Scripturam sacram interpretari». La Profesión de fe, propuesta por Pio IV, está casi más terminante: «Sacram Scripturam, juxta eum sensum quem tenuit, et tenet sancta mater Ecclesia, cujus est judicare de vero sensu et interpretatione sacrarum Scripturarum, admitto, nec eam unquam nisi *juxta unanimem consensum Patrum*, accipiam et interpretabor». ¿Cómo se atreven pues nuestros adversarios, contra la Profesión de fe que han debido hacer, y contra las más solemnes decisiones de la Iglesia, á desechar el consentimiento unánime de los Padres en lo relativo al número de personas salvadas del diluvio?

Reconocen perfectamente los que niegan la universalidad etnográfica, que se separan, no sólo del sentido textual y demasiado manifiesto de las Escrituras, sino también de la interpretación unánime de los Padres y Doc-

tores; y sin embargo rompen con todo, con un ánimo sereno, cual si marcharan por un camino trillado y seguro. Dicen que el testimonio unánime de la tradición sólo puede tener fuerza en materia de fe y costumbres, pero no en una puramente histórica, como es la de que al presente se trata. Mas ¿quién les ha dicho que la universalidad del diluvio, en cuanto á los hombres, no es materia de fe? Ahí está precisamente la cuestión. Es una verdad consignada repetidas veces en el Antiguo y Nuevo Testamento; una verdad interesantísima, en la cual aprendemos lecciones muy provechosas: aprendemos á tenernos en mucho, puesto que pertenecemos á una raza escogida por el Cielo, y aprendemos á temer á Dios, viendo cuán pesada es aquella omnipotente mano, que causó en los primeros hombres impíos un tan completo exterminio; una verdad atestiguada unánimemente por la tradición católica; una verdad, en fin, que simboliza un dogma de fe; pues el arca es figura de la Iglesia, fuera de la cual no hay salvación (1). Si esta verdad no es materia de fe, que nos digan qué cosas pueden serlo. Todo cuanto tenemos como de fe, sólo porque la Biblia nos lo dice y porque la tradición así lo interpreta unánimemente, se halla en las mis-

(1) V. S. Ambrosio, *De Noe et arca liber*. San Agustín, *De Civitate Dei*, I, XV, CXXVI. Hurter, *De arca Noe Ecclesiae typo* (*Opuscula Patrum selecta*, t. III, p. 217 y siguientes.)

mas condiciones que la verdad de que tratamos (1) El caracter de certidumbre de fe católica lo da la revelación consignada en la Escritura y uniformemente interpretada por los Doctores, y no la importancia de la cosa revelada, y en esta verdad lo vemos reunido todo, inclusa una capital trascendencia.

Mas para que una verdad deba ser abrazada y creída con *fe divina ó teológica*, no se necesita siquiera el consentimiento unánime de los Padres; basta que la hallemos contenida manifestamente en el sentido literal de las Santas Escrituras. Todo cuanto nos enseñan estas, sabemos que cae bajo la inspiración divina, y si en ellas hubiera algún error, este se habría de imputar al mismo Dios, que fué quien las inspiró, en su completa integridad, y además á la Iglesia Católica, que nos las propone para que creamos cuanto en ellas se encierra.

«Ea quæ sub Scripturæ litterali sensu continentur, escribe el ilustre teólogo dominico P. Berthier (2), esse per se de fide constat. Etenim ea sunt de fide quæ Deus revelavit, et ab Ecclesia ut credenda proponuntur: atqui ea quæ sub sensu litterali Scripturæ continentur certo sunt revelatio Dei et ab Ecclesia proponuntur ut credenda; ergo... Patet major ex definitione virtutis atque actus fidei. Probat minor *quoad primam partem* quidem

(1) V. Brucker, en *La Science Catholique*, Febrero de 1887.

(2) *Tractatus de Locis Theologicis*, 1888, p. 215.

ex prædictis, et ex doctrina totius Ecclesiae; *quoad secundam* autem ex eo facto quod Ecclesia doctrinam sensu litterali Scripturarum contentam tamquam divinam semper et ubique præbeat...

«Ea quæ sensu litterali continentur erunt, vel simpliciter de fide theologica, si nulla specialis propositio accedat ab Ecclesia; de fide autem ecclesiastica, si hujusmodi propositio accedat. Ergo *hæreticus erit* qui contradicere ausus fuerit veritati certo contentæ sub sensu litterali Scripturarum, ab Ecclesia definito, *vel comuniter acceptato et proposito.*»

Todo cuanto se halla contenido *ciertamente* en el sentido literal, tenga la importancia que tuviere, y aunque pertenezca á materias científicas ó históricas, será por lo tanto de fe divina (1). La dificultad está sólo en saber

(1) «La inspiración divina, escribe oportunamente el Cardenal González (*La Biblia y la Ciencia*, t. I, p. 31), y, por consiguiente, la verdad en los libros sagrados, no se limita á las cosas doctrinales, como opinaron algunos teólogos; opinión que carece de toda probabilidad hoy después de las recientes decisiones del Concilio Vaticano... Lo que real y verdaderamente está contenido en los textos originales, el sentido que real y verdaderamente dieron á sus palabras los escritores bíblicos bajo la inspiración del Espíritu Santo, *debe creerse con fe divina* y admitirse como verdad inconcusa, aunque no pertenezca directamente á los misterios de fe ni á las verdades morales (*res fidei et morum*), que constituyen el objeto principal y preferente, pero no único, de la fe y de la revelación, según enseña la teología católica, siguiendo las huellas del que es su principal jefe y representante, Santo Tomás de Aquino; el cual afirma que todo cuanto conste por la Escritura merece fe divina, como dictado por el Espíritu Santo.»

cuál es el verdadero sentido literal (1); pues mientras los pasajes sean de suyo oscuros, ó mientras las diferentes versiones de la Biblia se hallen desacordes, y podamos suponer, al menos en algunas de las más auténticas, ciertas mutilaciones, aunque siempre ligeras (2), ó bien mientras veamos que el lenguaje inspirado se acomoda algún tanto al vulgar (3), podremos y aun á veces deberemos permanecer indecisos, no siendo que la Iglesia, por una decisión solemne ó por su magisterio ordinario, determine el sentido verdadero. Y este magisterio ordinario es precisamente el que ha declarado ya el número de personas que se salvaron del diluvio. Con esta declaración, la verdad de la universalidad etnográfica adquiere una certeza de fe divina y católica; y eso aun cuando la cuestión fuera de tan escasa importancia, como suponen nuestros adversarios.

○ Pero debemos añadir que es fundamental é importantísima; véase si no lo que escribe el mencionado P. Berthier (4): «Hoc accipe quasi totius Scripturae compendium. *Genesi* creaturarum spiritualium, materialium, spiritu-

(1) «Ibi si quod velut absurdum moverit, non licet dicere: auctor hujus libri non tenuit veritatem, sed aut codex meandrosus est, aut interpres erravit, aut tu non intelligis.» S. Agustin, *Contra Faust.* XI, 5, t. XLII, col. 249.

(2) V. Vigouroux, *Manuel Biblique*, t. I, p. 65 y sig.

(3) *Ibid.*

(4) *Obra cit.* p. 189,

ac materia compositarum creationem narrat, cap. I, II.—*Homnis lapsum, Redemptorisque promissionem*, cap. III.—*Humani generis corruptionem universam*, ejusdemque poena diluvii punitionem, *solo cum domo sua Noë salvato*, cap. IV-VII.—*Humanum genus proflagari per filios Noë, Sem, Cham, Japheth...*»

Veamos ahora cómo reivindica la integridad de la inspiración en cuanto á las cosas, uno de los más eminentes apologistas de nuestros días:

«Algunos católicos han pretendido, escribe el célebre Vigouroux (1) que la inspiración es limitada y restricta á las verdades dogmáticas y morales... Esto es lo que sostuvo Holden en el siglo XVII (2). Aunque reconoció por otra parte que, de hecho, no hay error en la Escritura, (3) su opinión fué censurada por la Sorbona y rechazada por los teólogos. Apesar de esta condenación, se ha tentado en estos últimos años, hacer revivir, agravándola, la opinión de Holden. Algunos pocos católicos y cierto número de autores protestantes han pretendido que la inspiración es limitada, y que, de hecho, hay en la Escritura errores históricos, cronológicos, geográficos, etc.

«Este sentimiento: 1.º parece difícilmente

(1) *Manuel Biblique*, t. I, p. 60-64.

(2) *Divinae fidei Analysis, seu de fidei Christiana resolutione, libri duo*, Paris, 1652, l. I, c. V, p. 82.

(3) V. *Études religieuses*, Julio de 1867, p. 160.

conciliable con la definición del concilio Vaticano: «Si quis Sacrae Scripturae libros integros, cum omnibus suis partibus... divinitus inspiratos esse negaverit, anathema sit.»

2.º Está igualmente en contradicción con el pasaje del mismo concilio que afirma a) que los Libros Santos *revelationem sine errore continent*, y b) que *Spiritu Sancto inspirante conscripti, Deum habent auctorem.*—a) La palabra *revelación* significa, según el lenguaje ordinario de la Iglesia, todo aquello que está contenido en la Escritura. La Escritura no contiene pues ningún error.—b) Siendo Dios el autor de la Escritura, según el concilio, si esta hubiera contenido el menor error en su redacción primitiva, ese error sería imputable á Dios, lo cual es inadmisibile. (1).

«La opinión de la inspiración restringida es contraria á la tradición. Los Padres afirmaron, en efecto, de la manera más expresa: 1.º que todo está inspirado en la Sagrada Es-

(1) \*En las cuestiones propuestas á los Armenios por el papa Clemente VI, se les pregunta: «Si credis Novum et Vetus Testamentum in omnibus libris... veritatem indivisam per omnia continere... (Art. 14) Pues bien, esta cuestión se hizo con motivo de un hecho histórico sin importancia, el género de muerte de Caín. Cf. Scheeben, *Dogmatique*, trad. Belet, t. I, núm. 222, p. 173 174. Puede verse en Franzelin, *De Trad. et Script.*, 1875, p. 351, 352, cómo el papa Benedicto XII (contra los Armenios) tiene por verdad católica, que todo cuanto está contenido en la Escritura, es cierto. (Error 114. Cf. Rainaldi, *Annales*, ad ann. 1341, núm. 69, t. VI, 1730, p. 278\*».

critura, y 2.º que esta no contiene ningún error.

1.º S. Juan Crisóstomo es el eco de todos los otros Padres, cuando dice á los fieles: que no se debe menospreciar la menor palabra de la Escritura, porque todo cuanto ella encierra viene del Espíritu Santo. (1)

2.º Siendo además la Escritura obra del Espíritu Santo, no contiene ningún error: «Yo creo firmísimamente, decía S. Agustín, que ningún autor sagrado incurrió en el más mínimo yerro.» (2)

3.º San Jerónimo se levantó con energía contra los que no querían aceptar, como inspirada, la carta de S. Pablo á Philemón, diciendo que «no siempre había hablado Cristo en el Apóstol,» y que «era una simple carta de recomendación, que no contenía nada que sirviera para edificarnos.» (3)

«Los teólogos enseñan, como los Padres,

(1) \*Doceamus vos neque dictionem parvam, neque syllabam unam in divinis Litteris contentam esse pretereundam. Non enim verba qualiacumque sunt, sed Spiritus Sancti... S. J. Chrys. *Hom. XV in Gene.*, i. t. LIII, col. 119. Véase también *Hom. XXI, 1; XXVIII, 4, ibid.* col. 119, 175; Origenes, *in Matth.*, tom. XVI, 12, t. XIII, col. 1413; S. Greg. Nac., *Orat. II*, 105, tom. XXXV, col. 504; S. Ambr. *in Luc.* I, X, 171, t. XV, col. 1846; S. Jerón., *Epist. XXVII*, 1; XLVI, 6; LVII, 9, t. XXII, col. 431, 486, 575; S. Greg. Mag. *Moralia in Job*, Præf., I, 2, t. LXXV, col. 547.

(2) *Epist. LXXIII ad Hieron.*, I, 3, III, 24, t. XXXIII, columna 277, 286.

(3) *In Epist. ad Phil. Prol.*, t. XXVI, col. 599-601.

que la inspiración no tiene límites, y se extiende á todo cuanto encierra el texto sagrado. 1.º «No puede haber nada de falso en el sentido literal de la Escritura» dice Santo Tomás. (1) Y afirma expresamente que hasta los más mínimos detalles históricos, que nos da la Escritura, son indirectamente de fe, por ejemplo, que Samuel era hijo de Elcana (2). 2.º Cuando Erasmo insinuó, á principios del siglo XVI, que había quizá en los Evangelios, errores de memoria, los doctores católicos le atacaron con tanta energía, que abandonó su opinión (3). Bellarmino califica expresamente de herejía la opinión de Erasmo (4).—3.º S. Ligorio, hablando de aquellos que sostienen que «muchas cosas son inspiradas» en las Escrituras «pero que otras fueron allí introducidas por los que las escribie-

(1) «Patet quod sensui literali Scripturæ nunquam potest subesse falsum.» S. Th. 1.ª P., q. 1.ª a. 10, ad 3.m.

(2) «Ad fidem pertinet aliquid duplèter. Uno modo directe, sicut ea quæ sunt nobis principaliter tradita, ut Deum esse trinum... Indirecte vero ad fidem pertinet ea ex quibus consequitur aliquid contrarium fidei. Sicut si quis diceret Samuelem non fuisse filium Helcanæ. Ex hoc enim sequitur Scripturam divinam esse falsam.» S. Th. 1.ª P., q. 32, a. 4; véase también q. 102, a. 1. in corpore; q. 1. a. 8. ad 2.m.

(3) *Annotat. in Matth.*, II, *Opera*, Bâle, 1540, t. VI, p. 13. Se corrigió en las ediciones siguientes y en la *Apología ad monachos quosdam Hispanos*, Resp. 46.

(4) *De verbo Dei*, I, 6; *postrema hæresis*, *Opera* edit. Vives, t. I, 1870, p. 80.—Melchor Cano, *De Loc. Theol.*, I, II, cap. 17, la califica de *error lapsus*.

ron», declara que este sentimiento *es erróneo é impto* (1).

«Si la Escritura no estuviese toda inspirada y hubiera en ella errores, 1.º su autoridad quedaría grandemente debilitada. Cada cual tendría derecho á examinar lo que estaba inspirado y lo que no lo estaba, lo que era verdadero y lo que era falso, y semejante licencia produciría en la Iglesia católica los funestos resultados que el libre examen ha producido entre las sectas protestantes (2).—2.º Si la inspiración fuera limitada y no se extendiera á los detalles puramente históricos, geográficos, etc., una parte notable del Antiguo Testamento y aun del Nuevo, no estaría inspirada, y no sería, por consiguiente, más que una producción humana. El Pentateuco, Josué, los Jueces, y otros muchos libros sagrados, están efectivamente llenos de capítulos históricos ó geográficos, y no se podrían considerar estos capítulos como de origen divino. ¿Quién no ve cuán en desacuerdo se halla esta consecuencia con la doctrina católica?» (3)

(1) *Tratado contra los hereges*, IV, §. V. n.º 28.

(2) «Non licet dubitare quod verum sit, afirma San Agustín, hablando del contenido de nuestros Libros Sagrados, alioquin nulla erit pagina, qua humana imperitia regatur infirmitas, si Librorum canonicorum saluberrima auctoritas, aut contempta penitus aboletur, aut interminata confunditur.» *Contra Faust.*, XI, 5, t. XLII, col. 249.

(3) Véase todo lo demás que añade el sabio Vigouroux, *Lug. cit.* p. 38-76. Pero quien desee ver la cuestión desarrollada *ex professo* y magistralmente, lea á Melchor Cano, *De Locis Theologicis*, lib. I, cap. 16-18.

Al querer nuestros adversarios establecer esa imaginaria distinción entre cuestiones dogmáticas y morales, y cuestiones puramente históricas, etc., para reconocer sólo en aquellas la autoridad del consentimiento unánime, pretenden fundarse en las mismas palabras de los concilios Tridentino y Vaticano, que dicen: *In rebus fidei et morum*, etc. Pero siendo como es de fe, según dejamos probado, todo lo que está contenido *verdaderamente*, en el sentido literal de la Escritura, cuando los Padres convienen en declarar que tal sentido es el verdadero, y en proponerlo como la legítima expresión de la palabra inspirada, claro está que convienen en una cosa de fe. Si convinieran, no en declararlo categóricamente como verdadero, sino en defenderlo sólo como más probable ó verosímil, no tratarían ya de enseñarnos la fe de la Iglesia, sino solamente de indicarnos sus propias opiniones privadas. Ese consentimiento no sería pues en *cosas de fe*, ni por lo tanto interpretación obligatoria, según las palabras de los dos mencionados Concilios.

«*Tametsi concordarent inter se (Patres), escribe Pallavicini, de aliqua Scripturae interpretatione, sed opinantium modo, jam exemplo suo docerent etiam, alios opinari adeoque pariter dubitare.*»

Pero el consentimiento será obligatorio, según la enseñanza de los Concilios, «Si Patres, como explica muy bien el Cardenal Franze-

lin, unanimes, constanter et asseveranter, atque ita consentiunt, ut vel diserte, vel modo tractandi prodant eas haberi tamquam veritatis fidei in praedicatione apostolica, et in intellectu catholico comprehensas.»

Pues bien, es del todo incontrastable que la interpretación relativa á la universalidad del diluvio en cuanto á los hombres, guarda estas condiciones, y es por lo tanto obligatoria.

Pero si las referidas palabras de los dos Concilios pudieran aún dejar alguna duda, ésta se desvanecería por completo en presencia de las otras que hemos citado antes, del Vaticano (*Cons. DEI FILIUS*, c. III) y de la fórmula de fe de Pío IV. En ambos lugares sólo se exige, para que una cosa deba ser aceptada y creída como de fe católica, que se halle contenida en la palabra de Dios, y que la Iglesia la proponga como revelada, aunque sea con su *magisterio ordinario*, es decir, con la interpretación unánime de los Padres y Doctores.

Cuanto venimos diciendo se verá confirmado con lo que añade el cardenal Franzelin (1): «*Quando quaeritur, quae sit omnium consentientium Patrum auctoritas in re theologica, non simpliciter et primo loco distinctio velut á priori repetenda est ex praesumpto discrimine inter res quae ad fidem pertineant, et quae non pertineant; sed multo tutius distin-*

(1) *De divina Tradit. et Scriptura*, sect. II, c. I, thes. XIII

guitur inter modos diversos, quibus doctrina a Patribus proponitur. Si consentiant ita ut manifeste habeant doctrinam tamquam pertinentem ad communem Ecclesiae fidem, consensus ipse traditionem divinam demonstrat, at contra talem unanimem doctrinam sentire omnino nefas, et per se quidem *haereticum sit*. Si consensus existat in doctrinam vel doctrinae explicationem tamquam religiosam et veram, quin tamen satis appareat, utrum eam proponant tamquam doctrinam fidei, vel si consensus non sit adeo manifestus; contra huiusmodi communem doctrinam repugnare erroris vel temeritatis nota plerumque non carebit. Immo licet non negem, posse plerumque ex ipsa rei indole discerni, utrum quaestio mere philosophica aut theologica sit, hoc tamen ipsum saepe tutius colliges ex ipso modo docendi Patrum. Neque enim res, quae tantummodo philosophicae sunt, reperies a SS. Patribus communi aliquo consensu tractatas et assertas tamquam ad religionem pietatem que christianam pertinentes. (1).

La universalidad etnográfica del diluvio es pues materia de fe y materia muy relacionada con las costumbres; es, por consiguiente, una verdad no sólo de *fe divina*, ó teológica, sino también de *fe católica*.

(1) Véase al mismo Franzelin, *Contra restrictionem inspirationis librorum sacrarum*, en la 2.<sup>a</sup> edic. de la *Opera cit.* (1875) p. 721-740.

¡Y sin embargo la niegan muchos católicos tan sinceros como sabios! Y la niegan con tal habilidad, que han sorprendido á muchos, y los han hecho abrazar un partido tan peligroso. Por nuestra parte confesamos que al leer por primera vez el libro del abate Motais, viendo los piadosos deseos del autor, la gran convicción con que habla en nombre de la ciencia y los numerosos datos que aduce, quedamos algún tanto perplejos y desconcertados. Pero una fuerza misteriosa nos detenta; no podíamos seguir una opinión á todas luces temeraria. Preferimos estudiar á fondo esa cuestión tan capital, y ahora vemos claramente que el sabio Sr. Motais se ha equivocado muchísimo. Los datos que aduce, ó son falsos ó muy poco seguros, y que nada prueban en contra de la universalidad del diluvio. Y al hablar en nombre de la ciencia, la pone en tortura y la hace decir todo lo contrario de lo que ella enseña de la manera más clara.

Hemos hecho ver detenidamente lo que las ciencias naturales y prehistóricas nos dicen de positivo y cierto, con respecto al gran cataclismo, y hemos comprobado como todas ellas confirmaban palmariamente su universalidad, no ya etnográfica, sino también, de alguna manera, geográfica. No debemos hacer ahora repeticiones prolijas, nos contentamos con recordar brevemente lo que dejamos expuesto muy á la larga.

La Geología nos muestra que entre la edad del *E. primigenius* y la del *reno* acaeció una prodigiosa inundación, debida probablemente á la aparición del sistema de cordilleras de los Andes, y que invadió *todos los países del globo*, alcanzando alturas muy variadas, si bien siempre considerables. En Europa se observan los efectos de ese gran diluvio universal, hasta 1500 metros sobre el nivel de los mares, y en el Asia hasta 3500. Esas alturas fueron mucho más que suficientes para que toda la humanidad quedara sepultada en las aguas. Sabemos, en efecto, que los primitivos hombres cuaternarios, es decir, los anteriores á la edad del *reno*, vivían en las llanuras, en los valles y riberas de los grandes ríos, pero no en las elevadas montañas ni aun cerca de ellas, por impedirlo el frío de los glaciares (1). Todos ellos ó casi todos quedaron pues sorprendidos en las primeras fases de una inundación tan violenta. Y como ningún país quedó preservado, no hay razón para exceptuar ninguna raza absolutamente. Decir que los mogoles y los negros quedaron exentos del cataclismo, es una afirmación no sólo gratuita, sino también manifiestamente opuesta á las enseñanzas geológicas; pues aquella inundación general

(1) V. Cartúthac, *La France Préhistorique*; Quatrefages, *Races humaines*; Lapparent, *Traité de Géologie*; Reinach, *Description du Musée de S.-Germain*.

estuvo tan lejos de respetar á la China, como pretenden los partidarios de la no universalidad, que antes bien lanzó sobre ella, con un extraordinario furor, sus inmensas oleadas. Allí fué donde el diluvio se manifestó más imponente; allí donde se elevó á una altura de más de 3500 metros, es decir, incomparablemente superior á las que al parecer alcanzó en todos los otros países del globo; allí, por fin, donde sus efectos se nos manifiestan hoy mismo en una escala portentosa, donde las extensas capas de aquel loes homogéneo alcanzan 400 metros de espesor, mientras en las demás regiones raras veces llegan á alcanzar 40. La Geología nos muestra pues á la China como el principal teatro de la divina venganza, y sin embargo, se la pretende reconocer como un lugar de refugio ¡y eso en nombre de las ciencias!...

Hallando como hallamos los depósitos formados por el diluvio en todas partes á alturas muy superiores á las en que vivían los hombres de la edad del *E. primigenius*, tenemos derecho á reconocer, en nombre de la Geología, que todos ellos quedaron anegados por las aguas, y que, en la China, mucho más aún que en ninguna otra parte, fué de todo punto imposible que se salvara ninguno absolutamente. Eso es lo que nos dice la ciencia; pero como el Sr. Motais asienta como un dato seguro que los depósitos llamados diluviales no se hallan nunca á una altura superior

á 400 metros!... (1) puede de ahí deducir cualquier cosa, excepto la verdad.

Pues bien, la Prehistoria, á pesar de hallarse aún tan poco adelantada, en cuanto puede decir de positivo y cierto, habla el mismo lenguaje que la Geología, y no era posible que se expresara de otra manera, porque nunca las verdades demostradas por dos ciencias distintas pueden ser contradictorias.

Hemos visto que en Europa, que como país más estudiado y mejor conocido, es el único acerca del cual puede la Prehistoria hablar con alguna seguridad, coincide exactamente con el diluvio una perfecta interrupción y una radical sustitución de las industrias humanas. Este hecho es inexplicable sin admitir otra idéntica interrupción y sustitución en las razas. Y en efecto, la Antropología nos ha venido á demostrar de la manera más palmaria, que la única raza anterior á la edad del reno, es la de Canstadt, la cual quedó de repente extinguida por completo, sin que en adelante volviera á aparecer ni aun siquiera el menor resto de su tosca industria. La primera raza que se presenta en la edad del reno es la de Cro-Magnón, muy superior, y muchísimo más ilustrada; y esta y todas las demás que le fueron sucediendo, perseveran numerosas hasta nuestros mismos días. ¿Podrá darse una prueba más elocuente de la

(1) V. *Le Déluge Biblique*, p. 229.

universalidad étnográfica con respecto á Europa?

Ahora bien, por lo que hace á los demás países, la Prehistoria aún no puede decir nada de una manera definitiva; pero estamos autorizados á suponer que en ellos sucedió una cosa análoga, pues las mismas causas producen los mismos efectos, y allí el diluvio obró, por lo menos, con igual intensidad. Mas es el caso que lo poco que ahora osa decir esa ciencia, está en perfecta armonía con la verdad que sostenemos; pues lo único que se puede deducir en limpio, es la proposición que sienta el Sr. Quatrefages, conviene á saber, que *en todos los países explorados, sus primitivos moradores cuaternarios difieren completamente de las razas que actualmente los pueblan* (1) ¿Qué testimonio más elaro se podía esperar?...

Y si ahora pasamos á la tradición y la historia, el campo es á todas luces nuestro. Es una verdad universalmente reconocida, que los pueblos que conservan más ó menos desfigurada, más ó menos fiel y perfecta la memoria del diluvio bíblico, todos, sin excepción, provienen de las ocho personas salvadas en el arca.

Pues bien, hemos demostrado que no hay un solo pueblo, ni un solo rincón de la tierra, donde no se conserve viva la memoria del

(1) V. *Races humaines*, p. 157 y siguientes.

gran acontecimiento: luego todos los hombres actuales provienen de Noé, como nos lo enseña la Biblia y la tradición de todas las gentes. Se nos quiere exceptuar á los Chinos; y ¿por qué? Porque se dice que descienden de Caín, que pertenecen á la más perversa de todas las razas humanas. Sin embargo, la tradición unánime de todos los pueblos y muy especialmente la de los mismos Chinos, protesta á grandes voces contra tan infundada excepción. Todos afirman unánimemente que la Divinidad irritada con la irremediable malicia de los hombres, se resolvió á acabar con ellos, mediante el gran cataclismo; que había una raza, en extremo perversa, que inficionó con su veneno á toda la humanidad; que toda la tierra quedó contaminada, y que algunos justos que se habían conservado limpios, en medio de la corrupción general, fueron los únicos salvados, y de una manera providencial, en medio del universal exterminio.

Las pretensiones de exceptuar precisamente á la raza de Caín, son, no ya arbitrarias, sino también faltas de todo buen sentido, y sobre manera ridículas. Sabiendo, como sabemos por la Biblia y por todas las tradiciones, que la verdadera causa moral del diluvio fué la extremada malicia humana; y constándonos que la proscrita y degenerada descendencia del primer fratricida fué la que pervirtió á la humanidad entera, ¿se concibe que los más culpables y más aborrecidos del

Cielo, fueran los únicos exceptuados del castigo? Siendo ellos la causa principal de la gran carástrofe, ¿no debían ser también los primeros en experimentar sus efectos? Queriendo el Señor purificar toda la tierra y borrar de ella todo rastro de maldad, ¿iría á conservar el principal foco de corrupción, exceptuando del exterminio á los hombres más perversos? La Escritura y las tradiciones nos dicen que el diluvio acabó con los impíos, y eso es la pura verdad y lo que dicta la sana razón.

Pero decíamos que la misma tradición de la China protestaba, de una manera especial, contra esa tan pretendida cuanto infundada excepción; y en efecto, aquel país es uno de aquellos en que la memoria del diluvio se ha conservado de una manera más viva. Los Chinos no sólo reconocen que entonces quedaron exterminados todos los impíos, sino que atribuyen expresamente á uno de los hijos de Noé, ó á este mismo, la fundación de su Imperio, que por otra parte remonta casi á unos 3000 años antes de nuestra era, es decir, á la misma época en que acaeció el gran cataclismo. Y es muy digna de notar además la opinión de respetables autores, que sostienen que el mismo Patriarca Noé acabó sus días en la China, y que en eso se funda el tradicional respeto que allí se tiene á los ancianos (1).

(1) Gaiet. *La Bible sans la Bible*, t. I, p. 177.

Que en aquel país hubieran vivido la mayoría de los descendientes de Caín, eso es bastante probable, pues sabemos que habitaron *ad orientalem plagam Eden*; pero que se haya salvado allí alguno, eso sí que es, á todas luces, muy falso, pues la misma Geología nos ha demostrado que la China es la región en que el diluvio se manifestó más imponente y desolador. Velaba la Providencia porque fuera más terrible el castigo, donde más abundaba la maldad.

Tenemos pues que la Biblia, la Tradición, la Historia, la Prehistoria y la Geología proclaman á grandes voces la universalidad etnográfica. ¿Y aún habrá quien ose negarla, invocando el especioso nombre de la ciencia?

Inútil es en realidad responder ahora á los pocos é infundados argumentos que se nos puedan presentar; pues todos ellos reposan en bases inconsistentes, en hipótesis gratuitas, en hechos, en una palabra, inseguros, cuando no falsos. Mas, con todo, no queremos dejar sin respuesta, por lo menos, aquellos que revisten cierto aparato científico.

§ V. SE RESPONDE Á LAS OBJECIONES.

**P**RIMER Argumento. *Antigüedad de las razas humanas.* Desde la aurora de los tiempos históricos, la raza negra, por ejemplo, aparece con todos los caracteres que le son propios en el día, y atravesó esta

larga serie de siglos sin ningún cambio apreciable. Semejante tenacidad en resistir á la acción del tiempo, supone un larguísimo período de formación, y como la época del diluvio es relativamente moderna, nos vemos forzados á reconocer que los negros pertenecen á una raza antediluviana, á la de Caín, y por eso parecen llevar los estigmas de la maldición pronunciada contra el fratricida.

Pues bien, todos esos raciocinios parten de muy falsos supuestos. De que las razas se conserven puras por larguísimo tiempo, no se sigue que hayan necesitado otro muy largo para su formación. Mientras las condiciones de existencia permanecen las mismas, un viviente no se modifica lo más mínimo; una vez fijo, por una corta repetición de las leyes de la herencia, se conserva indefinidamente, en el mismo estado, si la acción del medio no se altera. Pero si esta cambia radicalmente, enseguida experimenta aquellas modificaciones muy profundas. Individuos de la misma raza, sometidos á influencias muy diversas, empiezan enseguida á diverger, modificándose en diferentes sentidos, hasta que las condiciones exteriores permanecen inmutables para cada uno; y entonces muy pocas generaciones bastan para dejar el tipo fijo, y sin que se vuelva ya más á modificar.

Esto es una verdad reconocida por transformistas y por antitransformistas. Pero una vez establecido un tipo, no puede ya jamás tras-

formarse en otro paralelo, porque tiene en sí un factor del todo diferente, que es la herencia; lo único que puede, es irse diferenciando y ramificando; mas nunca llegará á confundirse con otra rama distinta. (1)

Ahora bien, con el diluvio se modificaron radicalmente las condiciones del globo. Los descendientes de Noé, emigrando en diferentes sentidos, se hallaron sujetos á influencias las más variadas, y, por necesidad, tuvieron ellos que acomodarse y variar. Mas una vez que permanecieron establecidos cada uno de ellos bajo la acción de un medio constante, la herencia hizo lo que es de su oficio, determinó la fijeza: y al cabo de muy pocas generaciones, los tipos permanecieron establecidos é inmutables al parecer.

Donde el medio no cambió ya sensiblemente, como sucedió en los climas cálidos, los tipos no pudieron alterarse más, y por eso muchos de los negros se conservan sin ninguna modificación sensible. Pero donde el medio cambió, como sucede en los climas templados, los hombres y los animales debieron modificarse más ó menos. Si tenemos ahora en cuenta las profundas trasformaciones que experimentaron los animales de España, los bueyes por ejemplo, al ser trasladados á

(1) Véase entre otros muchos, á Topinard, *Anthropologie*, E. VII y VIII; á Quatrefages, *Introduction à l'étude des Races humaines*, C. II y IX; Perrier, *Le Transformisme*, C. II y III.

América (1); y lo fijos que ya perseveran los tipos establecidos, nos persuadiremos firmemente de que cien años y á lo sumo doscientos, á raíz del diluvio, fueron más que suficientes para que la raza negra se formara y permaneciese fija é inmutable. Cuanto venimos diciendo, son verdades reconocidas, pudiéramos decir, por todos los naturalistas.

Pues bien, las primeras noticias que tenemos de los negros, apenas si remontan á la época de Abraham; y el llamamiento de este Patriarca es posterior al diluvio, no ya en doscientos años, sino en unos 1.200 según la versión de los Setenta. En tiempo de Abraham podían perfectamente estar ya formadas todas las razas sin excepción.— Pero es el caso que tenemos datos positivos para decir

(1) V. Quatrefages, *lug. cit.* Merece de una manera especial consignarse el siguiente pasaje de la pag. 186: «Si el medio obra de una manera general y relativamente uniforme en una región dada, las razas que se forman sólo bajo su influencia, se constituyen á veces casi al mismo tiempo en vastos espacios: Así acaeció en el siglo pasado, según refiere Azara, con los bueyes sin cuernos, que aparecieron espontáneamente en la América del Sur, é invadieron en pocos años provincias enteras, por más que se procuraba destruirlos, porque se prestaban menos que los cornudos para las maniobras de la labor. El blanco europeo ha prescutado en los Estados-Unidos el mismo fenómeno. «Hemos visto, dice Andrew Murray, formarse á nuestra vista una raza de hombres, tan bien caracterizada, como cualquier otra raza. El cambio se efectuó en toda la extensión de los Estados-Unidos, sin que se hubieran observado hombres de transición; y, lo que es aun más extraordinario, se obró al mismo tiempo en toda la región, donde se le encuentra.»

que todas ellas se han formado después de empezada la edad del reno, y por consiguiente después del diluvio. «En el largo y múltiple viaje que la especie humana ha realizado, dice muy bien á este propósito el Sr. Quatrefages (1), atravesó dos épocas geológicas, experimentó la acción de medios los más opuestos. No podía conservar sus rasgos de origen; porque en la lucha que necesita la aclimatación, el ser organizado, planta animal ú hombre, es el que se ve precisado á modificarse, para ponerse en armonía con las condiciones de existencia impuestas por la naturaleza. Esta lucha comenzó y ha tenido sus consecuencias desde las primeras emigraciones. Tenemos la prueba de ello en las diferencias que distinguen á las razas de hombres, cuyos restos hemos hallado en nuestras grutas y en nuestros aluviones.

«Estos descubrimientos parecen por otra parte conducir á una conclusión de una importancia real para la historia de nuestra especie. A juzgar por los hechos recogidos hasta el día, *ninguna raza fósil, ya sea del antiguo, ya del nuevo continente, presenta las particularidades que se observan hoy en los cráneos de Blancos, de Amarillos ó de Negros, más francamente caracterizados. Ninguna de ellas puede confundirse con el Papúa ó el negro de Guinea, el verdadero Mogol ó*

(1) *Races humaines*, p. 157 y siguientes.

el Kalmuk, el Árabe ó el Indio. Es inútil insistir sobre este punto, cuando se trata de las razas de Neanderthal ó de Cro-Magnón (1). Pero es bueno recordar que las mismas razas de Grenelle y de Furfooz, á pesar de relacionarse, bajo ciertos puntos de vista, con algunos tipos modernos, quedan separadas de ellos por caracteres suficientemente acusados para permitir se distinga á sus descendientes en medio de las poblaciones actuales. Verdad es que no conocemos aún los hombres cuaternarios del Asia, ni tampoco los del África. Mas si las investigaciones hechas en estos dos continentes conducen más tarde al mismo resultado, *quedará demostrado que nuestros tres tipos fundamentales son relativamente modernos; y que por lo menos aquellos de sus tipos secundarios que han acentuado más fuertemente sus caracteres, datan solamente de la época geológica actual.* Desde el presente nos es permitido ver, en el conjunto de los hechos comprobados, una presunción seria, en favor de lo que he dicho más arriba acerca de la formación de éstos tipos, del punto del globo en que debieron ser constituí-

(1) Por lo que hace á la de Neanderthal, comprendida dentro de la de Canstadt, claro está que no se relaciona nada con las razas actuales, pues ya hemos probado que se extinguió por completo con el diluvio; mas, con respecto á la de Cro-Magnón, debemos advertir que el mismo Quatrefages reconoce en otro lugar (p. 107) que tiene aun en el día numerosos representantes, lo mismo que las de Furfooz y Grenelle.

dos y de la data geológica de su aparición. Veremos más tarde que la distribución geográfica de las razas actuales y todo lo que sabemos de su pasado concuerda igualmente con estas ideas.»

Este pasaje no necesita comentarios. ¡Invóquen ahora nuestros adversarios la ciencia para celebrar la antigüedad de las razas, que la ciencia no hará más que desmentirlos (1) y

(1) Nos maravilla la habilidad con que el abate Robert, siguiendo en esto fielmente las huellas de su maestro el Sr. Motais, acierta á entender al revés las palabras de las grandes eminencias científicas. De ciertas expresiones del Sr. Quatrefages, tomadas aisladamente, deduce que inmediatamente después de la creación, fué cuando las razas recibieron sus caracteres especiales, y que al cabo de 22 siglos, el tipo de Noé y de sus hijos estaba tan fijado, que no podía recibir ya, sino modificaciones puramente accidentales. (V. *Encore La Non-Universalité du déluge*, p. 23 y 24).

Sin embargo, la opinión del célebre antropólogo no puede ser más opuesta y terminante, como se ve claro por los pasajes transcritos y por los que seguiremos citando.

Con tales interpretaciones, violentando las enseñanzas científicas, desfigurando por completo los hechos y entendiéndolos casi siempre al revés de lo que son, es como pueden los no-universalistas invocar á cada paso la ciencia, á pesar de que la ciencia siempre los está desmintiendo y condenando. Seríamos interminables, si fuéramos á hacer una lista de los datos completamente desfigurados, que aducen; citaremos sólo algunos: Dicen que el *diluvium* no se eleva sobre 400 metros, y se eleva hasta 3500! que hay perfecta continuidad en las faunas y floras, y éstas cambiaron tan notablemente y perdieron numerosos tipos; que la mar no pudo invadir la tierra, y hallamos conchas árticas á 800 metros de altura en la cuenca mediterránea; que según Quatrefages (*Races humaines*, p. 169), la separación de los tipos humanos (actuales) se verificó inmedia-

hacernos ver á las clases que todas ellas se han formado en la época geológica actual. Debemos ahora llamar la atención sobre uno de los lugares á que el sabio antropólogo se

tamente después de la creación (Robert, *La Non-Universalité du déluge*, p. 75); y lo que dice allí el sabio antropólogo es, que al pasar de una época geológica á otra (y por lo tanto, de la época glacial á la moderna) el hombre no podía menos de modificarse y, por consiguiente, que *las más antiguas razas humanas se formaron á consecuencia de los cambios que experimentó nuestro globo*; y lo que habia dicho más claramente aún, en la página 160, es que por lo menos los tipos fundamentales son relativamente modernos y datan de la época geológica actual. Aparte de esto tenia ya dicho en la pag. 137, que se formaron después del período glacial, y en la p. 158, que difieren completamente de todas las razas fósiles.

Lo que hacen con este sabio lo hacen también con otros muchos; si algo citan fielmente, son ciertas hipótesis aventuradas, desprovistas de todo fundamento sólido. Pueden verse algunas en la obra citada del Sr. Robert (§. VI *Le Déluge, et l'Ethnologie*) donde no se desdeña de invocar los mismos argumentos con que los poligenistas, Topinard, Hovelacque, Hervé, etcétera, defienden su trascendental herejía. Si esos argumentos son legítimos y prueban algo, vea el Sr. Robert cuáles son las consecuencias lógicas, que deducen sus mismos autores.

Sentimos profundamente vernos precisados á hablar con dureza de nuestros eminentes y nobles adversarios, cuya buena fe y profunda ciencia, somos los primeros en reconocer. Pero se han equivocado, á pesar de eso, lastimosamente, sobre todo al invocar datos científicos; y lo peor es que con tales equivocaciones, seguramente involuntarias, han inducido á muchos al error. El mismo Sr. Robert lo confiesa. Por eso debemos poner los errores de relieve, y no es fácil atacar al error, sin que los autores queden más ó menos heridos. Nos dolemos de esto último, sobre todo con respecto al venerable abate Motais, que ya no puede defenderse; pero, *amicus Plato, sed magis amica veritas*.

refiere, por ser, bajo todos conceptos, notabilísimo, y porque acaba de confirmar las ideas que venimos exponiendo nosotros. Como él se preocupa desgraciadamente muy poco de los testimonios de la Biblia, no tiene en cuenta para nada lo que esta nos dice acerca de la segunda unidad de origen de la especie humana; y sin embargo, forzado por la evidencia de los hechos, se ve precisado á admitir casi el mismo resultado. Reconoce que los tipos actuales se han formado *después de la época glacial*, es decir, después de empezada la edad del reno; y que todos se formaron en una misma región; *en el centro del Asia*. Pero como antes de este tiempo había ya diferentes razas que se habían extendido por toda la tierra, no se pueden conciliar estos hechos, sino repitiendo con el Génesis, que, al finalizar la época glacial, todas ellas se extinguieron, á excepción de una, que se salvó en las montañas del Asia, y de la cual provienen todos los hombres que ahora pueblan el globo. Mas Qurtrefages, por una aberración muy propia de los genios, que no se dejan guiar por la luz de la revelación, no explica las cosas así, sino que dice, que las tribus cuaternarias se fueron á reunir en el Asia central, y que de su fusión resultan las razas actuales. Vamos á consignar sus palabras, porque, en medio de tan increíble aberración, son el más brillante testimonio de la universalidad etnográfica del Diluvio.

«Marchando sobre todo hacia el sol, escribe (1), encontraron aquellas tribus la masa montañosa central y sus dependencias. Se detuvieron por largo tiempo en aquellos parajes; y *vieron allí la aurora de los tiempos que sucedieron á la época glacial*; y allí se mezclaron y yuxtapusieron á aquellas de sus hermanas que les habían precedido. En el corazón y en el contorno de la gran masa de montañas, las condiciones de existencia estaban lejos de ser las mismas. El medio hizo su obra; y esta región llegó á ser de esta manera, no el *centro de aparición de la especie*, sino el *centro de formación, ó de caracterización de los tipos étnicos fundamentales de la época actual*.»

Tenemos pues, en limpio, que las razas actuales se formaron en las montañas del Asia y después de empezada la edad del reno; es decir, posteriormente al diluvio: eso nos basta para saber que se extinguieron las razas antiguas.

Al tratar más adelante de la antigüedad relativa de los tres tipos fundamentales, nos conduce el célebre antropólogo, fundándose en los caracteres físicos y lingüísticos, á resultados idénticos, teniendo presente lo que dejaba expuesto acerca del origen geográfico de la especie humana. «Muchos antropólogos, escribe (2), han afirmado que el Negro prece-

(1) *Races humaines*, p. 187.

(2) *Obra citada*, p. 160 y 161.

dió al Amarillo, lo mismo que al Blanco. Pero esta manera de ver se funda, casi únicamente, en preocupaciones, aceptadas con demasiada frecuencia con respecto á las razas negras, y de ningún modo en el examen de los hechos.—Recordemos en primer lugar que, entre las razas verdaderamente negras por las facciones y por la cabellera, hay una, de la cual los Boschimanos son los representantes más puros, y cuyo color es amarillo y no negro. Recordemos también que se han señalado con frecuencia, en medio de poblaciones que tienen todos los rasgos y el color del Negro propiamente dicho, individuos que por el tinte de la piel, se apartan á veces de una manera muy notable del tipo, á que permanecían ligados por todos los otros caracteres. Estos últimos hechos no pueden atribuirse más que á la acción del atavismo, y se han producido en condiciones tales, que no se puede apenas creer en un cruzamiento más ó menos reciente.—En las razas blancas ó amarillas no se ha observado nada del mismo género; no se ha señalado ningún hecho que autorizase á colocar Negros en su árbol genealógico. De solo esto se puede concluir que el tipo negro no es el más antiguo, y que le han precedido razas de un tinte más claro... Los estudios modernos tienden cada vez más á hacer que se mire á la raza blanca aria como la última formada... La cuestión de anterioridad se establece pues entre los Amarillos, por una parte, y los

Blancos Semíticos junto con los Alófilos, por la otra. Lo que he dicho más arriba, acerca del color, conduce á concluir en favor de los primeros...—La lingüística viene en apoyo de las conclusiones precedentes, y quizá permita precisar más. El grado de evolución general alcanzado por un conjunto de lenguas es, probabilísimamente, una de las señales que permiten hacer conjeturas las más plausibles, con respecto á la edad de las razas humanas (1). Pues bien, las lenguas monosilábicas, es

(1) Esto no es del todo exacto. Es cierto que á las lenguas flexionales precedieron, algunas aglutinantes, y á estas, otras monosilábicas; pero no podemos decir que *todas* las flexionales sean cronológicamente posteriores á *todas* las que permanecen aun en los dos primeros grados de evolución. Mientras dentro de una misma rama filológica, las lenguas pugieron irse desarrollando hasta adquirir la forma última y más perfecta; en otra rama, pudieron quedar, y quedaron realmente, en el primer grado, y pasaron al segundo, cuando ya había muchísimas otras gozando de la acabada forma de flexión. No hay duda que en nuestros mismos días, puedan aparecer nuevos idiomas, no sólo aglutinantes, sino también monosilábicos. Los grados de evolución en las lenguas no pueden indicar más que una anterioridad ó posterioridad, puramente relativas.

Menos podrán indicarnos nada de absoluto con respecto á la antigüedad de las razas. Puede una de estas hallarse ya firmemente establecida é inmutable, y sin embargo, ir modificando su idioma, haciéndolo pasar por los tres grados de evolución. Quizá las razas más antiguas sean precisamente las que han logrado que sus lenguas llegaran á adquirir la más perfecta forma. Al menos tuvieron tiempo y facilidad para hacerlo, cosa de que no pudieron disponer las razas nuevas.

Lo único á que nos puede conducir la filología es, á reconocer que dos ó más pueblos, cuyas lenguas, hallándose en distin-

decir, aquellas que representan la más elemental de las formas del lenguaje, no son habladas sino por poblaciones de raza amarilla. Muchos Amarillos, todos los Negros y los Blancos alófilos emplean lenguas aglutinantes, que pertenecen al segundo grado de evolución lingüística. Los Arias y los Semitas son los únicos que han alcanzado la más perfeccionada de las formas que el hombre imaginó para manifestar sus pensamientos. Ellos solos hablan verdaderas lenguas de flexión, y por consiguiente deben ser caracterizados como los últimos.»

Uniendo estos hechos con los que anteriormente dejaba expuestos, deduce el Autor que la raza negra es de formación relativamente moderna, puesto que su lenguaje está en el segundo grado de evolución, y puesto que la amarilla, que parece ser anterior á ella, data de la época geológica actual.

«El estudio de las poblaciones actuales y de sus lenguas, decía antes el mismo sabio (1), nos conduciría á colocar la cuna de la especie huma en el Asia, no lejos de la gran masa montañosa central... Los tres tipos físicos fundamentales humanos, el Blanco, el Amarillo y el Negro, están representados allí, al

to grado de evolución, están relacionadas con una misma primitiva, tienen un origen común, y se separaron cuando todos hablaban aún aquella lengua original.

(1) *Obra citada*, p. 182 y siguientes.

rededor del gran núcleo de montañas, por poblaciones ya puras ya mestizas en muy diferentes grados... Los tres tipos lingüísticos, así como una porción de lenguas derivadas que los relacionan unos con otros, están representados en la misma región... Ninguna otra parte del mundo presenta nada parecido á esto... A no tener cuenta más que del presente, podría uno ser llevado á pensar que nuestra especie se ha mostrado primero en esa región; que se multiplicó allí, y que allí permaneció bastante tiempo, para que pudieran originarse los tipos fundamentales físicos y lingüísticos; y que sólo de allí partieron las diferentes colonias que han poblado el globo. Pero colocando nuestra primera cuna en el Asia central, quedan sin explicación muchísimos hechos revelados por los estudios prehistóricos.» Así pues, se ve forzado á establecer que aquella región no es la *primera cuna*, es decir, *el centro de aparición*, sino la *segunda*, esto es, *el centro de formación de las razas actuales*, y por lo mismo, *de sus lenguas*. (1)

(1) Sin embargo el intrépido abate Robert se empeña en deducir de la opinión de Quatrefages, que las lenguas aglutinantes y monosilábicas pertenecen exclusivamente á la raza de su dichoso Cain, y se escandaliza de que Noé hablara un idioma monosilábico. (*La Non-Universalité du déluge*, p. 78 y siguientes). Válgame Dios, con tales entendederas! Pero la opinión de Quatrefages no puede ser más clara; las razas actuales y sus lenguas, aparecieron *después del período glacial*, y se muestran

Nos hemos detenido demasiado en exponer las reflexiones del sabio antropólogo, por la gran autoridad de que gozan, y porque nos servirán de mucho para responder á todas las objeciones: así pasamos ahora á la segunda, fundada en la filología.

2.<sup>o</sup> *Argumento.* La lingüística, se nos dice, viene á prestar su contingente, si no de pruebas, al menos de probabilidades, en favor de la no universalidad. Los idiomas de los descendientes conocidos de Sem, Cam y Jafet,

irradiando del núcleo central del Asia. De allí partió pues Noé, y tuvo que hablar una lengua primitiva.

Verdad es que ha sido opinión corriente hasta ahora, que no sólo Noé, sino también todos los patriarcas antediluvianos, habían hablado el hebreo; pero esta opinión, más piadosa que científica, no puede subsistir en presencia de los adelantos de la filología comparada. El estudio analítico del hebreo, escribe el Sr. Vigouroux, (*Manuel biblique*, t. I, p. 584 y siguientes) establece que no es un idioma primitivo. Su vocabulario encierra palabras compuestas, y su gramática está llena de formas que han sido constituidas mediante los restos de términos antiguos, gastados por el tiempo y soldados entre sí en la noche de las edades. Los tiempos de los verbos, por ejemplo, se componen como los nuestros, de un radical y de pronombres que modifican su sentido... Es fácil ver que el hebreo no puede ser, en su forma bíblica, aun cuando pueda serlo en el fondo, la lengua primitiva, tal como era hablada en el paraíso terrenal, porque es lengua flexional; experimentó, por consiguiente, dos metamorfosis, y no pudo llegar á su estado actual, sino después de muchos cambios, después de haber pasado del estado monosilábico al aglutinante, para fijarse en fin en el de flexión. La filología comparada da pues razón á San Gregorio de Nisa, que escribía (*Contra Eunomium*, l. XII, pars altera, tomo XLV, col. 385): «Moses multis sæculis post turris ædificationem natus, una ex posterioribus lingua usus est.»

son todos flexionales, es decir, pertenecen á la última y más perfecta forma del lenguaje; al paso que en los otros pueblos, Negros y Turanios, se hablan aún lenguas aglutinantes ó monosilábicas.

La respuesta queda ya bien prevenida de antemano. Acabamos de probar que todas las razas actuales se han formado después del período glacial, y muy cerca de las grandes montañas del centro del Asia: y, como en testimonio de ello, aparecen aun hoy irradiando de allí los tres tipos fundamentales físicos y lingüísticos. Lo que de todo ello se sigue es que Noé hablaba aún una lengua monosilábica, y que al descender del monte Ararat, se dirigió con toda su familia hacia el Oriente, hasta llegar cerca de las grandes montañas centrales. Allí se establecieron por largo tiempo y se multiplicaron bastante, y de allí empezaron luego á irradiar, en todos sentidos. Al hallarse ya algún tanto aislados unos de otros, y sujetos á la acción de medios muy distintos, comenzaron á aparecer los tipos étnicos fundamentales. (1)

(1) «Nada hay que impida creer que Noé, después del diluvio, en los 350 años que sobrevivió, tuviera otros hijos que, como Sem, Cham y Japheth, llegaran á ser padres de pueblos numerosos, por más que la Biblia no hable de ellos. Del mismo modo, hay entera libertad para suponer que Sem, Cham y Japheth tuvieron otros muchos hijos, aparte de los nombrados en el Génesis. Esta hipótesis está aún sugerida, en lo que se refiere á Sem, por la misma frase bíblica, en la que se dice de él que, durante los quinientos años que sobrevivió al na-

Más tarde el mismo Noé, con casi todos los descendientes de Sem, con muchos de Jafet y

cimiento de Arphasad, *engendró hijos é hijos* (Gen. XI, 11.). Puede decirse lo mismo, por analogía, de los dos hermanos de Sem, y atribuir á cada uno de ellos una longevidad semejante é igualmente fecunda. Pues bien, estos hijos no mencionados de los tres patriarcas hijos de Noé, vinieron á ser ciertamente, del mismo modo, padres de numerosos pueblos, los cuales tampoco debieron ser mencionados en el Génesis. En fin, añadiremos, con el Sr. Lenormant, que la Biblia no impide de ningún modo admitir que algunas de las familias, nacidas de los tres hijos de Noé, se separaran del tronco común en el tiempo que medió entre el diluvio y la torre de Babel, antes de la dispersión general ocasionada por la confusión de las lenguas. Estas familias pudieron dar origen á numerosas poblaciones, que, propagándose en un aislamiento completo de las otras, tomaron una fisonomía enteramente propia, y permanecieron como separadas de la historia del resto de los hombres. Moisés no tenía por qué hablar de estas primeras familias, suponiendo que él se había propuesto describir solamente, en el cap. X, del Génesis, la filiación de los pueblos que, después de haber vivido reunidos en el Sennaar hasta el acontecimiento de Babel, se dispersaron de allí por todo el mundo.

«Así, la etnografía mosaica, por una parte, derrama una viva luz sobre la cuna del mundo postdiluviano y sobre los comienzos de la historia universal, puesto que ella nos hace conocer exactamente el origen y la descendencia de los pueblos que, partiendo del Sennaar para ocupar el Asia, la Europa y una parte del Africa, formaron la porción más noble y más considerable del género humano, y, por otra parte, deja el campo libre á los etnógrafos modernos, para completar y acabar el cuadro, esclareciendo con sus investigaciones y descubrimientos, los puntos que Moisés había dejado en la sombra.» (*Civilté cattolica*, 13 de Febrero de 1879). El abate Vigouroux (*Manuel biblique*, t. I, p. 576 y 577) cita y aprueba este notable pasaje, y con él responde á la pregunta: *¿De dónde provienen los pueblos que no están mencionados en el cap. X del Génesis?* V. Lenormant, *Manuel d'histoire ancienne de l'Orient*, t. I, p. 110.

algunos de Cam, que le habían permanecido fieles, y que formaban el principal núcleo de civilización, se trasladaron en masa hacia el Occidente, en busca de mejores tierras. El Patriarca entretanto, viendo se acercaba el fin de sus días (350 años después del diluvio), se debió quedar probablemente cerca de la desembocadura del Éufrates, como nos lo atestiguan las tradiciones caldeas. (1) Casi todos los que le acompañaban, como eran muchos, debieron continuar su jornada, hasta encontrar un lugar de su agrado, donde poder establecerse cómodamente todos. Así pues, *cum proficiscerentur de Oriente, invenerunt campum in terra Sennaar*, y allí concibieron el orgulloso proyecto de levantar la gigantesca torre. Con la confusión aparecieron las lenguas flexionales. Y por eso estas son habladas exclusivamente por las razas que partieron de Babel.

Ahora bien, al trazar Moisés su cuadro etnográfico, lo relaciona íntimamente con esta última y gran dispersión, y se refiere á sólo aquellos numerosos hombres, que habían partido del Oriente y se habían establecido en la tierra de Sennaar. (2) Por eso no men-

(1) Ya hemos visto, en la narración del gran poema de Ezech, cómo Izdubar encontró á Hasisadra cerca de la desembocadura del Éufrates, donde vivía gozando del privilegio de la inmortalidad.

(2) En efecto, al acabar de describir el diluvio nos dice Moisés (*Genes. IX, 19*): «Tres isti filii sunt Noë; et ab his dissemi-

cióna más que las razas blancas, que poseen lenguas flexionales (1), y no tiene en cuenta para nada á todas las otras, que por pequeñas familias se habían ido desmembrando, en los 400 años que median entre el diluvio y la

natum est omne genus hominum super universam terram.—20.—  
Cœpitque Noë vir agricola exercere terram...»

Así pues nos da á entender que casi á continuación del diluvio empezaron las dispersiones. En el cap. X, al tratar de la separación de las diferentes familias, allí enumeradas, de Japheth, Cham y Sem, se nos dice siempre (V. 5, 20, 31) que se dividieron según sus *diferentes lenguas*. Ahora bien, mientras estaban reunidos debían hablar una misma. La diversidad de las lenguas se tuvo que originar, en parte con la separación de las familias, y en parte con la confusión. Si pues las gentes allí enumeradas se dividieron según sus *diferentes lenguas*, por estas se entienden las originadas en la confusión acaecida entre aquellas familias que estaban reunidas en el Sennaar, y *tenían el mismo labio y las mismas palabras* (XI, 1). Así pues, al hablar de la dispersión de estas gentes, no se emplean ya como antes las palabras, *Omne genus hominum*, se dice sólo (X, 32): *Ha familia Noë juxta populos et nationes suas. Ab his divisæ sunt gentes in terra post diluvium.—XI.—1.—Erat autem terra labii unius, et sermonum eorundem.—2.—Cumque proficiscerentur de Oriente, invenerent campum in terra Sennaar, et habitaverant in eo...»*

(1) «Moisés, dice la *Civiltá cattolica*, (*La Tavola etnografica di Mosè*, 15 de Febrero de 1879), al exponer la filiación de los pueblos, se ciñe á una sola de las grandes razas humanas, á aquella que tiene indudablemente el primer rango, y sobrepuja á todas las otras, es decir, la raza blanca; no dice nada de las tres razas inferiores, la amarilla, la roja y la negra... Es de advertir que los blancos alófilos, que poseen lenguas aglutinantes, tampoco están comprendidos en el cuadro etnográfico del Génesis. V. Abate Thomas; *Les Temps primitifs*, t. II, p. 261 y siguientes.

construcción de la torre (1). A pesar de que tenía muy claro conocimiento de los negros, por haberlos visto en Egipto, no quiso hacer de ellos mención; omitió también voluntariamente á otros pueblos conocidos, pero que no provenían de Babel. Quiso pues trazar un cuadro completo, mas no lo podía trazar de las pequeñas y repetidas dispersiones iniciadas casi á raíz del diluvio; porque debía tener muy escasas noticias de la mayoría de ellas, y así prefirió omitirlas todas y ceñirse solamente á la última, la más notable, la que más interesaba á su pueblo, y de la cual conservaba, por otra parte, todas las noticias necesarias.

El cuadro etnográfico del cap. X del Génesis es por lo tanto completísimo (2), con res-

(1) «Todo nos lleva, escribe el Sr. Motais (*Le Déluge Biblique*, p. 246) á reconocer principalmente hijos de Sem en Babel. Así no nos maravilla que la narración entera verse sobre un juego de palabras que tiene por base el mismo nombre de Sem (en hebreo *Schem*). Hijos de Schem, se dicen, edifiquemos un Schem que se eleva hasta los SCHAMAIN (los cielos). El juego de palabras es tanto más perfecto, cuanto que los tres términos, derivados de una misma raíz, tienen etimológicamente la misma significación... Nosotros creemos que, si bien predominaban los Semitas, había también algunos descendientes de Japheth y de Cham; y lo deben ser casi todos aquellos cuyo árbol genealógico nos describió Moisés. Pero no podían estar todos, y así se explica que varios pueblos que conservaron vivos recuerdos del diluvio, no conservaran ninguno de Babel.

(2) Lenormant le llama «el documento más antiguo, más precioso y más completo, acerca de la distribución de los pueblos en el mundo de la alta antigüedad.» (*Manuel d'histoire ancienne*,

pecto á todas las razas que provienen del Sennaar, donde se hallaba establecida la más floreciente civilización, capaz de levantar aquel edificio que confunde á nuestros sabios; pero no tiene nada que ver con las emigraciones precedentes, puesto que se refiere tan sólo á la dispersión prodigiosa acaecida 400 años después del diluvio. (1)

Con esto quedan desvanecidas las objeciones siguientes de los no-universalistas.

3.<sup>er</sup> *Argumento.* Donde quiera que se fueron á establecer los descendientes de Noé, tuvieron que desalojar otras razas más antiguas; la Media, por ejemplo, y la Persia estaban ocupadas por poblaciones turanias antes de que Madai y Elam las vinieran á poblar; la raza de Mitzraim, hijo de Cham, encuentra á los Negros en posesión de Egipto; los Arias, al penetrar en la India, tienen que rechazar muchas tribus dravinianas; luego

t. I, p. 96). C. Schœbel añade que «á medida que las ciencias lingüísticas é históricas progresan, las diversas razas enumeradas en el cuadro (del cap. X del Génesis) vienen á colocarse unas al lado de otras á la vista del historiador.» (Schœbel. *L'authenticité mosaïque de la Genèse défendue contre les attaques du rationalisme allemand*, en Bonnetty, *Annales de philosophie chrétienne*, Febrero de 1879, p. 106.

(2) Es posible sin embargo que algunos nietos de Noé, que figuran en el cuadro etnográfico, no se hallaran con todo eso en Babel; pues si estaban allí representados por cualquiera de sus descendientes, era preciso que ellos figuraran también en el árbol genealógico, aun cuando hubieran emigrado mucho antes de la confusión.

esas razas más antiguas son anteriores al diluvio.

4.<sup>o</sup> *Argumento.* Hay muchos pueblos no enumerados entre los descendientes de Noé, en el cuadro etnográfico del Génesis, á pesar de que Moisés tenía perfecta noticia de algunos de ellos. ¿Cómo se explica esa omisión, sino reconociendo que son antediluvianos?

Pues bien, esta omisión se explica perfectamente, según los hechos aducidos antes. Moisés no menciona más que las gentes que partieron de Babel, es decir las razas blancas y de lengua flexional, la cual precisamente nació de la *confusión*; las demás razas conservan aún lenguas aglutinantes ó monosilábicas, y su misma distribución actual muestra que emigraron ó irradiaron de las montañas del centro del Asia, y por lo mismo, mucho antes de que el gran núcleo de civilización viniera á establecerse en el Sennaar. El legislador hebreo no tuvo pues cuenta con ellas.

Por lo tanto nada nos debe extrañar que las razas blancas de lengua flexional, las únicas comprendidas en el cuadro etnográfico del Génesis, y las únicas que se muestran como irradiando de la Mesopotamia, encontraran en todas partes establecidas diferentes tribus más antiguas: pues estas se habían ido dispersando por toda la tierra desde hacia 400 años. (1)

(1) La opinión de que no todos los hombres estaban reuni-

Lo que de aquí se deduce es un hecho contrario á las suposiciones del Sr. Quatrefages, conviene á saber, que las razas blancas son las primitivas, á pesar de tener la más perfecta forma del lenguaje. Y en efecto, perteneciendo todas al gran núcleo de civilización, que se conservó compacto desde que partió del Ararat hasta que, al cabo de unos 400 años, viniendo del Oriente, llegó á establecer-

des en Babel, y de que, por lo tanto, cuando acaeció la confusión, podía ya haber diferentes lenguas en los distintos países del globo, ha venido á dominar en la exégesis moderna. Hé aquí las razones con que la defiende el Sr. Vigouroux (*Manuel biblique*, t. I, p. 582 y 583): "1.° El texto hebreo comienza, es verdad, el cap. XI, diciendo que toda la tierra no tenía más que una sola lengua, pero *toda la tierra*, explica el P. Delattre, podría significar todo el país donde tomó origen la tradición; y sea de esto lo que fuere, el autor sagrado no dice en ninguna parte que todos los hombres estaban reunidos en los campos de Sennaar.—2.° La historia de la dispersión de los pueblos, que es el asunto del cap. X, está colocada por Moisés antes del episodio de la confusión de las lenguas, y el lenguaje del Génesis (X, 32, *Ab his (familis Noe) divisae sunt gentes in terra post diluivium*) parece significar que la separación de los hijos de Noé comenzó poco después del diluvio.—3.° El mismo versículo 2 del cap. XI nos enseña que los hombres que elevaron la torre de Babel venían de una región oriental, y cualquiera que hubiese sido la causa de su migración, no es apenas posible suponer que no hubieran dejado á nadie en el camino.—4.° Si eran nómadas, sus rebaños no podían estar todos reunidos en las llanuras del Sennaar; si eran sedentarios, como parece dario á entender su proyecto de construir una ciudad, para establecerse en ella, luego que encontraron un lugar propicio, debieron quedar también habitantes en la ciudad ó ciudades que habían abandonado.—5.° Según las cifras dadas por el texto hebreo, la confusión de las lenguas debió acaecer 117

se en los campos del Sennaar, todo nos induce á creer que anduvieron en busca de países favorables y que no quisieron morar en medio de un clima cruel. Por lo tanto, no debieron modificarse mucho sus caracteres, sobre todo si se tiene en cuenta que, como estaban muy civilizadas y eran bastante numerosas, disponían de medios para luchar con las condiciones ambientes desfavorables. No se con-

años después del diluvio; y según los Setenta, 400 años. Si se acepta este segundo número, está claro que todos los descendientes de Noé no podían vivir entonces en Babilonia... No es pues necesario interpretar el texto bíblico en el sentido de que todos los hombres estuviesen reunidos en el Sennaar; el contexto y el conjunto mismo del relato del Génesis parece favorecer la interpretación contraria, y así se desvanecen todas las objeciones suscitadas en nombre de la historia contra la narración de Moisés."

Esta última reflexión es precisamente la razón principal; de no seguir la opinión que defendemos, es preciso contar con innumerables dificultades, de todo punto insolubles. No se puede explicar por qué todas las razas enumeradas en el cap. X del Génesis son blancas y tienen lengua flexional; por qué los negros y los blancos alófilos conservan lenguas aglutinantes, y los amarillos aglutinantes ó monosilábicas; tampoco se puede dar razón de la antigüedad de muchos pueblos, etc. etc.

Pueden consultarse sobre esta cuestión: el P. Delattre, *Le Plan de la Genèse (Revue des questions historiques*, Julio de 1876);— Lenormant, *Manuel d'histoire ancienne de l'Orient*, t. 1; Mgr. de Harlez, *Controverse*, Junio de 1883; Motais; *Le Déluge biblique*, p. 237 y siguientes.

Aparte de estos y otros muchos exegetas, que niegan la reunión de todos los hombres en Babel, la negó también el mismo Cayetano (*In Genes. cap. XI, 2*), que no quería admitir que aquella inmensa multitud de hombres vinieran en masa con sus materiales de Agricultura y con sus numerosos ganados á esta-

cibe pues que sus caracteres se modificaran radicalmente, trasformándose todas ellas de amarillas en blancas. Lo único que podremos admitir es que sus rasgos se acentuaran un poquito, y que, al partir de las montañas centrales, no se diferenciaron tanto como ahora

blecerse en un lugar único. Si todos los descendientes de Noé estaban en el Sennaar, decía el eminente cardenal dominico, *fuisse valde stulti, cogitando et dicendo: aedificemus nobis civitatem*. Porque les era necesario edificar, no una ciudad, sino muchas. *Non intelligas*, añade, *universum genus humanum profectum fuisse ab Oriente, et ivisse in regionem Sihar*. En el siglo XVI varios comentadores siguieron la misma opinión, según nos lo atestigua Boufrere (*In Genesim*, cap. XI) donde escribe: "Sed quinam profecti? Omnesne qui tunc erant homines? Negant aliqui...". V. Halévy, *Revue des Études juives*, Setiembre de 1886, y el abate Robert, *La Non-Universalité du déluge*, p. 63 y siguientes.

El Sr. Motais añade (*Obra citada*, p. 249) que, muchos exegetas han creído que sólo se hallaba en Babel la familia de Phaleg. El mismo abate Thomas (*Les Temps primitifs*, t. II, p. 244 y siguientes) parece reconocer, á pesar de seguir la hipótesis de la universalidad geográfica absoluta del diluvio, que no estaban todos los hombres en Babel; al menos confiesa que no todos los pueblos están comprendidos en el cuadro etnográfico del Génesis, y que esto pudo provenir de que algunas ramas se habían separado, desde muy antiguo, de los troncos principales.

También el cardenal González sostiene en su reciente obra *La Biblia y La Ciencia*, t. II, que no podían estar todos los hombres en Babel.

Por lo que hace á las lenguas, Filastrio Brixiense llegó á considerar como herética (in *Catalogo hereseon*, cap. 106) la opinión de que hubiera una sola antes de la confusión de Babel; y decía que se debía creer firmemente que muchos siglos antes de este acontecimiento había ya numerosas variedades de lenguas. V. Sixto Senense, *Bibliotheca Sancta*, lib. V, annot. LXXXVII.

de las razas amarillas. Por otra parte vemos que las razas que se fueron desmembrando del gran núcleo, según venía del Oriente, son todas blancas, si bien tienen sólo lengua aglutinante; prueba de que los caracteres físicos eran primitivos y de que los lingüísticos se acabaron de modificar en Babel, llegando á adquirir allí la forma flexional. Además es preciso tener en cuenta que el mismo Noé debió venir con sus tres hijos, por lo menos hasta cerca del golfo pérsico, donde probablemente murió, y que estos llegaron al Sennaar. Pues bien, si sus descendientes eran ya todos blancos, ¿se concibe que ellos no lo fueran? (1)

(1) Desde luego que los Negros, no son la raza primitiva, puesto que aparecen entre ellos con frecuencia individuos de tinte más claro, lo que prueba que descienden de Blancos ó Amarillos. Ahora pues, si bien es verdad que entre estos últimos no se han señalado hasta el día semejantes fenómenos de atavismo, también es del todo cierto que no existen entre los Blancos; en estos el argumento es ya positivo. No hay ningún hecho que nos obligue á contar entre los progenitores de los Blancos, individuos de raza amarilla; pero con respecto á esto, no podemos decir otro tanto; podemos afirmar que aun no se conocen esos hechos, mas no, que no existen en realidad.

Por otra parte sabemos que la raza postdiluviana primitiva en Europa, es decir, la de Cro-Magnón, está aún bastante representada en los países meridionales, y especialmente en las Provincias Bascongadas. Pues bien, los individuos que pertenecen á ella, son blancos como los demás, y están sin duda alguna relacionados con la rama de los Blancos alófilos, siendo los más genuinos representantes de la primitiva raza eúskara, puesto que constituyen el más antiguo tipo de ella. • Apesar de la diversidad de tipos que se encuentra entre los Bascos, es-

Por lo que hace al hecho de haber adquirido lenguaje de flexión, lejos de ser esto indicio de posterioridad, según comunmente se piensa, es, por el contrario, prueba de que los hombres de Babel pertenecían á la raza primitiva. Sólo esta, como más antigua, y por lo mismo más ilustrada, pues había sido siempre el centro de toda la civilización, pudo lograr que su lenguaje se fuera desarrollando y perfeccionando hasta adquirir la más elevada forma. Si bien es preciso tener siempre muy en cuenta el hecho misterioso de la *confusión de las lenguas*.

Las demás razas, separándose del gran foco de ilustración, y precisadas á llevar una vida salvaje, se hallaban en condiciones para desfigurar y pervertir el mejor idioma, pero no en las de ir perfeccionando sus formas.

Estos dos argumentos están ya en parte tomados de la misma Biblia. Y debiera maravillarnos no poco que se recurriera á ella para buscar armas con que combatir las verda-

cribe el Sr. Quatrefages (*Races humaines*, p. 164) su lenguaje especial nos muestra á los Blancos alófilos como siendo *los primeros en ocupar nuestros Pirineos occidentales*. Aun más, no podemos distinguir apenas á los descendientes directos de esos primitivos moradores de nuestros países, de los demás Europeos actuales. «Sin su lengua enteramente especial, añade el mencionado sabio (*Ibid.* p. 234) los Bascos no se distinguirían casi de los otros Europeos. El lenguaje solo ha podido enseñarnos que deben relacionarse, por sus antepasados más lejanos, á alguna rama de los Blancos alófilos ó fineses, hoy separada de ellos por vastos espacios.»

des más palpables, que nos enseña y repite con insistencia. Pero el abate Motais no disimula que, al recurrir á los libros sagrados, lo hace para ver si puede cohonestar una opinión que ha escandalizado á muchísimos. Así pues, leyendo por ese prisma de la no universalidad, vió toda suerte de colores, excepto los que habían visto los santos Padres. Halló lo que quiso, mas no lo que la Biblia y toda la tradición nos enseña.

5.º *Argumento*. He aquí pues el gran hallazgo: un testimonio que parece establecer de una manera positiva la conservación de un pueblo antediluviano; este es el de los Kenitas ó Cainitas, llamados Cineos en la Vulgata; y el testimonio está tomado del oráculo de Balaam: «Orietur stella ex Jacob, et consurget virga de Israel: et percutiet duces Moab, vastabitque *omnes filios SETH*.—Et erit Idumæa possessio ejus: hæreditas Seir cedet inimicis suis: Israel vero fortiter aget.—De Jacob erit qui dominetur, et perdat reliquias civitatis.—Cumque vidisset Amalec, assumens parabolam, ait: Principium gentium Amalec, cujus extrema perdentur.—Vidit quoque *Cinæum*; et assumptá parabolá, ait: Robustum quidem est habitaculum tuum; sed si in petra possueris nidum tuum,—et fueris electus de stirpe *CIN*, quamdiu poteris permanere? Assur enim capiet te.» (1)

(1) *Numer.* XXIV. 17, 18, 19, 20, 21, 22. Hé aquí como tra-

En este pasaje hiere á primera vista la mención paralela y la existencia simultánea de los hijos de *Seth* y de *Cin* ó *Cain*, en la época de la profecía y, por lo mismo, mucho después del diluvio. La palabra *Seth* jamás se emplea en la Escritura, más que como nombre propio, que designa al tercer hijo de Adam. ¿Por qué no ha de conservar aquí la misma acepción? Después entran en escena los Cineos y Cin; *Cin*, en hebreo *Kin*, es precisamente el nombre del asesino de Abel. Los dos nombres son idénticos, el *Kin* (*Cain*) del Génesis y el *Kin* (*Cain?*) del libro de los Números. Si bien ahora, debido á la puntuación masorética, hay una ligera diferencia en la pronunciación de ellos, no basta á borrar la radical común, *Kin*, distinta é independiente de los puntos vocales.

Este argumento parecería fuerte, si no se dejara traslucir, muy á las claras, el excesi-

duce este pasaje el abate Robert, acérrimo partidario de la no universalidad: «Una estrella saldrá de Jacob, y se levantará un cetro de Israel;—herirá las dos fronteras de Moab y destruirá todos los hijos de Seth;—Edom será su posesión y Seir será la posesión de sus enemigos, —Israel se mostrará intrépido; de Jacob vendrá el dominador que perderá á los que sobrevivan en las ciudades.—Vió también á Amalec y pronunció su oráculo:—Amalec es el principio de las naciones, pero su fin es la ruina.—Vió también al Cainita y pronunció su oráculo:—Sólida es tu morada y puesto sobre la roca está tu nido; sin embargo Cain será asolado, hasta que Assur te lleve cautivo.» (La *Non-Universalité du déluge*, p. 87, V, *Revue des questions scientifiques*, Enero y Abril de 1887.)

vo temor con que lo presentan nuestros contrarios. Como hemos dicho, dan bien á entender que recurren á él, y en general á la Biblia, para ver si hallan algo con que responder á las que llaman *exigencias de la ciencia*. Pues bien, ya hemos demostrado, que esta no exige más, que la pequeña limitación de la universalidad geográfica, y que, lejos de pedir otra cosa, la rechaza manifiestamente. Sólo falsificando sus datos, es como se puede restringir, en nombre de ella, la universalidad etnográfica. Lo que la ciencia nos enseña es la inundación universal, la extinción de las razas primitivas y la sustitución de sus industrias, la aparición de las razas actuales y la formación de sus respectivas lenguas, dentro de la época actual, é irradiando del centro del Asia; y ¡sin embargo, hay aun quien invoque la Antropología, la Linguística y la Geología, para exigir lo que todas ellas contradicen á una voz!

Pero veamos como se expresa nuestro, en medio de todo, respetabilísimo é ilustre adversario Sr. Motais: «Si esta existencia (de pueblos que han sobrevivido al diluvio) es real, escribe (1), el exegeta, *una vez advertido*, puede tener esperanza de descubrir una señal de ella y aun *quizá* una confesión, en los otros libros del *Pentateuco*.—¿Debería maravillarse uno de que hubiera pasado in-

(1) *Le Déluge Biblique*, p. 302.

advertida casi hasta ahora? Posible es que no. Para que dicha existencia viniera á ser aparente, era preciso ante todo que se pudiera sospecharla... Antes de haberse dado la alerta, los textos pasaban por delante de los ojos del exegeta, sin que se soñara siquiera en presentar el problema, que hoy se ofrece á la simple lectura del original.»

Pues bien, preguntamos ahora nosotros, ¿quién ha dado esa señal de alerta? Y el señor Motais sólo responde diciendo (1): «La necesidad de entenderlo ha nacido, sobre todo, de la campaña racionalista contra la autenticidad de la redacción del escrito: la necesidad ha engendrado el estudio, y el estudio ha producido la luz.» Pero no bastan los ataques de la impiedad para hacernos cambiar la interpretación de los libros sagrados; era preciso que se adujeran además datos muy sólidos, y por otra parte incompatibles con la opinión antigua. Y como aquellos no existen, según dejamos demostrado, tampoco podemos nosotros separarnos de esta. Ni los Padres, ni los más competentes expositores cristianos ó hebreos, habían osado leer el nombre de Caín, en relaciones posteriores al diluvio. Si Moisés hubiera querido aludir á él, de seguro que la tradición y por fin la escritura masorética (2) no nos darían tan unánime

(1) *Ibid.*

(2) *Massoretas* viene á significar: «Escribas tradicionales por

testimonio de lo contrario. Los primeros escribas habrían leído conforme al pensamiento del legislador hebreo, y no aprenderían ciertamente á tener tanto cuidado en leer de un modo distinto la radical *Kin*, cuando se refiere á hombres posteriores al diluvio.

El mismo desacuerdo, que reina entre los exegetas con respecto á la interpretación de la profecía de Balaam, si algo prueba, es que el pasaje es muy oscuro, y que, por lo mismo, puede servir de muy poco á nuestros adversarios, que, aparte de esto, carecen de todo otro fundamento, siquiera especioso, y que además tienen que luchar con la opinión en que convienen todos aquellos, es decir, en que la palabra *Kin* no designa de ningún modo al asesino de Abel.

Y en efecto, cuando la Biblia nos menciona á los Cineos ó Ciñitas, lo hace casi siempre con elogio, siempre nos lo representa conservando las mejores relaciones de amistad y de alianza con los Hebreos. Por el libro de los Jueces nos consta (1) que Hobab, cuñado de

misión; como lo indica el nombre de su obra *Massore*,... En efecto, la palabra *Másoráh* ó *Massóräh*, significa *tradición*. Los rabinos que se emplearon en este trabajo, tenían por objeto, el *fixar*, en cuanto fuere posible, *la pronunciación tradicional*.» Así habla el mismo Motais (*Ibid.* p. 304). Pues bien, esa *pronunciación tradicional*, así fijada, por personas tan competentes, merece algo más respeto del que le tributa nuestro ilustre adversario.

(1) Cap. IV. 11.

Moisés, era cinita; por consiguiente lo debían ser también Jethro y Séphora. De manera que la misma esposa (1) del gran legislador y profeta pertenece á aquella raza, que nuestros adversarios se empeñan en denigrar, teniéndola por la más degradada y perversa, y comprendida en las maldiciones del primer fratricida. En el mismo libro se hace en seguida honrosa mención de un descendiente de Hobab, Haber, el *cineo* y de su esposa Jabel (2). Cuando Saul va á declarar una guerra de exterminio á los Amalecitas, tiene buen cuidado de avisar antes á los Cineos, que vivían entre ellos, para que huyan y no sean comprendidos en su ruina; mostrándoseles atento y agradecido, porque habían usado de misericordia con los hijos de Israel. (3) Una rama de los Cineos, los Rechabitas, precursores de los Esenios, son grandemente alabados por Jeremías (4), quien no duda en proponerlos por modelo. Ahora bien, ¿se concibe que esa raza, la más afecta al Pueblo escogido, sea precisamente la maldecida raza de Caín? Eso sería el mayor de los absurdos; los Cineos y los Cainitas no se parecen en nada.

(1) Verdad es que Aarón y María, hermanos de Moisés, murmuraron de él por causa de Séphora, (*Exod.* XII.); pero nuestros contrarios, que hacen esta réplica, parece que olvidan lo muy á mal que llevó el Señor esa murmuración y lo terriblemente que la castigó.

(2) Cap. IV.

(3) I *Reg.* XV.

(4) C. XXXV.

Los *Cineos*, ó mejor dicho *Kinitas*, se nos replica ahora, descienden seguramente de un hombre llamado *Kin*. ¿Quién es pues ese *Kin*? No conocemos ningún otro más que al asesino de Abel, á ningún otro ha dado la Biblia semejante nombre.

Verdaderamente que nos maravilla esta graciosa manera de argumentar que usan nuestros adversarios. Después que se han cansado en probar que hay muchas razas no comprendidas en el cuadro etnográfico del Génesis y que en la Biblia no se las menciona hasta que entran en escena junto con el Pueblo escogido, y que entonces se habla de ellas, sin indicársenos nada acerca de su genealogía, piden ahora que busquemos en los libros sagrados quién fué el padre de los Cineos, que son de los primeros, que hacen entrar en el número de las mencionadas razas no comprendidas. Si con tanta insistencia preguntan ¿de dónde provienen los pueblos *no descritos en el Génesis*? ¿Cómo se atreven á buscar allí á un tal *Kin*, padre de los Cinitas, pueblo de origen desconocido?

De que en el Génesis no se mencione á ningún otro *Kin*, sino el hermano de Abel, no se sigue que no lo haya habido; prueben que no lo hubo en realidad, y entonces solamente probará algo su argumento; hasta que eso hagan, les esperamos con los brazos cruzados.

Pero es el caso que ya antes del diluvio se

encuentra, en la misma línea de Seth, el nombre de Caín, bajo una forma ligeramente alterada, *Cainán*, por la reduplicación de la consonante final; volvemos á hallar más tarde el mismo nombre, por lo menos según la versión de los Setenta, entre Sem y Abraham. ¿En qué dato se fundan pues nuestros adversarios para decirnos que no pudo haber ningún otro *Cin* entre los descendientes de Noé? Absolutamente en ninguno. En pago nosotros los tenemos muy poderosos, para sostener que lo hubo, y que los Cineos no descienden de Caín. «En la promesa hecha al Padre de los creyentes (1), dice á este propósito el abate Tomás (2), Dios enumera los pueblos cuya herencia pertenecerá á los hijos de Israel, Hetheos, Amorrheos, Gergeseos, Jebuseos, Cineos, etc. Pues bien, estos mismos pueblos, incluso los *Sineos*, figuran en el cuadro etnográfico, del capítulo X, entre los descendientes de Cham, y por consiguiente, de Noé, por Chanaán, con la única diferencia de que Cineos, escrito con *C* en el cap. XV, se escribe con *S* en el X. ¿Se trata de dos pueblos diferentes, ó no hay aquí más que un simple error de copista? Se ve uno muy tentado á hacer esta última suposición.»

Por otra parte Moisés parece claramente referir el *Cin* ó *Kin* del libro de los Números

(1) *Genes*. XV.

(2) *Les Temps primitifs*, t. II. p. 249.

á otra raíz etimológica, muy diferente de la del Caín del Génesis. Este se deriva de *kanah*, adquirir, poseer; *poseo un hombre por la gracia de Jehovah*, dijo Eva (1) al nacer su primogénito. En el libro de los Números, *Cin*, se refiere al radical *Kên*, nido, ó *Canan*, fabricar un nido; y de ahí viene, según Cornelio á Lápide (2) y otros expositores, la alusión á esta etimología en las palabras de Balaam: «Sed si in petra possueris *nidum* tuum, et fueris electus de stirpe *Cin*... Assur enim capiet te.»

Digase lo que se quiera, replican ahora los contrarios, en este pasaje se muestra muy á las claras la referencia á Caín; prueba manifiesta de ello es la mención paralela que se hace de *Seth*. Por este nombre nunca se ha entendido en la Biblia más que al hijo tercero de Adam; aquí no se puede entender tampoco otra cosa, y por lo tanto *Cin* debe significar á Caín, de otra suerte las palabras de la profecía no hacen sentido.

Pues bien, las muchas versiones que se han hecho del «*Percutiet duces Moab, vastabitque omnes filios Seth*», prueban que no es tan clara la misma referencia al hijo tercero de Adam. Unos traducen por *filios Seth*; *filios obsidionis*; otros, *filios fundamenti*; Hegel, *populos antiquos*; algunos traducen, *orien-*

(1) *Genes*. IV. 1.

(2) *Comment. in Num.* XXIV.

tales; otros filios natium, filios clunium. (1) Pero la versión más acertada, creemos que es la de Gesenio y otros varios (2), que leen *vastabitque omnes filios tumultus vel estre-pitus*. Fúndanse en la manifiesta y reconocida alusión de Jeremías (3) á estas palabras de Balaam. Dice pues aquel Profeta: «Et devorabit partem Moab, et vérticem filiorum tumultus.» La palabra hebrea traducida por *tumultus*, es *Schâon*, que debe tener el mismo sentido de *Seth* ó *Scheth*, puesto que provienen del mismo radical *Schaha*, hacer una irrupeión con ruido y tumulto; parece pues que Jeremías empleó la palabra *Schâon*, para explicar el sentido de la *Scheth* ó *Seth*, empleada por Balaam. Este dice: *Karkar benê-schêth*; aquel *Kadkad benê-schâon*; la misma sustitución de *Karkar*, *vastare*, por *kadkad*, *vertex*, prueba que Jeremías tuvo á la vista el texto del libro de los Números. El cambio de la *R* por la *D* no nos debe extrañar teniendo en cuenta lo muy parecidas que son esas letras en hebreo (4); si pues escribe

(1) V. Schilling, *Vaticinia Messiana*, p. 51. Véanse también sobre este punto, *Critici sacri* y *Synopsis*, Num. XXIV.

(2) Entre ellos figuran M. Reuss, *La Bible: L'histoire sainte et la Loi*, t. II, p. 243; y el P. Brucker, quien no duda afirmar que así traducen también la inmensa mayoría de los exegetas modernos, (*L'Universalité du Déluge*, en la *Revue des questions scientifiques*, Octubre de 1886.)

(3) C. XLVIII, 45.

(4) Ese cambio es debido probablemente á un error de los copistas.

*Schâon* en lugar de *Scheth*, señal de que quiere dar el mismo sentido á estas dos palabras que provienen del mismo radical. (1)

No hay pues ninguna razón, siquiera aparente, que nos induzca á reconocer á *Cain* por *Cin*. Antes las hay poderosísimas para negar ese hecho. Y en efecto, las mismas palabras de la profecía prueban evidentemente que por *Cineos* no se debe entender *Cainitas*. Si éstos se hubieran en realidad conservado, sus principales representantes serían de seguro los *Amalecitas*, que son allí representados, como el *Principio de las naciones*. Nuestros mismos adversarios lo reconocen, y avanzando más, llegan á hacerlos descender, yo no sé con qué fundamento, por la línea de *Tubalcain* (2). Ahora bien, en las palabras del libro de los Números hay verdadera contraposición entre *Amalecitas* y *Cineos*: «*Cumque vidisset Amalec*, assumens parabolam, ait: *Principium gentium Amalec*, cujus extrema perdentur. *Vidit quoque Cineum*: et assumpta parabola ait: *Robustum etc.*» Luego es del todo evidente que por *Cineos* no se entiende

(1) Pero aun cuando por *Seth* se entienda al Patriarca, no se sigue que por *Cin*, se entienda á su hermano *Cain*. Así como el abate *Motais* entiende por *omnes filios Seth*, no todos los *Setitas* del mundo, sino los que vivían en *Moab*, nosotros podemos entender lo mismo, no todos los hombres, sino sólo los *Moabitas*; pues es evidente que los hijos de *Israel*, tan alabados en la profecía, no son comprendidos entre aquellos *Setitas*, condenados á la devastación.

(2) V. *Motais*, *Déluge Biblique*, p. 315.

Cainitas, porque aun cuando lo fueran, como los Amalecitas lo serían también con mayoría de razón, no había motivo para hacer distinción entre esos dos pueblos, y entender por Cainitas precisamente á los que menos conservaban los caracteres de la raza. El mismo argumento podemos repetir á nuestros adversarios, con motivo de las muchas gentes que ellos consideran como descendientes del primer fratricida. Los Cineos figuran entre ellas, como una de tantas ramas; ¿por qué á ésta se la ha de llamar cainita y á las otras no? Si Cin significa Caín, ¿por qué bajo el nombre de *cineo* no se han de entender á todos los cainitas del mundo? Se nos dirá por ventura, que por hijos de Cin sólo se entiende á los más perversos de los descendientes de Caín, y los que mejor conservan la señal impresa en el padre (1). Pues bien, ya hemos probado que los Cineos son los mejores, no sólo

(1) Así parece decirlo, con mucha gracia, el Sr. Motais (*lugar citado*), quien nos pinta á los Cineos como los más perversos y característicos hijos de Caín, siguiéndoles después los Amalecitas: "Siempre y en todas partes, Amalec se encuentra asociado con el *Cainita*... bajo la maldición de Dios... bajo la espada amenazadora de Saul... Esta unión íntima de corazón y de sangre ¿no nos maravilla cuando se considera hasta qué punto el *Cainita*, esta otra fracción de los descendientes de Caín, de que nos habla el profeta, ha conservado, con el mismo nombre de su padre, el sello de su origen?" A nosotros nos maravilla más, ver como se disfiguran, y aun se falsifican, los hechos de la Escritura; aunque ya habíamos visto que se hacía otro tanto con los de la ciencia.

de todos los pueblos que nuestros adversarios consideran como cainitas, sino también de todos los otros vecinos de Israel, incluso los comprendidos en el cuadro etnográfico del Génesis. Son fieles amigos del pueblo de Dios, los profetas los proponen por modelo, se les preserva del exterminio de Amalec; y sin embargo, ¿habrá aún quien los considere como el más vivo retrato del maldecido Caín?

Hé aquí pues en qué ha parado ese coloso argumento; sin esfuerzo ninguno, ha venido por tierra; un soplo bastó para derribarlo. Inútil creemos detenernos más en él, que lo juzgamos indigno de tantos honores (1).

Pasemos pues al último, más especioso y todavía menos fundado, argumento.

6.º *Argumento*. Restringida algún tanto la universalidad geográfica, es forzoso hacer lo mismo con la etnográfica. Si por *todos los animales* se entienden solamente los *animales conocidos*, y por *toda la tierra*, la *tierra conocida*, la lógica nos lleva necesariamente á entender por *todos los hombres*, los que conocía Noé y nada más.

¡Excelente manera de argüir! ¿Por qué no se añadirá también que por aquellas palabras: *Resucitarán todos los muertos*, se de-

(1) Sobre este argumento y sobre otros varios de los no universalistas, pueden verse las sabias refutaciones del Padre Brucker, en la *Revue des questions scientifiques*, Julio y Octubre de 1886 y Julio de 1887, y las del abate Thomas, *Les Temps primitifs*, t. II, p. 245 y siguientes.

ben entender solamente, los muertos conocidos? ¡Pues no prueba poco el bueno del argumento! Y tanto prueba, que viene á no probar nada, porque *prueba demasiado*. Ha caído ya por tierra; mas con todo, vamos á hacerle los honores de examinarlo más despacio.— Si se ha restringido el diluvio á sólo los animales conocidos, es porque había razones para ello, pues la ciencia nos muestra *evidentemente* que las palabras del Génesis no se refieren á los animales desconocidos. Sabemos que muchos de ellos se extinguieron por completo, y que, por lo mismo, no se salvaron en el arca. Por otra parte, la identidad ó notable continuidad de las faunas fósiles y vivientes de los países más apartados, prueba que los animales que allí viven se salvaron en su patria.

En cuanto á la tierra, no restringimos el diluvio á *sólo la tierra conocida*, pues lejos de tener razón para ello, la Geología nos la muestra *toda inundada, excepto las cumbres de algunos elevados montes*. Estos sólo exceptuamos, porque para esto solo es fundada la excepción.

Por lo que hace al hombre, no tenemos ningún dato absolutamente que nos obligue á exceptuar del universal exterminio á ningún otro más que las ocho personas salvadas en el arca. Antes por el contrario, *todas las ciencias*, la tradición y la historia, nos fuerzan á creer en la completa destrucción de la

humanidad y en la reciente aparición de las razas humanas.

Por otra parte, al restringir la palabra *todos* con respecto á los animales, entendiendo solamente los *animales conocidos*, suponemos que el hombre no figurará entre las *especies desconocidas*.

Pero ahora es preciso fijarnos además en las palabras del Génesis. El diluvio aparece allí como un castigo el más ejemplar. Este iba dirigido, no precisamente contra los animales, que nunca lo merecieron, ni menos aun contra la tierra, sino contra el hombre, y contra todos los hombres, pues todos ellos habían prevaricado y héchose muy dignos de él. A los animales y á la tierra, el exterminio venfa indirectamente, y sólo en cuanto fuera preciso para acabar con el hombre. Una vez cumplido este fin, quedaron calmadas las iras divinas. Y lejos de entrar en los planes de la Providencia la destrucción total de los animales, vemos las grandes medidas que se tomaron para que se conservaran siquiera la mayoría de las especies. «El diluvio, ha hecho notar muy bien el P. Pianciamí (1), era, según la Biblia, el castigo de los pecados de los hombres. Era necesario que todos los hombres perecieran para expiar sus pecados; pe-

(1) *Civiltá cattolica*, Setiembre, 1862, p. 34. De una manera análoga viene á expresarse también el Cardenal González, *La Biblia y la Ciencia*, t. II, p. 648.

ro no era necesario, del mismo modo, que todas las bestias quedaran destruidas. Es preciso pues admitir la universalidad del diluvio para con la especie humana: mas nada hay que pruebe que sea necesario admitirla también para con los animales, ni para con el globo terrestre.»

En resumen: el fin del diluvio exigía el exterminio total de los hombres, pero no el de los animales y la tierra; las ciencias, por su parte, reclaman cierta restricción en la universalidad geográfica, al paso que confirman definitivamente la etnográfica; estamos pues obligados á reconocer á ésta, como absoluta, y aquélla, como algún tanto restringida.

La acusación, que suelen hacernos nuestros adversarios, de que empleamos *dos pesos y dos medidas*, entendiendo en un mismo verso la palabra *todos* en sentido absoluto, cuando se refiere al hombre, y en sentido restringido, cuando se refiere á los animales y á la tierra, no puede ser, en vista de lo que precede, ni más infundada ni más original.

Si el hombre, los animales y la tierra se hallaran exactamente en las mismas condiciones con respecto al diluvio, entonces no podríamos desconocer que esa acusación era muy justa; pero, si se hallan en condiciones las más diversas; es forzoso confesar que quien pretenda aplicarles el mismo peso y la misma medida, no sabe de qué se trata, y se pone á

jugar puerilmente con las severas leyes de la lógica.

El diluvio aparece, no sólo en el Génesis, sino en todos los demás lugares de la Escritura, que de él tratan, y aun en todas las tradiciones, como destinado á borrar la iniquidad de los hombres. Es un castigo, pero un castigo el más ejemplar y espantoso, que debe acabar con el impío, junto con su impiedad. Ese castigo no podía ir dirigido directamente ni contra los inocentes animales, ni menos contra la tierra. Exterminar á todos los hombres perversos; hé aquí el único fin directo y principal del diluvio.

Pero á no hacer intervenir portentosos é innecesarios prodigios, ese fin no podía realizarse sin que los animales y la misma tierra experimentaran á su vez en mayor ó menor grado las iras divinas. El Altísimo no quiere que esos innecesarios y numerosos prodigios intervengan, tan sólo para salvar á los seres, que carecen de razón. Résuelto á exterminar al hombre, no repara en que los animales y la tierra queden envueltos en su ruina. Borraré, dijo, al hombre á quien yo crié, de la faz de la tierra, y *del hombre hasta los animales.* (1)

Que el castigo no iba directamente dirigido contra éstos, que no pudieron provocarlo, es notorio y manifiesto. Sólo indirectamente les

(1) Génesis. VI, 7.

alcanzaba y envolvía más ó menos. Ahora bien, el fin directo y principal de la Providencia, debió realizarse de una manera cumplida y absoluta. Los resultados, que se habían de producir necesaria, pero indirectamente y *per accidens*, con la misma acción que tendía á aquel único fin principal, si para algo se debieron tener en cuenta, fué para *restringirlos* en lo posible. Y nunca pudieron alcanzar un grado mayor, del que exigía la acción, medida, no por ellos, sino por el único fin directo, que era el exterminio del hombre. Si éste pudo realizarse cumplidamente, sin que aquellos pasaran de un grado muy reducido, no hay razón ninguna para querer extenderlos más. Quien otra cosa pensare, sepa que confunde el fin de una acción, que es á lo único á que ésta se dirige, y lo único que pretende quien la ejecuta, con las consecuencias indirectas, que las más de las veces suelen ser, entre nosotros, perjudiciales y por lo tanto involuntarias.

Y la Providencia, que «*attingit a fine usque ad finem fortiter, et disponit omnia suaviter*» (1) ¿no acertaría á hallar un medio de anegar á todos los hombres, sin que todos los animales corrieran la misma suerte?

La humanidad moraba aun principalmente en el Asia; las demás regiones del globo, si es que estaban ya todas habitadas, lo cual no consta

(1) *Sapientia*, VIII, 1.

con certeza, preciso es reconocer que tenían una población muy reducida. Sólo moraban en ellas, á lo sumo, algunas tribus pequeñas y muy aisladas; las cuales se establecieron de seguro en los parajes más cómodos, en las fértiles y amenas llanuras, cerca de los grandes ríos. En la misma Europa no se ha hallado más que una sola raza auténtica, antediluviana, y los restos fósiles de ésta son rarísimos; quizá no pertenezcan siquiera á diez individuos diferentes; y todos se encontraron precisamente en las grandes riberas. (1)

Ahora bien, la inundación diluvial, mientras más grande fuera, tenía que ser más prodigiosa. Y los prodigios entran con parsimonia en la economía de la Providencia. Si una lluvia no excesiva y una invasión de la mar relativamente moderada, sabia y *suavemente* dirigida, pudieron anegar á todos los hombres, todo milagro mayor, es inútil y hasta repugna. Pues bien, hallándose los hombres, en la mayor parte del globo, muy diseminados todavía, y viviendo sólo en los hondos valles y en las bajas llanuras, y no formando aun sociedades nutridas y numerosas, á no ser en los países del Asia; bastaba con poner en juego algunos de los grandes agentes naturales para que una gran masa de agua se pusiese en movimiento y viniera á visitar todas las regiones donde los hombres

(1) V. Cartailhae, *La Franco préhistorique*, C. V.

vivían; bastaba con la aparición de un gran sistema de cordilleras, el de los Andes, en el fondo del Océano, para que este se lanzase sobre los continentes y viniera á cubrir por lo menos las llanuras. Pero si el sistema que apareció fué el de los Andes, el Pacífico y el Atlántico se debieron lanzar á la vez sobre el Antiguo Mundo, y allí donde se vinieran á encontrar las dos grandes corrientes, en el centro del Asia, donde se hallaban aún establecidos la mayor parte de los hombres; las aguas, chocando unas con otras, pudieron muy bien alcanzar grandes alturas, é inundarlo todo con vehemencia.

Añádase á esto, que la lluvia de 40 días y 40 noches pudo allí producir por sí sola y sin mucha dificultad una capa de agua que alcanzara en las llanuras de 100 á 200 ó más metros de potencia: y veremos claramente que no pudo haber un solo hombre que acertara á librarse de la gran inundación.

Esta iba dirigida por la sabia Providencia, únicamente contra los pervertidos hijos de Adán; á todos pues, debió alcanzar y ninguno pudo evadirse de la vengadora mano omnipotente que le perseguía.

Conseguido aquel único y gran fin providencial de la inundación, para el cual bastaron seguramente los 3500 metros de altura que ésta alcanzó en algunos puntos del Asia, todo otro milagro, sobre ser inútil, repugna manifiestamente á la Providencia, que mira

siempre por la conservación de sus inocentes criaturas. Las que se hallaban, pues, en regiones no habitadas por el hombre, y por los cuales no era necesario que pasara la gran corriente de agua, estaban por el mismo hecho exentas de la inundación, y debieron, por lo tanto, evadir la venganza divina. (1)

Pues bien, los animales que existían ya desde muy antiguo, y eran entonces más numerosos aun que ahora, se hallaban extendidos por toda la tierra; algunos vivían de ordinario en las grandes alturas que quedaron libres de la inundación y otros pudieron muy bien subir á guarecerse en ellas. Y aunque perecieron muchos individuos, pudieron salvarse siquiera algunos de la mayor parte de las especies, lo cual bastaba para que éstas se conservaran. Pero hubo no pocas, sobre todo de las corpulentas, que viven siempre en las llanuras y no aciertan á subir á las altas montañas, que no pudieron menos de quedar completamente extinguidas. Vivían donde los hombres solían vivir, y en su ruina quedaron envueltas. Esa misma extinción de las grandes especies, á la vez que prueba, por una parte, que la inundación fué, de alguna manera, universal, y por otra que no todos los animales fueron á salvarse al arca; prueba tam-

(1) Estas apreciaciones hemos tenido el gusto de verlas corroboradas con las del eminente cardenal González en *La Biblia y la Ciencia*, t. II, p. 644, 648, 649.

bién que perecieron con ellos todos los hombres que no se encerraron en ésta.

El fin del diluvio exigía pues que perecieran todos los hombres; esto llevaba consigo el exterminio de muchos animales, los cuales debieron perecer, para evitar prodigios inútiles. Pero era muy conforme con la divina Bondad, que perecieran los menos posibles; perecieron pues tan sólo los puramente necesarios, y no debían perecer todos, pues para esto se necesitaban tantos y tan grandiosos, cuanto inútiles y repugnantes prodigios.

El solo fin del diluvio, á la vez que nos fuerza á entender en su sentido literal, la palabra *todas* cuando se refiere á los hombres, nos obliga á restringir su significación con respecto á los animales.

Queda pues justificado *á priori* nuestro modo de proceder, y ya no se nos podrá decir, sin calumnia, que empleamos *dos pesos y dos medidas*.

Pero vamos á probar también *á posteriori*, que la interpretación que hacemos es la única verdadera.

Es cosa bien sabida que los actuales centros de dispersión de los animales son los mismos que en los tiempos anteriores al diluvio. Los animales que habitan ahora en una región provienen pues de los que allí habitaban en la época antediluviana: los de América, los de las grandes islas y aun la mayoría, por lo menos, de los de Europa y del África,

no se salvaron por lo tanto en el arca de Noé, se salvaron en los mismos países donde viven ahora.

Las razas humanas actuales, difieren completamente de las primitivas cuaternarias, que habitaron las mismas regiones; no descienden de ellas, porque éstas no aparecen ya, y están por lo tanto extinguidas; no son pues autoctonas; todas se muestran como formadas en el centro del Asia, en una época posterior á la glacial, es decir, desde la edad del reno en adelante; y todas, tanto por sus caracteres físicos, cuanto por los lingüísticos, aparecen como irradiando, á partir de dicha época, desde las montañas del Continente Asiático. Allí sólo, allí, donde el diluvio se mostró más imponente que en ningún otro lugar, fué precisamente donde se salvaron algunos hombres, de los cuales provienen todos los que ahora pueblan la tierra. Esa salvación fué por lo tanto providencial y milagrosa. Ningún hombre se salvó pues fuera del arca.

La tradición universal viene en apoyo de esta verdad admirable. Todos los hombres se tienen por descendientes de los justos que, en medio de la gran inundación, fueron protegidos del Cielo y se salvaron dentro de una arca ó navío.

Añádese á todo esto que, con respecto á los animales, ni las Escrituras hablan con tanta insistencia de su universal exterminio (lo

cual por sí solo nos permitiría ya alguna libertad en la interpretación de la palabra *todos*, que encontramos en el Génesis) ni los Padres convienen en entender esta palabra en un sentido literal, lo cual nos deja ya en plena libertad de entenderla de la manera que nos parezca más razonable y legítima. Pero con respecto á los hombres, la Biblia nos habla tan claro, que, si tratara de propósito de darnos á entender que *todos absolutamente* perecieron, no se concibe que hablara de una manera más terminante, ni que lo inculcara con más insistencia. Hemos citado ya algunos pasajes, y vamos á indicar otros, para que cualquiera se persuada de la verdad que asentamos.

En el mismo Génesis, después de los solemnes é irrefragables testimonios dados en la descripción del diluvio, se vuelve á decir (1): «Tres isti filii sunt Noë: et ab his disseminatum est *omne genus hominum* super universam terram.» Y aun cuando se nos replique que en el texto hebreo, en lugar de las últimas palabras sólo se dice: «*Et ab his dispersa est omnis terra*, es preciso reconocer que la significación es exactamente la misma. El libro de la Sabiduría nos dice (2): «*La esperanza del universo*, refugiada en un navío, dejó al mundo el germen de nacimiento.» El

(1) G. IX, v. 19.

(2) G. XIV, v. 6.

Eclesiástico añade (1): «Noé fué hallado perfecto, justo, y en el tiempo de la ira fué hecho reconciliación.—Por eso *se dejó un residuo* (una semilla) á la tierra cuando acaeció el diluvio.»

Este único *residuo dejado á la tierra*, no pudo ser otro que la familia de Noé: esta fué la única *esperanza del universo*, refugiada en el arca, el único *germen de nacimiento, spermata genéseos*, que quedó al mundo.

Quien se atreva á violentar estos y todos los demás pasajes de la Escritura, y á retorcer y disfigurar su sentido, tan obvio, tan natural y tan incuestionable, no tendrá dificultad en sostener que nosotros mismos defendemos la no universalidad etnográfica.

Pero decíamos que los Santos Padres y Doctores, todos unánimemente habían entendido en su sentido absoluto las palabras que se refieren al total exterminio del hombre por el diluvio. Nuestros mismos adversarios nos dispensan de probar esta verdad, pues se ven forzados á reconocerla. En pago tratan nada menos que de mostrar que *esa unanimidad con que los Padres y Doctores católicos han creído y enseñado, hasta nuestros días, la universalidad del diluvio con respecto á los hombres, como una verdad revelada en las santas Escrituras*, no constituye una interpretación auténtica y obligatoria. Esto es ya

(1) G. XLIV, v. 17, 18.

mucho más grave; esto, en realidad, es negar la infalibilidad del *consentimiento unánime* de los Padres. Y no falta quien se atreva á negarla expresamente. El Sr. Mirvat no se desdena de decir (1): «Parece pues que quedamos felicisísimamente libres de todo lazo, salvos los decretos formales del Sumo Pontífice, enseñando *ex cathedra* á la Iglesia entera, en materia de fe y de costumbres.»

No sabemos en qué va á venir á parar el Concilio de Trento ó el Vaticano, que entre otras cosas enseña (2), según hemos visto antes: «Porro fide divina et catholica ea omnia credenda sunt, quæ in verbo Dei scripto vel tradito continentur, et ab Ecclesia, sive solemnium iudicio, sive *ordinario et universali magisterio* tamquam divinitus revelata credenda proponuntur.»

Sin duda que estas palabras no merecerán más respeto que las de la divina Escritura y serán involucradas como estas. ¿Y qué decimos? serán... Lo están siendo ya en realidad. ¡Hasta dónde pueden llegar los subterfugios! ¡Hasta dónde ese fatal espíritu de partido, que no repara en desmentir y negar lo que es más claro que la luz del medio día!

Hemos probado ya que la universalidad del diluvio, en cuanto á los hombres, era de fe divina y aun católica, y ahora debemos añ-

(1) *Nineteenth Century*, Julio de 1887.

(2) *Const. DEI FILIUS*, c. III.

dir que negar esa verdad conduce á negar la infalibilidad del testimonio unánime de los Padres, y á ponerse en manifiesta oposición con las decisiones más terminantes de la Iglesia. Y no sólo conduce á eso, sino que también llevará forzosamente á negar ó poner en duda otra de las verdades más fundamentales de la santa fe católica, conviene á saber, que fuera de la Iglesia no hay salvación. En efecto, convienen unánimemente los Padres, en reconocer al arca, como figura y tipo de la Iglesia; así como los hombres que no entraron en aquella, *perecieron en el diluvio*, así también es imposible que se salven los que no entran en ésta (1). Forzados nuestros adver-

(1) S. Jerónimo (*Epist. XV ad Damas.* n. 2) escribía: «Si quis in Noe arca non fuerit, peribit regnante diluvio.» S. Gaudencio (*Serm. VIII*) se expresaba de este modo: «Es cierto que en el diluvio de Noé perecieron todos los hombres de aquel tiempo, á excepción de aquellos que merecieron cabida en el Arca, que es el tipo de la Iglesia.» El V. Beda añadía (*Comment. in Genes.*): «Así como después de la construcción del Arca, y cuando todo lo que debía salvarse había entrado en ella, vino el diluvio y se llevó todo lo que estaba fuera del Arca, así también, cuando todos los que están destinados á la vida eterna hayan entrado en la Iglesia, vendrá el fin del mundo y perecerán todos los que estén fuera de ella.» Puede ver, quien desea más noticias acerca de este particular, al P. Brucker, *L' Universalité du Déluge*, donde hallará los terminantes testimonios de otros muchos Santos Padres. Debemos ahora añadir que el mismo Pío IX, en su alocución *Singulari quodam* de 9 de Diciembre de 1854, se expresaba de la misma manera: «Es preciso creer de fe, decía, que nadie puede salvarse fuera de la Iglesia católica romana; ella es la única arca de salvación, y todo aquel que no esté dentro de ella, perecerá por el diluvio.»

sarios á reconocer este *unánime consentimiento*, se empeñan unos en decir que está fundado en *opiniones privadas* y no en una tradición apostólica; otros, procurando salvar la verdad del tipo, lo interpretan de tal manera, que casi vienen á echar por tierra la verdad figurada por el arca.

Los primeros carecen de todo fundamento. «Qué cosas podrán constituir la enseñanza tradicional de la Iglesia, pregunta con gran razón el P. Brucker (1), si semejante acuerdo entre los maestros por excelencia que han formado la fe del pueblo cristiano en todas las edades, no tiene derecho á figurar entre esa enseñanza?» Pero es el caso que ese consentimiento unánime se funda en las mismas palabras del Príncipe de los Apóstoles, que nos enseña: (2) «In diebus Noë cum fabricaretur arca, in qua pauci, id est octo animæ salvæ factæ sunt per aquam: quod et vos nunc similis formæ salvos fecit baptisma.» Ahora bien, muchos de los Padres más ilustres, como San Jerónimo (3), San Agustín (4), San Fulgencio, Santo Tomás, etc. etc., fundan expresamente su interpretación en la palabra del Apóstol, y los mismos que no las mencionan, muestran bien á las claras que se han inspi-

(1) En *La Science Catholique*, Febrero de 1887.

(2) *Epist.* I. c. II. v. 20, 21.

(3) *Adv. Jovinianum*, l. I, n. 17.

(4) *De Baptismo contra Donatis*. l. V, c. 28.

rado en ellas, como hace notar perfectamente el citado P. Brucker. Se funda pues, manifiestamente, ese unánime testimonio, en una tradición apostólica. Pero no se necesitaba eso siquiera, bastaba que se derivase implícitamente de la enseñanza de los Apóstoles, para que nos obligara del mismo modo á reconocerlo como una enseñanza tradicional de la Iglesia.

Pues bien, si los que niegan la fuerza de ese testimonio recurren á argucias tan indignas del teólogo y del exegeta; los que, reconociendo la verdad del tipo, se ponen á interpretarlo y á desfigurarlo, llegan á hacer lo que no hubieran osado los antiguos sofistas griegos. (1)

El Sr. Motais, entre otros, después de miles de argucias y subterfugios, acaba por decir (2): «Así como en el diluvio hubo sólo ocho personas *salvadas por el agua entrando en el arca*, así también ahora *no se salvarán*

(1) «Se pone á la Biblia en tortura, escribe con gran razón el abate Thomas (*Les Temps primitifs*, t. II, p. 225) para hacerla decir lo que no dice, ó lo contrario de lo que dice. Mas valdría la negación pura y sencilla, que no esas explicaciones forzadas, que no engañan á nadie. Y no es solamente el diluvio lo que está aquí en cuestión, lo está también el elemento histórico de la Biblia. ¿Por ventura no se habla ya de restringir el dominio de la inspiración sobrenatural al dogma y á la moral, con exclusión de los hechos propiamente dichos, y especialmente los hechos relativos á la historia primitiva del género humano?»

(2) En una carta, publicada después de su muerte.

por el agua bautismal, sino aquellos que, por medio de la misma entraren en la Iglesia.»

Si esta manera de interpretar es legítima, habrá que reconocer á toda costa que, así como, según nuestros adversarios, fuera del arca se salvaron muchas personas, á las cuales no alcanzó el agua del diluvio; así también fuera de la Iglesia se salvarán otras muchas, sin recibir el agua del bautismo. (1)

Reconocer al arca, tipo de la Iglesia, y afirmar que fuera de aquella pudo salvarse algún hombre, lleva forzosamente á esta última y fatal consecuencia. Todo cuanto se diga para eludirla, son puramente argucias vanas, indignas de toda persona formal. Véase sino, para muestra, lo que añadía el Sr. Motais (2): Los Padres declaran que las aguas del diluvio tienen una significación típica y se apoyan generalmente en San Pedro. En esto tienen razón (porque el Sr. Motais lo dice, que si no...): hé aquí el punto dogmático á que se refiere el *consensus*... A la lectura de los Padres se imagina uno enseguida que lo que sostiene ó sirve de base al tipo es la hipótesis de la universalidad del diluvio. Y no es así, puesto que toda la dogmática de la tradición y del Apóstol

(1) «Si potuit evadere quisquam qui extra Arcam Noe fuit, et qui extra Ecclesiam foris fuerit evadit.» S. Cipriano, *De unit. Eccles.* n. 6.

(2) *Lug. cit.*

permanece intacta fuera de esta hipótesis. Sin duda los Padres mezclaron á esto la universalidad del diluvio, porque creían en su existencia. Pero esta creencia, inútil á la tesis que apoyan en las palabras de San Pedro, está tan fuera de lo que constituye la parte dogmática en el texto de San Pedro, como su interpretación del *Omnes* está fuera de lo que constituye la parte dogmática en la narración de Moisés.»

Pues bien; ¿Y quién ha declarado inútil y fuera de la parte dogmática de los textos de San Pedro y de Moisés, á la creencia unánime de los padres?—El Sr. Motais, con la autoridad que para eso y para otras muchas cosas se arrogó. (1)

No á todos podía agradar una interpretación tan temeraria. Así algunos han tratado de presentar otra, que, á primera vista, se ofrece como mucho más razonable y legítima, pero que, á pesar de eso, conduce también necesariamente á consecuencias muy funestas.

El P. Corluy, que sin mostrarse partidario de la no universalidad, ha trabajado mu-

(1) Los que dicen que hay en los libros sagrados parte inspirada y parte no inspirada, nos ponen casi en la imposibilidad de distinguir los dogmas, y aun nos vienen á obligar á ponerlos en duda. Véase sobre esto, entre otros al P. Berthier, *Tractatus de Locis Theologicis*, p. 102; á Caminero *Manuale Isagogicum in Sacra Biblia* p. 614; á Vigouroux, *Manuel Biblique*, t. I, p. 64.

chío en su favor, escribía (1): «El sentido típico es á veces significado por el hecho escriturario, no tanto en razón de la existencia real de este hecho, cuanto por la manera como aparece en la Escritura. Testigo el tipo de Melchisedech, representando á Cristo, libre, en su sacerdocio, de toda ley de herencia, porque este sacerdote-rey aparece en la Escritura, aislado, sin que se haga mención de sus antepasados ó de su posteridad. Del mismo modo se podría decir: el arca de Noe representa á la Iglesia, porque en el relato bíblico no se ve fuera del arca ningún ser humano que se libre de la inundación general.»

Esta interpretación, presentada tímidamente, ha hallado bastante eco; y sin embargo fué enseguida rechazada de una manera victoriosa é incontrastable por el ilustre Padre Brucker, quien replicó (2): «Si hay algunos tipos escriturarios formados como indica aquí el sabio exegeta, ese género no es seguramente el más común. La regla ordinaria para el tipo propiamente dicho, tal como lo ha entendido siempre la tradición católica, es tener una base real y existente. En efecto, este tipo es esencialmente, para hablar como Santo Tomás, una profecía *for las cosas, per res*, en cuanto que éstas han sido dispuestas,

(1) *La Science Catholique*, Diciembre de 1886.

(2) *Ibid.*, Febrero de 1887.

*ordenadas en su curso real* por Aquel que lo gobierna todo, de manera que anuncien y representen de antemano, bajo una forma viviente y sensible, otras cosas de un orden más elevado. *Sic ordinantur res in cursu suo, ut ex eis talis sensus (typicus) possit accipi, quod ejus solius est, qui sua providentia res gubernat, qui solus Deus est. Sicut enim homo potest adhibere ad aliquid significandum aliquas voces vel aliquas similitudines factas, ita Deus, adhibet ad significationem aliquorum ipsum cursum rerum suae providentiae subjectarum.* (1)

«En todo caso, el tipo del diluvio, tal como resulta de la interpretación de San Pedro y de la tradición católica, no podrá colocarse en la misma categoría que el de Melchisedech. Que este último repose al menos por una parte, en una simple *manera de hablar* de la Escritura, puede admitirse; pero es preciso añadir que nos es dado notar esta circunstancia, tanto por la interpretación de los Padres, como por la naturaleza del sujeto y el contexto de San Pablo. Con nuestro tipo del diluvio, sucede de una manera muy distinta. No solamente no hay nada, ni en la Biblia, ni en la explicación auténtica de la tradición, que nos haga advertir que no se debe buscar en la base de este tipo un hecho pro-

(1) *D. Th. Quodlib.*, VIII, qu. VI, art. 16. Cf. *Sum. th.* I, part. qu. I, art. 10.

ducido realmente; sino que la Biblia y la tradición, y principalmente esta, hacen todo lo contrario. En efecto, creo haber probado que los testimonios de la tradición y los maestros de la enseñanza pública de la Iglesia han proclamado constante y unánimemente, como una verdad indubitable, que *la imposibilidad de salvarse fuera de la verdadera Iglesia, había sido anunciada, figurada típicamente en tiempos del diluvio, por la destrucción total de los hombres que no estaban en el arca de Noé.* Ahora pues, es bien evidente que el *consentimiento* de los Padres, *expresión infalible* del testimonio tradicional y de la verdadera interpretación de la Escritura, no podía proponer á la Iglesia universal ni esta recibir, como un tipo, es decir, como una profecía revelada, un *hecho falso*. Habría ahí un error, no sólo en materia histórica ó científica, sino también en un punto que es esencialmente del dominio de la fe. Y con todo, esto es lo que hubiera acaecido, si la destrucción de todos los hombres no recibidos en el arca, no fuera un hecho históricamente verdadero.»

Nada tenemos que añadir á esta brillante refutación, que no tiene réplica; si el hecho en que se funda el tipo, á pesar de haber sido propuesto unánimemente por los Padres como cierto y positivo, sólo tiene las apariencias de realidad, la cosa figurada tiene que hallarse necesariamente en las mismas con-

diciones. La imposibilidad de salvarse los hombres fuera de la Iglesia, nos fué revelada por la imposibilidad de salvarse fuera del arca: si esta imposibilidad es sólo aparente, también lo debe ser aquella. Quien discorra de otro modo, se opone á juzgar puerilmente con la exegesis y con la lógica.

En resumen: El fin del diluvio exigía el exterminio total de los hombres, pero no el de los animales, el cual por otra parte repugna manifiestamente á la Bondad y Providencia Divina. Las ciencias, á su vez, nos obligan á reconocer que muchísimos animales se salvaron fuera del arca, y que los hombres quedaron todos anegados. El *consentimiento unánime* de los Padres, *expresión infalible de la verdadera interpretación de las Escrituras*, nos propone como una verdad indudable la completa destrucción de los hombres, y nos deja en libertad de pensar como nos parezca con respecto á los animales; luego estamos rigurosamente obligados á reconocer que todos aquellos perecieron y que muchos de estos se salvaron. ¿Y aun habrá quien se atreva á acusarnos de emplear *dos pesas y dos medidas*?

La no universalidad etnográfica está pues en manifiesta oposición con la enseñanza católica, y no es menos lo que pugna con las mismas ciencias humanas, con que nuestros adversarios se han dejado ilusionar. Todos los datos científicos, en que han querido apo-

yar tan peregrina opinión, son inciertos, desfigurados ó falsos, y están en abierta contradicción con los verdaderos y positivos; y con tan vano fundamento ¿se atreven á luchar contra el torrente de la tradición y contra todas las enseñanzas de la Iglesia?

§ VI. NO SE PUEDE RESTRINGIR DEMASIADO LA UNIVERSALIDAD GEOGRÁFICA.

AHORA nos toca responder á los que limitan de una manera excesiva el sentido de las palabras *toda la tierra*, y se ven precisados á negar rotundamente la universalidad geográfica. Pero nos hallamos con que no tienen ningún argumento en su favor. Creían, en un principio, que el hombre aun no habia salido de la Siria y la Mesopotamia, y en consecuencia, que no era necesario, para su completo exterminio, que las aguas invadiesen todo el globo. Pero la prehistoria nos muestra al hombre cuaternario extendido por toda la superficie de la tierra. Toda ésta debió pues quedar inundada, por lo menos hasta cierta altura, de la cual no solían pasar los hombres de entonces. De no reconocer eso, nos veríamos precisados á negar la universalidad etnográfica.

Otro principal motivo, en que se apoyaban, era la falta aparente de señales geológicas de un diluvio universal; pues hasta les parecía que éste era del todo contrario á las enseñan-

zas de la ciencia. Como ese fundamento es vano, las consecuencias caen por su base. Hemos probado científicamente, y hasta la evidencia, la realidad de aquella prodigiosa y universal inundación, cuyas manifiestas señales geológicas existen en abundancia, y en todas partes, sin más excepción que algunos elevados montes. Estos solos podemos pues exceptuar, en nombre de la ciencia, que, para todas las demás partes del orbe, lejos de oponerse lo más mínimo á la universalidad del diluvio, la confirma de la manera más clara.

Nosotros hemos examinado, detenida é imparcialmente, los hechos científicos, bien comprobados; y las consecuencias á que estos forzosamente nos llevaron son las únicas proposiciones que hemos establecido. La universalidad geográfica, algún tanto restringida, es una verdad científica y rigurosamente probada. Así pues estamos muy persuadidos de que los sabios que la vinieron á negar, por haberse equivocado, é involuntariamente dejado llevar sólo de falsas apariencias, vendrán á reconocerla gustosos, cuando examinen con detención los muchos datos segurísimos que hemos consignado hasta ahora (1).

(1) La mayoría de los que en el día limitan solamente la universalidad geográfica, casi coinciden en el fondo con nosotros; pues si bien restringen el diluvio á sólo la tierra habitada por el hombre, reconocen á éste morando ya en la mayor parte del globo. Los que carecen de todo fundamento, y aquellos contra quienes aquí principalmente nos dirigimos,

§. VII. Á LOS MISMOS IMPÍOS SE LES PUEDE EXIGIR, EN NOMBRE DE LA CIENCIA, QUE RECONOZCAN LA REALIDAD DEL DILUVIO UNIVERSAL.

**R**ÉSTANOS ahora refutar las maliciosas objeciones de los impíos, que, en nombre de la soberbia razón, se esfuerzan en combatir la verdad del diluvio, y en presentarlo como ridículo y manifiestamente opuesto á lo que dice la ciencia.

Bien pudiéramos dispensarnos de responderles: porque nosotros respetamos la ciencia algo más que ellos, puesto que la tenemos por una *emanación sincera de la claridad de Dios* (1). Lo que ella dice es lo que nosotros decimos, porque toda verdad, venga de donde viniere, la llamamos hija del Cielo, y la abrazamos ansiosos. Hemos interpretado fielmente cuantos hechos ha podido establecer la razón humana, con respecto á la gran inundación que todas las tradiciones publican. Ellos nos han conducido forzosamente á establecer la universalidad etnográfica absoluta, y la geográfica, un poquito restringida. En nombre de la ciencia y de la razón pedi-

son los que afirman que *solo* una pequeña porción de la tierra fué invadida por las aguas, pues suponen que esa era la única poblada, y que en ella nada más es donde se podrán reconocer los efectos del diluvio bíblico.

(1) *Sapientia*, VII, 25.

mos pues se reconozca esa universalidad manifiesta. No están nuestros adversarios en el caso de impugnar, harto harán con defenderse. Veamos cómo respetan á la tan celebrada razón.

Nosotros, por nuestra parte, nada hemos dicho contra ella: la hemos siempre venerado y acatado; ella á su vez, nos ha prestado su poderoso auxilio, nos ha ofrecido toda suerte de armas, y hasta ahora no ha dejado de combatir por nosotros. La razón humana, por sí sola, ha *establecido* firmemente la universalidad del diluvio, si bien limitándola un poquito, bajo el punto de vista geográfico. Nosotros acatamos sus decisiones, y ante ellas enmudecemos; ahora veremos quién invade los fueros de la razón.

No hay por qué repetir aquí la larga serie de argumentos con que dejamos apoyada la verdad que sostenemos; todos ellos están en pié. A nuestros adversarios toca ahora rebatirlos; *háyanlo en hora mala, y sino huyan del campo, cubiertos de confusión.*

Ante los datos ineludibles de la tradición y de la historia, se han visto precisados á enmudecer, ó á confesar francamente la realidad del diluvio. Exasperados, creyeron hallar en la ciencia armas con qué combatir esa grandiosa verdad; y olvidando su antigua derrota, enarbolaron orgullosos sus banderas, y empezaron á blasonar; pero cuando ya se creían vencedores, quedaron de repente

confundidos y vieron que las armas de la ciencia sólo sirven para triunfar del error; vieron que las armas, en que tanto confiaban, ó mostraban confiar, se volvieron contra ellos mismos. La Geología les ha hecho ver una inundación universal, que debió desolar toda la tierra; la Arqueología les mostró al mismo tiempo la completa sustitución de las industrias humanas; la Zoología, la extraña desaparición de numerosas especies y un notable cambio en las faunas; y por fin la Antropología y la Lingüística, la completa extinción de las razas primitivas, y la reciente aparición de las actuales, con sus respectivos idiomas.

Todo esto es lo que dice la razón y lo que enseña la ciencia, y todo esto es lo que sostenemos nosotros. En vano se invocará pues contra nuestra teoría á la ciencia y á la razón, que la han establecido de la manera más sólida. Sin embargo, como pueden presentarse, á pesar de eso, algunos argumentos muy especiosos, creemos oportuno discutirlos, para que se vea bien que, si algo prueban, es que nuestro sistema es cierto en un todo, por cuanto vienen á declarar completamente inadmisibles la absoluta universalidad geográfica.

§ VIII. SE RESPONDE Á LAS OBJECIONES.

**P**RIMER *Argumento.* Es necesario explicar como pudo Noé reunir un tan prodigioso número de animales, extendidos por toda

la superficie del globo. No son ya doscientas ó trescientas especies, como se creía en otro tiempo; son quizá medio millón ó más. ¿Qué medio se empleó para traerlos de tan lejanos países y de tan distintos climas, y cómo se les volvió después á sus respectivas patrias? Pero supongámoslos ya reunidos; es preciso irlos alojando convenientemente, para que no se devoren unos á otros; es preciso tener en cuenta los instintos y costumbres de cada uno de ellos, y sin embargo, en su inmensa mayoría, eran completamente desconocidos de Noé; era forzoso proveer á su sustento y escoger para cada uno de ellos un género de alimentación proporcionado, y eso para todo un año; eran necesarios inmensos almacenes, cuadras numerosas y bien ventiladas, una gran limpieza y otras muchas medidas higiénicas, para remediar los inconvenientes de tal aglomeración. Las dimensiones del arca son, á todas luces, insuficientes, y ocho personas no podían tampoco bastar para prodigar los múltiples y diarios cuidados que exigían tan prodigioso número de huéspedes, completamente diferentes en sus costumbres.

Reconocemos que todo esto es inexplicable, en la hipótesis de la universalidad geográfica absoluta. Por eso la deseamos. «A Noé, dice muy bien á este propósito el Padre Pianciani (1), no se le ordenó lo imposible,

(1) *Civiltà cattolica*, Octubre, 1862.

Noé no hizo más que lo que era capaz de hacer. Si la orden de reunir todos los animales se hubiera intimado á otro, que dispusiera de muchos mejores medios que Noé, por ejemplo, á Alejandro Magno, ó al emperador Augusto, hubiera ciertamente reunido la más rica colección que se habría visto jamás, y sin embargo, faltarían allí todos los animales desconocidos entonces en Europa, y que se hallan exclusivamente en América y Australia. ¿Debía pues ser más completa la colección zoológica de Noé? «Los animales que Noé no conocía, añade el Sr. Vigouroux (1), no existen para él. No tenemos ninguna razón para suponer que Dios le había revelado sobrenaturalmente la existencia de animales que no había tenido nunca la ocasión de ver, y de los cuales jamás había oído hablar. Nada hay que nos muestre tampoco que se le mandara reunir otros, más que los que estaban en la misma región que él.»

Como el fin del diluvio era exterminar á los hombres, en castigo de sus pecados, una vez logrado ese objeto, todos los animales que vivían en parajes inhabitados, y que podían subir por los grandes montes á una altura suficiente, estaban, por el mismo hecho, libres de los desastrosos efectos del gran cataclismo, y no tenían necesidad de refugiarse en el arca. Admitiendo pues que sólo entraron

(1) *Manuel biblique*, t. I, p. 559.

en esta los animales conocidos por Noé, queda desvanecida toda sombra de dificultad, y la objeción carece de fundamento.

Los animales desconocidos vivieron siempre en sus respectivos países, y no vinieron á donde estaba Noé. Así muchos de ellos, que vivían sólo en los valles y países bajos, y no acertaron á subir á las altas montañas, perecieron completamente; mas la inmensa mayoría de las especies se salvaron en los parajes preservados de la inundación, y de allí se fueron extendiendo por todas partes después. Por lo que hace á los animales conocidos de los Hebreos, ninguna dificultad hay en hacerles partir del monte Ararat.

2.º *Argumento.* Todas las aguas del globo, no son nada en comparación de las que se necesitarían para recebrirle de una capa de cerca de 9000 metros de altura, que es la de las más elevadas montañas. Si se recurre al milagro y se hacen intervenir *aguas celestes*, que cayeran en forma de lluvia, entonces es preciso reconocer que la presión atmosférica se hizo centenares de veces mayor que la ordinaria, y que apenas ningún organismo animal la podía soportar.

—Pues bien, como esa dificultad se halla únicamente en la hipótesis de la universalidad absoluta (1), dejamos á sus partidarios que la resuelvan, si pueden.

(1) V. Pfaff, *Schöpfungsgeschichte*, p. 750; y *Les Livres Saints et la critique rationaliste*, t. III, p. 481 y siguientes.

En nuestro sistema no se necesita más agua que la que exige la Geología, para que se produjera esa inundación, que, si bien fué general, alcanzó muy variadas alturas; pero siempre incomparablemente menores, que las que arriba se suponen. La mayor á que llegó, en Europa, no pasa, según los datos científicos, por encima de unos 1500 metros; en el Asia fué mucho mayor, pero tampoco se ha hallado que excediera de unos 3500. La ordinaria, en toda la tierra, no podemos saber cual fué; probablemente no debió llegar siquiera á 1000. Si en esto hay dificultades, que las resuelvan los geólogos, que son los que nos enseñan semejante inundación. Esta es cierta, y científicamente comprobada; el cómo debió verificarse, es otra cuestión muy distinta, cuya resolución pertenece también á la ciencia. Nosotros hemos procurado, en su debido lugar, resolverla; y creemos haberlo hecho de una manera muy natural y sencilla, y apoyándonos en razones bastante sólidas. Pero si nuestra solución no satisface á algunos, que busquen otra mejor. Por ahora nos contentamos con el hecho irrecusable, que nos muestra la Geología, conviene á saber, una inundación extraordinaria y universal, que alcanzó muy variadas alturas. Esto nos basta.

Por lo que hace á la presión atmosférica, creemos que apenas debió exceder á la ordinaria. El agua, en su mayoría, provino de

una invasión de la mar, bien confirmada por la ciencia. Por otra parte, la lluvia no cayó toda de repente, sino que lo fué haciendo por espacio de cuarenta días; nunca hubo pues en la atmósfera una extremada cantidad de vapor, porque este, á medida que se iba produciendo, saturaba el aire, se condensaba y caía. Así pues, siendo la menos considerable, la porción de agua que provino de las torrenciales lluvias, y no permaneciendo esa de seguida en la atmósfera, sino que á proporción que se iba desprendiendo de la superficie de los mares, se iba depositando sucesivamente por espacio de cuarenta días, tenemos que la presión atmosférica apenas pudo exceder á la normal.

3.<sup>er</sup> *Argumento.* Una inundación tan extraordinaria y prodigiosa no halla explicación en la ciencia; no puede asignarse una causa capaz de producir tan terribles lluvias y tan desoladoras invasiones de la mar.

—A esto respondemos, que la inundación se verificó realmente, que las aguas invadieron toda la tierra, alcanzando, en algunos puntos, hasta 3500 metros de altura; esto es un hecho positivo, demostrado por la Geología; y este es el diluvio que defendemos nosotros. Ahora bien, del hecho á la potencia, la consecuencia es rigurosa; existió el diluvio; luego pudo realizarse, y hubo causas suficientes para ello. Si no bastaron las naturales, es preciso, á toda costa, recurrir á las

sobrenaturales, que tanto asustan á nuestros enemigos.

Entiéndanse pues con ellas, si dicen que no hay causa física capaz de producir el gran cataclismo. Nosotros, sin embargo, creemos que un fenómeno puramente natural, la aparición del sistema de los Andes, bastó para determinarlo; quien no quede satisfecho de esa causa, puede determinar otra mejor, si es que la halla y logra probar que intervino realmente; y sino, que se resigne á reconocer, por voluntad ó por fuerza, la intervención directa del orden sobrenatural.

Lejos de poderse nos argüir, en nombre de la ciencia, contra la realidad del diluvio, nosotros somos los que en nombre de la ciencia tenemos derecho á exigir, y exigimos, que se reconozca esa prodigiosa inundación universal, con las causas y efectos que le hemos asignado á su tiempo.

4.º *Argumento.* Si en realidad se hubiera verificado esa inundación prodigiosa, no podría menos de producir cierta mezcla y confusión en las faunas lacustres y fluviales. Sin embargo los zoólogos encuentran en cada cuenca una fauna distinta y característica.

—A esto respondemos que no sólo no existe en realidad esa distinción perfecta de faunas, sino que la confusión, en ellas producida por el diluvio, es tan notable, y salta tanto á la vista, que tiene en gran manera preocupados á los más ilustres partidarios del centro úni-

co de creación ó de aparición de cada especie, los cuales no aciertan á darse cuenta de un fenómeno tan extraño, y, al parecer, tan en oposición con su grandiosa y razonable teoría.

«Debiera esperarse, escribe Claus (1), que los lagos y ríos separados por espacios de tierra, ofreciesen cada uno cierta población particular; pero lo que sucede es precisamente lo contrario. No sólo hay numerosas especies de agua dulce, que tienen una distribución muy extensa, sino que hay formas vecinas que prevalecen de una manera notable en el mundo entero. Günther ha mostrado que aun las mismas especies pueden hallarse en las aguas dulces de continentes muy alejados; así un pez, el *Galaxias attenuatus*, habita la Tasmania, la Nueva Zelanda, las islas Falkland y la América del Sur. Los *Phyllópodos* pertenecientes á los géneros *Estheria*, *Limnadia*, *Apus Branchipus* se han esparcido por todas las partes del globo; lo propio sucede con numerosas especies de Moluscos de agua dulce... Tienen un interés muy particular una serie de ejemplos que esclarecen la suerte y las modificaciones de los peces y los crustáceos en las aguas separadas lenta ó bruscamente de la mar y transformadas en lagos. Observaciones de este género han sido

(1) *Elements de Zoologie*, trad. de Moquin-Tandon, p. 239 y siguientes.

hechas por Lovén con respecto á los animales de los lagos VVener y VVetter, que *presentan gran analogía con los del Océano Glacial ártico*, y por Malmgreen con respecto á los del lago Ladoga. Según este último naturalista, el *Salmo salvelinus* de los Alpes *proviene del mar polar*, y es muy vecino del *Salmo alpinus* de Noruega. Los lagos italianos encierran un gran número de especies de peces y de crustáceos, que llevan el carácter de la fauna mediterránea *y aun de la mar del Norte* (*Blennius vulgaris*, *Atherina lacustris*, *Telphusa fluviatilis*, *Palaemon lacustris*, *P. varians*, *Sphaeroma fossarum* de las lagunas pontinas) de tal suerte, que se ve uno forzado á concluir que hubo allí en otro tiempo comunicaciones con la mar, las cuales se rompieron más tarde por un levantamiento.» Las comunicaciones con la mar, debemos añadir nosotros que son evidentes; ese hipotético levantamiento posterior, no sólo carece de pruebas, sino que es del todo improbable.

«En Grecia, prosigue Claus, en la isla de Chipre, en la Siria y en Egipto, viven también en agua dulce tipos aislados de crustáceos marinos (*Telphusa fluviatilis*, *Orchestia cavimana*, *Gammarus marinus*, var. *Veneris*), y en el Brasil se encuentra un número de ellos mucho más considerable. En fin, el mar Caspio posee una verdadera fauna marina, á la que pertenecen numerosas especies de gusanos, de crustáceos y de moluscos marinos.»

Estos hechos y otros muchísimos análogos que pudiéramos citar, son de todo punto inexplicables, sin recurrir á una inundación universal y portentosa, que en todas las partes del globo y en una época muy reciente produjera una extraña mezcla, no sólo de unas aguas dulces con otras, sino también de las aguas marinas con las terrestres. El mismo Claus, cuyo testimonio es bien poco sospechoso, lo viene á reconocer claramente cuando dice (1): «Es preciso tener en cuenta la acción de ciertos modos de transporte extraordinarios, tales como las *inundaciones*, *las mareas*, *los torbellinos*, que trasportan los peces vivos, las plantas, lo mismo que sus semillas, de la cuenca de un río á la de otro... Así es como se podría explicar la gran diferencia que existe entre los peces que viven en las dos vertientes opuestas de una larga cadena de montañas, que desde un período muy remoto, debió separar diferentes cuencas, é impedir la reunión de sus distintos cursos de agua.»

Y en efecto, como esas grandes cadenas fueron los únicos lugares que no quedaron completamente inundados con las aguas del diluvio, fueron también las únicas barreras infranqueables que pudieron impedir la extraña confusión de faunas que aquel tendía á producir en todas partes, en el seno de las aguas terrestres.

(1) *Lug. cit.* p. 240.

Lejos, pues, de poderse nos aducir las faunas lacustres y fluviales, según han pretendido algunos, (1) como un argumento en contra del diluvio universal, hallamos en ellas una prueba de las más poderosas, que por sí sola bastaría á obligarnos á reconocer la realidad de aquel gran acontecimiento.

Esa chocante confusión y mezcla de unas faunas de agua dulce ó salobre con otras y aun con las marinas, producida en una época muy reciente, y en todas partes, á no ser en las vertientes opuestas de las grandes cordilleras, demuestra de la manera más clara que hubo una inundación universal que lo cubrió todo, excepto las más elevadas montañas. (2)

A estas objeciones de la impiedad, nos vemos, con profundo sentimiento, obligados á añadir las de un sacerdote celoso y de ciencia nada vulgar.

El Sr. Lambert, como doctor en Teología, y como geólogo afamado, tuvo el buen deseo de concordar la verdad de nuestra fe con los datos de la ciencia; pero lo hizo con tan poco acierto y con tan fatales auspicios, que dejándose llevar solamente de su atrevida ima-

(1) Véase, entre otros, al eminente geólogo anónimo, invocado por el Sr. Jaugéy en *La Science Catholique*, Diciembre de 1887.

(2) Otro argumento análogo, aunque no tan decisivo, pudiéramos deducir de la confusión que el diluvio produjo también en las faunas fitológicas, especialmente de Europa.

ginación, vino á mostrarse, no siéndolo, mal geólogo y pésimo teólogo. Su diluvio no es el diluvio de Moisés ni el diluvio de la Geología; es un diluvio puramente imaginario, que pugna, al mismo tiempo, con la fe y con la ciencia.

5.º *Argumento.* Afirma pues el Sr. Lambert (1) que «Moisés no dijo otra cosa sino que hubo, al principio de los tiempos, una época en que el hombre fué sorprendido por una inundación, que invadió toda la tierra.» — «Y esa inundación universal en sus resultados y sucesiva en su desarrollo (que, según él, nos muestra la Geología), ¿podrá estar en contradicción con la palabra de Moisés? El diluvio sucesivo durante el mismo período (cuaternario) ¿acaso no fué universal y no destruyó al hombre?» (2)

(1) *Le Déluge mosaïque*, 2.ª edición, p. 400.

(2) *Id. ibid.*, p. 481. El abate Lambert tuvo la suerte, poco envidiable por cierto, de ser alabado por el mismo furibundo Mortillet, distinción que ningún otro eclesiástico, á no ser el Sr. Bourgeois, ha merecido. Con motivo de su muerte, escribía el impio director de *L'Homme*: «Lambert, eclesiástico, profesor de Historia natural, buen geólogo, que por profesión debió hacer concordar la ciencia y la Biblia. Se ocupó principalmente en el diluvio. Teniendo conocimientos serios, es sin duda alguna el autor que ha tratado menos mal esta cuestión. Así Maignan (sic), obispo de Chalons-sur-Marne, le ha consultado mucho, según se dice, cuando quiso él mismo escribir también sobre este asunto, insoluble como la cuadratura del círculo.»

Bastan estas palabras para dejar perfectamente acreditado al bueno del Sr. Lambert, no ya como teólogo, sino como sim-

— Parece imposible que quepa en cabeza humana una obcecación más grande. Decir que el diluvio universal de Moisés, que *duró solo un año*, no es otra cosa más que una serie de inundaciones *parciales y sucesivas que duran todo el inmenso periodo cuaternario*, es tanto como decir que la noche no es otra cosa sino el día, y que el *sí* es lo mismo que el *no*.

Con esa serie de inundaciones parciales, ¿cómo iban á perecer todos los hombres, si mientras las aguas invadían una pequeña localidad, todo lo restante de la tierra quedaba libre? ¿Qué significa en ese imaginario diluvio el arca de Noé, fabricada con tanto cuidado? ¿Por ventura el patriarca y sus hijos, con todos los animales que con ellos estaban, estuvieron flotando todo el periodo cuaternario?

«Mi fe, mi conciencia, mi razón y, me atrevo á decir también, mi ciencia, escribe con gran indignación y sobrada justicia el abate Moigno (1), me fuerzan á decir que el diluvio geológico del Sr. Lambert es en realidad la negación del diluvio mosaico, y que entraña además contradicciones fastidiosas y serios peligros.»

Pero no sólo fué directamente contra la fe

ple geólogo. Por lo menos en la cuestión del diluvio debió lucirse como el oso ballarín de la conocida fábula de Iriarte.  
V. Hamard, en *La Science Catholique*, Enero de 1888, páginas 131 y 132.

(1) *Les Livres saints*, p. 462-463.

en sus afirmaciones atrevidas, sino que hizo otro tanto con la ciencia. Para él los efectos del diluvio deben reconocerse en el *diluvium gris*. «Pues bien, ¿cual es la altura asignada por la ciencia al *diluvium gris*? En su *Geología* (1) el Sr. Lambert dice que la potencia del diluvium alcanza de 6 á 8 metros. Es un poco más generoso en su *Diluvio*, donde dice (2): «El terreno diluvial no existe jamás sino en los valles, en las planicies de las colinas y, hasta cierta altura, en las montañas, raras veces alcanza de 300 á 400 metros sobre el nivel de la mar.» ¡Pobrecito diluvio, que pequeño es! ¿Cómo había de poder ahogar ni á un solo hombre, que sabe evadir mayores peligros?» (3)

¿De dónde ha sacado el Sr. Lambert que el terreno diluvial no se halla de 400 metros arriba sobre el nivel de la mar? (4) Lo que nos

(1) *Geologie*, p. 298.

(2) *Le Déluge mosaïque*, 1.<sup>a</sup> edic. p. 121.

(3) Moigno, *obra citada*, p. 464.

(4) Lo más curioso y chocante es que este error del señor Lambert ha cundido de una manera pasmosa; su autoridad de geólogo notable, como miembro que era de la *Sociedad Geológica de Francia*, hizo que sus más gratuitas afirmaciones fueran aceptadas sin discusión por sabios más eminentes todavía. Fundado en el testimonio del abate Lambert, afirma el mismo Sr. Moigno (en su *carta al Univers* del 27 de Agosto de 1873) que *el terreno aluvial no se eleva apenas más de 300 metros*. El célebre abate Vigouroux reproduce estas palabras, con muestras de aprobación. *Manuel biblique*, t. I, página 548. El abate Motais halla, en el infalible testimonio del geólogo Sr. Lambert, su principal fundamento para negar, en

dice la Geología es que se le halla hasta en alturas de 1500 metros en Europa y de más de 3000 en el Asia y en América, como dejamos probado.

Pero eso no necesita de pruebas, basta subir á una montaña y observar, y hallaremos el diluvium aun en alturas elevadísimas. Atendiéndonos á estas localidades, la caverna de

nombre de la ciencia, la universalidad del diluvio. Sus palabras, escritas con aire marcial, merecen consignarse, para muestra de lo sólida que es casi siempre su argumentación. «La Geología, escribe (Le Déluge Biblique, p. 229), pronunció muy luego su fallo, y si quiere saberse cual es, ábrase la obra *Le Déluge moisaïque*, del Sr. abate Lambert. El Sr. Lambert es un geólogo, y su obra no es solamente una obra de ciencia, lo es también de apologética. Sus confesiones son completas. Cuando, fijos los ojos en las capas geológicas cuaternarias, se pregunta si hay pruebas, qué es lo que he dicho? traza de un diluvio universal, simultáneo; responde, con todos los sabios!... (*Risum tenentis*...) que las capas diluviales son, en su mayor parte, sucesivas, y que en vano se buscarán esas pruebas y esas trazas... Cuando, puestos los ojos en las crestas de las montañas, hacen depósitos diluviales, lo que comprueba es su universal ausencia. MÁS ALLÁ DE 300 ó 400 METROS YA NO LAS VUELVE A ENCONTRAR (!...) Establecido sobre estas bases, se sabe á donde llegó?, ¿A dónde había de llegar?... Poco más ó menos á donde el Sr. Motais, á negar las verdades más trascendentales y más palmarias, porque un gran error lleva á otro error aun más grande, según las reglas ordinarias de la pobre inteligencia humana.

Pues bien, el abate Robert, que es capaz de creer, á su vez, en la infalibilidad del Sr. Motais, su maestro, cita las sobredichas palabras, con todas las muestras posibles de respeto y aprobación. (V. *La Non-Universalité du déluge*, p. 54.)

Y aun en afamados geólogos tenemos idea de haber leído que el diluvium no pasa de 300 ó 400 metros de altura, sin que se adujera otra prueba más que la dichosa autoridad del

Aitzquirri, tan abundante en restos del *Ursus spelæus* y tan célebre, por ser un modelo acabado de formaciones diluviales, se halla á la altura de más de 580 metros sobre el nivel de la mar. En otras varias cavernas que existen cerca del Santuario de Aránzazu, la formación del diluvium adquiere también gran potencia, y eso que algunas se hallan á cerca de 800 metros de altura. (1)

Sr. Lambert. Las consecuencias de tan aventurada y peregrina afirmación han sido, y continúan siendo, funestas en sumo grado. ¡La verdad del diluvio universal ha llegado á vacilar!... ¡Qué responsabilidad tan grande en aquellos, que, gozando de reputación, ni aun en las cuestiones más graves, saben medir sus palabras, y se atreven á emitir, sin el menor fundamento, opiniones de capital trascendencia!

Pues bien, este contagioso y trascendental error debió sin duda alguna nacer de una equivocación en la lectura de aquellas palabras de Marcel de Serres, que dicen (V. *La Cosmogonía de Moisés*, t. I, cap. II, época VII): «Los depósitos diluviales, lejos de estar diseminados sobre las más altas montañas, nunca exceden á lo más de 3.000 á 4.000 metros.» Suprimiendo un cero, y fijándose sólo en esta equivocada lectura, y no en las montañas, como supone el Sr. Motais, pudo Lambert descubrir que el diluvium no pasaba nunca de 300 á 400 metros sobre el nivel de la mar. Si se hubiera fijado en la naturaleza, como debe hacerlo todo prudente geólogo, vería por lo menos los abundantísimos depósitos diluviales de la meseta de Castilla, que en algunos puntos, como en Toro, adquieren unos 80 metros de espesor, en alturas de 600, de 800 y aun de 1000 metros.

(1) Las hemos examinado no hace mucho, con bastante diligencia, en compañía del infatigable P. Monzón, pero no hemos podido hallar en ellas ningún fósil. La capa de loes no suele ser muy espesa, en cambio las del llamado diluvium gris tienen á veces una profundidad muy considerable. Merece especial mención una de las cuevas que están enfrente del

De tan graves inexactitudes, pudo el señor Lambert deducir cuanto le agradó; pero sus deducciones son tan opuestas á la ciencia como á la Biblia. (1)

6.º *Argumento.* Admitamos, como no podemos menos de admitir, esa gran inundación geológica, que alcanzó 3500 metros de altura en el Asia; mas con todo eso queda sin

Convento, á cosa de unos 40 metros sobre el arroyo. Un hundimiento producido á gran distancia de la entrada, nos ahorró una larga y penosa escavación. Aparecen cortadas verticalmente las capas del diluvium, mostrándose en el espesor de unos cuatro metros, repetidas veces intercalados los cantos rodados y las gravas con lechos de arena. Es muy curioso ver aquellas piedras, redondas ú ovaladas, todas blancas como la nieve. Rompiéndolas, aparece un gran núcleo negro recubierto de una capa más ó menos gruesa de caliza blanca, que á veces se desprende y figura la cáscara de un huevo.

En otra pequeña cueva, que está cerca de la de Aitzquirri é inmedia al camino, hallamos un molar del oso de las cavernas, con algunos otros escasos fósiles. Entre ellos apareció un gran hueso cortado longitudinalmente, pulimentado y afilado por una punta, que, si bien está bastante roma, revela con todo, á nuestro modo de ver, que allí intervino la mano del hombre. El hueso, para más, está un poco calcinado. Todo cuanto vimos en esta caverna, nos inclina á creer que fué habitada por los trogloditas de la edad del reno. En un abrigo que está ya cerca de Oñate, en el sitio llamado la Zapata, hallaron dos alumnos de este Colegio, los Srtos. D. Emilio Aznar y D. Rafael Lecea, un núcleo de pedernal calcinado y muy alumado, recubierto de una concreción calcárea de cosa de un centímetro de espesor. El ejemplar se conserva en nuestro Museo, para el cual ha sido regalado.

(1) Puede verse una larga é interesante refutación de las ficciones del Sr. Lambert, en el cardenal González, *La Biblia y la Ciencia*, t. II, p. 634 y sig.

explicación un diluvio misterioso, que, en expresión de la misma Biblia, *subió 15 codos sobre los montes que habia cubierto*; pues si estas palabras significan algo, deben entenderse al pié de la letra, por lo menos con respecto al horizonte visible de Noé, y para que sean ciertas, no basta una inundación de 3500 metros, se necesita una inconcebible de mucho más de 5000, puesto que el mismo monte Ararat, sobre el cual se dice que descendió el Arca, tiene por altura 5262 metros.

—Este argumento no dejaría de tener su fuerza, si la Geología enseñara positivamente que en el monte Ararat la gran inundación no pudo pasar de la altura de 3500 metros. Mas hoy por hoy, el testimonio es, á lo sumo, negativo. El mencionado monte es poco menos que inaccesible, apenas está explorado; y hasta ahora, al menos que nosotros sepamos, ningún geólogo competente se ha arriesgado á hacer de él un estudio minucioso y detenido. Aun cuando no se hayan podido comprobar los efectos del diluvio á grandes alturas, no se sigue que no existan en realidad; podrán comprobarse en adelante; y aun cuando nunca se acaben de comprobar, tampoco puede deducirse nada de positivo, pues aquellas alturas están cubiertas perpetuamente de nieves y hielos, que hacen imposible todo reconocimiento seguro.

Añádense á esto las condiciones excepcionales en que se halla ese monte, eminente-

mente volcánico. Los prodigiosos trastornos que en él han acaecido, pudieron y debieron borrar casi todos y aun todos los superficiales efectos del diluvio. «A fines de Julio de 1840, un horroroso terremoto ha destruído una parte del Ararat, y los peñascos desprendidos, arrastrados por las aguas que salían del seno de la montaña, han sepultado aldeas enteras en una extensión de 8 kilómetros.» (1) Así pues, pudo muy bien haber quedado todo el mencionado monte cubierto por las aguas de la inundación universal, sin que por eso se puedan descubrir sus efectos hasta las cumbres, que de entonces acá han experimentado increíbles denudaciones. (2) Y no sólo pudo, sino que realmente debió quedar todo cubierto; pues si en otros puntos del Asia alcanzaron las aguas por lo menos más de 3500 metros, allí, donde debieran encontrarse y chocar horriblemente las corrientes de los Océanos, el nivel debió subir de una manera pasmosa, y Noé presenció aquel terrible encuentro, cuando *MULTIPLICATÆ sunt aque, et elevarunt arcam in SUBLIME á terra. VEHEMENTER enim inundaverunt.* (3)

(1) *Geografía universal* de Malte-Brun, t. I, p. 534 (Barcelona, 1881).

(2) Ya hemos dicho en el cap. 2.º art. 1.º con el Sr. Arcehin (*Les Glaciers á l'époque quaternaire*) que los Alpes han perdido, por causa de las denudaciones, casi la mitad de la masa que tenían al principio del período cuaternario. Véase por ahí cuán mal parada debió quedar, desde el diluvio hasta la fecha, la superficie de las cumbres del Ararat.

(3) *Génesis*, VII, 17, 18.

De que no se hayan hallado hasta el día, en el Asia, los efectos del diluvio á alturas superiores á 3500 metros, no puede seguirse, repetimos, que no las haya alcanzado en muchos puntos, todavía mal explorados, y en algunos de los cuales no será difícil que se reconozcan aquellos más tarde. En la misma América, como está mejor estudiada, se han podido ya reconocer esos efectos de la gran inundación aun en alturas de 4000 metros, según hemos visto en otro lugar. (1)

Pero aun dado que se llegara á demostrar lo indemostrable, conviene á saber, que el Ararat no quedó todo cubierto por las aguas, nada puede deducirse contra la verdad del diluvio bíblico. El Génesis nos dice que el Arca se detuvo, sobre las *montañas del Ararat*; por *Ararat*, en hebreo, no se entiende precisamente el monte que hoy lleva ese nombre, sino á la *Armenia* en general. El Arca se detuvo sobre las *montañas de la Armenia*, esto es, y no otra cosa, lo que nos dice la Biblia. ¿Qué montañas fueron aquellas, pues en la mencionada región hay muchas? No lo podemos saber con certeza. Beroso dice que se detuvo en los montes Gordianos; el cantor de Izdubar afirma que fué en las montañas de Nizir; pero estas son hoy completamente

(1) En el mismo cap. 2.º art. 1.º V. Vilanova, *Geología*, p. 369.

desconocidas. (1) Pudo pues muy bien detenerse sobre ciertos montes más bajos desde los cuales todo el horizonte apareciera recubierto por las aguas, y la verdad del relato del Génesis persevera íntegra. Pero lo cierto es que las más seguras tradiciones nos llevan á reconocer que se detuvo en el monte Ararat, y que no hay ninguna razón para negar que las aguas subieran quince codos por encima de las montañas que hoy se conocen con ese nombre.

(1) Véase lo dicho en el cap. 1.º, s. VI; y al Sr. Vigouroux, *La Bible et les découvertes modernes*, t. I, p. 279 y 280.



## CAPÍTULO VI.

—«=»—

FECHA MÁS PROBABLE DEL DILUVIO.

### ARTÍCULO I.

DIVERSAS CRONOLOGÍAS.—RELACIÓN DEL DILUVIO CON LA CONSTELACIÓN DE ACUARIO.—ACÉPTASE COMO MÁS PROBABLE LA FECHA SEÑALADA POR SMYTH.



ESTANOS ahora examinar la data del diluvio. Ya hemos visto como se maravillaba el gran Cuvier (1) de que todas las tradiciones convinieran, no sólo en reconocer la realidad de la gran catástrofe, sino también en colocarla casi en el mismo tiempo, es decir, de cuatro á cinco mil años antes de este siglo.

(1) *Discours sur les Évolutions du Globe.*

desconocidas. (1) Pudo pues muy bien detenerse sobre ciertos montes más bajos desde los cuales todo el horizonte apareciera recubierto por las aguas, y la verdad del relato del Génesis persevera íntegra. Pero lo cierto es que las más seguras tradiciones nos llevan á reconocer que se detuvo en el monte Ararat, y que no hay ninguna razón para negar que las aguas subieran quince codos por encima de las montañas que hoy se conocen con ese nombre.

(1) Véase lo dicho en el cap. 1.º, s. VI; y al Sr. Vigouroux, *La Bible et les découvertes modernes*, t. I, p. 279 y 280.



## CAPÍTULO VI.

—«=»—

FECHA MÁS PROBABLE DEL DILUVIO.

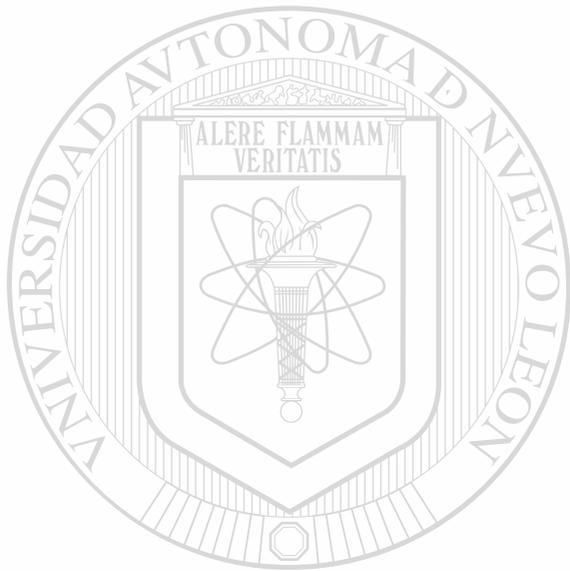
### ARTÍCULO I.

DIVERSAS CRONOLOGÍAS.—RELACIÓN DEL DILUVIO CON LA CONSTELACIÓN DE ACUARIO.—ACÉPTASE COMO MÁS PROBABLE LA FECHA SEÑALADA POR SMYTH.



ESTANOS ahora examinar la data del diluvio. Ya hemos visto como se maravillaba el gran Cuvier (1) de que todas las tradiciones convinieran, no sólo en reconocer la realidad de la gran catástrofe, sino también en colocarla casi en el mismo tiempo, es decir, de cuatro á cinco mil años antes de este siglo.

(1) *Discours sur les Évolutions du Globe.*



# UANL

---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sobre las aguas y bajo el cual ciertos autores admiten un diluvio. Se ve como los Griegos, los Caldeos y los Egipcios pudieron casi trazar la figura de su *Acuario*, y no se maravillará uno si, en torno de esta notable constelación, la esfera china ofrece asterismos que se traducen por *rayos, relámpagos, cataratas del cielo que se abren; gritos, lloros, gemidos, peligros, el que preside á los peligros, los que velan contra los vicios*, y otros nombres todos arcaicos y muy chocantes que no pueden referirse, sino al recuerdo de un grande y terrible desastre, y que sorprendieron singularmente al sabio Lanjuinais, cuando le hubimos comunicado en 1820 ésta parte de la esfera antigua de Caldea importada á la China.--En el río de la vía Láctea y en la región del cielo, al sur de Acuario, la esfera copta nos ofrece un hombre que parece nadar, y más bien, anegarse.» (1)

Pues bien, teniendo en cuenta esta relación del diluvio con el signo *Acuario*, el Sr. Piazzzi Smyth, fundándose además en ciertas notables coincidencias observadas en la gran pirámide de Egipto (2), ha creído poder señalar la fecha precisa de la portentosa y universal inundación. «La clave de la astronomía de las

(1) V. Kircher, *Hémisphere sud.*

(2) Véase su admirable obra, *LA GRANDE PYRAMIDE, Pharaonique de nom, humanitaire de fait, ses merveilles, ses mystères et ses enseignements*, trad. de Moigno, especialmente desde la p. 150 en adelante.

pirámides es el paso inferior por el meridiano, de la estrella *Alpha* del Dragón, á la altura señalada por el eje de la entrada mayor. Este paso tuvo lugar el año 2170, cuando las Pléyades pasaban á su vez por el meridiano superior; y esta coincidencia nos ha dado la edad de la fundación de la gran pirámide.-- Esa misma estrella, *Alpha* del Dragón, pasó también á la altura indicada, en los años 2200 y 3400 antes de Jesucristo; y no deja de ser un hecho bien notable que la data media del diluvio, 2786, quede comprendida entre estos dos números. Si para la primera de estas datas, 2200, en la cual todos los daños del diluvio habían ya desaparecido, buscamos qué constelaciones, á la vez equinociales y zodiacales, pasaban por el meridiano, por encima del polo, hallaremos que esas dos constelaciones eran el *Toro* y las *Pléyades*. Si hacemos el mismo cálculo para la segunda de aquellas datas, 3400, que las tradiciones de los pueblos y la Santa Escritura la hacen cercana del diluvio y del castigo, hallamos que las constelaciones á la vez equinociales y zodiacales dominantes, y que pasaban por el meridiano por encima del polo, eran el *Escorpión* y la *Serpiente*, mientras que el *Toro* y las *Pléyades* no eran visibles en ninguna parte. Téngase presente ahora, que en las tradiciones y mitologías antiguas, las constelaciones del *Escorpión* y de la *Serpiente* eran siempre consideradas como ma-

léticas ó enemigas del género humano; al paso que la del Toro y las Pléyades han sido consideradas siempre como benéficas ó amigas. Las primeras caracterizan pues, muy naturalmente, un período de infortunios, y las segundas un período de salud. Pero pasemos más adelante, y hagamos el mismo cálculo para una época media, aquella en que el *Alpha* del Dragón había llegado á su minimum de distancia del polo... es decir, para el año 2800, que es casi la data media, entre las asignadas al diluvio, por las diferentes versiones de la Biblia. ¿Qué es lo que hallamos? Un resultado verdaderamente inesperado y extraordinario. Mientras el *Alpha* del Dragón pasaba por el meridiano, por debajo del polo, la constelación que pasaba por el meridiano superior era la de *Acuario*. Aun hay más, en esta misma data, el meridiano cortaba el orificio del vaso por donde sale el chorro de agua, para cortar, más tarde, el mismo chorro, y después la constelación de *Piscis*... El Sr. Piazzí Smyth acepta pues la data de 2800 años antes de Jesucristo como la verdadera del diluvio.» (1)

Nosotros, desde luego, la reconocemos como la más probable; sin admitirla, no se puede dar razón de tan particulares coincidencias. Pero una vez admitida, ya se explica perfectamente por qué las tradiciones más

(1) Moigno, *Splendeurs de la foi*, t. II, p. 638 y 639.

respetables relacionan el diluvio con la constelación de *Acuario*. Por otra parte esa data, como próximamente le medía entre las asignadas por las diferentes versiones de la Biblia, queda garantizada por todas ellas; y lo más notable es que difiere bien poco de la de 2957, señalada por el Martirologio romano. Tiene además la ventaja de fundarse en datos astronómicos, los únicos que en esta materia nos pueden conducir á una fecha segura y precisa. Por todas esas razones, aceptamos el año de 2800 antes de J. C. como el de la más probable, si no como el de la verdadera data del Diluvio. (1)

(1) Véase al mismo Piazzí Smyth, *La Grande Pyramide*, p. 167 y sig.

ARTÍCULO II.

NINGÚN HECHO CIENTÍFICO NI HISTÓRICO SE HALLA EN OPOSICIÓN CON LA FECHA DE 2800 AÑOS.

**V**AMOS ahora si se opone en algo á los hechos científicos bien comprobados. Nosotros creemos que no; que ese tiempo fué más que suficiente para el establecimiento de las razas humanas y formación de las lenguas, para la sucesiva evolución de las industrias, y para la constitución y desarrollo de las antiguas monarquías.

§. I. ORIGEN DE LAS PRINCIPALES RAZAS Y DE SUS RESPECTIVOS IDIOMAS.

**E**N efecto, mediando más de cuatrocientos años entre el diluvio y la dispersión de Babel, cuando ésta acaeció ya podían todas aquellas familias ó tribus errantes, que empezaron á emigrar casi á raíz del gran cataclismo, hallarse establecidas en la mayor parte del Antiguo Continente. Expuestas además á las violentas acciones del medio, y sin suficientes recursos para poder contrarres-

tarlas, se fueron modificando rápidamente, y en diferentes sentidos, hasta quedar ya bien pronunciadas las razas. Y una vez que éstas permanecieran, por algún tiempo, expuestas á las mismas condiciones ambientales, no tardaron en fijarse mediante la herencia y quedar firme y sólidamente establecidas.

Aisladas por otra parte las familias, sin relacionarse jamás unas con otras, su lengua común tuvo que irse desfigurando y transformando; enriqueciéndose con nuevas voces, proporcionadas á las nuevas necesidades, y dejando caer en desuso y completo olvido muchas palabras antiguas. Siendo además tan variable, como todo el mundo conoce, el elemento fonético, las voces, si no se fijan por medio de la escritura, se desfiguran de tal manera, que en breve no se parecen en nada á las primitivas. (1)

(1) «La sorprendente facilidad con que los dialectos se modifican y transforman, escribe el abate Thomas, *Les Temps primitifs*, t. I, p. 260, ha hecho que más de una vez los misioneros, al cabo de diez años de ausencia, no comprendieran ya el lenguaje de sus neófitos.»

«En la maravillosa fecundidad de la primera emisión de los sonidos..., y en la selección instintiva de estas raíces que hicieron en seguida diferentes tribus, podemos hallar la más completa explicación de la divergencia de las lenguas, nacidas todas de una misma fuente. Podemos comprender, no sólo la manera como se formó el lenguaje, sino también cómo debió desmembrarse en una porción de dialectos; y llegamos á la convicción de que, cualquiera que sea la diversidad que existe en las formas y en las raíces de las lenguas humanas, no se puede de ahí sacar un argumento concluyente contra la posibi-

Así pues, cuando las razas blancas, que partieron de Babel, con sus lenguas flexionales, allí maravillosamente formadas, se fueron introduciendo poco á poco en las grandes regiones del Antiguo Continente, las hallaron ya pobladas por muchas tribus antiguas, muy diferentes en sus caracteres y muy variadas en sus lenguas, si bien todas éstas permanecían aún en el estado de aglutinantes ó monosilábicas.

Como el centro de irradiación de las razas y los idiomas parece ser el núcleo central del Asia, es preciso reconocer, según hemos expuesto en otro lugar, que la familia de Noé se dirigió toda ella, primero del Ararat hacia el Oriente, hasta que, encontrándose allí con las grandes montañas, cuyo clima no podía ser muy apacible, se detuvo sin que-

idad del origen común de esas lenguas.» Max Müller *La Science du langage*, traducción de Harris. 2.<sup>a</sup> ed. 495.

“Por muy aisladas que, á primera vista, puedan aparecer ciertas lenguas, dice A. de Humboldt (V. Klaproth, *Asia polyglotta*, p. 6), por muy singulares que sean sus caprichos y sus dialectos, todas tienen analogía entre sí y sus numerosas relaciones se irán percibiendo mejor, á medida que la historia filosófica de las naciones y el estudio de los idiomas se vayan acercando á la perfección.”

El mismo Klaproth (*lugar citado* Prefacio, página 9) va aún mucho más lejos, al decir: «La afinidad universal de las lenguas está rodeada de una luz tan brillante, que todo el mundo debe mirarla como completamente demostrada. Esto no parece explicable, á no ser en la hipótesis que admite que en todas las lenguas del antiguo y del nuevo mundo, existen fragmentos de una lengua primitiva.»

rer pasar más adelante. Pero entonces, multiplicados ya suficientemente los hombres, los más atrevidos, y más dominados del espíritu nómada, empezaron á emigrar en diferentes sentidos. La primera emigración considerable debió probablemente verificarse hacia la China, continuando algunos más osados la misma dirección que habían seguido desde el Ararat á la pequeña Bukharia. Así pues, aquella debe ser la primera nación del globo, y no nos debe extrañar que en el *Fo-Hi* ó *Fo-He*, reconozcan muchos autores respetables al mismo Noé.

La familia de Cam, la más amiga de errar, debe ser sin duda la que principalmente intervino en la población de la China, adonde se llegó á formar la primera raza nueva, y adonde la lengua, fijándose luego por medio de la escritura, se vino á perpetuar bajo la primitiva y rudimentaria forma monosilábica.

Muy luego otros Camitas, marchando en sentido opuesto, penetraron por pequeñas y muy aisladas familias, en los países cálidos de la India y aun del Africa, y originaron las diferentes variedades de la raza negra, cuyas lenguas no se llegaron á fijar, hasta haber adquirido la forma de aglutinación.

Cuando más tarde el mismo Noé, con todas las familias que le permanecieron fieles, entre las cuales figuraba casi toda la descendencia de Sem y gran parte de la de Jafet, quiso retroceder y dirigirse, en busca de mejores tie-

rras, en la dirección del S. O., debió quedar un buen núcleo de civilización en la misma Bukharia, de donde continuarían partiendo más tarde nuevas emigraciones y nuevas luces. Pero el principal, el más nutrido y floreciente debió ser el que el Patriarca dirigía y animaba con su presencia. Mientras que toda esta gran colonia se trasladó desde el Oriente á los campos del Sennaar, muchas familias se irían desmembrando, y unas quedándose por el camino, y otras emigrando en diferentes direcciones; originándose así las razas Alófilas, blancas, pero de lenguas todavía aglutinantes.

Llegados los demás hombres á Babel, se establecen en aquellos feraces campos, se multiplican y prosperan. Siendo ya muchos y viviendo en medio de la abundancia, tienen tiempo para dedicarse á las ciencias. Entonces, éstas se reaniman en breve, se rehacen del gran abatimiento en que con el diluvio habían quedado (1) y se muestran tan flore-

(1) Puede verse entre otros al abate Gainet (*La Bible sans la Bible*, t. I, p. 177 y sig.) sobre la ciencia de los hombres antediluvianos. Inventaron la escritura, la astronomía y otras varias ciencias. Al patriarca Henoch se le atribuye un libro, que se cree fué guardado en el arca. Una tradición, referida por Casiano, cuenta que Cam había aprendido de los Cainitas las ciencias de los maleficios, y que viendo que no podría conservar en el arca los libros que trataban de ellas, las grabó en diversas láminas de metal y de piedra, que pudieran resistir á las aguas del diluvio. Pasado este, las halló donde las había escondido, y transmitió así á los hombres aquellos cono-

cientes y elevadas, como nos las revela aquella torre tan gigantesca y famosa. Pero semejante construcción, que ideada con buen fin hubiera colmado á sus autores de gloria inmarcesible é imperecedera, concebida como fué por la ciega soberbia humana, con profundo é inconcebible desprecio de la Majestad divina, sólo mereció las iras del Cielo y nuevas desventuras para la renaciente humanidad. Confundidos sus pensamientos y sus

cimientos perniciosos. «Clemente de Alejandría aseguraba que de los libros de las profecías de Cam era de donde Pherécydes había tomado su teología (*Stromat.* 6). San Agustín habla también de las columnas sobre las cuales había escrito Cam (*Ciuit. Dei*, lib. XVIII). Pedro Comestor hace mención de catorce columnas, siete de bronce y siete de ladrillos, erigidas por el mismo Cam, y que contenían los elementos y las reglas de todas las artes y ciencias. (*Annales*, t. XXVIII, p. 445).» Puede verse también á Josefo, *Antigüedades Judaicas*, I, c. II.

Otra prueba de los conocimientos transmitidos por Cam á su posteridad la viene á dar el Sr. Lenormant, cuando escribe (*Manuel d'histoire ancienne de l'Orient*, t. I): «Los descendientes de Cam fueron los primeros en marchar, después del diluvio, por las vías de la civilización material, que llevaron á un alto grado de desarrollo.»

«Una prueba del estado de civilización á que habían llegado los Camitas, añade el abate Vigouroux (*La Bible et les découvertes modernes*, t. I, p. 296), es la invención de la escritura, legada por ellos á los Semitas que les suplantaron en Caldea, y cuyo origen turaniano es hoy reconocido por los asirólogos.»

«A Henoch se le ha atribuido lo mismo que á Seth, la invención del alfabeto, de la aritmética y de la astrología. Como él ha recibido también los honores divinos entre ciertos pueblos.» L'Abbé Thomas, *Les Temps primitifs*, t. I, p. 173. Véase Lenormant, *Origine de l'histoire, d'après la Bible*, t. I, p. 217 y sig.; Smyth. *La Grande Pyramide*.

lenguas, se ve aquella multitud de infatuados obligada á dispersarse; y marchan cada cual por su camino en busca de países remotos, donde no hallarán las prosperidades de que en el Sennaar gozaban. Llevan sin embargo una gran ventaja; las lenguas originadas en la confusión de Babel, adquirieron todas la perfectísima forma flexional. Y llevan además no pocos restos de la gran civilización desmembrada. Conocen bien las industrias pastoriles y agrícolas; poseen el arte de la cerámica, saben fabricar perfectísimas armas de piedra, y no ignoran el uso de las de metal, si bien muy pocos sabían fabricarlas, ni mucho menos explotar los minerales.

Empiezan pues entonces las emigraciones de los Semitas, por una parte, y de los Arias, descendientes de Jafet, por otra. Pero donde quiera que van, se encuentran con muchas tribus esparcidas ya desde muy antiguo, unas descendientes de Cam como las Negras y las Amarillas, (1) y otras, de origen poco conocido, como las Turanias, pero que parecen provenir también de Cam por Chus, (2) si

(1) Los Americanos, que están relacionados con el tipo Amarillo, se tienen ellos mismos por descendientes de Cam. Así decían á los primeros Españoles que fueron á Méjico: "El estar vosotros bien vestidos proviene sin duda de que descendéis del buen hijo; al paso que nosotros, que descendemos del malo, no encontramos en un estado de desnudez." Clavigero, *Historia de Méjico*.

(2) "En cuanto al origen de los Turanios primitivos, lo hallamos envuelto en tinieblas que ni la etnografía ni la lingüis-

bien están más ó menos mezcladas con otras razas.

§. II. NINGUNA NACIÓN TIENE DEREGHO  
Á RECLAMAR UNA ANTIGÜEDAD SUPE-  
RIOR Á LA DE 2800 AÑOS ANTES DE  
NUESTRA ERA.

La data de 2800 años antes de J. C. asignada para el diluvio, satisface muy bien á todas las legítimas exigencias de la razón humana. La crítica más escrupulosa no podrá señalar una antigüedad superior á ningún pueblo del orbe, pero á muchos los debe reconocer como fundados en una época muy vecina de la mencionada fecha.

*Los Chinos*, que son los que aspiran á más desmesurada antigüedad, (1) carecen para ello de todo fundamento sólido. Ellos mismos reconocen que el año 213 antes de J. C. el rey Chi-Houum-Ti quemó todos los libros y destruyó todos los monumentos que podían recordar las noticias de los tiempos antiguos; y que su historia no fué reconstruida hasta

tica han podido aun disipar. La opinión común los colocaba, junto con los negros, entre los descendientes de Cham, y los unía á la rama de los Chuschitas más ó menos modificada por la mezcla de otras razas. L'Abbé Thomas, *Les Temps primitifs*, t. II, p. 258.

(1) A fuerza de pretensiones, nacidas en los tiempos modernos, se atreven á remontar su origen al año 3.266.000 antes de J. C.

150 años después. El *Chouking* de Confucio, único título que poseen para invocar su antigüedad, fué compuesto sólo 4 ó 5 siglos antes de nuestra era, y siendo quemado 200 años después, fué vuelto á escribir, según se dice, dictándolo un anciano, que lo sabía de memoria. «Un hecho indisputable, admitido de todos, escribe el Sr. Moigno, (1) es que la historia china no comienza á adquirir ninguna certeza sino desde la época de Hoang-Ti, 2697 años antes de J. C. (2) y sobre todo, desde la del reinado de Yu el Grande, 2205 años de J. C.» (3) Lassen afirma que los chinos no

(1) *Splendeurs de la foi*, t. II, p. 687.

(2) Según el Cardenal González (*La Biblia y la Ciencia*, t. II, p. 484) la era de Hoang-Ti parece corresponder al año 2667 antes de J. C. y no al que señala el Sr. Moigno; según César Cantú (*Hist. Univ.* t. VII, Cronol.) corresponde al año 2455.

(3) V. Paul Perny, *Livres chinois de la Langue mandarina parlée*.

El Cardenal Wissemann, después de recordar que el historiador más antiguo de la China es Confucio, el cual vivió unos dos mil años después del reinado de Yao, colocado por el mismo filósofo en el año 2557 (?); antes de nuestra era, añade (*Discursos sobre las relaciones entre la Ciencia y la Religión*, t. II.) «Esta antigüedad, por muy remota que sea, no satisface el orgullo de los chinos, y algunos historiadores más recientes han puesto otros reinados antes del de Yao y la han hecho subir hasta la venerable antigüedad de 3.266.000 años antes de J. C.»

César Cantú (*Hist. Univ.* t. I, lib. I, c. II), se expresa de esta manera: «Los chinos que aspiran á tan remota antigüedad se limitan á conjeturas hasta el año 722 a. de C. y los más imparciales de entre ellos consideran como ficciones alegóri-

tienen historia verdadera, sino á partir del siglo VIII, y coloca, por conjetura, la primera dinastía, la de Huc, en el año 2205 antes de nuestra era. Klaproth niega también toda certeza histórica á los Anales de la China, para épocas anteriores al año 752.

Según Abel Remusat la historia de los chinos remonta solamente al año 2637, antes de J. C. Schlegel piensa que los caracteres de la escritura china tienen 4000 años de antigüedad, lo que les hace remontar sólo á varias generaciones después del diluvio. (1) No hay

cas todo lo anterior á Fo-Hi. El *Chu-King*, que es el más antiguo de sus libros canónicos... dice que al principio reinó Yao en unión con los montes de su imperio, que dijo á sus siervos Hi y Ho: *id y observad los astros, determinad el curso del sol y dividid el año...* Confucio, no contando la historia de los reyes anteriores á Yao (2000 a. C...!) probó que los consideraba como fabulosos; Meneho, otro de los filósofos más insignes de la China, dice que esta región permaneció inculta y despoblada hasta Yao, primer rey, que reunió á los hombres en sociedad y emprendió la tarea de civilizarlos; y su gran historiador Se-matsian no comienza á fijar fecha á los acontecimientos hasta el año 841 antes de Cristo..

(1) «Sin necesidad de convertir los nombres de Yao, de Chum, de Yu y de Fo-Hi, escribe con gran razón el Cardenal González (*Obra cit.* p. 485) en otros tantos mitos como hacen algunos con mayor ó menor fundamento, podemos decir con Fries que la historia china abraza un período mítico y otro período histórico, el cual comienza en el año 775 antes de la era cristiana, no en el sentido de que todos los acontecimientos que en los anales símicos se refieren á fechas anteriores sean fabulosos, sino en el sentido de que el año mencionado, «constituye el primer punto fijo para un estudio cronológico comparado, al paso que todas las fechas anteriores sólo pueden ser consideradas como apreciaciones más ó menos gratuitas.»

inconveniente en admitir, con muchos respetables autores, que Fo-Hi, el fundador del Celeste Imperio, pudo ser el mismo Noé. Cuando los hombres salvados del cataclismo, se fueron á establecer en la pequeña Bukharia, pudieron enviar muy luego una reducida colonia á la China, que estaba tan cercana, y que vendría á ser la primera nación del globo, y podría por lo tanto reconocer por fundador al gran patriarca, que aún sobrevivió mucho tiempo.

De todos los pueblos de la antigüedad, el que parece poseer mejores títulos para defen-

De todos modos, aunque esta primitiva historia china ofreciera más garantías de certeza, y tuviéramos que reconocer, á toda costa, á los diez príncipes antecesores de Hoang-Ti, bien entónces, al parecer, apenas bastarían los 2800 años que hemos designado como la data más probable del diluvio, hallaríamos en la cronología de los Setenta un tiempo más que suficiente para la fundación de aquel imperio por Fo-Hi. Esta fundación remontaría en ese caso á lo sumo al año 294 después de la fecha señalada para el gran cataclismo en dicha cronología; pues los analistas chinos colocan el reinado de Fo-Hi, según el P. Martin, hácia el año 2952, antes de J. C.— V. al abate Thomas, *Les Temps primitifs*, t. I, p. 186; Moigno, *Splendeurs de la foi*, t. II, p. 688.

Peró teniendo en cuenta que Fo-Hi es el Noé de los Chinos, su reinado en el año 2952 es muy compatible con la fecha de 2800, asignada al diluvio. En el año 2952 Noé debía ser ya muy rico y poderoso, puesto que, al cabo de poco tiempo, pudo emprender la grandiosa construcción del arca.

Según Marcel de Serres, (*La Cosmogonía de Moisés*) la época de Fo-Hi no se puede hacer remontar á más de 2500 años antes de la era cristiana. Noé murió 50 años después de esa fecha, ó sea 350 después del Diluvio.

der su larga cronología es sin duda alguna el *Egipto*. Los documentos abundan y son estudiados con extraña diligencia por los sábios más competentes. Sin embargo, éstos están desacordes entre sí en más de 4000 años! Los egipcios, en medio de todo, no tenían cronología verdadera. «No tenían, escribe el abate Vigouroux, (1) era propiamente dicha; no tenían otro punto de partida histórico, más que los años de reinado de sus reyes. Se calculan las datas de su historia por la adición de los años de reinados; pero, aparte de las alteraciones que han podido sufrir algunas de esas cifras, se ignora si muchas dinastías pudieron reinar simultáneamente en las diversas partes del país, (2) de suerte que no se está en condiciones de juzgar si las cifras de la duración de esas dinastías deben añadirse ó no á la suma total de la duración del imperio de Egipto.»

El Sr. Mariette, que se complace en atribuir á éste una gran antigüedad, no puede menos de reconocer (3) que: «Los egipcios no tuvieron jamás cronología. Cualquiera que sea la precisión aparente de los cálculos, la ciencia moderna quedará siempre frustrada en sus tentativas de reconstituir lo que los egipcios no poseían..... Restituir á las listas de Mane-

(1) *Manuel biblique*, t. I, página 530.

(2) Lénormant admite dos dinastías contemporáneas; Bruch, cinco; Bunsen y Lieblein reconocen siete.

(3) *Aperçu de l'histoire de l'Égypte*.

thón el elemento cronológico que les quitaron los copistas, es una obra imposible, y se vé por ahí que cuanto más fuerte se siente la ciencia para afirmar que un monumento pertenece á tal ó cual dinastía, tanto más se persuade de que no debe pronunciarse acerca de la data absoluta á que remonta ese monumento.

Ve «La duda, en semejante materia, crece á medida que uno se va alejando de los tiempos vecinos á nuestra era.» (1)

Por otra parte, la fábula está mezclada con la historia. Los egipcios admitían tres dinastías de dioses y semidioses, la primera de la cuales suponen que duró 13900 años. Por lo que hace á la data de Menes, que es tenido por el primer rey humano, están los sábios en el mayor desacuerdo; Champollion-Figeac señala 5867 años antes de J. C.; Lesueur, 5773; Böeckh, 5702; Unger, 5613; Mariette y Lenormant, 5004; Lieblein, 4717; Brugsch, 4455; Lauth, 4157; Lepsius, 3892; Jorje Synce-lló, 3855; Bunsen, 3623 ó 3059; Gumpach, 2785; Röckerath, 2782; Poole, 2717; Lane y Rawlinsón, 2700; Hamard, 2600; César Cantú, 2450; VWilliam Osburn, 2429; VVilkinsón, 2330; Marcel de Serres, 2272; Raska, 2235; Palmer, 2224. Véase por tan notables diver-

(1) Ya en los tiempos de Diodoro de Sicilia existía la misma incertidumbre; pues, según él, los egipcios contaban, desde la erección de la gran pirámide, unos, 1000 años, otros, 3400.

encias, cuán inseguras son las bases de la cronología de Egipto. Cualquiera de las datas señaladas por los últimos autores mencionados puede admitirse muy bien, quedando así confirmada la que nosotros hemos asignado al diluvio. Y si ahora se tiene en cuenta que, según cálculos astronómicos bastante aceptables, la gran pirámide data del año 2170, y que por otra parte consta que fué construida durante las primeras dinastías, probabilísimamente durante la IV; tendremos todas las probabilidades para suponer que la verdadera data de Menes no pasa de 2400 ó 2500 años antes de nuestra era. (1)

(1) Quien se maraville de cómo pudieron alcanzar los egipcios en tan poco tiempo un tan alto grado de cultura, tenga presente que sólo 700 años separan los orígenes de Roma del Siglo de Augusto, y que en el Egipto fué donde vinieron á concentrarse gran parte de los conocimientos salvados en el arca. En él penetró muy luego la raza de Cam, y es preciso recordar que entre los Camitas fué entre quienes la civilización material hizo, desde un principio, los más rápidos progresos, como dice muy bien Lenormant, (*Manuel d'histoire ancienne de l'Orient*, t. I, p. 99).

Además, como advierte el Sr. Mariette: «La civilización egipcia, desde que la observamos en el origen de los tiempos, se nos manifiesta completamente formada, y los siglos venideros, por numerosos que sean, no le enseñarán casi nada. Al contrario, hasta cierto punto, el Egipto perderá, porque en ninguna otra época levantará monumentos como las pirámides.» V. Smyth, *La Grande Pyramide*.

Por otra parte, la misma divergencia que existe entre los egipólogos modernos, existía ya entre los historiadores antiguos, «Sabemos que Horodoto, escribe el Cardenal González (*La Biblia y la Ciencia*, t. II, p. 467,) alegando el testimonio de

Se nos aducirán en contra los documentos hallados; pero de todos éstos el que más parece favorecer la remota antigüedad de la monarquía egipcia es la tabla de Abydos, hallada por el Sr. Mariete. Contiene los nombres de 75 reyes que reinaron en Egipto desde Menes hasta Sethi I. Como éste, según la opinión corriente, es el padre del perseguidor de los Israelitas, (1) debió reinar unos 14 siglos antes de nuestra era. Concediendo á cada uno de los 77 reyes de la série, que empieza por Menes y termina por Sethi, un reinado por término medio de 20 años, lo cual es conceder mucho, tendríamos 1540. Así, pues, la data de Menes llegaría a lo sumo á unos 2900 años antes de J. C. Pues bien, aparte de las grandes dudas que hay de si muchos de aquellos reyes reinaron simultáneamente en diversas regiones de Egipto, las grandes vicisitudes porque éste atravesó nos obligan á reconocer que el término medio de dichos reinados no debió llegar apenas á 15 años. De donde se sigue que Menes debió reinar á lo sumo por los años 2600. (2) Y de esta fecha debemos

los sacerdotes de Heliópolis, concedía á sus primeros reyes una antigüedad de 11.340 años. Diodoro de Sicilia reduce esta antigüedad á 5000 años, poco más ó menos, mientras que Varrón limitaba aquélla á 2000 años escasos.»

(1) Es decir, padre de Ramsés II, el opresor, y abuelo de Menephtah, el faraón del Egipto. V. Dr. Bourdais en *La Science Catholique*, Diciembre de 1887, p. 46.

(2) Debemos hacer notar de paso, escribe el abate Thomas (*Les Temps primitifs*, t. I p. 190) que los sábios están lejos

cercenar la suma de los tiempos en que varios reyes pudieron reinar á la vez.

Además de esto, los monumentos lo que hacen es desmentir y rebajar las exageradas cifras de la historia (1), «De 37 reinados en que se han podido cotejar las cifras de Manethón con las del papyrus de Turín, el primero da un total de 984, el segundo de 615; diferencia 369. La primera dinastía duró, según Manethón, 268 años, y según el papyrus solamente 202. Manethón por otra parte, no está siempre conforme consigo mismo.» (2)

de hallarse conformes con el carácter histórico de Menes. La duda es permitida, cuando se le vé figurar en las tradiciones heroicas de diversos pueblos, bajo los nombres, casi idénticos, de Manou, en la India, de Minos, en Creta, de Manes, en Frigia, de Menos, en Lidia, de Mannus (?) en Germania.»

(1) Según Champollión, en una carta á Wiseman, «Las fechas seguras que se ven en todos los monumentos de Egipto y sobre los que debe en adelante fundarse la cronología de este país, prueban que no hay ninguno que sea anterior á 2200 años antes de la era cristiana; es decir, 4041 antes de la época actual, 1841; la fecha es ciertamente muy remota, y sin embargo no es anterior más que en 478 años al Pentateuco, que se remonta á 3563 años antes de 1841... Si se adopta la cronología y sucesión de los reyes que nos ofrecen los monumentos de esta comarca, la historia egipcia concuerda perfectamente con los libros santos. Abraham, por ejemplo, llegó á Egipto hácia 1900, bajo el imperio de los reyes pastores; unos reyes de raza egipcia no hubieran permitido de ninguna manera á un extranjero entrar en su país.»

(2) L'Abbé Thomas, *Ibid.* p. 191. Según las cifras del papyrus de Turín, vemos que á cada uno de los 37 reinados no corresponden más que unos 16 años y medio. Como en ese documento también cabe su exageración, la cifra de 15 años por

La data de 2600 años, como la máxima, que se puede atribuir prudentemente á Menes, y los 15 años á lo sumo de reinado, que como término medio se debe conceder á cada uno de los reyes de la tabla de Abydos, són dos hechos que hallamos plenamente confirmados con las sólidas reflexiones del abate Hamard, quien, entre otras cosas notables, escribe (1):

«La más importante de las inscripciones es la de Abydos, que representa y designa por sus nombres á Sethi I, padre de Ramsés II (XIX.<sup>a</sup> dinastía) y á 76 de sus predecesores, comprendido Menes, el primero de todos. Pero si esta lista es completa, es precisamente la condenación de la de Manethón, pues éste no nos da nada menos que 260 reyes para el mismo período. Ahora bien, no se puede comprobar que aquella no tenga más autoridad que la de Manethón. Su autor, que vivía 12 siglos antes, estaba en mejores condicio-

término medio, que hemos concedido arriba á cada uno de los 76 reyes de la tabla de Abydos, aparecerá aún quizá demasiado grande. Los 37 reyes godos de España reinaron, por término medio, 9 años cada uno; los 23 León y Asturias no llegaron á 14 años; los 25 de León y Castilla apenas alcanzaron los 15.

Puede verse con provecho, sobre la antigüedad de Egipto, al abate Moigno, *Les Splendeurs de la foi*, t. II, p. 615—670; Brugsch, *Geschichte Aegypten's*, 1871, p. 36; Mariette, *Questions relatives aux nouvelles fouilles á faire en Egypte*, 1879, p. 3; Bunsen, *Egypte*, t. I, p. 32; Cardenal González, *La Biblia y la Ciencia*, t. II, c. III,

(1) V. *La Science Catholique*, Setiembre de 1887, p. 443 y sig.

nes para saber á qué atenerse acerca de la historia primitiva de Egipto. Sabía además que Sethi cifraba su gloria en el número de sus antepasados reales; no es, por lo tanto probable que hubiese olvidado alguno. Si se acepta esta cifra de 76 faraones anteriores á Sethi I, y se concede á cada reinado *una duración de 15 años, que es precisamente media durante las 10 últimas dinastías*, se tendrá para las 18 primeras una duración total de 1.140 años, y de 900 solamente, si se prescinde de la 18.<sup>a</sup> que duró unos 240 años, poco más ó menos. Estos 900 años, añadidos á los 1.700 á que remonta la dinastía 18.<sup>a</sup> hacen remontar el principio de la primera solamente al año 2600 antes de J.-C. (1). Los par-

(1) Por lo que hace á la fecha de 1700 años, que señala el Sr. Hamard á la dinastía 18, hé aquí como la determina (página 445): «La data de las cinco últimas, es absolutamente cierta... De la 26, que comenzó el año 665, para allá la data crece rápidamente; sin embargo se pueden encontrar acá ó allá, ciertos puntos de comparación más ó menos seguros, hasta el principio de la 18. Un fenómeno astronómico producido durante la 20, permitió relacionar sin mucha hesitación esta dinastía con los siglos XII y XIII antes de nuestra era. El Éxodo ó salida de los Judíos de las riberas del Nilo ha ofrecido otro punto de comparación; porque nadie duda que este acontecimiento tuvo lugar bajo la dinastía precedente ó XIX. Y aun se cree comunmente que acaeció bajo el 4.<sup>o</sup> rey, Menephtah I.\* —Se admite además generalmente, que la persecución dirigida contra los Judíos, por un rey que no había conocido á José, fué inaugurada bajo la dinastía anterior, la 18.<sup>a</sup>, que había sucedido á otras extranjeras, las de los Pastores. Esta dinastía está, por lo demás, tan llena de acontecimientos, que es posible fi-

tidarios de las largas cronologías... harán ver que la tabla de Abydos no hace ninguna mención de las dinastías comprendidas entre la 12 y la 18. Pero esta laguna, evidentemente intencional, ¿no probaría precisamente que los reyes que pertenecen á esas cinco dinastías no tienen ningún derecho á ser considerados como predecesores de Sethi, que mandaron sólo en una parte de Egipto, que no tenían más que una autoridad local y reinaban al mismo tiempo que otros faraones, los únicos legítimos á los ojos de la posteridad? En todo caso, se admitirá que Sethi estaba mejor colocado para saberlo, que nuestros sabios modernos... Otras consideraciones vienen en apoyo de esta hipótesis. En primer lugar, es cosa notable que en el suelo egipcio, tan rico en restos del Imperio antiguo y del medio, no se halle ningún monumento que se refiera ciertamente á ninguno de los reyes de esas cinco dinastías; lo cual muestra por lo menos la escasa importancia del papel que

le atribuye la duración. Debió comenzar hacia el año 1700, medio siglo más ó menos. Antes de esta fecha los datos cronológicos faltan absolutamente, y están autorizadas las conjeturas más contradictorias.

El mismo Lieblein conviene en parte con las apreciaciones del abate Hamard. Según él (*Investigaciones sobre la cronología egipcia según las listas genealógicas*) la tabla de Saqqarah, á ejemplo de las de Sethi I y Ramsés de Abydos, omite cinco dinastías, pasando directamente de la XII á la XVIII, á causa, sin duda de que bajo esas dinastías el Egipto estuvo dividido en dos reinos contemporáneos.

desempeñaron. En segundo lugar se ha hecho constar con sorpresa—un egiptólogo bien conocido, el Sr. Brugsch, fué el primero en hacer esa observación,—que «los nombres propios egipcios de los hombres de los tiempos de la 12.<sup>a</sup> dinastía, se vuelven á hallar, bajo la misma forma, en los monumentos del principio de la 18.<sup>a</sup>, y además: que en estos dos períodos de la historia de Egipto la forma y la ornamentación de los ataúdes son exactamente las mismas.»—Estos dos hechos hieren demasiado á la vista, y no podrían casi explicarse, si, como dice Manethón, esos dos períodos estuvieran separados por un intervalo de 1.500 años... Las cinco dinastías, de que acabamos de tratar, no son las únicas, cuyo valor cronológico es controvertible. Puede decirse otro tanto de las comprendidas entre la 6.<sup>a</sup> y la 11.<sup>a</sup>. Estas cuatro dinastías no han dejado apenas ninguna señal en la historia, y los monumentos están con respecto á ellas, tan mudos como las tradiciones históricas. Además, como en el caso precedente, se señala una notable analogía bajo el punto de vista del arte, entre las épocas inmediatamente anterior y posterior. Podemos pues creer, con egiptólogos autorizados, que estas dinastías fueron accesorias ó simultáneas, y que deben ser despreciadas por el cronologista... Quizá por tener conciencia de eso, atribuyó Monethón al total de las dinastías una duración notablemente inferior á la

que resultaría de la adición de los diferentes reinados... En cuanto al período fabuloso, y prodigiosamente largo, que según el sacerdote egipcio, debió preceder á la era histórica, no hay, en realidad de verdad, motivo para preocuparse. Podemos ver en él un recuerdo confuso, ya de los tiempos anteriores al diluvio, ya de los que procedieron ó siguieron inmediatamente á la dispersión de los pueblos.»

«Los Caldeos, según los fragmentos de Beroso, que nos han sido conservados, escribe el abate Vigouroux (1), hacían comenzar su historia unos 500.000 años antes de nuestra era (2). Diez reyes habían reinado antes del diluvio por espacio de 432.000 años; 84 reyes reinaron después del diluvio, durante 33.091 años (3). Todo el mundo conviene en que estas cifras son fabulosas.» ¿Qué fe nos pueden merecer pues esas historias y esos documentos manifestamente falsos? (4) Admitamos con

(1) *Manuel biblique*, t. I, p. 530.

(2) Mejor dicho, unos 470.000. V. Moigno, *Les splendeurs de la foi*, t. II, p. 678.

(3) Eusebio, *Chronica. arm.*, I, 4, 2, (V. *Scriptorum Veterum nova collectio*, t. VIII, 1833, p. 18.)

(4) «Los críticos antiguos y modernos, escribe el Cardenal González (*La Biblia y la Ciencia*, t. II, p. 478), sólo conceden valor histórico á la cronología asirio-caldea y á las afirmaciones de Beroso, á contar desde la tercera dinastía, de la cual puede decirse que ocupa en la historia de los Babilonios el lugar que para los Egipcios corresponde á Menes. Sólo que mientras á este se le atribuye una antigüedad de cuatro ó cin-

todo el número de los 84 reyes postdiluvianos; concediendo á cada uno por término medio 20 años de reinado, tendremos para el primero de ellos solamente la data de 1680 años antes de Beroso. Añadamos aun, si se quiere, 200 años más; y ni aun así podremos llegar á la fecha de 2400 antes de J. C. en que debió acaecer probablemente la dispersión de Babel.

«Casi nada más que á partir del siglo xx, escribe con gran razón el abate Thomas (1), es cuando se encuentran algunos elementos históricos en las obras de Beroso, el analista de los Caldeos.»

Se nos aducirán en contra los monumentos; pero ¿quién nos asegura que los datos que encierran son exactos? Lo que sabemos positivamente es que los autores de ellos aspiraban á establecer y confirmar la desmesurada y ridícula antigüedad del imperio. Sin embargo, si se prescinde de una sola, todas las demás fechas á que nos conducen los monumentos, las podemos aceptar sin reparo. Una inscripción del reinado de Sennacherib viene á establecer la derrota de Teglatphalasar I por los Babilonios, hacia el año 1100 antes de J. C. Otra inscripción de este último rey nos hace remontar á la fecha de 1800; pues se gloria de haber restablecido en Khalak-Chergat

co mil años, con relación á la era cristiana, la tercera dinastía de Beroso se refiere al año 2250 ó 60 antes de dicha era.»

(1) *Les Temps primitifs*, t. I, p. 187.

un templo edificado por Samsibín 701 años antes. Otra inscripción nos dice que Assurbanípal reconquistó, en 639, un ídolo llevado de Erech 1635 años antes. Aunque no sabemos qué datos seguros pudo tener presentes el autor de la inscripción para señalar esa cifra, no tenemos inconveniente en admitir que dicho ídolo pudo ser arrebatado el año 2274 antes de nuestra era.

La única data que no podemos aceptar, por ser del todo infundada é inadmisibile, es la señalada en el cilindro de Nabónidas, hallado en Abbou-Abba por H. Rassam y conservado en el Museo británico. Dice que Naram-Sin había fundado el templo del dios Samas en Sippara, 3200 años antes del reinado de Nabónidas y por lo tanto 3750 antes de nuestra era. Pero, como dice muy bien el abate Vigouroux (1): «Ignoramos por qué medio pudo calcular Nabónidas la data de Naram-Sin y qué confianza merece su cálculo.» Y en efecto, si el mismo Beroso estableció fechas tan exorbitantes, cuando podía exponerse á la burla de los Griegos (2), ¿cuánto mejor se

(1) *Manuel biblique*, t. I, p. 530.

(2) Estos, sin embargo, levantaron una estatua, con lengua dorada, al historiador ó fabulista caldeo. Pero no por eso dejaron de burlarse grandemente de él, lo mismo que los Romanos, cuyas burlas rayaban en profundo desprecio. «Condenemos, escribía Cicerón (*De Divin.* l. II, cap. 75), á los Babilonios por necios, vanos y ridículos: porque dicen que sus monumentos alcanzan 470.000 años, y creamos que mienten á sabiendas, y que no temen, insensatos, la censura de los siglos venideros.»

podieron establecer libremente y poco antes en el mencionado cilindro?

«¿Por ventura los sacerdotes de Sippara, pregunta el abate Thomas (1), no cedieron á la tentación de exagerar la antigüedad de su templo, para conciliarle mayor veneración? Se han visto otros ejemplos. Aquí, por otra parte, faltan los medios de comprobación. Esto mira en particular á los documentos caldeos, los cuales ofrecen muchas menos garantías de exactitud que los monumentos asirios. Los Babilonios, en efecto, no tenían canon cronológico; contaban, como los Egipcios y los Chinos, por los años de reinado de sus soberanos.» (2) Así pues, no tenemos el menor fundamento para establecer el primer reinado de Babilonia más allá del año 2400. Si la fecha del cilindro de Nabónidas fuera cierta, tendríamos que reconocer que cada uno de los 84 reyes postdiluvianos debió reinar, por término medio, más de 40 años, lo cual es á todas luces absurdo. El mismo célebre Oppert (3), fundado en datos astronómicos de los Caldeos, afirma que: «Los tiempos históricos debieron comenzar 1805 años antes de la fecha de 712 antes de Jesucristo, es decir en 2517.» Esta es probabilísimamente

(1) *Les Temps primitifs*, t. I, p. 188.

(2) Pueden verse sobre esta cuestión las interesantes reflexiones del Cardenal González (*Obra cit.*, p. 479 y sig.)

(3) Citado por el abate Moigno, *Les Splendeurs de la foi*, t. II, p. 679.

la data en que los hombres, partiendo del Oriente, vinieron á establecerse en los campos del Sennaar (1).

«Los *Indios*, escribe el abate Vigouroux (2), se atribuyen una antigüedad fabulosa (3).—

(1) Cesar Cantú (*Hist. Univ.*, t. VII. Cronologías) escribe: «Los 120 saros trascurridos (según Beroso) desde el tiempo de Aloro (Adán) al tiempo de Xisuthro (Noé), darán 2165 años; y desde Xisuthro hasta Cristo, 2644; de manera que con arreglo á la cronología de los Caldeos, la existencia del género humano en la tierra precedió 4809 años á la era cristiana. Más adelante señala el reinado de Nemrod en 2640 y el de Eveeno en 2575. Por lo que hace á la Asiria, coloca el reinado de Assur en el año 2540 y el de Belo en el de 1993.

Debe tenerse en cuenta que, según Syncello, el *Saro*, cuyo valor tanto exageran algunos, debía ser un período de 18 años, compuesto de 223 meses lunares sinódicos de 29 días y medio cada uno, y servía para predecir los eclipses. Desde Aloro hasta Xisuthro, cuenta Beroso 120 saros; desde Xisuthro hasta Eveeno trascurrieron nueve y medio; desde Eveeno se empezó á contar por años solares.

Suidas (*V. Lexicon*. edit. Kuster, t. III, p. 289) nos atestigua también que: «Los saros son entre los Caldeos una medida y un número. 120 saros, según el cálculo de los Caldeos, hacen 2.222 años, porque el saro contiene 222 meses lunares, lo que equivale á 18 años y seis meses.

Dando pues al saro el valor de 18 años y medio, se obtiene, para la duración total de los diez reinados antediluvianos, en lugar de los 432.000 años, admitidos por Beroso, una cifra casi igual á la que nos dan los Setentá (2241 años) para los tiempos anteriores al diluvio. Ese debe ser pues aquí el valor del saro, y no 36000 años, como pretendía el historiador caldeo, conduciéndonos á un resultado tan fabuloso. V. Vigouroux, *La Bible et les découvertes modernes*, t. I, p. 244; L'Abbé Thomas, *Les Temps primitifs*, t. I, p. 176.

(2) *Obra cit.*, p. 532.

(3) V. Wiseman, *Discours sur les rapports entre la science et la religion révélée*.

1.º Hacen remontar á millones de años su *Surya Sidhanta* ó *Libro de las ciencias*; pero según Bentley no data de más allá de siete á ochocientos años, y las observaciones astronómicas sobre las cuales está fundado, tienen su punto de partida entre los siglos XII y XIV antes de J. C. (1).—2.º La era de Brahma, de que habla el poema épico del *Râmâyàna* no es anterior al siglo X antes de J. C. Aunque la historia de la India comience en una época más remota, la antigüedad que se atribuyen los brahmanes está en contradicción con los hechos. No se encuentran señales de un gobierno regular en este país, antes de los dos mil años que precedieron á la era cristiana, es decir, que la India no aparece en la historia, sino después del Egipto y la Caldea.—3.º En cuanto á la literatura sagrada de los Indios, se la ha hecho también extremadamente antigua; pero, según Lassen, cuya autoridad en estas materias es universalmente reconocida, los Vedas no fueron redactados antes del siglo XV que precedió á nuestra era. (2)

(1) Según Lassen, el primer indianista de Alemania, el *Surya Sidhanta* es posterior á la introducción de la astronomía griega en la India, y data de los primeros siglos de la era cristiana. (Mortillet, *Materiaux pour servir á l'histoire de l'homme*, t. I, p. 223.) «La data del *Vasasitha-Sidhanta* y del *Raya-Sidhanta*, que los Indios acostumbraban á hacerlos remontar á uno ó dos millones de años, no se eleva, según los cálculos del Sr. Bentley, á más allá del X ó del XI siglo de la era cristiana.» Moigno, *Les Splendeurs de la foi*, t. II, p. 684.

(2) Lo mismo opina el Sr. Neve (*Les Époques littéraires de*

Las leyes de Manou ó el *Manava-Dharma-Sastra* son del siglo XI ó del X antes de J. C.»

Las primeras migraciones de los Arias y su establecimiento en las riberas del Indus tuvieron lugar, según Lenormant, (1) 2500 años antes de nuestra era; 2200, según Eastwick (2); hacia el 1500, según Lassen (3). «A esta época parece que debe referirse, escribe el abate Thomas (4), el primer establecimiento de los Indios en el Noroeste de la India actual, en el Penjab. Poco á poco y por etapas sucesivas fué como los Arias se hicieron señores de toda la India. Al paso que el Sr. Talleboys V Wheeler hace comenzar la historia de los Indios hacia el 2500, el Sr. Dunkler (5) no cree que se pueda remontar con certeza á más allá de 800 años antes de la era cristiana.» (6)

*Véase*, p. 40), quien añade: «El sabio editor del *Big-Veda*, señor Max Müller (*Hist. of anc. literat. sanscrit*), trazó de mano manstra el cuadro de la antigua literatura sanscrita, y su desarrollo completo lo puso, en el espacio de unos mil años, del siglo XII al segundo antes de nuestra era.»

(1) *Histoire anc. des peuples d' Orient*, t. III, p. 431.

(2) *Handbook of the Punjab*.

(3) *Alterthumskunde*, Leipzig, 1867, t. I.

(4) *Lug. cit.*, p. 185.

(5) *Geschichte des Alterthums*, 5.<sup>a</sup> edic., t. III, p. 11.

(6) «Aun suponiendo que hay alguna exageración en las ideas de Max Müller, escribe el Cardenal González (*La Biblia y la Ciencia*, t. II, p. 487, 488), como la hay acaso también en las que emite B. Saint-Hilaire, cuando parece negar toda autenticidad á la historia de los pueblos de la India, siempre deberá reconocerse que las fechas auténticas de su historia de-

«La data de la entrada de los Solars arios en la *India*, debe ser, según James Fergusson, 2400 años próximamente antes de nuestra era; (1) es decir que fué á continuación de la dispersión de Babel, acaecida á los 400 después del diluvio.

Con la misma fecha aparecen también los *Medos* en escena, si bien Piazzi Smyth, fundándose en datos astronómicos, les asigna una antigüedad inferior en unos 3 siglos (2).

Los *Griegos*, á pesar de tenerse por tan antiguos como el Sol, son posteriores á los pueblos mencionados. Está ya bien demostrado que provienen de Javán, hijo de Jafet. La descendencia de aquel se estableció en la costa occidental del Asia menor, de donde pasó más tarde á la Grecia. Esta se vió después invadida por otras varias colonias orientales. Atenas fué fundada por Ogyges en el año 1831 antes de J. C.; y Argos lo fué por Inacho en el de 1822. (3)

ben colocarse, cuando más, hacia el año 2000 antes de nuestra era, sobre poco más ó menos.»

(1) Moigno, *Les Splendeurs de la foi*, t. I, p. 686.

(2) *Id. ibid.*

(3) *Id. ibid.* p. 691.

§. III. LAS DIFERENTES FASES QUE OFRECIÓ LA INDUSTRIA HUMANA Á PARTIR DE LA EDAD DEL RENO, TODAS SON DE ALGUNA MANERA HISTÓRICAS, Y NO PUEDEN HACERNOS REMONTAR Á UNA FECHA SUPERIOR Á LA QUE HEMOS SEÑALADO AL DILUVIO.—ARMONÍAS ENTRE LA PREHISTORIA Y LA HISTORIA.

Si la historia de los primitivos y antiquísimos imperios no posee ningún dato seguro para hacernos avanzar á más allá de 2800 años, antes por el contrario, nos fuerza y detenernos sin poder llegar siquiera á esa fecha; la llamada prehistoria de los pueblos modernos, á pesar de sus pretensiones tan infundadas como las fábulas de los Caldeos ó Egipcios tampoco puede hacernos remontar apenas más allá de unos 2600 años antes de la era cristiana.

Ha pasado ya el ardor de las exageraciones; á los siglos y centenares de siglos que nuestros geólogos, antropólogos ó arqueólogos acostumbraban á señalar á cualquier monumento de la edad de piedra, ha sido forzoso sustituir no pocas veces una época muy vecina, la romana y aun otras posteriores á ella. Se ha apagado ya el entusiasmo; la acalorada imaginación ha debido quedar helada

ante la frialdad con que hablan y con que se imponen los hechos. (1)

Se reconoce ya que se ha partido de hipótesis aventuradas, pero se trata de justificar esto afirmando que: «Sin generalizaciones prematuras, no se llegaría á generalizaciones verdaderas. La ciencia no podría marchar sin hipótesis, y cada cual tiene presentes á su espíritu ciertas teorías, hoy abandonadas, que brillaron en un tiempo con vivo esplendor y provocaron fecundos trabajos. Cualquiera que sea el valor de una teoría, no conviene disimular su carácter provisional. Hé aquí lo que no he querido olvidar, bien convencido por otra parte de lo muy

(1) «No tenemos ninguna base para hacer un cálculo, confiesa el Sr. Cartailhac (*La France Préhistorique*, p. 51.) Hasta que no hayamos salido de los periodos geológicos y llegado al momento en que la historia registra los acontecimientos, seremos incapaces de ofrecer datas. Debemos decir desde ahora y de una vez para siempre, que los cronómetros en que se ha soñado son inciertos ó insuficientes. Ya porque se les puede apreciar de muchas maneras y obtener resultados muy diversos, ya porque calculando la duración de los fenómenos antiguos según los tiempos que exigen actualmente, no se puede saber si las causas que los producían eran entonces más lentas ó más rápidas, si eran regulares ó no.» Y en efecto. ¡Cuántos y cuán solemnes chascos no se han llevado ya esos imperturbables arqueólogos y antropólogos, que se empeñan en señalar datas, siempre excesivas! No pocas veces se ha atribuido una prodigiosa antigüedad á ciertos restos humanos, por haber aparecido en capas bastante profundas; y ahondando después un poco más, aparecieron instrumentos de la época romana, ó de otras muy recientes.

provechoso que es á todos confesar la situación verdadera, y declarar altamente que *lo desconocido nos rodea cuando abordamos el océano de las edades prehistóricas*. Precisar *nuestra ignorancia*, me parece el mejor medio de provocar las investigaciones.» (1)

Acertados consejos son sin duda alguna estos últimos, aunque bastante mal seguidos por el mismo que los ha dado.

Nosotros no creemos oportuno conceder á la imaginación esas libertades que le otorga el Sr. Cartailhac; queremos partir solamente de los hechos más seguros ofrecidos por la ciencia ó por la tradición, por la historia ó por la Biblia.

Si *lo desconocido nos rodea*, cuando bajo el punto de vista de la Prehistoria, abordamos el estudio de las edades antiguas; *si cualquiera que sea el valor* de una de las teorías llamadas científicas, es preciso reconocer que tiene un carácter puramente *provisional*, en vano se podrá invocar á la Prehistoria para contradecir los hechos que con mejores fundamentos nos ofrecen la Biblia, la historia y la misma tradición.

Pues bien, las tres á una voz nos afirman que las primitivas edades distan poco de la nuestra.

«En todas partes, confiesa el mismo Cartailhac (2) las trazas de la edad de piedra se

(1) Cartailhac, *Obra cit.* (Prefacio).

(2) *Ibid.* p. 1 y 5.

muestran en las supersticiosas y en ciertas tradiciones populares... Mercati indica diversos textos, que establecen el empleo de cuchillos de piedra en los tiempos históricos. La erudición moderna no ha hecho más que seguirle en esta vía, cuando su compatriota el Sr. Rossi y muchos otros arqueólogos han enumerado los numerosos casos de persistencia de la edad de piedra en los usos religiosos ó en las supersticiones de los pueblos civilizados. Los embalsamadores del antiguo Egipto abrían el cadáver por una incisión practicada con una piedra de Etiopía, y las tumbas nos han ofrecido cuchillos de sílex tallado que sirvieron quizá á aquel uso. Por orden de Jehovah, Josué hizo cuchillos de pedernal para circuncidar á los Israelitas, y esta operación fué por largo tiempo ejecutada, entre los Judíos, con semejantes instrumentos. Con una piedra cortante era con lo que los sacerdotes de Baal se hacían incisiones para volver al dios favorable, con ella los sacerdotes de Cybeles se mutilaban vergonzosamente. Los puñales de piedra formaban parte de los muebles sagrados de los templos; en todas las circunstancias solemnes, se recurría á ellos para herir la víctima ofrecida en sacrificio; así se hizo cuando fué concluida la alianza entre Alba y Roma, entre Roma y los Samitas y en el tercer tratado de la guerra Púnica. Las mismas costumbres debieron reinar entre los Cartagineses. Con un

cuchillo de sílex fué con lo que Annibal hirió el cordero sobre el altar, después de su famoso juramento á Asdrubal, y antes de dar la batalla del Tesín.»

La edad de piedra que nuestros sabios se han empeñado en hacerla tan antigua, continuó pues de algún modo dentro de las edades de bronce y hierro aun en los pueblos más civilizados, hasta la misma era cristiana. Y no sólo nos consta eso, sino que sabemos también positivamente por los primitivos historiadores y por las tradiciones antiguas, que antes de la edad de bronce se había usado en Europa exclusivamente de la piedra y del hueso. Aun más, sabemos que los primeros moradores de nuestros países después del diluvio, vivían en las cavernas. Tenemos no pocas noticias, no solo de la edad neolítica, sino también de la llamada Magdaleniana; y esas noticias son tales, que nos fuerzan á creer que dichas edades distan poco de la nuestra.

El materialista Lucrecio (1) nos recuerda á los mismos trogloditas que no trabajaban la tierra ni edificaban viviendas;

Sed nemora atque cavas montes, sylvasque  
colebant,

Et frutices inter condebant squalida membra.

«Entonces, hace decir Eschylo á su Prometheo (2), los hombres no conocían ni las ca-

(1) *De rerum natura*, v. 930 y sig.

(2) *Prometheo encadenado*, v. 450 y siguientes.

sas de ladrillos abiertas al sol, ni construcciones de madera. Habitaban debajo de la tierra, como las ágiles hormigas, en las tenebrosas galerías de los antros. Yo les enseñé á construir moradas cómodas. Me deben el arado, el caballo tirando del carro, la navegación...»

Las descripciones que los Griegos hacían de los Cíclopes, á quienes una tradición posterior atribuyó la fabricación de instrumentos de metal y las construcciones llamadas ciclópeas, nos llevan á la edad neolítica y quizá á la de los mismos moradores de las cavernas. «Entre ellos, dice Homero (1) no hay asambleas para deliberar en las plazas públicas, no hay leyes. Habitan en las cumbres de las montañas; cada uno manda en su mujer y sus hijos. Los jefes de las familias no se entrometen unos en los negocios de otros.» Aquí ya tenemos datos históricos, bastante seguros. Los cíclopes de las narraciones griegas aparecen como contemporáneos ó posteriores á la destrucción de Troya, y existían aun por lo tanto hacia el siglo XIII antes de nuestra era. Platón dice de ellos (2) que conocían la cerámica, pero no el uso de los metales.

«Se trata, sin duda, escribe el abate Thomas, (3) de una población turania que prece-

(1) *Odisea*, VI, 2.

(2) *Leyes*, I, III.

(3) *Les Temps primitifs*, t. II, p. 46, 47.

dió en Europa á la inmigración de los Arias. Los estudios filológicos vienen en apoyo de esta conjetura. Entre los pueblos de origen turianiano, los términos que sirven para denominar el cuchillo, el machete, el hacha y otros instrumentos cortantes, están derivados de una raíz, que significa piedra, roca. Por el contrario, los nombres de los metales, ó están tomados de los Arias, ó difieren unos de otros en los distintos idiomas, señal cierta de una introducción posterior en el lenguaje. Esta reflexión, con todo, no se aplica más que á los Turanios de Europa, no á los primitivos del Asia, entre los cuales, desde la más remota antigüedad, parece que la metalurgia debió hallarse floreciente. Los datos ofrecidos por el vocabulario común á las lenguas turanianas confirman la ausencia, señalada por Homero, de instituciones políticas entre los pueblos cuyas hábitos describe. La comparación de estas lenguas no ha dejado más que los términos de padre y de madre, de hermano y hermana; y ninguna palabra hay que suponga la existencia de una ciudad ó de un Estado propiamente dicho. Los Fineses, restos de la antigua población europea relegada á la Escandinavia y al norte de Rusia por la invasión de los Arias, (1) conserva-

(1) *Die Sprachen und Völker Europa's vor der Arischen Einwanderung streifzüge auf Turanischen Sprachgebiete*, von dr. Cruel.

ban aun en los tiempos de Tácito sus costumbres primitivas.» En efecto, dicho historiador los describe de esta suerte (1): «Los Fineses están sumergidos en una barbarie extrema, en una pobreza horrorosa; no tienen armas ni caballos ni casas; su alimento es la yerba; su vestido, las pieles de las bestias; su cama, la tierra. Todo su recurso está en las flechas, á las cuales, á falta de hierro, ponen huesos puntiagudos; la caza alimenta del mismo modo al marido y á la mujer; ésta le acompaña en todas sus correrías, y comparte con él el producto de la caza. Sus hijos no tienen más refugio contra las bestias feroces y contra las intemperies, que algunas ramas de árboles entretejidas; este es el asilo que recibe á los jóvenes cuando vuelven, este es el retiro de los ancianos.» (2)

Pero no sólo hasta los tiempos de Tácito, sino también hasta nuestros mismos días se ha conservado en los países del Norte la raza de los trogloditas con todas sus hábitos. Y lo chocante es que lejos de progresar de la edad del reno acá, han degenerado notablemente. Oigamos lo que dice á este propósito el

(1) *Germania*, 46.

(2) «En esta misma época, añade el Sr. Cartailhac, después de citar las referidas palabras de Tácito (*V. La France préhistorique*, p. 9), y no lejos del país de los Fineses, en la Galia romanizada, las escuelas de la ciudad de Autun eran frecuentadas por cuarenta mil estudiantes.»

Sr. Cartailhac (1): «Las poblaciones de nuestra edad del reno, han sido muchas veces asimiladas á los Esquimales y á ciertos habitantes del Norte de la Siberia. Estos, en efecto, nos presentan condiciones de existencia muy análogas á las que nos revelan los restos de hogares y de comidas de nuestras grutas, y parecen detenidos en la misma etapa de la civilización. Basta para convencerse de ello, citar los siguientes extractos de la *Descripción de todas las naciones del imperio de Rusia*, publicada en 1776.—Los Fineses y los Vogoules guardan cierto culto á las cavernas sagradas, en las cuales depositaban en otros tiempos sus ídolos. Vivían entonces del reno, de la caza y de la pesca... Los Tchouktsches, que habitan el promontorio siberiano más avanzado al oriente, entre el mar Glacial y el Pacífico, viven como los Kamtchadales; en cuevas subterráneas ó en los *antros de las rocas*, cuya abertura cierran suspendiendo pieles de reno delante de la entrada. No tenían en la época que fué redactada la obra citada, ningún instrumento de hierro ni de metal, sus cuchillos eran todos *piedras cortantes*; sus punzones, *huesos puntiagudos*; su vajilla de madera y cuero; sus armas, el arco, la flecha, la pica y la honda. *Las picas estaban armadas de huesos puntiagudos*. Las mujeres curten las

(1) *Obra cit.* p. 61 y 62.

pieles de los animales... y las cosen con agujas hechas de espinas de peces.»

Más salvajes aparecen aun las llamadas *Insulares orientales*.—«Estas costumbres de las poblaciones árticas, añade el Sr. Cartailhac (1) parecen haber sido las mismas que las de los antiguos trogloditas de nuestras regiones.» Y más adelante (2) volviendo á tratar de los mencionados pueblos dice que: «Son artistas, menos hábiles, es verdad, que los de nuestra edad del reno... Los Tschoukchis continúan como sus antepasados, copiando con exactitud los animales que conocen... En general estas imágenes groseras son, con todo, superiores á las de las tribus occidentales y notablemente inferiores á las de los Esquimeles de Port-Clarence. Estos saben ejecutar verdaderos cuadros, pero también distan mucho de alcanzar el valor artístico de nuestros Europeos de la edad del reno.»

«Más miserable aun que los Fineses, escribe el abate Thomas (3), era la población del Peloponeso antes de la llegada de los Pelagos, según la tradición griega, referida por Pausanias (4). Diodoro de Sicilia (5) hace el mismo cuadro de los primeros habitantes de

(1) *Ibid.* p. 63.

(2) *Ibid.* p. 78 y 79.

(3) *Les Temps primitifs*, t. II, p. 47.

(4) *Descripción de Grecia*, l. VIII, 1, 2, 5, 6.

(5) L. V, 65.

la isla de Creta. Los rasgos no varían apenas, ni casas ni arados ni caballos ni metales ni tejidos.»

Pero no fué solamente en Europa donde la rudimentaria civilización de la edad de piedra permaneció pura hasta la época de los Romanos y aun hasta nuestros mismos días; otro tanto ha acaecido en otras muchas regiones de la tierra.

En la misma Asia, en medio de las grandes luces que irradiaba la floreciente civilización de aquellos antiquísimos y dilatados imperios, se conservaron por largo tiempo muchas poblaciones, no ya con las costumbres de nuestra edad neolítica, sino también con las de los mismos trogloditas de la edad del renacimiento. El mismo Cartailhac lo reconoce, y añade (1) que. «Se citaban algunas en las riberas del noroeste de la India y alrededor del golfo Arábigo: vivían ya en las cavernas, ya en chozas construídas con osamentas de ballena que la mar arrojaba á la costa. «Las costillas hacen de vigas y de postes, las mandíbulas hacen la puerta. Se utiliza hasta las vértebras que sirven de morteros donde se tritura la carne de los peces secados al sol y mezclados con un poco de harina. Tienen muelas que trabajan picándolas con piedras, porque carecen de hierro; y con piedras también es con lo que afilan sus flechas endure-

(1) *La France préhistorique*, p. 8.

cidas al fuego. No teniendo armas hechas de mano del hombre, hieren los animales con cuernos de machos cabríos, ó bien con piedras cortantes.» Otros salvajes parecidos, vivían en las playas del mar Rojo y al sur de Etiopía. Y los mismos Etiopes, durante el esplendor de las riberas del Nilo, y aun más tarde, cuando formaban parte de la armada de Jerges, vestidos de pieles de leopardo ó de león, tenían grandes arcos de palmera, y largas flechas de caña, en la punta de las cuales, en lugar de hierro, ponían una piedra aguda. Llevaban además dardos armados de cuernos de corzo, puntiagudos y trabajados como la hoja de una lanza, y mazas robustas y nudosas; cuando iban al combate, se pintaban la mitad del cuerpo con yeso, la otra mitad con bermellón.»

Una de las poblaciones á que alude el señor Cartailhac, parece ser la de los Horreos de la Escritura, los cuales viviendo en medio de gentes muy civilizadas, conservaron por largo tiempo sus costumbres troglodíticas. Hé aquí como los describe un orientalista afamado (1); «No dejaré á los Israelitas, sin decir algunas palabras de ciertas tribus que vivieron por largo tiempo entre ellos, en los distritos situados al Norte del Jordán.... La descripción que los libros santos nos hacen

(1) De Gobineau, *Essai sur l'inégalité des races humaines*, t. I, p. 484—489.

de estos hombres miserables es precisa, característica, terrible por la idea de degradación profunda que suscita. No habitaban en los tiempos de Job, más que en el distrito montañoso de Seir ó Edóm, al sur del Jordan. Abraham los había conocido ya allí... Los Setenta llaman á estos pueblos los Chorreos; la Vulgata les da, con menos justicia, el nombre de Horreos, y se hace de ellos mención en muchos lugares de la Escritura. Vivían en medio de los peñascos y se escondían en las cavernas. Su mismo nombre significa *trogloditas*. (1) Sus tribus tenían jefes y formaban comunidades independientes. Todo el año, errando á la ventura, iban robando todo lo que hallaban y asesinando cuando podían. Su talla era muy elevada. Miserables hasta el exceso, los viajeros los temían por su ferocidad. Pero toda descripción palidece en presencia de los versículos de Job, (2) en que el Sr. d' Ewald (3) reconoce el retrato de ellos.»

(1) *Hori hor*, agujero, caverna.

(2) *Job*, XXX, 1-8.

(3) *Geschichte des Volkes Israel*, t. I, p. 273. «Los Chorreos habían ocupado, en épocas más antiguas, las dos riberas del Jordan hasta el Eufrates hacia el nordeste, y al sur hasta el mar Rojo.... En todas partes parecen aborígenes.... Llamados Chorreos en el Génesis, el Deuteronomio les llama también *Emin*, cuyo singular es *Emañ*, que significa *terror*. Los *Emin* serían, pues, los *Aterradores*, las gentes de aspecto terrible (*Deuter.* II, 10. 11). Se encuentra aún una tribu particular, antiguamente establecida en el territorio de Ar, asig-

Debemos pues reconocer como cierto que, en plena edad del hierro y casi hasta la misma era cristiana, se conservó en el Asia y con mayor razón en muchas regiones del centro de Europa, la industria de la edad neolítica.

Si queremos saber hasta cuándo duró propiamente esa edad, cuándo empezó el bronce, en la mayoría de nuestros países, á dominar sobre la piedra y á dejar en desuso muchos de los variadísimos instrumentos que con ella se venían fabricando, debemos tener presente que la Prehistoria apenas nos puede decir nada sobre la cuestión. «Los monumentos á que hemos pasado revista en esta obra, escribe el Sr. Cartailhac al terminar *La France Préhistorique*, pertenecen á periodos cuya duración no nos es posible evaluar... Hemos dado ya la razón de por qué ningún cronómetro puede ni podrá servirnos para medir lo largo de las épocas prehistóricas. Si con todo debemos dar una idea de la data á que pueden razonablemente atribuirse las últimas estaciones y tumbas neolíticas, *indicaremos el siglo XII antes de nuestra era*.» Nosotros creemos que debieron alcanzar una

nada después á los Ammonitas. Estos últimos les llamaban los *Zomzomim*. El texto describe de esta suerte su país y á ellos mismos (*Deuter.* II, 20.) «Terra gigantum reputata est, et in ipsa olim habitaverunt gigantes, quos Ammontæ vocant *Zomzomim*. 21. *Populus magnus et multus et proceræ longitudinis, sicut Enacim, quos delevit Dominus á facie eorum.*»

época mucho más vecina de la nuestra. El Sr. Cartailhac, aunque más razonable y medurado que sus correligionarios, gusta con todo bastante de ponderar, sin ningún fundamento sólido ni casi aparente, la duración de las primitivas edades. (1)

Si la Prehistoria, como sus mismos partidarios se ven precisados á reconocer, nada nos puede decir en la materia, no tiene ningún derecho á contradecir los datos que nos ofrezcan la tradición y la Historia. Pues bien éstas nos hacen creer que, al ménos en muchas comarcas del centro de nuestro continente, y en la misma Francia, á la cual se refiere el Sr. Cartailhac, se conservaron, hasta épocas bastante posteriores al siglo XII, no pocas estaciones propiamente neolíticas. (2) Pero demos que las últimas pertenezcan

(1) El Sr. Réinach, en su interesante obra, *Descript. du musée de St. Germain*, hace ver muy bien lo exageradas que suelen ser las hipótesis de nuestros arqueólogos, y dice expresamente: «Todas las apreciaciones cronológicas relativas á la aparición del hombre, pecan por la fragilidad y la incertidumbre de los datos en que se fundan.» Además sostiene que muchos de los animales reputados por antediluvianos, se acabaron de extinguir en una época nada remota: por lo que mira al mammut y al rinoceronte, cree que vivían aún en nuestros países 2000 ó 3000 años antes de J. C. Pues bien, según hemos probado en otro lugar, estos animales, ó se extinguieron completamente con el diluvio, ó los pocos individuos que se salvaron entonces, acabaron de desaparecer á principios de la edad del reno.

(2) Con respecto á otras localidades fuera de la Galia, lo reconoce también el mencionado arqueólogo; pues afirma ex-

al siglo XII; si las primeras, como diremos luego, se establecieron hácia la época de Abraham ó ántes, tendremos 6 siglos ó más de duración para la edad de la piedra pulimentada, ¡Seis siglos!.. es ya un período inmenso en la historia de la humanidad. En seis siglos Roma nació y se hizo señora del mundo. Seis siglos ó quizá ménos, es todo lo que media entre Israel y Salomón.

La edad neolítica apenas debió alcanzar los seis siglos; esa edad es por todos reconocida como muy corta. (1) A la introducción de la piedra pulimentada sucedieron muy en breve las primeras armas de metal.

Una autoridad bien competente en la materia, el Sr. Bertrand, nos hace ver claramente, que no sólo la edad neolítica, sino también la de los mismos trogloditas, está íntimamente relacionada con la historia. Nosotros lo hemos probado ya. Hubo trogloditas en medio de los florecientes imperios de Oriente; las ha habido en Europa hasta nuestros mismos días. Pero dejemos hablar al mencionado arqueólogo: «Si hubiéramos de creer á ciertos sábios, escribe (2), la edad de las cavernas debió durar, no ya centenas, sino millares de años, y representaría, de una

presamente (*obra cit.* p. 124) que: «En muchos puntos de Europa la edad neolítica duró hasta los Romanos.»

(1) V. Lapparent, *Géologie*, p. 1236; Quatrefages, *Races humaines*, p. 121.

(2) *Archéologie celtique et gauloise*.

manera general, la primera fase del desarrollo de la humanidad. Estas son *puras hipótesis*. Nada hay que pruebe que el trogloditismo... fuera, aún en las sociedades primitivas, otra cosa más que una excepción... Que en los siglos XII ó XIV antes de nuestra era haya podido haber salvajes del orden de los moradores de nuestras grutas, no causará maravilla en ninguno de los eruditos que hacen de la historia su ocupación ordinaria.» Y después de recordar que á fines del siglo pasado había aún trogloditas en Rusia, hace la pregunta siguiente: ¿Hacia qué siglo próximamente terminaron las habiudes de los trogloditas?—Continuando luego su discurso, añade: «La época de las cavernas y la época de la piedra pulida se tocan indudablemente.... *Estas dos épocas se tocan y se penetran*, sin que sea posible señalar entre ellas un período intermedio. Pero la edad de la piedra pulimentada, *toda tiende á demostrarlo, fué muy luego penetrada por la invasión*, restringida en un principio, y bien pronto muy sensible, *del bronce oriental*.... La data inicial de esta importación de los metales en Europa no puede pasar de unos 1900 años antes de J.-C. Debe descender al siglo XII sino al X por lo que mira á la Galia.... *La misma época de las cavernas se relaciona directamente con la histórica*... La nueva rama de la ciencia que se desarrolla hoy, es sin duda *extra literaria*, pero no hay razón para cali-

ficarla de prehistórica.... Por muy remoto que pueda ser el momento en que las poblaciones troglodíticas aparecieron en la Galia, vivieron en ella progresando siempre, en un círculo reducido, hasta que fueron, podemos decirlo, civilizadas por los pueblos de la piedra pulida, época que está lejos de perderse en la noche de los tiempos, y que, por el contrario, toca incontestablemente en los tiempos absolutamente históricos.»

Por aquí se podrá ver claramente cuán poca razón tenía el Sr. Cartailhac para decir que las últimas estaciones neolíticas de la Galia pertenecen al siglo XII. ¡Gracias que entonces empezara á introducirse en ella el metal! Y éste se fué introduciendo paulatinamente; la edad neolítica no pudo, pues, acabar hasta muchos siglos después. Así nos lo hacen creer además la tradición y la historia y la misma arqueología. «Los resultados conseguidos con ésta, pregunta el mismo señor Bertrand (1), están en desacuerdo con los datos generales de la historia? No lo creemos así.... Nada nos enseñan que pudiera causar alguna sorpresa á un Horodoto, á un Tucídides, á un Polibio, á un Strabón.... El oficio del arqueólogo es ofrecer á la historia escrita, un suplemento y una contraprueba: el arqueólogo es un auxiliar del historiador... Los arqueólogos del Norte colocan hácia el

(1) *Obra citada.*

año 1000 antes de nuestra era la data de la introducción del bronce en Escandinavia.... La Galia estaba poco avanzada también. En ella fué muy larga la edad de piedra. Nada hay que pueda probar, que 500 ó 600 años antes de nuestra era, habfan salido completamente de dicha edad, no ya el Lozere, la Auvernia, el Lot, sino tampoco nuestras principales provincias del Noroeste. Es preciso aguardar hasta el año 200 ó 250 antes de J.-C. para hallar en los *oppida* ó en las tumbas de nuestros departamentos no meridionales, trazas sensibles del comercio mediterráneo. Antes de conocer el bronce, estas poblaciones hiperbóreas gozaban ya de una situación general, á lo que no debe extrañarnos que estuvieran bastante apegadas.... 800 ó 900 años antes de nuestra era llevaban aún una vida tradicional é ignorada... La civilización del bronce puro, penetró muy poco en Italia y en la Galia. La Francia no atravesó, en la época de la primera introducción de los metales, la revolución de que las regiones más septentrionales nos dieron ejemplo. En la época en que los Focenses vinieron á fundar en nuestras costas, establecimientos duraderos, el centro, el norte y el oeste de la Francia estaban aún en plena edad de la piedra pulida... Ya el hierro se mostraba en todas partes é iba á invadirnos.... El período del bronce, si es que lo hubo, no fué ni largo ni general en las Galias.»

La edad neolítica duró, pues, evidentemente hasta una época bien vecina de nuestra era, la misma edad de los trogloditas está tocando con la historia. Los monumentos que de esas edades nos restan no son tales ni tantos que nos fuercen á reconocer en ellos una duración excesiva; antes, teniendo en cuenta lo rápido que suele ser el desarrollo del organismo de una sociedad, nos vemos casi forzados á reconocer en aquellas edades una vida muy limitada. La Prehistoria, por otra parte, como sus más fervientes cultivadores lo confiesan, no puede decir ni una sola palabra en apoyo de esas tan infundadas cuanto fabulosas duraciones que algunos se esfuerzan en atribuir á las primeras fases de la industria humana. ¿Qué apoyo tienen pues esas teorías tan absurdas y gratuitas? Sólo una ciencia superficial y de puro nombre, acompañada de una osadía sin límites, puede defender en serio lo que toda razón y buen sentido contradicen á una voz.

Si el uso de los instrumentos de piedra continuó en muchas regiones del globo hasta nuestros mismos dias, y si en las mismas naciones más civilizadas del Asia y de Europa no acabó de desaparecer por completo antes de la era cristiana; otro tanto podemos decir de los grandes monumentos propios de la época neolítica. Los dólmenes y demás construcciones megalíticas siguen apareciendo en plena edad histórica, no sólo en los pai-

ses incultos, sino también entre las gentes más civilizadas. Y aún en nuestra misma edad son elevados en la India, en Madagascar, etc. (1)

El Sr. Moigno había hecho ver que apenas habrá ninguna suerte de megalitos de que no se haga mención en la Biblia; (2) y el mismo Cartailhac, lo reconoce expresamente, por lo menos con respecto á los *menhirs*, y no se desdén de describir algunos de ellos. (3)

Elevados por Jacob, elevados más tarde y en abundancia por Moisés y por Josué hácia el siglo XIV antes de nuestra era, y elevados

(1) V. Cartailhac, *La France préhistorique*, Chap. XI; Cotteau, *Le Préhistorique*, p. 117; Moigno, *Les Splendeurs de la foi*, t. II, p. 726.

(2) *Ibid.* cit. p. 724 y sig.

(3) *La France préhistorique*, p. 314. Sus palabras merecen consignarse: «Se conocen, escribe, los textos del Génesis... Jacob, levantándose muy de mañana, tomó la piedra que le había servido de cabecera, la puso en pie, como un pilar, y derramó aceite encima de ella. Después del paso del Jordán, Josué designó doce hombres, uno de cada tribu, para que tomara cada cual una piedra de en medio del río; del sitio en que se habían detenido los sacerdotes, y la llevarán al lugar donde los Hebreos habían acampado, á fin de que quedaran en memorial eterno para los hijos de Israel. Por otra parte, el mismo personaje tomó una gran piedra y la puso debajo de una encina, cerca del santuario, diciendo que sería para los Judíos un testimonio de la alianza establecida entre Jacob y su suegro Labán. Se sabe también que después de la victoria alcanzada por los Israelitas de los Filisteos en Mitspa, Samuel levantó una piedra, que llamó *la piedra del Socorro*, porque allí le había socorrido el Eterno... Y después añade que la costumbre de levantar piedras en memoria de algún acontecimiento ha durado hasta nuestra edad.

también en adelante en el mismo pueblo de Israel y entre otras gentes muy cultas, nos vemos forzados á reconocer cuán vecina á nosotros debió ser la época en que nuestras atrasadas comarcas dichos monumentos se elevaban todavía. (1) Por de pronto sabemos positivamente que en los primeros siglos de la era cristiana, aún se tributaba en varios países de Europa, un supersticioso culto á muchas de esas grandes piedras. (2) Y si al lado de ellas encontramos numerosos sílix, nada prueban en favor de la antigüedad. En el túmulo del mismo Josué se han hallado muchísimos cuchillos de pedernal, que ofrecen un carácter antiguo; sin embargo, á pesar de estar simplemente tallados en astillas, sabemos por la historia sagrada que fueron fabricadas en una época muy reciente, y sirvieron para circuncidar á los Israelitas.

Esa misma admirable historia nos hace co-

(1) En muchos dólmenes del Aveyrón se han hallado no sólo fragmentos de hierro, sino también varias monedas. Esto atestigua una época muy vecina. El autor de las escavaciones, *por consejo de Mortillet*, guardó por largo tiempo silencio, acerca de ese particular, y eso que describía muy detalladamente el resultado de sus trabajos. «Confesar que un solo dólmen puede ser posterior á la introducción de la moneda en nuestras regiones occidentales, escribe el Sr. Hamard (*La Science Catholique*, Marzo de 1889, p. 247), sería arruinar por su base el edificio tan laboriosamente elevado por nuestros prehistoriadores... Y quién era ese arqueólogo tan hábil en dejar pasar en silencio los datos perjudiciales á su teoría? Era... el Sr. Cartailhac!...»

(2) V. *La France Préhis.* p. 315.

nocer la época de las sepulturas en las cavernas. Abraham compra una para que sirva de sepulcro á él y á toda su familia; en ella fué enterrado junto con su esposa Sara, en ella fué enterrado Isaac, á ella fueron trasladados desde Egipto el cadáver de Jacob y más tarde los huesos del mismo José.

Por lo que hace á los palafitos ó pueblos lacustres, ni son tan antiguos como afirman muchos arqueólogos, ni han acabado de desaparecer todavía, aunque estén bien modificados; díganlo sino Méjico ó Venecia.

«Las ciudades lacustres, escribe el abate Moigno, (1) son también históricas y casi contemporáneas. Herodoto traza la historia de una tribu de la Tracia, los Peonios, que en el año 250 antes de J.-C., habitaban el lago Prasias y que desafiaron los ataques de Dario, gracias á la posición particular de sus moradas.... Dumont-Durville encontró poblaciones lacustres en Nueva-Guinea... El señor Keller afirma, por otra parte, que en la ribera Limar, cerca de Zurich, había aún en el siglo pasado varias chozas de pescadores, edificadas bajo el mismo plano... Hochstetter tiene por muy verosímil (2) que las ciudades lacustres no remontan á más de diez siglos antes de la era cristiana. Franz Maurer (3)

(1) *Les Splendeurs de la foi*, t. II, p. 862, 863, 865.

(2) *Archiv. für Anthropology*, t. 1.

(3) *Anstaud*, 1861, p. 912.

las hace remontar á los tiempos que mediaron entre los siglos V y VIII antes de nuestra era. Hastler (1) coloca los más recientes en el siglo III antes de J.-C. (2) Añade aún que el exámen de las turberas no nos fuerza á hacer remontar las más antiguas á más de 1000 años antes de J.-C. (3) y que hay grandes motivos que militan en favor de un origen mucho más reciente. Keller, Desor, Von Bauer, los grandes maestros de la arqueología, no han aventurado jamás una cifra. Pero todos los hombres sensatos convienen en reconocer que el hombre de las ciudades lacustres es bien posterior al de las cavernas.» (4)

(1) *Viertel-jahre Schrift*, 1865, p. 80.

(2) El mismo Cartailhae, en *La France préhistorique*, página 133, reconoce la persistencia de muchos palafitos durante la edad histórica.

(3) El mismo Lyell, á pesar de ser tan ardiente partidario de la excesiva antigüedad del hombre, reconoce en sus *Principios de Geología*, que: «Todas las armas y todos los utensilios hallados en las turberas de Francia y de la Gran Bretaña, son romanos. Y gran parte de las formaciones turbosas de Europa no datan de más allá de los tiempos de Julio Cesar.»

Debemos añadir que un bosque destruido por una tempestad hacia mediados del siglo XVII, dió origen á una turbera en Lochbroom, en el Rosshire, y antes de pasar medio siglo, ya se empezó á explotar la turba.

(4) Hé aquí lo que dice el abate Hamard con respecto á la antigüedad de los palafitos: «Lo que comprobamos en realidad es que no sólo deben atribuirse los palafitos unos á la edad neolítica y otros á la del bronce, sino que también, en la cronología de los tiempos prehistóricos, hay lugar para esas dos edades. Nos parece que estas se confunden en nuestros pai-

Por lo que hace á este, he aquí lo que escribe en otro lugar (1) el Sr. Moigno: «Yendo más lejos aún, el Sr. Francks no temió afirmar, en pleno Congreso de Bruselas, que las cavernas de Inglaterra nunca habían sido más habitadas que hacia el fin de la ocupación romana, y que quizá los Bretones romanizados se refugiaron en ellas en el momento de la invasión sajona (2).—El troglodita ó el hombre morador de las cavernas en los primitivos tiempos está por otra parte consignado en la historia. «No pasó inadvertido á

ses. Las dos civilizaciones que las caracterizan, no difieren sensiblemente, en su conjunto. A nuestro parecer, debemos referirnos siempre á la misma raza, á los Celtas propiamente dichos, primera rama de la gran familia aria que ocupó nuestras regiones. Desde su venida, *doce ó quince siglos* quizá antes de nuestra era, hasta la inmigración de los Galos, que tuvo lugar unos mil años más tarde, esta raza no parece haber modificado considerablemente sus costumbres ni su industria. Siempre la vemos cultivar los cereales, criar animales domésticos, pulir una parte de los útiles de piedra de que hacía uso. Poco á poco, es verdad, el bronce se fué asociando á la piedra en sus utensilios. Este es el único progreso serio que realizó. A nuestro modo de ver, no hay en esta introducción lenta un motivo suficiente para la creación de una nueva edad. V. *Revue des questions scientifiques*, Abril 1888, p. 478.

Según esto, los Celtas, á quienes debemos atribuir la industria neolítica, apenas remontan á 1500 años antes de Jesucristo. No hay pues ningún fundamento para hacer remontar esta industria á más de 1600 años, que es el máximo que hemos asignado nosotros, con respecto á la mayor parte de la Europa central y occidental.

(1) *Obra cit.* p. 487.

(2) *Congrés de Bruxelles*, p. 199.

los primeros historiadores, dice el Dr. Evans (1), que en los tiempos remotos las cavernas servían de moradas, *specus essent pro domibus* (2).»

En vista de todo lo que precede, y aunque las cifras que hemos transcrito, referentes á la época en que empezaron las ciudades lacustres, sean demasiado cortas, cualquiera que se deje guiar de la sana razón y del sentido común, no podrá menos de reconocer lo muy descaminados que andan cuantos se empeñan en esconder nuestro origen en la noche de los tiempos. Ni la historia ni la tradición ni la arqueología ofrecen el menor dato seguro que nos autorice á suponer que la edad de las cavernas haya empezado, al menos en el centro de Europa, antes de la fecha de unos 2600 años; ni la neolítica, antes de la de unos 1800 con respecto á la era cristiana.

Si ahora tenemos en cuenta que la edad del hierro y aun la del bronce son completamente históricas, que la de la piedra pulimentada, es por lo menos *casi histórica*, puesto que las historias antiguas nos dan clara noticia de las armas de piedra, únicas que usaban los primitivos moradores de nuestros países; nos veremos precisados á reconocer que la edad neolítica es entre nosotros posterior á la vo-

(1) *Ancien stone implements of Great Britain*, p. 412.

(2) Plinio, *Hist. nat.* l. VII, c. LVI.

cación de Abraham, acaecida unos 1000 años después del diluvio.

Y en efecto, no tenemos ninguna razón para exigir más de diez siglos á la edad del reno (1). Durante ella se sucedieron diferentes razas de Trogloditas, que fueron viniendo del Oriente é introdujeron la industria Magdaleniana. Las razas posteriores venían mucho más adelantadas que las primeras, y llegaron á conocer la cerámica y aun supieron domesticar ciertos animales, por ejemplo, el perro, como las de Furfooz. Cuando cesó el frío, empezaron los hombres á abandonar las cavernas y á establecerse en los kiokenmodingos. Estos son próximamente de la época de Abraham (2).

Luego aparecen las tribus de los dólmenes, que usan ya de la piedra pulimentada, y que

(1) En realidad todos los restos de ella apenas nos permiten creer en una duración tan grande como la arriba señalada; el mismo Cartailhac lo viene á reconocer: "La edad del reno, escribe (*La France préhist.*, p. 63), es pues positivamente una fase geológica, un momento corto, pero determinado en la historia de la tierra."

(2) En efecto, en tiempos de este patriarca, vivían, y no muy lejos de él, muchas tribus con una civilización intermedia entre la de los kiokenmodingos y la de nuestras cavernas, según hemos hecho constar. De hacia entonces parece que datan los primeros monumentos megalíticos del Asia. Estos debieron ser, en nuestros países, algún tanto posteriores; por consiguiente, la industria de los kiokenmodingos, que en algunas regiones de Europa se ha prolongado en cierta manera hasta nuestros días, apenas podrá remontarse en ella á la época de Abraham.

muy pronto mezclan con ella diferentes instrumentos de bronce y algo más tarde los de hierro.

La industria de los dólmenes es casi idéntica, pero las razas humanas que los poblaban eran muy distintas. Algunas debían ser Turanias, otras eran ya Arias.

Los Arias se fueron extendiendo por el Asia y lograron dominar gran parte de ella, subyugando á las tribus *turanias*. Pero tardaron mucho en penetrar en Europa, antes de hacerlo, se establecieron en la antigua Iberia y desde el Ararat al mar Caspio, y allí permanecieron muchísimo tiempo, hasta que, viendo ya mitigados los rigores del clima de nuestro Continente, se lanzaron sobre él hasta llegar á los remotos confines, donde el sol deja ver sus últimos rayos.

Pero no encontraron aquellas tierras deshabitadas; otras razas más atrevidas habían penetrado allí durante el largo período de frío que sucedió inmediatamente al diluvio; las primeras eran las de los Trogloditas de la edad del *Reno*, á los cuales pertenece la avanzada industria paleolítica, llamada Magdaleniana. Estos fueron en parte sustituidos ó mejor dicho absorbidos más tarde por otra raza superior, que introdujo el uso de la piedra pulimentada é inauguró por lo tanto entre nosotros la edad neolítica.

Con las grandes invasiones de los Arias se introducen entre nosotros el uso del bronce y

la fabricación de diferentes instrumentos de metal.

En este punto estamos bastante conformes con las apreciaciones del *abate Thomas*, quien escribe (1): «La gran meseta de Pamir y las steppas del Asia central separaban el Turán (Turkeistán) patria de los Turanios del Iran, cuna de los Arias. De allí se dispersaron en dos direcciones, los unos al Este, por la Mogolia y la Manchuria, y los otros al Oeste, por la Europa. Pueden seguirse las huellas de sus emigraciones, mediante el hilo conductor de la lingüística. El continente Europeo encierra aun hoy poblaciones de origen turaniano; al S. O. los Bascos, al centro los Húngaros, al N. E. los Lapones, los Fineses, los Esthonianos, etc. Todo parece indicar que en una época muy antigua, probablemente, prehistórica, los Turanios estaban esparcidos por toda la superficie de Europa, especialmente por el centro, de donde fueron lanzados después, por las migraciones sucesivas de los Arias, los unos hacia los desfiladeros de los Pirineos por los Ario-Celtas y los Ario-Latinos, los otros á la extremidad N. O. por los Ario-Slavos y los Ario-Germanos. (2)—Las inducciones del sabio escritor (Dr. Cruel) basadas sobre la Filología comparada, están

(1) *Les Temps primitifs*, t. II, p. 251.

(2) *Die Sprachen von Europas vor der Auchen Einwanderung*, por el Dr. Cruel.

de acuerdo con los resultados de los estudios arqueológicos y de la Paleontología prehistórica. Los Arias fueron los que importaron á nuestras tierras el uso del bronce y la fabricación de los metales. Hallaron la Europa ocupada por una población braquicéfala, cuyas armas y utensilios pertenecían á la edad de la piedra pulimentada. Estos pueblos eran Turanios venidos del Asia, precursores de los Arias. La llegada de los Húngaros, posterior á la invasión ariana, data de los tiempos históricos. Los mismos Turanios primitivos parecen haber sucedido, en nuestros países, á una población anterior, la de los Trogloditas, moradores de las cavernas, contemporáneos del reno y del mammut. Estos primeros habitantes de Europa, originarios del Asia, pertenecen al período paleolítico, ó de la piedra tallada. ¿A qué familia étnica los debemos incorporar? El Dr. Cruel los considera como formando parte de la misma rama que los Indios y los Esquimales del Nuevo-Mundo, y funda esta opinión en las afinidades de las lenguas americanas con los idiomas turanianos.»

«Cuando se trata de hombres verdaderamente neolíticos, escribe Quatrefages, (1) dos hechos merecen sobre todo fijar nuestra atención, conviene á saber: la *diversidad de las razas*, que nosotros hemos comprobado, y la

(1) *Races humaines*, p. 141 y sig.

*uniformidad fundamental de su estado social.* De una á otra extremidad de la Europa, ya sean braquicéfalos ya dolicocefalos, elevan igualmente dólmenes, saben pulir sus hachas y ciertos utensilios. Cuando tallan la piedra, lo hacen con la misma maravillosa habilidad... Por otra parte, estos nuevos invasores tienen todos animales domésticos... Los dos hechos esenciales que acabo de recordar, se explican fácilmente admitiendo que durante nuestros tiempos cuaternarios, se había formado en el Asia un centro de civilización relativa, bastante extenso para comprender poblaciones de razas diferentes, que permanecían más ó menos aisladas las unas de las otras, pero ligadas por un mismo grado de cultura... Cuando estas razas, estas poblaciones de la vieja Asia penetraron en nuestras regiones occidentales, las cosas pasaron, según lo ha dicho justamente el Sr. de Mortillet, del mismo modo que en la época en que los Europeos invadieron la América. Que fueran Españoles ó Franceses, Portugueses ó Ingleses, todos llegaron con el hierro, la pólvora y el caballo, se hacían lugar en el Nuevo-Mundo y se repartían el suelo. Así hicieron las inmigraciones neolíticas, partiendo de un centro, único bajo el punto de vista social, pero múltiple bajo el punto de vista étnico. Ahora bien, cuando un centro de esta naturaleza se constituye en medio de pueblos salvajes, quedan siempre en sus fron-

teras, y con mayoría de razón, más allá, numerosas tribus rebeldes al progreso y que conservan su barbarie primitiva... Alrededor de los pueblos que pulían sus hachas y criaban rebaños, había otros, por lo menos hacia el poniente, que conservaban las costumbres rudimentarias de los tiempos pasados, y algunos de los cuales no tenían siquiera el perro. Mientras los primeros se pusieron en marcha para ganar la Europa, no pudieron menos de ir rechazando y cazando delante de ellos á los segundos. Y de rechazo en rechazo fué como las tribus que no conocían aún más que la piedra tallada, llegaron antes que los hombres neolíticos á nuestras costas occidentales, donde acumularon los kienmodingos.»

No siendo, como no eran en realidad, de una misma raza todos los hombres neolíticos, sino de muchas y muy diferentes, que fueron invadiendo la Europa de una manera sucesiva, no podemos decir con el abate Thomás, que todos ellos fueran turanios; había algunos, es cierto, cuyos descendientes perseveran aun más ó menos mezclados, pero la mayoría creemos que eran ya Arias ó Celtas, que fueron penetrando repetidas veces por pequeñas familias, antes de que llegaran las grandes colonias que introdujeron el uso de los instrumentos de metal.

Los hombres de Cro-Magnón y la mayoría de los que fueron penetrando en Europa du-

rante la edad del reno, debieron ser, según dejamos dicho en otros lugares, diferentes ramas de Camitas, (1) que eran los más amigos de buscar tierras nuevas, y comenzaron á emigrar, por muy pequeñas familias, muy poco después del diluvio. Luego empezaron á llegar algunas raras tribus turanias, que por haber abandonado el Asia antes de que se acabara de establecer allí un espacioso centro de civilización, llegaron no muy adelantadas, olvidando además en tan largos viajes lo poco que sabían. A estas puede reconocérselas ya por lo menos, en ciertas cavernas y diferentes Kiokenmodingos, pues hasta las costumbres, que en semejantes viviendas tenían, son muy análogas á las de varios pueblos turanios, que permanecen puros hasta la fecha. Al lado de los hombres de los Kiokenmodingos empiezan en seguida á establecerse en nuestras regiones numerosas y variadas razas, que partieron del Asia mucho después, conociendo todas ellas una civilización muy superior, y trayendo los mismos elementos de la vida social; las industrias pastoriles y agrícolas, y la fabricación de las armas pulimentadas. El uso de los metales parecen haberlo introducido nuevas colonias de las mismas razas anteriores, pues

(1) Los trogloditas del Asia han sido considerados siempre como Camitas; por tales pasan también los de las regiones septentrionales de Europa, con los cuales los de nuestra edad del reno guardan no pequeñas analogías.

no se ve que entonces se produjera ninguna modificación considerable en el elemento étnico.

Pero es un absurdo admitir, como hacen muchos arqueólogos, que las diferentes industrias se sustituyeran repentinamente en toda Eurupa. Las nuevas y más perfectas fueron poco á poco dominando y generalizándose; pero tardaron mucho tiempo en hacer olvidar el uso de las antiguas. Numerosas tribus, pegadas á sus costumbres y tradiciones, prefirieron esconderse en lugares inaccesibles, antes que abandonar su propio género de vida. En plena edad neolítica, había estaciones en que la raza de Cro-Magnón se conservaba en toda su pureza, sin conocer otra industria que la Magdaleniana. Cuando más adelante en algunos lugares se introducía el uso del cobre, en otros muchos se usaba sólo de la piedra, hasta que vino el bronce á sustituirla en parte, sin que el cobre puro se llegara siquiera á conocer. (1) Al introducirse el hierro, no por eso quedaron destruidos ni el bronce ni aún la piedra. Como las armas é instrumentos de estas dos últimas materias eran más fáciles de proporcionar, se conservaron por larguísimo tiempo, y en algunas localidades hasta muy cerca de la era cristiana.

Ahora bién, la misma historia nos lleva á

(1) V. Quatrefages. *Races humanas*, p. 244.

las épocas del hierro, del bronce y aún de la piedra: éstas no son, pues, tan antiguas como muchos se imaginan.

El principio de la edad neolítica es imposible hacerlo remontar, con ningún dato sólido, al menos, con respecto á la mayor parte de Europa, á más de 1800 años antes de nuestra era; pues dicha edad no fué tan larga como se supone, ni llegó á terminar por completo, hasta unos 600 ó 400 años antes de J.-C. Por consiguiente, si á esos 1800 años, añadimos otros 1000, que á lo sumo pudo durar la edad del Reno, tendremos que el diluvio sólo remonta al año 2800.

Y en efecto, si examinamos á la luz de la historia los primeros moradores de nuestro continente, á los cuales no podemos asignar una antigüedad muy considerable, veremos que estaban en plena edad paleolítica ó neolítica.

«Los *Cimbrios* primitivos, escribe el abate Moigno, (1) fueron un pueblo ciertamente contemporáneo del último período cuaternario neolítico é histórico al mismo tiempo. Tenían las formas y los sistemas de tallar el sílex de los Celtas.... Los *Pelasgos* son el pueblo industrial de la época neolítica, venido de la mar. Los *Umbros* son el pueblo cuaternario, morador de la ribera del Tiber, lanzado por los Pelasgos.»

(1) *Splendeurs de la foi*, t. II, p. 692.

Los *Celtas* pertenecen también de lleno á la edad neolítica. «Se hallan en Normandía, en el Sena-Inferior, hachas, cuchillos de piedra, puntas de flechas ciertamente talladas por los Celtas y los Galos, en un período ya histórico para otros pueblos y quizá prehistórico para Normandía... El marqués de Vibraye no tome afirmar que los talleres de Pressigny-le-Grand pertenecen á la época de los Celtas. El abate Cochet atribuye también á los Celtas y á los Galos la estación de Marettes, cerca de Friouville, donde se encuentra un arsenal completo de flechas, cuchillos y diversos instrumentos de piedra. En la antigua explotación de minas de estaño, de Ville-du-Pin, cerca de Ploërmel, se encuentran hachas de piedra con otras de bronce, fragmentos de teja, etc. Lo mismo sucede en Pennesten.» (1)

Téngase ahora en cuenta lo que pasaba entre los Egipcios; cuando ya estaban cansados de conocer casi todos los metales, y vivían en medio del lujo y de la opulencia, todavía usaban de instrumentos de sílex para explotar las minas (2). M. Chabas ha probado muy bien (3) que el empleo de las armas é instrumentos de piedra pertenece á todas las épocas de la historia.

(1) *Id. ibid.* p. 717.

(2) V. Lord. John Keast, *The Peninsula of Sinai. The leisure hour* 1870, p. 423 y siguientes.

(3) *Études sur l'Antiquité historique, d'après les sources égyptiennes et les monuments réputés préhistoriques.*

Y en efecto, por Herodoto sabemos que los arqueros europeos alistados en la Armada de Jerjes, en el año 470 antes de J.-C. tenían flechas de piedra, que se hallan aún en los campos de Marathón. Tácito á su vez refiere que las armas de los Germanos eran flechas de piedra y de hueso. Tito Livio, hablando de los ritos que precedieron el combate de los Horacios, hace mención de una víctima herida con un cuchillo de sílex. Y Herodoto da á entender que la piedra de Etiopía desempeñaba un gran papel en el embalsamamiento sagrado de los Egipcios. «Cuando M. Mariette Bey veía en Abydos á los obreros de sus minas, rasurarse y desollarse la cabeza con sílex, y cuando los Árabes de Aournah le mostraron las lanzas de los Beduinos, armadas aún de gruesos sílex, llegó á esta conclusión, que la edad de la piedra reinó bajo los Faraones, bajo los Griegos y bajo los Romanos, que reinó también bajo los Árabes, y que en cierta manera reina aún en nuestros días en muchísimos países.» (1)

Ahora bien, si el uso de la piedra ha permanecido por larguísimo tiempo en muchas localidades, y lo que es más, en algunas de ellas, como en Egipto, los sílex mejor trabajados son precisamente los más antiguos, también la introducción de los metales se ve-

(1) *Splendeurs de la foi*, t. II, p. 718. Véase Quatrefages, *Revue des Deux-Mondes*, vol. LXXXVII, p. 128.

rificó en épocas muy distintas en los diferentes países de Europa. «Desde el siglo XVII antes de nuestra era, los monumentos contemporáneos nos muestran á los Sardinios y á los Etruscos en posesión del conocimiento de los metales, de los tejidos y de una cerámica ya perfeccionada. Estaban muy lejos del estado de barbarie que se atribuye á las edades llamadas de piedra; los metales les eran conocidos y los utilizaban para las armas y para los adornos. Si se sirvían entonces y se sirvieron más tarde de instrumentos de piedra y hueso, sólo se puede concluir de ahí que la extrema facilidad de proporcionarse, sin gastos y casi sin trabajo, esos útiles imperfectos, hizo que se conservara su uso, por lo menos entre las clases pobres.» (1)

Ahora bien, según Paul Gervais. «La edad de hierro, entre los Galos, remonta á 400 ó 600 años antes de J.-C. La religión druida corresponde á la edad del bronce y del hierro.» (2)

Por otra parte, «La edad del bronce, dice M. de Rougemont (3), que terminó en Grecia, en Italia y quizá también en las Galias el año 600 antes de J.-C., se perpetuó entre los Escandinavos hasta hácia el siglo VIII de nuestra era; y de los dos períodos del estaño de Cournouailles, el primero comienza con Moi-

(1) Chabas, *obra citada*, p. 322

(2) V. *Splendeurs de la foi*, t. II, p. 813.

(3) V. Morillet, *Materiaux*, t. III, p. 54.

sés y David, hácia el siglo XIV ó XIII antes de la era cristiana. El estaño de Cournouailles, la púrpura del Mediterráneo y el ámbar del Báltico, fueron los tres imanes que desde ya antes de Moisés atraieron, hácia los bárbaros de Occidente, los pueblos civilizados de la raza semítica, pura ó mezclada, que habitaban las regiones marítimas del Oriente.»

Las delicadas investigaciones del Sr. Rossi, acerca de la antigüedad del hombre en Italia, dan mucha luz aun para los demás países de Europa. Nos hacen ver cómo en la mencionada península, que fué la primera ó una de las primeras regiones pobladas en nuestro continente, no sólo es completamente histórica la edad del bronce, sino que lo son también de alguna manera, la neolítica y la paleolítica. De los hombres de esta última se hallan noticias en las tradiciones é historias primitivas; donde se les designa bajo el nombre de aborígenes: vivían en las montañas, en las cavernas, y á la orilla de las corrientes de agua. En varios puntos se ha comprobado la coincidencia de sus moradas, con la de los pueblos neolíticos que les sucedieron y que son quizá sus descendientes, coincidencia que se ha continuado con las viviendas históricas de los antiguos habitantes de la Italia central. Por otra parte, la forma y el estado actual de la península, son de data casi histórica.

La industria de los hombres neolíticos y su comercio con el Oriente, de donde debían

traer las hachas de jadaita, (1) son hechos bien recordados en las tradiciones romanas. Augusto buscaba con gran diligencia las armas de piedra, como propias de los héroes, muchos autores hablan de ellas como de una industria de sus antepasados, y otro tanto sucede con respecto de la cerámica. En ciertas ceremonias religiosas, se conservó el uso de instrumentos de piedra hasta la era cristiana. Otra reminiscencia casi histórica de la época neolítica, es Telégono, fundador de Túsculum, y cuya lanza estaba armada del diente de un escualo. Y aun hay otras muchas tradiciones referentes á la mencionada época.

La aparición del bronce en la industria es contemporánea del *aes rude*. Se han hallado en las aguas del Vicarello, muchísimas de estas monedas, á continuación de las de piedra, y precediendo á las de *aes signatum*. Las armas de bronce de forma prehistórica han sido usadas por los Etruscos, y se encuentran en abundancia en sus tumbas; por otra parte están muy relacionadas con la moneda romana. El ardor de la edad de bronce hizo que se prohibiera en los sacrifi-

(1) Así lo sostienen muchos arqueólogos y entre ellos el Sr. Quatrefages, que lo defendió en el Congreso de Bruselas. V. Cotteau *Le Préhistorique en Europe*, p. 116.

En nuestros países no se ha podido hallar ningún yacimiento de dicha roca. Los instrumentos de jadaita debieron pues ser importados seguramente del Asia.

cios el uso del hierro, y semejante prohibición continuó en plena edad histórica. Aquel metal dominaba en los tiempos de Anco Marcio, y el hierro debió introducirse en la época de los últimos reyes de Roma. En Herculano, sepultado 79 años después de J. C. el bronce dominaba aun en los usos de cocina, y en los de la agricultura.

En la Italia central las edades llamadas prehistóricas, están pues relacionadas entre sí y encadenadas en un desarrollo progresivo, del que nos han dejado indelebles huellas; los objetos conocidos con el nombre de prehistóricos, son obra de un tiempo que está en relación directa con la historia. (1)

Todo nos induce á creer que nuestras regio-

(1) Moigno, *Splendeurs de la foi*, t. II. p. 816 y siguientes. Casi al mismo tiempo que Rossi, el abate Collet, después de muchas exploraciones hechas en la baja Bretaña, escribía: "Lo que más me ha llamado la atención es que, en todas partes ó casi en todas partes, las tres edades de la piedra, del bronce y del hierro, están confundidas; lo que prueba, por lo menos, que el uso de la piedra y del bronce se conservó hasta la última edad de hierro."

El abate Hamard, (*V. Études critiques d'archéologie préhistorique*, p. 152-163) cita, en nuestras regiones occidentales, más de 80 localidades en que se hallaron útiles de piedra asociados con restos de una industria muy avanzada, característica de la época romana ó de otras posteriores. Merecen especial mención las láminas de sílex, recogidas en el cementerio merovingio de Hermes (Oise), una de las cuales conservaba aun la virola de hierro, que servía para sujetarla al mango de madera. *V. Bulletin de la Société d'Anthropologie*, 2, 11. 3.ª ser. p. 743.

nes del Sudoeste de Europa fueron pobladas primero por los trogloditas del tipo de Cro-Magnón, que debieron ser ó Camitas puros, ó verdaderos Turanios, que eran Camitas también, pero, al parecer, algo mezclados con la raza de Jafet. Siguen luego otras razas notoriamente Turanias, que pueden reconocerse en las últimas cavernas y en varios Kiokenmodingos. Siguen después los Iberos, descendientes de Jafet, por Tubal, y que de la antigua Iberia vinieron á poblar la nueva, en la cual, además del nombre de *Iberia*, dejaron otros muchísimos que nos atestiguan su punto de partida en el Asia. A los Iberos puros preciso también reconocerlos en varios Kiokenmodingos y además en muchas de las primeras estaciones neolíticas. En estas aparecen ya otras razas en escena, y son precisamente las mismas que después han de introducir el metal, y estas son las Celtas. Su lengua es ya flexional, y pertenece á la rama Aria; la de las anteriores era aglutinante, y se conserva aún viva entre los Bascos, mostrando que pertenece á la gran familia turania.--(1)

(1) Según el abate Hamard (*Dictionnaire apologétique*, p. 280) los Bascos (que son los más genuinos representantes actuales de los Iberos) datan de la edad paleolítica, y son restos de la población primitiva. Lo primero, lo tenemos por casi completamente cierto; no así lo segundo. Verdad es que los descendientes de los Trogloditas quedaron fundidos con los Iberos, y por eso reaparece entre estos con frecuencia el mismo

Los Iberos invadieron pues á la población de los trogloditas, y acabaron por absorberlos ó quedar íntimamente incorporados con ellos. Pero no sabemos si les impusieron su lengua propia, lo cual nos parece más probable, ó si aceptaron la de ellos. Lo que sabemos es que el eúskaro, como idioma aglutinante, es anterior á la confusión de Babel, donde aparecieron, según hemos probado en otro lugar, las lenguas flexionales.

Si los importadores de aquel idioma fueron en realidad los Iberos, nos veremos forzados á reconocer que se establecieron desde un principio en la antigua Iberia, sin pasar por los campos del Sennaar.

Tampoco sabemos si los Celtas son verdaderos arias, ó si sólo tienen de ellos el idioma y los conocimientos de las prácticas metalúrgicas. (1)

tipo de Cro-Magnón; pero la raza propiamente ibérica, según todas las noticias que de ella poseemos, parece ser bastante distinta de las de los primitivos moradores de nuestras cavernas. Como entre los Bascos se observa una gran diversidad de tipos, podemos y aun debemos reconocer que algunos de ellos son restos de la población primitiva; pero la masa general descende principalmente de los Iberos, cuyas costumbres poco ó nada se asemejan á las de los Trogloditas.

En la cuestión relativa al origen de los Bascos, nos parecen, en general, bastante acertadas las reflexiones del P. Mir, en su obra, *La Creación*, p. 853 y siguientes.

(1) Los lingüistas, escribe Topinard, *Antropología*, versión castellana del Dr. Gener, Barcelona, 1889, p. CXXX, afirmando que todos los idiomas europeos, salvos el basco y el finés, derivan del sanscrito, y que antes de la dispersión de esas len-

La industria propia de los Celtas es la verdaderamente neolítica; la de los Iberos parece ser la de los kiokenmodingos, pues si bien se les ve aparecer muy luego en las estaciones de la piedra pulimentada, se encuentran acompañados de otra nueva raza, (1) la de

guas por el Asia, poseían las palabras que designan los metales y varios instrumentos de agricultura; y los mitólogos, reconociendo que existía una relación equivalente entre los mitos religiosos de los pueblos de Occidente y de los de Oriente, dedujeron, especialmente los primeros, que la masa principal de los pueblos de Europa era aria y provenía del Asia central. Actualmente háse operado una reacción contra esa creencia absoluta. La comparación de los restos de las razas antiguas, que en nuestro suelo se han encontrado, con los de las poblaciones que les han sucedido, demuestra una continuidad de tipo, sólo interrumpida de cuando en cuando por infusiones de sangre extraña, que subsisten más ó menos dejando aquí y allá algunos mestizos, ó desaparecen por completo. Pero nada demuestra que los Arianos del Oriente hayan transportado otra cosa que su influencia civilizadora, su idioma y conocimiento en los metales.—Puede verse en la *Revue des Questions scientifiques*, Enero, Abril y Octubre de 1890, un extracto de las diferentes opiniones que en el día se defienden acerca del origen de los Arias.

(1) Véase sobre todo esto á Quatrefages, *Races humaines*, p. 113, 114, 115.

Sin embargo Nadallac (V. *Les premiers hommes*, t. I. c. VI) escribe: «La hipótesis más verosímil es que los megalitos fueron fabricados por los Iberos, raza turania. Aristóteles contaba que los bellicosos Iberos ceñían las tumbas de sus guerreros con tantas piedras como enemigos habían muerto. Y en una tesis últimamente sostenida por M. Pelagaud en Lyon, se prueba con excelentes razones, cómo los Iberos fueron los primeros que en el Occidente supieron emplear el bronce. Si esto es verdad, á ellos debemos atribuir la propagación del metal, á ellos los adelantamientos de las artes.»

los Celtas, con los cuales vinieron á fundirse, formando la población Celtíbera, y de los que debieron aprender la nueva industria. (1)

También Fergusson atribuye la construcción de los megalitos á los Iberos, perseguidos por los Cartagineses.

Pero en realidad, lo único que se puede conceder es que los Iberos sean una de las varias razas que introdujeron la industria neolítica. Pero son más ó menos anteriores á los Celtas, y no podían estar tan adelantados como estos, según nos consta además por la tradición y por la historia. Lo que dice Aristoteles es muy verosímil; pero si, como sostiene Pelagaud, los Iberos fueron los primeros que emplearon entre nosotros el bronce, será preciso reconocer que aprendieron á usarlo en sus relaciones con las razas orientales, que desde muy antiguo traficaron en nuestras costas mediterráneas, é introdujeron allí el uso de una cerámica mucho más perfeccionada que la que en épocas muy posteriores se conoció en lo restante de Europa, y aun en la misma Iberia. "Al sudeste de España, escribe Cartailhac (*La France préhistorique*, p. 132) en los más antiguos yacimientos, es donde se hallan los más bellos vasos de tierra. Los Sres. Siret no pudieron explicar este hecho, sino por la hipótesis de una importación."

(1) En el núm. de Abril de 1890 de la mencionada *Revue des Questions scientifiques*, al dar cuenta de la obra intitulada: "The Origin of the Aryans. An Account of the Prehistoric Ethnology and Civilization of Europe, bi Isaac Taylor, se dice (página 599 y sig.): «Taylor admite que, durante la mayor parte del período neolítico, la Gran Bretaña estaba ocupada por una raza dolicocefala, de pequeña talla, de coloración oscura, que vivía como los trogloditas, y que al fin de la edad de piedra, fue invadida por un pueblo braquicefalo, que construía chozas é introdujo el metal. M. Thurnam admitía que la raza más antigua de la Gran Bretaña no era ariana, y que se relacionaba con los Bascos de España, al paso que los invasores braquicefalos eran Arias, probablemente Celtas. No es improbable, como piensa M. Rhys, que hubiera habido dos invasiones célticas sucesivas... ¿De dónde vienen los Celtas? Los Sres. Taylor y Dawkins piensan que pasaron de Bélgica á la Bretaña, porque la gru-

La primera época en que podemos hacer entrar á los Celtas en escena, no parece remontar á lo sumo á más de 1700 años antes de la era cristiana. A los Iberos los podremos reconocer en nuestros países un poquito antes, pero no mucho, pues casi son contemporáneos, y sólo «de rechazo en rechazo, según dice muy bien el Sr. Quatrefages (1), fué como las tribus que no conocían aun más que la piedra tallada, llegaron, antes que los hombres neolíticos, á nuestras costas occidentales, donde acumularon los kiokenmodingos.»

«La historia nos enseña, escribe el Sr. Topinard (2) que en 1500 años antes de nuestra era, una avalancha de bárbaros rubios y de ojos azules, provenientes del Norte, cayó sobre la frontera occidental del Egipto, mientras en Europa una invasión pasaba los Piri-

ta sepulcral de Sclaigneaux, cerca de Namur, ha ofrecido cráneos que guardan el mayor parecido con los Celtas de los *round Barrows* de Inglaterra. Se señalan sus huellas en las grutas del Marne y del Oise hasta Borreby en Dinamarca. Se les encuentra en alto Danubio, en Wurtemberg; construían los palafitos de Suiza y de la cuenca del Po... En cuanto á los dolicocefalos prearianos, que, según el Sr. Taylor, ocupaban la Gran Bretaña antes de la llegada de los Celtas, son Iberos, cuya última extensión por el nordeste está señalada por la gruta de Chauvaux, sobre el Meuse en Bélgica; se les encuentra en las riberas del Sena, en las del Oise y el Marne;... dominaban en toda España, las Canarias, Córcega, Cerdeña, Sicilia y al Sur de Italia. El Sr. Taylor osa aun pensar que los pre-Helenos autóctonos pertenecían á la raza ibérica.»

(1) *Lug. cit.* p. 144.

(2) *Obra citada, ibid.*

neos y empujaba á los Ligurios y Sicanos á Italia, y á los Iberos, más allá del Ebro, hasta el África.»

Entonces debió ser probablemente cuando estos llegaron hasta las Canarias, y los que quedaron en nuestra Península, unos se arrinconaron en las costas de Portugal, y otros fueron á guarecerse en los Pirineos Cantábricos ó en los de Cataluña.

Así pues, vemos que tanto Iberos como Celtas no remontan á una época muy antigua, y por eso nuestras tradiciones y aun nuestras historias los recuerdan (1)

(1) Según César Cantú (*Hist. Univ.* t. I, l. III, c. XXIV,) á los primitivos moradores de Italia «siguieron los Iberos, diez y ocho siglos antes de Cristo, que vinieron de la Iberia Asiática, próxima á la Armenia, desde donde continuaron hasta España, á la cual dejaron su nombre pátrio, y aun hasta el África, según un famoso pasaje de Salustio.»

Esto viene á confirmar lo que dejábamos dicho de que la introducción de la industria neolítica, que debe ser posterior á la llegada de los Iberos, apenas puede remontar á 1800 años en la mayor parte de Europa.

Según el Sr. Fernández Guerra (v. *Cantabria*, en el *Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid*, t. IV, p. 99): «El sencillero, primer habitante de la Península... hallábase dividido muy de antiguo en dos grandes familias, que se decían bascones y bárdalos, las cuales... por más de cuarenta siglos, han conservado casi intacta su sangre, lengua, libertad y costumbres patriarcales.—Tribus jaféticas, abandonando en la edad primitiva las márgenes del Ibero, del Arrago y del Araxes, recorrieron las playas meridionales del mar Negro, cruzaron el Bósforo de Tracia, siguieron la orilla derecha del Danubio y del Dravo, entraron por los Alpes orientales, por la Liguria, por la comarca del Ródano, por el Pirineo, y ocuparon á España.»

En vista de todo lo que precede, cualquiera que con ánimo sereno se tome el trabajo de examinar detenidamente la cuestión relativa á la antigüedad del hombre, no podrá menos de maravillarse de las exageraciones y fábulas que en nombre de la ciencia han pretendido defender algunos de aquellos que á sí mismos se apellidan sabios; de esas exageraciones y fábulas mil veces más ridículas que las interminables cronologías de muchos pueblos antiguos; pues si estos pretendieron esconder su origen en la noche de los tiempos, fué para rodear su cuna de esplendores celestiales y atribuirse una nobleza casi divina; mas los llamados sabios esconden su origen sólo para soñar libremente en su tan codiciado cuanto ignominioso y torpe parentesco con el bruto.

Una sencilla discusión y un tranquilo examen de los hechos, nos acaban de hacer ver hasta la evidencia lo infundados que procedieron los críticos del siglo pasado al atribuir al hombre, en nombre de la historia, una antigüedad excesiva, y lo arbitrarias y gratui-

En estas palabras del ilustre académico, hallamos algunas inexactitudes; ni los Iberos fueron los primitivos moradores de nuestro país, puesto que antes existieron algunas tribus de trogloditas, ni datan por lo tanto, en él, de más de 40 siglos, sino á lo sumo de unos 30. El conservar casi intacta su sangre, no se aviene mucho con la variedad de tipos que pueden observarse entre los Bascos. Tampoco podemos admitir que descendían exclusivamente de Jafet.

tas que son todas las afirmaciones análogas que aun en nuestros días se suelen aventurar en nombre de la arqueología ó la prehistoria. (1)

Ni ésta ni aquélla nos pueden hacer remontar con seguridad á más de unos 2000 años antes de la era cristiana; de allí en adelante todo es enigmas, todo confusión y espesas tinieblas. Si ciertos sabios establecen fechas las más exorbitantes y largas, otros, y con más fundamento aun, las reducen de una manera excesiva. Y los más prudentes y cuerdos sólo osan ya afirmar con Cartailhac, que la incertidumbre nos rodea por todas partes,

(1) "Si el hombre, escribe oportunamente el abate Thomas (*Les Temps primitifs*, t. I. p. 209) ha atravesado tantos millares de años y aún de siglos, antes de llegar á los tiempos históricos, ¿cómo permaneció estacionario durante estos largos períodos, cuya duración deja burlados nuestros cálculos?... Niagún monumento, aparte de algunos instrumentos de sílex y de hueso, nos resta de esta larga noche, durante la cual nuestros antepasados no habían tenido por habitaciones más que agujeros, escavados en la tierra, y las cavernas. Y hé aquí que en un instante, en la época relativamente reciente, indicada por la cronología bíblica, la inteligencia del hombre parece despertar de un largo sueño; la civilización toma un vuelo antes desconocido; las sociedades se establecen; las ciencias, las artes, todo nace, crece, se desarrolla con una rapidez verdaderamente pasmosa, si se compara el corto número de los siglos históricos con la inmensa duración de las edades llamadas prehistóricas. Este hecho por sí solo, ¿no prueba mejor que todos los razonamientos, cuán reciente es la aparición del hombre sobre la tierra?,"

y que es imposible establecer un sistema cronológico seguro. (1)

(1) Por esta razón no hemos querido tener en cuenta, en esta parte á la geología, porque, como hace ver el mismo señor Cartailhac, no nos puede mostrar una fecha absoluta, pues ni los fenómenos se realizan siempre con la misma intensidad, ni son apreciados por todos de la misma manera. (Véase (*La France Préhistorique*, p. 51.) Vamos á citar un ejemplo. El Sr. Falsan (*Le période glaciaire*, 1889) habla sin más ni más del tiempo inmenso, de los millares de siglos, que nos separan de la época de los glaciares. Pues bien, el abate Hamard, cuya autoridad en la materia es bien conocida, hace su juicio crítico (*Science Catholique*,) Julio de 1889, p. 561) en estos enérgicos términos: "Hé aquí un prejuicio, que á pesar de ser corriente, no por eso es ménos ilegítimo. Yo desafío á que se me cite un hecho que obligue á hacer remontar el fin del periodo glacial á más de tres ó cuatro mil años. Hace 20 siglos nada más, el estado meteorológico de nuestras regiones difiera aun bastante sensiblemente del estado actual, al decir de los escritores antiguos y según el testimonio de la arqueología, para que podamos ver allí un resto del periodo húmedo y frío que caracterizó el gran desarrollo de los glaciares."

Pues bien, este gran desarrollo, según hemos probado en el cap. 2.º, terminó propiamente con la formación del loes é inauguración de la edad del reno, es decir, con el diluvio. La geología no puede pues probar que éste dista de nosotros más de unos 4000 años, aunque dista en realidad 4691.

El Sr. Brodie aún le viene á señalar una antigüedad mucho menor al decir (*Remarks on the antiquity and nature of man*, 1854, p. 21): "No hará quizá más de 3000 años que los aborígenes de la Bretaña cazaban el mammut y el rinoceronte, y que hallándolos debilitados por el inusitado calor de la atmósfera, hacían en ellos fácilmente presa."

Esta época del mammut y del rinoceronte, según dejamos probado, terminó con el diluvio.

"La mayor parte de los geólogos modernos, escribía ya Marcel de Serres (*La Cosmogonía de Moisés*, t. I, cap. II), han admitido que la superficie del globo ha sido devastada por un vicio

No hay pues el menor dato cierto que nos obligue á señalar al diluvio una fecha superior á la de 2800 años, antes todas las probabilidades nos fuerzan á detenernos sin poder pasar de ella. Parecerá corta á muchos, al ver las que suelen señalar aun los sabios más ortodoxos: pero la verdad es independiente de las apreciaciones humanas, y sólo se revela claramente á la luz de los hechos seguros y positivos. A estos nos atenemos, sin de-

lento cataclismo, al que se deben las rocas erráticas y los muchos cantos rodados diseminados generalmente sobre esta superficie. La mayor parte están conformes en fijar la fecha en cerca de 4000 ó 5000 años antes de la época actual. Entre estos geólogos mencionaremos á Delomieu, Deluc, André de Gy, Saussure, Hally, Cuvier, Brongniart, Buckland, Omalius de Halloy, Biot, Beudant, Elías de Beaumont, sin que de esta cita se entienda excluimos los geólogos cuyos nombres omitimos.

Uno de los mencionados geólogos, Amalius de Halloy, decía: «Inferiremos con Deluc, Cuvier, y Buckland, que las revoluciones que han dado á las montañas sus actuales formas y á los ríos el curso que hoy siguen, no se remontan á épocas excesivamente remotas; de suerte que la distancia de 4000 ó 5000 años del momento actual, que el Génesis da á su diluvio, puede muy bien armonizar con las consecuencias deducidas de los cronómetros naturales.»

Así, pues, M. de Serres, cree que ni los hechos físicos ni los históricos, etc. nos autorizan para señalar al diluvio una antigüedad superior á 3000 años, á lo sumo, antes de J.-C.

Hé aquí ahora lo que dice el célebre geólogo Fergusson acerca de lo inseguro que es todo cálculo basado en el espesor de los depósitos cuaternarios: «Las observaciones de que acabo de hablar demuestran con cuánta facilidad puede uno equivocarse en las conclusiones deducidas de las escavaciones hechas en los depósitos de un delta y en los cálculos fundados en los aluviones locales. Véase lo que yo he observado por

jarnos arrastrar de la corriente común; lo que de ellos se deduce como cierto, ó como más probable, eso es únicamente lo que nosotros defendemos. No tenemos en cuenta para nada eso que se suele llamar, exigencias de la ciencia, pues estas son tan variables, como los caprichos de los sabios. Demostraciones y hechos, es lo único que nos detiene, lo único que debe tenerse en consideración.

No procedemos *á priori*, con sistemas premeditados, porque amamos la verdad y odiamos de corazón el espíritu de partido. Si establecemos una fecha, al parecer, excesivamente cierta, es porque nos gusta reducir las cosas á su verdadero valor, y porque, examinados los datos detenidamente, nos ha parecido, desde todos los puntos de vista, la más segura y probable, ya que no rigurosamente cierta. Posible es que nuevos hechos obliguen á modificarla, pero nos parece en

mi mismo: los ladrillos que formaban parte de los cimientos de una casa construida por mí, fueron arrastrados por el agua de un río y depositados en su lecho á una profundidad de 30 ó 40 piés. El río se retiró después, y en el sitio en que estaba mi casita, pero á 40 piés encima de sus ruinas, existe en la actualidad una nueva aldea. Si allí se hicieran escavaciones, se descubrirían mis ladrillos, y juzgando por la profundidad á que se encuentran, se podrían calcular los millares de años transcurridos desde que yo vivía.»

Así no nos debe extrañar que al hombre del delta del Misissippi, á quien concedía Lyell, primero cien mil años, y después 50000, no le concediera Lubbock más que 3000, y Schmidt nada más que 1700!

extremo difícil que esa modificación pueda ser considerable.

No nos hemos atado con la cronología de la Biblia, pues de entre las muchas que por tales pasan, es casi imposible discernir cual sea la verdadera. Y quizá no lo sea ninguna de las presentadas en el día, si, como muchos defienden, faltan algunos términos en la serie de los Patriarcas. La Iglesia, por otra parte, deja en completa libertad; y los más ortodoxos saben usar ampliamente de ella. Además la cronología de los Setenta nos autorizaba á señalar una fecha muy superior. Pero no la hemos necesitado. Si celebramos la prudencia de los apologistas, que extienden cuanto les es posible los datos de la Biblia, para evitar cualquier choque con las aspiraciones justas ó injustas de la ciencia; nosotros hemos preferido defender sencillamente lo que nos parece más conforme con la verdad. Y la fecha que hemos señalado, como próximamente la media entre las que se deducen de las diferentes cronologías bíblicas, y como la única á que conducen, no las exageraciones y fábulas, sino los datos más seguros de la arqueología, de la antropología, de la tradición y de la historia de los antiquísimos pueblos, que nacieron casi á raíz del diluvio, tiene todas las probabilidades de ser la fecha verdadera del gran acontecimiento.



## EPÍLOGO.

**H**EMOS llegado, por la Divina Misericordia, al fin de nuestro humilde trabajo. Poco hemos hecho, lo debemos confesar, pero de nuestras débiles fuerzas, y con los escasos elementos con que hemos podido contar en este retiro, no hubiéramos esperado, ni aún siquiera eso poco, sin invocar el poderoso auxilio de Aquél *qui linguas infantium facit esse dissertas*, y en quien únicamente hemos confiado, para llevar adelante nuestros propósitos.

Si hemos tenido la suerte de acertar, ¡La alabanza, el honor y la gloria á Dios, que se dignó dirigir nuestros vacilantes pasos! Si nos hemos equivocado, le suplicamos de corazón perdone nuestra ignorancia, y haga que no cunda nuestro yerro; que nadie, por nuestra culpa, llegue á separarse de la senda de la verdad. Y desde luego sometemos todas nues-

extremo difícil que esa modificación pueda ser considerable.

No nos hemos atado con la cronología de la Biblia, pues de entre las muchas que por tales pasan, es casi imposible discernir cual sea la verdadera. Y quizá no lo sea ninguna de las presentadas en el día, si, como muchos defienden, faltan algunos términos en la serie de los Patriarcas. La Iglesia, por otra parte, deja en completa libertad; y los más ortodoxos saben usar ampliamente de ella. Además la cronología de los Setenta nos autorizaba á señalar una fecha muy superior. Pero no la hemos necesitado. Si celebramos la prudencia de los apologistas, que extienden cuanto les es posible los datos de la Biblia, para evitar cualquier choque con las aspiraciones justas ó injustas de la ciencia; nosotros hemos preferido defender sencillamente lo que nos parece más conforme con la verdad. Y la fecha que hemos señalado, como próximamente la media entre las que se deducen de las diferentes cronologías bíblicas, y como la única á que conducen, no las exageraciones y fábulas, sino los datos más seguros de la arqueología, de la antropología, de la tradición y de la historia de los antiquísimos pueblos, que nacieron casi á raíz del diluvio, tiene todas las probabilidades de ser la fecha verdadera del gran acontecimiento.



## EPÍLOGO.

**H**EMOS llegado, por la Divina Misericordia, al fin de nuestro humilde trabajo. Poco hemos hecho, lo debemos confesar, pero de nuestras débiles fuerzas, y con los escasos elementos con que hemos podido contar en este retiro, no hubiéramos esperado, ni aún siquiera eso poco, sin invocar el poderoso auxilio de Aquél *qui linguas infantium facit esse dissertas*, y en quien únicamente hemos confiado, para llevar adelante nuestros propósitos.

Si hemos tenido la suerte de acertar, ¡La alabanza, el honor y la gloria á Dios, que se dignó dirigir nuestros vacilantes pasos! Si nos hemos equivocado, le suplicamos de corazón perdone nuestra ignorancia, y haga que no cunda nuestro yerro; que nadie, por nuestra culpa, llegue á separarse de la senda de la verdad. Y desde luego sometemos todas nues-

tras opiniones al infalible dictámen de la santa Iglesia Católica, en cuyo sagrado y maternal seno queremos vivir y morir.

El deseo de la gloria del Criador, y el celo por la salvación de tantas desdichadas almas, que, con el pretexto de una falsa y del todo fingida ciencia, corren precipitadas por el oscuro camino de la impiedad, y cerrando los ojos á los purísimos rayos de la luz del Cielo, no ven que se hallan ya en el borde del abismo, nos han obligado á acometer una empresa tan superior á las fuerzas de nuestro pobre entendimiento. Pero confiando sólo en Dios, pudimos esperar realizarla ó al menos llevarla adelante, sin temor de ver defraudados por completo nuestros atrevidos propósitos.

Ahora, dirigiendo una mirada retrospectiva por esta obrita, á veces quedamos llenos de satisfacción, y á veces sentimos allá en el fondo de nuestra alma, un gran vacío; porque, si al recordar las dificultades con que debimos luchar en un campo peligroso, y en que por todas partes se descubren las huellas de numerosos adversarios, no podemos menos de congratularnos y dar gracias al Señor, por haber logrado, mediante su divina gracia, levantar aún el más pequeño fuerte que pueda servir para un no lejano y completo triunfo de la verdad; al ver que en algunos puntos no hemos debido salir tan airoso, como hubiéramos deseado, y que algunas de

nuestras pruebas quizá no satisfagan completamente á todos, quedamos con cierta ansiedad, recordando la sentencia evangélica: *Cæpit ædificare, et non potuit consummare.* (1)

Pero nuestro gozo va siendo cada vez más completo, al pensar que un campo tan vasto no lo puede defender un soldado sólo. Si hemos logrado siquiera asentar bien algún cimiento, si habemos puesto con solidez una sola piedra en el inexpugnable alcázar de la verdad, debemos congratularnos en el Señor, esperando ver terminada la obra, con los esfuerzos de otro más afortunado.

En el campo trillado de la tradición, no tememos por qué temer; todo él está ocupado por los nuestros desde hace muchos años. La tradición universal atestigua la verdad del universal diluvio, y obliga á reconocer que éste acaeció precisamente tal como se describe en el Génesis. Sólomente al inspirado Profeta y Legislador hebreo, le fué dado describir las justas iras de Elohim, y las infinitas bondades de Jehovah.

En vano la insensata impiedad protesta y vomita por su infame boca las blasfemias más inauditas, en vano se esfuerza en buscar contradicciones en las palabras del Altísimo, que el cantor de Erech resucita de entre las ruinas de Nínive, para tributar á la verdad

(1) S. Lucas, XIV, 30.

los más solemnes testimonios, y cubrir de sempiterna confusión á los blasfemos.

En el campo de la Geología penetramos con mil peligros; todo allí eran asechanzas; á muchísimos de los nuestros, los hallamos ya caídos en los lazos del adversario. El temor se apoderó un momento de nosotros; vacilamos un instante, y no sabíamos decidirnos. Pero recordamos aquellas palabras del Espíritu Santo: «Toda Sabiduría viene del Señor Dios, y con él ha estado siempre, y está antes de los siglos» (1); y entonces creímos ver á la Geología, como otra Sión, llorando, viendo cómo abusaban de ella los enemigos del Dios de todas las ciencias. (2)

La Geología, dijimos, está por nosotros; es fuente de verdad; y toda verdad es irreconciliable enemiga del error; en vano pretenderá éste encubrirse con las apariencias de la verdad, que ella no cesará jamás de trabajar por descubrirlo. Las verdaderas enseñanzas de la Geología, lejos de oponerse á las de la tradición y de la Biblia, deben confirmarlas vigorosamente; pues entre todas debe reinar la armonía más perfecta. (3)

Entonces nos creímos ya seguros; examinamos nuestras posiciones con calma; y en seguida nos pareció ver precisamente en esa misteriosa capa de lodo deleznable que recu-

(1) *Ecll.* I, 1.

(2) *I Regum*, II, 3.

(3) «Veritas de terra orta est.» *Psal.* 84, v. 12.

bre toda la tierra, el fuerte inexpugnable que resistirá eternamente á las duras embestidas del error. No sabemos si todos los sabios católicos juzgarán de la misma manera; pero nosotros, mientras más examinamos ese firmísimo alcázar, levantado por la Geología, lo vamos teniendo por más inexpugnable y seguro.

Esa extraña capa de lodo homogéneo, que recubre todo el globo, y es su última vestidura, es el sello indeleble de aquel portentoso diluvio, producido por el Eterno, cuando *tomó la tierra por sus polos y sacudió de ella á los impios*. ¡Que clamen y que protesten los que viven en nuestros tiempos! Que las luces en que confían, sólo servirán para descubrir sus viles marañas y llenarlos de confusión; y todo su ominoso poder quedará quebrantado en un punto. (1)

La recién-nacida Prehistoria balbucea apenas algunas palabras. En sus labios resplandece el candor de la inocencia. Habla á todos, que aun no sabe discernir, y todos quieren disfrutar de sus encantos y gracias. Pero empieza á conocer ya su elevada dignidad; ella es hija del Altísimo, y al Altísimo quiere elevar sus encantadores ojos.

Pronuncia una frase, la primera frase co-

(1) «Tenuisti concutiens extrema terram, et excussisti impios ex ea. Restituetur ut lutum signaculum, et stabit sicut vestimentum: auferetur ab impiis lux sua, [et brachium excelsuum confringetur.], (Job, XXXVIII, 13, 14, 15.)

rrecta; y esa es un elocuente testimonio de la verdad revelada: «Hubo una interrupción en las industrias, y una raza quedó completamente extinguida. ¡La pesada y omnipotente mano de Elohim visitó á la humanidad!»

La Geología creemos que ha demostrado rigurosamente la verdad del diluvio universal; la Prehistoria se apresura á su vez á confirmar el mismo hecho de la manera más clara.

En vano volverá la impiedad á invocar en su favor la Geología y la Prehistoria; que las ciencias jamás se contradicen á sí mismas, ni toleran que ningún osado venga á ellas á profanarlas, ni sufren ver contaminados sus celestiales destellos.

No podemos estar tan seguros de haber determinado rigurosamente las causas físicas del gran cataclismo; nuestras razones son muy poderosas, lo debemos afirmar, pues estamos persuadidos de ello; pero no osamos decir, hoy por hoy, que llegan á una demostración concluyente é ineludible.

Por lo que hace á la fecha precisa de la gran inundación, nuestra mente aun está perpleja, y abrigamos ciertas dudas.

Preciso es reconocer, sin embargo, que estas dos cuestiones son realmente secundarias; la verdad del hecho es lo que más importa al apologista, y esa verdad queda plenamente demostrada.

Pero el exégeta debe aspirar además, y á

toda costa, á demostrar la realidad del prodigioso acontecimiento, tal cual fué, y no tal como lo tienen disfigurado ciertos apologistas, que, á nuestro modo de ver, comprometen y empeoran la misma causa que defienden, sin reparar en que vienen á transigir con el error. El diluvio de la Biblia, producido para borrar la iniquidad de la tierra y acabar con todos los perversos hombres, exige el completo exterminio de la humanidad, sólo una familia justa halló gracia delante de Jehovah. La exégesis es inexorable en este punto, y las ciencias la aplauden calurosamente y publican á grandes voces la *Universalidad etnográfica*.

Y no con menor claridad pregonan la *geográfica*, si bien, con respecto á esta, invocan una pequeña restricción que la exégesis les concede gustosísima.

En los tiempos cuaternarios y antes de empezar la edad del reno, *hubo una inundación universal, que alcanzó hasta más de 1.500 metros en Europa y de 3.500 en el Asia, y exterminó absolutamente á todos los hombres sin más excepción que los pocos que pudieron salvarse de una manera providencial*; hé aquí la gran verdad que exige la Biblia, y que creemos dejar *rigurosamente demostrada por la ciencia*; verdad que sostenemos con todas las veras de nuestra alma, y que defenderemos enérgicamente contra cualquiera que osare contradecirla.

¡Cuán armonioso concierto forman las verdades naturales con las verdades reveladas! La verdadera ciencia rinde siempre tributo á la Biblia, y hasta logra hacer inteligibles muchos arcanos profundos de los libros inspirados; y la Biblia á su vez derrama copiosa luz sobre los más oscuros problemas de la ciencia. Todo el período cuaternario se inunda de claridad, en presencia del diluvio bíblico; los enigmas se desvanecen; las dificultades ya no existen. Y la Antropología y la Prehistoria no llegarán de seguro á su completo desarrollo, sino expuestas á la benéfica luz del gran acontecimiento.

El diluvio universal, lo hemos probado y lo volvemos á afirmar ahora, es el faro luminoso, elevado en medio del período antrópico, para iluminar las ciencias geológicas y contrapológicas. Si ese faro queda cubierto de la espesa niebla del error, de la ignorancia ó de la duda, estas ciencias se convierten en un caos tenebroso, donde todo es confusión; pero si las nieblas se disipan, todo es orden y armonía, todo claridad y belleza. El diluvio es además un monumento imperecedero, que recuerda constantemente á la humanidad las más severas y trascendentales lecciones, y que le enseña los caminos de la vida.

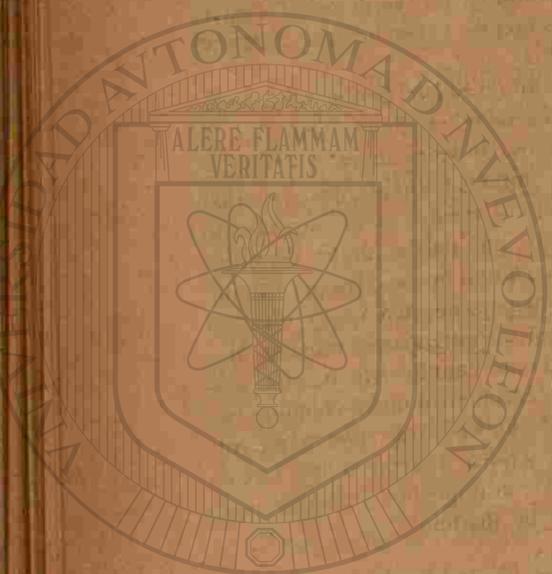
¡Oh, si nuestras ojos estuvieran siempre fijos en tan extraño monumento! Entonces aprenderíamos de seguro á temer y reverenciar á aquel Dios Omnipotente, cuya mano

vengadora se ha mostrado tan pesada sobre los primeros impíos, y cuya paternal Providencia tantos bienes y bendiciones derramó sobre los justos.

He terminado ¡oh Señor! la tarea, que había osado emprender, confiando tan sólo en vuestros auxilios. Quisiera ahora ofreceros el fruto de mis humildes trabajos; pero si algo hay bueno, todo es vuestro; á mi únicamente me pertenece lo que pueda haber de malo. ¡Aceptad siquiera mis buenos deseos, aunque éstos también os pertenecen á Vos; y dignaos concederme, por las entrañas de vuestra Misericordia, que todo cuanto dejo escrito sea impotente para conducir á ningún hombre al error, y que sólo sirva para vuestra mayor honra y gloria, y para apartar á las almas de los caminos de la impiedad, y guiarlas por las sendas de la justicia!

REAL SEMINARIO DE VERGARA, COLEGIO DE  
S. JOSÉ, DÍA DEL STO. PATRONO,  
19 DE MARZO DE 1891.

Fr. Juan J. S. Ariztiz.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## ÍNDICE.

	Pág.
INTRODUCCIÓN. . . . .	5
CAPÍTULO I.	
<i>La realidad del diluvio comprobada por la Tradición, por la Historia y por el testimonio de los poetas y sabios.</i> . . . . .	12
§ I. Tradiciones de los pueblos orientales. . . . .	13
§ II. Tradiciones occidentales. . . . .	27
§ III. Tradiciones del Nuevo-Mundo y de otros diferentes pueblos. . . . .	31
§ IV. Universalidad de los testimonios.—Seguridad completa del hecho. . . . .	38
§ V. Precioso Documento cuneiforme. . . . .	41
§ VI. Narración del Génesis.—Su fidelidad comprobada por todas las tradiciones.—Paralelo entre la descripción bíblica y la cuneiforme. . . . .	51
§ VII. Perfecta conformidad de los pasajes elohistas con los jehovistas. . . . .	65
§ VIII. Testimonios de los historiadores, poetas y sabios de la antigüedad. . . . .	82
§ IX. Testimonios de varios sabios modernos, ya racionalistas, ya cristianos. . . . .	85
CAPÍTULO II.	
<i>La realidad del diluvio demostrada por la Geología.</i> . . . . .	93
ARTÍCULO I. <i>Idea del periodo cuaternario.</i> . . . . .	94
§ I. Nociones generales. . . . .	94
§ II. Formaciones cuaternarias. . . . .	97
§ III. Fauna cuaternaria. . . . .	108

§ IV, Reflexiones generales sobre el período cuaternario. . . . . 112

§ V. El Hombre. . . . . 116

ARTÍCULO II. *Demuéstrase que existen formaciones debidas exclusivamente al diluvio bíblico, y que, sin recurrir á éste, son del todo inexplicables.* . . . . 131

§ I. La formación del *diluvium gris*, en su conjunto, no puede ser efecto del diluvio universal. . . . . 132

§ II. Fases del diluvio bíblico. . . . . 133

§ III. Deben existir formaciones características del diluvio universal.—El *loes* fué depositado durante la segunda fase.—Dado el diluvio, es preciso señalarle, por efecto, una formación del todo idéntica al *loes*. . . . . 137

§ IV. Diferentes hipótesis acerca del origen del *loes*.—Todas son inadmisibles.—Dado el *loes*, es forzoso reconocer la realidad del diluvio bíblico. . . . . 143

§ V. Examínanse los efectos de la primera fase del diluvio. . . . . 156

§ VI. El diluvio universal es la clave del período cuaternario; éste es un enigma indescifrable, si no se admite la realidad de aquel acontecimiento grandioso. . . . . 160

§ VII. En nuestra teoría se da perfectamente razón de todas las particularidades que en las formaciones diluviales se notan, y que no pueden explicarse en ninguna otra teoría. . . . . 165

§ VIII. Sólo en nuestra teoría se puede

dar cuenta de la fauna del *loes*. . . . . 175

§ IX. El *loes* fué producido todo de una vez, al terminar la edad del *E. primigenius* y empezar la del *reno*.—Los cambios notabilísimos, que entonces se experimentan, nos conducen por necesidad á reconocer el diluvio. . . . . 180

§ X. Cavernas guaridas.—La mayoría de los animales sepultados en ellas son víctimas del diluvio.—La fauna del *loes* prueba que éste se formó todo de una vez, mediante la inundación universal. . . . . 190

§ XI. Pruébese una discontinuidad en las faunas y en las floras, causada por el diluvio. . . . . 203

§ XII. Se demuestra que al mismo tiempo hubo una grande y transitoria invasión de la mar. . . . . 218

§ XIII. Se responde á las objeciones. . . . . 232

§ XIV. Diferentes opiniones análogas á la nuestra, y que contribuyen en gran manera á comprobarla. . . . . 250

CAPÍTULO III.

*La realidad del diluvio demostrada por la Antropología y la Prehistoria.* . . . . 261

ARTÍCULO I. *Al empezar la edad del Reno hubo una completa interrupción y una perfecta sustitución en la industria humana, por lo menos en Europa.* »

§ I. Estado actual de las sobredichas ciencias. . . . . »

§ II. Las ciencias prehistóricas necesitan

fundarse en datos geológicos seguros.  
—Base de nuestro sistema. . . . . 264

§ III. Las poblaciones neolíticas son posteriores al diluvio; pero no son las primeras postdiluvianas en Europa. . . . . 267

§ IV. Las cuatro fases de la edad paleolítica, establecidas por el Sr. Mortillet, carecen de fundamento, y sólo existen dos bien deslindadas, la *Acheuliana* y la *Magdaleniana*. . . . . 272

§ V. A la época de la Magdalena precede una completa interrupción en la industria humana. . . . . 281

ARTÍCULO II. *Al empezar la edad del Reno hubo también una completa interrupción y perfecta sustitución en las razas humanas de Europa*. . . . . 296

§ I. Examen de las primitivas razas humanas.—La Antropología á la luz del diluvio universal. . . . . 298

§ II. Entre la edad paleolítica y la neolítica no hay verdadero *hiatus*; pero se nota uno completísimo al empezar la época de la Magdalena. . . . . 313

§ III. Todas las razas europeas, posteriores á la formación del loes, perseveran hasta nuestros días, y la única anterior está completamente extinguida. . . . . 332

ARTÍCULO III. *El diluvio universal derrama copiosa luz sobre la Antropología y la Prehistoria.—Se acaba de comprobar, hasta la evidencia, la completa extinción de la raza de Canstadt*. . . . . 338

CAPÍTULO IV.

CAUSAS FÍSICAS DEL DILUVIO. . . . . 357

§ I. El agua y el fuego, como agentes de la naturaleza y como instrumentos de la divina venganza. . . . . »

§ II. El diluvio fué producido por una terrible invasión de la mar, acompañada de las más torrenciales lluvias.—Estos fenómenos pudieron ser efecto de una grandiosa manifestación volcánica. . . . . 361

§ III. Al producirse el diluvio, apareció el sistema de cordilleras de los Andes, etc.—Esta aparición fué suficiente para causar el gran cataclismo. . . . . 365

§ IV. Se determina la manera como el Antiguo Continente fué invadido por la mar.—Y se investigan los efectos y las huellas de tal invasión. . . . . 370

§ V. Se hace ver que hay bastantes aguas para producir un diluvio universal, tal como nos lo muestra la Geología.—Desaparición de la Atlántida. . . . . 383

§ VI. No obstante haber sido producido por agentes naturales, el diluvio debe ser tenido por fenómeno más ó menos sobrenatural. . . . . 390

CAPÍTULO V.

UNIVERSALIDAD DEL DILUVIO. . . . . 395

ARTÍCULO I. *Interpretación de los hechos*. . . . . 398

§ I. Los hechos confirman la universalidad etnográfica absoluta y la geográfica restringida. . . . . »

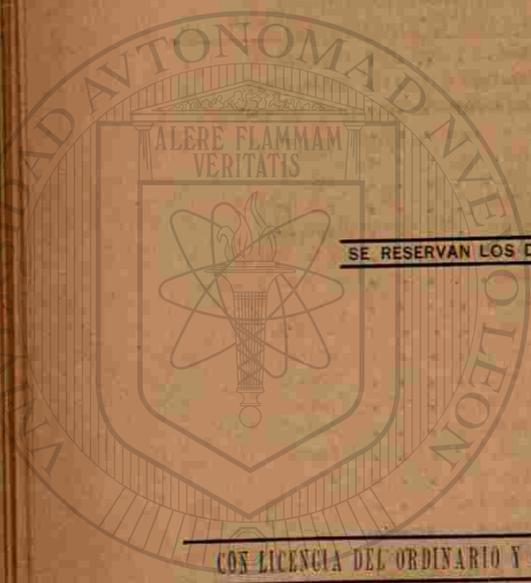
	Pág.
§ II. Los hechos son incompatibles con la universalidad geográfica absoluta. . . . .	412
§ III. Adversarios de nuestro sistema. . . . .	423
ARTÍCULO II. <i>Refutación de las opiniones contrarias.</i> . . . . .	425
§ I. Ventajas de nuestro sistema. . . . .	»
§ II. La hipótesis de la universalidad geográfica absoluta es completamente inadmisibile. . . . .	434
§ III. Se responde á las objeciones. . . . .	441
§ IV. La hipótesis que niega la universalidad etnográfica es peligrosísima, y se halla en manifiesta oposición con la ciencia. . . . .	450
§ V. Se responde á las objeciones. . . . .	476
§ VI. No se puede restringir demasiado la universalidad geográfica. . . . .	538
§ VII. A los mismos impíos se les puede exigir, en nombre de la ciencia, que reconozcan la realidad del diluvio universal. . . . .	540
§ VIII. Se responde á las objeciones. . . . .	542

CAPÍTULO VI.

FECHA MÁS PROBABLE DEL DILUVIO. . . . .	563
ARTÍCULO I. <i>Diversas cronologías.—Relación del diluvio con la constelación de Acuario.—Acéptase como más probable la fecha señalada por Smyth.</i> . . . . .	»
ARTÍCULO II. <i>Ningún hecho científico ni histórico se halla en oposición con la fecha de 2800 años.</i> . . . . .	570
§ I. Origen de las principales razas y de sus respectivos idiomas. . . . .	»

	Pág.
§ II. Ninguna nación tiene derecho á reclamar una antigüedad superior á la de 2800 años antes de nuestra era. . . . .	577
§ III. Las diferentes fases que ofreció la industria humana, á partir de la edad del Reno, todas son de alguna manera históricas, y no pueden hacernos remontar á una fecha superior á la que hemos señalado al diluvio.—Armonías entre la Prehistoria y la Historia. . . . .	598
Epílogo. . . . .	651



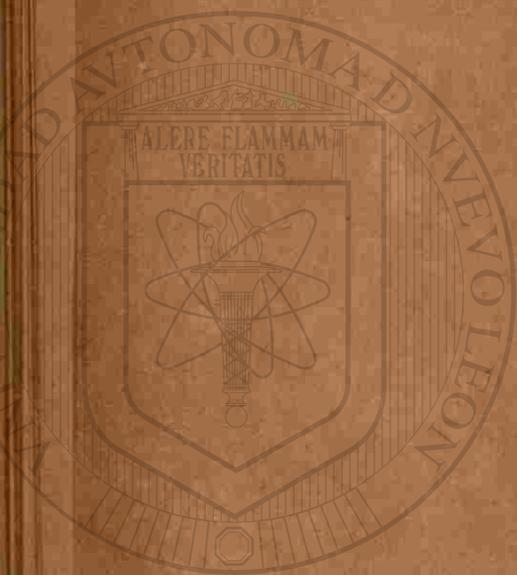


ERRATAS DE MÁS IMPORTANCIA.

Pág.	Lin.	DICE.	LEÁSE.
11	17	hiera . . . . .	hieran
27	8	Alentianas . . . . .	Alentianan.
31	15	rey fundador. . . . .	rey y fundador
37	6	de . . . . .	del
44	32	1886. . . . .	1886.
76	1	viva. . . . .	viva.
77	8	señala. . . . .	señalan.
»	9	apoya. . . . .	apoyan.
78	7	este último . . . . .	esta última.
92	18	como. . . . .	como.
95	21	El. . . . .	En.
99	20	lignitos. . . . .	lignitos.
105	31	altura. . . . .	altura.
107	20	Equis. . . . .	Equis.
»	24	detrítica. . . . .	detrítica.
109	12	fama . . . . .	fauna.
116	20	lijera. . . . .	ligera.
119	23	súex. . . . .	súlex.
123	9	Andamán. . . . .	Andamán.
»	29	nuestros . . . . .	nuestros.
126	8	comparablemente. . . . .	incomparablemente.
132		Léase: §. I. <i>La formación del diluvium gris, en su conjunto, no puede ser efecto del diluvio universal.</i>	
135	30	podiera. . . . .	podieran.
138	29	título. . . . .	toro.
140	2-3	ese . . . . .	en ese
143	25	lo propio. . . . .	la propia
»	25	le . . . . .	la
151	16	ninguno. . . . .	ninguna
153	23	. Esta. . . . .	; esta
154	26	esto. . . . .	este
158	22	mirado. . . . .	mirada
161	30	premiérs. . . . .	premiérs
167	22	muchos de ellos . . . . .	muchas de ellas
173	27	de aquel. . . . .	de que aquel

PÁG.	LIN.	DICE.	LEASE.
183	5	<i>producant.</i>	<i>produçant</i>
185	20	heterogeneous.	heterogéneos
187	19	existia . . . .	existia.
215	23	puieron . . . .	puieran
225	27	<i>Tye</i> . . . .	<i>The</i>
226	8	<i>Buccinum</i>	<i>Buccinum</i>
227	25	excedió.	sucedió
228	26	Sound	Sound
245	32	<i>Gool</i> .	<i>Geol</i>
263	30	las . . . .	los
282	25	<i>defuncta</i>	<i>disfunct</i>
305	11	dolicocéfale.	dolicocéfala
322	19	compáresele.	compáresela
372	22	Oste.	Oeste
380	25	<i>Prehistoric</i>	<i>Prehistoric</i>
389	5	flores.	floras
390	28	pueda	puede
437	13	seguidas	segundas
450	27	<i>Kellschrift.</i>	<i>Kellschrift.</i>
454	6	expresan.	expresa
457	30	CXXVI.	C. XXVI.
467	13	pe. . . .	de
469	4	los. . . .	les
470	30	E. . . .	C.
499	23	blancas	biancas.
524	15	<i>todas</i> .	<i>todos</i>
610	23	<i>Hori hor</i>	<i>Hori de hor</i>
611	30	Ammonite	Ammonite
	31	proceæ.	proceæ
619	4	nuestras.	en nuestras

  
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

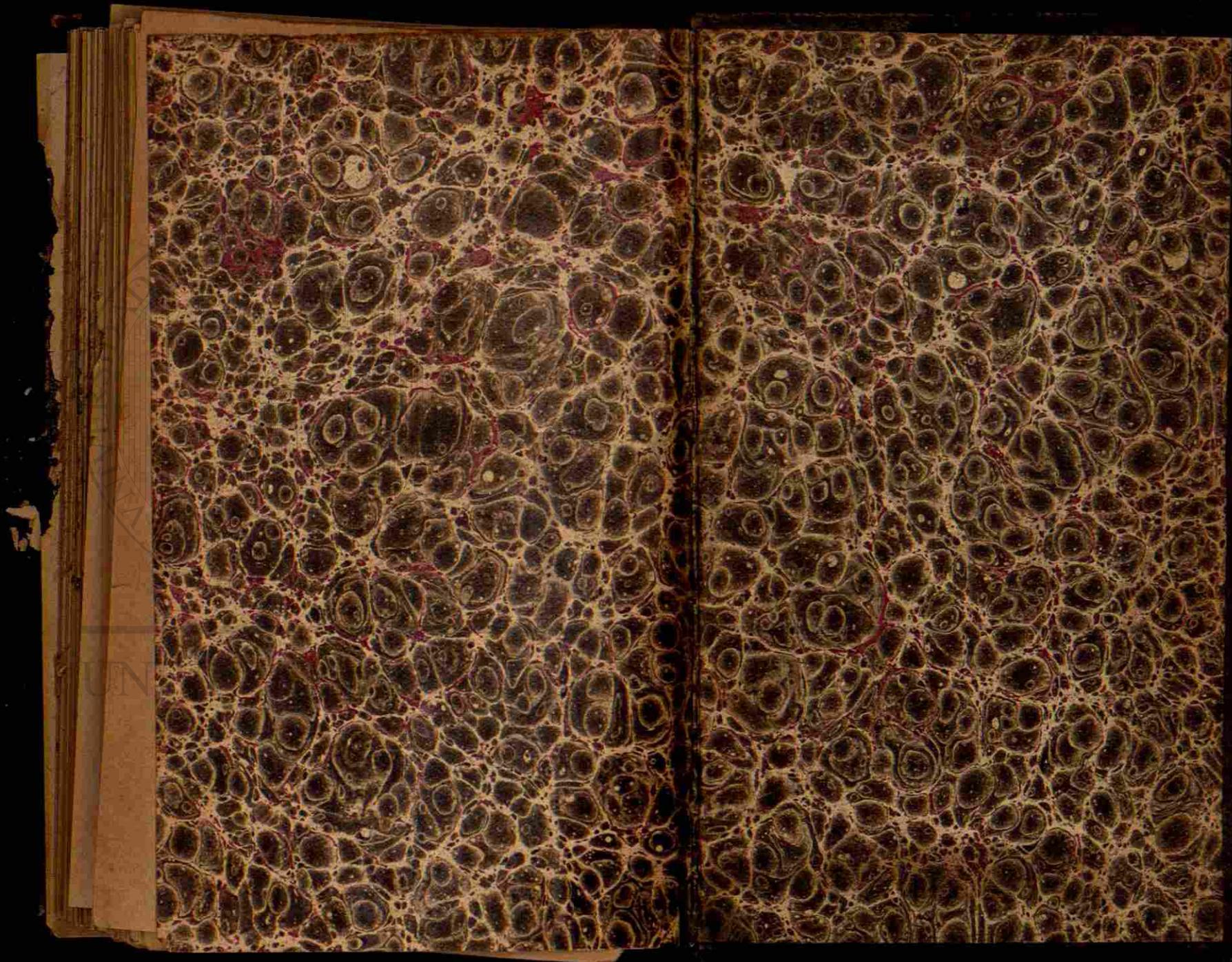


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





NUB  
IOT